

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS
PSICOLÓGICOS

1868



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, fundada el 1.º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año XI - 1868

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2020 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-47546-4-6

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1868.)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos - Año XI, 1868
/ Allan Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2020.
560 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-47546-4-6

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.9

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 1

Enero de 1868

Mirada retrospectiva

El año 1867 había sido anunciado como particularmente provechoso para el espiritismo, y esa previsión se realizó por completo. Aparecieron varias obras que, sin mencionar a la doctrina, popularizaron sus principios, y entre las cuales recordaremos *Mirette*, del señor Sauvage; *La novela del porvenir* [*Le Roman de l'Avenir*], del señor Bonnemère; *Dios en la naturaleza* [*Dieu dans la nature*]¹, del señor Camille Flammarion. Por su parte, *La razón del espiritismo* [*La Raison du Spiritisme*], del señor juez de instrucción Bonnamy, constituye un acontecimiento en los anales de la doctrina, porque la bandera del espiritismo es izada bien alto y con valentía por una persona cuyo nombre, justamente estimado y considerado, es una autoridad, al mismo tiempo que su obra es una protesta contra epítetos con los que la crítica *gratifica* por lo general a los adeptos de la idea. Todos los espíritas apreciaron ese libro como lo merece, y han comprendido su alcance. Se trata de

1. Véase la versión castellana: *Dios en la naturaleza*, Buenos Aires: Constancia, 1960. (N. del T.)

una respuesta perentoria a determinados ataques. Además, pensamos que ellos considerarán que es un deber propagarlo en interés de la doctrina.

Si el año hubiese dado apenas esos resultados, deberíamos felicitarnos por eso; pero produjo otros aún más efectivos. Es cierto que el número de sociedades o grupos oficialmente conocidos no aumentó sensiblemente; incluso ha disminuido bastante, debido a las intrigas con cuyo auxilio se ha pretendido minarlos, introduciendo en ellos elementos de disolución. No obstante, para compensar, el número de reuniones particulares o de familia creció en una gran proporción.

Por otra parte, es notorio para todos —y lo reconocen incluso nuestros adversarios— que las ideas espíritas han ganado terreno de modo considerable, según lo constata el autor de la obra que hemos mencionado. Se infiltran a través de una multiplicidad de vías, y todo contribuye a que así sea. Las cosas que a primera vista parecen completamente ajenas a esas ideas, son medios con cuyo auxilio estas aparecen. Sucede que el espiritismo abarca una cantidad de hechos tan amplia, que resulta difícil abordar algún tema sin que surja un pensamiento espírita; de modo tal que, incluso en los ambientes refractarios, tales ideas brotan de una forma u otra, como esas plantas de diversos colores que se abren paso entre las piedras. Y dado que, en esos ambientes, por lo general, se rechaza al espiritismo por prevención, sin saber a qué se refiere, no causa sorpresa el hecho de que, cuando en ellos aparecen pensamientos espíritas, no se los reconozca, y entonces los aclaman, porque se los considera buenos, sin sospechar que forman parte del espiritismo.

La literatura contemporánea, importante o no, seria o frívola, siembra esas ideas en abundancia; está salpicada de ellas,

y solo le falta ponerles el nombre. Si se reunieran todos los pensamientos espíritas que recorren el mundo, se constituiría con ellos el espiritismo completo. Este es un hecho digno de consideración, y uno de los más característicos del año que acaba de transcurrir. Demuestra que todos poseen en sí algunos de esos elementos en estado de intuición, y que entre el espiritismo y sus antagonistas muy a menudo no hay más que una cuestión de palabras. Quienes lo repelen con pleno conocimiento de causa son los que están interesados en combatirlo.

Pero, entonces, ¿qué se debe hacer para que el espiritismo llegue a ser conocido y se superen las prevenciones? Eso es obra del tiempo. Es preciso que las circunstancias lo hagan posible naturalmente, y para eso podemos contar con los Espíritus, que saben hacerlas surgir en el momento oportuno. Esas circunstancias son particulares o generales. Las primeras actúan sobre los individuos; y las otras, sobre las masas. Estas últimas, debido a su repercusión, producen el efecto de los barrenos, que con cada explosión remueven algunos fragmentos de la roca.

Que cada espírita haga su parte, trabajando sin desanimarse ante la escasa importancia del resultado obtenido individualmente, y piense que a fuerza de acumular granos de arena se forma una montaña.

Entre los hechos materiales que han distinguido el año 1867, las curas del zuavo Jacob² ocupan el primer lugar. Tuviron una repercusión que todo el mundo conoce; y si bien el espiritismo no ha intervenido en eso más que incidentalmente, la atención general no dejó de verse atraída con intensidad hacia uno de los fenómenos más serios que se vinculan

2. Véase la *Revista Espírita* de octubre y noviembre de 1866; julio, octubre, noviembre y diciembre de 1867; y marzo de 1868. (N. del T.)

de manera directa con la doctrina. Dado que esos hechos se produjeron en condiciones vulgares, sin aparato místico, y no a través de un solo individuo, sino de varios, han perdido por eso mismo el carácter milagroso que se les había atribuido hasta entonces. Ingresaron, como tantos otros, en el dominio de los fenómenos naturales. Entre quienes los rechazaban por tratarse de milagros, muchos se han vuelto menos absolutos en la negación del hecho, y han admitido esa posibilidad como resultado de una ley de naturaleza desconocida. Era el primer paso en un camino fecundo en consecuencias, y más de un escéptico quedó conmovido. Sin duda, no todos se convencieron, pero esos fenómenos dieron mucho que hablar, y han causado en una gran cantidad de personas una profunda impresión, que las hizo reflexionar más de lo que se supone. Son semillas que, si bien no producen de inmediato una cosecha abundante, no están perdidas para el porvenir.

El señor Jacob se mantiene completamente alejado. Ignoramos los motivos de su ausencia, y si debe o no retomar el curso de sus sesiones. Si hay intermitencia en su facultad, como sucede a menudo en casos semejantes, eso sería una prueba de que ella no depende exclusivamente de su persona, y de que aparte del individuo hay algo más: una voluntad independiente.

Sin embargo —se nos preguntará—, ¿a qué se debe la suspensión de su facultad, toda vez que la producción de dichos fenómenos era una ventaja para la doctrina? Dado que hasta ahora las cosas han sido conducidas con una sabiduría que no fue desmentida, es preciso suponer que los que dirigen el movimiento han considerado que el efecto fue suficiente por el momento, y que era útil un tiempo de inactividad en

medio de la agitación. No obstante, la idea ha sido lanzada, y podemos estar seguros de que no quedará como letra muerta.

En suma, como vemos, el año que acaba de terminar ha sido bueno para el espiritismo. Sus filas están integradas por hombres serios, cuya opinión es valorada en determinados ámbitos. Nuestra correspondencia muestra casi en todas partes un movimiento general de la opinión pública a favor de esas ideas, y —algo extraño en este siglo positivo— las que ganan más terreno son las ideas filosóficas, mucho más que los hechos materiales de las manifestaciones, que muchas personas aún se obstinan en rechazar. De tal modo, para la mayoría, el mejor medio de hacer proselitismo es comenzar por la filosofía, lo cual es comprensible. Dado que las ideas fundamentales se encuentran latentes en la mayoría, basta con despertarlas. Las personas las comprenden porque poseen en sí sus gérmenes, mientras que los hechos, para ser aceptados y comprendidos, requieren un estudio y observaciones que muchos no quieren tomarse la molestia de realizar.

Después, el charlatanismo, que se adueñó de los hechos para explotarlos en su beneficio, los desacreditó ante la opinión de algunas personas, dando lugar a la crítica. Pero eso no podía suceder con la filosofía, que no era tan fácil de falsificar, y que por otra parte no es materia de explotación.

El charlatanismo, por su naturaleza, es revoltoso e intrigante, sin lo cual no sería charlatanismo. La crítica, que por lo general se preocupa poco en llegar hasta el fondo del pozo en busca de la verdad, vio el alarde del charlatanismo, y se esforzó para colocar en él la etiqueta del *espiritismo*. A eso se debe que haya contra esta palabra una prevención que desaparece a medida que el verdadero espiritismo es mejor conocido, porque no hay una sola persona que, habiéndolo estudiado

seriamente, lo confunda con el espiritismo grotesco de fantasía, con el cual la despreocupación o la malevolencia intentan sustituirlo. Hay una reacción en este sentido, que se ha manifestado en estos últimos tiempos.

Los principios en los que se cree con más facilidad son la *pluralidad de los mundos habitados* y la *pluralidad de las existencias* o *reencarnación*. El primero se puede considerar admitido sin discusión por parte de la ciencia y del consentimiento unánime, incluso en el campo materialista. El segundo se encuentra en estado de intuición en una infinidad de individuos, en los cuales constituye una creencia innata; encuentra numerosas simpatías, como principio racional de la filosofía, incluso fuera del espiritismo. Se trata de una idea que agrada a muchos incrédulos, porque en ella encuentran *inmediatamente* la solución a las dificultades que los habían incitado a la duda. De este modo, dicha creencia tiende a difundirse cada vez más. No obstante, para todo aquel que reflexione, esos dos principios tienen consecuencias forzosas, que desembocan directamente en el espiritismo. Así pues, podemos considerar el progreso de esas ideas como un primer paso hacia la doctrina, dado que son parte integrante de ella.

La prensa, que sin duda sufre a pesar suyo la influencia de la difusión de las ideas espíritas, porque estas penetran incluso en su seno, en general se abstiene, si no por simpatía, al menos por prudencia. Ya casi no es de buen gusto hablar de los Davenport³. Incluso se diría que la prensa trata de no abordar la cuestión del espiritismo. Si ocasionalmente arroja algunas flechas contra sus partidarios, son como los últimos

3. Véase la historia de los hermanos Davenport en varios artículos de la *Revista Espírita*, a partir del número de octubre de 1865. (N. del T.).

cohetes perdidos de un conjunto de fuegos artificiales; pero ya no existe ese fuego graneado de invectivas que escuchábamos hace apenas dos años. Aun cuando la prensa haya hecho casi tanto ruido respecto del señor Jacob, como de los Davenport, su lenguaje ha sido muy diferente, y vale destacar que, en su polémica, el nombre del espiritismo sólo figuró de modo muy accesorio.

En el examen de la situación, no sólo hay que considerar los grandes movimientos ostensibles, sino tomar en cuenta, sobre todo, el estado íntimo de la opinión y de las causas que pueden ejercer una influencia sobre ella. Como hemos dicho en otra parte, si se observa atentamente lo que sucede en el mundo, se reconocerá que una infinidad de hechos, en apariencia ajenos al espiritismo, parecen llegar adrede para abrirle camino. En el conjunto de las circunstancias es donde hace falta buscar las auténticas señales del progreso. Así pues, desde este punto de vista, la situación es tan satisfactoria como podríamos desearlo. Ahora bien, ¿debemos concluir de ahí que la oposición se ha desarmado, y que a partir de este momento las cosas van a marchar sin dificultades? Evitemos creer en eso, para no dormirnos en una seguridad engañosa. Es indiscutible que el futuro del espiritismo se encuentra asegurado, y habría que estar ciego para dudar de eso. Con todo, sus peores días no han pasado; no recibió aún el bautismo con que se consagran todas las grandes ideas. Los Espíritus son unánimes al advertirnos acerca de una lucha inevitable, pero necesaria, a fin de que el espiritismo demuestre su invulnerabilidad y su poder. De esa lucha, saldrá más grande y más fuerte. Sólo entonces conquistará su lugar en el mundo, porque los que hayan pretendido derrotarlo habrán preparado su triunfo. Que los espíritas sinceros y abnegados se fortalezcan

mediante la unión, y se fusionen en una santa comunión de pensamientos. Recordemos la parábola de las diez vírgenes, y velemos para que no seamos sorprendidos.

Aprovechamos esta circunstancia para expresar nuestra gratitud a los hermanos espíritas que, como los años anteriores, con motivo de la renovación de las suscripciones a la *Revista*, nos brindan nuevos testimonios de su afectuosa simpatía. Nos alegra ver sus muestras de devoción a la causa sagrada que todos defendemos, y que es la causa de la humanidad y del progreso. A los que nos dicen: ¡valor!, les decimos que nunca retrocederemos ante ninguna de las exigencias de nuestra posición, por más duras que sean. Que cuenten con nosotros, como nosotros esperamos contar con ellos el día de la victoria, en su condición de soldados de la víspera, y no del día siguiente.

El espiritismo

*ante la historia y la Iglesia, su origen, su naturaleza,
su certeza, sus peligros.*

por el abad Poussin

(profesor del seminario de Niza)

Esta obra del señor abad Poussin constituye una refutación del espiritismo desde el punto de vista religioso. No cabe duda de que es una de las más completas y mejor elaboradas que conocemos. Ha sido escrita con moderación y conve-

niencia, y no fue ensuciada con los epítetos groseros a los que nos ha acostumbrado la mayoría de los controversistas de ese mismo partido. No hay en ella declamaciones furibundas, ni personalidades ultrajantes. Lo que se discute es el principio mismo. Podemos no compartir la opinión del autor, y considerar que a partir de sus premisas extrae las conclusiones con una lógica cuestionable; podemos decir que, después de haber demostrado, por ejemplo, con las pruebas en la mano, que el sol brilla al mediodía, comete el error de concluir que debe ser de noche; pero no le reprocharemos la falta de urbanidad en la forma.

La primera parte de la obra ha sido consagrada a una reseña histórica del espiritismo en la Antigüedad y en la Edad Media. Esa parte es rica en documentos extraídos de los autores sagrados y profanos, que demuestran laboriosas investigaciones y un estudio serio. Se trata de un trabajo que nos habíamos propuesto hacer algún día, y nos complace que el señor abad Poussin nos haya ahorrado ese esfuerzo.

En la segunda parte, titulada *Parte doctrinaria*, el autor analiza los hechos que acaba de citar, inclusive los hechos actuales, para concluir, según la infalibilidad de la Iglesia y sus propios argumentos, que todos los fenómenos magnéticos y espíritas son obra del demonio. Se trata de una opinión como cualquier otra, y respetable cuando es sincera. Ahora bien, nosotros creemos en la sinceridad de las convicciones del señor Poussin, aunque no tengamos el honor de conocerlo. Lo que se le puede reprochar es que, a favor de su tesis, sólo invoca la opinión de los adversarios conocidos del espiritismo, así como las doctrinas y argumentos que este desapruueba. En vano se buscará en ese libro la mención de las obras fundamentales de la doctrina espírita, como tampoco una refutación directa de

las respuestas que se han dado a las alegaciones contradictorias. En una palabra, no discute la doctrina propiamente dicha; no enfrenta sus argumentos cuerpo a cuerpo, con miras a aplastarlos bajo el peso de una lógica más rigurosa.

Además, puede resultar extraño que el señor abad Poussin, para combatir al espiritismo, se apoye en la opinión de hombres conocidos por sus ideas materialistas, como los señores Littré y Figuier. Toma numerosas citas, sobre todo de este último, que ha brillado más por sus contradicciones que por su lógica. Esos señores, al combatir el principio del espiritismo, al negar la causa de los fenómenos psíquicos, niegan también, por eso mismo, el principio de la espiritualidad. De ese modo, socavan la base de la religión, por la cual no profesan —como sabemos— una gran simpatía. Al invocar su opinión, la elección no es afortunada; incluso se podría decir que es torpe, pues implica incitar a los fieles a que lean escritos que no son para nada ortodoxos. Al verlo beber en esas fuentes, se podría creer que las otras no le parecieron bastante preponderantes.

El señor abad Poussin no refuta ninguno de los fenómenos espíritas; virtualmente demuestra su existencia con los hechos auténticos que cita, y que extrae sin distinción de la historia sagrada y de la historia pagana. Al conectar unos con otros, no puede impedir que se reconozca su analogía. Ahora bien, en buena lógica, de la similitud de los efectos debe concluirse la similitud de las causas. No obstante, el señor Poussin concluye que los mismos hechos son milagrosos y de origen divino en algunos casos, y diabólicos en otros.

Los hombres que profesan las mismas creencias que el señor Figuier también tienen, acerca de esos mismos hechos, dos opiniones: los niegan rotundamente y los atribuyen al malabarismo; y en cuanto a los que son comprobados, hacen

el esfuerzo de vincularlos tan solo con las leyes de la materia. Preguntadles qué piensan de los milagros del Cristo: os dirán que son hechos legendarios, cuentos inventados para las necesidades de la causa, o producto de imaginaciones sobrecitadas y delirantes.

Es verdad que el espiritismo no reconoce en los fenómenos psíquicos un carácter sobrenatural; los explica mediante las facultades y los atributos del alma; y como el alma está en la naturaleza, los considera efectos naturales, que se producen en virtud de leyes especiales hasta ahora desconocidas, y que el espiritismo da a conocer. Como esos fenómenos se producen ante nuestros ojos, en condiciones idénticas, acompañados de las mismas circunstancias y por intermedio de individuos que no tienen nada de excepcional, de ahí se concluye la posibilidad de los que ocurrieron en tiempos más remotos, y eso por la misma causa natural.

El espiritismo no se dirige a las personas convencidas de la existencia de esos fenómenos —las cuales son absolutamente libres de ver milagros en ellos, si esa es su opinión—, sino a las que los niegan precisamente debido al carácter milagroso que se pretende atribuirles. Al demostrar que lo único que esos hechos tienen de sobrenatural es la apariencia, el espiritismo hace que sean aceptados por los mismos que los rechazaban. Los espíritas fueron reclutados, en su inmensa mayoría, entre los incrédulos, y sin embargo en la actualidad no hay uno solo de ellos que niegue los hechos que el Cristo realizó. Ahora bien, ¿qué vale más, creer en la existencia de esos hechos, sin lo sobrenatural, o no creer en absoluto? Quienes los admiten del modo que sea, ¿no están más cerca de vosotros que quienes los rechazan por completo? A partir del momento en que el hecho es admitido, solo resta demostrar su origen milagro-

so, lo cual debe ser más fácil —en caso de que ese origen sea real— que cuando el propio hecho es refutado.

El señor Poussin, que para combatir el espiritismo se apoya en la autoridad de quienes rechazan incluso el principio espiritual, ¿sería de los que pretenden que la incredulidad absoluta es preferible a la fe adquirida mediante el espiritismo?

Citaremos en su totalidad el prefacio del libro del señor Poussin, seguido de algunas reflexiones:

“El espiritismo —hay que reconocerlo— *envuelve como una inmensa red a la sociedad entera*, y con sus profetas, sus oráculos, sus libros y su periodismo, se esfuerza en minar sor-damente a la Iglesia católica. *Si bien nos prestó un servicio al vencer las teorías materialistas del siglo dieciocho*, a cambio nos presenta una revelación nueva, que socava desde la base todo el edificio de la revelación cristiana. Sin embargo, por un fenómeno extraño o, mejor dicho, debido a la ignorancia y a la fascinación que excita la curiosidad, ¡cuántos católicos juegan diariamente con el espiritismo, sin preocuparse en absoluto por sus peligros! Es muy cierto que las mentes aún están divididas en cuanto a la esencia e incluso a la realidad del espiritismo, y probablemente a causa de esas incertidumbres la mayoría considera que puede formar su conciencia y usar el espiritismo como un curioso entretenimiento. No obstante, en el fondo de las almas timoratas y débiles se pone de manifiesto una gran ansiedad. Cuántas veces hemos escuchado estas preguntas incesantes: ‘Decidnos *la verdad*. ¿Qué es el espiritismo? ¿Cuál es su origen? ¿Creéis en esa genealogía que pretendía vincular los fenómenos del espiritismo con la magia antigua? ¿Admitís los hechos extraños del magnetismo y de las mesas giratorias? ¿Creéis en la intervención de los Espíritus y en la evocación de las almas; en la función de los

ángeles y de los demonios? ¿Está permitido interrogar a las mesas giratorias, y consultar a los espiritistas? ¿Qué piensan acerca de todas esas cuestiones los teólogos, los obispos...? La Iglesia romana, ¿ha tomado algunas decisiones? Etc., etc.' Estas preguntas, que todavía repercuten en nuestros oídos, han inspirado la idea de este libro, cuyo objetivo es responderlas en su totalidad, en la medida de nuestras fuerzas. Por eso, para estar más seguros y ser más convincentes, nunca afirmamos nada sin una autoridad *seria*, y no decidimos nada que los obispos y Roma no hayan decidido. Entre los que estudiaron especialmente esas materias, algunos rechazan en conjunto todos los hechos *extraordinarios* que el espiritismo se atribuye. Otros, si bien consideran que se trata en gran medida de alucinaciones y charlatanismo, reconocen que es imposible dejar de admitir algunos fenómenos inexplicables e inexplicados, tan inconciliables con las enseñanzas generales de las ciencias naturales, como desconcertantes para la razón humana. No obstante, tratan de interpretarlos, ya sea mediante ciertas leyes misteriosas de la fisiología, o bien por la intervención de la gran alma de la naturaleza, de la cual la nuestra es apenas una emanación, etc. Varios escritores católicos, forzados a admitir los hechos, al considerar que la solución natural a veces es imposible, y que la explicación panteísta es absurda, no dudan en reconocer en algunos hechos del espiritismo la intervención directa del demonio. Para ellos, el espiritismo no es más que la continuación de esa magia pagana que aparece en toda la historia, desde los magos del Faraón, la pitonisa de Endor, los oráculos de Delfos, las profecías de las sibilas y de los adivinos, hasta las posesiones demoníacas del Evangelio y los fenómenos extraordinarios y comprobados del magnetismo contemporáneo. La Iglesia no se ha pronunciado acerca de las

discusiones *especulativas*; deja la cuestión histórica de los orígenes del espiritismo, así como la cuestión psicológica de sus agentes misteriosos, a la vana disputa de los hombres. Teólogos serios, obispos y doctores particulares, han sostenido estas últimas opiniones. *Oficialmente*, Roma no las aprueba ni las censura. No obstante, si bien la Iglesia, prudentemente, guardó silencio respecto de las *teorías*, ha levantado la voz en las cuestiones *prácticas* y, en presencia de las incertidumbres de la razón, señala peligros para la conciencia. Una ciencia, por más curiosa e inocente que sea, debido a los abusos frecuentes, puede convertirse en una fuente de peligros. Así, Roma condenó, como peligrosos para las costumbres, determinadas prácticas y ciertos abusos del magnetismo, cuyos graves inconvenientes los propios espíritas no ocultan. Más aún, algunos obispos consideraron que era oportuno prohibir en sus diócesis y, en todos los casos, como *supersticiosos y peligrosos para las costumbres y para la fe*, no solo los abusos del magnetismo, sino también el *hábito de interrogar a las mesas giratorias*.

”Por nuestra parte, respecto de la cuestión *especulativa*, y en presencia de los que ven al demonio en todas partes, así como de los que no lo ven en parte alguna, hemos querido, manteniéndonos a distancia de esos dos obstáculos, estudiar los orígenes históricos del espiritismo, examinar la certeza de los hechos y discutir imparcialmente los sistemas psicológicos y panteístas mediante los cuales se ha pretendido interpretarlo todo. Evidentemente, cuando refutamos varios de esos sistemas, no pretendemos imponer a nadie nuestras propias ideas, si bien las autoridades en las que nos apoyamos nos parecen de la mayor seriedad. Separando de las opiniones libres todo lo que es cuestión de *fe* —como la existencia de los ángeles y los demonios, las posesiones y las obsesiones demoníacas del

Evangelio, la legitimidad y el poder de los exorcismos en la Iglesia, etc.—, concedemos a todos el derecho, no de negar la comunicación voluntaria de los hombres con el demonio, lo que sería *temerario* —según el padre Perronne— y conduciría al pirronismo histórico; pero sí reconocemos en todo católico el derecho de no ver en el espiritismo la intervención del demonio, en caso de que nuestros argumentos parezcan más falaces que sólidos, y si la razón y el estudio más atento de los hechos prueban lo contrario.

”En cuanto a la cuestión *práctica*, no reconocemos en nosotros el derecho de absolver lo que Roma condena; y si algunas almas todavía dudaran, las remitiríamos simplemente a las decisiones romanas, a las prohibiciones episcopales, e incluso a las decisiones teológicas que reprodujimos en su totalidad.

”El plan de este libro es muy simple: la primera parte, o parte *histórica*, después de haber presentado la enseñanza de las santas Escrituras y la tradición de todos los pueblos sobre la existencia y el papel de los Espíritus, nos inicia en los hechos más destacados del espiritismo o de la magia, desde el origen del mundo hasta nuestros días.

”La segunda parte, o parte *doctrinaria*, expone y discute los distintos sistemas imaginados para descubrir el auténtico agente del espiritismo. Después de haber precisado lo mejor posible la enseñanza de la teología católica sobre la intervención general de los Espíritus, y de dar libre curso a opiniones libres sobre el agente misterioso de la magia moderna, señalamos a los fieles los peligros del espiritismo para la *fé*, para las *costumbres* e incluso para la *salud* o para la vida.

”¡Puedan estas páginas, al mostrar el peligro, concluir el bien que otros comenzaron...! Es inútil agregar que, hijos

dóciles de la Iglesia, condenamos por anticipado todo lo que Roma pudiera desaprobarnos”.

El abad Poussin reconoce dos cosas: 1.º que el espiritismo envuelve, como una inmensa red, a la sociedad entera; 2.º que el espiritismo prestó a la Iglesia el servicio de vencer las teorías materialistas del siglo dieciocho. Veamos las consecuencias que resultan de esos dos hechos.

Como hemos dicho, el espiritismo recluta a la gran mayoría de sus adeptos entre los incrédulos. En efecto, preguntad a los adeptos en qué creían antes de ser espíritas, y nueve de cada diez os responderán que no creían en nada o, por lo menos, que dudaban de todo. Para ellos, la existencia del alma era una hipótesis, sin duda deseable, pero incierta; y la vida futura, una quimera. El Cristo era un mito o, a lo sumo, un filósofo. Dios, en caso de que existiera, debía ser injusto, cruel y parcial, razón por la cual les agradaba tanto considerar que no existía.

En la actualidad, ellos creen, y su fe es inquebrantable, porque se apoya en la evidencia y en la demostración, y satisface su razón. El porvenir ya no es una esperanza, sino una certeza, porque ven que la vida espiritual se manifiesta ante ellos; ya no dudan de eso, como no dudan de la salida del sol. Es verdad que no creen en los demonios, ni en las llamas eternas del Infierno, pero en cambio creen con firmeza en un Dios soberanamente justo, bueno y misericordioso; no creen que el mal proceda de Él, que es la fuente de todo bien, como tampoco de los demonios, sino de las propias imperfecciones del hombre; creen que cuando el hombre se reforme el mal ya no existirá; creen que vencerse a uno mismo es vencer al demonio. Tal es la fe de los espíritas, y la demostración de su poder radica en que se esfuerzan por ser mejores, por dominar sus malas

inclinaciones y poner en práctica las máximas del Cristo, pues consideran a todos los hombres como hermanos, sin distinción de razas, de castas ni de sectas, perdonan a sus enemigos y devuelven bien por mal, a ejemplo del divino modelo.

¿A quiénes debía acceder con más facilidad el espiritismo? No era a los que tenían fe y a los cuales esa fe les bastaba, que no pedían nada y no necesitaban nada, sino a quienes la fe les faltaba. Como Cristo, el espiritismo acudió a los enfermos, y no a los que están sanos; acudió a los que tienen hambre, y no a los que están saciados. Ahora bien, los enfermos son los que padecen las torturas de las angustias de la duda y la incredulidad.

¿Qué ha hecho el espiritismo para atraerlos? ¿Promovió grandes campañas publicitarias? ¿Fue a predicar la doctrina en las plazas públicas? ¿Lo hizo *violentando* las conciencias? En absoluto, porque esos son los medios de la debilidad y, si los hubiera utilizado, habría mostrado que dudaba de su fuerza moral. La regla invariable del espiritismo, conforme a la ley de la caridad que el Cristo enseñó, consiste en no forzar a nadie, en respetar todas las convicciones. El espiritismo se ha limitado a enunciar sus principios, a desarrollar en sus escritos las bases en que se apoyan sus creencias, y dejó que fueran a él los que quisieran hacerlo. Si fueron muchos, es porque a muchos les resultó conveniente, y porque muchos encontraron en él lo que no habían encontrado en otras partes. Como lo adoptaron principalmente los incrédulos, si en algunos años abarcó el mundo, eso demuestra que los incrédulos y los que no están satisfechos con lo que se les ofrece son numerosos, porque no se es atraído sino hacia donde se encuentra algo mejor que lo que se tiene. Lo hemos dicho cien veces: ¿quieren combatir el espiritismo? Ofrezcan algo que sea mejor que él.

Reconocéis, señor Abad, que el espiritismo ha prestado a la Iglesia el servicio de vencer las teorías materialistas. No cabe duda de que se trata de un gran servicio, del cual el espiritismo se vanagloria. Pero ¿cómo lo logró? Precisamente con la ayuda de esos medios que vos llamáis diabólicos, de las pruebas materiales que ofrece respecto del alma y de la vida futura. Con las manifestaciones de los Espíritus el espiritismo confundió a la incredulidad, y triunfará definitivamente. ¿Y vos decís que ese servicio es obra del diablo? En tal caso, no deberíais guardarle rencor, porque él mismo destruye la barreira que retenía a aquellos a quienes había dominado. Recordad la respuesta del Cristo a los fariseos, que se dirigían a él en los mismos términos, acusándolo de curar a los enfermos y de expulsar a los demonios a través de los demonios. Recordad también, al respecto, las palabras de monseñor Frayssinous, obispo de Hermópolis, en sus conferencias sobre la religión: “Por cierto, un demonio que intentara destruir el reino del vicio, para establecer el de la virtud, sería un extraño demonio, porque se destruiría a sí mismo”.

Si ese resultado, que el espiritismo obtuvo, es obra de Satán, ¿cómo es posible que la Iglesia le haya reconocido el mérito, sin que lo hubiera obtenido ella misma? ¿Cómo permitió que la incredulidad se apoderase de la sociedad? Sin embargo, no le han faltado medios de acción. ¿Acaso no tiene personal y recursos materiales inmensos? ¿No predica sermones desde las capitales hasta las aldeas más pequeñas? ¿No presiona las conciencias a través de la confesión? ¿No se vale del terror de las penas eternas? ¿No imparte la instrucción religiosa que los niños reciben a lo largo de toda su educación? ¿No cuenta con el prestigio de las ceremonias del culto y el de su antigüedad? ¿Cómo es posible que una doctrina que *acaba de surgir*, que

no tiene sacerdotes, ni templos, ni culto, ni sermones, que es combatida a ultranza por la Iglesia, calumniada, perseguida como lo fueron los primeros cristianos, haya reconducido en tan poco tiempo hacia la fe y la creencia en la inmortalidad a un número tan importante de incrédulos? Con todo, la cuestión no era muy difícil, pues basta con que la mayoría lea algunos libros para que sus dudas desaparezcan.

Extraed de ahí todas las consecuencias que queráis, pero convenid en que, si eso es obra del diablo, él ha hecho lo que vosotros mismos no pudisteis hacer, y en que él se ocupó de vuestra tarea.

Sin duda, diréis que lo que testifica en contra del espiritismo es el hecho de que él no emplea, para convencer, los mismos argumentos que vosotros, y que, aun cuando vence a la incredulidad, no conduce completamente a vosotros.

Pero el espiritismo no pretende marchar con vosotros, ni con nadie. Realiza su propio trabajo, y como le parece más conveniente. ¿Acaso creéis de buena fe que, si la incredulidad ha sido refractaria a vuestros argumentos, el espiritismo habría triunfado valiéndose de ellos? ¿Creéis que, si un médico no puede curar a un enfermo con determinado remedio, otro médico lo curará aplicando ese mismo remedio?

El espiritismo no intenta conducir a los incrédulos al redil del catolicismo, como tampoco al de ningún otro culto. Al hacer que ellos acepten las bases comunes a todas las religiones, destruye el principal obstáculo, y hace que recorran la mitad del camino. Ahora bien, a cada una de las religiones compete hacer el resto, en lo que le concierne; las que fracasan, ofrecen una demostración manifiesta de su impotencia.

Desde el momento en que la Iglesia reconoce la existencia de los hechos de manifestación en que se apoya el espiritismo; que los reivindica para sí misma, a título de milagros divinos; que entre los hechos que ocurren en los dos campos hay una analogía completa en cuanto a los efectos, analogía que el señor abad Poussin demuestra con las últimas evidencias y con documentos de apoyo, que pone a la vista; entonces, toda la cuestión se reduce a saber si Dios actúa de un lado y el diablo del otro. Se trata de una cuestión de personas. Ahora bien, cuando dos personas hacen exactamente lo mismo, de ahí se concluye que una es tan poderosa como la otra. Así, toda la argumentación del señor Poussin concluye demostrando que el diablo es tan poderoso como Dios.

Una de dos: los efectos son idénticos o no lo son; si son idénticos, provienen de una misma causa o de dos causas equivalentes; si no lo son, mostrad en qué difieren. ¿Difieren en los resultados? En ese caso, la comparación sería a favor del espiritismo, porque este logra que los que creían en Dios vuelvan a Él.

Así pues, queda entendido, conforme a la decisión formal de las autoridades competentes, que los Espíritus que se manifiestan no son ni pueden ser otra cosa más que demonios. Sin embargo, reconoced, señor Abad, que si esos mismos Espíritus, en vez de contradecir a la Iglesia respecto de algunos puntos, se hubieran expresado en todo de acuerdo con ella, si hubieran apoyado todas sus pretensiones temporales y espirituales, y aprobado sin restricción todo lo que ella dice y todo lo que hace, no los llamaría demonios, sino Espíritus angelicales.

El señor abad Poussin ha escrito su libro —dice él— con el fin de prevenir a los fieles respecto de los peligros que corre su

fe si estudian el espiritismo. Eso demuestra poca confianza en la solidez de las bases en que dicha fe se apoya, toda vez que se la puede quebrantar tan fácilmente. El espiritismo no tiene la misma preocupación. Todo lo que se ha dicho y hecho en su contra no le hizo perder ni una pulgada de terreno, porque lo gana todos los días, aun cuando a más de uno de sus adversarios no les ha faltado talento. Las luchas emprendidas contra él, lejos de debilitarlo, lo fortalecieron; han contribuido poderosamente a difundirlo con mayor rapidez que si lo hubiera hecho sin ellas. De tal modo que esa red, que en algunos años envolvió a la sociedad entera, es en gran parte obra de sus antagonistas. Sin ninguno de los medios materiales de acción con que se logra el éxito en este mundo, el espiritismo se propagó tan solo con el poder de la idea. Dado que los argumentos con cuya ayuda lo combatieron no han podido vencerlo, resulta que, aparentemente, se los ha considerado menos convincentes que los de sus adeptos. ¿Queréis conocer el secreto de su fe? Aquí está: antes de creer, comprenden.

El espiritismo no le teme a la luz; la convoca para que ilumine sus doctrinas, porque pretende que se lo acepte libremente y con la razón. Lejos de temer por la fe de los espíritas, en caso de que estos lean las obras que lo combaten, les dice: “Leedlo todo; el pro y el contra, y elegid con conocimiento de causa. Por eso les pedimos que reparen en la obra del señor abad Poussin⁴.”

Transcribimos a continuación, sin comentarios, algunos fragmentos extraídos de la primera parte.

4. Un volumen in-12. Precio: 3 francos. En la librería Sarlit: 25, calle Saint-Sulpice, París.

1. Algunos católicos, incluso piadosos, en materia de fe tienen ideas singulares, las cuales son el resultado inevitable del escepticismo circundante, que los domina a su pesar, y cuya influencia deletérea sufren. *Si les habláis de Dios, de Jesucristo, aceptan todo de inmediato; pero si intentáis hablarles del demonio y, sobre todo, de la intervención diabólica en la vida humana, ya no os escuchan.* Al igual que nuestros racionalistas contemporáneos, de buen grado considerarían que el demonio es un mito o una personificación fantástica del genio del mal; que los éxtasis de los santos son fenómenos de catalepsia, y que las posesiones diabólicas –incluso las del Evangelio–, en caso de que no se tratara de epilepsia, al menos serían parábolas. Santo Tomás, con su lenguaje preciso, contesta en dos palabras ese peligroso escepticismo: “Si bien la facilidad con que se ve hablar al demonio –dice él– procede de la ignorancia de las leyes de la naturaleza y de la credulidad, la tendencia general a no ver su acción en parte alguna procede de la irreligión y de la incredulidad”. Negar al demonio implica negar al cristianismo y a Dios.

2. La creencia en la existencia de los Espíritus y en la intervención de estos en el ámbito de nuestra vida, e incluso el propio espiritismo o la práctica de la evocación de los Espíritus, almas, ángeles o demonios, se remontan a la más lejana Antigüedad, y son tan antiguos como el mundo. Acerca de la existencia y el papel de los Espíritus, consultemos en primer lugar nuestros libros santos, los más antiguos y los más incuestionables libros de historia, que son a la vez el código divino de nuestra fe. El demonio seduciendo con una forma sensible a Adán y a Eva en el Paraíso; los querubines que guardaban la entrada; los ángeles que visitan a Abraham y discuten con él acerca de la salvación de Sodoma; los ángeles

insultados en la ciudad inmunda, y que apartan a Loth del incendio; el ángel de Isaac, de Jacob, de Moisés y de Tobías; el demonio que mata a los siete maridos de Sara; el que tortura el alma y el cuerpo de Job; el ángel exterminador de los egipcios en tiempos de Moisés; el de los israelitas en tiempos de David; la mano invisible que escribe la sentencia de Baltazar; el ángel que hiere a Heliodoro; el ángel de la Encarnación, Gabriel, que anuncia a san Juan y a Jesucristo. ¿Qué más hace falta para demostrar la existencia de los Espíritus, así como la creencia en la intervención de esos Espíritus, buenos o malos, en los actos de la vida humana? Dios ha hecho a los Espíritus sus embajadores, dice el Salmista; son los ministros de Dios, dice san Pablo; san Pedro nos enseña que los demonios andan alrededor nuestro sin cesar, como leones rugientes; san Pablo, tentado por ellos, nos dice que llenan el aire.

3. Señalamos aquí que las tradiciones paganas se hallan en total armonía con las tradiciones judías y cristianas. El mundo, según Tales y Pitágoras, está lleno de *sustancias espirituales*. Esos autores las dividen en Espíritus buenos y Espíritus malos; Empédocles dice que los demonios son castigados por las faltas que cometieron; Platón se refiere a un príncipe, de naturaleza maligna, encargado de esos Espíritus expulsados por los dioses y caídos del cielo, según Plutarco. Todas las almas, agrega Porfirio, que tienen por principio el alma del universo, gobiernan los grandes territorios situados bajo la Luna: son los *demonios* buenos (Espíritus); y no nos quepa duda de que no actúan sino en interés de sus administrados, ya sea que estén a cargo del cuidado de los animales y de los frutos de la tierra, o que presidan las lluvias, los vientos moderados y el buen tiempo. También hay que agregar, en la categoría de los *demonios buenos*, a los que según Platón se hallan encargados

de llevar a los dioses las plegarias de los hombres, y que traen a los hombres las advertencias, las exhortaciones, los oráculos de los dioses.

4. Los árabes denominan *Iba* al jefe de los demonios; los caldeos llenaban el aire con ellos; por su parte, Confucio enseña absolutamente la misma doctrina: “¡Cuán sublimes son las virtudes de los Espíritus! –decía él–. Se los mira y no se los ve; se los escucha y no se los oye; unidos a la sustancia de las cosas, no se pueden separar de ellas; son la causa de que todos los hombres en todo el universo se purifiquen y se vistan con trajes de gala para ofrecer sacrificios; se hallan extendidos como las olas del Océano sobre nosotros, a nuestra izquierda y a nuestra derecha”.

El culto de los Manitús, difundido entre los salvajes de América, no es más que el culto de los Espíritus.

5. Por su parte, los Padres de la Iglesia interpretaron admirablemente la doctrina de las Escrituras respecto de la existencia y la intervención de los Espíritus: nada hay en el mundo visible que no esté regido y dispuesto por la criatura invisible, dice san Gregorio. Cada ser vivo tiene en este mundo un ángel que lo guía, agrega san Agustín. Los ángeles, dice san Gregorio Nacianceno, son los ministros de la voluntad de Dios; ellos tienen, naturalmente y por comunicación, una fuerza extraordinaria; recorren todos los lugares y se encuentran en todas partes, tanto por la celeridad con que ejercen su ministerio, como por la levedad de su naturaleza. Algunos están encargados de velar por alguna parte del universo, que Dios les señala, pues dependen de Él en todas las cosas; otros custodian las ciudades y las iglesias; nos ayudan en todo lo bueno que hacemos.

6. Respecto de la razón fundamental, Dios gobierna el universo inmediatamente; pero en cuanto a la ejecución, hay cosas que él gobierna con intermediarios.

7. La *evocación* de los Espíritus, almas, ángeles o demonios, y todas las prácticas de la magia, de la que el espiritismo no es más que una forma más o menos desarrollada de charlatanismo, constituyen una práctica tan antigua como la creencia en los propios Espíritus.

8. Así explica san Cipriano los misterios del espiritismo pagano:

“Los demonios —dice— se introducen en las estatuas y en los simulacros que el hombre adora; son ellos quienes animan las fibras de las víctimas, inspiran con su soplo el corazón de los adivinos y dan voz a los oráculos. Pero ¿cómo pueden curar? *Laedunt primo* —dice Tertuliano—, *postque laedere desinunt, et curasse creduntur*. Primero hieren, y luego, dejando de herir, proceden a curar”.

En la India, los *lamas* y los brahmanes son quienes, desde la más remota antigüedad, tienen el monopolio de esas mismas evocaciones, que continúan hasta hoy. “Hacían que el cielo se comunicara con la tierra, el hombre con la divinidad, tal como nuestros *médiums* actuales. Parece que el origen de ese privilegio se remonta a la Génesis misma de los hindúes, y pertenece a la casta sacerdotal de esos pueblos. Salida del cerebro de Brahma, la casta sacerdotal debe estar más cerca de la naturaleza de ese dios creador, así como entrar más fácilmente en comunicación con él, que la casta guerrera, nacida de sus brazos, y, con mayor razón, que la casta de los parias, formada con el polvo de sus pies”.

9. Pero el hecho más interesante y auténtico de la historia es sin duda la evocación de Samuel, a quien Saúl interroga a través de una *médium*, la Pitonisa de Endor. “Samuel había muerto —dice la Escritura—; todo Israel lo había llorado, y fue sepultado en la ciudad de Ramatha, donde había nacido. Saúl había expulsado de su reino a los magos y adivinos. Los filisteos, habiéndose entonces reunido, acamparon en Sunam; Saúl, por su lado, reunió las tropas de Israel y se dirigió a Gelboé. Al ver el ejército de los filisteos, Saúl quedó asombrado, y el miedo lo embargó hasta el corazón. Consultó al Señor; pero el Señor no le respondió, ni en sueños, ni a través de los sacerdotes, ni de los profetas. Entonces, dijo Saúl a sus oficiales: ‘Buscadme una mujer que tenga un Espíritu de Pitón, para que yo vaya a su encuentro y, a través de ella, pueda consultarlo’. Sus servidores le dijeron: ‘Hay en Endor una mujer que tiene un Espíritu de Pitón’. Entonces, Saúl se disfrazó, cambiándose de ropa, y fue a verla, en compañía de dos de sus hombres. Llegó en la noche a casa de la mujer, y le dijo: ‘Consultad para mí al Espíritu de Pitón, y evocad a aquel que yo os diga’. La mujer le respondió: ‘Sabéis lo que ha hecho Saúl, y de qué manera exterminó a los magos y adivinos de todas sus tierras. ¿Por qué, entonces, me tendéis una trampa, para perderme?’ Saúl juró por el Señor, y le dijo: ‘¡Viva el Señor! Por hacer esto no os llegará ningún mal’. La mujer le dijo: ‘¿A quién queréis ver?’ Él respondió: ‘Haced que venga Samuel’. La mujer, habiendo visto a Samuel, lanzó un gran grito, y le dijo a Saúl: ‘¿Por qué me habéis engañado? ¡Sois Saúl!’. El rey le dijo: ‘No temáis, ¿qué habéis visto?’ ‘*He visto* —dijo ella— *un dios que salía de la tierra*’. Saúl le preguntó: ‘¿Qué aspecto tenía?’ ‘Es —dijo ella— un anciano envuelto en su manto’. Saúl comprendió que era Samuel, y le hizo una

profunda reverencia, inclinándose hasta el suelo. Samuel dijo a Saúl: ‘¿Por qué perturbasteis mi descanso, evocándome?’ Saúl le respondió: ‘Tengo una extrema angustia. Los filisteos me hacen la guerra, y *Dios se ha apartado de mí*; no me quiso responder, ni por los profetas, ni en sueños. Por eso os hice evocar, para que me indiquéis lo que debo hacer’. Samuel le dijo: ‘¿Por qué os dirigís a mí, si el Señor os abandonó y se ha pasado a vuestro rival? Porque el Señor os tratará como yo os lo he dicho de su parte. Él arrancará vuestro reino de vuestras manos, para dárselo a David, vuestro yerno, porque no obedecisteis la voz del Señor, ni ejecutasteis la sentencia de su cólera contra los Amalecitas. Por eso el Señor os envía hoy lo que sufrís. Él también pondrá a Israel con vos en manos de los filisteos. *Mañana estaréis conmigo, vos y vuestros hijos*; y el Señor entregará a los filisteos el ejército de Israel’. Saúl cayó al instante, y quedó tendido en el suelo, porque las palabras de Samuel lo habían aterrorizado; y las fuerzas le faltaban, porque no había comido nada en todo el día. La maga se dirigió a él en la perturbación en que él estaba, y le dijo: ‘Veis que vuestra sierva os ha obedecido, *que expuse mi vida por vos*, y que me entregué a lo que deseabais de mí’.

“Hace *cuarenta años que evoco a los muertos* al servicio de los extranjeros –dice Filón al comentar esta historia–, pero nunca he visto una aparición semejante.” Este sabio se encargó de demostrarnos que se trata de una verdadera aparición, y no de una alucinación de Saúl: “Samuel, *después de su muerte, le habló al rey* –dice el Espíritu Santo–, le predijo el fin de su vida y, *saliendo de la tierra*, levantó su voz para profetizar la ruina de su nación, a causa de su impiedad”.

Los Aissaua

o los convulsionarios de la calle Le Peletier

Entre las curiosidades que la Exposición atrajo hacia París, sin duda una de las más extrañas es la de los ejercicios que realizan unos árabes de la tribu de los Aissaua. *Le Monde Illustré* [*El Mundo Ilustrado*], del 19 de octubre de 1867, hace una relación, acompañada de varios dibujos, de las diversas escenas que el autor del artículo presencié en Argelia. Así comienza su relato:

“Los Aissaua forman una secta religiosa muy difundida en África y, sobre todo, en Argelia. No conocemos su propósito; su fundación se remonta —dicen algunos— a Aissa, el esclavo favorito del Profeta; otros afirman que su congregación fue fundada por Aissa, un piadoso y sabio morabito del siglo dieciséis. En cualquier caso, los Aissaua sostienen que su piadoso fundador les otorga el privilegio de ser insensibles al dolor”.

Tomamos prestado de *Le Petit Journal* [*El Pequeño Periódico*], del 30 de septiembre de 1867, el relato de una de las sesiones que una compañía de Aissaua ofreció en París, durante la Exposición, primero en el teatro del Campo de Marte, y por último en la sala de la arena atlética de la calle Le Peletier. No cabe duda de que la escena no tiene el carácter imponente y terrible de las que se realizan en las mezquitas, y que se hallan envueltas en el prestigio de las ceremonias religiosas. No obstante, salvo algunos detalles sin mayor importancia, los hechos son los mismos; y los resultados, idénticos; eso es lo esencial. Por otra parte, dado que los hechos tuvieron lugar en pleno París, y en presencia de un público numeroso, el relato no puede considerarse exagerado. El señor Timothée Trimm dice:

“Debo admitir que anoche he visto cosas que dejan muy atrás a las que realizan los hermanos Davenport, así como a los presuntos milagros del magnetismo. Los hechos asombrosos tienen lugar en un pequeño salón, que aún no ha sido incluido en la categoría de los espectáculos. Esto sucede en la arena atlética de la calle Le Peletier. Sin duda por eso se habla tan poco de los hechiceros a los que hoy me refiero.

”Es evidente que estamos tratando con iluminados, porque veintiséis árabes se ponen en cuclillas y, para comenzar, se valen de castañuelas de hierro para acompañar sus cánticos.

”Del cuerpo de ballet musulmán salió, en primer lugar, un joven árabe que tomó un carbón encendido. No sospecho que se haya tratado de un carbón cuyo calor fuera ficticio, preparado a propósito, porque sentí su ardor cuando pasó delante de mí, y además quemó el piso cuando cayó de las manos de quien lo sostenía. El hombre tomó el carbón ardiente; se lo puso en la boca, emitiendo gritos horribles, y ahí lo conservó.

”Para mí es evidente que esos feroces Aissau son auténticos convulsionarios mahometanos. En el siglo pasado existieron los convulsionarios de París. No cabe duda de que los Aissau de la calle Le Peletier han rescatado ese curioso descubrimiento del placer, la voluptuosidad y el éxtasis en la mortificación corporal.

”Théophile Gautier, con su estilo inconfundible, describió las danzas de esos convulsionarios árabes. Esto decía al respecto en *Le Moniteur* [*El Monitor*], del 29 de julio último:

” ‘El primer intervalo en la danza era acompañado por tres grandes tambores y tres oboes, que tocaban en modo menor una cantilena de una melancolía nostálgica, sostenida por uno de esos ritmos implacables que finalmente atrapan y em-

belesan al que escucha. Suena como si la fatalidad obligara a un alma lamentosa a marchar siempre con igual paso hacia un fin desconocido, pero que se presente doloroso.

” ’Enseguida una bailarina se irguió, con ese aire abrumado propio de las bailarinas orientales, cual una muerta que despierta tras un encantamiento mágico, y con imperceptibles desplazamientos de los pies se aproximó al proscenio; una de sus compañeras se unió a ella y, animándose poco a poco con la presión del compás, ambas iniciaron esas torsiones de cadera, esas ondulaciones del torso, esos balanceos de brazos, agitando pañuelos de seda bordados en oro, con esa pantomima lánguidamente voluptuosa, que constituye el fondo de esa danza. Levantar la pierna para hacer una pirueta o un *jeté-battu*, para esas bailarinas sería el colmo de la indecencia.

” ’Hacia el final, se presentó todo el elenco y, entre otras, observamos una bailarina de una belleza salvaje, vestida con jaiques blancos y peinada con una especie de chachia rodeada de cordones. Sus cejas negras, unidas con *surmeh* a la raíz de la nariz; y su boca, roja como un pimiento, en medio del rostro pálido, hacían que su fisonomía fuera terrible y encantadora a la vez. No obstante, la atracción principal de la velada era la sesión de los Aissaua, o discípulos de Aissa, a quienes ese maestro legó el singular privilegio de devorar impunemente todo lo que se les ofrece’.

”Aquí, para que se entienda la excentricidad de nuestros convulsionarios argelinos, prefiero mi prosa simple y sin arte, en lugar de la fraseología elegante y sabia del maestro. Esto es, pues, lo que vi:

”Se presenta un árabe; ¡le dan un trozo de vidrio para que se lo coma! Él lo toma y se lo pone en la boca, ¡entero...! Durante algunos minutos se escuchan sus dientes triturando

el vidrio. La sangre aparece en la superficie de los labios trémulos... se traga el vidrio triturado, y todo eso en medio de la danza y las genuflexiones, al son de los tamtam obligados.

”A este lo sucede otro árabe, que lleva en la mano unas ramas de higuera chumba, el cactus de largas espinas. Cada saliente de las hojas es como un clavo afilado. El árabe se come una de esas hojas punzantes, como nosotros comeríamos una ensalada de lechuga o de achicoria.

”Una vez absorbida la hoja mortal del cactus, se acerca un árabe que danzaba con una lanza en la mano. Apoya la lanza en su ojo derecho, mientras recita unos versos sagrados, que nuestros ocultistas deberían comprender... ¡y el ojo derecho se sale completamente de la órbita...! ¡De inmediato los asistentes lanzan un grito de terror!

”Entonces se presenta un hombre al que le aprietan el cuerpo con una soga... veinte hombres tiran de la soga; él lucha, siente que la soga lacera sus carnes; ríe y canta durante la agonía.

”Llega otro energúmeno, delante del cual colocan un sable turco. Yo mismo pasé los dedos sobre la hoja delgada y filosa como la de una navaja. El hombre se quita el cinturón, muestra su vientre desnudo y se apoya en el sable; lo empujan, pero el acero de damasco respeta su epidermis; el árabe logró vencerlo.

”Paso por alto el relato de los Aissaua que comen fuego mientras colocan sus pies descalzos sobre un brasero ardiente. Fui a ver el brasero entre bastidores, y doy fe de que arde y contiene leña encendida. También examiné la boca de aquellos a quienes se denomina comedores de fuego. Los dientes están quemados; las encías, calcinadas; el paladar parece

haberse endurecido. Pero es fuego realmente; todos esos tizones que tragan, con contorsiones propias de condenados, procurando aclimatarse al infierno..., que se presenta como un lugar caliente.

”El que más me impresionó en esa extraña exhibición de los convulsionarios de la calle Le Peletier fue el comedor de serpientes. Imaginaos un hombre que destapa un cesto. Diez culebras de cabeza amenazante salen silbando. El árabe incita a las serpientes, las molesta, hace que se enrosquen en su torso desnudo. Después escoge la más grande y vigorosa, y con los dientes la muerde y le arranca la cola. Entonces el reptil se retuerce en las angustias del dolor. Dirige su cabeza irritada hacia el árabe, que pone su lengua a la altura de los colmillos y, de repente, con una mordida, arranca la cabeza de la serpiente y se la come. Se escucha el crujido del cuerpo del reptil entre los dientes del salvaje, que exhibe en medio de la boca ensangrentada el monstruo decapitado.

”Durante ese tiempo, la música melancólica de los tam-tam continúa su ritmo sagrado. Y el devorador de serpientes, extraviado y aturdido, cae a los pies de los cantores místicos. Hasta la semana pasada habían hecho ese ejercicio con serpientes de Argelia, que habrían podido civilizarse en el viaje. Pero las serpientes argelinas se acaban, como todas las cosas. Ayer debutaron las culebras de Fontainebleau; y el argelino parecía lleno de desconfianza respecto de nuestros reptiles nacionales.

”Podría aceptarse lo del fuego devorado, soportado en las extremidades... en las plantas de los pies y en las palmas de las manos... ¡pero el masticador de vidrio y el comedor de serpientes...! son fenómenos inexplicables.

” ‘Los habíamos visto anteriormente en un aduar, en los alrededores de Blida –dice el señor Théophile Gautier–, y ese sabbat nocturno nos ha dejado recuerdos escalofriantes. Los Aissaua, después de excitarse con la música, con el vaho de los perfumes y ese balanceo propio de una fiera salvaje que agita como una melena su inmensa cabellera, mordieron hojas de cactus, masticaron carbones encendidos, lamieron cuchillas al rojo vivo, tragaron vidrio molido, cuyo crujido se escuchaba entre sus mandíbulas, se atravesaron la lengua y las mejillas con agujas de mechar, hicieron que los ojos se salieran de sus órbitas, y caminaron sobre el filo de un yatagán de acero de damasco; uno de ellos, envuelto en el nudo corredizo de una cuerda de la que tiraban siete u ocho hombres, parecía cortado en dos. Con todo, nada de eso les impidió, una vez finalizados los ejercicios, que se acercaran a nuestro palco para saludarnos, a la manera oriental, y recibir su propina.

” ‘De las horribles torturas a las que acababan de someterse, no quedaba ni una marca. Que alguien más sabio que nosotros explique ese prodigio, pues de nuestra parte renunciamos a hacerlo’.

”Por mi parte, estoy de acuerdo con mi ilustre colega y venerado superior en el gran arte de escribir, tan difícil como el de tragar reptiles. No pretendo explicar esas maravillas; pero era mi deber de cronista no dejarlas pasar por alto.”

Nosotros mismos hemos asistido a una sesión de los Aissaua, y podemos decir que este relato no tiene nada de exagerado. Vimos todo lo que se cuenta en él, y más. Vimos un hombre que se atravesaba una mejilla y el cuello con un filoso broche en forma de aguja. Hemos tocado con la mano ese instrumento, y examinamos el fenómeno muy de cerca, de modo que nos convencimos de que no había ningún subter-

fugio y de que el hierro atravesaba realmente las carnes. Sin embargo, cosa extraña, la sangre no corría, y la herida cicatrizaba casi instantáneamente. Vimos a otro que se ponía en la boca ardientes carbones de coque, grandes como huevos, cuya combustión activaba con soplidos, caminando por la sala y lanzando chispas. Era fuego tan real, que varios espectadores encendieron con él sus cigarros.

Aquí no se trata, pues, de juegos malabares, trucos o simulacros, sino de hechos positivos. Estamos ante un fenómeno fisiológico que desconcierta las más vulgares nociones de la ciencia. No obstante, por más extraño que sea, solo puede tener una causa natural. Lo que resulta aún más extraño es que la ciencia parece no haberle prestado ninguna atención. ¿Cómo es posible que algunos científicos, que se pasan la vida buscando las leyes de la vitalidad, se mantengan indiferentes ante semejantes hechos, y no busquen sus causas? Se consideren dispensados de dar cualquier explicación, diciendo que esos hombres “son simplemente convulsionarios, como los que había en el siglo pasado”. Estamos de acuerdo. Pero, entonces, explicad lo que sucedía con los convulsionarios. Dado que esos mismos fenómenos se producen en la actualidad ante nuestros propios ojos, delante del público, y que cualquiera puede verlos y tocarlos, entonces aquellos no eran una comedia. Esos pobres convulsionarios, de los que tanto se burlaron, ¿no eran, pues, malabaristas y charlatanes, como se ha pretendido? Los mismos efectos, reproducidos a voluntad por infieles, en nombre de Alá o de Mahoma, ¿no son, pues, milagros, como otros pensaron? Dirán que son *iluminados*. De acuerdo, pero en ese caso sería preciso explicar qué significa ser un iluminado. Es necesario que la *iluminación* no sea una cualidad tan ilusoria como se supone, toda vez que sería ca-

paz de producir efectos materiales tan singulares. Esa sería, en todo caso, una razón más para estudiarla atentamente. Dado que esos efectos no son milagros, ni juegos de prestidigitación, hay que concluir que se trata de efectos naturales, cuya causa es desconocida, pero que sin duda se puede encontrar. ¿Quién sabe si el espiritismo, que ya nos ha dado la clave de tantas cosas incomprendidas, no nos dará también esta? Eso es lo que examinaremos en un próximo artículo.

Una manifestación antes de la muerte

La siguiente carta nos ha sido remitida desde Marennnes, en enero último:

Señor Allan Kardec:

Considero que habría faltado a mi deber si, al comienzo de este año, no os hubiera agradecido el buen recuerdo que tuvisteis la amabilidad de conservar respecto de mí, dirigiendo a Dios nuevas plegarias por mi restablecimiento. Así es, señor, esas plegarias me resultaron saludables, y en ellas reconozco vuestra influencia positiva, así como la de los Espíritus buenos que os acompañan; porque desde el 14 de mayo me veía obligada a guardar cama de vez en cuando, debido a las fiebres malignas que me habían dejado en un estado muy lamentable. Estoy mejor desde hace un mes. Os agradezco mil veces, y os ruego que agradezcáis en mi nombre a todos nuestros hermanos de la Sociedad de París, que han tenido a bien unir sus plegarias a las vuestras.

Como sabéis, a menudo he experimentado manifestaciones. Pero una de las más sorprendentes radica en el hecho que os voy a relatar.

En mayo último, mi padre vino a Marennes, a fin de pasar algunos días con nosotros. Tan pronto como llegó, cayó enfermo y murió al cabo de ocho días. Su muerte me causó un dolor tanto más vivo cuanto que, seis meses antes, yo había sido advertida de que ocurriría, pero no le había dado crédito. Este es el hecho:

En el mes de diciembre pasado, enterada de que mi padre nos visitaría, yo había preparado un pequeño cuarto para él, y mi deseo era que nadie durmiera ahí antes de él. Desde el momento en que manifesté dicho pensamiento, tuve la intuición de que quien se acostara en esa cama moriría en ella, y esa idea, que me perseguía constantemente, me oprimía el corazón a tal punto que ya no me atrevía a entrar en aquel cuarto. No obstante, con la esperanza de deshacerme de ese pensamiento, fui a orar junto a la cama. Me pareció ver en ella un cuerpo sepultado. Para tranquilizarme, levanté la manta, y no vi nada. Entonces me dije que todos esos presentimientos no eran más que ilusiones o producto de obsesiones. En ese mismo instante, escuché suspiros, como los de una persona cuando muere, y después sentí que una mano tibia y húmeda apretaba fuertemente mi mano derecha. Salí del cuarto, y no me atreví a volver a entrar en él a solas. Durante seis meses fui atormentada por ese triste aviso, y nadie durmió ahí antes de que mi padre llegara. Él murió en esa cama; sus últimos suspiros fueron los mismos que yo había escuchado. Antes de morir, sin que yo se lo pidiera, tomó mi mano derecha y la apretó tal como yo lo había sentido seis meses antes; su mano

tenía el sudor tibio que yo también había notado. Así pues, no puedo dudar de que lo que recibí fue un aviso.

He tenido muchas otras pruebas de la intervención de los Espíritus, pero sería demasiado extenso escribiros un detalle por carta. Sólo recordaré el hecho de una discusión de cuatro horas que mantuve, en agosto último, con dos sacerdotes, y durante la cual me sentí verdaderamente inspirada, así como forzada a hablar con una facilidad de la que yo misma quedé sorprendida. Lamento no poder relataros esa conversación. Eso no os causaría ninguna sorpresa, pero os divertiría.

Recibid, etc.

ANGELINA DE OGÉ

Hay un estudio completo para hacer respecto de esta carta. Para comenzar, vemos en ella un estímulo a orar por los enfermos, así como una nueva demostración de la asistencia de los Espíritus mediante la inspiración de las palabras que debemos pronunciar en circunstancias en las que nos veríamos en grandes dificultades para hablar librados a nuestras propias fuerzas. Se trata, tal vez, de uno de los géneros más comunes de mediumnidad, y que confirma el principio según el cual todos somos médiums, en mayor o menor medida, sin que lo sospechemos. Seguramente, si cada uno se remitiera a las diversas circunstancias de su vida, y observara con atención los efectos que experimentó o de los que fue testigo, no habría nadie que dejara de reconocer que obtuvo algunos efectos de mediumnidad inconsciente.

Con todo, el hecho más sobresaliente consiste en el aviso de la muerte del padre de la señora de Ogé, y en el presentimiento que la acosó durante seis meses. No cabe duda de que,

cuando ella se dispuso a orar en ese cuarto, y creyó ver un cuerpo en la cama —que estaba vacía, según constató—, se podría admitir, con alguna verosimilitud, el efecto de una imaginación afectada. Lo mismo podría decirse de los suspiros que ella escuchó. La presión de la mano también podría atribuirse a un efecto nervioso, provocado por la sobreexcitación de su mente. No obstante, ¿de qué modo se explica la coincidencia de todos esos hechos con lo que sucedió en oportunidad de la muerte de su padre? La incredulidad dirá: puro efecto de la casualidad. El espiritismo dice: fenómeno natural, debido a la acción de fluidos cuyas propiedades no se conocían hasta ahora, sometidos a la ley que rige las relaciones del mundo espiritual con el mundo corporal.

Al vincular con las leyes de la naturaleza la mayor parte de los fenómenos considerados sobrenaturales, el espiritismo llega precisamente para combatir el fanatismo y lo maravilloso cuando se lo acusa de pretender revivirlos; respecto de los fenómenos que son posibles, el espiritismo brinda una explicación racional, y demuestra la imposibilidad de los que constituirían una derogación de las leyes de la naturaleza. La causa de una infinidad de fenómenos se encuentra en el principio espiritual, cuya existencia el espiritismo demuestra. No obstante, ¿de qué modo los que niegan ese principio pueden admitir sus consecuencias? Aquel que niega la existencia del alma y de la vida extracorporal, no puede reconocer sus efectos.

Para los espíritas, el hecho que nos ocupa no tiene nada de sorprendente, y se explica, por analogía, de igual modo que un sinnúmero de hechos del mismo género, cuya autenticidad no puede ser cuestionada. Es cierto que las circunstancias en que se produjo presentan una dificultad; pero el espiritismo nunca dijo que no tenía nada más que aprender. Posee una llave,

cuyas aplicaciones aún está lejos de conocer en su totalidad. Se empeña en estudiarlas, a fin de llegar a un conocimiento, tan completo como sea posible, de las fuerzas naturales y del mundo invisible en medio del cual vivimos, mundo que nos interesa a todos, porque todos sin excepción habremos de ingresar en él tarde o temprano, y a diario vemos, mediante el ejemplo de los que parten, las ventajas de conocerlo con antelación.

Nunca será suficiente repetir que el espiritismo no crea ninguna teoría preconcebida; ve, observa, estudia los efectos, y de los efectos intenta remontarse a la causa, de modo tal que, cuando formula un principio o una teoría, siempre se apoya en la experiencia. Así pues, es rigurosamente cierto afirmar que el espiritismo es una ciencia de observación. Los que pretenden ver en él tan solo un producto de la imaginación, demuestran que al respecto ignoran hasta lo elemental.

Si el padre de la señora de Ogé hubiera muerto sin que ella lo supiese, y en el mismo momento en que ella sintió los efectos a que nos referimos, esos efectos se explicarían de la manera más simple. El Espíritu, desprendido del cuerpo, habría acudido a ella para avisarle que había partido de este mundo, y demostrar su presencia mediante una manifestación sensible, con la ayuda de su fluido periespiritual. Eso es muy frecuente. Comprendemos perfectamente que en este caso el efecto se debe al mismo principio fluídico, es decir, a la acción del periespíritu. Pero ¿de qué modo la acción material del cuerpo, que tuvo lugar en el momento de la muerte, pudo producirse de manera idéntica seis meses antes de esa muerte, cuando nada ostensible, como una enfermedad u otra causa, podía hacer que se la presintiera?

Esta es la explicación que nos fue impartida en la Sociedad de París:

“El Espíritu del padre de esa señora, en estado de desprendimiento, tenía un conocimiento anticipado de su muerte, así como de la manera en que esta se produciría. Dado que su vista espiritual abarcaba determinado espacio de tiempo, para él esa muerte ocurría en el presente; pero en el estado de vigilia no conservaba ningún recuerdo de todo eso. Fue él quien se había manifestado ante su hija, seis meses antes, en las condiciones que habrían de reproducirse, a fin de que, más tarde, ella supiese que se trataba de su padre y, al hallarse preparada para una separación próxima, su partida no la tomara de sorpresa. Ella misma, como Espíritu, tenía conocimiento de todo eso, porque los dos Espíritus se comunicaban en sus momentos de libertad, lo cual le permitía intuir que alguien moriría en ese cuarto. Esa manifestación se produjo también con el fin de proporcionar un tema de estudio, relacionado con el conocimiento del mundo invisible”.

VARIEDADES

Extraña violación de una sepultura

(Estudio psicológico.)

L'Observateur [*El Observador*], de Avesnes (20 de abril de 1867), refiere el siguiente caso:

“Hace tres semanas, un obrero de Louvroil, cuyo nombre es Magnan, de veintitrés años, tuvo la desgracia de perder a

su mujer, quien se hallaba afectada por una enfermedad del pecho. El dolor profundo que le causó este acontecimiento, pronto se incrementó con la muerte del hijo, que apenas sobrevivió a la madre unos días. Magnan hablaba sin cesar de su mujer; no podía creer que ella lo hubiese dejado para siempre, y pensaba que no tardaría en regresar. Sus amigos intentaban en vano brindarle algún consuelo, pues él los rechazaba, encerrado en su dolor.

”El jueves último, después de muchas dificultades, sus compañeros del taller lo convencieron de que acompañara hasta el ferrocarril a un amigo en común, un militar con licencia, que regresaba a su regimiento. No obstante, tan pronto como llegó a la estación, Magnan se excusó y volvió solo a la ciudad, más preocupado que de costumbre. En una taberna tomó algunos vasos de cerveza, que lo perturbaron del todo, y en esas condiciones llegó a su casa, alrededor de las nueve de la noche. Se hallaba solo, y la idea de que su mujer ya no estaba con él lo sobreexcitó más todavía, de modo que experimentó un deseo irresistible de volver a verla. Entonces, tomó una vieja pala y una azada ordinaria, y se dirigió al cementerio. A pesar de la oscuridad y de la lluvia horrible que caía en ese momento, de inmediato comenzó a remover la tierra que cubría a su querida difunta.

”Después de varias horas de trabajo sobrehumano, logró retirar el ataúd de la fosa. Apenas con las manos, rompiéndose las uñas, desprendió la tapa y tomó en sus brazos el cuerpo de la pobre compañera, lo llevó a su casa y lo recostó en la cama. Serían alrededor de las tres de la mañana. Después de encender el fuego, descubrió el rostro de la muerta; entonces, casi eufórico, corrió a casa de la vecina que se había ocupado

de sepultarla, para decirle que su mujer estaba de regreso, tal como él lo había predicho.

”Sin dar importancia alguna a las palabras de Magnan, que según ella tenía visiones, la vecina se levantó y lo acompañó hasta la casa, a fin de calmarlo y hacer que se acostara. Imagínese la sorpresa y el pavor que la invadió al ver el cuerpo exhumado. El desdichado obrero le hablaba a la muerta como si ella pudiera escucharlo, e intentaba, con una tenacidad conmovedora, obtener una respuesta, imprimiendo a su voz la dulzura y toda la persuasión de que era capaz. Ese amor más allá de la tumba ofrecía un espectáculo desgarrador.

”Con todo, la vecina tuvo el aplomo necesario para solicitar al pobre alucinado que colocara el cuerpo de su esposa en el ataúd, a lo que él accedió, ante el silencio obstinado de aquella a la que consideraba resucitada. Con la fe en esa promesa, la vecina regresó a su casa más muerta que viva.

”Pero Magnan no cumplió su palabra, y corrió a despertar a otros dos vecinos, quienes se levantaron, como lo había hecho la sepulturera, para hacer el intento de tranquilizar al desdichado. Al igual que aquella, superado el primer momento de estupefacción, los vecinos le recomendaron que llevara a la muerta de regreso al cementerio. Esta vez, sin dudarlo, Magnan tomó a la mujer en sus brazos, la colocó en el ataúd del que la había sacado, lo introdujo en la fosa y lo cubrió de tierra.

”La mujer de Magnan estaba enterrada hacía diecisiete días; no obstante, aún se hallaba en perfecto estado de conservación, porque la expresión de su rostro era exactamente la misma que tenía en el momento en que fue enterrada.

”Al día siguiente, cuando interrogaron a Magnan, este no se acordaba de lo que había hecho ni de lo sucedido algunas horas antes. Apenas dijo que creía haber visto a su mujer durante la noche.” (*Le Siècle*, 29 de abril de 1867.)

Instrucción acerca del hecho precedente

(*Sociedad de París*, 10 de mayo de 1867; médium: Sr. Morin, en estado de sonambulismo espontáneo.)

Los hechos se muestran por doquier, y todo lo que se produce parece tener una dirección especial, que conduce a los estudios espirituales. Observad bien, y a cada instante veréis fenómenos que a primera vista parecen anomalías en la vida humana, y cuya causa se buscaría inútilmente en alguna parte que no fuera la vida espiritual. No cabe duda de que para muchas personas se trata simplemente de hechos curiosos, acerca de los cuales no se interesan demasiado una vez que han dado vuelta la página; pero otros piensan más seriamente; buscan una explicación y, a fuerza de observar que la vida espiritual se levanta ante ellos, se verán obligados a reconocer que solamente en esa vida está la solución de lo que no pueden comprender. Vosotros, que conocéis la vida espiritual, examinad bien los detalles del hecho que se os acaba de leer, y observad si dicha vida no se muestra con evidencia.

No vayáis a pensar que los estudios que realizáis acerca de esos y otros temas de actualidad no llegarán a las masas, por el hecho de que hasta ahora apenas interesan a los espíritas, a los que ya están convencidos. No; en primer lugar, estad seguros de que los escritos espíritas trascienden a los adeptos; hay personas muy interesadas en la cuestión, como para que no se

mantengan al corriente de todo lo que hacéis y de la marcha de la doctrina. Sin que lo parezca, la Sociedad de París, que es el centro donde se elaboran los trabajos, es un punto de mira, y las soluciones sabias y razonadas que surgen de ella hacen reflexionar a más personas de lo que suponéis. Con todo, llegará el día en que esos mismos escritos serán leídos, comentados, analizados públicamente; y se cosecharán a manos llenas los elementos en los cuales deben establecerse las nuevas ideas, porque en ellos se encontrará la verdad. Os lo repito, convencos de que nada de lo que hacéis está perdido, incluso en el presente, y con mayor razón en el futuro.

Todo es tema de instrucción para el hombre que reflexiona. En el hecho que os ocupa veis un hombre que, si bien cuenta con facultades intelectuales y fuerzas físicas, por un momento parece completamente despojado de las primeras, dado que lleva a cabo un acto que a primera vista parece una locura. Pues bien, en eso hay una gran enseñanza.

¿Eso sucedió?—preguntarán algunas personas—. *Ese hombre, ¿se hallaba en estado de sonambulismo natural, o tuvo un sueño? El Espíritu de la mujer, ¿tuvo algo que ver en eso?* Tales son las preguntas que se pueden hacer al respecto. Pues bien, el Espíritu de la señora Magnan estuvo muy involucrado en ese asunto, y mucho más de lo que podrían suponer los propios espíritas.

Si se sigue a ese hombre con atención, a partir del momento de la muerte de su esposa, se verá que cambia poco a poco; desde las primeras horas de la partida de la mujer, su mente toma una dirección que se acentúa cada vez más, hasta que llega al acto de locura de exhumación del cadáver. En ese acto hay algo más que pesar. Conforme lo enseña *El libro de los Espíritus*, así como todas las comunicaciones, no es en la

vida presente, sino en el pasado, donde hay que buscar la causa. Estamos en la Tierra para cumplir una misión o para pagar una deuda. En el primer caso, se realiza una tarea voluntaria; en el segundo, buscad la contraparte de los sufrimientos que experimentáis, y encontraréis la causa de esos sufrimientos.

Cuando la mujer murió, su Espíritu quedó ahí, y como el vínculo entre los fluidos espirituales y los del cuerpo era difícil de romper, debido a la inferioridad del Espíritu, este necesitó cierto tiempo para recuperar su libertad de acción, un nuevo trabajo para asimilar los fluidos; después, cuando estuvo en condiciones, se apoderó del cuerpo de ese hombre y lo poseyó. Así pues, se trata de un auténtico caso de posesión.

Ese hombre *ya no es él*; y notad esto: ya no es él durante la noche. Sería necesario entrar en explicaciones demasiado extensas para haceros comprender la causa de esta singularidad; no obstante, en dos palabras: la combinación de ciertos fluidos, como en química la de ciertos gases, no puede soportar el brillo de la luz. Por eso determinados fenómenos espontáneos ocurren más a menudo de noche que de día.

Ella posee a este hombre; lo obliga a hacer lo que ella quiere; es ella quien lo conduce hasta el cementerio para que realice ese trabajo sobrehumano, y para que sufra. Al día siguiente, cuando le preguntan al hombre qué sucedió, él queda estupefacto y sólo recuerda que ha soñado con su mujer. El sueño era realidad; ella había prometido que volvería, y volvió; volverá y lo dominará.

En otra existencia se cometió un crimen; el que pretendía vengarse dejó que el asesino reencarnara, y eligió a su vez una existencia que, al ponerlo en relación con él, le permitiera concretar la venganza. Os preguntaréis cómo es posible esa licencia; pero lo cierto es que Dios no concede nada que no

sea justo y lógico. Uno de ellos quiere vengarse; es preciso que tenga, a modo de prueba, la ocasión de vencer su deseo de venganza; y el otro debe experimentar lo que ha hecho sufrir al primero, y pagar por eso. Aquí estamos ante el mismo caso; salvo que, como los fenómenos aún no han concluido, no pasará mucho tiempo antes de que suceda algo más.

Bibliografía
en venta el 6 de enero de 1868

La génesis
los milagros y las predicciones según el espiritismo

por Allan Kardec⁵

-
5. Librería Internacional, 15 boulevard Montmartre, París.- Un gran volumen in-12. Precio: 3 francos, 50 centavos. Por correo: 4 francos. Los gastos de correo para esta obra, como para las demás, corresponden a Francia y Argelia; para el exterior, los gastos varían según los países, a saber:

Bélgica: 65 c.- Italia: 75 c.- Inglaterra, Suiza, España, Grecia, Constantinopla, Egipto: 1 fr.- Prusia, Baviera: 1 fr. 20 c.- Holanda: 1 fr. 50 c.- Portugal, Estados Unidos, Canadá, Canarias, Guadalupe, Cayena, México, Mauricio, China, Buenos Aires, Montevideo: 1 fr. 45 c.- Holanda: 1 fr. 50 c.- Brasil: 1 fr. 80 c.- Ducado de Baden: 2 fr. 25 c.- Perú: 2 fr. 60 c.- Austria: 3 fr. 20 c.

ÍNDICE

Introducción.

CAPÍTULO I.- CARACTERES DE LA REVELACIÓN ESPÍRITA.

CAPÍTULO II.- DIOS.- Existencia de Dios.- Acerca de la naturaleza divina.- La Providencia.- La visión de Dios.

CAPÍTULO III.- EL BIEN Y EL MAL.- Origen del bien y del mal.- La inteligencia y el instinto.- Destrucción mutua de los seres vivos.

CAPÍTULO IV.- EL ROL DE LA CIENCIA EN LA GÉNESIS.

CAPÍTULO V.- ANTIGUOS Y MODERNOS SISTEMAS DEL MUNDO.

CAPÍTULO VI.- URANOGRAFÍA GENERAL.- El espacio y el tiempo.- La materia.- Las leyes y las fuerzas.- La creación primera.- La creación universal.- Los soles y los planetas.- Los satélites.- Los cometas.- La Vía Láctea.- Las estrellas fijas.- Los desiertos del espacio.- Sucesión eterna de los mundos.- La vida universal.- La ciencia.- Consideraciones morales.

CAPÍTULO VII.- ESBOZO GEOLÓGICO DE LA TIERRA.- Períodos geológicos.- Estado primitivo del globo.- Período primario.- Período de transición.- Período secundario.- Período terciario.- Período diluviano.- Período posdiluviano o actual. Aparición del hombre.

CAPÍTULO VIII.- TEORÍAS DE LA TIERRA.- Teoría de la proyección (Buffon).- Teoría de la condensación.- Teoría de la incrustación.

CAPÍTULO IX.- REVOLUCIONES DEL GLOBO.- Revoluciones generales o parciales.- El diluvio bíblico.- Revoluciones periódicas.-

Cataclismos futuros.

CAPÍTULO X.- GÉNESIS ORGÁNICA.- Formación inicial de los seres vivos.- El principio vital.- Generación espontánea.- Escala de los seres corporales.- El hombre.

CAPÍTULO XI.- GÉNESIS ESPIRITUAL.- Principio espiritual.- Unión del principio espiritual con la materia.- Hipótesis sobre el origen de los cuerpos humanos.- Encarnación de los Espíritus.- Reencarnación.- Emigración e inmigración de los Espíritus.- Raza adámica.- Doctrina de los ángeles caídos.

CAPÍTULO XII.- GÉNESIS MOSAICA.- Los seis días.- El paraíso perdido.

Los milagros

CAPÍTULO XIII.- CARACTERES DE LOS MILAGROS.

CAPÍTULO XIV.- LOS FLUIDOS.- Naturaleza y propiedades de los fluidos.- Explicación natural de algunos fenómenos considerados sobrenaturales.

CAPÍTULO XV.- LOS MILAGROS EN EL EVANGELIO.- Observaciones preliminares.- Sueños.- La estrella de los Magos.- Doble vista.- Curaciones.- Posesos.- Resurrecciones.- Jesús camina sobre las aguas.- Transfiguración.- La tempestad apaciguada.- Las bodas de Caná.- La multiplicación de los panes.- La tentación de Jesús.- Prodigios en ocasión de la muerte de Jesús.- Aparición de Jesús después de su muerte.- Desaparición del cuerpo de Jesús.

Las predicciones

CAPÍTULO XVI.- TEORÍA DE LA PRESCIENCIA.

CAPÍTULO XVII.- PREDICCIONES DEL EVANGELIO.- Nadie es profeta en su tierra.- Muerte y pasión de Jesús.- Persecución a los apóstoles.- Ciudades impenitentes.- Ruina del Templo y de Jerusalén.- Maldición contra los fariseos.- Mis palabras no pasarán.- La piedra angular.- Parábola de los viñadores homicidas.- Un solo rebaño y un solo pastor.- Advenimiento de Elías.- Anuncio del Consolador.- Segundo advenimiento del Cristo.- Señales precursoras.- Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán.- El juicio final.

CAPÍTULO XVIII.- LOS TIEMPOS HAN LLEGADO.- Señales de los tiempos.- La nueva generación.

ERRATA

En el número de julio de 1867, página 196, 10.^a línea: Las personas más *ilustradas* comprenden... - Léase: *iletradas*...

En el número de noviembre de 1867, página 341, 40.^a línea: El fluido actúa *sin* el impulso del Espíritu... - Léase: *con* el impulso...

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 2

Febrero de 1868

Extracto de los manuscritos de un joven médium bretón

Los alucinados, los inspirados, los fluídicos
y los sonámbulos

Nuestros lectores recordarán que han leído, en junio de 1867⁶, el análisis de *La novela del porvenir* [*Roman de l'Avenir*], que el Sr. Bonnemère había tomado de los manuscritos de un joven médium bretón, quien le había entregado sus trabajos.

En esa voluminosa colección de manuscritos, el autor también encontró estas páginas, escritas en un momento de inspiración, y que pone a consideración de los lectores de la *Revista Espírita*. No hace falta decir que la responsabilidad de las opiniones emitidas pertenece al médium o, más bien, al

6. Véanse las "Noticias bibliográficas" de la *Revista Espírita* (Año X - N.º 7 - julio de 1867.) (N. del T.)

Espíritu que lo inspira, y que nos reservamos para evaluarlas más tarde. Al igual que *La novela del porvenir*, se trata de una curiosa muestra de mediumnidad inconsciente.

I

Los alucinados

Tenemos poco para decir acerca de la alucinación: ese estado provocado por una causa moral, que influye en lo físico, y a la cual suelen mostrarse más accesibles las naturalezas nerviosas, siempre más propensas a impresionarse.

Las mujeres, sobre todo, por su organización íntima, son conducidas a la exaltación, y la fiebre se presenta en ellas con mayor frecuencia, acompañada de un delirio que toma la apariencia de la locura momentánea.

Es preciso reconocer que la alucinación se asemeja un tanto a la locura, así como todas las sobreexcitaciones cerebrales; y mientras que el delirio se manifiesta sobre todo con palabras incoherentes, la alucinación representa más particularmente la acción, la puesta en escena. Sin embargo, a veces se las confunde por error.

Presas de una especie de fiebre interior, que no se refleja por fuera mediante ninguna perturbación aparente de los órganos, el alucinado vive en medio del mundo imaginario que su imaginación perturbada crea por un momento; todo se encuentra desordenado, tanto en él como alrededor suyo; lleva todo al extremo: a veces la alegría, casi siempre la tristeza, y las lágrimas caen de sus ojos mientras sus labios expresan una sonrisa enfermiza.

Esas visiones fantásticas existen para él; las ve, las toca, y se asusta. No obstante, a pesar de todo, conserva el ejercicio de la voluntad; conversa con sus interlocutores y les oculta el objeto de sus terrores o de sus sombrías preocupaciones.

Hemos conocido a uno que, durante unos seis meses, asistía todas las mañanas al entierro de su cuerpo, con plena conciencia de que su alma sobrevivía. Nada parecía haberse modificado en los hábitos de su vida, y sin embargo ese pensamiento incesante, esa visión, a veces lo seguía a todas partes. La palabra *muerte* resonaba incesantemente en sus oídos. Cuando el sol brillaba, disipaba la noche o atravesaba las nubes, la espantosa visión se desvanecía poco a poco, hasta que por fin desaparecía. A la noche se dormía, triste y desesperado, porque sabía que lo aguardaba un horrible despertar al día siguiente.

Algunas veces, cuando el exceso de sufrimiento físico imponía silencio a su voluntad y le quitaba ese poder de disimulo que solía conservar, de repente exclamaba: “¡Ah! ¡Ahí están...! ¡Los veo...!” Y entonces contaba, a quienes integraban su entorno más íntimo, los detalles de la lúgubre ceremonia, describía las escenas siniestras que se desplegaban ante sus ojos, o las rondas de personajes fantásticos que desfilaban ante él.

El alucinado os referirá las locas percepciones de su cerebro enfermo, pero no tendrá nada para deciros acerca de lo que otros acudirán a revelarles; porque, para ser inspirado, es preciso que la paz y la armonía reinen en vuestra alma, y que os hayáis desprendido de todo pensamiento material o mezquino. Algunas veces, la disposición mórbida provoca la inspiración; entonces, es como una ayuda que los amigos que partieron antes que vosotros os traen para aliviaros.

Ese loco, que ayer gozaba de la plenitud de la razón, no presenta desórdenes exteriores perceptibles para el observador. No obstante, esos desórdenes son muchos, existen y son reales. Con frecuencia, el mal está en el alma, arrojada fuera de sí por el exceso de trabajo, de alegría, de dolor. El hombre físico ya no se mantiene en equilibrio con el hombre moral. El shock moral ha sido más violento de lo que el físico puede soportar: de ahí el cataclismo.

El alucinado sufre también las consecuencias de una perturbación grave en su organismo nervioso. No obstante —lo que rara vez ocurre en la locura—, en él esos desórdenes son intermitentes y tanto más fácilmente curables cuanto que su vida es, de algún modo, doble, pues piensa con la vida real y sueña con la vida fantástica.

Esta última constituye, a menudo, el despertar de su alma enferma, y, si se lo escucha con inteligencia, se llegará a descubrir la causa del mal, que muchas veces él pretende ocultar. Entre el flujo de palabras incoherentes que arroja fuera de sí una persona en delirio, y que en nada parecen referirse a las causas probables de su enfermedad, se encontrará una que volverá constantemente y como a pesar de la propia persona, que quisiera retenerla, pero que se le escapa. Esa es la causa verdadera y que hace falta combatir.

No obstante, el trabajo es prolongado y difícil, porque el alucinado es un hábil actor y, si se da cuenta de que lo observan, su espíritu se arroja a extraños desvaríos y toma las apariencias de la locura para escapar de esa presión inoportuna que parecéis decididos a ejercer sobre él. Así pues, es necesario estudiarlo con extrema prudencia, sin nunca contradecirlo o intentar rectificar los errores de su cerebro delirante.

Estas son diversas fases de excitación cerebral o, mejor dicho, de excitación del ser en su totalidad, pues no hace falta localizar la sede de la inteligencia. El alma humana, que la genera, se cierne en todas partes; es el soplo de lo alto, que hace vibrar y obrar a la máquina entera.

El alucinado puede, de buena fe, considerarse inspirado y profetizar, ya sea que tenga conciencia de lo que dice, o bien que las personas que lo rodean puedan, por sí solas y sin que él lo sepa, recoger sus palabras. Pero dar crédito a las indicaciones de un alucinado implicaría prepararse para extrañas decepciones, tanto es así que muy a menudo se ha hecho responsable a la inspiración por los errores que solo eran obra de la alucinación.

El cuerpo físico es algo material, sensible, expuesto a la luz, que cada uno puede ver, admirar, criticar, cuidar o tratar de mejorar. Pero ¿quién puede conocer al hombre moral? Si nos ignoramos a nosotros mismo, ¿cómo podrían juzgarnos los demás? Si bien les entregamos algunos de nuestros pensamientos, son muchos más los que les ocultamos y que quisiéramos ocultarnos a nosotros mismos.

Ese disimulo es casi un crimen social. Creados para el progreso, nuestra alma, nuestro corazón, nuestra inteligencia, existen para ser difundidos entre todos los hermanos de la gran familia, a fin de prodigarles todo cuanto está en nosotros, así como para enriquecernos al mismo tiempo con todo lo que ellos pueden comunicarnos.

La expansión recíproca es, pues, la gran ley humanitaria, y la concentración, es decir, el disimulo de nuestras acciones, de nuestros pensamientos, de nuestras aspiraciones, es una especie de robo que cometemos en perjuicio de todo el mundo. ¿Qué progreso habrá si guardamos en nosotros todo lo que la

naturaleza y la educación han puesto ahí, y si los demás obran de igual modo respecto de nosotros?

Exiliados voluntarios, y manteniéndonos fuera del intercambio de nuestros hermanos, nos concentramos en una idea fija; la imaginación obsesionada intenta sustraerse a eso, persiguiendo toda suerte de pensamientos sin consecuencias, y de ese modo puede llegarse hasta la locura, justo castigo que se nos inflige por no haber querido marchar por nuestros caminos naturales.

Vivamos, pues, en los otros, y ellos en nosotros, a fin de que no seamos más que uno. Las grandes alegrías, como los grandes dolores, nos quiebran cuando no los confiamos a un amigo. Toda soledad es mala y condenable, y todo lo que sea contrario al deseo de la naturaleza conduce a inevitables e inmensos desórdenes interiores.

II

Los inspirados

La inspiración es más rara que la alucinación, porque no depende solamente del estado físico, sino también, y sobre todo, de la condición moral del individuo predispuesto a recibirla.

Todo hombre dispone apenas de cierta parte de inteligencia, que tiene la posibilidad de desarrollar mediante su trabajo. Llegado al punto culminante que se le permite alcanzar, se detiene un momento, después retorna al estado primitivo, al estado de niño, salvo esa misma inteligencia, que en el

niño crece día a día, y en el anciano disminuye, se extingue y desaparece. Entonces, habiendo dado todo, y sin poder agregar nada más al bagaje de su siglo, ese hombre parte, pero para continuar en otro sitio su obra interrumpida aquí; parte, pero dejando el lugar rejuvenecido a otro que, al llegar a la edad viril, tendrá a su vez el poder de cumplir una misión mayor y más útil.

Lo que llamamos *muerte* no es más que la dedicación al progreso y a la humanidad. Porque nada muere, todo sobrevive y se reencuentra mediante la transmisión del pensamiento de esos seres que partieron antes que nosotros, y que siguen conectados, a través de la parte más etérea de sí mismos, con la patria que dejaron, pero que no olvidaron, y a la que siempre aman, toda vez que en ella habitan los continuadores de su vida, los herederos de sus ideas, y sobre los que se complacen en insuflar por momentos otras ideas que no tuvieron tiempo de sembrar alrededor suyo, o esas que no pudieron ver progresar en la medida de sus expectativas.

Dado que ya no tienen órganos al servicio de su inteligencia, vienen a pedir a los hombres de buena voluntad, a quienes aprecian, que les cedan el lugar por un momento. Sublimes benefactores ocultos, ellos impregnan a sus hermanos con la quintaesencia de su pensamiento, a fin de que su obra esbozada continúe y sea concluida, pasando por el cerebro de los que pueden hacer realidad su camino en el mundo.

Entre los amigos desaparecidos y nosotros, el amor continúa, y el amor es la vida. Ellos nos hablan con la voz de nuestra conciencia despierta. Purificados y mejores, solamente nos traen cosas puras, pues están desprendidos de toda parte material, así como de todas las mezquindades de nuestra pobre

existencia. Ellos nos inspiran con el sentimiento que tenían en este mundo, pero con ese sentimiento libre de toda mezcla.

Todavía les queda una parte de sí mismos para dar: nos la traen, y nos dejan creer que la hemos obtenido apenas con nuestro trabajo personal. De ahí vienen esas revelaciones inesperadas, que desconciertan a la ciencia. El Espíritu de Dios sopla donde quiere... Desconocidos hacen grandes descubrimientos, y el mundo oficial de las academias está aquí para impedirles el paso.

No pretendemos decir que, para ser inspirado, sea indispensable mantenerse incesantemente en el camino estrecho del bien y de la virtud; sin embargo, por lo general son seres morales a los que se visita, a menudo como compensación por los males que sufren por causa de los otros, para concederles manifestaciones que les permitan vengarse a su manera, mediante el aporte de algunos beneficios para la humanidad que los ignora, que se burla de ellos y los calumnia.

Se encuentran tantas categorías de inspiración y, por consiguiente, de inspirados, como facultades existen en el cerebro humano para asimilar conocimientos diferentes.

La lucha ahuyenta a los Espíritus purificados, que parten hacia mundos más adelantados, y desean que se los escuche con docilidad. Así, los inspirados son por lo general seres puros, ingenuos y simples, serios y reflexivos, llenos de abnegación y devoción, sin una personalidad fuerte, de impresiones profundas y duraderas, accesibles a las influencias exteriores, sin prejuicios respecto de las cosas que ignoran, bastante inteligentes para asimilar las ideas ajenas, pero sin suficiente fuerza moral para discutir las.

Si el inspirado se apega a sus propias convicciones, de buena fe adopta ese eco como si fuera la advertencia de las voces que en él hablan, y entonces, también de buena fe, engaña en vez de esclarecer. La bondad preside esas revelaciones, que nunca ocurren sin un objetivo a la vez útil y moral.

Cuando una de esas organizaciones simpáticas sufre como consecuencia de una decepción cruel o de un mal físico, un amigo se interesa por ella y acude para brindarle otro alimento a su pensamiento, llevando alivio para ella misma, pero sobre todo para los que le son queridos.

No es raro que el inspirado haya comenzado siendo un alucinado. Es como un noviciado, una preparación de su cerebro para concentrar su espíritu y para que pueda aceptar aquello que se le dirá.

Que un inspirado no pueda formular nada concluyente en determinado momento, no quiere decir que no pueda hacerlo en otros. Las manifestaciones permanecen libres, espontáneas; surgen cuando son necesarias. Así, los inspirados, incluso los mejores, no lo son en días y horarios fijos, y las sesiones anunciadas previamente suelen dar lugar a inevitables decepciones.

Al hacer evocaciones con demasiada frecuencia se corre el riesgo de alcanzar tan solo un estado de sobreexcitación, más próximo a la alucinación que a la inspiración. En ese caso, no es más que la actividad de nuestra imaginación delirante, en lugar de esas luces de otro mundo destinadas a iluminar los pasos de la humanidad en su camino providencial.

Eso explica esos errores que la incredulidad convierte en arma para negar de manera absoluta la intervención de los Espíritus superiores.

Los inspirados lo son por parte de todos aquellos que, habiendo partido antes de tiempo, tienen algo para enseñarnos.

Puede suceder que la mujer más simple, la menos instruida, obtenga revelaciones médicas. Hemos visto una que, incluso sin saber leer ni escribir, encontraba en ella diversos nombres de plantas que podían curar. La credulidad popular casi la había forzado a explotar esa facultad. Tampoco era siempre igualmente esclarecida, aunque se mantuviera en relación con la persona enferma tomándole el pulso, porque ella era también de esos *fluídicos* de los cuales hablaremos enseguida. A pesar de que era débil y delicada, mediante su contacto podía restablecer el equilibrio de quienes lo necesitaban, así como volver a poner en circulación los principios vitales interrumpidos. Sin que se diera cuenta, con ese simple toque sobre ciertas personas cuyo fluido era idéntico al suyo, ella hacía mayor bien que con los remedios que prescribía, a veces apenas por hábito, y con variantes insignificantes, fuera cual fuese el mal por el cual la consultaban.

La Providencia ha puesto junto a cada hombre un remedio para cada enfermedad. Existen tantas naturalezas diferentes como individuos. Los remedios también actúan de manera diferente en cada organismo, el cual influye sobre los caracteres del mal; y es eso lo que hace que al médico le resulte casi imposible prescribir el remedio eficaz. Conoce sus efectos generales, pero ignora por completo en qué sentido actuará sobre tal o cual sujeto que se le presente.

Aquí brilla la superioridad de los fluídicos y de los sonámbulos, dado que, cuando estos se encuentran en ciertas condiciones de simpatía con los que acuden a consultarlos, los seres superiores los guían con una infalibilidad casi segura.

Muchas veces esa inspiración es inconsciente de sí misma; a menudo un médico, pero solamente junto a determinados enfermos, encuentra de repente el remedio que puede curarlos. No lo ha guiado la ciencia, sino la inspiración. La ciencia ponía a su disposición varios modos de tratamiento, pero una voz interior le gritaba un nombre; se ha visto forzado a decirlo, y ese nombre era el del remedio que debía actuar, con exclusión de cualquier otro.

Lo que decimos de la medicina también existe en las demás ramas del trabajo humano. En determinados momentos, el fuego de la inspiración nos devora, y es preciso ceder. Y si pretendemos concentrar en nosotros mismos lo que de nosotros debe salir, un auténtico sufrimiento se convierte en el castigo de nuestra rebeldía.

Todos aquellos a los que Dios ha concedido el don sublime de la creación: los poetas, los sabios, los artistas, los inventores, todos ellos tienen esas iluminaciones inesperadas, a veces en un orden de hechos muy diferente de sus estudios ordinarios, en caso de que hayan pretendido violentar su vocación. Pero los Espíritus saben lo que debemos y podemos hacer, y acuden a despertar incesantemente en nosotros nuestras atracciones sofocadas.

Sabemos de qué manera Molière explicaba esas desigualdades que arruinan las más bellas piezas de Corneille: “Este diablo de hombre –decía él– tiene un genio familiar, que por momentos acude a susurrarle en el oído cosas sublimes; después, de repente, lo deja plantado, diciéndole: ‘¡Sal de esta como puedas!’ Y entonces ya no hace nada que valga”. Molière tenía razón. El orgulloso genio de Corneille no tenía la dócil pasividad necesaria para soportar en todo momento la

inspiración de lo alto. Los Espíritus lo abandonaban, y entonces él se dormía, como a veces hacía el propio Homero.

Los hay –Sócrates y Juana de Arco estaban entre ellos– que escuchan voces interiores que les hablan. Otros no escuchan nada, pero son obligados a obedecer a una fuerza victoriosa que los domina.

Otras veces, un nombre llama a los oídos del inspirado: es el de un amigo, o el de un individuo al que ni siquiera conoce, del que apenas escuchó hablar. La personalidad de ese amigo desconocido lo penetra, se encarna en él; pensamientos extraños sustituyen poco a poco los suyos. Por un momento tiene el Espíritu de aquél; obedece, escribe, sin que lo sepa, a su pesar si es necesario, cosas que no sabe. Y como si esa obediencia pasiva, a la cual es condenado, le resultara amarga de soportar en estado de vigilia, huye de esas cosas escritas bajo una inspiración opresiva, y no las quiere leer.

Esos pensamientos pueden estar en desacuerdo formal con sus creencias, con sus sentimientos, o bien con aquellos que la educación le ha impuesto, dado que, para que ciertos Espíritus acudan a él, es necesario que exista alguna relación entre ellos. Esos Espíritus le imparten el pensamiento, y dejan que él se ocupe de encontrar la forma. Así pues, hace falta que ellos sepan que su inteligencia los puede comprender, así como asimilar momentáneamente sus ideas, para traducirlas.

Sucede que es poco frecuente que las circunstancias nos hayan permitido desarrollarnos en el sentido de nuestras aptitudes nativas. Los Espíritus más adelantados saben cuál cuerda es preciso tocar, para que vibre. Esta había quedado muda, porque se habían tocado otras, descuidando aquella. Por un momento ellos le dan vida. Es como un germen durante mucho tiempo sofocado, al que ellos fecundan. Después, el ins-

pirado, vuelto a su estado habitual, no recuerda nada, porque vive una existencia doble, cada una de las cuales es por completo independiente de la otra.

Con todo, también puede suceder que conserve una mayor facilidad de comprensión, y que conquiste un mayor desarrollo intelectual. Es la recompensa por el esfuerzo que ha hecho para dar una forma comprensible a los pensamientos que otros le revelaron.

No creemos que todo inspirado pueda conocerlo todo. Cada uno, conforme a sus predisposiciones naturales —aunque a menudo estas permanezcan desconocidas, tanto para sí mismo como para los demás—, es inspirado para tal o cual cosa, pero no lo es de igual modo para todas. En efecto, existen naturalezas tan antipáticas respecto de ciertos conocimientos, que los Espíritus nunca acudirán para llamar a una puerta que saben que no podrá abrirse.

Los inspirados solo conocen el futuro en cierta medida. Por eso, no es correcto decir que un inspirado ha predicho a qué mundo irá tal persona después de la muerte, y qué juicio pronunciará Dios acerca de ella. Eso es un juego de la imaginación alucinada. Por más alto que el hombre haya ascendido en la escala de los mundos, no conoce cuál será el destino de su hermano. Esa es la parte reservada a Dios: nunca la criatura podrá usurpar sus derechos.

Es cierto que hay manifestaciones, pero no son continuas, y nuestra impaciencia al respecto suele ser la responsable.

Así es, todo se relaciona y nada se rompe en el inmenso universo. Así es, entre esta existencia y las otras existe un lazo de simpatía indisoluble, que vincula y une a todos los miembros de la familia humana, permitiendo que los mejores

acudan a impartirnos el conocimiento de lo que no sabemos. Mediante ese trabajo se lleva a cabo el progreso. Da lo mismo que sea trabajo de la inteligencia o inspiración. La inspiración constituye el progreso superior, el fondo; el trabajo personal pone ahí la forma, agregando también la quintaesencia de los conocimientos adquiridos anteriormente.

Ninguna invención nos pertenece completamente, porque otros han lanzado antes que nosotros la semilla que cosechamos. Nosotros aplicamos a la obra que deseamos proseguir las fuerzas y el trabajo de la naturaleza, que es de todos, y sin cuyo auxilio nada se hace; entonces, las fuerzas y el trabajo acumulado por los otros nos prepararon los medios de triunfar.

Para decirlo de otro modo, todo es obra común y colectiva, para confirmar ese gran principio de solidaridad y de asociación que es la base de las sociedades y la ley de la creación entera.

El trabajo del hombre nunca dejará de ser necesario para la inspiración. El Espíritu que nos trae la inspiración respetará siempre la parte reservada al individuo; la respetará como algo noble y santo, pues el trabajo pone al hombre en posesión de las facultades que Dios ha depositado en germen en su alma, a fin de que el objetivo de su vida sea fecundarlas. Mediante su desarrollo, el hombre aprendió a conocerse y mereció acercarse a Él.

La inspiración llega tanto en el día como en la noche, en la vigilia o durante el sueño. Sólo exige recogimiento. Necesita encontrar naturalezas que puedan abstraerse de toda preocupación propia del mundo real, a fin de que ceda su lugar al ser que se acercará para envolverlo por completo e infundirle sus pensamientos.

En los momentos de inspiración, el hombre se torna mucho más accesible a los sonidos exteriores, y todo lo que le llega del mundo real lo perturba. Ya no está en este mundo, sino en un medio transitorio, entre este y el otro, dado que de algún modo se encuentra empapado de la persona moral e intelectual de un ser ubicado en otra esfera, pero cuyo cuerpo se relaciona con esta.

Si bien se dirige a todos, la inspiración descenderá más generalmente sobre las naturalezas enfermizas o agotadas por una sucesión de sufrimientos, materiales o morales. Dado que es un beneficio, ¿no es justo que los que sufren sean más fácilmente aptos para recibirla?

La alucinación es un estado enfermizo que el magnetismo puede modificar de manera saludable. La inspiración es una asimilación moral que no debe ser provocada con pases magnéticos. El alucinado se entrega de buen grado a arrobamientos y a contorsiones ridículas. El inspirado es tranquilo.

Los inspirados son melancólicos. Necesitan ser reflexivos; para ser alegre no hace falta reflexionar mucho; la salud debe gozar de un equilibrio que los inspirados no siempre poseen. Pero no vayamos a pensar que son difíciles y caprichosos. Por el contrario, se muestran amables y accesibles ante quienes les agradan.

Hay inspirados de diversos grados. Algunos os dicen cosas palpables, hechos de doble vista, para que se pueda constatar la realidad de la iniciación. Otros, más clarividentes y poco interesados en los procesos materiales, cuyos secretos no son llamados a divulgar, repiten, como los ven, los pensamientos introducidos por los Espíritus de progreso. Los primeros curan el cuerpo, los últimos son médicos del alma.

La misión de los más modestos se limita a revelar de qué modo reciben esas cosas. Es un hecho comprobado que fuerzas avanzadas de muchos grados llegan a nosotros para dominarnos e inspirarnos. ¿Para qué vamos a repetirlo? Que lo crea el que quiera. Pero dado que esas comprobaciones están bien fundadas, no se debe tomar de los inspirados más que el lado útil y serio. Poco importa si las ideas son buenas, ni de qué fuentes proceden.

EUGÈNE BONNEMÈRE

Saludos de Año Nuevo de un espírita de Leipzig

Un espírita de Leipzig ha hecho imprimir en lengua alemana el siguiente saludo, cuya traducción tenemos el agrado de presentar.

MIS BUENOS AUGURIOS DE AÑO NUEVO
PARA TODOS LOS ESPÍRITAS
Y ESPIRITUALISTAS DE LEIPZIG

A vosotros, que os denomináis materialistas, porque solo queréis conocer la materia, también os enviaría mis augurios de felicidad, pero temo que consideraríais eso como la osadía de un extraño que no tiene derecho a contarse entre vosotros.

Distinto es el caso de los espiritualistas, que se encuentran en el mismo terreno que los espíritas en lo que respecta a la convicción en la inmortalidad del alma, así como en su individualidad y su estado feliz o desdichado después de la muerte. Los espiritualistas y los espíritas reconocen en cada hombre a un alma hermana de la suya, y por eso me otorgan el derecho de enviarles mis saludos. Unos y otros agradecen al Señor por el año que acaba de finalizar, y esperan que, sostenidos por su gracia, tengan valor para soportar las pruebas de los días aciagos, así como la fuerza de trabajar en su perfeccionamiento, dominando sus pasiones.

A vosotros, queridos espíritas, hermanos y hermanas conocidos y desconocidos, os deseo particularmente un feliz año, porque habéis recibido de Dios, para vuestra peregrinación terrenal, un gran apoyo en el espiritismo. La religión ha llegado a todos para darles la fe, y bienaventurados sean quienes la han conservado. Lamentablemente, esa religión se ha extinguido en muchos; por eso Dios envía una nueva arma para combatir la incredulidad, el orgullo y el egoísmo, que asumen proporciones cada vez mayores. Esa arma nueva es la comunicación con los Espíritus; gracias a ella tenemos la fe, porque nos da la certeza de la vida del alma, y nos permite echar un vistazo a la otra vida; así reconocemos la vanidad de la felicidad terrenal, y obtenemos la solución de las dificultades que nos hacían dudar de todo, hasta de la existencia de Dios.

Dijo Jesús a sus discípulos: “Aún tendría muchas cosas que deciros, pero no podríais soportarlas”. Actualmente, dado que la humanidad ha progresado, puede comprenderlas. Por eso Dios nos ha dado la ciencia del espiritismo, y la prueba de que la humanidad está madura para esa ciencia radica en que esa ciencia existe. Es inútil negar y burlarse, como antaño era in-

útil negar y burlarse de los hechos presentados por Copérnico y Galileo. Entonces esos hechos eran tan poco reconocidos como lo son ahora los del mundo de los Espíritus. Como antaño, los primeros opositores son los científicos, hasta el día en que, al verse aislados, reconocerán humildemente que los nuevos descubrimientos, como el vapor, la electricidad y el magnetismo, que en el pasado eran desconocidos, no son la última palabra de las leyes de la naturaleza. Ellos serán responsables ante las generaciones futuras por no haber acogido a la ciencia nueva como hermana de las otras, y por haberla rechazado como a una locura.

Es verdad que esa ciencia no enseña nada nuevo cuando proclama la vida del alma, pues el Cristo habló de ella; pero el espiritismo disipa todas las dudas y arroja una nueva luz sobre esa cuestión. No obstante, evitemos considerar inútiles las enseñanzas del cristianismo, y no creamos que hayan sido reemplazadas por el espiritismo; al contrario, fortalezcámonos en la fuente de las verdades cristianas, respecto de las cuales el espiritismo no es más que un nuevo faro, a fin de que nuestra inteligencia y nuestro orgullo no nos pierdan. El espiritismo nos enseña, ante todo, que “sin el amor y la caridad, no hay felicidad”, es decir, que es preciso amar al prójimo como a uno mismo. Apoyándose en esta verdad cristiana, abre el camino para el cumplimiento de estas palabras del Cristo: “Un solo rebaño y un solo pastor”.

Así pues, queridos hermanos y queridas hermanas espíritas, permitidme que mis saludos de Año Nuevo incluyan esta súplica: que nunca abuséis del poder de comunicaros con el mundo espiritual. No olvidemos que, según la ley en que se basan nuestras relaciones con los Espíritus, los malos no están excluidos de las comunicaciones. Si bien es difícil constatar

la identidad del Espíritu de una persona a la que no hemos conocido, es fácil distinguir a los Espíritus buenos de los malos. Estos pueden ocultarse tras la máscara de la hipocresía, pero un buen espírita los reconoce siempre; por esa razón, no debemos ocuparnos de esas cosas a la ligera, porque podemos llegar a ser juguete de los Espíritus malos, aunque inteligentes, como los que a veces encontramos en el mundo de los encarnados. Si comparamos nuestras comunicaciones con las que se obtienen en las reuniones de los espíritas fervientes y sinceros, de inmediato sabremos reconocer si estamos en el buen camino. Los Espíritus elevados se dan a conocer por su lenguaje, que es el mismo en todas partes, siempre de acuerdo con el Evangelio y la razón humana.

La manera de preservarse de los Espíritus malos es, ante todo, elevar una plegaria sincera a Dios; luego, nunca emplear el espiritismo para cosas materiales. Los Espíritus malos siempre están dispuestos a satisfacer todos los pedidos, y si en ocasiones dicen cosas justas, la mayoría de las veces engañan con intención o por ignorancia, porque los Espíritus inferiores no tienen más conocimiento que durante su existencia terrestre. Los Espíritus buenos, por el contrario, nos ayudan en nuestro esfuerzo para mejorarnos, y nos dan a conocer la vida espiritual, a fin de que podamos asimilarla a la nuestra. Tal es el objetivo hacia el que deben tender los espíritas sinceros.

ADOLF, CONDE PONINSKI
Leipzig, 1.º de enero de 1868.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Los mesías del espiritismo

1.- Ya se os ha dicho que un día todas las religiones se confundirán en una misma creencia. Ahora bien, así es como sucederá. Dios dará un cuerpo a algunos Espíritus superiores, y ellos predicarán el Evangelio puro. Un nuevo Cristo vendrá; pondrá fin a todos los abusos que perduran hace tanto tiempo, y reunirá a los hombres bajo una misma bandera.

El nuevo Mesías ha nacido, y restablecerá el Evangelio de Jesucristo. ¡Gloria a su poder!

No está permitido revelar el lugar donde nació; y si alguien os dice: “Él se encuentra en tal lugar”, no le creáis, porque nadie lo sabrá antes de que él sea capaz de revelarse, y hasta entonces es necesario que grandes cosas se realicen, para allanar los caminos.

Si Dios os deja vivir lo suficiente, veréis el verdadero Evangelio de Jesucristo predicado por un nuevo Misionero de Dios, y un gran cambio se producirá gracias a las prédicas de ese Niño bendito; ante su palabra poderosa, los hombres de diferentes creencias se darán las manos.

¡Gloria a ese divino enviado, que habrá de restablecer las leyes del Cristo, mal comprendidas y mal practicadas! ¡Gloria al espiritismo, que lo precede y que viene a esclarecer todas las cosas!

Creed, hermanos míos, que solo vosotros recibiréis semejantes comunicaciones; pero conservad esta en secreto, hasta nueva orden.

SAN JOSÉ
(Sétif, Argelia, 1861.)

Observación: Esta revelación es una de las primeras en su género que se nos transmitieron. Con todo, otras la habían precedido. Después, fue impartido espontáneamente un gran número de comunicaciones sobre el mismo tema, en diferentes centros espíritas de Francia y del extranjero, todas concordantes en cuanto al fondo del pensamiento. Dado que en todas partes se comprendió la necesidad de no divulgarlas, y que ninguna fue publicada, no podían ser el reflejo unas de otras. Se trata de uno de los más notables ejemplos de la simultaneidad y la concordancia de la enseñanza de los Espíritus cuando ha llegado el momento de tratar una cuestión.⁷

2.- Se ha reconocido sin lugar a dudas que vuestra época es de transición y de fermentación general; pero aún no llegó a ese grado de madurez que señala la vida de las naciones. Al siglo veinte se le ha reservado la reorganización de la humanidad; todas las cosas que van a ocurrir hasta entonces no son más que preliminares de la gran renovación. El hombre llamado a consumarla aún no está maduro para cumplir su misión; pero ya ha nacido, y su estrella apareció en Francia marcada con una aureola, y se os ha mostrado en África, hace poco tiempo. Su camino ha sido señalado con anticipación. La corrupción de las costumbres, las desgracias que serán consecuencia del desenfreno de las pasiones, la decadencia de la fe religiosa, serán las señales precursoras de su llegada.

7. Las comunicaciones de este género son innumerables; aquí sólo publicamos algunas, y si lo hacemos hoy, es porque ha llegado el momento de poner el hecho en conocimiento de todos, y porque es útil para los espíritas saber en qué sentido se pronuncia la mayoría de los Espíritus. (N. de Allan Kardec.)

La corrupción en el seno de las religiones es el síntoma de su decadencia, como es el de la decadencia de los pueblos y de los regímenes políticos, porque ella es el indicio de una falta de fe verdadera; los hombres corrompidos arrastran a la humanidad hacia una pendiente funesta, de la que sólo podrá salir mediante una crisis violenta. Lo mismo sucede con las religiones que sustituyen el culto de la Divinidad con el culto del dinero y de los honores, y que se muestran más ávidas de los bienes materiales de la Tierra que de los bienes espirituales del Cielo.

FENELÓN

(Constantina, diciembre de 1861.)

3.- Cuando una transformación de la humanidad debe producirse, Dios envía en misión a un Espíritu capaz, mediante sus pensamientos y una inteligencia superior, de dominar a sus contemporáneos e imprimir en las generaciones futuras las ideas necesarias para una revolución moral civilizadora.

Así, de tiempo en tiempo, es posible ver cómo se elevan sobre el común de los hombres seres que, como faros, los guían en el camino del progreso, y hacen que atraviesen en algunos años las etapas de varios siglos. La tarea de algunos se halla limitada a una región o a una raza; son como oficiales subalternos, cada uno de los cuales conduce una división del ejército; pero hay otros cuya misión es obrar sobre la humanidad entera, y sólo aparecen en las épocas más raras, que señalan la era de las transformaciones generales.

Jesucristo fue uno de esos enviados excepcionales; del mismo modo, tendréis, para los tiempos llegados, un Espíritu superior que dirigirá el movimiento del conjunto, y dará una cohesión poderosa a las fuerzas dispersas del espiritismo.

Dios sabe modificar a tiempo nuestras ideas y nuestras costumbres, y cuando un hecho nuevo se presente, confiad y orad, porque el Eterno no hace nada que no sea conforme a las leyes de divina justicia que rigen el universo.

Para vosotros, que tenéis fe, y que consagrasteis vuestra vida a la divulgación de la idea regeneradora, eso debe ser simple y justo; pero sólo Dios conoce a aquel que ha sido prometido. Me limito a deciros: Confiad y orad, porque el tiempo ha llegado, y el nuevo Mesías no os faltará: Dios sabrá designarlo en su momento. Además, él se afirmará por sus obras.

Podéis dedicaros a muchas cosas, vosotros, que veis tantas que son extrañas respecto de las ideas admitidas por la civilización moderna.

BALUZE
(París, 1862.)

4.- Esta es una pregunta que se repite en todas partes: el Mesías anunciado, ¿es la persona misma del Cristo?

Cerca de Dios hay numerosos Espíritus que han llegado a la cima de la escala de los Espíritus puros, los cuales han merecido ser iniciados en sus designios para dirigir su ejecución. Dios eligió entre ellos a sus enviados superiores, a cargo de las misiones especiales. Podéis llamarlos *Cristos*: es la misma escuela; son las mismas ideas, modificadas conforme a los tiempos.

No os admiréis, pues, de todas las comunicaciones que os anuncian la llegada de un Espíritu poderoso con el nombre del Cristo; es el pensamiento de Dios revelado en una época determinada, y transmitido por el grupo de los Espíritus superiores que se aproximan a Dios, cuyas emanaciones reciben para presidir el futuro de los mundos que gravitan en el espacio.

El que murió en la cruz debía cumplir una misión, y esa misión se renueva hoy con otros Espíritus de ese grupo divino, que vienen —os lo repito— a presidir los destinos de vuestro mundo.

Si el Mesías al que se refieren esas comunicaciones no es la personalidad de Jesús, se trata del mismo pensamiento. Es aquel que Jesús anunció, cuando dijo: “Os enviaré el *Espíritu de Verdad*, que debe restablecer todas las cosas”, es decir, reconducir a los hombres hacia la sana interpretación de sus enseñanzas, porque preveía que los hombres se desviarían del camino que les había trazado.

Por otra parte, era necesario completar lo que entonces no había podido decirles, porque no lo habrían comprendido. Por eso, una multitud de Espíritus de todos los órdenes, bajo la dirección del Espíritu de Verdad, se dirigen a todas partes del mundo y a todos los pueblos para revelar las leyes del mundo espiritual, cuya enseñanza Jesús había diferido, y para establecer, mediante el espiritismo, los fundamentos del nuevo orden social. Cuando todas las bases estén colocadas, entonces vendrá el Mesías, que debe coronar el edificio y presidir la reorganización con ayuda de los elementos que hayan sido preparados.

Pero no creáis que ese Mesías estará solo; habrá muchos que abarcarán, con la posición que cada uno ocupe en el mundo, los grandes componentes del orden social: la política, la religión, la legislación, a fin de coordinarlos hacia el mismo objetivo.

Además de los Mesías principales, surgirán Espíritus selectos en todas partes, quienes, como lugartenientes animados con la misma fe y el mismo deseo, obrarán de común acuerdo bajo el impulso del pensamiento superior.

Así, poco a poco, se establecerá la armonía del conjunto; pero es necesario, previamente, que se cumplan ciertos acontecimientos.

LACORDAIRE
(París, 1862.)

Los Espíritus marcados

5.- Hay muchos Espíritus superiores que contribuirán poderosamente a la obra reorganizadora, pero no todos son mesías. Es necesario distinguir:

1.º Los Espíritus superiores que obran libremente y por su propia voluntad;

2.º Los Espíritus *marcados*, es decir, designados para una misión importante. Tienen la radiación luminosa que es el signo característico de su superioridad. Son elegidos entre los Espíritus capaces de cumplir esa misión. Sin embargo, como tienen libre albedrío, pueden fracasar por falta de valor, de perseverancia o de fe, y no están a salvo de los accidentes que pueden abreviar sus días. Pero como los designios de Dios no se hallan a merced de un hombre, cuando uno de ellos no hace algo, otro es llamado para que lo haga. Por eso hay muchos llamados y pocos escogidos. ¡Feliz aquel que cumple su misión según las miras de Dios y sin desfallecimiento!

3.º Los *Mesías*, seres superiores que llegaron al más alto grado de la jerarquía celestial, tras haber logrado una perfección que en adelante los vuelve infalibles y exentos de las debilidades humanas, incluso durante la encarnación. Admitidos en los consejos del Altísimo, reciben directamente su palabra, y están encargados de transmitirla y hacer que se cumpla. Verdaderos representantes de la Divinidad, cuyo pensamiento tienen, Dios elige entre ellos a sus enviados especiales, sus *Mesías*, para las grandes misiones generales, cuyos detalles de ejecución son confiados a otros Espíritus, encarnados o desencarnados, que obran bajo sus órdenes y su inspiración.

Espíritus de esas tres categorías deben contribuir al gran movimiento regenerador que se opera.

(Éxtasis sonambúlico; París, 1866.)

6.- Amigos míos, vengo a confirmar la esperanza de los elevados destinos que aguardan al espiritismo. Ese glorioso porvenir que os anunciamos se realizará con el advenimiento de un Espíritu superior, que resumirá, en la esencia de su perfección, todas las doctrinas antiguas y nuevas, y que, por la autoridad de su palabra, reunirá a los hombres en torno a las creencias nuevas. Semejante al sol naciente, disipará todas las oscuridades que el fanatismo y la inobservancia de los preceptos del Cristo acumularon sobre la eterna verdad.

La estrella de la nueva creencia, el futuro Mesías, crece en la sombra; pero sus enemigos ya se estremecen, en tanto que las virtudes de los cielos se ponen en movimiento.

Preguntáis si ese nuevo Mesías es la persona misma de Jesús de Nazaret. ¡Qué os importa, si es el mismo pensamiento

el que los anima a ambos! Son las imperfecciones las que dividen a los Espíritus; pero cuando las perfecciones son iguales, nada los distingue; forman unidades colectivas, sin perder su individualidad.

El comienzo de todas las cosas es oscuro y vulgar; lo que es pequeño crece. Nuestras manifestaciones, recibidas al principio con desdén, con violencia o con la indiferencia banal de la curiosidad ociosa, esparcirán ondas de luz sobre los ciegos, y los regenerarán.

Todos los grandes acontecimientos han tenido sus profetas, alternativamente incensados y despreciados. Así como Moisés conducía a los hebreos, nosotros os conduciremos a la tierra prometida de la inteligencia.

¡Similitud sorprendente! Los mismos fenómenos se producen, ya no en el sentido material destinado a impresionar a los hombres infantiles, sino en su acepción espiritual. Los niños se volvieron adultos; al crecer el objetivo, los ejemplos ya no se dirigen a los ojos; la vara de Aarón está rota, y la única transformación que operamos es la de vuestros corazones, atentos al grito de amor que, desde el Cielo, repercute en la Tierra.

¡Espíritas! Comprended la gravedad de vuestra misión; estremeceos de alegría, porque no está lejos la hora en que el divino enviado regocijará al mundo. Espíritas laboriosos, sed benditos por vuestros esfuerzos, y sed perdonados por vuestros errores. La ignorancia y la perturbación aún os ocultan una parte de la verdad, que sólo el celestial Mensajero puede revelar por completo.

SAN LUIS
(París, 1862)

7.- La llegada del Cristo ha traído a vuestra Tierra sentimientos que, por un instante, la sometieron a la voluntad de Dios; pero los hombres, enceguecidos por sus pasiones, no han podido guardar en su corazón el amor al prójimo, el amor del Maestro del Cielo. El enviado del Todopoderoso abrió para la humanidad el camino que conduce a la morada dichosa; pero la humanidad ha retrocedido el paso inmenso que el Cristo le había hecho dar; ha caído en el atolladero del egoísmo, y el orgullo hizo que se olvidara de su Creador.

Dios permite que su palabra sea predicada una vez más en la Tierra, y vosotros tendréis que glorificarlo porque ha tenido a bien llamaros, en primer lugar, para que creáis en lo que más tarde se enseñará. Alegraos, porque están próximos los tiempos en que esa palabra se hará oír. Mejoraos, aprovechando las enseñanzas que Él nos permite impartiros.

¡Que el árbol de la fe, que en este momento echa sus raíces tan vivaces, dé sus frutos! ¡Que esos frutos maduren, como lo hará la fe que hoy anima a algunos de vosotros!

Así es, hijos míos, el pueblo seguirá presuroso los pasos del nuevo mensajero anunciado por el propio Cristo, y todos acudirán para escuchar esa divina palabra, porque en ella encontrarán el lenguaje de la verdad y el camino de la salvación. Dios, que nos ha permitido esclareceros y sustentar vuestra marcha hasta hoy, nos permitirá también que os demos las instrucciones que necesitáis.

Pero también vosotros, los primeros favorecidos por la creencia, tenéis una misión que cumplir; tendréis que conducir a aquellos que entre vosotros todavía dudan de esas manifestaciones que Dios permite; tendréis que hacer brillar ante sus ojos los beneficios de aquello que tanto os consoló. Porque en vuestros días de tristeza y abatimiento, ¿acaso vuestra

creencia no os sostuvo? ¿No hizo que nazca en vuestro corazón esa esperanza sin la cual os habríais entregado al desánimo?

Eso es lo que habrá que compartir con quienes todavía no creen, pero no mediante una precipitación intempestiva, sino con prudencia y sin enfrentar directamente los prejuicios arraigados durante tanto tiempo. No se arranca un viejo árbol de un solo golpe, como si fuera un brote de hierba, sino poco a poco.

Sembrad desde ahora lo que más tarde pretendéis cosechar; sembrad el grano que habrá de fructificar en el terreno que hayáis preparado, y cuyos frutos vosotros mismos cosecharéis, porque Dios tomará en cuenta lo que hayáis hecho por vuestros hermanos.

LAMENNAIS

(El Havre, 1862.)

El porvenir del espiritismo

8.- Después de sus primeras etapas, el espiritismo, aguerido, liberándose cada vez más de las oscuridades que le sirvieron de cuna, pronto hará su aparición en la gran escena del mundo.

Los acontecimientos marchan con tal rapidez que no es posible ignorar la poderosa intervención de los Espíritus que presiden los destinos de la Tierra. Hay una especie de estremecimiento íntimo en los flancos de vuestro mundo, que se halla en trabajo de parto; nuevas razas procedentes de las esferas superiores se congregan alrededor de vosotros, aguardando la hora de su encarnación mesiánica, para lo cual se preparan

mediante el estudio de las vastas cuestiones que hoy conmueven a la Tierra.

En todas partes se ven señales de decrepitud en los usos y en las legislaciones, que ya no se corresponden con las ideas modernas. Las viejas creencias, adormecidas durante siglos, parecen despertar de su sopor secular, y se asombran al verse en lucha con nuevas creencias, emanadas de los filósofos y pensadores de este siglo y del siglo pasado. El sistema envilecido de un mundo que no era más que un simulacro, se desploma ante la aurora del mundo real, del mundo nuevo. La ley de solidaridad pasó de la familia a los habitantes de los Estados, para después conquistar la Tierra entera; pero esa ley tan sabia, tan progresiva, esa ley divina, en una palabra, no se limitó a ese único resultado. Al infiltrarse en el corazón de los grandes hombres, les enseñó que ella no sólo era necesaria para el gran mejoramiento de vuestra morada, sino que se extendía a los mundos de vuestro sistema solar, para avanzar desde allí rumbo a todos los mundos de la inmensidad.

Es bella esa ley de la solidaridad universal, porque en dicha ley se encuentra esa máxima sublime: “Todos para uno y uno para todos”.

Esa es, hijos míos, la verdadera ley del espiritismo, la legítima conquista de un porvenir cercano. Marchad, pues, en vuestro camino, imperturbablemente, sin preocuparos por las burlas de unos y el amor propio herido de otros. Estamos y nos quedaremos con vosotros, bajo la égida del Espíritu de Verdad, mi maestro y vuestro maestro.

ERASTO
(París, 1863.)

9.- El espiritismo extiende cada día el ámbito de su enseñanza moralizadora. Su potente voz repercutió de un extremo al otro de la Tierra. La sociedad se conmovió ante ella, y de su seno han salido adeptos y adversarios.

Adeptos fervorosos; adversarios hábiles, pero cuya misma habilidad y cuyo renombre sirvieron a la causa que pretendían combatir, pues atrajeron la mirada de las masas hacia la nueva doctrina, para despertar en ellas el deseo de conocer las enseñanzas regeneradoras predicadas por sus adeptos, a quienes se insultaba y se ponía en ridículo.

¡Contemplad el trabajo realizado y alegraos por el resultado! ¡Cuán inefable efervescencia se producirá en los pueblos cuando los nombres de sus más amados escritores se sumen a los nombres más oscuros o menos conocidos de los que se congregan en torno a la bandera de la verdad!

Ved lo que produjeron los trabajos de algunos grupos aislados, la mayoría obstaculizados por la intriga y la mala voluntad, y juzgad la revolución que tendrá lugar cuando todos los miembros de la gran familia espírita se den la mano y declaren, con la frente alta y el corazón valiente, la sinceridad de su fe y de su creencia en la realidad de la enseñanza de los Espíritus.

Las masas quieren el progreso; lo buscan, pero le temen. Lo desconocido inspira un secreto terror en los hijos ignorantes de una sociedad acunada por los prejuicios, que ensaya los primeros pasos en el camino de la realidad y del progreso moral. Las grandes palabras –libertad, progreso, amor, caridad– llegan al pueblo sin conmoverlo; a menudo, este prefiere su estado presente y mediocre antes que un futuro mejor, pero desconocido.

La razón de ese temor al porvenir se halla en la ignorancia del sentimiento moral en muchos hombres, así como del sentimiento inteligente en otros. Pero no es cierto, como dijeron varios filósofos célebres, que una concepción falsa acerca del origen de las cosas haya hecho que se yerre, como yo mismo lo he dicho —¿por qué me avergonzaría reconocerlo; acaso no pude equivocarme?—; no es cierto, digo, que la humanidad sea mala en esencia. No; al perfeccionar su inteligencia, la humanidad no dará un desarrollo más amplio a sus malas cualidades. Apartad de vosotros esos pensamientos desesperantes, que se basan en un falso conocimiento del espíritu humano.

La humanidad no es mala por naturaleza; pero es ignorante y, por eso mismo, más apta para dejarse gobernar por sus pasiones. Es progresiva, y debe progresar para alcanzar sus destinos. Esclarecedla; mostradle sus enemigos ocultos en la sombra; desenvolved su esencia moral, innata en ella y apenas entorpecida por la influencia de los malos instintos, y entonces avivaréis la llama de la eterna verdad, de la eterna presciencia de lo infinito, de lo bello y lo bueno, que reside para siempre en el corazón del hombre, incluso en el del más perverso.

Hijos de una doctrina nueva, reunid vuestras fuerzas; que el soplo divino y el auxilio de los Espíritus buenos os sostengan, y haréis grandes cosas. Tendréis la gloria de haber puesto las bases de los principios imperecederos, cuyos frutos vuestros descendientes cosecharán.

MONTAIGNE

(París, 1865.)

Las estrellas caerán del cielo

10.- ¡Oh! ¡Cuán bella es la luz del Señor! ¡Qué brillo prodigioso derraman sus rayos! ¡Santa Sión! ¡Bienaventurados los que se encuentran sentados a la sombra de tus tabernáculos! ¡Oh! ¡Qué armonía es comparable con las esferas del Señor! ¡Belleza incomprensible para los ojos mortales, incapaces de percibir lo que no depende del dominio de los sentidos!

Aurora espléndida de un día nuevo, el espiritismo viene a esclarecer a los hombres. Ya los resplandores más fuertes aparecen en el horizonte; ya los Espíritus de las tinieblas, al ver que su imperio va a derrumbarse, son presa de iras impotentes, y lanzan su último vigor en complots infernales. Ya el ángel radiante del progreso extiende sus blancas alas matizadas; ya las virtudes de los Cielos se ponen en movimiento, y las estrellas caen de su bóveda, pero transformadas en Espíritus puros, que vienen, conforme lo anuncia la Escritura en sentido figurado, a proclamar sobre las ruinas del viejo mundo el advenimiento del Hijo del hombre.

¡Bienaventurados aquellos cuyo corazón esté preparado para recibir la simiente divina, que los Espíritus del Señor arrojan a los vientos del cielo! ¡Bienaventurados los que cultivan, en el santuario de su alma, las virtudes que el Cristo vino a enseñarles, y que aún les enseña con la voz de los médiums, es decir, de los instrumentos que repiten las palabras de los Espíritus! ¡Bienaventurados los justos, porque el reino de los Cielos les pertenecerá!

¡Oh! ¡Amigos míos! Continudad la marcha en el camino que se os ha trazado; no seáis obstáculos para la verdad que quiere esclarecer al mundo; no, sed propagadores celosos e infatigables, como los primeros apóstoles, que no tenían un techo para

resguardar sus cabezas, pero que marchaban a la conquista que Jesús había comenzado; que marchaban sin segundas intenciones, sin vacilación; que todo lo sacrificaban, hasta la última gota de sangre, para que el cristianismo fuera establecido.

Vosotros, amigos míos, no necesitáis hacer sacrificios tan grandes; no, Dios no os pide vuestra vida, sino vuestro corazón, vuestra buena voluntad. Así pues, sed celosos, y marchad unidos y seguros, repitiendo la palabra divina: “Padre mío, que se haga tu voluntad y no la mía”.

DUPUCH, OBISPO DE ARGEL.

(Burdeos, 1863.)

Los muertos saldrán de sus tumbas

11. ¡Pueblos, escuchad...! Una gran voz se hace oír de un extremo a otro de los mundos; es la voz del precursor, anunciando la llegada del Espíritu de Verdad, que viene a enderezar los caminos tortuosos donde el espíritu humano se extraviaba con falsos sofismas. Es la trompeta del ángel que viene a despertar a los muertos, para que salgan de sus tumbas.

Muchas veces habéis leído la revelación de Juan, y os habéis preguntado qué quiere decir, y de qué manera se cumplirán esas cosas sorprendentes. Y vuestra razón, confundida, se adentraba en un tenebroso laberinto del que no podía salir, porque pretendíais tomar al pie de la letra lo que se había dicho con un estilo figurado.

Ahora, cuando ha llegado el tiempo en que una parte de esas predicciones va a cumplirse, poco a poco aprendéis a leer

en ese libro donde el discípulo bienamado registró las cosas que se le había permitido ver. No obstante, las malas traducciones y las falsas interpretaciones os fastidiarán un poco todavía, pero con un trabajo perseverante llegaréis a comprender lo que, hasta el presente, había sido para vosotros una carta cerrada.

Comprended apenas que, si Dios permite que los sellos sean abiertos más temprano para algunos, no es con el fin de que ese conocimiento permanezca estéril en sus manos, sino para que, pioneros infatigables, roturen las tierras incultas; para que fecunden con el suave rocío de la caridad los corazones resecos por el orgullo e impedidos por las dificultades mundanas, donde la buena simiente de la palabra de vida aún no pudo germinar.

¡Ay! ¡Cuántos encaran la vida humana como si debiera ser una fiesta perpetua, en que las distracciones y los placeres se suceden sin interrupción! Inventan mil naderías para amenizar sus ratos de ocio; cultivan su espíritu porque esa es una de las facetas brillantes de que se valen para destacar su personalidad; se asemejan a esas efímeras pompas de jabón que reflejan los colores del prisma y se balancean en el aire: atraen las miradas durante algún tiempo, después las buscáis... pero han desaparecido sin dejar rastro. De igual modo, esas almas mundanas brillaron con una luz prestada durante su breve paso por la Tierra, donde no dejaron nada útil, ni para sus semejantes ni para ellas mismas.

Vosotros, que conocéis el precio del tiempo, y a quienes las leyes de la eterna sabiduría se os revelan poco a poco, sed en las manos del Todopoderoso instrumentos dóciles que sirvan para llevar la luz y la fecundidad a esas almas, de las que se ha dicho: “Tienen ojos y no ven, oídos y no escuchan”; porque,

habiéndose apartado de la antorcha de la verdad, escucharon la voz de las pasiones, y su luz no es más que tinieblas en medio de las cuales el Espíritu no puede reconocer el camino que lo conduce a Dios.

El espiritismo es esa voz potente que ya resuena hasta en los confines de la Tierra, y todos la escucharán. Felices aquellos que, sin taparse voluntariamente los oídos, salgan de su egoísmo como lo harían los muertos de sus sepulcros, para realizar desde entonces los actos de la verdadera vida, la del Espíritu que se libera de los obstáculos de la materia, como lo hizo Lázaro con su mortaja al escuchar la voz del Salvador.

El espiritismo marca la hora solemne del despertar de las inteligencias que se han valido de su libre albedrío para detenerse en los senderos fangosos, cuyos miasmas deletéreos han infectado el alma con un veneno lento, que le da la apariencia de la muerte. El Padre celestial se apiada de esos hijos pródigos, quienes han caído tan bajo que ni siquiera piensan en la casa paterna; y es para ellos que Él permite esas manifestaciones patentes, destinadas a convencerlos de que, más allá de este mundo de formas perecederas, el alma conserva el recuerdo, el poder y la inmortalidad.

Puedan ellos, esos pobres esclavos de la materia, sacudirse el letargo que les ha impedido ver y comprender hasta hoy; puedan ellos estudiar con sinceridad, para que la luz divina penetre en sus almas y expulse de ellas la duda y la incredulidad.

JUAN EL EVANGELISTA

(París, 1866.)

El juicio final

12. Jesús vendrá sobre las nubes, para juzgar a los vivos y a los muertos.

Sí, Dios lo enviará, como lo envía todos los días, a fin de que imparta esa justicia soberana en los campos inmensos del éter. ¡Ah! Cuando los pontífices y los fariseos arrojaron a Santiago desde lo alto de la torre del templo de Jerusalén, por haber anunciado al pueblo reunido esta verdad enseñada por el Cristo y sus apóstoles, recordad que ante esa palabra del justo la multitud se prosternó, exclamando: “¡Gloria a Jesús, hijo de Dios, en lo más alto de los Cielos!”.

Él vendrá sobre las nubes para dictar sus terribles sentencias. ¿Acaso esto no significa, ¡oh! espíritas, que Él viene perpetuamente para recibir a las almas de los que ingresan en la erraticidad? Pasad a mi derecha —dice el pastor a sus ovejas—, vosotros que obrasteis bien, conforme a la voluntad de mi Padre; pasad a mi derecha y subid hacia Él. En cuanto a vosotros, que os dejasteis dominar por las pasiones de la Tierra, pasad a mi izquierda; estáis condenados.

Sí, estáis condenados a retomar el camino recorrido, en una nueva existencia terrenal, hasta que os sintáis hartos de materias e iniquidades y, finalmente, hayáis expulsado lo impuro que os domina. Sí, estáis condenados; id y volved, pues, al infierno de la vida humana, mientras vuestros hermanos de mi derecha se elevan hacia las esferas superiores, donde no hay lugar para las pasiones de la Tierra, hasta el día en que ingresen en el reino de mi Padre, mediante una mayor purificación.

Sí, Jesús vendrá, para juzgar a los vivos y a los muertos. Los vivos: los justos, los de su derecha. Los muertos: los impuros, los de su izquierda. Y cuando a los justos les crezcan alas, la materia todavía dominará a los impuros. Así será, hasta que salgan vencedores de los combates contra la impureza, y se despojen para siempre de sus crisálidas humanas.

¡Oh! espíritas, vosotros veis que vuestra doctrina es la única que consuela, la única que da esperanza, pues no impone una condenación eterna a los infelices que se comportaron mal durante algunos minutos de la eternidad; la única, por último, que preside el fin verdadero de la Tierra mediante la elevación gradual de los Espíritus.

Progresad, pues, despojándoos del hombre viejo, para ingresar en la región de los Espíritus amados de Dios.

ERASTO
(París, 1861)

13. La sociedad en general o, mejor dicho, la reunión de los seres, tanto encarnados como desencarnados, que componen la población fluctuante de un mundo; en una palabra, la humanidad, no es más que un gran niño colectivo que, como todo ser dotado de vida, atraviesa todas las etapas que se suceden en cada uno, desde el nacimiento hasta la edad más avanzada. Y así como el desarrollo del individuo es acompañado por ciertas perturbaciones físicas e intelectuales, que se corresponden más particularmente con ciertos períodos de la vida, la humanidad sufre sus afecciones de crecimiento, sus trastornos morales e intelectuales. A vosotros se os ha dado presenciar una de esas grandes épocas, que señalan el final de un período

y el comienzo de otro. Al participar al mismo tiempo de las cosas del pasado y de las del futuro, de los sistemas que se derrumban y de las verdades que se establecen, ocupaos, amigos míos, de poneros del lado de la solidez, del progreso y de la lógica, si no queréis ser arrastrados a la deriva; así como de abandonar los palacios, suntuosos en apariencia, pero vacilantes en la base, y que pronto enterrarán bajo sus ruinas a los infelices bastante insensatos para no querer salir de ellos, a pesar de las advertencias de toda naturaleza que se les prodigan.

Todos los frentes se oscurecen, y la calma aparente que disfrutáis sólo sirve para acumular un mayor número de elementos destructores.

A veces la tempestad, que destruye el fruto de los sudores de un año, es anunciada por precursores que permiten tomar las precauciones necesarias para evitar, cuanto sea posible, la devastación. Esta vez no será así. El cielo oscurecido parecerá iluminarse; las nubes huirán; después, de repente, todos los furores largamente oprimidos se desencadenarán con una violencia inusitada.

¡Ay de los que no hayan preparado un refugio! ¡Ay de los fanfarrones que enfrenten el peligro con las manos desarmadas y el pecho descubierto! ¡Ay de los que desafíen el peligro a puñetazos! ¡Qué decepción terrible los espera! ¡Serán alcanzados antes de que llegue a sus labios la copa que tienen en la mano!

A la obra, pues, espíritas, y no se os olvide que debéis ser todo prudencia y previsión. Tenéis un escudo: sabed serviros de él; tenéis un ancla de salvación: no la despreciéis.

CLÉLIE DUPLANTIER

(París, 1867)

Apreciación de la obra sobre la Génesis

(París, 18 de diciembre de 1867. Médium: Sr. Desliens.)

Esta obra llega en el momento oportuno⁸, en el sentido de que actualmente la doctrina espírita se encuentra bien afirmada en el aspecto moral y religioso. Sea cual fuere la dirección que tome de ahora en adelante, sus precedentes se hallan tan enraizados en el corazón de sus adeptos, que nadie podrá temer que se desvíe de su camino.

Lo que importaba antes que nada era satisfacer las aspiraciones del alma; era llenar el vacío que la duda deja en las almas titubeantes en la fe. Esa primera misión está cumplida en la actualidad. Ahora el espiritismo ingresa en una nueva fase; al atributo de *consolador* se le añade el de instructor y conductor del espíritu, tanto en ciencia y en filosofía como en moralidad. La caridad, su base inquebrantable, ha hecho de él el vínculo de las almas tiernas; la ciencia, la solidaridad, el progreso, el espíritu liberal, harán de él el lazo de unión de las almas fuertes. El espiritismo ha conquistado con armas de dulzura a los corazones que aman; viril hoy, se dirige a las inteligencias viriles. Materialistas, positivistas, todos aquellos que por cualquier motivo se han apartado de una espiritualidad cuyas imperfecciones sus inteligencias les mostraban, encontrarán en él nuevos nutrientes para su carácter insaciable. La ciencia es la maestra de todos ellos, pero un descubrimiento llama a otro, y el hombre avanza incesantemente con ella, de deseo en deseo, sin encontrar una satisfacción completa.

8. El libro *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo* acababa de ser publicado por Allan Kardec, el 6 de enero de 1868. (N. del T.)

Sucede que el espíritu también tiene sus necesidades; sucede que el alma más atea tiene aspiraciones secretas, inconfesadas, y esas aspiraciones reclaman su alimento.

La religión, antagonista de la ciencia, respondía con el misterio todas las preguntas de la filosofía escéptica. Infringía las leyes de la naturaleza y las torturaba a su antojo para extraer de ellas una endeble explicación de sus enseñanzas. Vosotros, en cambio, obedecéis a la ciencia; aceptáis todas sus enseñanzas, sin excepción, y le abris horizontes que ella suponía infranqueables. Tal será el efecto de esta nueva obra, que habrá de asegurar aún más los fundamentos de la creencia espírita en los corazones que ya la poseen, y hará que todos los disidentes den un paso adelante hacia la unidad, con excepción, no obstante, de aquellos que lo son por interés o por amor propio; con despecho, estos la ven sobre bases cada vez más inquebrantables, que los impulsan hacia atrás y los hacen retroceder en la sombra. Había poco o nada de terreno común en el que fuera posible encontrarse; actualmente el materialismo se codea con vosotros en todas partes, sin embargo, aunque os encontréis en su terreno, no dejaréis de estar en vuestra casa, y él no podrá hacer otra cosa sino aprender a conocer a los huéspedes que la filosofía espírita le presenta. Ella es un instrumento de doble efecto: una zapa, un barreno que todavía echa abajo algunas de las ruinas del pasado, y una paleta de albañil que edifica para el porvenir.

La cuestión del origen, que se relaciona con la Génesis, es una cuestión candente para todos; un libro escrito sobre esa materia debe, por consiguiente, interesar a todos los espíritus serios. Con ese libro, como lo he dicho, el espiritismo ingresa en una nueva fase, y esta preparará los caminos de la fase que se abrirá más tarde, pues cada cosa debe venir a su tiempo.

Adelantar el momento propicio es tan perjudicial como dejarlo pasar.

SAN LUIS

BIBLIOGRAFÍA

Resumen de la doctrina espírita

por Florent Loth, de Amiens⁹

Este libro, que apenas pudimos anunciar en nuestro último número, es un resumen de los principios más esenciales de la doctrina espírita. Está compuesto en su mayor parte por citas textuales extraídas de las obras fundamentales, así como de ejemplos tomados de *El Cielo y el Infierno*, adecuados para brindar, acerca de las consecuencias del modo como se emplea la vida, una idea más justa y racional, más satisfactoria y, sobre todo, más acorde a la justicia de Dios que la doctrina de las llamas eternas. El autor no hace de su libro una cuestión de amor propio ni de interés. Espírita ferviente y abnegado, lo publicó especialmente para divulgar la doctrina en su comunidad; la modestia de sus puntos de vista no impide que ese librito pueda ser muy útil en otras partes.

Presentamos la nota que acerca de este opúsculo se ha publicado en el *Journal d'Amiens*, el 29 de diciembre de 1867,

9. Pequeño libro in-2, 150 páginas; precio: 1 franco, 25 centavos. Por correo: 1 franco, 50 centavos. — Amiens, principales librerías. También en las oficinas de la *Revista Espírita*.

seguida de la carta que el señor Loth remitió al autor, y que el mismo periódico publicó en su número del 17 de enero.

Resumen de la doctrina espírita

Se trata de un pequeño libro, bastante curioso, escrito por un lugareño de Saint-Sauflieu. Es cierto que el autor vivió mucho tiempo en París, y que en esa ciudad pudo mantener contacto con los apóstoles del espiritismo.

Como damos importancia a todas las publicaciones de nuestro territorio, quisimos conocer esta obra. Nos habían dicho que la obra del señor Florent Loth había sido incluida en el Index, en las comunas vecinas a su aldea; esta noticia despertó nuestra curiosidad, de modo que decidimos leer el *Resumen de la doctrina espírita*. ¡Nos gusta el fruto prohibido!

En cuanto a nosotros, que no tenemos ningún interés en condenar o aprobar la obra de este autor, diremos francamente, para sentirnos cómodos, que no creemos en el espiritismo, y que no damos crédito alguno a las mesas giratorias o parlantes, porque a nuestra razón le repugna aceptar que objetos materiales puedan estar dotados de la más mínima inteligencia. Tampoco creemos en el don de la doble vista o, mejor dicho, en la facultad de ver a través de gruesas paredes, o de distinguir lo que sucede a grandes distancias, es decir, a muchos cientos de leguas. Por último, para continuar con nuestras confesiones preliminares, declaramos que no tenemos ninguna fe en los Espíritus de los difuntos, y que el hombre, más o menos inspirado, no tiene el poder de evocar a las almas de los muertos y, mucho menos, de hacer que hablen.

Dicho esto, para despejar el terreno de todo lo que no integra nuestro punto de vista, reconocemos que el libro del se-

ñor Florent Loth no es malo. Su moral es pura; recomienda el amor al prójimo, y defiende la tolerancia para con las creencias ajenas, todo lo cual da cuenta de la circulación de esta obra.

No obstante, decir que adeptos convencidos de la doctrina espírita, *con todos sus principios aceptados*, se formarán debido a la lectura de la obra de nuestro coterráneo, sería adelantarse a un hecho que no se realizará. En la parte que nos parece razonable y, digamos la palabra, con sentido común, según la mejor acepción de esos términos, hay cosas excelentes. De este modo, determinados abusos son rechazados con razones claras, nítidas y precisas; y cuando el autor se propone convencer, lo hace siempre con delicadeza y mediante la persuasión.

Por lo tanto, dejando de lado todo lo que se relaciona con las *prácticas materiales* del espiritismo, prácticas en las cuales no creemos en absoluto, se podrán extraer de la lectura del libro en cuestión muy buenas nociones de moral, de tolerancia y de amor al prójimo. Desde ese punto de vista, aprobamos por completo al señor Florent Loth, y no comprendemos la prohibición lanzada contra su opúsculo.

El *Resumen de la doctrina espírita*, ¿será prohibido algún día por la congregación del *Index*, cuya sede está en Roma? Se trata de una pregunta sin respuesta por ahora, porque este librito no está destinado a traspasar nuestras fronteras picardas. Con todo, si eso ocurriera, el señor Florent Loth cosecharía gracias a su obra una notoriedad en la que no habrá pensado jamás.

En cuanto a las *experiencias físicas* del espiritismo, creemos que es nuestro deber dejar que hable aquí el señor Georges Sauton, uno de nuestros colegas, quien, en el periódico *La Liberté*, del miércoles 11 de septiembre de 1867, se expresaba de este modo acerca de una sesión espírita que había tenido lugar en París, en la casa de un doctor en medicina:

“El doctor F... acumuló una buena fortuna, y la gasta realizando sesiones espíritas que le cuestan muy caro en velas y en médiums.

”Anoche había invitado a la prensa para que participara de su reunión mensual. Los Espíritus serían interrogados acerca del zuavo Jacob, para dar su opinión respecto de ese interesante militar. El señor Babinet, del Instituto —¡nada menos!— había prometido honrar la reunión con su presencia; eso es, al menos, lo que el anfitrión había dado a entender en las cartas de invitación.

”Albert Brun, Victor Noir y yo, fuimos a casa del Doctor. Nada se supo respecto del señor Babinet, salvo su intención de acudir, como suele decirse.

”Diez personas alrededor de una mesa hacían girar ese mueble, aunque este lo hacía pobremente; otras treinta las observaban, y la mayoría estaba de adorno.

”Los Espíritus, sin duda mal predispuestos, se hicieron de rogar para comunicarse. Apenas se dignaron imitar el ruido del serrucho, de los martillos de tonelero y de herrero, golpeando en los barriles y en el yunque. Se les pidió que cantaran *La mujer barbuda* y *Tengo buen tabaco*, pero ellos no cantaron. Los intimaron a que hicieran levitar una pera, pero la pera no levitó”.

No agregaremos nada más a este pequeño relato espiritual.

Terminaremos con un resumen del prefacio del autor, en el que se expone la *parte moral* de sus ideas:

“El espiritismo no pretende imponer su creencia; solo mediante la persuasión espera alcanzar su objetivo, que es el bien de la humanidad. Libertad de conciencia. Por lo tanto, creo firmemente en la existencia del alma y su inmortalidad; creo

en las penas y las recompensas futuras; creo en las manifestaciones de los Espíritus, es decir, en las almas de los que han vivido en esta Tierra y en otros mundos; y creo en eso en virtud del derecho que asiste a mi vecino de no creer; pero me resulta tanto más fácil demostrar mi afirmación cuanto a él le es imposible demostrarme su negación, porque la negación de los incrédulos no es una prueba. *Ese hecho* —dicen ellos— *es contrario a las leyes conocidas*. ¡Desde luego! Porque se basa en una ley desconocida: ¡no podemos conocer todas las leyes de la naturaleza, porque Dios es grande y todo lo puede...!

”Algunas personas malvadas hicieron correr el rumor de que el espiritismo era un obstáculo para el progreso de la religión. Esas personas, más ignorantes que realmente piadosas, dado que desconocen por completo la doctrina, no pueden apreciarla ni juzgarla.

”Hemos dicho, y además lo hemos demostrado, que la enseñanza de los Espíritus es muy cristiana; que se apoya en la inmortalidad del alma, en las penas y las recompensas futuras, en la justicia de Dios y en la moral del Cristo”.

La cita de esta profesión de fe por parte del autor será suficiente para dar a conocer su manera de pensar. Cabe al lector apreciar la obra de la que hablamos.

Al escribir este artículo, apenas hemos querido constatar el hecho de que en nuestra provincia de Picardía el espiritismo había encontrado un fervoroso y convencido defensor.

No admitimos todas las ideas del autor. Esperamos que, en virtud de su amabilidad, no se ofenda con nuestra franqueza. Mientras la paz pública no sea perturbada por doctrinas impías, mientras el orden social no sea quebrantado por máxi-

mas subversivas, nuestra tolerancia fraternal nos hará decir lo que aquí decimos acerca del libro del señor Florent Loth:

¡Paz para las conciencias! ¡Respeto para las creencias del prójimo!

M. A. GABRIEL REMBAULT

“SEÑOR DIRECTOR:

”Le agradeceré que tenga a bien incluir en su periódico mi respuesta a la crítica del señor Gabriel Rembault a mi *Resumen de la doctrina espírita*, artículo que apareció el 29 de diciembre último.

”No pretendo entablar una polémica con el señor Gabriel Rembault; no me encuentro a la altura de su talento como escritor, indiscutible y que todos le reconocen; pero sí espero que me permita expresarle las razones que me han llevado a escribir ese libro.

”Ante todo debo reconocer que la crítica del señor Gabriel Rembault es amable y educada; procede de un hombre convencido, pero no irritado. Por desgracia, no puedo decir lo mismo de otros críticos, ¡que imponen el anatema a los espíritas con insultos y palabras groseras! No comprendo en absoluto ese despliegue de odio e injurias, esos insultos delirantes y jactanciosos, que ellos nos arrojan a la cara y que lo único que hacen es inspirar un profundo disgusto en las personas honestas. No obstante, esos hombres intolerantes saben bien que, según los principios de nuestra sociedad moderna, todas las conciencias son libres y tienen derecho a un respeto inviolable.

”Discúlpeme esta digresión, señor Director, como yo perdono a esos insultadores. Los perdono de todo corazón y ruego a Dios que se digne esclarecerlos respecto de la caridad. Deberían practicar mejor esa virtud evangélica para con el prójimo.

”Vuelvo a mi tema:

”A través del estudio, de la meditación y sobre todo de la práctica, obtuve la prueba de determinados hechos físicos hasta ahora considerados sobrenaturales; los fenómenos del magnetismo se pueden explicar mediante el fluido universal. En la actualidad, esos fenómenos ya no pueden ser refutados seriamente; gracias a ese mismo fluido, el Espíritu transpone el espacio, posee la doble vista, está dotado de la penetración etérea, a la cual no puede oponerse la opacidad de los cuerpos. Esos fenómenos no son otros más que la emancipación momentánea del Espíritu. Es cierto que la incredulidad no quiere admitir esos fenómenos, pero comprobaciones auténticas y numerosas impiden que se los ponga en duda.

”Así pues, todas las maravillas de que acusan al magnetismo y al espiritismo no son más que simples efectos cuya causa reside en las leyes de la naturaleza.

”Y dado que el señor Gabriel Rembault ha citado un artículo del periódico *La Liberté*, permítame que, por mi parte, mencione algunos párrafos de un libro reciente: *La razón del espiritismo* [*La raison du Spiritisme*], que es el fruto de prolongados estudios realizados por un honorable magistrado. Dice él, en la página 216:

”*¿Derogó Dios alguna vez las leyes que estableció para conducir su obra a buen término? Aquel que lo ha previsto todo, ¿no lo proveyó todo? ¿Cómo podríais considerar que la mediumnidad,*

la comunicación de los Espíritus, no se corresponda con las leyes de la naturaleza del hombre? Y si la revelación es la consecuencia necesaria de la mediumnidad, ¿por qué diréis que esta es una derogación de la ley de Dios, toda vez que ostensiblemente formaría parte de los designios de la Providencia y de la organización humana?

”Me detengo en esta frase. Se trata de un argumento en sentido contrario a las ideas del señor Gabriel Rembault, y que pongo a consideración de vuestros lectores.

”En síntesis, estoy de acuerdo con él cuando dice: ‘¡Paz para las conciencias! ¡Respeto para las creencias del prójimo!’

”Reciba, señor Director, mis saludos respetuosos.

FLORENT LOTH

”Saint-Sauflieu, 16 de enero de 1868.”

Se desprende de este relato que el autor del artículo no conocía siquiera el abecé de la doctrina espírita; la juzgaba de oídas, como tantos otros, sin haberse tomado la molestia de llegar al fondo de la cuestión, así como de quitar el manto del ridículo con que la crítica malvada, o en alguna medida interesada, tuvo a bien ocultarla. Procedió como el mono de la fábula, que rechazaba la nuez porque solo había mordido la cáscara. Si hubiera conocido sus primeros elementos, no habría supuesto que los espíritas son tan ingenuos para creer en la inteligencia de una mesa, así como él mismo no cree en la inteligencia de la pluma que, en sus manos, transmite los pensamientos de su propio espíritu. Al igual que él, los espíritas no admiten que los objetos materiales puedan estar do-

tados de inteligencia alguna; no obstante, también como él, sin duda, admiten que tales objetos pueden ser instrumentos al servicio de una inteligencia. El libro del señor Loth no lo convenció, pero le mostró el lado serio y las tendencias morales de la doctrina, y eso fue suficiente para que comprendiera que en ella había algo bueno y que merecía cuanto menos el respeto debido a las creencias del prójimo. Ha dado muestra de una loable imparcialidad, incluyendo de inmediato la rectificación que le solicitó el autor.

Lo que le impactó no fueron los hechos de las manifestaciones, acerca de los cuales, por otra parte, ese libro se ocupa muy poco, sino las tendencias liberales y anti retrógradas, el espíritu de tolerancia y de conciliación de la doctrina espírita. Tal es, en efecto, la impresión que producirá en todos los que se tomen la molestia de estudiarla. Aunque no acepten su parte experimental, que para los espíritas es la prueba material de la verdad de sus principios, ellos verán en la doctrina un poderoso auxiliar para la reforma de los abusos contra los cuales se sublevan cada día. En vez de fanáticos de un nuevo género, verán en los espíritas, cuyo número aumenta sin cesar, un ejército que lucha por el mismo objetivo, aunque con otras armas, es cierto. Pero ¿qué les importan los medios, si el resultado es el mismo?

Su ignorancia respecto de las tendencias del espiritismo es tan grande, que ni siquiera saben que se trata de una doctrina liberal, emancipadora de la inteligencia, enemiga de la fe ciega, que viene a proclamar la libertad de conciencia y el libre examen como base esencial de toda creencia seria. Ni siquiera saben que el espiritismo es el primero que ha inscrito en su bandera esta máxima inmortal: *Fuera de la caridad no hay salvación*, único principio de unión y de fraternidad universales que puede poner término a los antagonismos de los pueblos y

de las creencias. Mientras ellos consideran que la doctrina se halla puerilmente absorbida por una mesa que gira, no sospechan que el niño ha dejado los juguetes para tomar la armadura, que ha crecido, y que en la actualidad abarca todas las cuestiones que interesan al progreso de la humanidad. Para que la juzguen de otro modo, a sus adversarios *desinteresados y de buena fe* solo les falta conocerla. Si reflexionaran acerca de la rapidez de su propagación, a la que nada puede detener, comprenderían que no puede ser el efecto de una idea completamente vacía, y que, en caso de que contenga tan solo una verdad, si esa verdad es capaz de despertar tantas conciencias, merece ser considerada; y si esa verdad causa tanto miedo en determinado sector de la sociedad, es porque no se la considera un hecho irrelevante.

El artículo señala, además, otro hecho importante: la prohibición de ese libro por parte del clero local sirvió para divulgarlo, lo cual no podía dejar de suceder: tan poderosa es la atracción del fruto prohibido. El autor del artículo tiene razón cuando piensa que, si el libro llegara a ser condenado por la congregación del *Index*, con sede en Roma, cosecharía una notoriedad que el señor Loth no pretende. El autor ignora que las obras fundamentales de la doctrina espírita tuvieron ese privilegio y que, debido a los rayos lanzados contra el espiritismo en nombre de ese *Index*, tales libros fueron requeridos en los medios donde no se los conocía. Hicieron esta reflexión muy natural: cuanto más fuerte truena, más importante debe ser la cuestión. Y los leyeron, primero por curiosidad; después, como encontraron en ellos cosas buenas, los aceptaron. Esa es la historia.

Caracteres de la revelación espírita

por Allan Kardec

Muchas personas han considerado que el artículo publicado con este título en septiembre de 1867 y que, completado, constituye el primer capítulo de *La génesis*, es adecuado para dar a conocer el verdadero carácter de la doctrina espírita y, al mismo tiempo, como una refutación de ciertas críticas. Por consiguiente, pensaron que divulgar ese artículo sería de utilidad para la propagación de la idea. Para satisfacer su deseo, hemos dispuesto una tirada aparte del primer capítulo de *La génesis*, en un opúsculo que se ofrecerá en las mismas condiciones que *El espiritismo en su más simple expresión*, es decir, a 15 centavos; por correo: 20 centavos. Diez¹⁰ ejemplares juntos: 2 francos, es decir, 10 centavos por ejemplar; por correo: 2 francos, 60 centavos.

Si bien se había demorado, la tirada de este opúsculo actualmente se encuentra terminada.

Segunda edición de *La génesis*

Dado que la primera edición de *La génesis* se encuentra casi agotada, en este momento se realiza la tirada de la segunda edición, en la cual no se ha hecho ninguna modificación.

10. Las condiciones de venta de *El espiritismo en su más simple expresión* eran de 2 francos por cada veinte ejemplares (10 centavos cada uno). Véase la *Revista Espírita* de enero de 1862, página 4. (N. del T.)

Observación. En las tarifas publicadas en el número de enero, página 31, respecto de los gastos de envío de esta obra al extranjero, los de Suiza fueron elevados por error a 1 franco, según una tarifa anterior. Actualmente no son más que 60 centavos.

Los pensamientos del zuavo Jacob

Un volumen in-12, de 220 páginas. Precio: 2 francos, 50 centavos; por correo: 2 francos, 75 centavos.

En el editor: calle Bonaparte, 70 - París.

Dado que este número se hallaba en prensa cuando recibimos el libro del señor Jacob, posponemos su reseña para el próximo número.

PSICHE

Giornale di studii psicologici

Publicato sotto la direzione del signor Pietro Casella

Este periódico saldrá los días 1.º y 15 de cada mes, a partir del 1.º de marzo próximo, en Nápoles: calle Cagliardi alle Pigne, 49. Precio: 6 francos por año; 3 francos por seis meses.

Daremos más detalles en el próximo número.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 3

Marzo de 1868

Comentario sobre los mesías del espiritismo

(Véase el número de febrero de 1868)

Dado que nos han remitido varias preguntas con motivo de las comunicaciones sobre los mesías, publicadas en el último número de la *Revista*, nos parece necesario completarlas con algunos desarrollos que permitirán comprender mejor su sentido y su alcance.

1.º La primera de esas comunicaciones recomienda que se la mantenga en secreto hasta nueva orden, a pesar de que la misma enseñanza había sido impartida en diferentes regiones —si no en cuanto a la forma y los detalles, al menos en cuanto a la idea de fondo—, por lo que se nos ha preguntado si los Espíritus, mediante un consentimiento general, habían reconocido la urgencia de esa publicación, lo cual tendría una significación de cierta gravedad.

La opinión de la mayoría de los Espíritus constituye un poderoso control respecto del valor de los principios de la

doctrina, pero no excluye el control del juicio y de la razón, cuyo empleo todos los Espíritus serios recomiendan sin cesar. Cuando la enseñanza se generaliza espontáneamente sobre una cuestión, en determinado sentido, es un indicio seguro de que dicha cuestión llegó en el momento oportuno. Pero la oportunidad, en el caso que nos ocupa, no es una cuestión de principio, de modo que no nos pareció necesario esperar a la opinión de la mayoría para proceder a esta publicación, toda vez que se nos había demostrado su utilidad. Sería pueril creer que, renunciando a nuestra iniciativa, sólo obedeceríamos, como un instrumento pasivo, a un pensamiento que nos fuese impuesto.

La idea de la llegada de uno o varios mesías era prácticamente general, pero se la consideraba desde puntos de vista más o menos equivocados, debido a los detalles contenidos en ciertas comunicaciones, así como a una comparación *demasiado literal*, por parte de algunos, con las palabras del Evangelio sobre el mismo asunto. Esos errores podían generar inconvenientes materiales, cuyos síntomas ya se hacían sentir. Importaba, pues, no dejar que se les diera crédito. Por eso juzgamos útil dar a conocer el verdadero sentido con que la mayoría de los Espíritus entiende esa predicción, rectificando, de ese modo, con la enseñanza general, lo que la enseñanza aislada podía contener de parcialmente defectuoso.

2.º Se ha dicho que los mesías del espiritismo, llegados después de la constitución de esta doctrina, cumplirían un rol apenas secundario, y se nos preguntó si ese era precisamente el carácter de los mesías. Aquel a quien Dios encarga una misión, ¿puede ser útil si viene cuando el objeto de esa misión está cumplido? ¿No sería como si el Cristo hubiese venido después del establecimiento del cristianismo, o como si

el arquitecto encargado de la construcción de una casa llegase cuando esta estuviera edificada?

La revelación espírita debía realizarse en condiciones diferentes a las de sus antecesoras, porque las condiciones de la humanidad ya no son las mismas. Sin repetir lo que se ha dicho acerca de los caracteres de esta revelación, recordemos que, en vez de ser individual, debía ser colectiva y, al mismo tiempo, el producto de la enseñanza de los Espíritus y del trabajo inteligente del hombre; no debía estar localizada, sino echar raíces simultáneamente en todos los puntos del globo. Ese trabajo se realiza bajo la dirección de grandes Espíritus, que han recibido la *misión* de presidir la regeneración de la humanidad. Si bien no cooperan en la obra como encarnados, no por eso dejan de dirigir los trabajos como Espíritus, acerca de lo cual tenemos la prueba. Su rol de mesías, por lo tanto, no ha cesado, pues lo realizan antes de su encarnación, y no es sino mayor. Como Espíritus, su acción es incluso más eficaz, porque pueden extenderla a todas partes, mientras que, como encarnados, se halla necesariamente circunscripta. En la actualidad, como Espíritus, hacen lo que el Cristo hacía como hombre: enseñan, pero a través de las mil voces de la mediumnidad; vendrán luego para hacer como hombres lo que el Cristo no pudo hacer: establecer su doctrina.

El establecimiento de una doctrina llamada a regenerar el mundo no puede ser obra de un día, y la vida de un hombre no bastaría para lograrlo. Primero es preciso elaborar los principios o, si se prefiere, confeccionar las herramientas; después, limpiar el terreno de los obstáculos y sentar las bases principales. ¿Qué harían esos Espíritus en la Tierra durante ese trabajo, de algún modo material, de limpieza? Su vida se consumiría en esa lucha. Así pues, vendrán con mayor utilidad

cuando la obra se encuentre elaborada y el terreno preparado. A ellos, entonces, les incumbirá dar el último toque al edificio y consolidarlo; en una palabra, hacer que fructifique el árbol que haya sido plantado. No obstante, mientras esperan, no están inactivos: dirigen a los trabajadores. La encarnación no será, pues, más que una etapa de su misión. Sólo el espiritismo podía hacer que se comprenda la cooperación de los Espíritus de la erradicidad en una obra terrestre.

3.º Se nos ha preguntado, además, si no habría que preocuparse por el hecho de que el anuncio de esos mesías pudiera tentar a algunos ambiciosos, quienes se atribuirían supuestas misiones y cumplirían esta predicción: “habrá falsos cristos y falsos profetas”.

La respuesta es muy simple; se halla por completo en el Capítulo XXI de *El Evangelio según el espiritismo*. Si se lee ese capítulo, se verá que el rol del falso Cristo no es tan fácil como podría suponerse, porque en ese caso podemos decir que el hábito no hace al monje. En todos los tiempos hubo intrigantes que pretendieron hacerse pasar por lo que no eran. No cabe duda de que pueden imitar la forma exterior; pero cuando se trata de justificar el fondo, les sucede lo mismo que al asno vestido con piel de león.

El buen sentido dice que no es posible que Dios elija sus mesías entre los Espíritus vulgares, sino que lo hace entre aquellos a los que sabe capaces de realizar sus designios. El que pretendiese haber recibido tal favor debería, pues, justificarlo con la eminencia de sus capacidades y de sus virtudes, y su presunción sería el primer desmentido de esas mismas virtudes. ¿Qué diríamos de un rimador que se presentara como el príncipe de los poetas? Presentarse como Cristo o mesías

implicaría considerarse el hombre más virtuoso del universo, y no se es virtuoso si no se es modesto.

Es verdad que la hipocresía puede simular la virtud; pero hay algo que desafía cualquier imitación: el genio, porque este debe afirmarse con obras positivas; en cuanto a la virtud de exhibición, se trata de una comedia que no se puede representar mucho tiempo sin traicionarse. En el primer puesto de las cualidades morales que distinguen al verdadero misionero de Dios, es preciso ubicar la humildad sincera, la devoción sin límites y sin segundas intenciones, el desinterés material y moral absoluto, la abnegación de la personalidad: virtudes con las cuales no brillan los ambiciosos ni los charlatanes, que ante todo buscan la gloria o el lucro. Pueden ser inteligentes, pues necesitan la inteligencia para vencer mediante la intriga; pero no se trata de esa inteligencia que ubica al hombre por encima de la humanidad terrenal. Si el Cristo volviera a encarnar en la Tierra, lo haría con todas sus virtudes. Por lo tanto, si alguien se presentara como el Cristo, debería igualarlo en todo, y una sola cualidad de menos bastaría para descubrir la impostura.

Así como se reconoce la calidad del árbol por su fruto, los verdaderos mesías se reconocen por la calidad de sus obras, y no por sus pretensiones. No son ellos quienes se proclamarán como tales, porque tal vez ignoren que lo son. Varios estarán en la Tierra sin que se los haya reconocido. Entonces, al ver lo que fueron y lo que hicieron, los hombres dirán, como dijeron del Cristo: "Aquel debió de ser un mesías".

Existen cien piedras de toque para reconocer a los mesías y a los profetas de contrabando. Hemos elaborado la definición del carácter de los que son auténticos para desalentar a los falsificadores, más que para incitarlos a desempeñar un papel para el cual no tienen fuerzas, y que solo les causaría disgus-

tos. Al mismo tiempo, ofrecemos de ese modo, a aquellos de quienes estos intenten abusarse, los medios para evitar que sean engañados con sus bellaquerías.

4.º Parece que algunas personas temieron que la calificación de *mesías* colocara sobre la doctrina espírita un barniz de misticismo.

Quien conoce la doctrina sabe que ella es del principio al fin contraria al misticismo, pues tiende a orientar todas las creencias hacia el terreno positivo de las leyes naturales. Con todo, entre quienes no la conocen, hay personas para las cuales todo lo que se aparta de la humanidad tangible es místico. Para ellas, adorar a Dios, orar, creer en la Providencia, implica ser místico. Su opinión no debe preocuparnos.

La palabra *mesías* es empleada por el espiritismo en su acepción literal de *mensajero, enviado*, prescindiendo de la idea de *redención y misterio*, que es particular de los cultos cristianos. El espiritismo no tiene que discutir esos dogmas, que no son de su competencia. Expone el sentido con que emplea esa palabra, para evitar cualquier malentendido, y deja que cada uno crea según su conciencia, a la cual no pretende perturbar.

Para el espiritismo, pues, todo Espíritu encarnado con miras a cumplir una misión especial respecto de la humanidad es un *mesías*, en la acepción general de la palabra, es decir, un *misionero* o *enviado*, aunque con la diferencia de que la palabra *mesías* implica más particularmente la idea de una misión directa de la divinidad y, por consiguiente, la de la superioridad del Espíritu y de la importancia de la misión. De ahí se sigue que es preciso hacer una distinción entre los *mesías* propiamente dichos, y los Espíritus que son *simples misioneros*. Lo que los distingue es que, para estos, la misión todavía es una prueba, porque pueden fracasar, mientras que para los otros es un atributo de su

superioridad. Desde el punto de vista de la vida corporal, los mesías ocupan la categoría de las encarnaciones ordinarias de Espíritus, y esa palabra no tiene ningún carácter místico.

Todas las grandes épocas de renovación han presenciado el surgimiento de mesías encargados de dar impulso al movimiento regenerador y dirigirlo. Dado que la época actual se corresponde con una de las mayores transformaciones de la humanidad, también tiene sus mesías, que ya la presiden como Espíritus, y que concluirán su misión como encarnados. Su llegada no estará caracterizada por ningún prodigio, y Dios, para hacer que se los reconozca, no perturbará el orden de las leyes de la naturaleza. Ninguna señal extraordinaria aparecerá en el cielo, como tampoco en la tierra, y no se los verá descendiendo de las nubes en compañía de ángeles. Nacerán, vivirán y morirán, como el común de los hombres, y su muerte no será anunciada al mundo con temblores de tierra ni con el oscurecimiento del sol; ninguna señal exterior los distinguirá, de igual modo que el Cristo, durante su vida, tampoco se distinguía del resto de los hombres. Así pues, nada en ellos llamará la atención pública, excepto la grandeza de sus obras, la sublimidad de sus virtudes, y la parte activa y fecunda que habrán de tomar en la fundación del nuevo orden de cosas. La antigüedad pagana los convirtió en dioses; la historia los colocará en el Panteón de los grandes hombres, de los hombres de genio, pero sobre todo entre los hombres de bien, cuya memoria recibirá los honores de la posteridad.

Así serán los mesías del espiritismo. Grandes hombres entre los hombres, grandes Espíritus entre los Espíritus, ellos señalarán su paso con los prodigios de la inteligencia y de la virtud, los cuales demuestran la verdadera superioridad mucho más que la producción de efectos materiales, que cualquiera pue-

de realizar. Este panorama, un tanto prosaico, tal vez haga que caigan algunas ilusiones; pero así sucederán las cosas, muy naturalmente, y los resultados no serán menos importantes por el hecho de que no estén acompañados por las formas ideales y un tanto maravillosas con que ciertas imaginaciones se complacen.

Dijimos *los* mesías porque, en efecto, las previsiones de los Espíritus anuncian que habrá varios, lo cual no tiene nada de sorprendente, de acuerdo con el sentido vinculado a esa palabra, y debido a la grandeza de la tarea, pues no se trata del adelanto de un pueblo o de una raza, sino de la regeneración de la humanidad entera. ¿Cuántos serán? Algunos dicen tres, otros más, otros menos, lo que demuestra que la cuestión forma parte de los secretos de Dios. ¿Alguno de ellos tendrá supremacía? Eso tampoco importa demasiado, e incluso sería peligroso saberlo con anticipación.

La llegada de los mesías, como hecho general, ha sido anunciada porque era útil que estuviésemos prevenidos acerca de ella. Se trata de una garantía de futuro y un motivo de tranquilidad, pero las individualidades no deben revelarse más que *por sus actos*. Si alguien debe acoger a uno de esos mesías desde la infancia, lo hará *inconscientemente*, como lo haría con cualquier otro niño; lo asistirá y lo protegerá por pura caridad, sin que para eso sea convocado por un sentimiento de orgullo, del cual tal vez no podría defenderse, y que alcanzaría su corazón sin que lo sepa, haciéndole perder el fruto de su acción. Su generosidad tal vez no sería tan desinteresada moralmente como él mismo podría suponerlo.

Por otra parte, la seguridad del predestinado exige que él se halle cubierto con un velo impenetrable, porque tendrá su Herodes. Ahora bien, el secreto mejor guardado es el que nadie conoce. Así pues, nadie conocerá a su familia, como tampoco

su lugar de nacimiento, y ni siquiera los Espíritus vulgares lo saben. Ningún ángel vendrá para anunciarle a su madre su llegada, porque ella no debe hacer diferencias entre él y el resto de sus hijos; no vendrán magos para adorarlo en su cuna y ofrecerle oro e incienso, *porque él no habrá de ser saludado hasta que no haya demostrado su eficacia*. Será protegido por los invisibles que se encuentran encargados de velar por él y conducirlo hasta la puerta donde deberá llamar, y el dueño de casa no conocerá a aquel a quien recibirá en su hogar.

Jesús ha dicho, refiriéndose al nuevo Mesías: “Si alguien os dice: *el Cristo está aquí o allá*, no vayáis, porque allí no estará”. Así pues, hay que desconfiar de las falsas indicaciones, cuyo propósito es *engañar* para que se lo busque donde no está. Dado que no se permite a los Espíritus revelar lo que debe mantenerse en secreto, toda comunicación circunstanciada acerca de ese punto debe considerarse sospechosa, o como una prueba para quien la recibe.

Poco importa, pues, la cantidad de mesías. Sólo Dios sabe cuántos son necesarios. Con todo, lo indudable es que, junto con los mesías propiamente dichos, encarnarán Espíritus superiores en cantidad *ilimitada*, o ya están encarnados, con misiones especiales, para secundarlos. Surgirán en todas las clases y posiciones sociales, en todas las sectas y en todos los pueblos. Los habrá en las ciencias, en las artes, en la literatura, en la política, entre los jefes de estado, en fin, en todas partes donde su influencia podrá ser útil para la difusión de las ideas nuevas, así como para las reformas que serán su consecuencia. La autoridad de su palabra será aún más grande porque estará fundada en la estima y la consideración que los rodeará.

Pero —nos preguntarán— en esa infinidad de misioneros de todos los rangos, ¿cómo se distinguirá a los mesías? ¿Qué importa si

se los distingue o no! Ellos no vienen a la Tierra para que se los adore, ni para recibir homenajes de los hombres. No llevarán, pues, ninguna señal en la frente. De todos modos, así como por la obra se reconoce al autor, después de su partida se dirá: aquel que ha hecho la mayor suma de bien debe ser el mayor.

Dado que el espiritismo es el principal elemento regenerador, era importante que el instrumento estuviera listo cuando llegaran los que deben servirse de él. Ese es el trabajo que se realiza en este momento, y que los precede por poco. Pero antes es necesario que el rastrillo pase por el suelo, para purgarlo de las hierbas parásitas, que sofocarían el buen grano.

El siglo veinte, sobre todo, verá florecer los grandes apóstoles del espiritismo, y podrá ser llamado el siglo de los mesías. Entonces, la antigua generación habrá desaparecido, y la nueva estará en pleno vigor. La humanidad, libre de sus convulsiones, formada de elementos nuevos o regenerados, entrará definitiva y pacíficamente en la etapa del progreso moral, que debe elevar a la Tierra en la jerarquía de los mundos.

Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia

Los espíritas son numerosos en San Petersburgo, y entre ellos los hay serios y muy esclarecidos, que comprenden el objetivo y el enorme alcance humanitario de la doctrina. Uno de esos espíritas, a quien no teníamos el honor de conocer, tuvo la amabilidad de enviarnos un documento, tanto más valioso para la historia del espiritismo, cuanto que era desconocido

y se relaciona con las clases sociales más altas. Esto nos dice nuestro digno corresponsal, en su carta de presentación:

“La biblioteca imperial de San Petersburgo publicó, en 1858, en un muy reducido número de ejemplares, una colección de cartas inéditas del célebre fisonomista Lavater. Esas cartas, hasta ahora desconocidas en Alemania, fueron dirigidas a la emperatriz María de Rusia, esposa de Pablo I y abuela del Emperador reinante. La lectura de esas cartas me impactó por las ideas filosóficas — eminentemente espíritas— que contienen, acerca de las relaciones que existen entre el mundo visible y el mundo invisible, la mediumnidad intuitiva y la influencia de los fluidos que la producen.

”Presumo que dichas cartas, probablemente desconocidas en Francia, podrían interesar a los espíritas esclarecidos de ese país, mostrándoles que sus convicciones íntimas eran compartidas por el eminente filósofo suizo y dos cabeza coronadas, de modo que me tomo la libertad, señor, de adjuntarle la traducción exacta y casi literal de esas cartas, que tal vez consideréis oportuno incluir en vuestra sabia y tan interesante publicación mensual.

”Aprovecho la ocasión, señor, para expresar los sentimientos de mi profunda y absoluta estima, compartida por los espíritas sinceros de todos los países, que saben dignamente apreciar los servicios eminentes que vuestro celo infatigable ha prestado al desarrollo científico y a la difusión de la sublime y tan consoladora doctrina espírita. La tercera revelación traerá como consecuencia la regeneración, el progreso moral y la consolidación de la fe de esta pobre humanidad, lamentablemente confundida, y que fluctúa entre la duda y la indiferencia en materia de religión y de moral”. W. de F.

Publicamos íntegramente el manuscrito del señor de F... Su extensión nos obliga a dividirlo en tres artículos.

Preámbulo

En el castillo gran ducal de Pávlovsk, situado a veinticuatro verstas de San Petersburgo, donde el emperador Pablo de Rusia pasó los años más felices de su vida, y que luego fue la residencia favorita de la emperatriz María, su augusta viuda, auténtica benefactora de la humanidad doliente, se encuentra una selecta biblioteca, fundada por la pareja imperial, en la cual, entre muchos tesoros científicos y literarios, se conserva un paquete de cartas autógrafas de Lavater, ignoradas por los biógrafos del célebre fisonomista.

Esas cartas están fechadas en Zúrich, en 1798. Dieciséis años antes, Lavater había tenido la oportunidad de conocer, en Zúrich y en Schaffhausen, al conde y a la condesa del Norte (título con el que entonces viajaban por Europa el gran duque de Rusia y su esposa) y, desde 1796 hasta 1800, envió a Rusia, destinadas a la emperatriz María, reflexiones acerca de la fisonomía, a las cuales agregaba cartas cuyo objeto era describir el estado del alma después de la muerte.

En esas cartas, Lavater toma como punto de partida que un alma, cuando ha dejado su cuerpo, inspira sus ideas a un hombre de su elección, apto para la luz (*lichtfähig*), y le hace escribir cartas dirigidas a un amigo que quedó en la Tierra, para instruirlo acerca del estado en que aquella alma se encuentra.

Esas cartas inéditas de Lavater fueron descubiertas, durante una revisión de la biblioteca gran ducal, por el doctor Minzloff, bibliotecario de la biblioteca imperial de San Petersburgo, y ordenadas por este último. Con la autorización

del actual propietario del castillo de Pávlovsk, S.A.I. el gran duque Constantino, y con los esclarecidos auspicios del barón de Korff, actualmente miembro del consejo del Imperio, y ex director en jefe de esa biblioteca, a quien esta debe sus más notables mejoras, las cartas fueron publicadas en 1858, en San Petersburgo, con el título: *Johann-Kaspar Lavater's briefe, an die kaiserin Maria Feodorowna, gemahlm kaiser Paul I von Russland* (Cartas de Jean-Gaspard Lavater a la emperatriz María Fiodorovna, esposa del emperador Pablo I de Rusia). Esta obra fue impresa por cuenta de la biblioteca imperial, y ofrecida como homenaje al senado de la Universidad de Yena, con motivo del 300.º aniversario de su fundación.

Esas cartas, en número de seis, resultan del más alto interés, pues demuestran positivamente que las ideas espíritas, y especialmente la de la posibilidad de las relaciones entre el mundo espiritual y el mundo material, germinaban en Europa hace más de sesenta años, y que no solo el célebre fisonomista tenía la convicción de esas relaciones, sino que él mismo era lo que en el espiritismo se denomina un médium intuitivo, es decir, un hombre que recibe por intuición las ideas de los Espíritus y transcribe sus comunicaciones. Las cartas de un amigo difunto, que Lavater había adjuntado a sus propias cartas, son eminentemente espíritas. Desarrollan y esclarecen, de una manera tan ingeniosa como espiritual, las ideas fundamentales del espiritismo, y vienen en apoyo de todo lo que esta doctrina ofrece de más racional, más profundamente filosófico, religioso y consolador para la humanidad. Las personas que no conocen el espiritismo podrán suponer que esas cartas de un Espíritu a su amigo de la Tierra no son más que una forma poética que Lavater imprime a sus propias ideas espiritualistas; pero los que están iniciados en las verdades del espiritismo,

verán que esas ideas se encuentran en dichas comunicaciones tal como fueron y siguen siendo impartidas por los Espíritus, a través de diversos médiums intuitivos, auditivos, escribientes, parlantes, extáticos, etc. No es natural suponer que Lavater haya podido concebir por sí mismo y exponer con tanta lucidez y tanta precisión ideas abstractas y tan elevadas acerca del estado del alma después de la muerte y sus medios de comunicación con los Espíritus encarnados, es decir, con los hombres. Esas ideas solo podían surgir de los propios Espíritus desencarnados. Es indudable que uno de ellos, puesto que guardaba sentimientos de afecto por un amigo que aún habitaba en la Tierra, le transmitió a través de un médium intuitivo (tal vez el propio Lavater fuera ese amigo) nociones sobre ese tema, para iniciarlo en los misterios de la tumba, en la medida de lo que se le permite a un Espíritu develar a los hombres, y de lo que estos se encuentran en estado de comprender.

Presentamos aquí la traducción exacta de las cartas de Lavater, escritas en alemán, así como de las comunicaciones del Más Allá que él enviaba a la emperatriz María, conforme al deseo que esta había expresado de conocer las ideas del filósofo alemán sobre el estado del alma después de la muerte del cuerpo.

Primera carta

sobre el estado del alma después de la muerte

Ideas generales

¡Muy venerada María de Rusia!

Dignaos concederme el permiso de no llamaros con el título de majestad, que el mundo os debe, pero que no armo-

niza con la santidad del tema acerca del cual habéis deseado que yo os hablara, a fin de que pueda escribiros con franqueza y absoluta libertad.

Deseáis conocer algunas de mis ideas sobre el estado de las almas después de la muerte.

A pesar de lo poco que se le permite saber al respecto al más sabio y docto de entre nosotros, puesto que ninguno de los que se marcharon hacia ese país ha vuelto, el hombre pensante, el discípulo de Aquel que descendió del cielo hacia nosotros, se halla sin embargo en estado de decir sobre eso lo que necesitamos saber para alentarnos, tranquilizarnos y hacer que reflexionemos.

Esta vez me limitaré a exponeros, al respecto, algunas de las ideas más generales.

Pienso que debe de existir una gran diferencia entre el estado, la manera de pensar y de sentir, de un alma separada de su cuerpo material, y el estado en que se encontraba durante su unión con este último. Esa diferencia debe ser al menos tan grande como la que existe entre el estado de un niño recién nacido y el de un niño que vive en el seno de su madre.

Estamos vinculados a la materia, y nuestros sentidos y nuestros órganos son los que dan a nuestra alma las percepciones y el entendimiento.

Según la diferencia que existe entre la construcción del telescopio, del microscopio y de los anteojos, de los cuales nuestros ojos se valen para ver, los objetos que miramos a través de ellos se nos presentan con una forma diferente. Nuestros sentidos son los telescopios, los microscopios y los anteojos necesarios para nuestra vida actual, que es una vida material.

Pienso que el mundo visible debe desaparecer para el alma separada de su cuerpo, así como esta no lo detecta durante el sueño. O bien, el mundo, que el alma entreveía durante su existencia corporal, debe aparecerse ante el alma desmaterializada con un aspecto distinto.

Si durante algún tiempo el alma pudiera permanecer sin cuerpo, el mundo material no existiría para ella. Pero si ella, tan pronto como hubiera dejado su cuerpo, lo cual me parece muy verosímil, estuviera provista de *un cuerpo espiritual, que habría retirado de su cuerpo material*, ese nuevo cuerpo le daría indispensablemente una percepción muy distinta de las cosas. Si ese cuerpo quedara durante algún tiempo imperfecto y poco desarrollado, lo que fácilmente puede llegar a suceder a las almas impuras, todo el universo se aparecería ante el alma en un estado de perturbación, como si se lo viera a través de un vidrio esmerilado.

Pero si el cuerpo espiritual, *el conductor e intermediario de las nuevas impresiones* del alma, estuviera o llegara a estar más desarrollado o mejor organizado, el mundo le parecería a esta, conforme a la naturaleza y a las cualidades de sus nuevos órganos, así como según su grado de armonía y perfección, más regular y más hermoso.

Los órganos se simplifican, adquieren armonía entre sí y son más adecuados a la naturaleza, al carácter, a las necesidades y a las fuerzas del alma, según ella se concentre, se enriquezca y se purifique en la Tierra, persiguiendo un solo objetivo y obrando en un sentido determinado. El alma, durante su existencia en la Tierra, *perfecciona ella misma las cualidades del cuerpo espiritual*, del vehículo en el que continuará existiendo después de la muerte de su cuerpo material, y que le servirá de órgano para concebir, sentir y actuar en su nueva existencia.

Ese nuevo cuerpo, apropiado a su naturaleza íntima, la volverá pura, amorosa, vivaz y apta para mil bellas sensaciones, impresiones, contemplaciones, acciones y placeres.

Todo lo que podemos –y todo lo que aún no podemos– decir sobre el estado del alma después de la muerte, se basará siempre en este único axioma, permanente y general: *el hombre cosecha lo que ha sembrado*.

Es difícil encontrar un principio más simple, claro, abundante y adecuado para su aplicación en todos los casos posibles.

Existe una ley general de la naturaleza, estrechamente vinculada, incluso idéntica, al principio mencionado anteriormente, que concierne al estado del alma después de la muerte; una ley equivalente en todos los mundos, en todos los estados posibles, en el mundo material y en el mundo espiritual, visible e invisible, a saber:

“Lo que se parece tiende a unirse. Todo lo que es idéntico se atrae recíprocamente, en caso de que no haya obstáculos que se opongan a esa unión”.

Toda la doctrina sobre el estado del alma después de la muerte se basa en ese simple principio. Todo lo que habitualmente llamamos: juicio previo, compensación, felicidad suprema, condenación, puede explicarse de esta manera: *Conforme hayas sembrado el bien en ti mismo, en los otros y fuera de ti, pertenecerás a la sociedad de aquellos que, como tú, han sembrado el bien en sí mismos y fuera de ellos; gozarás de la amistad de aquellos a quienes te has parecido en la manera de sembrar el bien*.

Cada alma separada de su cuerpo, libre de las cadenas de la materia, se presenta ante sí misma tal cual es en realidad. Todas las ilusiones, todas las seducciones que le impedían

reconocerse y ver sus propias fuerzas, sus debilidades y sus defectos, desaparecerán. Sentirá una tendencia irresistible a dirigirse hacia las almas que se le parecen, así como a distanciarse de las que son desemejantes. Su propio peso interior, como si obedeciera a la ley de la gravitación, la atraerá hacia abismos sin fondo (al menos eso le parecerá); o bien, según su grado de pureza, se elevará, como una chispa en el aire, llevada por su levedad, y pasará rápidamente a las regiones luminosas, fluídicas y etéreas.

El alma se asigna a sí misma un peso que le es propio, mediante su sentido interior; su estado de perfección la impulsa hacia adelante, hacia atrás o a los costados; su propio carácter, moral o religioso, le inspira determinadas tendencias particulares. El bueno se elevará hacia los buenos; la necesidad que siente del bien lo atraerá hacia ellos. El malo será forzosamente impulsado hacia los malos. La caída precipitada de las almas groseras, inmorales e irreligiosas, hacia las almas que se les parecen, será tan rápida e inevitable como la caída de un yunque en un abismo, cuando no hay nada que lo detiene.

Es suficiente por esta vez.

JEAN-GASPAR LAVATER
Zúrich, 1 - VIII - 1798.

(Con el permiso de Dios, enviaré la continuación cada ocho días.)

Segunda carta

Las necesidades experimentadas por el espíritu humano, durante su *exilio en el cuerpo material*, *siguen siendo las mismas inmediatamente después de que ha dejado ese cuerpo*. Su felicidad consistirá en la posibilidad de satisfacer sus necesidades espirituales; su condena, en la imposibilidad de satisfacer sus apetitos carnales en un mundo menos material.

Las necesidades no satisfechas constituyen la condena; su satisfacción constituye la felicidad suprema.

Me agradecería decirle a cada hombre: “Analiza la naturaleza de tus necesidades; dales su verdadero nombre; pregúntate a ti mismo: ¿son admisibles en un mundo menos material? ¿Pueden encontrar en él su satisfacción? Y si ahí pudiesen ser verdaderamente complacidas, ¿serían las que un Espíritu intelectual e inmortal podría honestamente confesar y desear para su satisfacción, sin sentir una profunda vergüenza ante otros seres intelectuales e inmortales como él?”

La necesidad que el alma siente de satisfacer las aspiraciones espirituales de otras almas inmortales, de proporcionarles los placeres puros de la vida, de inspirarles la seguridad de la continuación de su existencia después de la muerte, de cooperar así en el gran plan de la sabiduría y del amor supremos, junto con el progreso adquirido con esa noble actividad, tan digna del hombre, así como el deseo desinteresado del bien, dan a las almas humanas la *aptitud* y, por lo tanto, el *derecho* de ser recibidas en los grupos y en los círculos de Espíritus más elevados, más puros y santos.

Muy venerada Emperatriz, cuando tenemos la íntima convicción de que la necesidad más natural, aunque para nada común, que pueda nacer en un alma inmortal: la necesidad

de Dios, de aproximarse a Él cada vez más en todos los aspectos, y de asemejarse al Padre invisible de todas las criaturas, se ha vuelto predominante en nosotros, ¡oh! entonces no debemos experimentar el más mínimo temor acerca de nuestro estado futuro, cuando la muerte nos haya liberado de nuestro cuerpo, de esa gruesa muralla que nos ocultaba a Dios. Ese cuerpo material, que nos separaba de Él, ha sido abatido, y el velo que nos ocultaba la vista del más santo entre los santos se ha rasgado. El Ser adorable, que amábamos por encima de todo, con todas sus gracias resplandecientes, entrará entonces libremente en nuestra alma hambrienta de Él, y ella lo recibirá con alegría y amor.

Tan pronto como el amor sin límites a Dios haya tomado el control de nuestra alma, como resultado de los esfuerzos que esta haya hecho para aproximarse a Él y parecerse a Él en su amor vivificante de la humanidad, y por todos los medios que tenga en su poder, esa alma, liberada del cuerpo, pasando necesariamente por muchos grados para perfeccionarse cada vez más, subirá con una facilidad y una rapidez asombrosas hacia el objeto de su más profunda veneración y de su amor ilimitado, hacia la fuente inagotable y la única suficiente para la satisfacción de todas sus necesidades, de todas sus aspiraciones.

Ninguna vista débil, enferma o velada, se halla en condiciones de mirar el sol de frente; de igual modo, ningún Espíritu no purificado, sumergido aún en la neblina material con que una vida exclusivamente material lo rodeaba, incluso en el momento de su separación del cuerpo, no se hallaría en condiciones de soportar la visión del más puro sol de los Espíritus, en su claridad resplandeciente, su símbolo, su foco, del que parten esas ondas de luz que penetran incluso a los seres finitos con el sentimiento de su infinitud.

¡Quién mejor que vos, Señora, sabe que los buenos son atraídos solamente por los buenos! ¡Que solo las almas elevadas saben gozar de la presencia de otras almas selectas! Todo hombre que conoce la vida y a los hombres, y que a menudo fue obligado a encontrarse en compañía de esos aduladores deshonestos, amanerados, faltos de carácter, siempre apresurados para destacar y hacer valer la palabra más insignificante, la menor alusión por parte de aquellos cuyo favor disputan, o de esos hipócritas que astutamente intentan acceder a las ideas ajenas para de inmediato interpretarlas en un sentido absolutamente contrario, aquel hombre —digo— debe saber hasta qué punto esas almas viles y esclavas se avergüenzan de repente ante una simple palabra pronunciada con firmeza y dignidad. ¡Hasta qué punto una mirada severa los confunde y hace que sientan profundamente que se los conoce y se los juzga por su justo valor! ¡Cuán penoso les resulta entonces soportar la presencia de un hombre honesto! Ningún alma falsa e hipócrita es feliz en contacto con un alma proba y enérgica que la penetra. Cada alma impura, al dejar el cuerpo, conforme a su naturaleza íntima y como impulsada por una fuerza oculta e invencible, debe huir de la presencia de todo ser puro y luminoso, para sustraerse cuanto sea posible de la vista de sus numerosas imperfecciones, que no se halla en condiciones de ocultarse a sí misma ni a los otros.

Aun cuando no se hubiera escrito: *Nadie que no esté purificado podrá ver al Señor*, ese sería perfectamente el orden de las cosas. Un alma impura se halla absolutamente imposibilitada de relacionarse con un alma pura, así como de sentir hacia ella la menor simpatía. Un alma temerosa de la luz no puede, por eso mismo, ser atraída hacia la fuente de la luz. La claridad, privada de toda oscuridad, debe quemarla como un fuego devorador.

¿Cuáles son las almas, Señora, que llamamos impuras? Creo que son aquellas en las cuales el deseo de purificarse, de corregirse, de perfeccionarse, nunca ha predominado. Creo que son aquellas que no se hallan sujetas al principio elevado del desinterés en todas las cosas; las que se han elegido a sí mismas como centro único de todos sus deseos e ideas; las que se consideran el objetivo de todo lo que se encuentra fuera de ellas, que no buscan otra cosa más que el medio de satisfacer sus pasiones y sus sentidos; en fin, aquellas en las que reinan el egoísmo, el orgullo, el amor propio y el interés personal, y que pretenden servir al mismo tiempo a dos señores que se contradicen.

Semejantes almas —creo yo— deben de encontrarse, después de separarse del cuerpo, en el miserable estado de una horrible contemplación de sí mismas; o bien, lo que es lo mismo, de un desprecio profundo que sienten respecto de sí mismas, para ser arrastradas por una fuerza irresistible hacia la horrorosa compañía de otras almas egoístas, que se condenan a sí mismas sin cesar.

El egoísmo produce la impureza del alma y la hace sufrir. En todas las almas humanas es combatido por algo contrario a él, algo puro, divino: el sentimiento moral. Sin ese sentimiento, el hombre no es capaz de ningún placer moral, de ninguna estima, ni de ningún desprecio de sí mismo, sin comprender el Cielo ni el Infierno. Esa luz divina hace que no pueda soportar la oscuridad que descubre en sí mismo, y esa es la razón por la cual las almas delicadas, las que poseen el sentido moral, sufren más cruelmente cuando el egoísmo se apodera de ellas y subyuga ese sentimiento.

De la concordancia y la armonía que subsisten en el hombre, entre él y su ley interior, dependen su pureza, su aptitud

para recibir la luz, su felicidad, su Cielo, su Dios. Su Dios se le presenta semejante a sí mismo. Ante aquel que sabe amar, Dios se presenta como el supremo amor, con mil formas amantes. Su grado de felicidad y su aptitud para hacer que los otros sean felices son proporcionales al principio del amor que reina en él. Aquel que ama con desinterés se mantiene en incesante armonía con la fuente de todo amor y con todos los que en ella beben el amor.

Tratemos de conservar en nosotros el amor en toda su pureza, Señora, y siempre seremos conducidos por él hacia las almas más amantes. Purifiquémonos todos los días, cada vez más, de las manchas del egoísmo, y entonces, aunque tengamos que dejar este mundo hoy mismo o mañana, devolviendo a la tierra nuestra envoltura mortal, nuestra alma alzará vuelo con la rapidez del relámpago rumbo al modelo de todos los que aman, y se unirá a ellos con una felicidad indescriptible.

Ninguno de nosotros puede saber en qué se convertirá su alma después de la muerte del cuerpo; sin embargo, estoy plenamente convencido de que el amor purificado debe necesariamente dar a nuestro Espíritu, liberado del cuerpo, una libertad sin límites, una existencia céntupla, un gozo continuo de Dios, y un poder ilimitado para hacer felices a todos los que están aptos para gozar la felicidad suprema.

¡Oh! ¡Cuán incomparable es la libertad moral del Espíritu despojado de su cuerpo! ¡Con qué ligereza el alma del ser amante, rodeada de una luz esplendorosa, realiza su ascensión! ¡De qué modo la ciencia infinita, el poder de comunicarse con los otros, se convierten en privilegio de esa alma! ¡Cuánta luz surge de sí misma! ¡Cuánta vida anima todos los átomos que la conforman! ¡Ondas de gozos van a su encuentro desde todas partes, para satisfacer sus necesidades más puras y elevadas!

¡Innumerables legiones de seres amantes le tienden las manos!
¡Voces armoniosas se hacen oír en esos coros numerosos y
radiantes de alegría, y le dicen: “¡Espíritu de nuestro Espíritu!
¡Corazón de nuestro corazón! ¡Amor bebido en la fuente de
todo amor! ¡Alma amante, tú nos perteneces a todos nosotros,
y todos nosotros somos tuyos! Cada uno de nosotros es tuyo,
y tú perteneces a cada uno de nosotros. Dios es amor, y Dios
es nuestro. Todos estamos llenos de Dios, y el amor encuentra
su felicidad en la felicidad de todos”.

Deseo ardientemente, muy venerada Emperatriz, que vos
y vuestro noble y generoso esposo, el Emperador, ambos tan
dedicados al bien, y yo con vosotros, nunca nos volvamos
extraños al amor que es Dios y hombre a la vez; que se nos
conceda prepararnos para los gozos del amor mediante nues-
tras acciones, nuestras plegarias y nuestros padecimientos,
para aproximarnos a Aquel que se dejó clavar en la cruz del
Gólgota.

JEAN-GASPAR LAVATER
Zúrich, 18 - VIII - 1798.

(Continuará próximamente, si Dios lo permite.)

Ya podemos ver la clase de ideas con que Lavater escribía
a la emperatriz María, y hasta qué punto poseía la intuición
de los principios del espiritismo moderno. Se lo juzgará mejor
aún mediante el complemento de esta notable corresponden-
cia. Antes de presentar nuestras reflexiones al respecto, consi-
deramos que es preciso destacar en este momento un hecho
importante: para mantener correspondencia sobre semejante
tema con la Emperatriz, era necesario que ella compartiera

esas ideas, y varias circunstancias nos impiden dudar de que sucediera lo mismo con el Zar, su esposo. Lavater escribía a pedido de ella o, mejor dicho, de ambos, y el tono de sus cartas demuestra que se dirigía a personas convencidas. Como vemos, las creencias espíritas en las clases altas no datan de hoy. Además, es posible leer, en la *Revista* de abril de 1866, pág. 120, el relato de una aparición tangible de Pedro el Grande al propio Pablo I.

Las cartas de Lavater, leídas en la Sociedad de París, dieron lugar a una conversación al respecto. Atraído sin duda por el pensamiento que en esa ocasión se le dirigiera, Pablo I se manifestó espontáneamente, sin evocación previa, a través de uno de los médiums, al que dictó la siguiente comunicación:

(Sociedad de París, 7 de febrero de 1868.

Médium: Sr. Leymarie.)

¡El poder es algo muy complejo, y los problemas que acarrea impresionan dolorosamente nuestra alma! Los disgustos son continuos; hay que adaptarse a las costumbres, a las viejas instituciones, al partidismo, y Dios sabe cuánta resistencia hace falta para oponerse a todas las codicias que llegan al trono para golpearlo como olas tumultuosas. Así pues, ¡cuánta felicidad sobreviene cuando se deja un instante esa túnica de Neso, llamada realeza, para encerrarse en un lugar apacible, donde se pueda descansar tranquilamente, lejos del ruido y el tumulto de las ambiciones!

A mi querida María le gustaba la calma. De carácter firme, era tierna, resignada y amorosa, y habría preferido el olvido de las grandezas para dedicarse completamente a la caridad, para estudiar las elevadas cuestiones filosóficas que se correspon-

dían con sus facultades. Tanto como a ella, a mí me gustaban esos momentos de esparcimiento intelectual; eran un bálsamo para mis heridas de soberano, una fuerza nueva que me guiaba en el laberinto de la política europea.

Lavater, ese gran corazón, ese gran Espíritu, ese hermano predestinado, nos iniciaba en su sublime doctrina. Con febril ansiedad esperábamos sus cartas, que actualmente poseéis. Todo lo que ellas contienen era el reflejo de nuestras ideas personales; leíamos esas queridas cartas con una alegría infantil, felices de deponer nuestra corona, su gravedad, su etiqueta, para discutir acerca de los derechos del alma, su emancipación y su curso divino hacia lo eterno.

Hace setenta años, nosotros aceptábamos todas esas cuestiones, hoy candentes. Formaban parte de nuestra vida, de nuestro sosiego. Muchos efectos extraños, apariciones y ruidos, habían fortalecido nuestra opinión al respecto. La emperatriz María veía y escuchaba a los Espíritus, y a través de ellos se enteraba de acontecimientos que tenían lugar a grandes distancias. Un príncipe Lopukhin, muerto en Kiev, a muchos cientos de leguas, se había presentado para anunciarnos su muerte, así como los incidentes que habían precedido su partida, junto con la expresión de su última voluntad. La Emperatriz tenía el escrito, dictado por el Espíritu Lopukhin, y apenas veinte días después, en la corte se conocían todos los detalles que nosotros ya poseíamos. Para nosotros fueron una confirmación brillante, y también la prueba de que Lavater y nosotros éramos iniciados en las grandes verdades.

Hoy conocemos mejor, a través de vosotros, la doctrina cuya base habéis ampliado. Regresaremos para pedirnos algunos instantes, y os agradecemos por anticipado si tenéis la

bondad de escuchar a María de Rusia y al que recibió la gracia de tenerla como compañera.

PABLO I

Flageolet **Espíritu mistificador**

El siguiente hecho es relatado por uno de nuestros corresponsales de Maine-et-Loire, el doctor E. Champneuf. Si bien tal hecho, de por sí, no se aparta del ámbito de los fenómenos de manifestaciones físicas ya conocidos, resulta instructivo en el sentido de que demuestra una vez más la diversidad de categorías de Espíritus que encontramos en el mundo invisible; y también demuestra que, al ingresar en él, algunos Espíritus no se despojan inmediatamente de su carácter. Eso es lo que no se sabía antes de que el espiritismo nos pusiera en relación con los habitantes de dicho mundo. Este es el relato que se nos ha enviado:

“Permitidme que os dé a conocer un hecho bastante curioso, que no es un aporte, sino una sustracción realizada por un Espíritu, hace ocho días, en medio de nosotros.

”Se trata de un Espíritu que frecuenta hace muchos años nuestro grupo de Saumur, y que últimamente se ha tornado aún más familiar de nuestro grupo de Vernantes. Dijo llamarse Flageolet; pero nuestro médium, a través del cual se ha dado a conocer, y que, en efecto, lo conoció cuando vivía en este mundo, nos dijo que su nombre era Biron, músico,

un hombre bastante bueno, vivaz, que recorría las tabernas haciendo bailar a la gente. Es un Espíritu frívolo, mistificador, pero no tiene maldad.

”Así pues, Flageolet se instaló en casa de mi hermano, donde tienen lugar nuestras sesiones. Allí ameniza los almuerzos y las cenas tocando canciones, se las pidan o no, y todos se alegran cuando no derriba las copas y los platos con sus intervenciones excesivamente ruidosas.

”Hace ocho días, mi hermano, que fuma mucho, había dejado como de costumbre su tabaquera junto a él, sobre la mesa, y Flageolet, también como de costumbre, se hallaba presente en la cena familiar. Después de que hiciera sonar algunas arias y marchas, el Espíritu comenzó a tocar la canción: *Tengo buen tabaco en mi tabaquera*. En ese momento, mi hermano buscó su tabaquera, que ya no estaba junto a él. Miró alrededor suyo, revisó sus bolsillos, pero nada. La misma canción continuaba con más entusiasmo. Entonces, se levantó y buscó sobre la repisa del hogar, en los muebles, para continuar la investigación en las habitaciones contiguas, mientras la canción de la tabaquera, que sonaba con más intensidad, perseguía a mi hermano con sus redobles burlones a medida que él se alejaba esforzado en la búsqueda. Cuando se aproximaba al hogar, los golpes sonaban con más fuerza y rapidez. Por último, el buscador, enfadado por esa armonía despiadada, pensó en Flageolet y le dijo: —*¿Fuiste tú quien me quitó la tabaquera?* —*Sí.* —*¿Quieres devolvérmela?* —*Sí.* —*Entonces, ¡habla!*

”Tomaron el alfabeto y un lápiz, y el Espíritu dictó: *La arrojé al fuego*. Entonces revolvieron las cenizas calientes y ahí encontraron, en el fondo del hogar, la tabaquera, cuyo contenido estaba calcinado.

”Todos los días surge alguna sorpresa o travesura de su parte. Hace tres días, nos reveló el contenido de un paquete bien atado, que acababa de llegar.

”Ayer a la noche se produjo otra malicia contra mi hermano. Este, durante el día, al llegar a su casa, había buscado la boina que siempre usa y, como no la encontró, se propuso no pensar más en eso. A la noche, Flageolet, sin duda enojado por tocar canciones sin que le prestaran atención, y sin que se propusieran interrogarlo, pidió escribir. Nos pusimos a su disposición, y él dictó:

”—Yo me llevé tu boina.

”—¿Quieres decirme dónde está?

”—Sí.

”—¿Dónde la has puesto?

”—Se la di a Napoleón.

”Convencidos de que se trataba de otra broma de mal gusto del Espíritu, le preguntamos:

”—¿Cuál Napoleón?

”—El tuyo.

”Desde hace muchos años, hay una estatua de Napoleón I, de tamaño mediano, en la sala donde realizamos nuestras sesiones. Nos dirigimos hacia la estatua, lámpara en mano, y encontramos la boina desaparecida, que cubría el pequeño sombrero histórico.”

Observación: Todo en el espiritismo es tema de estudio para el observador serio. Los hechos aparentemente insignificantes tienen una causa, y esa causa puede estar vinculada a los principios más importantes. ¿Acaso las grandes leyes de

la naturaleza no se revelan en el más pequeño insecto tanto como en el animal gigantesco; en un grano de arena que cae, tanto como en el movimiento de los astros? ¿Acaso el botánico descuida una flor porque es simple y no tiene brillo? Lo mismo sucede en el orden moral, donde todo tiene valor filosófico, así como en el orden físico todo tiene valor científico.

Mientras algunas personas verán en este relato un hecho apenas curioso, divertido, un elemento de distracción, otros lo considerarán una aplicación de la ley que rige la marcha progresiva de los seres inteligentes, y extraerán de él una enseñanza. Dado que el mundo invisible es el medio al que se dirige fatalmente la humanidad, nada de lo que ayude a conocerlo podría resultar indiferente. *Dado que el mundo corporal y el mundo espiritual desembocan incesantemente uno en el otro a través de las muertes y los nacimientos, se explican mutuamente.* Esa es una de las grandes leyes reveladas por el espiritismo.

El carácter de ese Espíritu, ¿no es el de un niño travieso? Sin embargo, en vida era un hombre hecho y derecho, e incluso de cierta edad. ¿Acaso algunos Espíritus podrían volver a ser niños? No; el Espíritu realmente adulto no vuelve atrás, como el río no regresa a su punto de origen. Pero la edad del cuerpo no es en absoluto un indicio de la edad del Espíritu. Como es necesario que todos los Espíritus que encarnan pasen por la *infancia corporal*, de ahí resulta que en los cuerpos infantiles hay forzosamente Espíritus desarrollados. Ahora bien, si esos Espíritus mueren prematuramente, revelan su superioridad a partir del momento en que se han despojado de su envoltura. Por esa misma razón, dado que un Espíritu joven, espiritualmente hablando, no puede llegar a la madurez en el transcurso de una sola existencia —que es menos de una hora en relación con la vida del Espíritu—, resulta que

en un cuerpo adulto puede haber un Espíritu infantil por su carácter y su desarrollo moral.

No cabe duda de que Flageolet pertenece a esta última categoría de Espíritus; avanzará más rápidamente que otros, porque en él solo hay frivolidad, y en el fondo no es malo. El ambiente serio en el que se manifiesta, así como el contacto con hombres instruidos, madurarán sus ideas. Su educación es una tarea que incumbe a estos, mientras que no hubiera ganado nada con personas fútiles, que se habrían divertido con sus chanzas, tal como lo harían con las de un payaso.

Ensayo teórico sobre las curaciones instantáneas

De todos los fenómenos espíritas, uno de los más extraordinarios es, indudablemente, el de las curaciones instantáneas. Se trata de las curaciones producidas por la acción constante de un fluido benéfico; pero la cuestión es saber de qué modo ese fluido puede efectuar una transformación súbita en el organismo y, sobre todo, por qué el individuo que posee esa facultad no tiene acceso a todos los que padecen la misma enfermedad, en el supuesto de que haya especialidades. No hay duda de que la afinidad de los fluidos es una razón, pero no satisface completamente, porque no tiene nada de positivo ni de científico. Sin embargo, las curaciones instantáneas son un hecho que no se podría poner en duda. Si solamente tuvieran como apoyo los ejemplos de los tiempos remotos, se podría, con alguna apariencia de fundamento, considerarlas legendarias o, por lo menos, amplificadas por la creduli-

dad; pero cuando esos mismos fenómenos se reproducen ante nuestros ojos, en el siglo más escéptico respecto de las cosas sobrenaturales, la negación ya no es posible, de modo que somos forzados a ver en eso, no un efecto milagroso, sino un fenómeno cuya causa debe hallarse en leyes de la naturaleza que todavía se desconocen.

La siguiente explicación, deducida de indicaciones proporcionadas por un médium en estado de sonambulismo espontáneo, se basa en consideraciones fisiológicas que a nuestro juicio arrojan una nueva luz sobre el tema. Esta explicación surgió con motivo de una consulta, formulada por una persona que padecía dolencias muy graves, acerca de si un tratamiento fluídico podría ser saludable para ella.

Por más racional que nos parezca esta explicación, no la consideramos absoluta, sino a título de hipótesis y como tema de estudio, hasta que haya recibido la doble sanción de la lógica y de la opinión general de los Espíritus: único control válido de las doctrinas espíritas, y que puede garantizar su perpetuidad.

En la medicación terapéutica se necesitan remedios apropiados para cada mal. Un mismo remedio no puede tener virtudes contrarias: ser a la vez estimulante y calmante, cálido y refrescante; no puede ser apto para todos los casos. Por eso no existe un remedio universal.

Lo mismo sucede con el fluido curativo, verdadero agente terapéutico, cuyas cualidades varían según el temperamento físico y moral de los individuos que lo transmiten. Hay fluidos que sobreexcitan, y otros que calman; fluidos fuertes, y otros suaves; y muchos otros matices. Según sus cualidades, un mismo fluido, al igual que un mismo remedio, podrá ser saludable en ciertos casos, e ineficaz y hasta perjudicial en

otros. De ahí se sigue que la curación depende, en principio, de que las cualidades del fluido sean apropiadas para la naturaleza y la causa del mal. Eso es lo que muchas personas no comprenden, y el motivo por el cual se sorprenden de que un sanador no cure todos los males. En cuanto a las circunstancias que influyen en las cualidades intrínsecas de los fluidos, ya han sido suficientemente desarrolladas en el capítulo XIV de *La génesis*, por lo que es innecesario recordarlas aquí.

A esa causa completamente física de la imposibilidad de curar, se le debe añadir una causa totalmente moral, que el espiritismo nos permite conocer. Sucede que la mayoría de las enfermedades, como todas las miserias humanas, son expiaciones del presente o del pasado, o pruebas para el porvenir; son deudas contraídas, cuyas consecuencias es preciso sufrir hasta que se las haya pagado. Por lo tanto, nadie puede ser curado si debe sufrir una prueba hasta el final. Ese principio es un motivo de resignación para el enfermo, pero no debe ser una excusa para el médico que encuentra, en el carácter necesario de la prueba, un medio cómodo para justificar su ignorancia.

Las enfermedades, consideradas únicamente desde el punto de vista fisiológico, tienen dos causas, que hasta hoy no han sido distinguidas, y que no era posible apreciar con anterioridad a los nuevos conocimientos aportados por el espiritismo. De la diferencia de esas dos causas resulta la posibilidad de las curaciones instantáneas en casos específicos, y no en todos.

La causa original de ciertas enfermedades se halla en la propia alteración de los tejidos orgánicos; es la única causa que la ciencia admite hasta hoy; y como para remediarla sólo conoce las sustancias medicamentosas tangibles, no comprende la acción de un fluido impalpable cuyo propulsor es la vo-

luntad. Sin embargo, los sanadores magnéticos están ahí para probar que no se trata de una ilusión.

En la curación de las enfermedades de esa naturaleza mediante la influencia fluídica, se produce el reemplazo de las moléculas orgánicas mórbidas por moléculas sanas. Es la historia de una casa vieja en la que se reemplazan las piedras carcomidas por otras buenas. Sigue siendo la misma casa, pero restaurada y consolidada. La torre Saint-Jacques y Notre-Dame de París acaban de ser sometidas a un tratamiento de ese tipo.

La sustancia fluídica produce un efecto análogo al de la sustancia medicamentosa, con la diferencia de que su penetración, por ser más intensa debido a la sutileza de sus principios constitutivos, actúa más directamente sobre las moléculas primigenias del organismo, algo que no pueden hacer las moléculas más densas de las sustancias materiales. En segundo lugar, su eficacia es más general, sin que sea universal, porque sus cualidades son *modificables mediante el pensamiento*, mientras que las cualidades de la materia son fijas e invariables, y solamente pueden aplicarse a casos determinados.

Tal es, de manera general, el principio en que se basan los tratamientos magnéticos. Agreguemos, someramente y para dejar constancia, dado que aquí no podemos profundizar en el asunto, que la acción de los remedios homeopáticos en dosis infinitesimales se basa en el mismo principio; la sustancia medicamentosa, llevada al estado atómico mediante la división, adquiere hasta cierto punto las propiedades de los fluidos, aunque con excepción del principio anímico que existe en los fluidos animalizados y que les confiere cualidades específicas.

En resumen, se trata de reparar un desorden orgánico por medio de la introducción, en el organismo, de materiales sa-

nos que sustituyen materiales deteriorados. Esos materiales sanos pueden ser proporcionados por los medicamentos comunes en estado natural, por esos mismos medicamentos en estado de división homeopática y, finalmente, por el fluido magnético, que no es otra cosa sino la materia espiritualizada. Son tres modos de reparación, o mejor dicho, de introducción y de asimilación de los elementos reparadores; los tres también se hallan en la naturaleza y son útiles según los casos específicos, lo que explica el motivo por el cual uno de ellos tiene éxito donde otro fracasa, pues actuaríamos con parcialidad si negáramos los servicios prestados por la medicina común. Para nosotros, son tres ramas del arte de curar, destinadas a suplirse y complementarse según las circunstancias, pero ninguna dispone de fundamentos para considerarse la panacea universal del género humano.

Cada uno de esos medios podrá ser eficaz, por lo tanto, si se lo emplea de manera conveniente y es apropiado para la especificidad del mal; sin embargo, sea como fuere, se comprende que la sustitución molecular necesaria para el restablecimiento del equilibrio sólo puede efectuarse gradualmente, y no como por encanto y arte de magia. La curación, si es posible, sólo puede ser el resultado de una acción constante y perseverante, prolongada en mayor o menor medida, según la gravedad de los casos.

No obstante, las curaciones instantáneas son un hecho y, como no pueden ser más milagrosas que las demás, es necesario que se realicen en circunstancias especiales; y la prueba de eso radica en que no ocurren indistintamente respecto de todas las enfermedades, ni en todos los individuos. Por lo tanto, se trata de un fenómeno natural, cuya ley es preciso buscar. Ahora bien, esta es la explicación que se ha dado, y para com-

prenderla era necesario contar con el punto de comparación que acabamos de establecer.

Ciertas afecciones, incluso muy graves y crónicas, no tienen como causa primigenia la alteración de las moléculas orgánicas, sino la presencia de un fluido perjudicial que las disgrega, por así decirlo, y perturba el organismo.

Sucede aquí lo mismo que en un reloj cuyas piezas se encuentran en buen estado, pero cuyo movimiento es detenido o desajustado por el polvo; ninguna pieza necesita ser reemplazada, pero el reloj no funciona. Para restablecer la regularidad del movimiento basta con liberar al reloj del obstáculo que impide su funcionamiento.

Tal es el caso de un gran número de enfermedades cuyo origen se debe a los fluidos perniciosos que penetran en el organismo. Para obtener la curación, no es necesario reemplazar las moléculas deterioradas, sino expulsar un cuerpo extraño. Desaparecida la causa del mal, el equilibrio se restablece y las funciones retoman su curso.

Se comprende que, en un caso semejante, los medicamentos terapéuticos, destinados por su naturaleza a actuar sobre la materia, no tendrán eficacia sobre un agente fluídico; por eso la medicina común es impotente respecto de las enfermedades causadas por fluidos viciados, y esas enfermedades son numerosas. A la materia se le puede oponer materia, pero a un fluido perjudicial hay que oponerle un fluido mejor y más potente. La *medicina terapéutica* fracasa naturalmente contra los agentes fluídicos; por la misma razón, la *medicina fluídica* fracasa allí donde a la materia se le debería oponer materia; la *medicina homeopática* parece ser la intermediaria, el elemento de unión entre esos dos extremos, y debe tener éxito particularmente en las afecciones que podríamos denominar mixtas.

Sea cual fuere la pretensión de supremacía de cada uno de esos sistemas, lo positivo es que cada uno, por su parte, obtiene indudables éxitos, aunque hasta el presente ninguno haya justificado la pretensión de hallarse en posesión exclusiva de la verdad. De ahí debemos concluir que todos son útiles, y que lo esencial es aplicar esos sistemas cuando sean convenientes.

No tenemos que ocuparnos, aquí, de los casos en los que el tratamiento fluídico es aplicable, sino de la causa por la cual ese tratamiento, a veces, puede ser instantáneo, mientras que en otros casos exige una acción constante.

Esa diferencia radica en la propia naturaleza y en la causa primigenia del mal. Dos afecciones que en apariencia presentan síntomas idénticos pueden tener causas diferentes. Una puede hallarse determinada por la alteración de las moléculas orgánicas y, en ese caso, como se ha dicho, es preciso reparar, reemplazar las moléculas deterioradas por moléculas sanas, operación que sólo puede hacerse gradualmente. La otra puede hallarse determinada por la infiltración, en los órganos sanos, de un fluido perjudicial que perturba sus funciones. En ese caso, no se trata de reparar, sino de expulsar. Esos dos casos requieren que el fluido sanador tenga cualidades diferentes. En el primero, hace falta un fluido más suave que violento, especialmente rico en principios reparadores; en el segundo, un fluido enérgico, más adecuado para la expulsión que para la reparación; según la cualidad de ese fluido, la expulsión puede ser rápida y ocurrir como por efecto de una descarga eléctrica. El enfermo, súbitamente liberado de la causa extraña que lo hacía sufrir, se siente aliviado de inmediato, como sucede en la extirpación de un diente podrido. El órgano, dado que ya no es obstruido, vuelve a su estado normal y retoma sus funciones.

Así pueden explicarse las curaciones instantáneas, que solamente son, en realidad, una variedad de la acción magnética. Se basan, como puede verse, en un principio esencialmente fisiológico, y no son más milagrosas que el resto de los fenómenos espíritas. Se comprende, por lo tanto, el motivo por el cual esos tipos de curación no son aplicables a todas las enfermedades. Su obtención se debe al mismo tiempo a la causa primigenia del mal, que no es la misma en todos los individuos, y a las cualidades especiales del fluido que se le aplica a ese mal. Resulta de ahí que una persona que produce efectos rápidos no siempre es adecuada para aplicar un tratamiento magnético regular, y que excelentes magnetizadores son inadecuados para las curaciones instantáneas.

Esta teoría puede resumirse así: “Cuando el mal exige la reparación de órganos alterados, la curación es necesariamente lenta, y requiere una acción constante y un fluido de una cualidad especial; cuando se trata de la expulsión de un fluido perjudicial, puede ser rápida e incluso instantánea”.

Para simplificar la cuestión, solamente hemos considerado los dos puntos extremos, pero entre ellos hay matices infinitos; es decir, una infinidad de casos en los cuales las dos causas existen simultáneamente, en diferentes grados y con mayor o menor preponderancia de cada una; en tales casos, por consiguiente, es necesario expulsar y reparar a la vez. Según la causa que predomine, la curación es más o menos lenta. Si la causa es el fluido perjudicial, después de la expulsión hará falta la reparación; si es el desorden orgánico, después de la reparación hará falta la expulsión. La curación sólo se completará después de la destrucción de las dos causas. Ese es el caso más común, y por ese motivo los tratamientos terapéuticos frecuentemente requieren ser completados con un tratamiento

fluídico, y viceversa. También por ese motivo las curaciones instantáneas, que ocurren en los casos en que el predominio fluídico es, por así decirlo, exclusivo, nunca podrán transformarse en un medio curativo universal. No están destinadas, por consiguiente, a suplantarse a la medicina, ni a la homeopatía, ni al magnetismo común.

La curación instantánea radical y definitiva puede considerarse un caso excepcional, puesto que es poco común: 1.º que la expulsión del fluido perjudicial sea completa de una sola vez; 2.º que la causa fluídica no esté acompañada de alguna alteración orgánica, lo que obliga, en uno y otro caso, a tratarse varias veces.

Por último, dado que los fluidos perjudiciales sólo pueden proceder de los Espíritus malos, la introducción de esos fluidos en el organismo está relacionada frecuentemente con la obsesión. De ahí resulta que, para obtener la curación, hay que tratar a la vez al enfermo y al Espíritu obsesor.

Estas consideraciones muestran cuántas cosas es preciso considerar en el tratamiento de las enfermedades, y cuánto queda todavía para aprender al respecto. Además, vienen a confirmar un hecho capital que se destaca en la obra sobre la *Génesis*, el cual consiste en la alianza del espiritismo y la ciencia. El espiritismo avanza en el mismo terreno que la ciencia hasta los límites de la materia tangible; no obstante, mientras la ciencia se detiene en ese punto, el espiritismo sigue su camino y sus investigaciones en los fenómenos de la naturaleza con la ayuda de elementos que extrae del mundo extramaterial; sólo ahí radica la solución de las dificultades con las que se enfrenta la ciencia.

Nota. La persona cuya consulta ha motivado esta explicación padece una enfermedad de causa compleja. Su organis-

mo se encuentra profundamente alterado, al mismo tiempo que saturado de fluidos muy perniciosos, que no le permitirán curarse si sólo se aplica la terapéutica común. Una magnetización violenta y demasiado enérgica sólo produciría una sobreexcitación momentánea, seguida de una postración mayor, con lo cual se activaría el trabajo de la descomposición. Requeriría una magnetización suave, constante y prolongada, un fluido reparador penetrante, y no uno que agite pero que no repare nada. Por consiguiente, esta persona no es accesible a la curación instantánea.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Los pensamientos del zuavo Jacob

Precedidos de su plegaria y de la manera
de curar a los que sufren¹¹

Las citas son la mejor manera de dar a conocer el espíritu de un libro. Para comenzar, transcribimos del anuncio y del prefacio del editor los siguientes pasajes de la obra que acaba de publicar el señor Jacob. Los hechos a los cuales este debe su notoriedad son muy conocidos para que haga falta recordarlos. Por otra parte, nosotros los expusimos debidamente en la *Revista* de octubre y noviembre de 1866, después de lo

11. Un volumen in-12, de 220 páginas. Precio: 2 francos, 50 centavos. Editor: calle Bonaparte, 70.

ocurrido en el campo militar de Châlons, y en los números de octubre y noviembre de 1867.

“Henri Jacob, actualmente músico en el regimiento de los zuavos de la Guardia Imperial, nació el 6 de marzo de 1828, en Saint-Martin-des-Champs (Saône-et-Loire). La totalidad de sus estudios consiste en un año de clases en la escuela comunal, de modo que la única educación que ha recibido es la que su padre pudo darle; no va más allá de la simple lectura y escritura; no obstante, fue él quien, sin ayuda de nadie, redactó este escrito, que hacemos público.

”Jacob no es un escritor profesional; se trata de un hombre con aspiraciones religiosas, y solamente tomó la decisión de publicar este volumen a causa de solicitudes muy apremiantes. Para él, esta obra es su profesión de fe en el Dios creador; una plegaria, un himno, por decirlo así, que dirige al Todopoderoso. Ha sido escrita con una buena intención, sin pasión, y en ella no se hace alusión a ningún culto ni a ningún partido político.

”Jacob es un ser dotado de alguna imaginación, nada más. El lector se equivocaría mucho si viera en sus sentimientos otra cosa más que a Dios y la humanidad. Toda su ambición consiste en brindar algún alivio a esta última.

”En estas páginas vemos una especie de heroísmo y de grandeza que se reflejan en los actos de filantropía tan maravillosamente realizados por Jacob, firme creyente, que sabe que puede mucho porque Dios lo ayuda en sus trabajos tan difíciles, y que solo Dios conduce a buen término.

”Para comenzar, el señor Jacob da cuenta, en términos simples y sin exageración, de un sueño o una visión que con-

tribuyó a la elevación de sus pensamientos hacia Dios, y a fijar sus ideas acerca del porvenir.

”Le sigue una profesión de fe, en forma de carta, titulada: *A mis hermanos en el espiritismo*, y de la cual extraemos los siguientes pasajes:

” ‘Antes de mi iniciación en la ciencia espírita, yo vivía en las tinieblas; ¡mi corazón nunca había sentido las dulzuras de la paz! Mi alma nunca había conocido la alegría. Vivía apegado a la Tierra, con los tormentos que ella genera en los hombres materialistas, sin pensar que hay mundos mejores, mundos que Dios, el Padre de todos nosotros, ha creado para permitir que gocen de una felicidad inefable aquellos que practican el bien en este mundo.

” ‘A través de mi iniciación en la doctrina espírita he adquirido la convicción de que Dios, en su misericordia, nos envía Espíritus buenos para aconsejarnos e infundirnos valor en la práctica del bien, y que nos ha dado el poder de comunicarnos con ellos y con los que han dejado esta Tierra y que tanto amamos. ¡Esta convicción iluminó mi alma! He visto la luz. Poco a poco me fortalecí en mi convicción y, por ese medio, obtuve la facultad de *médium escribiente*.

” ‘Mis conversaciones con los Espíritus, así como sus buenos consejos, me han llenado de una fe viva, y me confirmaron las verdades de la ciencia espírita, que fortalecieron mi fe, y por medio de la fe se me ha concedido la facultad de curar.

” ‘Así pues, mis queridos amigos, deseo que siempre tengáis una fe viva, mediante la práctica de las máximas espíritas, que son: el amor de Dios, la fraternidad y la caridad. Amémonos unos a otros, y todos poseeremos la facultad de

aliviarnos mutuamente, y muchos podrán llegar a curar; estoy convencido de eso.

”Seamos, pues, siempre caritativos y generosos, y seremos siempre asistidos por los Espíritus buenos. Todos vosotros, que sois iniciados en la doctrina espírita, enseñadla a los que aún se encuentran en las tinieblas de la materia; abrid sus almas a la luz, y ellos gozarán por anticipado de la felicidad que en los mundos superiores aguarda a los que practican el bien entre nosotros.

”Sed firmes en vuestras buenas resoluciones; vivid siempre en una gran pureza de alma, y Dios os concederá el poder de curar a vuestros semejantes. Esta es mi plegaria:

”Dios mío, concededme la gracia de permitir que los Espíritus buenos y benevolentes acudan a asistirme, de intención y de hecho, en la obra de caridad que deseo realizar, aliviando a los desdichados que sufren. En vuestro nombre y en loor a vos, Dios mío, que esos beneficios se esparzan sobre nosotros.

”¿Creed, tened fe! Y cuando queráis aliviar a un enfermo, después de vuestra plegaria, poned vuestra mano sobre su corazón, y rogad fervientemente a Dios el auxilio que necesitáis, y estoy convencido de que el efluvio divino penetrará en vosotros para aliviar o curar a vuestro hermano que sufre. Mi primera curación consciente tuvo lugar cuando hice salir de su lecho de dolor a un colérico, operando sobre él de esa manera. ¿Por qué supondrías que yo soy más privilegiado que vosotros ante Dios, que es sabiduría y justicia?

”En vuestras cartas me pedís que mantenga correspondencia con vosotros y os ayude con mis consejos. Voy a compartir lo que los Espíritus me han inspirado, y a responder vuestra solicitud, con la mejor buena voluntad de ser útil a

vuestra dicha. La mía sería inmensa si yo pudiera cooperar para el éxito del grado de perfección al que deseo veros llegar'.”

Sigue a esto una serie de 217 cartas que constituyen, en sentido estricto, el cuerpo del volumen. Se trata de comunicaciones obtenidas por el señor Jacob, como médium escribiendo, en diferentes grupos o reuniones espíritas. Son excelentes consejos de moral, en un estilo más o menos correcto; estímulos a la práctica de la caridad, la fraternidad, la humildad, la dulzura, la benevolencia, la devoción por la doctrina espírita, el desinterés moral y material; exhortaciones a la reforma de sí mismo. El más severo moralista no encontrará en ellas nada que objetar, y sería deseable que todos los médiums, curadores u otros, y los espíritas en general, pusieran en práctica esos sabios consejos. No podemos más que felicitar al señor Jacob por los sentimientos que expresa; y al leer ese libro, a nadie se le ocurrirá que es la obra de un charlatán. Se trata, pues, de una refutación de las acusaciones que la malevolencia interesada se ha complacido en arrojar contra él, así como de los que, para mofarse, lo han presentado como un taumaturgo o hacedor de milagros.

Si bien esas numerosas comunicaciones han sido concebidas con una excelente intención, es lamentable que la uniformidad de los temas que abordan haga que la lectura resulte un tanto monótona. No contienen explicaciones, ni instrucciones especiales acerca de la mediumnidad curadora, que apenas es la parte accesoria del libro. El relato de algunos hechos auténticos de curaciones, así como de las circunstancias en que se produjeron, habría aumentado el interés y la utilidad práctica de esta obra.

Por otra parte, así es como el señor Jacob describe lo que sucede en las sesiones en las que se reúnen los enfermos:

“En el momento de la sesión, después de haber dirigido a Dios mi breve pero fervorosa plegaria, siento que mis dedos se contraen y, al tocar al enfermo, entonces reconozco la fuerza del fluido por la humedad de sus manos, que a veces están inundadas de transpiración; y el calor que generan las partes inferiores también es un indicio complementario del alivio casi instantáneo que el enfermo experimenta.

”Sin embargo, no es a causa de mi propia inspiración que los enfermos deben considerar la cura de los males que los aquejan, sino de la voluntad de Dios. También puedo ver que alrededor mío deambula, en medio de una luz resplandeciente, un gran número de Espíritus bondadosos, que parecen asociarse a mi penosa misión. Sobre todo, hay uno que me deja percibir con total claridad el halo que rodea su venerable cabeza. A su lado se encuentran dos personas resplandecientes, rodeadas de numerosos Espíritus. La primera parece guiarme e inspirarme en mis operaciones, si así puedo expresarlo. Por último, veo que la sala donde atiende las consultas siempre está llena de una intensa luz, que continuamente se refleja en los enfermos.

”Después de la sesión, no me queda el menor recuerdo de lo que sucedió; por eso recomiendo muy fervientemente a las personas que se encuentran en el lugar, que tengan a bien prestar mucha atención a las palabras que dirijo a los enfermos que me consultan para ser examinados y curados, en caso de que eso sea posible”.

La obra finaliza con algunos consejos sobre el régimen higiénico que deben seguir los enfermos que él atiende.

El espiritismo ante la razón, por Valentin Tournier, ex periodista. - Folleto, in-18, de 72 páginas. Precio: 1 franco. - *Carcassonne*, en las librerías de Lajoux y Maillac.

El autor de este opúsculo se proponía dictar dos conferencias públicas sobre espiritismo. Dado que no pudo hacerlo por circunstancias ajenas a su voluntad, ahora publica estas dos conferencias. Se dirige al público que no está convencido, de modo que analiza sucesivamente las siguientes cuestiones: El espiritismo, ¿es algo serio? - Los estudios espíritas, ¿son peligrosos? - Esos estudios, ¿son útiles? - Los fenómenos, ¿son posibles? - ¿Son reales? - ¿Cuál es la autoridad competente para conocer esos hechos?

Retomaremos esta interesante publicación, que hoy nos limitamos a mencionar.

La segunda edición de *La génesis* se encuentra casi agotada. En este momento se imprime la tercera, de modo que no haya interrupción.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La regeneración

(Lyon, 11 de marzo de 1867 - Médium: Sra. B...)

“En ese tiempo ya no habrá llanto, ni duelo, ni trabajo penoso, porque lo que era antes habrá pasado.”

Esta predicción del Apocalipsis fue dictada hace dieciocho siglos, y aún aguardamos que tales palabras se realicen, porque siempre reparamos en los acontecimientos cuando han pasado, y no cuando se despliegan ante nuestros ojos.

No obstante, esa época predicha ha llegado. Ya no hay dolor para aquel que ha sabido colocarse a un lado del camino para dejar que pasen las mezquindades de la vida, sin detenerlas para hacer de ellas un arma ofensiva contra la sociedad.

Os halláis en medio de esos tiempos como la espiga dorada en la cosecha; vivís bajo la mirada de Dios, ¡y su resplandor os ilumina! ¿A qué se debe que os inquietéis ante la marcha de los acontecimientos que han sido previstos por Dios cuando apenas erais los niños de la generación de la que hablaba Jesús, cuando decía: “Antes de que pase esta generación, sucederán grandes cosas”?

Lo que sois, Dios lo sabía; lo que seréis, ¡Dios lo ve! Debéis compenetraros del camino que se os ha trazado, porque vuestra tarea consiste en someteros a todo lo que Dios ha decidido. Vuestra resignación y, sobre todo, vuestra amenidad, no son más que el testimonio de vuestra inteligencia y de vuestra fe en la eternidad.

Por encima de vosotros, en este universo donde se mueve vuestro mundo, se ciernen los Espíritus mensajeros que han recibido la misión de guiaros. Ellos saben cuándo habrán de cumplirse los acontecimientos predichos. Por eso os dicen: “Entonces ya no habrá llanto, ni duelo, ni trabajo penoso”.

No cabe duda de que ya no puede haber llanto para quien se somete a la voluntad de Dios y acepta sus pruebas. Ya no hay duelo, porque sabéis que no habéis perdido a los Espíritus

que os han precedido, sino que están de viaje. Ahora bien, no se viste luto por un amigo ausente.

Hasta el trabajo penoso se convierte en un favor, porque sabemos que se trata de una contribución a la obra armoniosa que Dios dirige; entonces cada uno ejecuta su parte del trabajo con la solicitud con que el escultor se aboca a pulir su estatua. Se trata de una recompensa infinita que Dios os concede.

Con todo, todavía encontraréis obstáculos en vuestro intento de llegar al mejoramiento social. Porque nunca se llega al resultado sin que la lucha se presente para reafirmar sus esfuerzos. El artista está obligado a vencer los obstáculos que se oponen a la irradiación de su pensamiento. Solamente alcanza la victoria cuando ha sabido elevarse más allá de las privaciones y de los vapores brumosos que envuelven su genio al nacer.

La idea que surge ha sido sembrada por los Espíritus, cuando Dios les dijo: “Id e instruid a las naciones; id y esparcid la luz”. Esa idea, que creció con la rapidez de una inundación, naturalmente ha tenido que enfrentar contradictores, oponentes e incrédulos. *No sería la fuente de la vida si hubiera tenido que sucumbir ante las burlas que la recibieron en sus comienzos.* Pero el propio Dios guiaba ese pensamiento a través de la inmensidad; Él la fecundaba en la Tierra, ¡y nadie la destruirá! Sería inútil que intentaran extirparla desde la raíz; trabajarían en vano para aniquilarla en los corazones; los niños la llevan consigo al nacer, y se diría que un soplo de Dios la coloca en sus cunas, como otrora la Estrella de Oriente iluminaba a los que iban al encuentro de Jesús, el portador de la idea regeneradora del cristianismo.

Podéis ver, pues, que esta generación no pasará sin que sucedan grandes cosas, puesto que, junto con la idea, la fe se

eleva y la esperanza irradia... ¡Valor! Lo que ha sido predicho por el Cristo debe realizarse. En estos tiempos de aspiración a la verdad, la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo brilla de nuevo sobre vosotros. Perseverad en la lucha; manteneos firmes y desconfiad de las trampas que se os tienden. Permaneced fieles a esa bandera en la que habéis escrito: *Fuera de la caridad no hay salvación*, y esperad, porque aquel que ha recibido la misión de regeneraros vuelve, y ha dicho: “¡Bienaventurados los que conocerán mi nuevo nombre!”.

UN ESPÍRITU

Errata

En el número de abril de 1867, página 103, línea 3: Salmo XXV:17, léase: Salmo XXI:18 y 19.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 4

Abril de 1868

Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia

(*Continuación* - Véase el número de marzo de 1868.)

Tercera carta

Muy venerada Emperatriz:

La suerte exterior de cada alma despojada de su cuerpo se corresponderá con su estado interior, es decir que todo se le aparecerá tal cual es ella misma. Al alma buena, todo le resultará bueno; el mal sólo se presentará ante las almas de los malos. Naturalezas amorosas rodearán al alma amorosa; el alma que odia atraerá hacia sí naturalezas que odian. Cada alma se verá reflejada a sí misma en los Espíritus que se parecen a ella. El bueno se volverá mejor y será admitido en los

círculos compuestos por seres superiores a él, el santo se volverá más santo por la simple contemplación de los Espíritus más puros y más santos que él. El Espíritu amoroso se volverá aún más amoroso; pero también, cada ser malvado se volverá peor ante el solo contacto con otros seres malvados. Si ya en la Tierra nada es más contagioso y atractivo que la virtud y el vicio, el amor y el odio, de igual modo más allá de la tumba toda perfección moral y religiosa, así como todo sentimiento inmoral e irreligioso, deben necesariamente volverse aún más atractivos y contagiosos.

Vos, dignísima Emperatriz, os volveréis todo amor en los círculos de almas benevolentes.

Lo que aún quede en mí de egoísmo, de amor propio, de tibieza para con el reino y los designios de Dios, será completamente devorado por el sentimiento de amor, en caso de que este haya sido predominante en mí, y se purificará aún más sin cesar, por la presencia y el contacto con los Espíritus puros y amantes.

Depurados por la potencia de nuestra aptitud para amar, ampliamente ejercitada en la Tierra; purificados aún más por el contacto y la irradiación sobre nosotros del amor de los Espíritus puros y elevados, estaremos gradualmente preparados para la visión directa del amor más perfecto, a fin de que este no nos pueda deslumbrar, atemorizar ni impedir que lo disfrutemos plenamente.

No obstante, muy venerada Emperatriz, ¿de qué modo un débil mortal podría, cómo osaría, hacerse una idea de la contemplación de ese amor personificado? Y tú, ¡caridad inagotable! ¿Cómo podrías aproximarte a aquel que extrae de ti solamente el amor, sin que se asuste ni se deslumbre?

Creo que al principio él se aparecerá de manera invisible o con una forma irreconocible.

¿Acaso él no ha obrado siempre de esa manera? ¿Quién amó de modo más invisible que Jesús? ¿Quién mejor que él sabía representar la individualidad incomprensible de lo desconocido? ¿Quién mejor que él supo volverse irreconocible, él, que podía darse a conocer mejor que cualquier mortal o que cualquier Espíritu inmortal? Él, a quien todos los Cielos adoran, vino con la forma de un modesto trabajador, y conservó hasta la muerte la individualidad de un nazareno. Incluso después de su resurrección, primero se apareció con una forma irreconocible, y sólo después se dio a conocer. Creo que siempre conservará ese modo de acción, tan análogo a su naturaleza, a su sabiduría y a su amor. Con la forma de un jardinero se apareció a María en el jardín donde ella lo buscaba, cuando ya había perdido la esperanza de encontrarlo. Al principio irreconocible, sólo fue reconocido unos instantes después.

También con una forma irreconocible se aproximó a dos de sus discípulos, que caminaban llenos de él y lo extrañaban. Caminó mucho tiempo junto a ellos; sus corazones se quemaban en una llama santa; sentían la presencia de un ser puro y elevado, pero que no era él, sino otro; y no lo reconocieron hasta el momento de compartir el pan, en el instante de su desaparición y cuando, esa misma noche, lo vieron en Jerusalén. Lo mismo ocurrió en las márgenes del lago de Tiberíades, y cuando se apareció a Saulo, radiante en su gloria esplendorosa.

¡Cuán sublimes y dramáticas son las acciones de nuestro Señor, sus palabras y sus revelaciones!

Todo sigue una marcha continua que, empujando siempre hacia adelante, se aproxima cada vez más hacia un objetivo que, sin embargo, no es el objetivo final. El Cristo es el

héroe, el centro, el personaje principal, ora visible, ora invisible, en este gran drama de Dios, tan admirablemente simple y al mismo tiempo complejo, que nunca tendrá fin, aunque parezca mil veces acabado.

Cristo se aparece siempre, al principio irreconocible, en la existencia de cada uno de quienes lo adoran. ¿Cómo podría el amor negarse a aparecer ante el ser que lo ama, en el momento exacto en que este más lo necesita?

Así es, tú, el más humano de los hombres, ¡te aparecerás a los hombres de la manera más humana! ¡Te aparecerás al alma amorosa a quien le escribo! También aparecerás ante mí, al principio irreconocible, y después te dejarás reconocer por nosotros. Te veremos un sinnúmero de veces, siempre otro y siempre el mismo, siempre más hermoso a medida que nuestra alma se mejore, y nunca por última vez.

Elevémonos más a menudo hacia esa idea embriagadora que, con el permiso de Dios, intentaré aclarar más ampliamente en mi próxima carta, haciendo que os resulte aún más atractiva mediante una comunicación impartida por un difunto.

1 - IX -1798.

LAVATER

Cuarta carta

En mi carta anterior, muy venerada Emperatriz, os prometí enviaros la carta de un difunto a su amigo en la Tierra. Él podría haceros comprender y aprovechar mejor mis ideas

acerca del estado en que se halla un cristiano después de la muerte de su cuerpo. Me tomo la libertad de adjuntar, a esta, dicha carta. Juzgadla desde el punto de vista que os he indicado, y tened la amabilidad de prestar atención al tema principal antes que a ciertos detalles particulares que lo acompañan, aunque *tengo razones* para suponer que estos últimos también contienen *algo de verdad*.

Para que se comprendan las materias que os expondré a continuación con esta forma, creo necesario haceros notar que casi tengo la certeza de que, a pesar de la existencia de una ley general, idéntica e inmutable, de castigo y de felicidad suprema, cada Espíritu, según su carácter individual, no solamente moral y religioso, sino también personal y oficial, tendrá que soportar padecimientos después de su muerte terrestre, así como gozará de dichas que tan solo serán adecuadas para él. La ley general se individualizará para cada individuo en particular, es decir, producirá en cada cual un efecto diferente y personal, así como el mismo rayo de luz, que atraviesa un cristal coloreado, convexo o cóncavo, extrae de él, en parte, su color y su dirección. Yo quisiera, pues, que se aceptara positivamente el hecho de que, *si bien todos los Espíritus, tanto los bienaventurados como los menos felices o los sufridores, se hallan sometidos a la misma ley, muy simple, de semejanza o desemejanza con el más perfecto amor, debemos suponer que el carácter sustancial, personal, individual de cada Espíritu, constituye para él un estado de sufrimiento o de felicidad esencialmente diferente del estado de sufrimiento o de felicidad de otro Espíritu. Cada uno sufre de una manera que difiere del sufrimiento de otro, y siente placeres que otro no sería capaz de sentir. En cada uno de los mundos materiales e inmateriales, Dios y el Cristo se presentan con una forma particular, con la cual no se aparecen a nadie*

más que a él. Cada uno tiene su punto de vista, que no pertenece más que a sí mismo. A cada Espíritu, Dios le habla una lengua que sólo él comprende. Con cada uno se comunica en particular y le concede placeres que sólo él se halla en condiciones de experimentar y contener.

Esta idea, que considero verdadera, sirve de base para todas las comunicaciones siguientes, que los Espíritus desencarnados imparten a sus amigos en la Tierra.

Me sentiría feliz al saber que vos habéis comprendido de qué modo cada hombre, mediante la formación de su carácter individual y el perfeccionamiento de su individualidad, puede preparar para sí mismo placeres particulares y una felicidad adecuada solamente para él.

Como nada se olvida tan deprisa, y nada es tan buscado por los hombres como esa felicidad adecuada a cada individuo, aun cuando cada uno posee todas las posibilidades de obtenerla y disfrutarla, me tomo la libertad, sabia y venerada Emperatriz, de exhortaros a que os dignéis analizar con atención esta idea que, por cierto, no podéis considerar inútil para vuestra propia edificación y vuestra elevación hacia Dios: *el propio Dios se ha colocado a sí mismo, y colocó el universo, en el corazón de cada hombre.*

Todo hombre es un espejo particular del universo y de su Creador. Hagamos, pues, todos nuestros esfuerzos, muy venerada Emperatriz, para mantener ese espejo tan puro como sea posible, para que Dios pueda verse *a sí mismo*, así como a su mil veces hermosa creación, reflejados en él para su entera satisfacción.

JEAN-GASPAR LAVATER

Zúrich, 14 - IX - 1798.

Carta de un difunto a su amigo en la Tierra sobre el estado en que se encuentran los Espíritus desencarnados.

Por último, mi bienamado, me resulta posible satisfacer –si bien apenas en parte– mi deseo y el tuyo, y comunicarte algo acerca de mi estado actual. Esta vez solo puedo darte poquísimos detalles. En el futuro, todo dependerá *del uso que hagas de mis comunicaciones*.

Sé que el deseo que experimentas de obtener nociones sobre mí, como en general sobre el estado en que se encuentran todos los Espíritus desencarnados, es muy grande, pero no supera mi propio deseo de enseñarte lo que es posible revelar. El poder de amar, de aquel que amó en el mundo material, aumenta indescriptiblemente cuando se convierte en ciudadano del mundo inmaterial. Con el amor también aumenta el deseo de comunicar, a aquellos a los que se ha conocido, aquello que *puede*, aquello que se le *permite* transmitir.

Debo comenzar por explicarte, mi bienamado, a ti, a quien amo cada día más, de qué manera me resulta posible escribirte, sin que pueda, al mismo tiempo, tocar el papel y dirigir la pluma, y cómo puedo hablarte en una lengua completamente terrestre y humana que, en mi estado habitual, no comprendo.

Esta indicación debe servirte de rayo de luz para que comprendas de qué modo debes considerar nuestro estado presente.

Imagina mi estado actual, diferente del anterior, más o menos como el estado de la mariposa que revolotea en el aire, y que difiere de su estado de crisálida. Yo soy justamente esa crisálida transfigurada y emancipada, que ha sufrido ya dos metamorfosis. Así como la mariposa revolotea alrededor de las flores, nosotros lo hacemos a menudo en torno a la cabeza de los buenos, pero no siempre. Una luz invisible para vosotros, los mortales –visible apenas para muy pocos de vosotros–, irradia o brilla suavemente alrededor de la cabeza de todo hombre bueno, amoroso y religioso. La idea de la aureola con que se rodea la cabeza de los santos es esencialmente verdadera y racional. Dado que esa luz simpatiza con la nuestra, todo ser bienaventurado no lo es sino por la luz que atrae hacia sí conforme al grado de su claridad, que se corresponde con la nuestra. Ningún Espíritu impuro se atreve a aproximarse a esa santa luz, ni puede hacerlo. Como nosotros nos detenemos en esa luz, sobre la cabeza del hombre bueno y piadoso, podemos leer incontinenti en su alma. Lo vemos tal cual es en realidad. Cada rayo que sale de él es para nosotros una palabra, a veces un discurso completo; y respondemos a sus pensamientos. Él ignora que somos nosotros los que respondemos. En él excitamos ideas que, sin nuestra acción, nunca habría estado en condiciones de concebir, si bien la disposición y la aptitud para recibirlas son innatas en su alma.

De ese modo, el hombre digno de recibir la luz se convierte en un órgano útil y muy provechoso para el Espíritu simpático que desea comunicarle sus luces.

Encontré un Espíritu o, mejor dicho, un hombre accesible a la luz, al cual pude aproximarme, y a través de su órgano te hablo. Sin su mediación, me habría resultado imposible vincularme contigo humanamente, de modo verbal, palpable; en una palabra, escribirte.

De esta manera, pues, recibes una carta anónima de parte de un hombre al que no conoces, pero que alimenta en sí una fuerte tendencia hacia las materias ocultas y espirituales. Yo planeo encima de él; me poso sobre él, más o menos como el más divino de todos los Espíritus se detuvo sobre el más divino de todos los hombres, después de su bautismo. Le suscito ideas; él las transcribe a partir de mi intuición, dirigido por mí, por efecto de mi irradiación. Con un leve toque, hago que vibren las cuerdas de su alma de modo acorde a su individualidad y a la mía. Él escribe lo que yo deseo que escriba; escribo por intermedio de él; mis ideas se convierten en las de él. Él se siente feliz escribiendo. Se torna más libre, más animado, más rico en ideas. Le parece que vive y planea en un elemento más alegre, más claro. Avanza lentamente, como quien es conducido por la mano de un amigo, y así es como tú recibes una carta de mi parte. El que escribe se considera libre, y lo es realmente. No sufre la menor violencia; es libre como lo son dos amigos que van tomados del brazo y se conducen recíprocamente.

Tú debes sentir que *mi* Espíritu se encuentra en relación directa con el tuyo; concibes lo que te digo; escuchas mis pensamientos más íntimos. Es suficiente por esta vez. El día que dicté esta carta se denomina entre vosotros 15 - IX - 1798.

Quinta carta

Muy venerada Emperatriz:

De nuevo os envió una pequeña carta llegada desde el mundo invisible.

En el futuro, si Dios lo permite, las comunicaciones se analizarán con más detenimiento.

Esa carta contiene una mínima parte de lo que se le puede decir a un mortal respecto de la aparición y la visión del Señor. Simultáneamente y con millones de formas diferentes, el Señor se aparece a miríadas de seres. Él así lo quiere, y se multiplica a sí mismo para sus innumerables criaturas, individualizándose al mismo tiempo para cada una de ellas en particular.

A vos, Emperatriz, a vuestro Espíritu de luz, Él se aparecerá un día, como se apareció a María Magdalena en el jardín del sepulcro. De su boca divina escucharéis un día, cuando sintáis la mayor necesidad y menos lo esperéis, que os llamará por vuestro nombre: María. *¡Rabbi!* Responderéis a su llamado, invadida por el mismo sentimiento de felicidad suprema que invadió a Magdalena; y llena de adoración, como el apóstol Tomás, diréis: *¡Mi Señor y mi Dios!*

Nos apresuramos a atravesar las noches de tinieblas para alcanzar la luz; cruzamos los desiertos para llegar a la tierra prometida; sufrimos los dolores del parto para renacer a la verdadera vida.

Que Dios y su Espíritu estén con vos y vuestro Espíritu.

Zúrich, 13 - XI - 1798.

JEAN-GASPAR LAVATER

Carta de un Espíritu bienaventurado a su amigo de la Tierra, sobre la primera visión del Señor.

Querido amigo:

De las mil cosas que hubiera querido contarte, esta vez solo mencionaré una que te interesará más que el resto. Obtuve la autorización para hacerlo. Los Espíritus no pueden hacer nada sin un permiso especial. Viven *sin su propia voluntad*, solo por la voluntad del Padre celestial, que transmite sus órdenes a millares de seres a la vez, como a uno solo, y responde inmediatamente, acerca de una infinidad de asuntos, a millares de sus criaturas, que a Él se dirigen.

¿Cómo podré hacer que comprendas de qué manera veo al Señor? ¡Oh! Lo hago de una manera muy diferente de aquella que vosotros, seres aún mortales, os podéis imaginar.

Después de muchas apariciones, instrucciones, explicaciones y placeres, que la gracia del Señor me concedió, cierta vez atravesé una región paradisíaca, con unos doce Espíritus más, que habían subido más o menos los mismos escalones de perfección que yo. Planeamos, volamos uno junto al otro, en una suave y agradable armonía, como si formáramos una nube ligera, y nos parecía experimentar la misma atracción, la misma propensión hacia un objetivo muy elevado. Nos manteníamos cada vez más cerca unos de otros. A medida que avanzábamos, nos tornábamos cada vez más íntimos, más libres, más alegres y más aptos para gozar, y decíamos: “¡Oh! ¿Cuán bueno y misericordioso es *Aquel* que nos ha creado! ¡*Aleluya al Creador!* ¡Es el amor que nos ha creado! ¡*Aleluya al*

Ser amoroso! Animados por tales sentimientos, proseguimos nuestro vuelo y nos detuvimos cerca de una fuente.

Entonces sentimos la caricia de una brisa leve. No llevaba consigo ni un hombre, ni un ángel, pero lo que avanzaba hacia nosotros tenía algo tan humano, que llamó por completo nuestra atención. Una luz esplendorosa, semejante de algún modo a la de los Espíritus bienaventurados, aunque sin superarla, nos inundó. “¡Aquel también es de los nuestros!” —pensamos simultáneamente y como por intuición—. La luz desapareció, y al principio nos pareció que nos hallábamos privados de algo. “¡Qué ser particular! —pensamos— ¡Qué marcha real, y al mismo tiempo cuánta gracia infantil! ¡Cuánta amenidad y cuánta majestad!”

Mientras eso decíamos, de pronto se nos apareció una forma agradable, que salía de un bosque encantador, y nos saludó amistosamente. El recién llegado no era semejante a la aparición anterior, pero también tenía algo extraordinariamente elevado e inexplicablemente simple a la vez. “¡Sed bienvenidos, hermanos y hermanas!” —nos dijo—. Le respondimos al unísono: “¡Sé tú bienvenido, bendito del Señor! ¡El Cielo se refleja en tu rostro y el amor de Dios brilla en tus ojos!”

—¿Quiénes sois vosotros? —nos preguntó el desconocido.

—Somos los felices adoradores del todopoderoso *Amor* —le respondimos.

—¿Quién es el todopoderoso *Amor*? —nos preguntó, con una gracia perfecta.

—¿No conoces al todopoderoso *Amor*? —le preguntamos, o más bien fui yo quien le hizo esa pregunta, en nombre de todos.

—Lo conozco —dijo el desconocido, con una voz aún más dulce.

—¡Ah! ¡Si pudiéramos ser dignos de verlo y de oír su voz! Pero no nos sentimos bastante purificados para que merezcamos contemplar directamente la más santa pureza.

En respuesta a estas palabras, resonó detrás de nosotros una voz que nos dijo: “¡Estáis lavados de toda mancha, estáis purificados! ¡Sois declarados justos por Jesucristo y por el Espíritu del Dios vivo!”

Una felicidad indescriptible nos invadió en el momento en que, tras volvernos hacia el lugar de donde partía la voz, caímos de rodillas para adorar al interlocutor invisible.

¿Qué sucedió? Cada uno de nosotros escuchó inmediatamente un *nombre*, que nunca habíamos oído antes, pero que cada uno comprendió y al mismo tiempo reconoció que era su propio nuevo nombre, enunciado por la voz del desconocido. Espontáneamente, con la rapidez del relámpago, nos orientamos como un solo ser hacia el adorable interlocutor, que nos dijo esto, con una gracia inefable: “Habéis encontrado lo que buscabais. Aquel que me ve, ve también al todopoderoso Amor. *Conozco a los míos y los míos me conocen. Doy a mis ovejas la vida eterna, y ellas no morirán en la eternidad; nadie podrá quitármelas de las manos, ni de las manos de mi Padre. ¡Mi Padre y Yo somos uno!*”.

Cómo podría yo expresar con palabras la dulce y suprema felicidad en que nos regocijamos cuando aquel que se tornaba cada vez más luminoso, más agradable, más sublime, nos tendió sus brazos y pronunció las siguientes palabras, que vibrarán eternamente en nosotros, y que ninguna potencia será capaz de hacer desaparecer de nuestros oídos y de nuestros

corazones: *Venid a mí, vosotros, los elegidos de mi Padre; heredad el reino que os ha sido preparado desde el origen del universo.* Después de eso, nos abrazó a todos simultáneamente, y desapareció. Guardamos silencio, y sintiéndonos estrechamente unidos para la eternidad, nos abrazamos sin movernos, unos con otros, tiernamente y llenos de una felicidad suprema. El Ser infinito se volvió uno con nosotros y, al mismo tiempo, nuestro todo, nuestro cielo, nuestra vida, en su sentido más auténtico. Mil vidas nuevas parecían penetrarnos. Nuestra existencia anterior desapareció para nosotros; volvimos a ser; volvimos a sentir la inmortalidad, es decir, una superabundancia de vida y de fuerzas, que llevaba el sello de lo indestructible.

Por último, recobramos la palabra. ¡Ah! ¡Si yo pudiera comunicarte al menos un solo sonido de nuestra alegre adoración!

”¡Él existe! ¡Nosotros somos! ¡Por Él, solo por Él! ¡Él es; su ser no es más que vida y amor! ¡Aquel que lo ve, vive y ama, está lleno de efluvios de la inmortalidad y del amor que procede de su rostro divino, de su mirada llena de suprema felicidad!

”¡Nosotros te hemos visto, amor todopoderoso! ¡Tú te mostraste ante nosotros con la forma humana! ¡Tú, Dios de dioses! Sin embargo, ¡Tú no fuiste ni hombre, ni Dios. ¡Tú, Hombre-Dios!

”¡Tú solo fuiste amor, todopoderoso apenas en amor! Tú nos sostuviste con tu omnipotencia, para impedir que la fuerza, incluso atenuada, de tu amor, no nos absorbiera en ella.

”¿Eres Tú, eres Tú? Tú, a quien todos los cielos glorifican. Tú, océano de beatitud. Tú, omnipotencia. Tú, que otrora

encarnado en huesos humanos, llevaste la carga de la Tierra y, manando sangre, suspendido en la cruz, te convertiste en cadáver.

”Sí, eres Tú. ¡Tú, gloria de todos los seres! ¡Ser ante el cual se inclinan todas las naturalezas, que desaparecen ante Ti, para ser llamadas a vivir en Ti!

”¡En uno de tus rayos se encuentra la vida de todos los mundos, y de tu hálito no brota otra cosa más que amor!”

Esto, querido amigo, es apenas una ínfima migaja, que ha caído de la mesa llena de una felicidad inefable, con la que me nutria. Aprovéchala, y pronto se te dará mucho más. Ama, y serás amado. Solo el amor puede aspirar a la felicidad suprema. Solo el amor puede brindar la felicidad, pero únicamente a los que aman.

¡Oh! Mi querido, porque amas puedo aproximarme a ti, comunicarme contigo y conducirte más deprisa hacia la fuente de la vida.

¡El amor! ¡Dios y el cielo viven en ti, así como viven en el rostro y en el corazón de Jesucristo!

He escrito esto, según vuestra cronología terrestre, el 13 - XI - 1798.

MAKARIOSENAGAPE

(Concluirá en el próximo número.)

El fin del mundo en 1911

El fin del mundo en 1911, tal es el título de un pequeño opúsculo in-18, de 58 páginas, distribuido profusamente en Lyon, y que en esa ciudad se consigue en la librería Josserand, plaza Bellecour, n.º 3. A las consideraciones extraídas de la concordancia del estado actual de los acontecimientos con las señales precursoras anunciadas en el Evangelio, el autor agrega, según otra profecía, un cálculo cabalístico que determina el fin del mundo en el año 1911, ni más ni menos, es decir, dentro de cuarenta y tres años. De tal modo, entre los que hoy están vivos, más de uno será testigo de esa gran catástrofe. Ahora bien, aquí no se alude a una figura, sino que es realmente el fin, el aniquilamiento de la Tierra, la dispersión de sus elementos y la destrucción completa de todos sus habitantes. Es lamentable que no se indique de qué manera se producirá tal acontecimiento, aunque también es necesario dejar algo librado a lo imprevisto.

El fin del mundo será precedido por el reino del Anticristo. Según esos mismos cálculos –que no fueron elaborados por Arago–, ese personaje nació en 1855, y vivirá cincuenta y cinco años y medio; y como su muerte habrá de señalar el fin de los tiempos, eso nos lleva justo a 1911, a menos que se haya producido algún error de cálculo, como ocurrió en 1840.

En efecto, se recordará que el fin del mundo también había sido predicho para el año 1840; se creía en eso con tanta certeza, que lo habían predicado en las iglesias, y se lo anunciaba en algunos catecismos de París a los niños de la primera comunión, lo que no dejó de impresionar desagradablemente a algunos cerebros jóvenes. Como la mejor manera de salvar

el alma siempre ha sido dar dinero y despojarse de los bienes de este mundo, que son una causa de perdición, se organizaron colectas y se pidieron donaciones con ese objetivo. Pero el Espíritu del mal se inmiscuye en todas partes en este siglo de razonadores, y estimula los peores pensamientos. Por nuestra parte, personalmente, hemos escuchado alumnos del catecismo que hacían la siguiente reflexión: “Si –decían ellos– el fin del mundo llega el próximo año, como nos lo aseguran, será tanto para los sacerdotes como para los demás. Entonces, ¿de qué les servirá el dinero que piden?” En verdad, ya no hay más infancia, sino niños terribles.

¿En verdad sucederá esto en 1911? El opúsculo en cuestión nos ofrece un medio seguro de comprobarlo: el retrato del Anticristo, con el cual será fácil reconocer el original. Es un retrato bastante característico, para que no haya confusiones. Ha sido dibujado por un célebre profeta alemán: Holzauser, nacido en 1613, que escribió un comentario acerca del Apocalipsis.

Según Holzauser, el Apocalipsis no es otra cosa más que la historia completa de la Iglesia Católica, desde su nacimiento hasta el fin del mundo; historia que él divide en siete épocas, figuradas –dice él– por las siete Iglesias a las que se dirige san Juan. Estos son algunos de los rasgos más característicos del Anticristo y de los acontecimientos que habrán de preceder su llegada:

“En este momento nos acercamos al final de la quinta época. Entonces llegarán esas espantosas desgracias anunciadas en el Apocalipsis (Capítulo VIII). La peste, la guerra, el hambre, los temblores de tierra, causarán infinidad de víctimas. Los pueblos se levantarán unos contra otros; la guerra será general en Europa, pero el incendio estallará primero en Alemania...

”Después de esas guerras formidables, que habrán de ensangrentar el mundo entero, el protestantismo desaparecerá para siempre, y el imperio de los turcos caerá. Ese será el comienzo de la sexta edad.

”Los pueblos, exhaustos a raíz de esos combates mortales, asustados por los horribles flagelos que señalarán el fin de la quinta época, volverán al culto del verdadero Dios. Victoriosa tras las luchas sinfín que habrá librado contra las herejías, contra la indiferencia y la corrupción general, la religión del Cristo resurgirá más luminosa que nunca. Nunca como entonces la Iglesia Católica habrá logrado un triunfo tan brillante. Sus ministros, modelo de todas las virtudes, recorrerán el mundo para que los hombres escuchen la palabra de Dios...

”Pero ese triunfo de la religión será breve. El vicio, abatido, pero no aniquilado, poco a poco levantará la cabeza, y enseguida la corrupción, progresando rápidamente, invadirá de nuevo todas las clases sociales, y se introducirá hasta en el santuario. Entonces, se verá la abominación de la desolación, anunciada por el profeta. El mundo entero será una inmensa sentina de vicios y de crímenes de todo tipo. Así terminará la sexta edad.

”Entonces llegará a la Tierra aquel que los profetas y los Padres de la Iglesia han designado con el nombre de Anticristo.

”Pobre y desconocido, vivirá una vida miserable durante la infancia y la primera juventud. Educado por su padre en el estudio de las ciencias ocultas, se dedicará a ellas con fervor, y hará rápidos progresos. Dotado de una inteligencia poco común, de un espíritu ardiente y decidido, y de un carácter de hierro, desde la cuna mostrará las más violentas pasiones. Al reconocer en ese niño las temibles cualidades de aquel que debe un día secundarlo tan fervientemente en su lucha contra

el género humano, Satán se estremecerá de alegría y, poco a poco, le transmitirá todo su poder.

”Todos los que se acerquen a él se sentirán maravillados por sus palabras y sus acciones. Lo considerarán un niño predestinado a grandes cosas, y dirán que la mano del Señor se ha tendido sobre él para protegerlo y conducirlo...

”Poco a poco, con la ayuda de su fama, y exagerando las maravillas atribuidas al joven jefe, el número de sus sectarios se volverá rápidamente muy considerable...

”Pronto, al verse encabezando un verdadero ejército compuesto por hombres fieles hasta la muerte, ya no dudará en tomar el título de rey. Durante un tiempo se ocupará de organizar su poder y poner un poco de orden entre sus nuevos súbditos, pero sin descuidar nada que aumente su número. Dado que no tendrá nombre de familia, tomará el de *Cristo*, que los judíos ya le habrán dado...

”Cuando su ambición crezca junto con su fortuna, en su orgullo concebirá el designio de conquistar la Tierra y someter todos los pueblos a sus leyes...

”En pocos días, el Anticristo reunirá un ejército inmenso, y entonces se verá ese nuevo Atila arrasando a Europa con las olas de sus hordas bárbaras. Los ejércitos enemigos, llenos de terror ante los numerosos prodigios que él realizará, se dejarán dispersar y aniquilar, sin dar batalla siquiera. Tres grandes reinos serán conquistados sin disparar un solo tiro. Sus soberanos expiarán con los más crueles suplicios su negativa a someterse; y los pueblos vencidos quedarán sin piedad a merced de todos los furores de una soldadesca desenfundada. Aterradas al saber de esas bárbaras venganzas, las otras naciones también se someterán. Entonces la Tierra entera no formará más que

un solo y vasto reino, que el Anticristo gobernará a su antojo. Hará reconstruir con increíble magnificencia la ciudad de Jerusalén, y en ella establecerá la sede de su imperio...

”Conducido por su fatal destino, se esforzará al máximo para destruir las religiones y, sobre todo, la religión católica. Sobre los restos del antiguo culto, reconstruirá el edificio de un culto nuevo, del cual será, al mismo tiempo, el sumo sacerdote e ídolo. Esta nueva religión tendrá en todas partes sus defensores y sus sacerdotes. Uno de los más encarnizados y terribles, al que san Juan designó —en los Versículos 11, 12 y 13 del Capítulo XIII— como la bestia de dos cuernos semejantes a los de un cordero, será el gran apóstata. Holzauzer lo llama así porque será uno de los primeros en renunciar al cristianismo para dedicarse con fervor al culto del Anticristo.

”En aquel tiempo reinará en el trono de san Pedro un pontífice santo, con el nombre de Pedro. Dolido ante esas espantosas desgracias, y previendo los terribles peligros que acecharán a los fieles, enviará a toda la cristiandad santas exhortaciones para prevenir a cada uno contra las seducciones del Anticristo, cuya perfidia revelará claramente. Furioso por la abierta resistencia y la gran influencia del Santo Padre, el gran apóstata entrará en Roma al frente de un ejército, y con sus propias manos matará al último sucesor de Pedro, en los escalones mismos del altar...

”En todas partes las iglesias serán invadidas, los santuarios violados, los objetos del culto profanados. Los libros santos serán quemados, la cruz y todos los símbolos de nuestra augusta religión, pisoteados y arrastrados en el polvo. Los cuadros y las estatuas expuestos para la veneración de los fieles serán destruidos; en su lugar se levantará la estatua maldita del Anticristo. *Y esa estatua hablará* —dice el profeta...

”Y se verán hombres instruidos y elocuentes predicando esa idolatría de un nuevo género, exaltando con un lenguaje brillante y creativo las alabanzas de aquel cuya estatua habla y hace milagros...

”Para impresionar los ojos de la multitud y subyugar a las masas, el Anticristo realizará prodigios sorprendentes. Transportará montañas, andará sobre las aguas y se elevará en los aires, brillante de gloria. Hará que aparezcan al mismo tiempo varios soles, o sumergirá la Tierra en la más completa oscuridad. Ante su voz, el rayo caerá del cielo, los ríos detendrán su curso, las murallas se derrumbarán. Como podrá hacerse invisible cuando quiera, irá de un lugar a otro con una maravillosa rapidez, y se mostrará en varios lugares al mismo tiempo. Por último, como hemos dicho, animará su imagen y le comunicará una parte de su poder. Pero todos esos prodigios no serán, *en su mayoría*, más que ilusiones ópticas y el resultado de una fantasmagoría diabólica. No serán *verdaderos* milagros, porque Satán, pese a todo su poder, *no podrá cambiar las leyes de la naturaleza...*”.

Observación: Si esos no son milagros, en la rigurosa acepción de la palabra, no sabemos a qué se puede dar ese nombre. Y si, *en su mayoría*, se trata de ilusiones ópticas, esas ilusiones se apartan singularmente de las leyes de la naturaleza, de modo que ellas mismas serían milagros, porque nunca se ha visto que un rayo caiga y las murallas se derrumben por un efecto óptico. Lo que se desprende con mayor claridad de esta explicación es la dificultad para distinguir los verdaderos milagros de los falsos, así como para reconocer, en los efectos de esa naturaleza, la parte que corresponde a los santos y la que corresponde al diablo.

“Al mismo tiempo que el Anticristo llenará las almas de espanto y admiración, y con el propósito de ganarse todos los corazones, exhibirá las apariencias de la más austera virtud. Entregado a vergonzosos desenfrenos en el interior de su palacio, tendrá la apariencia de la templanza y la castidad. Prodigará oro y plata alrededor suyo, haciendo mucho bien a los pobres, y en todas partes no habrá más que conciertos de alabanza dedicados a su beneficencia y su caridad. Se lo verá a diario pasar horas enteras orando en su templo; en una palabra, se cubrirá con el manto de la hipocresía con tanta habilidad, que incluso sus más fieles servidores quedarán persuadidos de su virtud y su santidad.

”El Señor, sin embargo, no dejará a sus hijos indefensos y sin amparo durante esos tiempos de probación. Enoc y Elías volverán a la Tierra para predicar la palabra de Dios, sustentar el valor de los fieles y descubrir la impostura de los falsos profetas. Durante mil doscientos sesenta días, o tres años y medio, ellos recorrerán el mundo, exhortando a todos los hombres a que hagan penitencia y vuelvan al culto de Jesucristo. Opondrán los *verdaderos* milagros a los supuestos prodigios del Anticristo y sus apóstoles... Pero después de que hayan concluido su testimonio, la bestia que sube desde el abismo (el Anticristo) les hará la guerra, los vencerá y los matará.”

Observación: No se podría afirmar más claramente la *reencarnación*. Aquí no se trata de una apariencia, de una ilusión óptica, sino de la reencarnación en carne y hueso, pues los dos profetas son asesinados.

“Entonces el orgullo del Anticristo ya no conocerá límites. Orgulloso de la victoria que habrá de obtener sobre los dos

profetas que enfrentaron tan impunemente su poder durante tres años y medio, se hará construir un trono magnífico en el Monte de los Olivos, y ahí, rodeado por una legión de demonios transformados en ángeles de luz, hará que lo adore la inmensa multitud reunida para gozar de su triunfo.

”Pero llegado el vigésimo quinto día, los cuerpos de los dos profetas, animados por el soplo de Dios, resucitarán y subirán al cielo, brillantes de gloria, en presencia de la multitud horrorizada. Enceguecido por la cólera y el odio, el Anticristo anunciará que va a subir al cielo, en busca de sus enemigos, para precipitarlos a la Tierra. En efecto, partiendo en las alas de los demonios que lo rodean, se elevará en los aires; pero en ese momento el cielo *se abrirá*, y el Hijo del hombre aparecerá sobre una nube luminosa. El Anticristo será precipitado del cielo junto con su cortejo de demonios y, abriéndose la Tierra, descenderá vivo a los infiernos...

”Entonces, el fin del mundo estará cerca. No transcurrirán más años, ni meses, sino pocos días: último término concedido a los hombres para que hagan penitencia. Los prodigios más espeluznantes sucederán sin cesar, hasta que el mundo entero perezca en una inmensa conmoción.

”Esto es lo que anuncia Holzauser, y no es otra cosa que la explicación de lo que está escrito en el Apocalipsis; es la doctrina de *todos los Padres de la Iglesia*, contenida en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles.”

Observación: ¡Así terminará el mundo! No es el sueño de un hombre, sino la doctrina de *todos los Padres*, que son la luz de la Iglesia. Aquellos de nuestros lectores que apenas tienen una idea vaga del Anticristo nos agradecerán que les hayamos permitido conocerlo con algunos detalles, según las autori-

dades competentes. Si solo tenemos cuarenta y tres años por delante, no tardaremos en ver ese reino maravilloso. Mediante esas señales reconoceremos la cercanía de la fecha fatal.

Lo extraño de este relato es la supresión del poder de Dios y de su Iglesia ante el Anticristo. En efecto, después de un triunfo *breve*, la Iglesia sucumbe de nuevo, para ya no levantarse. La fe de sus ministros no es bastante grande para impedir que la corrupción se introduzca *hasta en el santuario*. ¿No es esa una confesión ingenua de debilidad y de impotencia? Son cosas que se pueden pensar, pero es una torpeza gritarlas a los cuatro vientos.

Habría sido increíble que el espiritismo no tuviera lugar en esta predicción. En efecto, se lo menciona como una de las señales de los tiempos, en los siguientes términos. Ahora ya no es Holzauser quien habla, sino el autor del opúsculo:

“Entonces esos ruidos van en aumento, esos terrores, que parecen quiméricos, toman consistencia y se formulan nítidamente. ¡El fin del mundo se aproxima!, gritan en todas partes. En Europa, en los países católicos, se recuerdan las viejas profecías, todas las cuales anuncian ese gran acontecimiento para nuestra época...

”Hasta los Espíritus golpeadores dan la señal de alarma.

”Abrid *El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, y leed la primera página, en los *Prolegómenos*, las siguientes palabras: ‘Los Espíritus anuncian que han llegado los tiempos señalados por la Providencia para una manifestación universal y que, por ser ellos los ministros de Dios y los agentes de su voluntad, tienen la misión de instruir y esclarecer a los hombres, abriendo una nueva era de regeneración para la humanidad’.”

Observación: No nos parece que anunciar la *regeneración* de la humanidad signifique anunciar su fin; estas dos ideas se contradicen. En lugar de *dar la señal de alarma*, los Espíritus vienen a traer la esperanza.

“Y para comenzar, el profeta Joel nos dice: *En aquellos tiempos la magia cubrirá toda la Tierra, y se verá incluso a los niños de pecho haciendo cosas extraordinarias, y pronunciando discursos como personas grandes.*

”El espiritismo, esa magia del siglo diecinueve, ha invadido el mundo. Hace apenas unos años, en América, en Inglaterra, en Francia, fenómenos sorprendentes, extraordinarios, despertaron la curiosidad general. Muebles inertes cobraban vida según la voluntad de sus operadores, se entregaban a los más fantásticos desplazamientos, y respondían sin dudarlos las preguntas que se les formulaban. Se buscó saber cuál era la *causa inteligente de esos efectos inteligentes*. Las mesas respondieron: ‘Son los Espíritus, las almas de los hombres a quienes la muerte se llevó, y que vienen a comunicarse con los vivos’. Nuevos fenómenos se produjeron. Se escucharon golpes en los muebles, en las paredes de las habitaciones; se vieron objetos que se movían espontáneamente; se escucharon voces, sinfonías; incluso se vieron apariciones de personas muertas hacía mucho tiempo. Los prodigios se multiplicaban. Era preciso querer para ver; era preciso ver para quedar convencido.

”En breve una nueva religión se organizó. Interrogados, los propios Espíritus redactaron el código de su nueva doctrina. Debemos confesar que se trató de *un sistema filosófico admirablemente bien combinado en todos los aspectos*. Nunca el más astuto sofista supo disfrazar tan bien la mentira y la paradoja. Dado que no pueden, sin revelar su origen y despertar

sospechas, destrozar de un golpe las ideas de Dios y de virtud, los Espíritus comienzan por reconocer altamente la existencia de ese Dios, la necesidad de esa virtud; pero hacen tan poca diferencia entre la suerte de los justos y la de los impíos, que forzosamente se es llevado por esas creencias a satisfacer todas las pasiones y a buscar en la muerte un refugio contra la desdicha. El crimen y el suicidio son las dos consecuencias fatales de esos principios, que a primera vista parecen imbuidos de una moral tan bella y pura.

”Para explicar la anomalía de esas comunicaciones de ultratumba, los Espíritus no han podido dejar de anunciar, como hemos visto, *que los tiempos señalados por la Providencia han llegado*; pero como no quisieron hablar del fin del mundo, pues eso no formaba parte en absoluto de su sistema, agregaron: *para la regeneración universal de la humanidad*”.

Observación: Por una singular coincidencia, el 24 de febrero, el mismo día que recibimos este opúsculo, remitido por uno de nuestros corresponsales de Lyon, y en el momento en que leíamos estos últimos párrafos, también recibimos de los alrededores de Boulogne-sur-Mer una carta de la cual extraemos los siguientes pasajes:

“Desde el fondo de un oscuro valle de Boulonais os llegan estas pocas palabras, reflejo de una existencia sufrida. Porque el espiritismo penetra en todas partes, para difundir la luz y el consuelo. Personalmente, ¡cuánto alivio le debo, así como a vos, señor, que sois quien lo dispensa!

”Nacido de padres muy pobres, con ocho hijos, de los cuales soy el primogénito, ¡ah! hasta ahora, si bien ya tengo veintinueve años, no he podido ganarme el pan, a causa de la debilidad de mi constitución. Sumad a eso una propensión

innata al orgullo, a la vanidad, a la violencia, etc., y juzgad los males que he tenido que soportar en esta miserable condición antes de que el espiritismo llegara para explicarme el enigma de mi destino. Me hallaba en el punto en que, a pesar mío, había resuelto suicidarme.

”Con tal fin, para calmar mis temores y los reproches de mi conciencia, yo había resuelto, *en mi fe católica*: ‘me heriré con un golpe mortal, pero que no me haga morir de inmediato, sino que me permita disponer de algunos instantes de vida suficientes para que tenga la posibilidad *de confesarme, comulgar y manifestar mi arrepentimiento; en una palabra, de ponerme en condiciones de asegurarme una vida feliz en el otro mundo, escapando de los males de este*’.

”Mi razonamiento era muy absurdo, ¿no es así, señor? Sin embargo, ¿acaso no era consecuente con el dogma que nos afirma que todo pecado, incluso todo crimen, es borrado con la simple confesión ante un sacerdote que imparta la absolución?

”Ahora, gracias al conocimiento del espiritismo, semejantes ideas se han *borrado para siempre de mi mente*. No obstante, ¿de cuántas imperfecciones aún debo despojarme!”

Así, el espiritismo ha impedido un acto, un crimen, que se habría cometido, *no en ausencia de toda fe*, sino más bien —dice esta persona— como consecuencia misma de su fe católica. En este caso, ¿cuál ha sido la fe más poderosa para impedir el mal? ¿Acaso ese joven será condenado por haber seguido el impulso del espiritismo, obra del demonio —según el autor del opúsculo—, y se habría salvado, suicidándose, pero con la absolución de un sacerdote antes de morir? Que el autor del opúsculo responda esta pregunta con la mano en la conciencia.

Los fragmentos aquí transcritos fueron leídos en la Sociedad de París, y Jobard, nuestro ex colega, transmitió luego, espontáneamente, la siguiente comunicación al respecto, a través de un médium en estado de sonambulismo espiritual:

(Sociedad de París, 28 de febrero. Médium: Sr. Morin.)

Yo pasaba, cuando el eco me trajo la vibración de una inmensa carcajada. Presté atención, y reconocí las risas de encarnados y desencarnados, de modo que pensé: *No cabe duda de que hay algo interesante; vamos a ver...* Y no creí, señores, que tendría el placer de venir a pasar esta velada junto a vosotros. Con todo, siempre estoy feliz por eso —creedme—, porque sé de la simpatía que habéis conservado por vuestro ex colega.

Así pues, me aproximé, y los sonidos de la Tierra llegaron a mí con mayor claridad: *¡El fin del mundo!* —exclamaban—. *¡El fin del mundo...! ¡Oh! ¡Dios mío!* —pensé—. Si es el fin del mundo, ¿en qué se van a convertir...? Entonces llego hasta mí la voz de vuestro presidente y mi amigo, y comprendí que os leía algunos pasajes de un opúsculo en el que se anuncia la proximidad del fin del mundo. El tema me interesó. Escuché atentamente y, tras haber reflexionado con madurez, vengo, como el autor del opúsculo, a deciros: *¡Sí, señores, el fin del mundo se aproxima...! ¡Oh! No temáis, señoras; porque es necesario estar muy cerca para tocarlo; y cuando lo hayáis tocado, lo veréis.*

Entretanto —si me lo permitís— voy a daros mi apreciación acerca de esta expresión, que es el espantajo de los cerebros débiles y, también, de los Espíritus débiles. Porque —sábedlo— si bien el temor al fin del mundo aterroriza a los seres

pusilánimes de vuestro mundo, también infunde terror en los seres atrasados de la erraticidad. Todos los que no se hallan desmaterializados, es decir que, aunque sean Espíritus, viven más materialmente que espiritualmente, se asustan ante la idea del fin del mundo, porque ellos creen que esa expresión significa la destrucción de la materia. No os asombréis, pues, de que esa idea conmocione a determinados Espíritus, que no sabrían en qué convertirse si la Tierra dejara de existir; porque la Tierra sigue siendo su mundo, su punto de apoyo.

Me dije a mí mismo: Sí, el fin del mundo está cerca; ahí está, lo veo, lo toco... ¡Está cerca para los que, sin saberlo, trabajan con el fin de precipitar su advenimiento...! Sí, el fin del mundo está cerca; pero... ¿el fin de cuál mundo?

Será el fin del mundo de la superstición, del despotismo, de los abusos preservados por la ignorancia, por la maldad y la hipocresía; será el fin del mundo egoísta y orgulloso, de la pobreza, de todo lo que es vil y rebaja al hombre; en una palabra, de todos los sentimientos inferiores y avaros, que son el lamentable privilegio de vuestro mundo.

Ese fin del mundo, esa gran catástrofe, que todas las religiones coinciden en predecir, ¿es tal como lo suponen? Por el contrario, ¿no hay que ver en eso el cumplimiento de los elevados destinos de la humanidad? Si reflexionamos acerca de todo lo que ocurre alrededor nuestro, esas señales precursoras, ¿no son el indicio del comienzo de otro mundo, quiero decir, de otro mundo moral, antes que el de la destrucción del mundo material?

Sí, señores, un período de purificación terrestre se termina en este momento; otro va a comenzar... Todo contribuye al fin del viejo mundo, y los que se esfuerzan por sostenerlo trabajan enérgicamente, sin proponérselo, a favor de su destruc-

ción. Sí, el fin del mundo está cerca para ellos; lo presienten y se aterrorizan —creedme— no tanto por el fin del mundo terrestre, sino por el fin de su dominación, de su prepotencia, a la que se apegan más que a cualquier otra cosa; y eso, respecto de ellos, no será la venganza de Dios, pues Dios no se venga, sino la justa recompensa de sus actos.

Al igual que vosotros, los Espíritus son hijos de sus obras. Si son buenos, es porque han trabajado para llegar a serlo; si son malos, no es porque hayan trabajado para eso, sino porque no han trabajado para volverse buenos.

Amigos, el fin del mundo está cerca, y os suplico encarecidamente que toméis nota de esta previsión; está tanto más cerca cuanto que ya se trabaja en la reconstrucción. La sabia providencia de Aquel al que nada se le escapa quiere que todo se construya antes de que sea destruido. Y cuando el edificio nuevo sea coronado, cuando haya sido instalada su cúspide, entonces el antiguo se derrumbará, caerá por sí mismo; de modo tal que entre el viejo mundo y el nuevo no habrá solución de continuidad.

Así debe entenderse el fin del mundo, al que ya presagian tantas señales precursoras. ¿Cuáles serán los obreros más poderosos para esa gran transformación? Sois vosotras, señoras; sois vosotras, señoritas, con el auxilio de la doble palanca de la instrucción y del espiritismo. En la mujer que asimiló el espiritismo hay más que una mujer: hay un obrero espiritual. En ese estado, mientras trabaja para ella misma, la mujer trabaja mucho más que el hombre en la edificación del monumento; porque, cuando la mujer conozca todos los recursos del espiritismo y sepa utilizarlos, será ella quien realizará la mayor parte de la obra. Al amamantar el cuerpo de su hijo, también podrá alimentar su espíritu. ¿Y quién es mejor herrero que el hijo de

un herrero, aprendiz de su padre? Así, mientras crezca, el niño sorberá la leche de la espiritualidad, y cuando vosotros seáis espíritas, hijos de espíritas y padres de espíritas, el fin del mundo, tal como lo comprendemos, ¿no se habrá consumado? ¡No os sorprendáis, después de esto, de que el espiritismo sea un espantajo para todo el que se apega al viejo mundo, así como para el ensañamiento con que intentan asfixiarlo en su cuna!

JOBARD

Intolerancia y persecución al espiritismo

El hecho siguiente nos fue comunicado por uno de nuestros corresponsales. Por razones de conveniencia, omitimos mencionar el lugar donde ocurrió, pero de ser necesario contamos con la prueba documental.

El cura de..., enterado de que una de sus feligresas había recibido *El libro de los Espíritus*, acudió a su casa y le hizo una escena escandalosa, apostrofándola con epítetos muy poco evangélicos; además, la amenazó con no enterrarla cuando muriera, en caso de que dejara de creer en el diablo y en el Infierno; después le quitó el libro y se lo llevó consigo.

Días más tarde, aquella señora, que poco se había conmovido con semejante arrebato, fue a ver al sacerdote para reclamarle su libro, pensando que, si él no se lo devolvía, no le resultaría difícil adquirir otro, y que esta vez podría guardarlo en un lugar seguro.

El libro le fue devuelto, pero su estado demostraba que una santa cólera se había descargado sobre él. Estaba repleto de tachaduras, anotaciones, refutaciones, en las que se trataba a los Espíritus de mentirosos, demonios, estúpidos, etc. La fe de aquella señora, lejos de ser quebrantada, había salido más fortalecida. Se dice que se atraen más moscas con miel que con vinagre. El sacerdote le ofreció vinagre, pero ella prefirió la miel, y pensó: *Perdonadlo, Señor, porque no sabe lo que hace.* ¿De qué lado estaba el verdadero cristianismo?

Las escenas de esta naturaleza eran muy frecuentes hace siete u ocho años, y a veces alcanzaban un nivel de violencia que caía en lo burlesco. Recuérdese aquel misionero que espumaba de rabia predicando contra el espiritismo, y se agitaba con tanto furor que en un momento temieron que se cayera del púlpito. Y aquel otro predicador que invitaba a todos los que poseyeran obras espíritas a que se las entregaran, para hacer con ellas una hoguera en la plaza pública. Lamentablemente para él, no le llevaron ni una sola, y se conformó con quemar en el patio del seminario las que había conseguido en las librerías. En la actualidad, se ha reconocido cuán inútiles e inconvenientes resultan esas demostraciones excéntricas, de modo que son muy inusuales; la experiencia demostró que han alejado más personas de la Iglesia que del espiritismo.

El hecho relatado más arriba es particularmente grave. En su iglesia, el sacerdote está en su casa, en su terreno; tiene derecho a ofrecer o rechazar plegarias según su conciencia. No cabe duda de que a veces se vale de eso de manera más perjudicial que útil para la causa que defiende; pero, en fin, está en su derecho, y nos parece ilógico que personas que están —con el pensamiento, si no de hecho— separadas de la Iglesia, y que no cumplen ninguno de los deberes que esta impone, preten-

dan obligar a un sacerdote a que haga lo que, con o sin razón, él considera contrario a su regla. Si no creéis en la eficacia de sus plegarias, ¿por qué se las exigís? No obstante, por esa misma razón, él supera los límites de su derecho cuando se impone a los que no le piden nada.

En el caso que nos ocupa, ¿con qué derecho el sacerdote podía violentar la conciencia de aquella señora en su propio domicilio, haciéndole una visita inquisitorial, para apoderarse de algo que no le pertenecía? ¿Qué gana la religión con esos excesos de celo? Los amigos torpes son siempre perjudiciales.

El hecho en sí tiene muy poca importancia, y en definitiva no es más que una pequeña molestia, que expone la estrechez de ideas de su autor. No lo habríamos mencionado si no se relacionara con hechos más graves: las persecuciones propiamente dichas, cuyas consecuencias son más serias.

¡Extraña anomalía! Sea cual fuere la posición de un hombre, oficial o subordinada a un título cualquiera, no se le niega el derecho de ser protestante, judío, o incluso de no ser nada en absoluto; puede ser abiertamente incrédulo, materialista o ateo; puede promover tal o cual filosofía, ¡pero no tiene derecho a ser espírita! Si es sospechoso de ser espírita, como otrora se era sospechoso de ser jansenista, se lo considerará culpable; si lo confiesa, sus superiores lo mirarán mal, en caso de que no piensen como él, y será considerado un perturbador de la sociedad, él, que abjuró de toda idea de odio y de venganza, y cuya regla de conducta es la caridad cristiana en su más rigurosa acepción, la benevolencia para con todos, la tolerancia, el olvido y el perdón de las injurias, en una palabra, todas las máximas que son la garantía del orden social y el mayor freno de las malas pasiones. ¡Pues entonces! ¡Lo que en todos los tiempos y en todos los pueblos civilizados ha

constituido un título para la estima de las personas honestas, se convierte en una señal de reprobación a los ojos de ciertos individuos, que no le perdonan a un hombre el hecho de que *se haya tornado mejor gracias al espiritismo!* Sean cuales fueren sus cualidades, sus talentos, los servicios prestados, si no es independiente, si su posición no es invulnerable, entonces una mano –instrumento de una voluntad oculta– caerá sobre él para golpearlo, si es posible, en sus medios de subsistencia, en sus afectos más preciados y hasta en su consideración.

Que semejantes hechos tengan lugar en regiones donde la fe exclusiva erige la intolerancia como un principio, como su mejor salvaguarda, no tiene nada de sorprendente; pero que ocurran en países donde la libertad de conciencia está escrita en el Código de las leyes como un derecho natural, es más difícil de comprender. Así pues, hay que tener mucho miedo de ese espiritismo, que sin embargo es presentado como una idea vacía, una quimera, una utopía, un absurdo, al que un soplo de la razón puede derribar. Con todo, si esta luz maravillosa todavía no se ha extinguido, no se debe a que no la hayan soplado. Soplad, pues, soplad siempre: hay llamas que al soplarlas se avivan en vez de apagarse.

No obstante –preguntarán algunos–, ¿qué se le puede reprochar a alguien que solamente desea el bien y lo practica; que cumple con los deberes de su cargo con celo, probidad, lealtad y devoción; que enseña a amar a Dios y al prójimo; que predica la concordia e invita a todos los hombres a tratarse como hermanos, sin hacer distinción de cultos ni de nacionalidades? ¿Acaso no trabaja él para superar las disensiones y los antagonismos que han causado tantos desastres? ¿Acaso no es el verdadero apóstol de la paz? Al sumar a sus principios el mayor número posible de adherentes, por su lógica, por la autoridad de su posición y,

sobre todo, por su ejemplo, ¿no evitará conflictos lamentables? Si en vez de uno fueran diez, cien, mil, su influencia saludable, ¿no sería tanto mayor? Hombres como esos son auxiliares valiosos; nunca son suficientes; ¿no deberíamos alentarlos y enaltecerlos? La doctrina que inculca esos principios en el corazón del hombre mediante la convicción apoyada en una fe sincera, ¿no es una garantía de seguridad? Además, ¿dónde se ha visto que los espíritas sean turbulentos y alborotadores? Por el contrario, ¿no se los señala siempre y en todas partes como personas tranquilas y amigas del orden? Cada vez que han sido provocados por actos de malevolencia, en vez de usar represalias, ¿no evitaron con cuidado todo cuanto habría podido convertirse en una causa de desorden? La autoridad, ¿ha tenido que tomar medidas contra ellos por algún hecho contrario a la tranquilidad pública? No, porque un funcionario encargado de preservar el orden decía hace poco que, si todos sus administrados fueran espíritas, él podría cerrar su despacho. ¿Habría algún homenaje más característico que este, prestado a los sentimientos que los animan? ¿A qué consigna obedecen? Solamente a la de su conciencia, pues no dependen de ninguna personalidad evidente u oculta en las sombras. Su doctrina es su ley, y esa ley prescribe que hagan el bien y eviten el mal. Por su poder moralizador, esa ley condujo a la moderación a los hombres exaltados, sin que le teman a nada, ni a Dios, ni a la justicia humana, y capaces de todo. Si esa ley fuera popular, ¿con cuanto peso no recaería en los momentos de efervescencia y en los centros turbulentos? Así pues, ¿cuál aspecto de esta doctrina puede ser motivo de reprobación? ¿Cómo puede ella llamar a la persecución de quienes la profesan y la divulgan?

¡Os sorprende que una doctrina que solo produce el bien tenga adversarios! Pero, entonces, ¿no conocéis la ceguera del

partidismo? ¿Acaso alguna vez el partidismo tomó en consideración el bien que algo puede hacer, cuando eso es contrario a sus opiniones o a sus intereses materiales? No olvidéis que ciertos opositores lo son *por sistema*, mucho más que *por ignorancia*. Sería en vano que esperarais atraerlos hacia vosotros mediante la lógica de vuestros razonamientos, y con la perspectiva de los efectos saludables de la doctrina; ellos saben eso tan bien como vosotros y, precisamente porque lo saben, no lo quieren; cuanto más rigurosa e irresistible es esa lógica, más los exaspera, porque les cierra la boca. Cuanto más se les demuestra el bien que el espiritismo produce, más se irritan, porque presienten que ahí está su fuerza; por eso, aunque este debiera salvar al país de los mayores desastres, aún así lo rechazarían. Triunfaréis ante un incrédulo, ante un ateo de buena fe, ante un alma viciosa y corrompida, pero ante un partidista ¡nunca!

¿Qué esperan, pues, de la persecución? ¿Detener el auge de las ideas nuevas mediante la intimidación? Veamos, en pocas palabras, si pueden alcanzar ese objetivo.

Las grandes ideas, las ideas renovadoras, tanto en el orden científico como en el moral, han recibido el bautismo de fuego de la persecución, y así debía ser, porque esas ideas herían los intereses de quienes vivían de las viejas ideas, de los prejuicios y los abusos. No obstante, dado que esas ideas constituían verdades, ¿no percibieron que la persecución nunca pudo detener su avance? ¿Acaso la historia de todos los tiempos no está ahí para demostrar que, por el contrario, esas ideas crecieron y se consolidaron, difundidas por el propio efecto de la persecución? La persecución fue el estimulante, el aguijón que las impulsó hacia adelante e hizo que avanzaran más deprisa, sobreexcitando los ánimos, de modo tal que

los perseguidores trabajaron contra sí mismos, y lo único que ganaron fue ser estigmatizados por la posteridad. Solo persiguieron las ideas en las que se veía el porvenir; en cuanto a las que consideraron sin consecuencias, dejaron que murieran de muerte natural.

El espiritismo es también una gran idea; por consiguiente, debía recibir su bautismo de fuego al igual que sus antecesoras, porque el espíritu de los hombres no cambió, y le sucederá lo mismo que a las otras: el incremento de su importancia ante los ojos de la multitud y, por lo tanto, una mayor popularidad. Cuanto más en evidencia queden las víctimas, por la posición que ocupen, tanta mayor repercusión tendrá, debido precisamente a la extensión de sus relaciones.

La curiosidad resulta tanto más sobreexcitada cuanto más rodeada de estima y consideración se halla la persona; todos quieren saber el porqué y el cómo; quieren conocer el fondo de esas opiniones que levantan tanta cólera; preguntan, leen, y así es como una multitud de personas, que tal vez nunca se habrían ocupado del espiritismo, son llevadas a conocerlo, juzgarlo, valorarlo y adoptarlo. Tal ha sido, como se sabe, el resultado de las declamaciones furibundas, de las prohibiciones pastorales, de las diatribas de todo tipo en su contra. Tal será el de las persecuciones. Estas hacen aún más: elevan el espiritismo hasta colocarlo a la altura de las creencias serias, porque el buen sentido dice que a las insignificancias no se las ataca.

Es inútil perseguir las ideas falsas, erróneas, porque estas pierden credibilidad y caen por sí solas. El efecto de la persecución es crear partidarios y defensores de esas ideas, lo cual retrasa su caída, dado que muchas personas las consideran buenas precisamente porque se las persigue. Cuando la persecución hace frente a las ideas verdaderas, va directamente

contra su propio objetivo, porque favorece el desarrollo de aquellas: en todos los casos, se trata de una torpeza que se vuelve contra los que la cometen.

Un escritor moderno lamentaba que no se hubiera quemado a Lutero, para destruir el protestantismo desde la raíz; pero como solamente habrían podido quemarlo después de que emitiera sus ideas, si lo hubieran hecho el protestantismo tal vez estaría dos veces más difundido de lo que está. Quemaron a Juan Huss, y ¿qué ganó con eso el concilio de Constanza? Cubrirse con una mancha indeleble. Con todo, las ideas del mártir no pudieron ser quemadas; por el contrario, constituyeron uno de los fundamentos de la Reforma. La posteridad otorgó la gloria a Juan Huss, y la vergüenza al Concilio (véase la *Revista Espírita* de agosto de 1866, pág. 236). En la actualidad, ya no queman, pero persiguen de otras maneras.

No cabe duda de que, cuando se desata una tempestad, muchas personas se ponen a cubierto. Así pues, las persecuciones pueden causar el efecto de un momentáneo obstáculo a la libre manifestación del pensamiento. Al creer que lo han sofocado, los perseguidores se duermen en una seguridad engañosa; pero el pensamiento no subsiste menos por eso, y las ideas oprimidas son como las plantas de invernadero: crecen más deprisa.

El espiritismo en Cádiz, en 1853 y 1868

En varias oportunidades hemos dicho que el espiritismo cuenta con numerosos adeptos en España, y eso demuestra

que la opresión de las ideas no impide que estas surjan. Ya sabíamos que desde hacía mucho tiempo Cádiz era la sede de un importante centro espírita. Uno de los miembros de esa Sociedad, que vino a París el año pasado, nos brindó al respecto detalles circunstanciados de gran interés, que luego nos recordó en su correspondencia. Sólo la abundancia de material nos impidió publicarlos con anterioridad.

Los espíritas de Cádiz reivindican para su ciudad el honor de haber sido una de las primeras de Europa, si no la primera, en poseer una reunión espírita constituida, así como en recibir comunicaciones regulares de los Espíritus, mediante la escritura y la tiptología, sobre temas de moral y filosofía. En efecto, dicha afirmación se halla justificada por la publicación de un libro impreso en lengua española, en Cádiz, en 1854. Comienza con un prefacio explicativo acerca del descubrimiento de las mesas parlantes y de la manera de utilizarlas, seguido del registro de las preguntas formuladas a los Espíritus, con sus respuestas, en una serie de sesiones realizadas en 1853. El procedimiento consistía en emplear una mesita de tres patas y un alfabeto dividido en tres series, cada una de las cuales correspondía a una de las patas de la mesita. No cabe duda de que las respuestas son muy elementales en comparación con lo que se obtiene en el presente, y no todas son de una exactitud irreprochable, aunque la mayoría concuerda con la enseñanza actual. Citaremos apenas algunas de ellas, para mostrar que en esa época, en la que –como en casi todas partes– solo se ocupaban de las mesas parlantes como objeto de entretenimiento, en Cádiz ya pensaban en utilizar el fenómeno para instrucciones serias.

(8 de noviembre de 1853) -¿Está aquí presente un Espíritu? -Sí. -¿Cómo te llamas? -Ege. -¿En qué parte del mundo

has vivido? -En América del Norte. -¿Eras hombre o mujer? -Mujer. -Dinos tu nombre en inglés. -Akka. -¿Cómo traduces *bello* en inglés? -*Fine*. -¿Por qué viniste aquí? -Para hacer el bien. -¿A ti o a nosotros? -A todos. -Entonces, ¿puedes darnos ese bien? -Sí; todo está en el trabajo. -¿Cómo obtendremos el bien? -Emancipando a la mujer; todo depende de ella.

(11 de noviembre) - *Al Espíritu Ege*: -¿Existe otro modo de comunicarnos con los Espíritus? -Sí, con el pensamiento. -¿De qué manera? -Leo el tuyo. -¿Y cómo podríamos entendernos con el pensamiento de los Espíritus? -Mediante la concentración. -¿Hay alguna manera de lograr eso fácilmente? -Sí, la felicidad. -¿Cómo se obtiene la felicidad? -Amándoos unos a otros.

(25 de noviembre) - *A Anna Ruiz*: -¿A dónde va nuestra alma al separarse del cuerpo? -No deja la Tierra. -¿Te refieres al cuerpo? -No, al alma. -En la otra vida, ¿tienes los mismos placeres que en esta? -Los mismos y mejores: trabajamos en todo el universo.

(26 de noviembre) - *A Odiuz*: -Los Espíritus, ¿tienen forma? -Sí. -¿Cuál? -La forma humana. Hay dos cuerpos: uno material, otro de luz. -El cuerpo de luz, ¿es el Espíritu? -No; es una agregación de éter; fluidos leves forman el cuerpo de luz. -¿Qué es un Espíritu? -Un hombre en estado de esencia. -¿Cuál es su destino? -Organizar el movimiento material cósmico; cooperar con Dios para el orden y en las leyes de los mundos en el universo.

(30 de noviembre) - *Un Espíritu espontáneamente*: El orden distribuye las armonías. Esta ley os dice que cada globo del sistema solar está habitado por una humanidad como la vuestra; cada miembro de esa humanidad es un ser completo en la categoría que ocupa; posee una cabeza, un tronco y

miembros. Cada uno tiene su destino marcado, colectivo o terrestre, visible o invisible. El sol, como los planetas y sus satélites, tiene habitantes de un destino complejo. Cada una de las humanidades que pueblan esos diversos globos tiene su doble existencia, visible e invisible, y una palabra espiritual adecuada a cada uno de esos estados.

(1.º de diciembre) - *Odiuz*: Leed a Juan, y tendréis el significado de la palabra *verbo*. Sabréis qué es el verbo de la humanidad solar; cada humanidad tiene su Providencia, su hombre-Dios; la luz del hombre-Dios solar es la Providencia antropomórfica de todos los globos del sistema solar.

(8 de diciembre) -¿Hay alguna analogía entre la luz material y la luz espiritual? -El sol ilumina; los planetas reflejan su luz. La inteligencia solar ilumina las inteligencias planetarias; y estas, las de sus satélites. La luz inteligente emana del cerebro de la humanidad solar, que es la chispa inteligente, como el sol es la chispa material de todos los astros. También hay analogía en el modo de expansión de la luz inteligente en cada humanidad, que la recibe del foco principal para comunicarla a sus miembros. Hay unidad de sistema entre el mundo material y el mundo espiritual. Nosotros tenemos la naturaleza que refleja las leyes que han precedido a la creación. Luego viene el espíritu humano, que analiza la naturaleza para descubrir esas leyes, interpretarlas y comprenderlas. Este análisis es para la luz espiritual lo que es la refracción para la luz física, porque la humanidad entera forma un prisma intelectual, en el cual la luz divina única se refleja de mil maneras diferentes.

(4 de enero de 1854) -¿Por qué los Espíritus no siempre acuden a nuestro llamado? -Porque están muy ocupados. -¿Por qué algunos de los Espíritus que se han presentado hasta ahora respondieron con enigmas o con absurdos? -Porque

eran Espíritus ignorantes o frívolos. -¿Cómo se los puede distinguir de los Espíritus serios? -Por sus respuestas.

-Los Espíritus, ¿pueden hacerse visibles? -Algunas veces. -¿En qué casos? -Cuando se trata de humillar el fanatismo. -¿Con qué forma se presentó el Espíritu al arzobispo de París? -Forma humana. -¿Cuál es la verdadera religión? -Amaros unos a otros.

Los párrafos siguientes, de una carta de nuestro corresponsal, fechada el 17 de agosto de 1867, podrá dar una idea del espíritu que preside la actual Sociedad espírita de Cádiz:

“Desde hace once años nos mantenemos en comunicación con Espíritus de la vida superior, y en este lapso ellos nos han hecho revelaciones importantes sobre la moral, la vida espiritual y otros asuntos que interesan al progreso.

”Nos reunimos cinco veces por semana. El Espíritu presidente de nuestra Sociedad, al cual los otros Espíritus otorgan cierta supremacía, se llama *Pastoret*. En doña J... tenemos un excelente médium vidente y parlante. Ella se comunica por medio de una mesita de tres patas, que sólo le sirve para establecer la corriente fluídica, dado que ve las palabras escritas en una especie de cinta fluídica, que pasa incesantemente ante sus ojos, y entonces las lee como en un libro. Ese medio de comunicación, junto con la benevolencia de los Espíritus que vienen a nuestras sesiones, permite que presentemos nuestras observaciones y mantengamos discusiones casi familiares con esos mismos Espíritus.

”Cada noche la sesión es abierta con la presencia del Espíritu del Dr. Gardoqui, a quien hemos conocido, y que en vida ejercía la medicina en Cádiz. Después de dar consejos a nuestros hermanos presentes, acude a visitar a los enfermos

que le recomendamos; indica los remedios necesarios, y casi siempre con éxito.

”Tras la visita del médico, viene el Espíritu familiar del círculo, que nos trae otros Espíritus, tanto superiores para instruirnos, como inferiores para que los ayudemos con nuestros consejos y nuestro estímulo. Por indicación de nuestros guías, realizamos periódicamente misiones de caridad a favor de los pobres.

”Además del ridículo, contra el cual vosotros los franceses tenéis que luchar tanto como nosotros, aquí luchamos contra la intolerancia. Pero no nos desanimamos, porque la fuerza de convicción que Dios nos brinda es más poderosa que los obstáculos.

”Finalizamos cada sesión con la siguiente plegaria:

¡Padre universal! ¡Señor todopoderoso! Nos dirigimos a ti porque te reconocemos como el Dios único y eterno. ¡Padre! Deseamos no incurrir en tu censura, sino, por el contrario, seguir adelante con nuestra purificación para acercarnos a ti, único bien verdadero, suprema felicidad prometida a los que retornan junto a ti.

¡Señor! Te recordamos continuamente nuestros pecados, a fin de que nos los perdones después de la expiación que merecen. ¡Cuánto debemos ya a tu inmensa bondad! Sé misericordioso para con nosotros.

Padre eterno, tú me has dado la vida y, con la vida, la inteligencia para conocerte, un corazón para amarte y para amar a mis semejantes. Mi inteligencia crecerá cuando yo piense en ti, y cuando me eleve hacia ti.

Padre universal de todos los seres, gran arquitecto del Universo, agua bendita con la que saciamos la sed del amor divino, ni el paso del tiempo, ni la diversidad de las inteligencias impiden

reconocerle, porque tu gran poder y tu gran amor se ven en todas partes.

¡Padre! Nos encomendamos a tu misericordia, y como prueba de nuestra sinceridad, te ofrecemos nuestras vidas, nuestros bienes, todo lo que nos has dado. Nada poseemos que no venga de ti; ponemos todo a disposición de nuestros hermanos necesitados, para que ellos aprovechen el fruto de nuestra inteligencia y de nuestro trabajo.

¡Somos tus hijos, Señor! Y solicitamos de tu infinita bondad un rayo de luz para que nos conduzca por el camino que nos has señalado, hasta que lleguemos al cumplimiento de nuestra felicidad.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; que se haga tu voluntad, tanto en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido, ahora y siempre, hasta la hora de nuestra muerte.

Te dirigimos nuestras plegarias, Padre infinitamente bueno, para todos nuestros hermanos que sufren en la Tierra y en el espacio. Nuestro pensamiento es para ellos, y nuestra confianza está en ti.

Que los espíritas de Cádiz reciban, por nuestro intermedio, las sinceras felicitaciones de sus hermanos de todos los países. La iniciativa que han tomado, en el extremo de Europa y en una tierra refractaria, sin relacionarse con los otros centros y sin otra guía más que sus propias inspiraciones, en una época en que el espiritismo aún se hallaba en su infancia casi en todas partes, constituye una prueba más de que el movimiento regenerador recibe su impulso desde más allá de la Tierra, y que su foco está en todas partes. Así pues, resulta

temerario y presuntuoso tratar de sofocarlo mediante su opresión en un punto, puesto que, a falta de una salida, hay otras mil por las cuales se hace ver. ¿Para qué sirven las barreras contra aquello que viene de lo Alto? ¿De qué sirve atropellar a algunos individuos, cuando hay millones esparcidos en toda la Tierra y que reciben la luz y la difunden? Pretender aniquilar lo que está fuera del poder del hombre, ¿acaso no implica desempeñar el papel de gigantes que intentan subir al cielo?

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Instrucción de las mujeres

(Joinville - Haute-Marne, 10 de marzo de 1868.

Médium: Sra. P...)

En este momento, la instrucción de la mujer es uno de los temas más importantes, porque ella contribuirá mucho a la realización de las grandes ideas de libertad que duermen en lo profundo de los corazones.

¡Honor a los hombres valerosos que han tomado la iniciativa! Desde ya pueden estar seguros del éxito de sus actividades. Sí, ha llegado la hora de la liberación de la mujer; ella quiere ser libre, y para eso deberá emancipar su inteligencia de los errores y los prejuicios del pasado. Mediante el estudio, ampliará el círculo de sus estrechos y mezquinos conocimientos. Libre, fundará su religión en la moral, que es de todos los tiempos y todos los países. Quiere ser, y será, la compañera inteligente del hombre, su consejera, su amiga, la educadora

de sus hijos, y no un juguete del que uno se vale como si fuera una cosa, que luego se descarta para tomar otro.

La mujer quiere hacer su aporte al edificio social que se eleva en este momento con la poderosa fuerza del progreso.

Es cierto que, una vez instruida, ella se escapa de las manos de quienes la convierten en un instrumento. Como un pájaro cautivo, sale de su jaula y vuela hacia los vastos campos de lo infinito. Es cierto que, mediante el conocimiento de las leyes inmutables que rigen los mundos, comprenderá a Dios de un modo diferente al que le enseñaron; ya no creará en un Dios vengativo, parcial y cruel, porque su razón le dirá que la venganza, la parcialidad y la crueldad no pueden conciliarse con la justicia y la bondad. El Dios de la mujer será todo amor, mansedumbre y perdón.

Más adelante, conocerá los lazos de solidaridad que unen a los pueblos entre sí, y los aplicará alrededor suyo, esparciendo con profusión tesoros de caridad, de amor y de benevolencia para todos. Sea cual fuere el culto al que pertenezca, sabrá que todos los hombres son hermanos, y que el más fuerte sólo ha recibido la fuerza para proteger al débil y elevarlo en la sociedad hasta el nivel genuino que debe ocupar.

Sí, la mujer es un ser perfectible, como el hombre, y sus aspiraciones son legítimas; su pensamiento es libre, y no hay poder en el mundo que tenga derecho a esclavizarla conforme a sus intereses y pasiones. La mujer exige su parte de *actividad intelectual*, y la obtendrá, porque existe una ley más poderosa que todas las leyes humanas: la ley del progreso, a la que se encuentra sometida la creación entera.

UN ESPÍRITU

Observación.- Hemos dicho, y lo repetimos varias veces, que la emancipación de la mujer será la consecuencia de la difusión del espiritismo, porque este no funda los derechos de la mujer en una idea filosófica generosa, sino en la identidad misma de la naturaleza del Espíritu. Al demostrar que no existen Espíritus hombres ni Espíritus mujeres, sino que todos ellos tienen la misma esencia, el mismo origen y el mismo destino, el espiritismo consagra la igualdad de derechos. Además, la gran ley de la reencarnación sanciona ese principio. Dado que un mismo Espíritu puede encarnar como hombre o como mujer, de ahí resulta que el hombre que esclaviza a la mujer podrá ser esclavizado a su vez; y que, de ese modo, al trabajar para la emancipación de las mujeres, los hombres trabajan para la emancipación general y, por consiguiente, en beneficio propio. Así pues, las mujeres tienen un interés directo en la propagación del espiritismo, porque este suministra en apoyo de su causa los más poderosos argumentos invocados hasta ahora. (Véase la *Revista Espírita*, enero 1866, pág. 1; y junio 1867, pág. 161.)

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 5

Mayo de 1868

Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia

(Continuación y final. Véase el número de abril de 1868.)

Sexta carta

Muy venerada Emperatriz:

¡Adjunto a esta una nueva carta procedente del mundo invisible! ¡Pueda ella, *como las precedentes, ser apreciada* por vos, y sobre vos producir un efecto saludable!

¡Aspiramos sin cesar a una comunión más íntima con el AMOR más puro que se haya manifestado en el hombre y que se glorificó en Jesús, el Nazareno!

Muy venerada Emperatriz, nuestra felicidad futura está en nuestro poder, toda vez que nos es concedida la gracia de

comprender que solo el amor nos puede brindar la felicidad suprema, y que solo la fe en el amor divino hace que nazca en nuestros corazones el sentimiento que nos hace eternamente felices, esa fe que desarrolla, purifica y completa nuestra aptitud para amar.

Aún tengo que comunicaros muchos temas. Intentaré apresurar la continuación de lo que comencé a exponeros, y me consideraría muy dichoso de haber podido ocupar de manera agradable y útil algunos momentos de vuestra preciosa vida.

JEAN GASPAR LAVATER

Zurich, 16 - XII -1798.

Carta de un difunto a su amigo,
*sobre las relaciones que existen entre los Espíritus
y aquellos a quienes han amado en la Tierra.*

Mi bienamado, ante todo debo advertirte que, de las mil cosas que con el estímulo de una noble curiosidad deseas aprender de mí, y que yo tanto quisiera decirte, apenas me atrevo a comunicarte una sola, dado que no dependo de mí en absoluto. Mi voluntad depende, conforme ya te he dicho, de la voluntad de Aquel que es la suprema sabiduría. Mis relaciones contigo no se basan en otra cosa más que en tu amor. Esta sabiduría, este amor personificados, a menudo nos impulsan a mí y a mis mil veces mil partícipes de una felicidad que se torna continuamente más elevada y embriagadora para los hombres aún mortales, y hacen que mantengamos con ellos relaciones ciertamente agradables para nosotros, aunque muchas veces oscurecidas y no siempre bastante puras y san-

tas. Recibe de mí algunas nociones acerca de esas relaciones. No sé cómo lograré hacerte comprender esta gran verdad, que probablemente te asustará mucho, a pesar de su realidad: *con frecuencia nuestra propia felicidad depende —relativamente, por supuesto— del estado moral de aquellos que hemos dejado en la Tierra, y con los cuales entramos en relación directa.*

Su sentimiento religioso nos atrae; su iniquidad nos aleja.

Nos regocijamos con sus puras y nobles alegrías, es decir, con sus alegrías espirituales y desinteresadas. Su amor contribuye a nuestra felicidad; pero también sentimos otro sentimiento, que si bien no es semejante al dolor, al menos se trata de una disminución del placer, cuando ellos se dejan ENSOMBRECER por su sensualidad, su egoísmo, sus pasiones animales o la impureza de sus deseos.

Amigo mío, te ruego que te detengas ante esta palabra: ENSOMBRECER.

Todo pensamiento divino produce un rayo de luz que surge del hombre amante, y que solo es visto y comprendido por las naturalezas amantes y radiantes. Toda especie de amor posee un rayo de luz que le es particular. Ese rayo se une a la aureola que envuelve a los santos y hace que esta se torne aún más resplandeciente y agradable a la vista. Del grado de esa claridad y de esa amenidad depende a menudo el grado de nuestra propia felicidad, o de la felicidad que sentimos respecto de nuestra existencia. Cuando el amor desaparece, esa luz se extingue, y con ella el elemento de felicidad de aquellos que amamos. Un hombre que se torna extraño al amor se *ensombrece*, en el sentido más literal y positivo de esa palabra; se torna más material y, por consiguiente, más elemental, más terrestre, y las tinieblas de la noche lo cubren con su velo. La vida, o lo que para nosotros es lo mismo: el amor del hombre

produce el grado de su luz, su pureza luminosa, su identidad con la luz, la magnificencia de su naturaleza.

Solo estas últimas cualidades hacen que nuestras relaciones con él sean posibles e íntimas. La luz atrae a la luz. Nos resulta imposible obrar sobre las almas sombrías. Todas las naturalezas no amantes nos parecen sombrías. La vida de cada mortal, su verdadera vida, es como su amor; su luz se asemeja a su amor; de su luz resulta nuestra comunicación con él y la suya con nosotros. Nuestro elemento es la luz, cuyo secreto ningún mortal comprende. La atraemos y somos atraídos por ella. Esa vestimenta, ese órgano, ese vehículo, ese elemento, en el que reside la fuerza primitiva que todo lo produce, la luz, en suma, forma para nosotros el rasgo característico de todas las naturalezas.

Nosotros iluminamos en la medida de nuestro amor; se nos reconoce por esa claridad, y somos atraídos por las naturalezas amantes y radiantes como nosotros. Por efecto de un movimiento imperceptible, al imprimir cierta dirección a nuestros rayos, podemos hacer que en las naturalezas que nos resultan simpáticas nazcan ideas más humanas, podemos generar acciones, sentimientos más nobles y elevados; pero *no tenemos el poder de forzar o dominar a nadie, ni de imponer nuestra voluntad a los hombres cuya voluntad es por completo independiente de la nuestra. El libre albedrío del hombre es sagrado para nosotros.* Nos resulta imposible comunicar un solo rayo de nuestra pura luz a un hombre que carece de sensibilidad. Él no posee ningún sentido, ningún órgano que le permita recibir de nosotros la menor cosa. Del grado de sensibilidad que posee un hombre depende —¡oh! permíteme que te lo repita en cada una de mis cartas— su aptitud para recibir la luz, su simpatía con las naturalezas luminosas y con su prototi-

po primordial. De la ausencia de luz nace la incapacidad de aproximarse a las fuentes de la luz, mientras que millares de naturalezas luminosas pueden ser atraídas por una sola naturaleza semejante.

El Hombre-Jesús, resplandeciente de luz y de amor, fue el punto luminoso que incesantemente atraía hacia sí legiones de ángeles. Naturalezas sombrías, egoístas, atraen hacia ellas Espíritus sombríos, groseros, privados de luz, malvados, y son demasiado envenenadas por ellos, mientras que las almas amantes todavía se vuelven aún más puras y amantes, por su contacto con los Espíritus buenos y amantes.

Jacob adormecido, lleno de sentimientos piadosos, ve a los ángeles del Señor que acuden a él en multitud, y la sombría alma de Judas Iscariote otorga al jefe de los Espíritus sombríos el derecho, yo diría incluso el poder, de penetrar en la sombría atmósfera de su atroz naturaleza. Los Espíritus radiantes abundan ahí donde se encuentra un Elíseo; legiones de Espíritus sombríos pululan entre las almas sombrías.

Mi bienamado, medita bien acerca de lo que acabo de decirte. Encontrarás numerosas aplicaciones para eso en los libros bíblicos, que contienen verdades aún intactas, así como instrucciones de la mayor importancia, acerca de las relaciones que existen entre los mortales y los inmortales, entre el *mundo material* y el *mundo de los Espíritus*.

Solo depende de ti colocarte bajo la influencia benéfica de los Espíritus amantes, o alejarlos de ti; puedes mantenerlos junto a ti o forzarlos a que te dejen. De ti depende que yo sea más o menos feliz.

Ahora debes comprender que todo ser amante se torna más feliz cuando encuentra a un ser tan amante como él; que

el más feliz y el más puro de los seres se torna menos feliz cuando descubre una disminución de amor en aquel al que ama; que el amor abre el corazón al amor, y que la ausencia de ese sentimiento hace más difícil, y a menudo hasta imposible, el acceso a toda comunicación íntima.

Si deseas que yo, que disfruto de la felicidad suprema, sea aún más feliz, tórnate aún mejor. De ese modo harás que me vuelva más radiante y podrás simpatizar mejor con las naturalezas radiantes e inmortales. Ellas se apresurarán para acudir a tu lado; su luz se reunirá con la tuya, y la tuya con la de ellas; su presencia te hará más puro, más radiante, más vivaz. Además, lo que te resultará difícil de creer, pero que no por eso deja de ser menos positivo, es que ellas mismas, por efecto de *tu* luz, de la luz que irradiarás, se tornarán más luminosas, más vivaces, más felices de su existencia y, por efecto de tu amor, aún más amantes.

Mi bienamado, existen relaciones imperecederas entre lo que denominas mundo *visible* y mundo *invisible*, una comunidad incesante entre los habitantes de la Tierra y los del Cielo que saben amar, una acción benéfica recíproca de cada uno de esos mundos sobre el otro.

Si meditas y analizas esta idea con cuidado, reconocerás cada vez más su verdad, su urgencia y su santidad.

No lo olvides, hermano de la Tierra: ¡vives visiblemente en un mundo que todavía es invisible para ti!

¡No lo olvides! ¡En el mundo de los Espíritus amantes se regocijarán por tu crecimiento en el amor puro y desinteresado!

Estamos junto a ti, cuando crees que estamos muy lejos. Nunca un ser amante está solo y aislado.

La luz del amor perfora las tinieblas del mundo material, para ingresar en un mundo menos material.

Los Espíritus amantes y luminosos se encuentran siempre en las proximidades del amor y de la luz.

Estas palabras del Cristo son literalmente verdaderas: “Donde dos o tres se encuentren reunidos en mi nombre, ahí estaré con ellos”.

También es indudablemente cierto que podemos *afligir* al espíritu de Dios con nuestro egoísmo, así como *regocijarlo* con nuestro verdadero amor, conforme al sentido profundo de estas palabras: “Lo que atáis en la Tierra es atado en el Cielo; lo que desatéis en la Tierra será desatado en el Cielo”. Desatáis con el egoísmo; atáis con la caridad, es decir, con el amor. Vosotros os aproximáis y os alejáis de nosotros. Nada es tan claramente comprendido en el Cielo como el amor de los que aman en la Tierra.

Nada es tan atractivo, para los Espíritus bienaventurados que pertenecen a todos los grados de perfección, como el amor de los hijos de la Tierra.

Vosotros, que aún sois llamados mortales, por el amor podéis hacer que el Cielo descienda a la Tierra.

Podrías mantener con nosotros, los bienaventurados, una comunicación infinitamente más íntima de lo que podrías suponer, si vuestras almas se abrieran a nuestra influencia mediante los impulsos del corazón.

Muchas veces estoy junto a ti, ¡mi bienamado! Me gusta encontrarme en tu ámbito de luz.

Permíteme dirigirte algunas palabras más, de confianza.

Cuando te enfureces, la luz que irradas, en el momento en que piensas en los que amas o en los que sufren, se oscu-

rece, y entonces me veo forzado a alejarme de ti, pues ningún Espíritu amante puede soportar las tinieblas de la ira. Hace poco tuve que dejarte. Por decirlo de algún modo, te perdí de vista y me dirigí hacia otro amigo, o mejor dicho, la luz de su amor me atrajo hacia él. Él oraba, derramando lágrimas por una familia benefactora que momentáneamente sufría grandes necesidades, y a la que él no estaba en condiciones de auxiliar. ¡Oh! ¡Cuán *luminoso* me pareció su cuerpo *terrestre*; fue *como si una claridad deslumbrante lo inundara!* Nuestro Señor se aproximó a él, y un rayo de su espíritu cayó en esa luz. ¡Qué felicidad fue para mí sumergirme en esa aureola y, revitalizado por aquella luz, hallarme en condiciones de inspirar en su alma la esperanza de un auxilio inminente! Me pareció escuchar una voz que vibraba en lo profundo de su alma y le decía: “¡No temas! ¡Cree! Disfrutarás la dicha de poder aliviar a aquellos por quienes acabas de rogar a Dios”. Mi amigo se levantó lleno de alegría después de la plegaria. En ese mismo instante, fui atraído hacia otro ser radiante, que también oraba... Era la noble alma de una virgen que rogaba y decía: “¡Señor! ¡Enséñame a hacer el bien conforme a tu voluntad!” Entonces yo pude y me atreví a inspirarle la siguiente idea: “¿Acaso no haré bien si le envío, a ese hombre caritativo al que conozco, un poco de dinero para que lo utilice hoy mismo a favor de alguna familia pobre?”

Ella se apegó a esa idea con una alegría infantil; la recibió como si se tratara de un ángel caído del Cielo. Esa alma piadosa y caritativa reunió una suma bastante considerable; después escribió una cartita muy afectuosa, dirigida al hombre por quien acababa de orar, quien la recibió, junto con el dinero, ¡apenas una hora después de su plegaria, derramando lágrimas de alegría y lleno de un profundo reconocimiento a Dios!

Por mi parte, seguí sus pasos, disfrutando yo mismo una felicidad suprema, regocijándome en su luz. Llegamos a la puerta de esa pobre familia. “¿Será que Dios tendrá piedad de nosotros?” –le preguntaba la piadosa esposa a su piadoso marido–. “Sí, Él tendrá piedad de nosotros, como nosotros la tuvimos por otros”. Al escuchar esa respuesta del marido, el que había orado se llenó de gozo; abrió la puerta y, sofocado por su ternura, apenas logró pronunciar estas palabras: “Sí, Él tendrá piedad de vosotros, como vosotros mismos la tuvisteis para con los pobres; aquí tenéis una demostración de la misericordia de Dios. El Señor ve a los justos y escucha sus ruegos”.

¡Con qué viva luz brillaron todos los presentes, cuando después de haber leído la cartita levantaron los ojos y los brazos al Cielo! Un sinnfín de Espíritus se apresuró a llegar de todas partes. ¡Cuánto nos alegramos! ¡Cuánto nos abrazamos! ¡Cuánto alabamos a Dios y lo bendijimos! ¡Cuánto más perfectos y más amantes nos tornamos!

En lo que a ti respecta, pronto brillarás de nuevo. Yo pude y me atreví a visitarte. Tú habías hecho tres cosas que me conferirían el derecho de aproximarme a ti y alegrarte: habías derramado lágrimas de vergüenza por tu ira; habías reflexionado, seriamente conmovido, acerca de los medios para dominarte; sinceramente habías pedido perdón a aquellos a quienes tu comportamiento había ofendido, y buscabas la manera de compensarlos, proporcionándoles alguna satisfacción. Esa preocupación devolvió la calma a tu corazón, la alegría a tus ojos, la luz a tu cuerpo.

Con este ejemplo puedes evaluar si nosotros estamos siempre bien enterados acerca de lo que hacen los amigos que hemos dejado en la Tierra, y cuánto nos interesamos por su estado moral. Ahora también debes comprender la *solidari-*

dad que existe entre el mundo visible y el mundo invisible, y que de ti depende proporcionarnos alegrías o afligirnos.

¡Oh! Mi bienamado. Si pudieras compenetrarte de esta gran verdad: un amor noble y puro encuentra en sí mismo su más bella recompensa; y los más puros goces, el goce de Dios, no son otra cosa que el producto de un sentimiento más purificado; entonces, te apresurarías a liberarte de todo lo que es egoísmo.

A partir de ahora, nunca podré escribirte sin retomar este asunto. Nada vale sin el amor. Sólo él posee la mirada clara, justa, penetrante, para distinguir lo que merece ser estudiado, lo que es eminentemente auténtico, divino, imperecedero. En cada ser mortal e inmortal, animado de un amor puro, nosotros vemos con un indescriptible sentimiento de placer que el propio Dios se refleja, tal como vosotros veis el sol que brilla en cada gota de agua pura. Todos los que aman, en la Tierra como en el Cielo, no son más que uno por el sentimiento. Del grado de amor depende el grado de nuestra perfección y de nuestra felicidad interior y exterior. Es tu amor el que regula tus relaciones con los Espíritus que han dejado la Tierra, tu comunicación con ellos, la influencia que pueden ejercer sobre ti, y su vínculo íntimo con tu Espíritu.

Al escribirte esto, un sentimiento de previsión, que nunca me engaña, me dice que tú te encuentras en este momento con una excelente disposición moral, dado que meditas una obra de caridad. Cada una de tus acciones, cada uno de tus pensamientos, llevan el sello particular, inmediatamente comprendido y apreciado por todos los Espíritus desencarnados. ¡Que Dios acuda en tu auxilio!

Escribí esto, para ti, el 16 - XII - 1798.

Sería superfluo destacar la importancia de estas cartas de Lavater, que en todas partes han despertado el más vivo interés. En ellas no solo se demuestra el conocimiento de los principios fundamentales del espiritismo, sino una justa apreciación de sus consecuencias morales. Apenas en algunos puntos parece que Lavater tuvo ideas un tanto diferentes de lo que sabemos en la actualidad, pero la causa de esas divergencias, que por otra parte tal vez se deban más a la forma que al fondo, está explicada en la siguiente comunicación, transmitida por él a la Sociedad de París. Nosotros no mencionaremos esas divergencias, porque cada uno las habrá identificado. Lo esencial era comprobar que, mucho antes de la aparición oficial del espiritismo, hombres cuya elevada inteligencia no podría ser puesta en duda, tenían la intuición de esa doctrina. Si no utilizaron la palabra *espiritismo*, es porque no existía.

Con todo, llamaremos la atención sobre un punto que podría parecer extraño. Me refiero a la teoría según la cual la felicidad de los Espíritus se hallaría subordinada a la pureza de los sentimientos de los encarnados, y se vería modificada por la más leve imperfección de estos. Si así fuera, considerando lo que son los hombres, no habría Espíritus realmente felices, y la dicha verdadera no existiría en el otro mundo, como tampoco existe en la Tierra. Los Espíritus sufren por los defectos de los hombres tanto menos cuanto más saben que estos son perfectibles. Los hombres imperfectos son para los Espíritus felices como niños cuya educación no es completa, y para la cual tienen la misión de trabajar, pues ellos también pasaron por el camino de la imperfección. Pero si se deja de lado lo que en el principio desarrollado en esta carta puede resultar demasiado drástico, no se podrá dejar de reconocer en él un sentido muy profundo, una admirable penetración de las le-

yes que rigen las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, y los matices que caracterizan el grado de adelanto de los Espíritus encarnados o desencarnados.

Opinión actual de Lavater acerca del espiritismo

Comunicación verbal a través del señor Morin,
en estado de sonambulismo espontáneo.

(Sociedad de París, 13 de marzo de 1868.)

Desde el momento en que la misericordia divina permitió que yo, una humilde criatura, recibiera la revelación a través de los mensajeros de la inmensidad, y hasta el día de hoy, uno a uno los años fueron cayendo en el abismo de los tiempos; y a medida que transcurrían, aumentaban también los conocimientos de los hombres, junto con la ampliación de su horizonte intelectual.

Después de que se me impartieran las escasas páginas que habéis leído, muchas otras fueron transmitidas en el mundo entero, sobre el mismo asunto y por el mismo medio. No supongáis que yo, humilde entre todos, pretenda haber sido el primero en tener el honor insigne de recibir un favor semejante. No; otros antes que yo también habían recibido la revelación. Pero, al igual que yo, ¡ellos comprendieron de manera incompleta algunas de sus partes! Sucede que es necesario, señores, tomar en cuenta la época, el nivel de instrucción moral y, sobre todo, el grado de emancipación filosófica de los pueblos.

Los Espíritus, de los cuales hoy tengo la dicha de formar parte, también integran pueblos y mundos, pero no tienen razas. Estudian, observan, y sus estudios pueden ser indiscuti-

blemente más importantes, más vastos que los estudios de los hombres. No obstante, parten siempre de los conocimientos adquiridos y del punto culminante del progreso moral e intelectual de la época y el medio en que viven. Si los Espíritus, esos mensajeros divinos, acuden diariamente a daros instrucciones de un orden más elevado, es porque la generalidad de los seres que las reciben se halla en condiciones de comprenderlas. Como resultado de la preparación que experimentaron, hay momentos en que los hombres no necesitan dejar pasar sobre sí la eternidad de un siglo para comprender. Tan pronto como se observa que el nivel moral se eleva rápidamente, una especie de atracción los conduce hacia una determinada corriente de ideas que deben asimilar, así como hacia el objetivo al que deben aspirar. Pero esos momentos son breves, y a los hombres les corresponde aprovecharlos.

He dicho que era preciso tomar en cuenta las épocas y, sobre todo, el grado de emancipación filosófica propio de cada etapa. Agradecido a la Divinidad, que mediante un favor especial me había permitido adquirir ciertos conocimientos más deprisa que otros hombres que habían partido del mismo punto, recibí comunicaciones de los Espíritus. Pero sobre mí pesaban la primera educación, las enseñanzas estrechas, la tradición y las costumbres. Si bien yo aspiraba a adquirir una libertad, una independencia de espíritu, y era un imán atractivo para los Espíritus que acudían a comunicarse conmigo, no conocía la ciencia que os fue revelada después, de modo que no podía atraer más que seres cuyas ideas fueran semejantes a las mías, a mis aspiraciones, y que, si bien con un horizonte más amplio, tenían la misma visión limitada. A eso de deben, os lo confieso, los pocos errores que habéis podido notar en lo que os llegó de mí; pero el fondo, el cuerpo principal, ¿acaso

no se halla, señores, de conformidad con todo lo que después os revelaron esos mensajeros a los que me referí hace poco?

Espíritu encarnado, por instinto conducido hacia el bien; naturaleza fervorosa, me apoderaba de un pensamiento, que me conducía hacia lo verdadero, tan rápidamente ¡ah! como de los que me conducían al error, y tal vez ahí se encuentre lo que motivó las inexactitudes de mis comunicaciones, sin que para rectificarlas dispusiera del control de los puntos de comparación. Porque para que una revelación sea perfecta es necesario que se dirija a un hombre perfecto, y ese hombre no existe. Así pues, solamente del conjunto se pueden extraer los elementos de la verdad. Eso es lo que vosotros pudisteis hacer; pero en mi época, ¿se podía formar un conjunto con algunas partes de lo verdadero, con algunas comunicaciones excepcionales? No. Me siento feliz de haber sido uno de los privilegiados del siglo pasado; obtuve algunas de esas comunicaciones directamente por mi intermedio, y la mayor parte a través de un médium, amigo mío, completamente ajeno al lenguaje del alma y, debo decirlo todo, incluso al del bien.

Feliz de compartir esas ideas con inteligencias que yo consideraba superiores a la mía, una puerta se abrió, y la atravesé con entusiasmo: di a conocer todas las revelaciones de la vida de ultratumba a una Emperatriz que, por su parte, las puso en conocimiento de su entorno, y así poco a poco.

Creedme, el espiritismo no fue revelado espontáneamente. Como todo lo que sale de las manos de Dios, se desplegó de manera progresiva, lenta y seguramente. Se hallaba en germen en el primer germen de las cosas, y creció con ese germen hasta que fue bastante fuerte para subdividirse hasta lo infinito y esparcir en todas partes su simiente fecunda y regeneradora. Gracias al espiritismo seréis felices y

estará asegurada la dicha de los pueblos, ¡qué digo!, la dicha de todos los mundos; porque el espiritismo –yo ignoraba esa palabra– está llamado a producir grandes revoluciones. Pero no os preocupéis, porque esas revoluciones nunca habrán de ensangrentar su bandera; son revoluciones morales, intelectuales; revoluciones gigantescas, más irresistibles que las provocadas por las armas, y mediante las cuales todo será llamado a transformarse de tal modo, que todo cuanto conocéis no es otra cosa más que un débil esbozo de lo que ellas producirán. El espiritismo es una palabra tan vasta, tan grande, por todo lo que contiene, que a mi juicio un hombre que pudiera conocerla en toda su profundidad no podría pronunciarla sin el debido respeto.

Señores, yo, un Espíritu muy pequeño, a pesar de la gran inteligencia por la que me honráis, y en relación con aquellos muy superiores a los que se me permite contemplar, acudo a deciros: ¿Creéis, entonces, que ha sido por efecto del acaso que esta noche habéis escuchado las ideas que Lavater había obtenido y escrito? No, no ha sido por acaso, pues mi mano periespiritual las dirigió con toda seguridad hacia vosotros. Pero si bien esas pocas ideas han llegado a vuestro conocimiento por mi intermedio, no creáis que yo haya buscado en eso una vana satisfacción del amor propio. No, lejos de eso. El objetivo era mayor, y no fue mío el propósito de que las conozca el mundo entero. Ese conocimiento tenía su utilidad, y sus consecuencias deben ser importantes; por eso se os ha permitido divulgarlo. En las menores cosas se encuentra el germen de las mayores renovaciones. Me siento feliz, señores, de que se me haya otorgado el derecho de haceros sentir el alcance que habrán de tener esas pocas reflexiones, esas comunicaciones, muy pobres comparadas con las que obtenéis

actualmente; y si yo vislumbro su resultado, si yo soy feliz por eso, ¿por qué razón vosotros no lo seréis?

Volveré, señores; y lo que he dicho esta noche es tan poco en comparación con lo que tengo por misión enseñaros, que apenas me atrevo a deciros: soy Lavater.

Pregunta. Os agradecemos las explicaciones que tuvisteis la bondad de brindarnos, y a partir de ahora estaremos muy contentos de incluiros entre nuestros Espíritus instructores. Recibiremos vuestras instrucciones con el más vivo reconocimiento. Mientras tanto, permitidnos una simple pregunta sobre vuestra comunicación de hoy:

1.º Habéis dicho que la Emperatriz puso esas ideas en conocimiento de su entorno, y así poco a poco. ¿Será gracias a tal iniciativa, surgida del sector más elevado de la sociedad, que la doctrina espírita encuentra tantos simpatizantes entre las personas más prominentes de Rusia? 2.º Un punto que me sorprende no haber visto mencionado en vuestras cartas es el gran principio de la reencarnación: una de las leyes naturales que más reflejan la justicia y la bondad de Dios.

Respuesta. Es evidente que la influencia de la Emperatriz y de otras grandes personalidades fue determinante para establecer en Rusia el desarrollo del movimiento filosófico en el sentido espiritualista. No obstante, si bien el pensamiento de los príncipes de la Tierra a menudo determina el de los grandes que se encuentran bajo su dependencia, no sucede lo mismo con los pequeños. Los que tienen chances de desarrollar en el pueblo las ideas progresistas son los hijos del pueblo; son ellos los que harán triunfar en todas partes los principios de solidaridad y de caridad que constituyen la base del espiritismo.

Además, en su sabiduría, Dios escalonó los elementos del progreso: *están arriba y abajo, con todas las formas, y preparados para combatir todas las resistencias*. Experimentan, de ese modo, un movimiento de vaivén constante, que no puede dejar de establecer la armonía de los sentimientos entre las clases altas y las bajas, a fin de que triunfen solidariamente los principios de autoridad y de libertad.

Como sabéis, los pueblos están formados por Espíritus que mantienen entre sí una determinada afinidad de ideas, que los predisponen en mayor o menor medida para asimilar las ideas de este o aquel orden, porque esas mismas ideas se encuentran latentes en ellos y solo esperan la oportunidad de desarrollarse. En tal sentido, el pueblo ruso y varios otros están en relación con el espiritismo. Por poco que el movimiento sea secundado, en vez de obstruido, no pasarán diez años antes de que todos los individuos, sin excepción, sean espíritas. Pero esos mismos obstáculos son útiles para templar dicho movimiento que, si bien es un poco lento, no deja de ser más reflexivo. La Omnipotencia, por cuya voluntad todo se cumple, sabrá remover los obstáculos cuando sea el momento. Un día el espiritismo será la fe universal, y todos se asombrarán de que no haya sido siempre así.

En cuanto al principio de la reencarnación terrestre, os confieso que mi iniciación no había llegado a tanto, y sin duda intencionalmente, porque yo no habría podido dejar de convertirla, como al resto de las revelaciones, en objeto de mis instrucciones a la Emperatriz, lo cual tal vez habría sido prematuro. Los que presiden el movimiento ascendente saben bien lo que hacen. Los principios nacen uno a uno según los tiempos, los lugares y los individuos, y a vuestra época es-

taba reservado verlos reunidos en un conjunto sólido, lógico e inexpugnable.

LAVATER

Educación del Más Allá

Nos han escrito desde Caen:

“Una señora y sus tres jóvenes hijas deseaban estudiar la doctrina espírita, pero no podían leer dos páginas sin sentir un malestar cuya causa no podían identificar. Un día me encontré en casa de esa familia con una joven médium sonámbula, muy lúcida. Ella se durmió espontáneamente y vio cerca suyo a un Espíritu al que reconoció como el padre L..., antiguo cura del lugar, muerto hacía unos diez años.

”*Pregunta:* ¿Sois vos, señor, el cura que no deja leer a esta familia?

”*Respuesta:* Sí, soy yo. Velo sin cesar sobre el rebaño confiado a mis cuidados. Hace mucho tiempo que os veo queriendo instruir a mis penitentes en vuestra lamentable doctrina. ¿Quién os dio derecho a enseñar? ¿Habéis hecho estudios para eso?

”*Pregunta:* Decidnos, señor cura, ¿estáis en el Cielo?

”*Respuesta:* No; no soy bastante puro para ver a Dios.

”*Pregunta:* ¿Estáis, entonces, en las llamas del Purgatorio?

”*Respuesta:* No; pues no sufro.

”*Pregunta:* ¿Habéis visto el Infierno?

”*Respuesta:* ¡Me hacéis temblar! ¡Vosotros me perturbáis! No os puedo responder, porque tal vez me digáis que debo estar en alguno de esos tres lugares. Tiemblo de pensar en lo que decís; sin embargo, me siento atraído hacia vosotros por la lógica de vuestros razonamientos. Volveré y discutiré al respecto con vosotros.

”En efecto, volvió muchas veces. Discutimos, y él comprendió tan bien, que se entusiasmó. Últimamente, exclamaba: ‘Sí, ahora soy espírita; decídselo a todos los que enseñan. ¡Ah! ¡Cómo quisiera que ellos comprendieran a Dios como este ángel ha logrado que yo lo conozca!’ Nos hablaba de Cárta, que nos había visitado y ante la cual él cayó de rodillas, diciendo que no era un Espíritu, sino un ángel. Desde ese momento, adoptó la misión de instruir a los que pretenden instruir a los demás.”

Nuestro corresponsal agrega el hecho siguiente:

“Entre los Espíritus que se presentan en nuestro círculo se encuentra el doctor X..., que toma el control de nuestro médium y que es como un niño. Hay que darle explicaciones de todo. Él progresa, comprende y está lleno de entusiasmo; visita a los científicos que conoció; quiere explicarles lo que ve, lo que ahora sabe, pero ellos no lo comprenden; entonces se irrita y los trata de ignorantes. Cierta día, en una reunión de diez personas, él tomó el control de la niña, como de costumbre (la joven médium a través de la cual hablaba y obraba); entonces me preguntó quién era yo y por qué sabía tanto sin haber aprendido nada; tomó mi cabeza con las manos y dijo: ‘Esta es la materia; en ella me reconozco; pero ¿cómo estoy aquí? ¿Cómo puedo hacer hablar a este organismo, que no es mío? Me habláis del alma; pero ¿dónde está la que habita en este cuerpo?’

”Después de haberle hecho notar el lazo fluídico que une el Espíritu al cuerpo durante la vida, él exclamó de repente, refiriéndose a la joven médium: ‘Conozco a esta niña; la he visto en mi consultorio; sufría del corazón. ¿Cómo puede ser que ya no esté enferma? Decidme, ¿quién la curó?’ Le hice notar que estaba equivocado, que nunca la había visto. ‘No –dijo él–, no me equivoco, y la prueba está en que le pinché el brazo y no sintió ningún dolor’.

”Cuando la jovencita se despertó, le preguntamos si había conocido a ese doctor y si se había tratado con él. ‘No sé si fue él –respondió–, pero en París me llevaron a un médico célebre, cuyo nombre no recuerdo, como tampoco su dirección.’

”Sus ideas se modifican rápidamente; ahora es un Espíritu que delira de felicidad por lo que sabe; quisiera demostrarle a todo el mundo que nuestra enseñanza es indiscutible. Lo que más lo preocupa es la cuestión de los fluidos. ‘Yo quiero –dice– curar como vuestro amigo; ya no quiero valerme de sustancias tóxicas; no las toméis nunca.’ Ahora estudia al hombre, ya no en su organismo, sino en su alma; nos pidió que le dijéramos cómo se operaba la unión del alma y el cuerpo en la concepción, lo que pareció dejarlo muy feliz. El buen doctor Demeure se manifestó a continuación, y nos dijo que no nos sorprendiéramos por las preguntas, a veces pueriles, que aquel médico nos hacía. Y nos dijo: ‘Es como un niño al que hay que enseñarle a leer en el gran libro de la naturaleza; pero como al mismo tiempo posee una gran inteligencia, se instruye rápidamente, para lo cual nosotros colaboramos desde nuestro lado’.”

Los dos ejemplos citados confirman estos tres grandes principios revelados por el espiritismo, a saber:

1.º El alma conserva en el mundo de los Espíritus, durante un tiempo más o menos prolongado, las ideas y los prejuicios que tenía en la vida terrenal;

2.º El alma se modifica, progresa y adquiere nuevos conocimientos en el mundo de los Espíritus;

3.º Los encarnados pueden contribuir al progreso de los Espíritus desencarnados.

Estos principios, que son el resultado de innumerables observaciones, poseen una importancia capital, por el hecho de que derriban todas las ideas que las creencias religiosas implantaron acerca del estado estacionario y definitivo de los Espíritus después de la muerte. Dado que se ha demostrado el progreso en el estado espiritual, todas las creencias fundadas en la perpetuidad de cualquier situación uniforme caen ante la autoridad de los hechos. También caen ante la razón filosófica, la cual afirma que el progreso es una ley de la naturaleza, y que el estado estacionario de los Espíritus implicaría, al mismo tiempo, la negación de esa ley y de la justicia de Dios.

Del progreso del Espíritu fuera de la encarnación se sigue otra consecuencia no menos capital: al volver a la Tierra, el Espíritu lleva consigo un acervo doble, adquirido en las existencias anteriores y en la erraticidad. Así se realiza el progreso de las generaciones.

Es indiscutible que, cuando el médico y el sacerdote de quienes se habló anteriormente renazcan, llevarán consigo ideas y opiniones completamente diferentes de las que tenían en la existencia que acaban de dejar; uno ya no será fanático; el otro ya no será materialista, y ambos serán espíritas. Otro tanto puede decirse del Dr. Morel Lavallé, del obispo de Bar-

celona, y de tantos otros. Es útil, pues, para el futuro de la sociedad, ocuparse de la educación de los Espíritus.

El doctor Philippeau

Impresiones de un médico materialista en el mundo de los Espíritus

En una reunión familiar íntima, en la que se ocupaban de obtener comunicaciones a través de la tiptología, dos Espíritus conversaban, manifestándose espontáneamente, sin ninguna evocación previa y sin que nadie hubiera pensado en ellos. Uno era el Espíritu de un médico distinguido, que designaremos con el nombre de Philippeau, muerto hacía poco, y que en vida había profesado abiertamente el más absoluto materialismo; el otro era el Espíritu de una mujer, que firmó *Santa Victoria*. A continuación, transcribiremos esa entrevista. Vale destacar que las personas que obtuvieron tales manifestaciones solo conocían al médico por su reputación, pero no tenían la menor idea de su carácter, sus hábitos ni sus opiniones. Así pues, la comunicación no podía ser en modo alguno el reflejo del pensamiento de esas personas, y menos aún porque, dado que se obtuvo mediante la tiptología, era por completo inconsciente.

Preguntas del médico: El espiritismo me enseña que es necesario esperar, amar, perdonar; yo haría todo eso si supiera

cómo debo comenzar. ¿Qué hay que esperar? ¿Qué hay que perdonar, y a quién? ¿A quién hay que amar? Respondedme.

PHILIPPEAU

Respuesta: Hay que tener esperanza en la misericordia de Dios, que es infinita; hay que perdonar a los que nos han ofendido; hay que amar al prójimo como a nosotros mismos; hay que amar a Dios, para que Dios nos ame y nos perdone; hay que orar a Él y darle gracias por todas sus bondades, por todas nuestras miserias, porque miseria y felicidad nos vienen de Él; es decir, todo nos viene de Él conforme a nuestros merecimientos.

Aquel que ha expiado, más tarde recibirá su recompensa: cada cosa tiene su razón de ser, y Dios, que es soberanamente bueno y justo, da a cada uno según sus obras. Amar y orar, en eso consiste toda la vida, toda la eternidad.

SANTA VICTORIA

El médico: Quisiera satisfaceros con toda mi alma, señora, pero mucho me temo que no podré hacerlo plenamente; con todo, voy a intentarlo.

Una vez muerto, materialmente hablando, yo pensaba que todo se habría terminado. Entonces, cuando mi materia quedó inerte, me invadió el asombro, el horror, porque sentía que aún estaba vivo.

Vi a esos hombres cargando mi cuerpo, y me dije: “¡Pero si yo no estoy muerto! ¿Acaso esos médicos imbéciles no ven que estoy vivo, que respiro y camino, que los veo, que acompaño a toda esa gente que acude a mi entierro...? ¿Qué es

lo que entierran...? Ese no soy yo...” Escuchaba a unos y a otros: “Pobre Philippeau –decían–, curó a muchos, mató a pocos; hoy es su turno; cuando llega la muerte, perdemos el tiempo”. Por más que yo gritara: “¡Pero Philippeau no muere así; no estoy muerto!”, no me escuchaban, no me veían.

Así pasaron tres días; yo había desaparecido del mundo, pero me sentía más vivo que nunca. Ya sea por acaso, o por la Providencia, mis ojos se detuvieron en un opúsculo de Allan Kardec. Leí sus descripciones sobre el espiritismo, y me pregunté: “¿Será que soy un Espíritu...? Leí, releí, y entonces comprendí la transformación de mi ser: ya no era un hombre, ¡sino un Espíritu...! Sí; pero ¿qué tenía que hacer en ese mundo nuevo, en ese nuevo ambiente...? Yo erraba, buscaba: encontré el vacío, la oscuridad, en suma: el abismo.

Así pues, ¿qué había hecho yo, al dejar el mundo, para habitar en esas tinieblas...? ¿Es negro el Infierno? ¿En ese Infierno caí...? ¿Por qué...? ¿Porque trabajé toda mi vida? ¿Porque dediqué mi existencia a curar a unos y a otros, a salvarlos cuando mi ciencia lo permitía...? ¡No! ¡No...! Entonces, ¿por qué...? ¡Busco! ¡Busco...! Nada; no encuentro nada.

Entonces volví a leer a Allan Kardec: tener esperanza, perdonar y amar, esa es la solución. Ahora comprendo el resto; lo que no había comprendido, lo que había negado: debo rogar a Dios, el Ser invisible y supremo. Lo que yo había hecho para la ciencia, debía hacerlo para Dios: estudiar y llevar a cabo mi misión espiritual. Comprendo esas cosas vagamente aún, y veo extensos combates en mi mente, porque un mundo nuevo se despliega ante mí, y retrocedo espantado al ver el camino que me espera. No obstante, decís que es preciso expiar; esta Tierra me resultó muy penosa, ¡porque me hizo falta más sufrimiento del que os podáis imaginar para llegar

hasta donde llegué! La ambición era mi único móvil; yo lo deseaba, y llegué.

Ahora todo está por hacerse. Hice todo lo contrario de lo que debía. Aprendí, investigué la ciencia, no por amor al conocimiento, sino por ambición, para ser más que otros, para que hablaran de mí. Curé a mi prójimo, no para aliviar su dolor, sino para enriquecerme. En una palabra, fui todo para la materia, cuando se debe ser todo para el espíritu. ¿Cuáles son hoy mis obras? ¿La riqueza? ¿La ciencia? ¡Nada! ¡Nada! Todo está por hacerse.

¿Tendré valor para eso? ¿Tendré la fuerza, los medios, la facilidad...? El mundo espiritual en el que deambulo es un enigma; desconozco la plegaria. ¿Qué hacer? ¿Quién me ayudará? Tal vez vos, que ya me respondisteis... ¡Tened cuidado! La tarea es ruda, difícil; el aprendiz es rebelde a veces... Con todo, intentaré rendirme a vuestras buenas razones, y agradezco por adelantado vuestra amabilidad.

PHILIPPEAU

EL ESPIRITISMO EN TODAS PARTES

La literatura contemporánea, periódica y de otros géneros, se impregna a diario con ideas espíritas; tanto es así que, como lo hemos dicho desde hace tiempo, esas ideas son una mina fecunda para las actividades creativas, rica en imágenes poéticas y escenas interesantes. En esas ideas los escritores cosechan a manos llenas. En cambio, las doctrinas materialistas

les ofrecen un campo demasiado limitado y prosaico. ¿Qué se puede extraer de ellas que sea apto para que llegue al corazón y eleve el pensamiento? ¿Qué clase de poesía ofrece la perspectiva de la nada, de la destrucción eterna de uno mismo o de aquellos a quienes se ama? El materialista siente la necesidad de hablarle al alma de sus lectores, en caso de que no quiera dejarlos helados, así como de otorgarle un alma a sus personajes, si pretende que haya interés en ellos. En todos los tiempos los poetas y los literatos han extraído de las ideas espiritualistas sus más bellas imágenes y sus escenas más conmovedoras. Pero actualmente, el espiritismo, al precisar las creencias acerca del porvenir, otorga a esas ideas una consistencia y un énfasis que antes no tenían, y abre un nuevo campo que comienza a ser explorado. Ya hemos citado numerosos ejemplos al respecto, y continuaremos haciéndolo de vez en cuando, porque se trata de una señal característica de la reacción que se opera en las ideas.

Además de las obras literarias propiamente dichas, la prensa también registra diariamente hechos que integran el cuadro del espiritismo.



La condesa de Montecristo

Con este título, *La Petite Presse* [*La Pequeña Prensa*] publica un folletín en el cual se encuentran los siguientes párrafos, extraídos de los capítulos XXX y XXXI:

“—Mi Paraíso, querida madre —decía a la condesa de Montecristo su hija agonizante—, será permanecer a tu lado,

¡cerca de tí! Siempre viva en tus pensamientos, *te escucharé y te responderé, conversando bajito con tu alma.*

”—Cuando la flor perfume el jardín, y tú la llesves a tus labios, ¡yo estaré en la flor y seré yo quien reciba el beso! También seré el rayo, el aliento que pasa, el murmullo que se deja oír. El viento que agitará tus cabellos será mi caricia; el aroma que de las lilas florecidas se elevará hacia tu ventana será mi aliento; el canto lejano que te hará llorar será mi voz...

”(...)

”—¡Madre, no blasfemes! ¡Nada de cólera contra Dios! ¡Ah! *Esas cóleras y esas blasfemias tal vez nos separen para siempre.*

”*Mientras permanezcas en este mundo, yo seré tu compañera de exilio; pero más tarde, cuando resignada ante la voluntad de nuestro Padre, que está en los Cielos, hayas cerrado los ojos para no volver a abrirlos, entonces estaré junto a tu cama, esperando tu liberación; y ebrias de una alegría eterna, nuestros corazones, unidos para siempre, enlazados para la eternidad, volarán con un mismo impulso hacia el Cielo clemente. ¿Comprendes esa alegría, madre? Nunca te dejaré, te amaré siempre, ¡siempre! ¿Comprendes que seremos a la vez, por así decirlo, dos seres distintos en uno solo; que seremos tú y yo al mismo tiempo? Amar y saber que se es amada, y que la medida del amor que se inspira es la misma que la del que se siente.*

”Aquí no nos conocemos; te ignoro, como tú me ignoras. *Entre nuestros Espíritus, nuestros cuerpos son un obstáculo; no nos vemos más que confusamente, a través del velo de la carne. Pero allá, en lo Alto, leeremos claramente en el corazón el uno de la otra. ¡Y saber hasta qué punto nos amamos será el auténtico Paraíso!*

”¡Ah! Todas esas promesas de una dicha mística e infinita, lejos de calmar las angustias de la condesa Helena, no hacían más que tornarlas más intensas, y la impulsaban a calcular el valor del bien que iba a perder.

”No obstante, con intervalos, impulsada por aquellas palabras inspiradas, el alma de Helena se elevaba casi a las alturas serenas donde fluctuaba la de su hija Pippione. Sus lágrimas se detenían, la calma regresaba a su pecho destrozado; *le parecía que seres invisibles flotaban en el cuarto y le susurraban a Blanche las palabras a medida que las pronunciaba.*

”La niña estaba dormida, y en su sueño *parecía conversar con alguien a quien no veía, escuchar voces que solo ella oía, y responderles.*

”De repente, un brusco temblor agitó sus miembros frágiles; abrió enteramente sus grandes ojos y llamó a la madre, que descansaba apoyada en la ventana.

”La madre se aproximó al lecho, y Pippione tomó su mano, con la mano humedecida por los últimos sudores.

”—Llegó el momento —le dijo—. Esta noche es la última. *Ellos me llaman; ¡los escucho!* Mucho quisiera poder quedarme, pobre madre, pero no puedo; la voluntad de ellos es más fuerte que la mía. *Me llaman desde lo alto.*

”—¡Locura! —exclamó Helena—. ¡Visión! ¡Sueño! ¡Morirte hoy, esta noche, entre mis brazos? ¡Es imposible!

”—No, morir no —dijo Pippione—. *¡Nacer! Salgo del sueño, en vez de entrar; la pesadilla ha terminado; me despierto.* ¡Oh! ¡Si supieras cuán bello es esto, y cuánta luz brilla aquí; ante esa luz vuestro sol no es más que una mancha negra!

”Se dejó caer sobre la almohada; hizo silencio un instante, y después continuó:

”—Son breves los instantes que me quedan junto a vosotros. Quiero que todos estéis aquí para brindarme eso que llamáis un eterno adiós, que en realidad *no es más que un hasta pronto*. Todos, ¿me entendéis? Tú primero, y luego el buen doctor, Úrsula, Cipriana y José.

”El último nombre fue pronunciado más bajo que los otros; era el último suspiro, el último lamento humano de Pippione. A partir de ese instante, ella pertenecía por completo al Cielo...

”(...)

”—¡Era mi hija!

”—¡Era...! —repitió con voz casi paternal el doctor Ozam, atrayendo a Helena hacia su pecho—. ¡Era...! No lo es más... ¿Qué quedó aquí? ¿Un poco de carne medio descompuesta, nervios que ya no vibran, sangre que se coagula, ojos sin mirada, una garganta sin voz, oídos que ya no escuchan, un poco de lodo!

”—¡Vuestra hija! ¿Ese cadáver, en el que la naturaleza fecunda ya hace germinar la vida inferior que habrá de esparcir sus elementos? ¡Vuestra hija! ¿Ese lodo que mañana reverdecerá en hierba, florecerá en rosas, y le devolverá al suelo las fuerzas vivas que de él sustrajo? No; no. ¡Eso no es vuestra hija! *¡Eso es apenas la vestimenta delicada y encantadora que ella había creado para transitar nuestra vida de probaciones, un andrajo que abandonó desdeñosamente, como un vestido viejo que se tira!*

”—Si queréis tener un recuerdo vivo de vuestra hija, pobre señora, es preciso mirar más allá... y más alto.

”—¿Vos también creéis, doctor, en esa otra vida? —preguntó ella—. Dijisteis ser materialista.

”El doctor mostró una leve sonrisa irónica.

”—Tal vez lo sea, pero no de la manera como vos lo entendéis.

”—No creo en otra vida, sino en la vida eterna, en la vida que no ha tenido comienzo y que, por consiguiente, no tendrá fin. Cada ser, *que al comienzo es igual a los otros*, realiza, por así decirlo, la educación de su alma, y amplía sus facultades y su poder en la medida de sus méritos y de sus actos. La consecuencia inmediata de esta argumentación es que esa alma más perfecta agrega alrededor suyo una envoltura también más perfecta. Por último, *llega un día en que esa envoltura no le sirve más*, y entonces, como se dice, el alma rompe el cuerpo.

”—¿Pero lo rompe para buscar otro más acorde a sus necesidades y sus cualidades nuevas? ¿Dónde? ¿Quién lo sabe? Tal vez en uno de esos mundos superiores que brillan sobre nuestras cabezas, en un mundo donde encontrará un cuerpo más perfecto, dotado de órganos más sensibles, ¡y por eso mismo mejor y más dichoso!

”(…)

”—Nosotros mismos, seres perfectos, dotados desde el primer día con todos los sentidos que nos ponen en relación con la naturaleza exterior; ¡cuántos esfuerzos necesitamos! ¡Cuántos trabajos latentes hacen falta para que el niño llegue a ser hombre; y el ser ignorante y débil, rey de la Tierra! Sin cesar, hasta la muerte, los valientes y los buenos perseveran en esta vida ardua de trabajo; amplían su inteligencia con el estudio, su corazón con la entrega. Es el trabajo misterioso de la crisálida humana, el trabajo mediante el cual ella adquiere el poder y el derecho de romper la envoltura del cuerpo y volar con sus alas.”

OBSERVACIÓN: El autor, que hasta aquí había mantenido el anonimato, es el señor du Boys, un joven dramaturgo. A juzgar por algunas expresiones casi textuales, es evidente que se ha inspirado en la doctrina espírita.



El barón Cloutz

Con el título *Un voto humanitario - Anacharsis Cloutz, barón prusiano, convencional francés, a sus conciudadanos de París y de Berlín*, el periódico *Le Progrès* [*El Progreso*], de Lyon, del 27 de abril de 1867, publicó con forma de carta, supuestamente escrita desde el otro mundo por el convencional Cloutz, un artículo bastante extenso, que comienza así:

“En el otro mundo, en el que habito desde la terrible jornada del 24 de marzo de 1794, jornada que —debo confesarlo— me ha desilusionado un poco respecto de los hombres y de las cosas, solamente la palabra *guerra* conserva el privilegio de recordarme las preocupaciones de la política terrestre. Aquello que más amé —¡qué digo amé!—, aquello que más adoré y serví cuando vivía en vuestro planeta, fue la fraternidad de los pueblos y la paz. A ese gran objeto de estudio y de amor le entregué una garantía bastante seria: mi cabeza, a la cual mis cien mil libras de renta le agregaban —según muchas personas— un importante valor. Lo que me consolaba un poco al subir los peldaños del cadalso eran los considerandos con los que Saint-Just acababa de justificar mi arresto. Decía, si recuerdo bien, que a partir de ese momento la paz, la justicia y la probidad estarían incluidas en el orden del día. Yo habría dado mi vida —digo

esto en voz alta y sin dudar—, y dos veces a falta de una, para obtener la mitad de ese resultado. Observad, por favor, que mi sacrificio era más completo y más profundo que el que hubiera hecho la mayoría de mis colegas. Yo era un hombre de buena fe y guardaba respeto a la justicia desde el fondo del corazón; no obstante, sin mencionar a los cultos, que me repugnaban, el Ser supremo de Robespierre en persona me irritaba los nervios, y la vida futura tenía para mí la apariencia de un bello cuento de hadas. Por cierto, vosotros me preguntaréis cómo es esa vida. ¿Acaso yo estaba equivocado? ¿Tenía razón? Ese es el gran secreto de los muertos. Juzgado vosotros mismos, por vuestra cuenta y riesgo. No obstante, parece que yo iba demasiado lejos, porque en esta ocasión solemne se me ha permitido escribiros”.

Dado que este artículo es exclusivamente político y se aparta de nuestro ámbito, hemos citado apenas un fragmento, para mostrar que incluso en esos temas tan serios se puede sacar provecho de la idea de que los muertos se dirigen a los vivos para retomar junto a ellos las relaciones interrumpidas. A cada momento el espiritismo ve que esa ficción se hace realidad, y es más que probable que él haya generado la idea de la que acabamos de presentar. Por otra parte, si esa ficción se considerase real, el espiritismo no la rechazaría.



Metempsicosis

“—¿Conocéis la causa de los ruidos que llegan hasta nosotros? —preguntaba la señora Des Genêts—. ¿Será alguna nueva escena de tigres enfurecidos, la que esos señores nos preparan?

”—Calmaos, querida amiga, todos están a salvo: nuestros vivos y nuestros muertos. ¡Escuchad la encantadora melodía del ruiseñor, que canta en ese sauce! Tal vez sea el alma de uno de nuestros mártires, que vuela alrededor nuestro con esa forma adorable. Los muertos tienen esos privilegios; y yo estoy gustosamente convencida de que muy a menudo ellos vuelven de ese modo, para permanecer junto a los que han amado.

”—¡Oh! ¡Si dijerais la verdad! —exclamó con viveza la señora Des Genêts.

”—Yo creo en eso sinceramente —dijo la joven duquesa—. ¡Es tan bueno creer en las cosas que consuelan! Por otra parte, mi padre, que es muy sabio, como bien sabéis, me aseguró que esa creencia había sido divulgada antiguamente por grandes filósofos. El propio Lesage también creía en ella.”

Este pasaje ha sido extraído de un folletín titulado: *El calabozo de la Torre de los Pinos*, de Paulin Capmal, publicado en *La Liberté*, del 4 de noviembre de 1867. En este caso, la idea no fue tomada de la doctrina espírita, porque esta siempre ha enseñado y demostrado que el alma humana no puede renacer en el cuerpo de un animal; pero eso no impide que determinados críticos, que ni siquiera han leído el abecé del espiritismo, repitan que esta doctrina profesa la metempsicosis. No obstante, aquí se mantiene el concepto de que el alma individual sobrevive al cuerpo y vuelve con una forma tangible para estar cerca de los que amó. Si bien la idea de la metempsicosis no es espírita, al menos es espiritualista, e incluso sería mejor creer en ella que no creer en nada. Esa creencia al menos no es desesperante como el materialismo; no tiene nada de inmoral, sino todo lo contrario, pues condujo a todos los pueblos que la profesaron a tratar a los animales con ter-

nura y benevolencia. En esta exclamación: *¡Es tan bueno creer en las cosas que consuelan!*, radica el gran secreto del éxito del espiritismo.



El entierro del señor Marc Michel

Leemos en *Le Temps* [*El Tiempo*], del 27 de marzo de 1868:

“Ayer, en el entierro del señor Marc Michel, el señor Jules Adenis dijo adiós, en nombre de la Sociedad de Dramaturgos, al escritor que la comedia alegre y frívola acaba de perder.

”Encuentro esta frase en su discurso:

” ‘Ferdinand Langlé fue quien recientemente ha precedido en la tumba a aquel a quien hoy lloramos... Y ¿quién lo sabe? ¿Quién puede decirlo...? Así como nosotros hemos acompañado hasta aquí estos despojos mortales, tal vez el alma de Langlé haya venido a recibir al alma de Marc Michel en el umbral de la eternidad’.

”Esta es sin duda una falta cometida por mi espíritu demasiado frívolo, pero confieso que me resulta difícil imaginar, con la seriedad adecuada, al alma del autor de *Sordomudo*, de *Compañera de lecho*, de *Una chupa sangre*, de *La huelga de los porteros*, acudiendo a recibir en el umbral de la eternidad al alma del autor de *Mamá Sabouleux*, de *Señoras de Montenfri-che*, de *Un tigre de Bengala* y de *La estación Champbaudet*”.

X. FEYRNET

El pensamiento expresado por el señor Jules Adenis se corresponde con el más puro espiritismo. Supongamos que el autor del artículo, el señor Feyrnet, a quien le cuesta mantener la *seriedad adecuada* cuando escucha decir que el alma del señor Langlé tal vez estuvo presente y acudió a recibir el alma de Marc Michel, hubiera tomado la palabra a su vez para expresarse de este modo: “¡Señores, el señor Adenis acaba de decirnos que el alma de nuestro amigo Langlé está aquí, que nos ve y nos escucha! ¡Sólo le faltaría agregar que también puede hablarnos! No le creáis una sola palabra. El alma de Langlé ya no existe; o bien, lo que es prácticamente lo mismo, se ha fundido en la inmensidad. De Marc Michel tampoco queda nada; y lo mismo ocurrirá con vosotros cuando os llegue la muerte, así como con vuestros parientes y amigos. Esperar a que ellos os escuchen y acudan a recibirnos en vuestro desembarco de la vida es una locura, es superstición, es iluminismo. Esto es lo positivo: cuando morimos, todo ha terminado”. ¿Cuál de los dos oradores habría recibido más adhesiones por parte de los asistentes? ¿Cuál habría enjugado más lágrimas e infundido más valor y resignación a los afligidos? El desdichado que ya no espera ningún alivio en este mundo, ¿no ha de tener razones para decirle a Feyrnet: “Si es como vos decís, terminemos con la vida cuanto antes”? Nos da lástima que el señor Feyrnet no pueda mantener la seriedad ante la idea de que su padre y su madre –si los ha perdido– siguen vivos, que velarán en su lecho de muerte, y que él volverá a verlos.



Un sueño

Extraído de *Le Figaro*, del 12 de abril de 1868:

“Por muy extraordinario que parezca el siguiente relato, el autor declara haberlo recibido del vicepresidente del Cuerpo Legislativo (el barón Jérôme David), lo cual hace que sus palabras cuenten con una autoridad indiscutible.

”Durante su estadía en Saint-Cyr, David fue testigo de un duelo entre dos de sus compañeros de promoción, Lambert y Poirée. Este último recibió una estocada y fue a curarse a la enfermería, adonde su amigo David concurría a verlo todos los días.

”Una mañana, Poirée se mostró singularmente perturbado. David lo presionó con preguntas hasta que terminó arrancándole la confesión de que su emoción se debía a una simple pesadilla:

”—Soñé que nos encontrábamos a la vera de un río; yo recibía una bala en la frente, arriba de un ojo, y tú me sostenías en tus brazos; yo sufría mucho y me sentía morir; te encomendaba a mi mujer y a mis hijos; entonces me desperté.

”—Amigo, tienes fiebre —le respondió David, sonriendo—. Recupérate; estás en tu cama; no eres casado y no tienes una bala sobre el ojo; eso fue un sueño simplemente. No te atormentes así, si quieres curarte deprisa.

”—Es extraño —murmuró Poirée—, nunca he creído en los sueños; en verdad no creo, pero estoy impresionado.

”Diez años después, el ejército francés desembarcaba en Crimea. Los de Saint-Cyr se habían perdido de vista. David, oficial ayudante asignado a la división del príncipe Napoleón, recibió la orden de remontar el Alma en busca de un vado. Para impedir que los rusos lo tomaran prisionero, la expedi-

ción recibió el apoyo de una compañía de escaramuzadores tomada del regimiento más cercano. Los rusos hacían caer una lluvia de balas sobre los hombres de la escolta, que se desplegaron como fusileros para contraatacar.

”No habían pasado diez minutos cuando uno de nuestros oficiales cae a tierra, herido de muerte. El capitán David se baja del caballo para socorrerlo; apoya la cabeza del oficial en su brazo izquierdo, toma la cantimplora prendida a su cintura y la coloca en los labios del herido. Un agujero abierto sobre un ojo le ensangrentaba el rostro; un soldado trae un poco de agua y la derrama sobre la cabeza del moribundo, que se lamentaba.

”David mira con atención los rasgos de ese hombre, que le resulta conocido; un nombre es pronunciado junto a él; no cabe duda; es él, ¡es Poirée! David lo llama; los ojos del oficial se abren, y entonces reconoce al compañero de Saint-Cyr...

”—¡David! ¿Tú aquí...? El sueño... mi mujer...

”Estas palabras entrecortadas no habían terminado, y ya la cabeza de Poirée caía inerte en los brazos de David. Poirée estaba muerto; dejaba a su mujer y a sus hijos el recuerdo y la amistad de David.

”No me atrevería a contar semejante historia si yo mismo no la hubiera escuchado del honorable vicepresidente del Cuerpo Legislativo.

”*Vox populi.*”

¿Con qué propósito el narrador agrega la expresión *Vox populi*? Podríamos traducirla así: Los hechos de esta naturaleza son tan frecuentes, que se hallan reconocidos por la *voz del pueblo*, es decir, por un consentimiento general.



Espíritus golpeadores en Rusia

Con fecha 8 de abril de 1868, nos envían desde *Riga* el siguiente fragmento de *Le Courier Russe* [*El Correo Ruso*], de San Petersburgo:

“¿Creéis en los Espíritus golpeadores? Yo no creo en absoluto. Sin embargo, acabo de ver un hecho material, tangible, que se aparta tanto de las reglas del sentido común y, además, se halla tan en desacuerdo con los principios de estabilidad y peso de los cuerpos —esos principios que me ha inculcado mi profesor de cuarto año—, que no sé cuál de los dos está más golpeado, el Espíritu o yo.

”Nuestro secretario de redacción recibió hace unos días a un señor de aspecto agradable, y de una edad tal que no se le podría atribuir la intención de jugarnos una broma de mal gusto. Concluidos los saludos, las presentaciones, etc., dicho señor informa que se hizo presente en nuestra oficina en busca de un consejo; que lo que le ocurre se encuentra tan al margen de los acontecimientos de la vida social, que se considera en la obligación de darlo a conocer.

”—Mi casa —dice él— está llena de Espíritus golpeadores. Todas las noches, alrededor de las diez, ellos comienzan sus ejercicios transportando los objetos menos transportables; golpean, saltan y, en una palabra, dejan toda la casa patas arriba. Recurrí a la policía; y hasta un soldado pasó varias noches en mi casa, pero el desorden no se detuvo, a pesar de que él desenvainaba su sable de manera amenazante ante cada alarma. Mi casa está aislada; solo tengo un sirviente, además de mi mujer y mi hija; y siempre estamos juntos cuando esos hechos ocurren. Vivo en una calle muy apartada, en Vassili-Ostroff.

”Yo había llegado durante la conversación, y lo escuchaba boquiabierto. Ya os he dicho que no creo en los Espíritus golpeadores; y en esa historia, mucho menos. Le expliqué a ese señor que para publicar tales hechos era preciso que estuviéramos convencidos de su existencia, y le propuse ir a verlos con mis propios ojos. Quedamos en encontrarnos esa noche; a las nueve yo estaba en la casa de ese hombre. Me introdujo en una pequeña sala, cuyo mobiliario es bastante confortable; luego examiné la disposición de las habitaciones: son cuatro en total, incluida la cocina, y ocupan el primer piso de una casa de madera; nadie vive arriba; la planta baja está ocupada por un almacén. Alrededor de las diez, estábamos reunidos en la sala: aquel hombre, su mujer, su hija, la cocinera y yo. Pasó media hora sin novedad alguna. De repente, se abrió una puerta y un zapato cayó en medio de la sala. Supuse que habría un cómplice, de modo que quise asegurarme de que la escalera estuviera vacía, pero en ese momento el zapato dio un salto sobre un mueble, y desde ahí cayó de nuevo al piso. Entonces llegó el turno de las sillas en la habitación contigua, cuya única salida daba a la sala que ocupábamos, y en la que yo acababa de verificar que no había nadie. Solo al cabo de una hora el silencio se restableció, y el Espíritu, los Espíritus, el astuto cómplice, o sabe Dios qué, desapareció, dejándonos tan estupefactos que —os lo puedo asegurar— no tenía una pizca de divertido. Estos son los hechos; los he visto con mis propios ojos. No me ocuparé de darles una explicación. Si vosotros deseáis hacerlo, tenemos a vuestra disposición todos los datos para que vayáis a hacer vuestras observaciones en el lugar”.

HENRY DE BRENNE

El hambre en Argelia

Los detalles que los periódicos exponen acerca del flagelo que en este momento diezma a las poblaciones árabes de Argelia no son para nada exagerados, y los confirman todas las correspondencias particulares. Uno de nuestros suscriptores de Sétif, el señor Dumas, tuvo a bien enviarnos una fotografía en la que se ve una multitud de indígenas reunidos frente a la casa que les brinda asistencia. Esa imagen, de una realidad dolorosa, viene acompañada por la siguiente noticia impresa:

“Después de los años sucesivamente calamitosos que atravesó nuestra gran colonia, un flagelo aún más terrible se abate sobre ella: el hambre.

”Apenas se han hecho sentir los primeros rigores del invierno, y ya vemos que a nuestra puerta los árabes se mueren de hambre. Llegan en grupos numerosos, semidesnudos, exhaustos, llorando de hambre y de frío, e imploran la conmiseración pública, disputándose con la voracidad de los perros algunas sobras arrojadas en la vía pública junto con las inmundicias.

”Si bien ellos también padecen crueles necesidades, los habitantes de Sétif no pueden contemplar con indiferencia tanta miseria. De inmediato y espontáneamente se organizó una comisión de beneficencia presidida por el señor Bizet, cura de Sétif. Se abrió una suscripción para que cada uno contribuya con su óbolo, de modo que en el presbiterio ya se distribuyen socorros diarios a doscientas cincuenta mujeres y niños indígenas.

”Los últimos días de enero, mientras la nieve abundante y largamente deseada caía en nuestras comarcas, fue posible

hacer más aún. Se instaló un horno en un amplio local; en él, dos veces por día, los miembros de la comisión distribuyen alimentos, ya no a doscientas cincuenta, sino a quinientas mujeres y niños indígenas. También ahí, esos desdichados encuentran refugio y un abrigo.

”Pero ¡ah! Los europeos se ven obligados, y muy de mala gana, a limitar los socorros que entregan a las mujeres y los niños... Para aliviar todas las miserias haría falta una buena cantidad del trigo que los poderosos caídos guardan en sus silos. No obstante, confían en que podrán continuar las entregas hasta mediados de abril”.

Por nuestra parte, ante esta circunstancia, no hemos abierto una suscripción especial en la oficina de la *Revista* porque sabíamos que nuestros hermanos en creencia no han sido los últimos en llevar sus donativos a las oficinas de su circunscripción que las autoridades abrieron para tal fin. Los donativos que nos han remitido con ese efecto fueron entregados allí.

A propósito de este tema, El capitán Bourgès, de la guarnición de Laghouat, nos ha escrito lo siguiente:

“Desde hace algunos años, las calamidades se suceden en Argelia: temblores de tierra, invasión de langostas, cólera, sequía, tifus, hambre, una profunda miseria, han afectado una tras otra a los indígenas, que ahora expían su imprevisión y su fanatismo. Los hombres y hasta los animales mueren de hambre y se apagan silenciosamente. El hambre se expande en Marruecos y en Tunes, pero creo que Argelia es la más afectada. No os imagináis cuán conmovedor es ver esos cuerpos pálidos y enfermizos, que buscan alimento en cualquier parte, disputándose a los perros vagabundos. Durante la mañana, esos esqueletos vivientes andan por el campo y se precipitan sobre el estiércol para extraer de él los granos de cebada que

los caballos no han digerido, y con los cuales se alimentan de inmediato. Otros roen huesos, para absorber el colágeno que puedan encontrar en ellos, o comen la escasa hierba que crece en los alrededores del oasis. En medio de esa miseria surgió un desenfreno espantoso, que se esparce en los suburbios de la colonia y propaga en los cuerpos materiales esas llagas corrosivas que debían de ser la lepra de la antigüedad. Mis ojos se cierran para no ver tanta vergüenza, y mi alma se eleva hacia el Padre celestial para rogarle que preserve a los buenos del contacto impuro, e infunda en los hombres débiles la fuerza para que no se dejen arrastrar hacia ese abismo malsano.

”La humanidad aún está muy lejos del progreso moral que según algunos filósofos ya se ha realizado. Alrededor mío solo veo epicúreos, que no quieren oír hablar del espíritu; no quieren salir de la animalidad; su orgullo les atribuye un noble origen, pero sus actos reflejan bastante lo que fueron otrora.

”Al ver lo que sucede, se podría creer realmente que la raza árabe está condenada a desaparecer de la Tierra, porque, a pesar de la caridad que se practica para con ella y del auxilio que recibe, se complace en su pereza, sin el menor sentimiento de gratitud. Esa miseria física, procedente de las llagas morales, todavía tiene su utilidad. El egoísta, obcecado, que se codea todo el tiempo con la persecución del infortunio, finalmente cede, y su corazón conmovido logra sentir las suaves alegrías que brinda la caridad. Acaba de nacer un sentimiento que no se apagará, e incluso tal vez surja otro: el de la gratitud en el corazón de aquel que es asistido. Entonces se forma un lazo de simpatía: nuevos socorros se presentan para recuperar la vida del desdichado que se apagaba, y que ahora pasa del desaliento a la esperanza. Lo que parecía un mal, hizo que nazca un bien: un egoísta menos y un valiente más”.

Los Espíritus no se equivocaban cuando anunciaron que calamidades de toda índole asolarían la Tierra. Sabemos que Argelia no es el único país sujeto a grandes penurias. En la *Revista* de julio de 1867, describimos la terrible enfermedad que desde hacía un año causaba estragos en la isla Mauricio. Una carta reciente nos informa que a esa enfermedad se han sumado nuevas desgracias, y muchas otras regiones en este momento son objeto de acontecimientos desastrosos.

¿Hace falta acusar a la Providencia de todas esas miserias? No, sino a la ignorancia, a la incuria, que es consecuencia de la ignorancia, al egoísmo, al orgullo y a las pasiones de los hombres. Dios sólo quiere el bien; todo lo ha hecho para el bien; ha otorgado a los hombres los medios para que sean felices, y son ellos quienes deben aplicarlos, si no quieren obtener la experiencia a la fuerza. Sería fácil demostrar que todas las calamidades podrían ser conjuradas, o por lo menos atenuadas, a fin de detener sus efectos. Nos ocuparemos de eso posteriormente, en una obra especial. Los hombres no deben quejarse más que de sí mismos por los males que padecen. Argelia nos ofrece en este momento un notable ejemplo: son las poblaciones árabes, despreocupadas e imprevisoras, embrutecidas por el fanatismo, las que sufren hambre, mientras que los europeos supieron evitarlo. Pero hay otras calamidades no menos desastrosas, contra las cuales estos últimos aún no han sabido precaverse.

La misma violencia del mal obligará a los hombres a buscar el remedio. Y cuando inútilmente hayan agotado los paliativos, comprenderán la necesidad de atacar el mal desde la raíz, por medios heroicos. Ese será uno de los resultados de la transformación que se opera en la humanidad.

Con todo, se nos preguntará: “¿Qué les importa, a los que sufren ahora, la felicidad de las generaciones futuras? Ellos habrán hecho el esfuerzo, y los otros habrán obtenido el beneficio; ellos habrán trabajado, cargado el fardo de todas las miserias inseparables de la ignorancia, preparado el camino; y los otros, dado que Dios los habrá hecho nacer en tiempos mejores, cosecharán. ¿En qué beneficia a las víctimas de los abusos de la Edad Media el sistema más sano en el que vivimos? ¿A eso se lo puede llamar justicia?”

Es un hecho que, hasta hoy, ninguna filosofía, como tampoco ninguna doctrina religiosa, habían resuelto este grave problema, aun cuando resulta de gran interés para la humanidad. Tan solo el espiritismo ofrece una solución racional a través de la reencarnación: esa clave de tantos problemas que se consideraban insolubles. Por el hecho de la pluralidad de las existencias, las generaciones que se suceden están compuestas por las mismas individualidades espirituales, que renacen en diferentes épocas y aprovechan las mejoras que ellas mismas prepararon, así como la experiencia que han adquirido en el pasado. Los que nacen no son hombres nuevos; son los mismos hombres, que renacen más adelantados. Cada generación que trabaja para el futuro, en realidad lo hace para su propio beneficio. No cabe duda de que la Edad Media fue una época muy calamitosa; al revivir en la actualidad, los hombres de entonces se benefician con el progreso realizado y son más felices, porque tienen mejores instituciones. Pero ¿quién hizo que esas instituciones sean mejores? *Los mismos que otrora habían hecho que fueran malas.* Dado que los hombres de la actualidad tendrán que revivir más tarde, en un medio aún más purificado, cosecharán lo que hayan sembrado; estarán más esclarecidos, y ni sus padecimientos ni sus trabajos ante-

riores habrán sido en vano. ¡Cuánto valor, cuánta resignación infundirá esta idea, cuando sea inculcada en el espíritu de los hombres! (Véase *La génesis*, Cap. XVIII, §§ 34 y 35.)

DISERTACIONES DE LOS ESPÍRITUS

Ayer, hoy y mañana

Comunicación verbal obtenida en estado de sonambulismo espontáneo.

Lyón, 2 de febrero de 1868.

¿Dónde estamos hoy? ¿Dónde está la luz? Todo es sombrío, todo es confuso alrededor nuestro. Ayer es el pasado; mañana es el futuro; hoy es el presente... ¿Qué es lo que distingue esos tres días? Hemos vivido ayer, también vivimos hoy, viviremos mañana, y siempre estamos en el mismo círculo. ¿De dónde ha salido, entonces, esta humanidad, y hacia dónde va? Misterio que solo mañana será resuelto.

Moisés es el tiempo pasado; Cristo, el tiempo presente; el Mesías que ha de venir, que es el mañana, todavía no apareció... Moisés tenía que combatir la idolatría; Cristo, a los fariseos; el Mesías que ha de venir también tendrá sus adversarios: la incredulidad, el escepticismo, el materialismo, el ateísmo y todos los vicios que oprimen al género humano... Tres épocas que señalan el progreso de la humanidad; etapas que se suce-

den una a la otra; ayer fue Moisés; hoy es el Cristo, y mañana será el nuevo Mesías.

Digo que hoy es el Cristo, porque su palabra, su doctrina, su caridad, sus sublimes enseñanzas, deben divulgarse en todas partes; porque –vosotros mismos lo veis– la humanidad no ha progresado mucho. Apenas dieciocho siglos nos separan del Cristo: dieciocho siglos de tinieblas, de tiranía, de orgullo y ambición.

Apropiaos del pasado, del presente; mañana contemplaréis vuestro futuro... Idólatras del pasado, fariseos del presente, adversarios del mañana, la luz brilla para todos los pueblos, para todos los mundos, para todos los individuos, ¡y vosotros no queréis verla!

Criatura, te desanimas hoy, que es el presente; esperas la realización de los prodigios anunciados; verás que se realizan. Dentro de poco toda la Tierra temblará... El siglo XX borrará el brillo de los siglos precedentes, porque verá la realización de lo que ha sido predicho.

El Mesías que debe presidir el gran movimiento regenerador de la Tierra ha nacido, pero aún no reveló su misión, y no se nos permite decir su nombre, ni el país en el que habita. Él se anunciará por sus obras, y los hombres temblarán ante su potente voz, porque el número de los justos todavía es muy pequeño.

Apegaos a la materia, hombres egoístas y ambiciosos, que solo vivís para satisfacer vuestras pasiones y vuestros deseos mundanos. Os queda poco tiempo; retenedlo, aseguradlo, porque el ayer es pasado, el hoy se acaba, y pronto será mañana.

¡Ay! Fariseo del presente, tú siempre esperas que resuene el trueno; tú no te asustas ante el relámpago precursor que

deslumbra tus ojos. Tú, que te complaces en el egoísmo y en el orgullo, que persistes en el pasado y en el presente... Tu futuro será ser rechazado hacia otro mundo, para que tu Espíritu pueda alcanzar un día la perfección a la que Dios te llama.

Vosotros, espíritas, que estáis aquí, que recibís las instrucciones de los Espíritus, sed pacientes, dóciles, conscientes de vuestros actos; no os desesperéis; aguardad con calma ese mañana que debe liberaros de todas las persecuciones. Dios, para quien no hay nada oculto, y que lee en los corazones, os ve y no os abandonará. La hora se aproxima, y pronto estaremos en el mañana.

Pero ese Mesías que debe venir, ¿es el propio Cristo? Cuestión difícil de comprender en el momento presente, y que mañana será resuelta. Como un buen padre de familia, Dios, que es plena sabiduría, no impone todo el trabajo a uno solo de sus hijos. Asigna a cada uno su tarea, según las necesidades del mundo hacia el que los envía. ¿Es preciso concluir que el nuevo Mesías no será tan grande ni tan poderoso como el Cristo? Eso sería absurdo; pero esperad a que llegue la hora para que comprendáis la obra de los mensajeros invisibles, que vinieron a despejar el camino, porque los Espíritus han hecho un inmenso trabajo. El espiritismo debe remover las grandes piedras que podrían dificultar el pasaje de aquel que debe venir. Ese hombre será poderoso y fuerte, y numerosos Espíritus están en la Tierra para allanar el camino y hacer que se cumpla lo que fue predicho.

Ese nuevo Mesías, ¿será llamado el Cristo? Esa es una pregunta que no puedo responder. Esperad al mañana. ¡Cuántas cosas más tendría para revelaros! Pero me detengo, porque el día de mañana aún no llega. Apenas estamos antes de la medianoche.

Amigos que estáis aquí, animados por el deseo de vuestro adelanto moral, trabajad sobre vosotros mismos para vuestra regeneración, a fin de que el Maestro os encuentre preparados. Valor, hermanos, porque vuestro esfuerzo no se habrá perdido. Trabajad para romper los lazos de la materia, que impiden progresar al Espíritu.

Tened fe, porque la fe conduce al hombre con seguridad hacia el término de su viaje. Tened amor, porque amar a vuestros hermanos es amar a Dios. Vigilad y orad: la plegaria fortalece al Espíritu que se deja llevar por el desánimo. Pedid a vuestro Padre celestial la fuerza para triunfar sobre los obstáculos y las tentaciones. Armaos contra vuestros defectos; preparaos, porque el mañana no está lejos. La aurora del siglo señalado por Dios para la realización de los hechos que deben cambiar la faz de este mundo comienza a despuntar en el horizonte.

EL ESPÍRITU DE LA FE

Médium: Sr. Dubois,
en estado de sonambulismo espontáneo.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 6

Junio de 1868

La mediumnidad en un vaso de agua

Uno de nuestros corresponsales en Ginebra nos remite interesantes detalles acerca de un nuevo género de mediumnidad vidente, que consiste en ver en un vaso de agua magnetizada. Esa facultad tiene mucha relación con la del vidente de Zimmerwald, acerca de la cual hemos brindado un informe pormenorizado en la *Revista* de octubre de 1864, página 289, y de octubre de 1865, página 289. La diferencia consiste en que dicho vidente se vale de un vaso vacío, siempre el mismo, y en que su facultad es, de alguna manera, personal. En cambio, el fenómeno que aquí nos ocupa se produce con el auxilio de cualquier vaso que contenga agua magnetizada, y parece destinado a popularizarse. Si es así, la mediumnidad vidente podría tornarse tan común como la escribiente. Esta es la información que se nos ha transmitido, a partir de la cual cada uno podrá experimentar poniéndose en las condiciones favorables.

“La mediumnidad vidente a través del vaso de agua magnetizada acaba de revelarse entre nosotros en una determinada cantidad de personas. En el transcurso de un mes surgieron quince médiums videntes de este género, cada uno con su especialidad. Uno de los mejores es una joven que no sabe leer ni escribir; es más particularmente apta para las enfermedades. Tomaré un ejemplo al azar, para mostraros de qué manera nuestros Espíritus buenos nos muestran el mal y el remedio: una pobre mujer, que se hallaba presente en la reunión, había recibido un golpe en el pecho; ella apareció en el vaso como si fuera una fotografía, colocando su mano en la parte dañada. La señora V... (el médium) vio entonces que el pecho se abría, y notó que había sangre coagulada en el lugar donde había recibido el golpe; después todo desapareció, para dar lugar a la imagen de los remedios, que consistía en un emplasto de brea blanca y un vaso con benjuí. La mujer quedó completamente curada después de haber seguido el tratamiento indicado.

”Cuando se trata de un obseso, el médium ve a los Espíritus malos que lo atormentan; luego aparecen, como remedio, el Espíritu que simboliza la plegaria, y dos manos que magnetizan.

”Tenemos otro médium cuya especialidad es ver a los Espíritus. Desdichados Espíritus sufridores a menudo nos han presentado por su intermedio escenas conmovedoras, para que pudiéramos comprender sus angustias. Cierta día, evocamos al Espíritu de un individuo que se había ahogado deliberadamente; se apareció perturbado, en el agua; solo se veía la parte posterior de su cabeza, con los cabellos sumergidos a medias en el agua. Durante dos sesiones nos resultó imposible verle el rostro. Hicimos la oración por los suicidas; al día

siguiente el médium vio la cabeza fuera del agua, y por los rasgos fue posible reconocer a un familiar de una de las personas de la sociedad. Continuamos nuestras plegarias, y si bien es cierto que el rostro mantiene una expresión de sufrimiento, ahora parece recuperar su vitalidad.

”Desde hacía algún tiempo, en casa de una señora que reside en las afueras de Ginebra, se producían ruidos parecidos a los de Poitiers, y que causaban un gran revuelo en toda la casa. Dicha señora, que no conocía en absoluto el espiritismo, escuchó hablar de él y vino a vernos con su hermano, para que los dejáramos asistir a nuestras sesiones. Ninguno de nuestros médiums los conocía. Uno de ellos vio en su vaso una casa, en cuyo interior un Espíritu malo desordenaba todo, movía los muebles y rompía la vajilla. Por la descripción que hizo el médium, aquella señora reconoció a la mujer de su jardinero, que en vida había sido muy mala y le había causado muchos problemas. Dirigimos a ese Espíritu algunas palabras bondadosas, para despertar en él mejores sentimientos y, a medida que le hablábamos, su rostro adoptaba una expresión más tranquila. Al día siguiente fuimos a la casa de la señora, y a la noche se completó el trabajo de la víspera. Los ruidos cesaron casi por completo tras la partida de la cocinera, que al parecer servía de médium inconsciente al mencionado Espíritu. Como todo tiene su razón de ser y su utilidad, pienso que tales ruidos tenían por objeto hacer que esa familia conociera el espiritismo.

”Veamos ahora lo que nuestras observaciones nos han enseñado acerca de la manera de obrar con este género de médiumidad:

”Hace falta un vaso de fondo plano y bien liso; se le pone agua hasta la mitad, y luego esta se magnetiza con los procedimientos habituales, es decir, mediante la imposición de las

manos y, sobre todo, con la extremidad de los dedos, sobre la boca del vaso, con la ayuda de la acción sostenida de la mirada y el pensamiento. El tiempo de la magnetización es de aproximadamente diez minutos la primera vez; después basta con cinco minutos. La misma persona puede magnetizar varios vasos a la vez.

”El médium vidente, o el que quiera hacer el intento, no debe magnetizar su propio vaso, pues consumiría el fluido que necesita para ver. Para la magnetización hace falta un médium especial, y para eso los hay dotados de un poder más o menos importante. La acción magnética no produce en el agua ningún fenómeno que indique su saturación.

”Una vez hecho esto, cada experimentador coloca su vaso delante suyo y lo mira durante veinte o treinta minutos como máximo; a veces menos, según su aptitud. Ese tiempo solo es necesario en los primeros intentos, pues cuando la facultad está desarrollada basta con algunos minutos. Mientras tanto, una persona hace la plegaria para pedir la asistencia de los Espíritus buenos.

”Los que son aptos para ver, al principio distinguen en el fondo del vaso una especie de nube pequeña; se trata de un indicio cierto de que verán; poco a poco esa nube adquiere una forma más acentuada, y la imagen se diseña ante la vista del médium. Cada uno de los médiums puede ver en los vasos de los demás, pero las personas que no estén dotadas de esa facultad no podrán hacerlo. A veces ocurre que una parte del asunto aparece en un vaso; y otra parte, en otro. Así, por ejemplo, en el caso de las enfermedades, en uno se verá el mal; y en otro, el remedio. Otras veces, dos médiums verán simultáneamente, cada uno en su vaso, la figura de la misma persona, pero generalmente en situaciones diferentes.

”A menudo la imagen se transforma, cambia de aspecto, y después desaparece. Por lo general, es espontánea; el médium debe esperar y decir lo que ve. Pero también puede ser provocada mediante una evocación.

”Últimamente, fui a ver a una señora que tiene una joven operaria de dieciocho años, la cual nunca había oído hablar del espiritismo. Aquella señora me pidió que le magnetizara un vaso de agua. La joven miró en él durante un cuarto de hora más o menos, y dijo: ‘Veo un brazo; diría que es el de mi madre; veo la manga de su vestido, recogida como ella solía hacerlo’. No cabe duda de que esa madre, que conocía la sensibilidad de su hija, no se quiso mostrar súbitamente, para evitarle una impresión excesiva. Entonces, le pedí a ese Espíritu, en caso de que fuera el de la madre de la médium, que se diera a conocer. El brazo desapareció, y el Espíritu se presentó con el tamaño de una fotografía, pero de espaldas. Era otro recaudo, a fin de preparar a su hija para que la viera. Esta reconoció su sombrero, un adorno, los colores y el diseño de su vestido; intensamente conmovida, la joven le dirigió las más tiernas palabras, para rogarle que le dejara ver su rostro. Yo mismo le pedí que atendiera el deseo de su hija. Entonces, las formas se diluyeron, todo se veía borroso, hasta que apareció el rostro de la madre. La joven lloró, agradeciéndole a Dios la gracia que acababa de concederle.

”Por su parte, la señora deseaba mucho poder ver en el vaso, de modo que al día siguiente, en su casa, hicimos una sesión que estuvo llena de oportunas enseñanzas. Después de haber mirado inútilmente durante una media hora, ella dijo: ‘¡Dios mío! ¡Si tan solo pudiera ver al diablo en este vaso, estaría contenta!’ Pero Dios no le concedió esa satisfacción.

”Los incrédulos no dejarán de atribuir esos fenómenos a la imaginación. Pero los hechos ahí están, para demostrar que en un sinnúmero de casos la imaginación no tiene absolutamente nada que ver con eso. En primer lugar, no todos pueden ver, por mucho que lo deseen. Yo mismo, más de una vez sobreexcité mi mente con ese objetivo, pero nunca obtuve el menor resultado. La señora de la que acabo de hablar, a pesar de su deseo de ver al diablo, tras media hora de espera y de concentración, no logró ver nada. En cambio, la joven no pensaba en su madre cuando esta se le apareció, y todos esos recaudos para mostrarse gradualmente son la prueba de una combinación, de una voluntad extraña, en las cuales la imaginación del médium no habría podido intervenir en absoluto.

”Para obtener una prueba aún más positiva, hice la siguiente experiencia. Me encontraba pasando unos días en el campo, a unas leguas de Ginebra, con una familia en la que había varios niños. Como estos hacían mucho alboroto, para entretenerlos les propuse un juego más tranquilo. Fui a buscar un vaso de agua, lo magnetiqué sin que ninguno lo supiera, y les dije: ‘¿Cuál de vosotros tendrá paciencia para mirar en este vaso durante veinte minutos, sin desviar los ojos?’ Evité decirles que ellos podrían ver algo en el vaso. Solo se trataba de un pasatiempo. Varios perdieron la paciencia antes de finalizar la prueba; pero una niña de once años fue más perseverante, y al cabo de doce minutos dio un grito de alegría y dijo que veía un magnífico paisaje, que procedió a describir. Otra niña, de siete años, mirando a su vez, se durmió inmediatamente. Por miedo a que se fatigara, enseguida la desperté. En estos casos, ¿dónde está el efecto de la imaginación?

”Así pues, esta facultad puede ensayarse en cualquier reunión, pero no recomiendo que en las primeras experiencias se

admita a personas hostiles. Dado que son necesarios la calma y el recogimiento, de ese modo la facultad se desarrollará más fácilmente. Una vez formada, será menos susceptible de que se la perturbe.

”El médium ve solamente con los ojos abiertos; cuando los cierra, queda en la oscuridad. Eso es al menos lo que hemos observado, lo que denota una variedad en la mediumnidad vidente. El médium solamente cierra los ojos para descansar, lo cual sucede dos o tres veces por sesión. Ve tan bien de día como de noche, pero a la noche hace falta luz.

”La imagen de las personas vivas se presenta en el vaso tan fácilmente como la de las personas muertas. Pregunté a mi Espíritu familiar cuál era la razón de eso, a lo que respondió: ‘Lo que nosotros mostramos son sus *imágenes*; los Espíritus son tan hábiles para pintar como para viajar’. Con todo, los médiums distinguen sin esfuerzo un Espíritu de una persona viva, pues en aquel hay algo menos material.

”El médium del vaso de agua difiere del sonámbulo por el hecho de que en este último se destaca su propio Espíritu, que necesita un hilo conductor para ir en busca de la persona ausente; mientras que aquel tiene ante sus ojos una imagen, que es el reflejo del alma y de los pensamientos de la persona. Se cansa menos que el sonámbulo, y también se halla menos expuesto a dejarse intimidar por la visión de los Espíritus malos que podrían presentarse. Si bien es posible que esos Espíritus lo cansen, porque intentan magnetizarlo, él puede de buen grado sustraerse a su mirada, y sin duda recibe de ellos una impresión menos directa.

”En esta mediumnidad sucede lo mismo que en las otras: el médium atrae hacia sí a los Espíritus con los que simpatiza; al médium impuro se le presentan de buen grado Espíritus

impuros. La manera de atraer a los Espíritus buenos radica en hallarse animado de buenos sentimientos, preguntar solamente cosas justas y razonables, valerse de esa facultad nada más que para el bien, y no para cuestiones fútiles. Si hacemos de ella un objeto de diversión, de curiosidad o de lucro, caeremos inevitablemente en manos de los Espiritu frívolos y mentirosos, que se divierten mostrando imágenes ridículas y engañosas.”

Observación: En cuanto a su principio, no cabe duda de que esta mediumnidad no es nueva. Pero aquí se perfila de una manera más precisa, sobre todo más práctica, y se muestra en condiciones específicas. Así pues, podemos considerar que se trata de una de las variedades de mediumnidad que han sido anunciadas. Desde el punto de vista de la ciencia espírita, nos deja penetrar más aún el misterio de la constitución íntima del mundo invisible, cuyas leyes conocidas confirma, a la vez que nos muestra nuevas aplicaciones. Nos ayudará a comprender ciertos fenómenos aún incomprensibles de la vida cotidiana y, mediante su divulgación, no podrá menos que abrir un nuevo camino para la propagación del espiritismo. Todos querrán ver, de modo que experimentarán; querrán comprender, de modo que estudiarán, y muchos entrarán en el espiritismo a través de esta puerta.

Este fenómeno presenta una particularidad notable. Hasta ahora conocíamos la visión directa de los Espíritus en determinadas condiciones, y la visión a distancia de objetos reales: esto es actualmente una teoría elemental. Pero en este caso no se ve directamente a los Espíritus, que no pueden alojarse en un vaso de agua, como tampoco pueden hacerlo las casas, los paisajes y las personas vivas.

Por otra parte, sería un error suponer que ese medio sea mejor que otro para enterarse de todo lo que uno quiere saber. Los médiums videntes, ya sea a través de ese procedimiento o de otro, no ven lo que ellos quieren, sino solamente lo que los Espíritus quieren hacerles ver, o lo que se les permite mostrar cuando se trata de algo útil. No se puede forzar la voluntad de los Espíritus, como tampoco la facultad de los médiums. Para el ejercicio de cualquier facultad mediúmnica, es necesario que el aparato sensitivo, por decirlo así, esté en condiciones de funcionar. Ahora bien, no depende del médium hacerlo funcionar cuando él quiere. Por eso la mediumnidad no puede ser una profesión, dado que puede faltar en el momento en que sea necesaria para satisfacer al consultante. De ahí resulta la incitación al fraude, para simular la acción del Espíritu.

La experiencia demuestra que los Espíritus, sean cuales fueren, *nunca* están sujetos al capricho de los hombres, así como no lo estaban, y menos aún, cuando vivían en este mundo. Por otra parte, el más elemental sentido común nos dice que, con mayor razón, los Espíritus serios no podrían acudir al llamado del primero que se presentara para cuestiones fútiles, y desempeñar el papel de saltimbanquis y decidores de la buenaventura. Solamente el charlatanismo puede considerar la posibilidad de mantener abierto un despacho para comerciar con los Espíritus.

Los incrédulos se ríen de los espíritas porque suponen que estos creen que hay Espíritus confinados en una mesa o en una caja, y que pueden manejarlos como a marionetas. Eso les parece ridículo, y tienen sobrada razón. Pero se equivocan en el hecho de creer que el espiritismo enseña semejantes absurdos, puesto que afirma positivamente lo contrario. Si ocasionalmente encontraron en el mundo una credulidad

demasiado ingenua, no ha sido entre los espíritas esclarecidos. Ahora bien, en el total, algunos son más esclarecidos que otros, como en todas las ciencias.

Los Espíritus no están alojados dentro del vaso de agua; esto es positivo. Entonces, ¿qué hay en ese vaso? Una imagen, y nada más; una imagen tomada de la naturaleza, razón por la cual suele ser exacta. ¿Cómo se produjo? Ahí está el problema. El hecho existe; por lo tanto, tienen una causa. Dado que todavía no es posible darle una solución completa y definitiva, nos parece que el artículo siguiente arroja mucha luz sobre la cuestión.

Fotografía del pensamiento

Dado que el fenómeno de la fotografía del pensamiento está vinculado con el de las creaciones fluídicas, descrito en el capítulo sobre los fluidos de nuestro libro *La génesis*, reproducimos aquí, para mayor claridad, el pasaje de ese capítulo donde se trata el tema, y lo completamos con nuevas observaciones.

Los fluidos espirituales, que constituyen uno de los estados del fluido cósmico universal, son, en sentido estricto, la atmósfera de los seres espirituales; son el elemento de donde ellos extraen los materiales sobre los cuales operan; son el medio en el que ocurren los fenómenos especiales, perceptibles por la vista y el oído del Espíritu, pero que escapan a los sentidos carnales impresionables sólo por la materia tangible, y

en el que se forma esa luz particular del mundo espiritual, diferente de la luz ordinaria tanto por su causa como por sus efectos; por último, son el vehículo del pensamiento, del mismo modo que el aire es el vehículo del sonido.

Los Espíritus actúan sobre los fluidos espirituales, pero no como los hombres manipulan los gases, sino con la ayuda del pensamiento y la voluntad. Para los Espíritus, el pensamiento y la voluntad son lo que la mano es para el hombre. Mediante el pensamiento, ellos imprimen a esos fluidos tal o cual dirección, los aglomeran, los combinan o dispersan, y forman con ellos conjuntos que presentan una apariencia, una forma, un color determinados; modifican sus propiedades igual que un químico transforma las de los gases o las de otros cuerpos, al combinarlos según ciertas leyes. Se trata del inmenso taller o laboratorio de la vida espiritual.

En algunos casos, esas transformaciones son el resultado de una intención; la mayoría de las veces, son el producto de un pensamiento inconsciente. Basta con que un Espíritu piense en una cosa para que esta se produzca, como basta con modular un aría para que esta repercuta en la atmósfera.

De ese modo, por ejemplo, un Espíritu se hace visible a un encarnado dotado de vista psíquica, con la apariencia que tenía cuando estaba vivo en la época en que este último lo conoció, aun cuando haya tenido, con posterioridad a esa época, muchas encarnaciones. Se presenta con la vestimenta, los rasgos externos, enfermedades, cicatrices, miembros amputados, etc., que lo caracterizaban entonces. Así, un decapitado se presentará sin cabeza. Esto no significa que haya conservado esa apariencia; por cierto que no, porque como Espíritu no es cojo, ni manco, ni tuerto, ni está decapitado; pero sucede que, como su *pensamiento* se traslada a la época en que era

así, su periespíritu adopta instantáneamente esa apariencia, que de igual modo deja instantáneamente, tan pronto como el pensamiento deja de actuar. Entonces, si una vez fue negro y otra blanco, se presentará como negro o como blanco, de conformidad con la encarnación que se corresponda con la evocación, y a la cual se trasladará su pensamiento.

Por un efecto análogo, el pensamiento del Espíritu crea fluídicamente los objetos que él estaba habituado a utilizar. Un avaro manipulará oro, un militar mostrará sus armas y su uniforme; un fumador, su pipa; un labriego, su arado y sus bueyes; una anciana, su rueca. Esos objetos fluídicos son tan reales para el Espíritu, que a su vez es fluídico, como lo eran en el estado material para el hombre vivo; no obstante, debido a que son creaciones del pensamiento, su existencia es tan efímera como este.

Dado que los fluidos son el vehículo del pensamiento, esos fluidos nos transmiten el pensamiento como el aire nos transmite el sonido. Por consiguiente, se puede decir con absoluta verdad que en esos fluidos hay ondas y rayos de pensamientos, que se entrecruzan sin confundirse, del mismo modo que en el aire hay ondas y rayos sonoros.

Como vemos, se trata de un orden de hechos completamente nuevo, que suceden más allá del mundo tangible y constituyen, si podemos expresarlo de este modo, la física y la química especiales del mundo invisible. No obstante, dado que, durante la encarnación, el principio espiritual se encuentra unido al principio material, de ahí resulta que algunos fenómenos del mundo espiritual se producen conjuntamente con los del mundo material, y son inexplicables para quienes no conocen sus leyes. El conocimiento de esas leyes es, pues, tan útil para los encarnados como para los desencarnados,

porque es el único que puede explicar ciertos hechos de la vida material.

Cuando el pensamiento crea *imágenes fluidicas*, este se refleja en la envoltura periespiritual como en un espejo, o incluso como esas imágenes de objetos terrestres que se reflejan en los vapores del aire; en ella toma cuerpo y en cierto modo *se fotografía*. Si un hombre, por ejemplo, tiene la idea de matar a otro, por más imposible que permanezca su cuerpo material, su cuerpo fluídico es puesto en acción mediante el pensamiento, y reproduce todas las sutilezas de este último; realiza fluídicamente el gesto, el acto que desea llevar a la práctica. Su pensamiento crea la imagen de la víctima, y la escena completa es pintada como en un cuadro, tal cual se desarrolla en el Espíritu.

De ese modo, resulta que los más secretos movimientos del alma repercuten en la envoltura fluídica; que un alma, encarnada o desencarnada, puede leer en otra alma igual que en un libro, y ver lo que no se puede percibir con los ojos del cuerpo. Los ojos del cuerpo ven las impresiones interiores que se reflejan en los rasgos faciales: la ira, la alegría, la tristeza; pero el alma ve en los rasgos del alma los pensamientos que no se manifiestan fuera de ella. No obstante, según la intención, el vidente bien puede presentir la realización del acto que será su consecuencia, pero no puede determinar el momento en que dicho acto se llevará a cabo, ni precisar los detalles, ni siquiera manifestar que habrá de ocurrir, ya que las circunstancias ulteriores pueden modificar los planes y cambiar las disposiciones. No puede ver lo que aún no está en el pensamiento del otro; lo que ve es la preocupación del momento o habitual del individuo, sus deseos, sus proyectos, sus intenciones buenas o malas. A eso se deben los errores en las previsiones de algunos videntes, cuando un acontecimiento

está subordinado al libre albedrío de un hombre. Ellos solo pueden presentir la probabilidad según el pensamiento que ven, pero no pueden afirmar que ocurrirá de tal manera y en determinado momento. La mayor o menor exactitud en las previsiones depende, además, de la extensión y de la claridad de la vista psíquica. En algunos individuos –Espíritus o encarnados– esa vista es difusa o se encuentra limitada a un punto, mientras que en otros es nítida y abarca el conjunto de los pensamientos y de las voluntades que deben contribuir a la realización de un hecho. No obstante, por encima de todo, siempre está la voluntad superior que puede, en su sabiduría, permitir una revelación o impedirla. En este último caso, un velo impenetrable es arrojado sobre la vista psíquica más perspicaz. (Véase en *La génesis*, el capítulo sobre la *Presciencia*.)

La teoría de las creaciones fluídicas y, por consiguiente, de la fotografía del pensamiento, es una conquista del espiritismo moderno, y en principio ya puede considerarse adquirida, salvo las aplicaciones particulares, que son resultado de la observación. Ese fenómeno es sin duda el origen de las visiones fantásticas, y debe desempeñar un papel importante en algunos sueños.

Pensamos que ahí se puede encontrar la explicación de la mediumnidad a través del vaso de agua (véase el artículo precedente). Puesto que el objeto que se ve no puede estar dentro del vaso, el agua debe actuar como un espejo que refleja la imagen creada por el pensamiento del Espíritu. Esa imagen puede ser la reproducción de algo real o de una creación de la fantasía. En todo caso, el vaso de agua no es más que un medio de reproducirla, pero no es el único, como lo prueba la diversidad de procedimientos utilizados por algunos videntes. Tal vez este sea más conveniente para determinadas organizaciones.

La muerte del señor Bizet, cura de Sétif

El hambre entre los Espíritus

Uno de nuestros corresponsales de Argelia nos informa, en los siguientes términos, acerca de la muerte del señor Bizet, cura de Sétif:

“El señor Bizet, cura de Sétif, falleció el 15 de abril, a los cuarenta y tres años, sin duda víctima de su celo durante la epidemia de cólera, así como del agotamiento que padeció durante la hambruna, en la que desplegó una actividad y una dedicación realmente ejemplares. Nació en las afueras de Viviers, en el departamento de Ardèche, y desde hace diecisiete años era el pastor de esta ciudad, donde había sabido ganarse el afecto de todos sus habitantes, sin distinción de cultos, gracias a la prudencia, la moderación y la sabiduría de su carácter.

”Cuando el espiritismo llegó a esta localidad, y sobre todo cuando el periódico *L'Écho de Sétif* [*El Eco de Sétif*] denunció abiertamente dicha doctrina, por un instante el señor Bizet tuvo la intención de combatirla; no obstante, se abstuvo de entrar en una lucha que no estaba decidido a mantener. Desde entonces, se ocupó de leer con atención vuestras obras. Es probable que a esa lectura se deba atribuir su reserva plena de sabiduría, cuando se le ordenó leer en un sermón la famosa carta pastoral de monseñor Pavie, obispo de Argel, que calificaba al espiritismo como *esta nueva vergüenza de Argelia*. El señor Bizet no quiso leer personalmente esa carta desde el púlpito, e hizo que la leyera su vicario, sin agregar comentario alguno”.

También hemos extraído del *Journal de Sétif* [*Periódico de Sétif*], del 23 de abril, los siguientes párrafos del artículo necrológico publicado acerca del señor Bizet:

“Al día siguiente de su muerte, el 15 de abril, se celebraron sus exequias. Una misa de *requiem* se cantó a las diez de la mañana por el descanso de su alma. El oficiante era uno de los Sres. grandes vicarios, enviado hacía algunos días por el señor Obispo. Ningún habitante de Sétif faltó a la cita; las diversas religiones estaban reunidas y mezcladas para decir adiós al señor cura Bizet. Los árabes, representados por cáides y cadís; los israelitas, por el rabino y los principales notables entre ellos; los protestantes, por su pastor; ahí estaban todos, rivalizando en celo y disposición para rendir al señor cura Bizet un postrero testimonio de estima, afecto y pesar.

”La reunión de tantas comuniones diversas en un mismo sentimiento afectuoso es uno de los más bellos éxitos obtenidos por la caridad cristiana, que nunca dejó de animar al señor padre Bizet en el transcurso de su apostolado en Sétif. Vivió en medio de una población que está lejos de ser homogénea, y entre la cual se encuentran disidentes de todo tipo, pero él supo mantener intacto el depósito de la fe católica que se le había confiado, al mismo tiempo que mantuvo con los que no compartían sus convicciones religiosas vínculos benevolentes y afectuosos, que le valieron la simpatía de todos.

”No obstante, lo que desbordaba de todos los corazones era el recuerdo de los sentimientos de caridad cristiana que animaron al señor padre Bizet. Su caridad era suave, paciente, sobre todo durante el largo invierno que acabamos de atravesar, en medio de la espantosa miseria que le había encomendado una multitud de infelices. Su caridad todo lo creía, todo lo esperaba, lo soportaba todo, y nunca se desanimaba. En

medio de esa devoción para socorrer a los desdichados hambrientos, a diario amenazados de morir de frío y de hambre, el señor Bizet contrajo el germen de la enfermedad que se lo llevó de este mundo, si es que ya no se hallaba afectado, debido al celo excepcional que había desplegado durante el cólera del último verano”.

El señor Bizet, ¿era espírita? Declaradamente, no. Interiormente, lo ignoramos. Si no lo era, al menos tenía la cordura de no imponer el anatema a una creencia que conduce hacia Dios a los incrédulos y a los indiferentes. Por otra parte, ¿qué nos importa? Era un hombre de bien, un verdadero cristiano, un sacerdote según el Evangelio. En tal sentido, aun cuando nos hubiera sido hostil, los espíritas no habríamos dejado de ubicarlo en la categoría de los hombres cuya memoria la humanidad debe honrar, y que debe tomar como modelo.

La Sociedad espírita de París ha querido brindarle un testimonio de afectuoso respeto invocando su presencia en ella, donde dio la siguiente comunicación:

Sociedad de París, 14 de mayo de 1868.

“Me hace feliz, señor, el bondadoso llamado que habéis tenido a bien dirigirme, y al cual considero un honor y un placer responder. No me he presentado de inmediato entre vosotros debido a que la turbación del desprendimiento y el impacto del nuevo espectáculo no me lo permitían. Después, no sabía a quién escuchar; encontré muchos amigos cuyo afectuoso recibimiento me ayudó poderosamente a reconocerme; pero también pude ver el atroz espectáculo del hambre entre los Espíritus. Allá arriba encontré muchos de esos infelices, muertos en las torturas del hambre, y que en vano

buscaban satisfacer una necesidad imaginaria. Luchaban unos contra otros para quitarse un trozo de comida que se les escapaba de las manos, hiriéndose y, por así decirlo, devorándose entre ellos. ¡Una escena horrible, pavorosa, que supera lo más desolador que la imaginación humana pueda concebir...! Muchos de esos infelices me reconocieron, y su primer grito fue: ¡*Pan!* En vano yo intentaba hacerles comprender su situación; estaban sordos a mis consuelos. ¡Qué cosa horrible es la muerte en semejantes condiciones, y cuán útil es ese espectáculo para hacernos reflexionar acerca de la insignificancia de ciertos pensamientos humanos...! Así, mientras en la Tierra creemos que los que han partido se liberaron al menos de la tortura cruel que padecían, del otro lado nos percatamos de que no es así, y de que el cuadro no es menos sombrío, aun cuando los actores hayan cambiado de apariencia.

”Me preguntáis si yo era espírita. Si con esa palabra entendéis que aceptaba todas las creencias que vuestra doctrina predica, os diré que no; no llegaba hasta tanto. Admiraba vuestros principios; los consideraba capaces de promover la salvación de los que sinceramente los practican; pero tenía mis reservas acerca de muchos puntos. Respecto de vosotros, no seguí el ejemplo de mis colegas y de algunos de mis superiores, a quienes interiormente censuraba, porque siempre pensé que la intolerancia era la madre de la incredulidad, y que era preferible tener una creencia que condujera a la caridad y a la práctica del bien, antes que no tenerla en absoluto. ¿Acaso yo era espírita de hecho? No me corresponde pronunciar al respecto.

”En cuanto al escaso bien que he podido hacer, me siento realmente confundido por los elogios exagerados de que se me ha hecho objeto. ¿Quién no habría procedido como yo...?

¿Acaso no son más merecedores que yo, si en eso hay algún mérito, los que se dedicaron a socorrer a los desdichados árabes, y que solo lo hicieron impulsados por amor al bien...? Para mí, la caridad era un deber, por fuerza del carácter con que yo estaba investido. Si hubiera faltado a ella, habría sido culpable; habría mentado a Dios y a los hombres, a los cuales había consagrado mi existencia. Además, ¿quién habría podido mantenerse insensible ante tantas miserias...?

”Ya lo veis; han hecho lo de siempre: exageraron los hechos; me rodearon con una especie de renombre que me deja confuso y apenado, y por el cual sufro en mi amor propio. Porque al final yo sé bien que no me merezco todo eso, y estoy muy seguro, señor, ya que ahora me conocéis mejor, de que reduciréis a su justo valor el ruido que hacen alrededor mío. Si tengo algún mérito, consiento en eso; pero que no me pongan en un pedestal con una reputación usurpada, pues no podría aceptarlo.

”Como veis, señor, aún soy muy novato en este mundo nuevo para mí; sobre todo, soy muy ignorante y tengo más deseos de instruirme que capacidad para instruir a los demás. Actualmente, vuestros principios me parecen tanto más justos cuanto que, después de haber leído la teoría, observo su más amplia aplicación práctica. Asimismo, sería dichoso si los asimilara completamente, y os agradecería si tuvierais la bondad de aceptarme algunas veces como uno de vuestros oyentes.”

CURA BIZET

Observación: A las personas que no conozcan la verdadera constitución del mundo invisible les parecerá extraño que Espíritus que, según ellas, son seres abstractos, inmateriales,

indefinidos, sin cuerpo, sean presa de los horrores del hambre. Pero su asombro cesa cuando saben que esos mismos Espíritus son seres como nosotros; que tienen un cuerpo, fluídico —es cierto—, pero que no por eso deja de ser material; y que al abandonar su envoltura carnal, *ciertos* Espíritus continúan la vida terrenal con las mismas vicisitudes durante un tiempo más o menos prolongado. Todo eso parece raro, pero es así, y la observación nos enseña que tal es la situación de los Espíritus que han vivido la vida material más que la vida espiritual; situación a menudo terrible, porque la ilusión de las necesidades de la carne se hace sentir, y se experimentan todas las angustias de una necesidad imposible de satisfacer. El suplicio mitológico de Tántalo muestra que los hombres de la Antigüedad tenían un conocimiento más exacto de lo que se supone respecto del estado del mundo de ultratumba, sobre todo más exacto que el de los hombres de la Modernidad.

Muy distinta es la situación de las personas que, desde esta vida, se han desmaterializado mediante la elevación de sus pensamientos y su identificación con la vida futura: todos los dolores de la vida corporal cesan junto con el último suspiro, y de inmediato el Espíritu se yergue, radiante, en el mundo etéreo, feliz como un prisionero liberado de sus cadenas.

¿Quién nos ha dicho eso? ¿Es un sistema, una teoría? ¿Alguien ha dicho que debería ser así, y se le cree bajo palabra? No; son los propios habitantes del mundo invisible quienes lo repiten en todos los puntos del globo, como enseñanza para los encarnados.

En efecto, legiones de Espíritus continúan la vida corporal con sus torturas y sus angustias; pero ¿qué tipo de Espíritus? Los que aún están demasiado sometidos a la materia para separarse de ella inmediatamente. ¿Acaso se trata de una cruel-

dad del Ser supremo? No; es una ley de la naturaleza inherente al estado de inferioridad de los Espíritus, y necesaria para su adelanto; es una prolongación *mixta* de la vida terrestre durante algunos días, meses o años, conforme al estado moral de los individuos. ¿Sería aceptable que esa legislación fuera acusada de bárbara por aquellos que defienden el dogma de las penas eternas e irremisibles y las llamas del Infierno como un efecto de la soberana justicia? ¿Pueden ellos trazar un paralelo entre ese dogma y una situación temporaria, siempre subordinada a la voluntad de progresar que tenga el individuo, a la posibilidad de avanzar a través de nuevas encarnaciones? Por otra parte, ¿no depende de cada uno eludir esa vida intermedia que, francamente, no es la vida material ni la vida espiritual? Los espíritas la eluden naturalmente, porque, dado que comprenden el estado del mundo espiritual antes de entrar en él, inmediatamente se dan cuenta de su situación.

Las evocaciones nos muestran una multitud de Espíritus que todavía se consideran parte de este mundo: suicidas, ajusticiados, que no tienen idea de que han muerto, y que continúan experimentando la clase de muerte padecida. Hay otros que asisten a su propio entierro como si fuera el de un extraño; hay avaros que cuidan sus tesoros, y soberanos que creen que todavía mandan y se ponen furiosos porque no se los obedece. Después de grandes desastres marítimos, hay naufragos que luchan contra el furor de las olas; después de una batalla, hay soldados que combaten y, junto a todos ellos, Espíritus radiantes, que ya no tienen nada de terrestre y que, respecto de los encarnados, son como la mariposa respecto del gusano. Podríamos preguntarnos para qué sirven las evocaciones, si lo que estas nos dan a conocer hasta en los más insignificantes detalles es ese mundo que nos espera a todos cuando salgamos de este. Es la humani-

dad encarnada que conversa con la humanidad desencarnada; es el prisionero que se encuentra con el hombre libre. No, por cierto, las evocaciones no le sirven de nada al hombre superficial que solo ve en ellas un pasatiempo. No le sirven más que la física y la química recreativas para su instrucción. En cambio, para el filósofo, para el observador serio, que piensa en el mañana de la vida, constituyen una importante y saludable lección. Es un mundo completamente nuevo que se manifiesta; es la luz arrojada sobre el porvenir; es la destrucción de los prejuicios seculares acerca del alma y de la vida futura; es la sanción de la solidaridad universal que une a todos los seres. Dirán que podemos estar equivocados. Sin duda, como se puede estarlo respecto de todas las cosas, incluso de las que se ven y se tocan: todo depende de la manera como se observan.

Así pues, la escena descrita por el señor cura Bizet no contiene nada que sea extraño; por el contrario, viene a confirmar mediante otro gran ejemplo lo que ya sabíamos. Además, queda descartada cualquier idea de repercusión de pensamientos, porque él hizo esa descripción de modo espontáneo, sin que a nadie se le ocurriera dirigir su atención hacia ese punto. ¿Por qué, entonces, habría venido a contarlo sin que se lo preguntáramos, y si no fuera cierto? No cabe duda de que fue inducido a hacerlo para nuestra instrucción. Por otra parte, toda la comunicación posee un sello de seriedad, de sinceridad y modestia, que se corresponde perfectamente con su carácter, y no con el de los Espíritus mistificadores.

EL ESPIRITISMO EN TODAS PARTES

El periódico *La Solidaridad*

El espiritismo conduce precisamente al objetivo que se proponen todos los hombres progresistas. Así pues, es imposible que, incluso sin conocerse, ellos no coincidan en algunos temas, y que, cuando se conozcan, no se den la mano para caminar juntos al encuentro de sus enemigos comunes: los prejuicios sociales, la rutina, el fanatismo, la intolerancia y la ignorancia.

La Solidarité [*La Solidaridad*] es un periódico cuyos redactores se han tomado ese título en serio. ¡Y cuán vasto y fecundo es para el filósofo moralista el campo de esa palabra, que contiene el programa del futuro de la humanidad! Asimismo, esa publicación, que siempre se ha destacado por la importancia de sus opiniones, aun cuando no tenga la popularidad de las publicaciones frívolas, se ha ganado una reputación muy sólida entre los pensadores serios¹². Si bien hasta hoy no se había mostrado muy afectuosa con nuestras doctrinas, no por eso hemos dejado de reconocer la sinceridad de sus opiniones y el incuestionable talento de su redacción. Así pues, con una viva satisfacción, hoy vemos que *La Solidarité* hace justicia a los principios del espiritismo. Sus redactores habrán de reconocer también que por nuestra parte no hemos hecho

12. *La Solidarité*, periódico mensual, de 16 páginas, in-4, aparece el 1.º de cada mes. Precio: en París, 5 francos por año; en los departamentos, 6 francos; en el extranjero, 7 francos. Precio de un número: 25 centavos; por correo: 30 centavos. Redacción: *rue des Saints-Pères*, 13; en la librería de Ciencias Sociales.

ninguna gestión para atraerlos hacia nosotros. Su opinión no es, pues, el resultado de ninguna condescendencia personal.

Con el título: *Boletín del movimiento filosófico y religioso*, el número del 1.º de mayo contiene un artículo notable, del cual hemos extraído los siguientes párrafos:

“El desorden va en aumento sin cesar. ¿Dónde se detendrá? No solo tiene lugar en la política o en la economía social, sino también en la moral y en la religión, de modo que la perturbación se extiende a todos los ámbitos de la actividad humana; ha invadido el dominio de la conciencia, y la propia civilización está en juego.

”No se trata de que el orden material esté en peligro. Actualmente en la sociedad hay demasiadas conquistas y demasiados intereses que mantener, como para que el orden material pueda resultar seriamente perturbado. Pero el orden material no prueba nada. Puede persistir mucho tiempo mientras el principio mismo de la vida social es afectado y la corrupción disuelve lentamente el organismo. El orden reinaba en Roma con los Césares, mientras la civilización romana se derrumbaba día tras día, no por el empeño de los bárbaros, sino por el peso de sus propios vicios.

”¿Logrará nuestra sociedad eliminar de su seno los elementos mórbidos que la amenazan con convertirse en gérmenes de disolución y de muerte? Eso esperamos, pero para eso se necesita el punto de apoyo de los principios eternos, el auxilio de una conciencia verdaderamente positiva, y la perspectiva de un ideal nuevo.

”Esas son las condiciones de la salvación social, porque en ellas los individuos encuentran los recursos para un verdadero renacimiento. Una sociedad no puede ser otra cosa

más que el producto de los seres sociales que la constituyen, como resultado del estado físico, intelectual y moral de cada uno. *Si queréis una transformación social, comenzad por hacer un hombre nuevo.*¹³

”Si bien el círculo de lectores de publicaciones filosóficas ha crecido mucho estos últimos años, ¡cuántas personas ignoran aún la existencia de esos periódicos o descuidan su lectura! Se trata de un error, pues sin ellos resulta imposible comprender el estado de las almas. Los órganos de la filosofía contemporánea también tienen otro alcance: elaboran las preguntas que los acontecimientos plantearán muy pronto, y que será urgente responder.

”Es cierto que hay una gran confusión en la prensa filosófica; es un poco como la torre de Babel: cada uno habla su propia lengua y se preocupa mucho más de tapar la voz del vecino que de escuchar sus razones. Cada sistema aspira a ser el único, y excluye a los demás; pero hay que preservarse de creer en su exclusivismo. Tal vez no haya uno solo que represente algún punto de vista legítimo. Todos pasarán: solo la verdad es eterna; aunque tal vez alguno de ellos no habrá de ser completamente estéril; alguno no habrá de desaparecer sin haber sumado algo al capital intelectual de la humanidad. El materialismo, el positivismo religioso y el positivismo filosófico, el independentismo (perdóneseme el barbarismo, que no es mío), el criticismo, el idealismo, el espiritualismo, el espiritismo —pues hace falta contar con este recién llegado, que tiene más partidarios que todos los otros juntos— y, por otro lado, el

13. En 1862, escribimos: “Antes de crear instituciones para los hombres, es necesario formar a los hombres para las instituciones”. *Viaje espírita* (N. de Allan Kardec.) Véase: *Viaje espírita en 1862*, Buenos Aires: CEA, 2017. (N. del T.)

protestantismo liberal, el idealismo liberal, e incluso el catolicismo liberal: tales son los nombres de las principales banderas que, con diferentes títulos y fuerzas desiguales, se hallan representados en el campo filosófico. Sin duda no existe ahí un ejército, porque no se obedece a un jefe, ni hay una jerarquía o una disciplina, pero esos grupos, hoy divididos e independientes, pueden llegar a reunirse ante un peligro común.

”El movimiento filosófico al que asistimos precede en poco tiempo al gran movimiento religioso que se prepara. En breve las cuestiones religiosas apasionarán a las inteligencias, como otrora lo hacían las cuestiones sociales, y con más fuerza aún.

”Ya sea que el orden deba fundarse en una simple evolución de la idea cristiana, reducida a su pureza primitiva, como piensan algunos, o en una especie de fusión de creencias en el terreno impreciso de un deísmo judeocristiano, como pretenden otros hombres de buena voluntad, o bien —lo que nos parece mucho más probable— en la intervención de una idea más amplia y más comprensible, que otorgue a la vida humana su verdadero sentido, la primera necesidad de la época en que nos encontramos es la libertad: ¡libertad de pensar y de publicar el pensamiento, libertad de conciencia y de culto, libertad de propaganda y de difusión! No cabe duda de que en presencia de tantos sistemas resulta imposible no prever una etapa de discusiones fervorosas, apasionadas, aparentemente desordenadas; pero esa etapa preparatoria es necesaria, como la agitación caótica es necesaria para la creación. Como los rayos y el trueno en la atmósfera terrestre, la revolución en las ideas agita la atmósfera moral para purificarla. ¿Quién puede temerle a la tempestad, sabiendo que esta debe restablecer el equilibrio perturbado y renovar las fuentes de la vida?”

Este mismo número de *La Solidarité* contiene la siguiente evaluación de nuestra obra *La génesis*. La reproducimos solamente porque se relaciona con los intereses generales de la doctrina:

“En nuestra época ocurre un hecho de importancia capital, pero *hay quienes fingen no verlo*. Con todo, se trata de fenómenos que es necesario observar, pues interesan a la ciencia, en especial a la física y a la fisiología humana; y aun cuando tales fenómenos, pertenecientes a eso que se denomina *espiritismo*, solo existieran en la imaginación de sus adeptos, la creencia en el espiritismo, tan rápidamente difundida en todas partes, es de por sí un fenómeno considerable y muy digno de ocupar las meditaciones del filósofo.

”Resulta difícil y hasta imposible calcular el número de personas que creen en el espiritismo, pero podemos decir que dicha creencia es generalizada en Estados Unidos, y que se propaga cada vez más en Europa. En Francia hay toda una literatura espírita. París cuenta con dos o tres periódicos que la representan. En cuanto a Lyon, Burdeos y Marsella, cada una tiene el suyo.

”En Francia, el señor Allan Kardec es el más eminente representante del espiritismo. Fue una dicha para esa creencia haber encontrado un líder que supiera mantenerla dentro de los límites del racionalismo. ¡Habría sido tan fácil, con toda esa mezcla de fenómenos auténticos y de creaciones puramente ideales y subjetivas que constituye esa maravilla que se llama espiritismo, dejarse llevar por el atractivo del milagro y por la resurrección de viejas supersticiones! El espiritismo habría podido ofrecer a los enemigos de la razón un poderoso apoyo si se hubiera vuelto hacia la demonología, y existe en el seno del mundo católico un partido que todavía hace to-

dos sus esfuerzos en ese sentido. También existe una literatura deplorable, malsana, pero afortunadamente sin influencia. El espiritismo, por el contrario, tanto en Francia como en Estados Unidos, ha resistido al espíritu de la Edad Media. El demonio no representa en él papel alguno, y *el milagro nunca acude a introducir en él sus estúpidas explicaciones.*

”Si hacemos a un lado la hipótesis que constituye la base del espiritismo, y que consiste en creer que los Espíritus de las personas muertas dialogan con los vivos por medio de determinados procedimientos de correspondencia, muy simples y al alcance de todos; si hacemos a un lado, decíamos, la hipótesis de este punto de partida, nos encontramos en presencia de una doctrina general que se relaciona plenamente con el estado de la ciencia de nuestra época, y que responde plenamente a las necesidades y a las aspiraciones modernas. Y lo notable es que la doctrina espírita es más o menos la misma en todas partes. Si apenas se la estudiara en Francia, podría creerse que eso se debe a que en este país tuvieron mucha influencia las obras del señor Allan Kardec, que son como la enciclopedia del espiritismo. Pero esa doctrina se extiende a los otros países; por ejemplo, las enseñanzas de Davis¹⁴ en Estados Unidos no difieren esencialmente de las del señor Allan Kardec. Es cierto que en las ideas emitidas por el espiritismo no hay nada que el espíritu humano no haya podido encontrar por sí solo, entregado a los recursos de la imaginación y de la ciencia positiva; pero desde el momento en que las síntesis que los escritores espíritas proponen son científicas y racionales, merecen que la crítica filosófica las examine sin prejuicios, sin partidismos.

14. Véase: Andrew Jackson Davis (1826-1910). (N. del T.)

”La nueva obra del señor Allan Kardec aborda los temas que son objeto de nuestros estudios. Ahora no podemos hacer un resumen, pero volveremos a ella en el próximo número, al mismo tiempo que diremos lo que pensamos acerca de los denominados fenómenos espíritas, así como de las explicaciones que de los mismos pueden ofrecerse en el estado actual de la ciencia.”

NOTA: Este número contiene un notable artículo del señor Raisant, titulado *Mi ideal religioso*, y que los espíritas no desaprobaban.

Conferencias

En una serie de conferencias dictadas en abril último por el señor Chavée, en el Instituto Libre del boulevard de los Capuchinos, n.º 39, este orador presentó, con tanto talento como verdadera ciencia, un estudio analítico y filosófico de los Vedas indios y de las leyes de Manu, comparados con el libro de Job y los Salmos. El tema le permitió realizar consideraciones de elevado alcance, que se vinculan directamente con los principios fundamentales del espiritismo. Transcribimos aquí algunas de las notas que un oyente tomó durante dichas conferencias. Se trata de pensamientos registrados al vuelo, por lo que necesariamente pierden calidad al ser retirados del conjunto y privados de su desarrollo, pero bastan para mostrar el orden de ideas que ha seguido el autor:

“¿De qué sirve arrojar un velo sobre lo que es? ¿De qué sirve no decir en voz alta lo que se piensa por lo bajo? Hay que tener el valor de decirlo. En cuanto a mí, tendré ese valor.”

“En los Vedas indios está escrito: ‘Tenemos *nuestros semejantes* en lo alto’, y yo estoy de acuerdo con eso.”

“Con los ojos de la carne no se puede ver todo.”

“El hombre tiene una existencia indefinida, y el progreso del alma es indefinido. Sea cual fuere la suma de sus luces, ella siempre tiene que aprender, pues lo infinito está delante suyo y, aunque no pueda alcanzarlo, su objetivo será siempre aproximarse a él cada vez más.”

“El hombre individual no puede existir sin un organismo que lo limite en el seno de la creación. Si el alma existe después de la muerte, entonces tiene un cuerpo, un organismo al que denomino *organismo superior*, por oposición al cuerpo carnal, que es el *organismo inferior*. Durante la vigilia, esos dos organismos están, por decirlo de algún modo, confundidos; durante el sueño, el sonambulismo y el éxtasis, el alma solamente se vale de su cuerpo etéreo u organismo superior; en ese estado, es más libre; sus manifestaciones son más elevadas, porque obra con ese organismo más perfecto, que le ofrece menos resistencia; abarca un conjunto de relaciones sorprendente, y que no puede abarcar con su organismo inferior, pues este limita su clarividencia y el campo de sus observaciones.”

“El alma no tiene extensión; solo es extensa por su cuerpo etéreo, y se halla circunscrita a los límites de ese cuerpo, que san Pablo denomina *organismo luminoso*.”

“Un organismo, etéreo en sus elementos constitutivos, pero invisible y *alcanzable* tan solo mediante la inducción científica, en nada contraría las leyes conocidas de la física y la química.”

“Existen hechos, que por cierto la experimentación siempre puede reproducir, que demuestran en el hombre la *existencia* de un organismo interno superior, que sustituye al organismo opaco habitual en el momento de la destrucción de este último.”

“Después de que la muerte separó al alma de su organismo carnal, esta continúa la vida, en el espacio, con su cuerpo etéreo, conservando así su individualidad. Entre los hombres acerca de los cuales hemos hablado, y que están muertos según la carne, sin duda los hay que están aquí entre nosotros, que asisten, invisibles, a nuestras reuniones; están a nuestro lado y se yerguen sobre nuestras cabezas; nos ven y nos escuchan. Sí, están aquí, os lo aseguro.

”La escala de los seres es continua; antes de ser lo que somos, hemos pasado por todos los grados de esa escala que están debajo de nosotros, y continuaremos subiendo los que están arriba. Antes de que nuestro cerebro fuera reptil, fue pez, y fue reptil antes de ser mamífero.

”Los materialistas niegan estas verdades; son personas honestas, de buena fe, ¡pero se equivocan! Desafío a un materialista a que venga aquí, a esta tribuna, y demuestre que él tiene razón y que yo estoy equivocado. ¡Que venga a demostrar el materialismo! No, no lo demostraré. Apenas emitirá ideas apoyadas en el vacío; apenas opondrá negaciones, mientras que yo demostraré con hechos la verdad de mi tesis.”

“¿Existen fenómenos patológicos que demuestran la existencia del alma después de la muerte? Sí, existen, y voy a citaros uno. Veo aquí doctores en medicina que afirman que eso no es posible. Les responderé esto: si no lo habéis visto, es porque no mirasteis bien. Observad, buscad, estudiad, y lo encontraréis, como yo mismo lo he encontrado.”

“Voy a solicitar al sonambulismo y al éxtasis las pruebas que os he prometido. ‘—¿Al sonambulismo? —me dirán—. Pero si la Academia de Medicina todavía no lo reconoció.’ —¿Qué me importa eso! No tengo nada que ver con la Academia de Medicina, y puedo prescindir de ella. ‘—Pero el señor Du-bois, de Amiens, ha escrito un extenso libro, in-octavo, contra esa doctrina.’ —Eso tampoco me importa; se trata de opiniones sin pruebas, que se diluyen ante los hechos.”

“También me dirán: ‘Ya pasó la moda de defender el sonambulismo’. Responderé que no me preocupa estar a la moda y que, si bien no muchos hombres se atreven a profesar verdades que causan burlas, yo soy de aquellos a quienes las burlas no le afectan, y que las enfrentan de buena gana para afirmar con valor lo que a su juicio es la verdad. Si cada uno de nosotros obrara de ese modo, muy pronto la incredulidad perdería el terreno que viene ganando desde hace algún tiempo, y sería sustituida por la fe; no por la fe hija de la revelación, sino por la fe más sólida, hija de la ciencia, de la observación y de la razón.”

El orador cita numerosos ejemplos de sonambulismo y de éxtasis, que le han dado la prueba, de algún modo material, de la existencia del alma, de su acción aislada del cuerpo carnal, de su individualidad después de la muerte y, por último, de su cuerpo etéreo, que no es otra cosa más que la envoltura fluídica o periespíritu.

El periespíritu, cuya existencia era sospechada por inteligencias de élite desde tiempos inmemoriales —como se ve aquí—, pero ignorada por las masas, así como demostrada y divulgada en estos últimos tiempos por el espiritismo, implica una verdadera revolución en las ideas psicológicas y, por consiguiente, en la filosofía. Admitido este punto de partida, se llega forzo-

samente, de deducción en deducción, a la individualidad del alma, a la pluralidad de las existencias, al progreso indefinido, a la presencia de los Espíritus entre nosotros, en suma, a todas las consecuencias del espiritismo, incluido el hecho de las manifestaciones, que se explican de manera absolutamente natural.

Por otro lado, en su momento hemos demostrado que, a partir del principio de la pluralidad de las existencias —admitido en la actualidad por numerosos pensadores serios, incluso fuera del espiritismo— se llega exactamente a las mismas consecuencias.

Así pues, si hombres que son autoridades por su saber, profesan abiertamente con sus palabras o en sus escritos —incluso sin mencionar el espiritismo—, unos la doctrina del periespíritu —con cualquier otro nombre—, otros la pluralidad de las existencias, lo que hacen en realidad es profesar el espiritismo, porque esos dos caminos necesariamente conducen a él. Si han encontrado esas ideas en sí mismos y en sus propias observaciones, eso demuestra mucho mejor que tales ideas están en la naturaleza y cuán irresistible es su poder. Así pues, el periespíritu y la reencarnación son, a partir de ahora, dos puertas abiertas al espiritismo en el dominio de la filosofía y en el de las creencias populares.

Las conferencias del señor Chavée son, pues, auténticas conferencias espíritas, sin que se mencione esa palabra; y en tal sentido diremos que, por el momento, son más beneficiosas para la doctrina que si enarbolaran abiertamente su bandera. Popularizan sus ideas fundamentales sin ofuscar a los que, por ignorancia, tendrían prejuicios respecto del nombre. Una prueba evidente de la simpatía que esas ideas despiertan en la opinión pública es el entusiasta recibimiento que se brinda a las doctrinas profesadas por el señor Chavée, a juzgar por el numeroso público que asiste a sus conferencias.

Estamos convencidos de que más de un escritor, que pone en ridículo a los espíritas, aplaude al señor Chavée y sus doctrinas, a las que considera perfectamente racionales, sin sospechar que no son otra cosa sino el más puro espiritismo.

El periódico *La Solidarité*, en su número del 1.º de mayo, que hemos citado más arriba, ofrece un resumen de esas conferencias, respecto del cual llamamos la atención de nuestros lectores, dado que completa desde otros puntos de vista las enseñanzas referidas.

Nota: La abundancia de material nos obliga a posponer hasta el próximo número el resumen de dos interesantísimos folletines del señor Bonnemère —el autor de *La Novela del porvenir*—, publicados en *Le Siècle* [*El Siglo*] del 24 y el 25 de abril de 1868, con el título de *París sonámbula*, y en los que el espiritismo es claramente definido.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La religión y la política en la sociedad moderna

por Frédéric Herrensneider¹⁵

El señor Herrensneider es un ex sansimoniano, y a eso le debe su ardiente amor al progreso. Después se hizo espírita, aunque estamos lejos de compartir su manera de ver algunos

15. 1 volumen, in-12, de 600 páginas. Precio: 5 francos; por correo: 5 francos y 75 centavos. Dentu, Palais Royal.

temas, así como de aceptar las soluciones que propone. Su libro es una obra de alta filosofía, en la que el elemento espírita ocupa un lugar importante. Solo la examinaremos desde el punto de vista de la concordancia y la divergencia de sus ideas en relación con el espiritismo. Antes de analizar su teoría, nos parece fundamental que hagamos algunas consideraciones preliminares.

Tres grandes doctrinas se encuentran distribuidas en la humanidad, con los nombres de religiones diferentes y filosofías muy distintas: el materialismo, el espiritualismo y el espiritismo. Ahora bien, se puede ser materialista y creer en el libre albedrío del hombre, o bien no creer en él; en el segundo caso, se es *ateo* o panteísta; en el primero, se es inconsecuente, e incluso se toma el nombre de panteísta, o el de naturalista, positivista, etc.

Se es espiritualista toda vez que no se es materialista, es decir, toda vez que se admite un principio espiritual distinto de la materia, sea cual fuere la idea que cada uno se forme acerca de la naturaleza y el destino de ese principio. Los católicos, los griegos, los protestantes, los judíos, los musulmanes, los deístas, son espiritualistas, más allá de las diferencias esenciales respecto de los dogmas que los dividen.

Por su parte, los espíritas tienen acerca del alma una idea más clara y precisa. No se trata de un ser impreciso y abstracto, sino de un ser definido, que presenta una forma concreta, limitada, circunscripta. Independientemente de la inteligencia, que es su esencia, el alma posee atributos y efectos especiales, que constituyen los principios fundamentales de la doctrina de los espíritas. Ellos admiten: el cuerpo fluídico o periespíritu; el progreso indefinido del alma; la reencarnación o pluralidad de las existencias, como necesaria para el progreso; la plurali-

dad de los mundos habitados; la presencia entre nosotros de las almas o Espíritus que han vivido en la Tierra, así como la continuidad de su solicitud para con los vivos; la perpetuidad de los afectos; la solidaridad universal que vincula a los vivos y a los muertos, a los Espíritus de todos los mundos y, por consiguiente, la eficacia de la oración; la posibilidad de comunicarse con los Espíritus de los que han muerto; y en el hombre, la visión espiritual o psíquica, que es un efecto del alma.

Los espíritas rechazan el dogma de las penas eternas, irremisibles, dado que son inconciliables con la justicia de Dios; pero admiten que el alma, después de la muerte, sufre y padece las consecuencias del mal que ha hecho durante la vida, así como las del bien que habría podido hacer y no hizo. Sus padecimientos son la consecuencia *natural* de sus actos; duran tanto como la perversidad o la inferioridad moral del Espíritu; disminuyen a medida que este se mejora, y cesan con la reparación del mal. Esta reparación tiene lugar en las existencias corporales sucesivas. Dado que siempre conserva su libertad de acción, el Espíritu es el artífice de su felicidad y de su desdicha, en este mundo y en el otro. El hombre no es conducido fatalmente ni al bien ni al mal; realiza uno y otro por su propia voluntad, y se perfecciona mediante la experiencia. Como consecuencia de este principio, los espíritas no admiten la existencia de demonios predestinados al mal, ni la creación especial de ángeles predestinados a la dicha infinita sin que se hayan tomado la molestia de merecerla. Los demonios son Espíritus humanos todavía imperfectos, pero que habrán de mejorar con el tiempo; los ángeles son Espíritus que han llegado a la perfección después de pasar, como los demás, por todos los grados de la inferioridad.

El espiritismo sólo admite para cada individuo la responsabilidad de sus propios actos; según esa doctrina, el pecado original es personal: consiste en las imperfecciones que cada uno trae consigo al nacer, porque no se ha despojado de ellas en sus existencias precedentes, y cuyas consecuencias padece naturalmente en la existencia actual.

Tampoco admite, como suprema recompensa final, la inútil y beata contemplación de los elegidos durante la eternidad; sino, por el contrario, una actividad incesante desde arriba hacia abajo de la escala de los seres, en la que cada uno posee atribuciones que son proporcionales a su grado de adelanto.

Tal es, en un resumen muy breve, la base de las creencias espíritas. Se es espírita desde el momento en que se participa de ese orden de ideas, aun cuando no se admitan de manera integral todos los puntos de la doctrina y sus consecuencias. No se es menos espírita por no ser espírita *completo*, de modo que a menudo se lo es sin saberlo, y a veces sin querer confesarlo, y entre los seguidores de las diversas religiones hay muchos que son espíritas de hecho, aunque no lo sean de nombre.

La creencia común de los espiritualistas consiste en creer en un Dios creador, y en admitir que después de la muerte el alma continúa existiendo con la forma de Espíritu puro, completamente liberado de todo tipo de materia, y que ella podrá, con o sin la resurrección de su cuerpo material, gozar de una existencia eterna feliz o desdichada.

Los materialistas, por el contrario, creen que la fuerza es inseparable de la materia y no puede existir sin ella. Por lo tanto, para ellos Dios no es más que una hipótesis gratuita, a menos que sea la propia materia. Los materialistas niegan con toda su fuerza la idea de un alma esencialmente espiritual, así como la de una personalidad que sobrevive a la muerte.

Su crítica está fundada, en lo que concierne al alma tal como la aceptan los espiritualistas, en el hecho de que, dado que la fuerza es inseparable de la materia, un alma personal, activa y poderosa, no puede existir como un punto geométrico en el espacio, sin dimensión alguna: ni anchura, ni altura, ni profundidad. ¿Qué clase de fuerza, de potencia, de acción, puede ejercer un alma de ese tipo sobre un cuerpo durante la vida? ¿Qué progreso puede realizar, y de qué manera conserva un registro, si no es nada? ¿Cómo podría ser pasible de felicidad o desdicha después de la muerte? Eso preguntan ellos a los espiritualistas.

Es inútil ocultarlo: esa argumentación es sustanciosa; sin embargo, carece de valor ante la doctrina de los espíritas. Si bien estos admiten la existencia de un alma distinta del cuerpo, como los espiritualistas, con una vida eterna y una personalidad indestructible, consideran que esa alma se encuentra indisolublemente unida a la materia; no a la materia del cuerpo, sino a otra, más etérea, fluídica e incorruptible, que denominan *periespíritu*: un término adecuado, que expresa correctamente la idea que constituye el origen y la base misma del espiritismo.

Si resumimos las tres doctrinas, diremos que, para los materialistas, el alma no existe o, en caso de que exista, se confunde con la materia, sin ninguna personalidad que la distinga fuera de la vida presente, en la que esa personalidad es incluso más aparente que real.

Para los espiritualistas, el alma existe en el estado de Espíritu, y es independiente de Dios y de todo tipo de materia.

Para los espíritas, el alma es distinta de Dios, que la ha creado; es inseparable de una materia fluídica e incorruptible, que se puede denominar *periespíritu*.

Esta explicación preliminar permitirá comprender que existen espíritas sin que ellos mismos lo sepan.

En efecto, desde el momento en que no se es materialista ni espiritualista, no se puede ser otra cosa más que espírita, a pesar de la repugnancia que algunos parecen experimentar ante esa calificación.

Estamos muy lejos de las apreciaciones fantasiosas de los que imaginan que el espiritismo se basa solamente en la evocación de los Espíritus. Hay espíritas que nunca han hecho una sola evocación, y otros que ni siquiera las presenciaron, ni les interesa hacerlo, porque su creencia no necesita ese recurso. Además, por el hecho de que se apoye tan solo en la razón y en el estudio, esa creencia no es menos plena ni menos seria.

Incluso pensamos que el espiritismo encuentra los más firmes y convencidos adherentes gracias a su forma filosófica y moral. Las comunicaciones con los Espíritus son apenas un medio de convicción, de demostración y, sobre todo, de consuelo. Sólo se debe recurrir a ellas con reserva, y cuando ya se sabe bien lo que se desea obtener.

Esas comunicaciones no son propiedad exclusiva de los espíritas; a menudo ocurren espontáneamente, y a veces incluso en medios hostiles al espiritismo, del cual son independientes. En efecto, no son más que el resultado de leyes y de acciones naturales que los Espíritus y los hombres pueden utilizar, unos u otros, ya sea independientemente o poniéndose de acuerdo.

Con todo, así como es prudente colocar instrumentos de física, química o astronomía, tan solo en las manos de quienes saben utilizarlos, de igual modo es conveniente provocar comunicaciones tan solo cuando su utilidad es real, y no para satisfacer una curiosidad pueril.

Dicho esto, podemos examinar el notable libro del señor Herrensneider. Es la obra de un profundo pensador y un espírita convencido, si bien no coincidimos con todas las conclusiones a las que arriba.

El señor Herrensneider admite la existencia de un Dios creador, presente en toda la creación. Dios penetra todos los cuerpos con su sustancia fluídica y se encuentra en nosotros como nosotros en él. Esa es la notable solución que el señor Allan Kardec ha presentado en su libro *La génesis*, a título de hipótesis.

Con todo, según el autor, al principio Dios llenaba todo el espacio, y habría creado cada ser retirándose del lugar que le concedía para permitirle que se desarrollara libremente bajo su protección incesante. Ese desarrollo progresivo se opera al comienzo bajo el efecto necesario de las leyes de la naturaleza, y mediante la coerción del mal. Después, cuando el Espíritu ha progresado bastante, puede unir su propia acción con la acción fatal de las leyes naturales, a fin de activar su progreso.

Durante esa etapa de la existencia de los seres, que comienza en la molécula del mineral, continúa en el vegetal, se desarrolla en el animal y se precisa en el hombre, el Espíritu reúne y conserva conocimientos mediante su periespíritu. Adquiere así una experiencia determinada. Los progresos que se realizan son muy lentos y, cuanto más lentos son, más se multiplican las encarnaciones.

Como se ve, el autor adopta los principios científicos del progreso de los seres, postulados por Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire y Darwin, con la diferencia de que la acción moderadora de las formas y de los órganos animales no es solamente el resultado de la selección y de la competencia vital, sino también, y sobre todo, el efecto de la acción inteligente

del espíritu animal, que modifica incesantemente las formas y la materia, con la cual se reviste para llevar a cabo una apropiación más acorde con la experiencia que ha adquirido.

En ese orden de ideas, nos habría gustado que el autor insistiera en la acción benéfica y afectuosa de los seres más elevados, que contribuyen al adelanto de los más débiles, guiándolos y protegiéndolos con un sentimiento de simpatía y solidaridad. Afortunadamente, ese desarrollo se encuentra en el libro *La génesis* y en el resto de las obras del señor Allan Kardec.

El señor Herrensneider solamente se refiere a la acción recíproca de los seres desde el lamentable punto de vista de la acción perjudicial y del progreso necesario que resulta del mal en la naturaleza. En este punto, comprendió con acierto que el mal es apenas relativo, y que constituye una de las condiciones mismas del progreso. Esa parte de su trabajo está bien desarrollada.

“Creados —dice él— en la extrema debilidad, en la extrema pereza, y dado que debemos ser los medios de nuestro propio fin, somos obligados a llegar a la perfección y al poder, a la felicidad y a la libertad mediante nuestro propio esfuerzo; nuestro destino consiste en ser en todo y en todas partes los hijos de nuestras obras, crear nuestra unidad, nuestra personalidad, nuestra originalidad, así como nuestra felicidad.

”Tales son, en mi opinión, los designios de Dios respecto de nosotros. No obstante, para lograrlo, es evidente que el Creador no nos puede dejar librados a nosotros mismos, dado que, habiendo sido creados en ese estado ínfimo y molecular, nos hallamos naturalmente inmersos en una profunda turbación. Así habríamos quedado perpetuamente, y nunca habríamos dado un paso adelante si, para despertarnos, para tornar sensible nuestra sustancia inerte, y para activar nuestra fuerza privada de iniciativa, Dios no nos hubiera sometido a un sistema

de coerción, que nos conecta con nuestro origen, que nunca nos abandona y nos obliga a esforzarnos para satisfacer las necesidades y los instintos morales, intelectuales y materiales, de los que nos hizo esclavos, como resultado del sistema de la encarnación, que dispuso para tal fin.”

Se ve que los espíritas van más lejos que los estoicos —quienes pensaban que el dolor no existía y que era tan solo una palabra—, porque llegan a pronunciar esta extraña fórmula: *el propio mal es un bien*, en el sentido de que conduce a él fatal y necesariamente.

Respecto de cuanto precede, criticamos al autor el hecho de haberse olvidado de que la más estrecha solidaridad vincula a todos los seres, y que los mejores son aquellos que, como han comprendido mejor este principio, lo ponen en acción incesantemente. De ese modo, todos los seres en la naturaleza contribuyen al objetivo general y al progreso mutuo: algunos lo hacen sin saberlo y bajo el impulso de sus guías espirituales; otros, dado que comprenden su deber de elevar e instruir a quienes los rodean o dependen de ellos, se ayudan con la asistencia de los que se encuentran más adelantados que ellos. En la actualidad, todo el mundo comprende que los padres deben a sus hijos una educación adecuada, y que los que son felices, instruidos y adelantados, deben ayudar a los pobres, a los que sufren y a los ignorantes.

Así pues, debemos comprender la utilidad de la plegaria, que nos pone en relación con los Espíritus que pueden guiarnos. ¿Acaso no pedimos ayuda a los que están vivos como nosotros, y que son superiores o iguales a nosotros? ¿Acaso nuestra vida puede transcurrir sin ese ruego perpetuo de auxilio que dirigimos a otros? Así pues, no debe asombrarnos que, puesto que nos escuchan, los que han muerto también sean

sensibles a nuestras plegarias, en la medida de lo que puedan hacer, como por otra parte lo habrían hecho en vida. A veces se da a quien nada pidió, pero sobre todo se da a los que piden. Llamad, y se os abrirá; pedid, y si es posible seréis satisfechos.

No vayáis a creer que tenéis derecho a todo y que podéis esperar los beneficios sin pedirlos y sin merecerlos; no creáis que todo llega fatal y necesariamente; por el contrario, reflexionad acerca de que os halláis en medio de seres libres y con voluntad propia, tan numerosos como la arena del mar, y cuya acción puede sumarse a vuestro pedido en función de la simpatía que despertéis en ellos, y que debéis ganaros.

Orar es un medio de actuar sobre los otros y sobre uno mismo, pero este no es el momento de desarrollar un tema tan importante. Apenas digamos que la plegaria tiene valor solamente cuando la acompañan *el esfuerzo o el trabajo*, y que sin estos es impotente, mientras que el trabajo y el esfuerzo generosos pueden muy bien suplir a la plegaria. Entre los espíritas, sobre todo, se admite este antiguo refrán: *trabajar es orar*.

La parte más interesante del libro del señor Herrenscheider es aquella en la que expone lo que se podría denominar *psicología del alma*, concebida tal como la comprenden los espíritas, y desde ese punto vista su trabajo es nuevo y de los más curiosos.

El autor define claramente los fenómenos que dependen del periespíritu, y de qué modo este mantiene a disposición del Espíritu la totalidad de sus progresos anteriores, conservando el registro de los esfuerzos y de los progresos nuevos que el ser intentó y realizó en un momento determinado.

Según esa información, la naturaleza del alma o periespíritu debe considerarse un tesoro adquirido, conservado en

nosotros, y que contiene todo lo que atañe a nuestro ser en el orden moral, intelectual y práctico.

Evitaremos valernos de los términos adoptados por el autor, quien, para explicar que el alma puede obrar, ya sea por efecto de su tesoro adquirido o naturaleza íntima (periespíritu), o bien por un esfuerzo nuevo o acción voluntaria, se sirve de la expresión *dualidad del alma*, al tiempo que se ocupa de señalar que el alma es *una*. Aquella es una expresión desafortunada, que no expresa el verdadero pensamiento del autor y que podría prestarse a confusión en una mente poco atenta.

El señor Herrensneider cree en la unidad del alma, como los espíritas. También como estos, admite la existencia del periespíritu, lo que le permite elaborar una muy fina crítica de la psicología de los espiritualistas, que estudia más especialmente según las obras del señor Cousin.

A partir del mismo punto que Sócrates y Descartes: *el conocimiento de sí mismo*, el autor establece el hecho primordial del que resultan todos nuestros conocimientos, es decir, la afirmación de nosotros mismos cada vez que empleamos la palabra *yo*. La afirmación del *yo* es, por consiguiente, la verdadera base de la psicología. Ahora bien, existen varias afirmaciones de ese *yo*, que se presentan ante nuestra observación sin que ninguna tenga prioridad sobre las otras, y sin que se generen recíprocamente: *yo me siento; yo me sé; yo tengo conciencia de mi individualidad; yo tengo el deseo de ser satisfecho*. Estos dos últimos hechos de conciencia son evidentes y claros de por sí; constituyen el principio de unidad del ser y el de nuestra causa final o destino, a saber: ser feliz.

Para sentirse y saberse hace falta notar que se tiene plena conciencia de sentirse sin que haya necesidad de hacer el menor esfuerzo; por el contrario, la percepción del sentir es

un acto que resulta de un esfuerzo del mismo orden que la atención; toda vez que dejo de esforzarme, dejo de pensar y de prestar atención, y entonces siento todas las cosas exteriores que me causan impresión, hasta el momento en que una de ellas me alcanza con bastante fuerza para que yo la examine, dirigiendo hacia ella mi atención. De ese modo, puedo pensar o sentir, ser impresionado o percibir, y juzgar mi impresión cuando lo desee.

Existen ahí dos órdenes psicológicos diferentes, heterogéneos, uno de los cuales es *pasivo* y se caracteriza por la sensibilidad y la permanencia: es el *sentir*; y el otro es *activo* y se distingue por el esfuerzo de la atención y por su intermitencia: es el pensamiento voluntario.

A partir de esa observación, el autor llega a concluir la existencia del periespíritu mediante una serie de deducciones muy interesantes, aunque muy extensas para referir aquí.

Para el señor Herrenscheider, el periespíritu o sustancia del alma es una materia simple, incorruptible, inerte, extensa, sólida y sensible; es el principio *potencial* que, por su sutileza, recibe todas las impresiones, las asimila, las conserva y se transforma, bajo esa acción incesante, de modo tal que contiene toda nuestra naturaleza moral, intelectual y práctica.

La fuerza del alma es de orden virtual, espiritual, activo, voluntario y reflexivo; es el principio de nuestra actividad. En todas partes donde se encuentre nuestro periespíritu, también se encuentra nuestra fuerza. Del periespíritu, o del tesoro adquirido de nuestra naturaleza, dependen nuestra sensibilidad, nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, nuestra memoria, nuestra imaginación, nuestras ideas, nuestro sentido común, nuestra espontaneidad, nuestra naturaleza moral y

nuestros principios de honor, así como los sueños, las pasiones e incluso la locura.

De nuestra fuerza derivan, como cualidades virtuales, la atención, la percepción, la razón, el recuerdo, la fantasía, el humor, el pensamiento, el juicio, la reflexión, la voluntad, la virtud, la conciencia y la vigilancia, así como el sonambulismo, la exaltación y la monomanía.

Dado que esas cualidades pueden sustituirse una a la otra sin excluirse, y también porque los mismos órganos deben ser empleados tanto para la percepción como para la sensación, que son equivalentes, tanto para el sentimiento como para la razón, etc.; de ahí resulta que cada Espíritu rara vez se vale de los dos órdenes de sus facultades con la misma facilidad. De esta observación resulta, para el autor, que los individuos que funcionan más fácilmente en virtud de las facultades denominadas *potenciales*, tendrán estas más desarrolladas que las otras, y se valdrán de ellas más a voluntad, y viceversa.

Desde ese punto de vista, y a partir de una observación relativa a la mayor o menor potencia virtual de ciertos conjuntos de individuos, generalmente agrupados con un mismo nombre de raza, el autor llega a la conclusión de que hay Espíritus a los que se puede denominar Espíritus franceses, ingleses, italianos, chinos o negros, etc.

A pesar de lo difícil que resultaría explicar un orden de ideas semejante, debemos convenir en que los estudios que el señor Herrensneider ha realizado con tanto esmero acerca de los diversos pueblos son muy notables y, en todo caso, muy interesantes. No obstante, hubiéramos preferido que el autor expresara su pensamiento con mayor claridad, pues es evidente que, según él: los Espíritus se agrupan por lo general de acuerdo con sus afinidades. Eso hace que los Espíritus

del mismo orden y del mismo grado de elevación tiendan a encarnarse en un mismo punto del globo, y de ahí resulta ese carácter nacional: fenómeno tan singular en apariencia. Diremos, pues, que no hay Espíritus franceses o ingleses, sino que hay Espíritus cuyo estado, costumbres y tradiciones, hacen que algunos de ellos encarnen en Francia, y otros en Inglaterra, tal como durante la vida se los ve agruparse según sus simpatías, su valor moral y sus caracteres. En cuanto al progreso individual, este depende siempre de la voluntad, y no del valor ya adquirido del periespíritu, que sólo sirve, por decirlo de algún modo, como punto de partida destinado a permitir una nueva elevación del Espíritu, nuevas conquistas y nuevos progresos.

Dejaremos a un lado la parte del libro que trata acerca del orden social y de la necesidad de una religión impuesta, porque el autor, aún imbuido de los principios de autoridad que aprendió en el sansimonismo, se aleja mucho, en este punto, de los principios de tolerancia absoluta que el espiritismo se enorgullece de profesar. Nos parece correcto enseñar, pero nos daría miedo una doctrina impuesta y necesaria, dado que, por más excelente que fuera para la generación actual, forzosamente se convertiría en un obstáculo para las generaciones siguientes, cuando estas hayan progresado.

El señor Herrensneider no comprende que la moral pueda ser independiente de la religión. En nuestra opinión, el problema está mal formulado, y cada uno lo discute precisamente desde el punto de vista en el que tiene razón. Los moralistas independientes están en lo cierto cuando dicen que la moral es independiente de los dogmas religiosos, por cuanto, sin creer en ninguno de los dogmas existentes, muchos de los antiguos fueron morales, y entre los modernos hay muchos

que tienen derecho a jactarse de serlo. Con todo, lo cierto es que la moral, y sobre todo su aplicación práctica, depende siempre de nuestras *creencias individuales*, sean cuales fueren. Ahora bien, aun cuando fuera de las más filosóficas, toda creencia constituye la *religión* de aquel que la posee.

Eso se demuestra fácilmente con los hechos de la vida cotidiana, y hasta los moralistas, que se dicen independientes, tienen la *creencia* de que es preciso respetarse a uno mismo y respetar a los demás, desarrollando lo más posible, tanto en uno mismo como en los otros, los elementos del progreso. Su moral dependerá, pues, de su creencia; sus acciones se verán necesariamente influenciadas por ella, y esa moral solo será independiente de las religiones, de las creencias y de los dogmas en los que no tenga fe, lo cual nos parece muy justo y racional, aunque también muy elemental.

Se puede decir que, en el estado actual de nuestra sociedad, hay principios de moral que están de acuerdo con todas las creencias individuales, sean cuales fueren, porque los individuos han modificado sus creencias religiosas en determinados puntos, en virtud de los progresos científicos y morales que nuestros antepasados conquistaron afortunadamente.

Para finalizar, diremos que el autor es en muchos aspectos discípulo de Jean Reynaud. Su libro es el resumen de estudios y pensamientos serios, expresados claramente y con firmeza. Ha sido escrito con un cuidado encomiable, y ese cuidado se ve hasta en los mínimos detalles materiales de impresión, lo cual es muy importante para la claridad de un libro tan serio.

A pesar de la profunda discrepancia que nos separa del señor Herrensneider, tanto en su manera de ver respecto de imponer la religión, como en sus ideas acerca de la autoridad, de la familia —que ha olvidado demasiado—, así como de la

plegaria y la solidaridad benevolente de los Espíritus —que no ha sabido apreciar—, etc., ideas que el propio Jean Reynaud ya había desaprobado, es imposible que a uno no lo alcance el mérito de la obra y el valor del hombre que ha sabido encontrar ideas fuertes, a menudo justas, y siempre claramente expresadas.

El espiritismo es definitivamente afirmado en ese libro, al menos en sus principios fundamentales, y se lo considera relevante entre los elementos de la ciencia filosófica. No obstante, existe una diferencia en el punto de partida, pues el autor llega al resultado por inducción, mientras que el espiritismo, dado que procede por la vía experimental, ha fundado su teoría en la observación de los hechos. Estamos ante un escritor de los más serios, que otorga al espiritismo derecho de ciudadanía.

EMILE BARRAULT, ingeniero.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 7

Julio de 1868

La ciencia de la concordancia de los números y la fatalidad

Varias veces nos han preguntado qué pensamos acerca de la concordancia de los números, y si creemos en el valor de esa ciencia. Nuestra respuesta es muy simple: hasta ahora no pensamos nada al respecto, porque nunca nos hemos ocupado del tema. Si bien hemos visto algunos casos de concordancias singulares entre las fechas de determinados acontecimientos, han sido en una muy pequeña cantidad como para extraer de ellos una conclusión, siquiera aproximada. En rigor de verdad, no vemos la razón de dicha coincidencia. No obstante, el hecho de que algo no se comprenda no es motivo para decir que no existe. La naturaleza no ha dicho su última palabra, y lo que hoy es utopía, mañana puede ser verdad. Por lo tanto, es posible que entre los hechos exista una determinada correlación, que no sospechamos, y que podría expresarse en números. En todo caso, no se podría dar el nombre de *ciencia* a un cálculo tan hipotético como el de las relaciones numéricas en lo que

conciene a la sucesión de los acontecimientos. Una ciencia es un conjunto de hechos suficientemente numerosos para que de ellos se deduzcan reglas, y susceptibles de una demostración. Ahora bien, en el estado actual de nuestros conocimientos, sería absolutamente imposible elaborar alguna teoría acerca de los hechos de ese género, como tampoco alguna explicación satisfactoria. Así pues, no es una ciencia, o si se prefiere, no lo es todavía, lo cual no implica su negación.

Existen hechos acerca de los cuales tenemos una opinión personal; en el caso que nos ocupa, no tenemos ninguna, pero si debiéramos inclinarnos hacia un lado, sería más bien hacia la negativa, hasta que surgiera una prueba en sentido contrario.

Nos basamos en que el tiempo es relativo; solo puede ser apreciado según los términos de comparación y los puntos de referencia tomados de la revolución de los astros, y esos términos varían conforme a los mundos, porque fuera de los mundos el tiempo no existe: no existe una unidad para medir lo infinito. Así pues, no parece que pueda haber una ley universal de concordancia para la fecha de los acontecimientos, toda vez que la medición del tiempo varía según los mundos, a menos que haya en ese sentido una ley particular para cada mundo, destinada a su organización, como hay una para la duración de la vida de sus habitantes.

No cabe duda de que, si esa ley existe, un día será reconocida. El espiritismo, que asimila todas las verdades –toda vez que estas sean constatadas–, no se ocupará de rechazar esta, pero como hasta el presente esa ley no ha sido comprobada por una cantidad suficiente de hechos, como tampoco mediante una demostración categórica, no debe preocuparse por ella, tanto menos cuanto que ella solo le interesa de manera muy indirecta. No disimulamos la magnitud de esa ley –si

es como se dice—, pero como la puerta del espiritismo está siempre abierta a todas las ideas progresistas, a todas las adquisiciones de la inteligencia, este se ocupa de las necesidades del momento, sin temor a que sea superado por las conquistas del futuro.

Esta cuestión fue planteada a los Espíritus en un grupo provinciano muy serio, y por eso mismo generalmente bien asistido, a lo que ellos respondieron:

“En el conjunto de los fenómenos morales existen, por cierto, como en los fenómenos físicos, relaciones basadas en los números. La ley de la concordancia de las fechas no es una quimera; se trata de una de las leyes que os serán reveladas más adelante, y que os darán la clave de cosas que os parecen anomalías; porque —creedme— la naturaleza no es caprichosa, y avanza siempre con precisión y absoluta seguridad. Por otra parte, esa ley no es como vosotros suponéis. Para comprender su razón de ser, su principio y su utilidad, os hacen falta ideas que aún no poseéis, y que llegarán a su debido tiempo. En este momento, ese conocimiento sería prematuro, razón por la cual no se os imparte. Sería inútil insistir. Limitaos a registrar los hechos; observad sin sacar conclusiones, por temor a equivocaros. Dios sabe dar a los hombres el alimento intelectual a medida que estos se encuentran en condiciones de asimilarlo. Trabajad sobretodo en vuestro adelanto moral, que es lo más esencial, porque a través de él mereceréis poseer nuevas luces”.

Por nuestra parte, pensamos lo mismo. Incluso consideramos que habría más inconvenientes que ventajas en divulgar prematuramente una creencia que, en manos de la ignorancia, podría degenerar en abusos y en prácticas supersticiosas, a falta del contrapeso de una teoría racional.

El principio de la concordancia de las fechas es, pues, completamente hipotético; pero aun cuando no podamos afirmar nada al respecto, la experiencia demuestra que en la naturaleza hay muchas cosas subordinadas a leyes numéricas, y susceptibles del más riguroso cálculo. Este hecho, de gran importancia, tal vez algún día pueda arrojar luz sobre la primera cuestión. Así, por ejemplo, las probabilidades del azar se hallan sometidas, en conjunto, a una periodicidad cuya precisión es asombrosa; la mayoría de las combinaciones químicas, para la formación de los cuerpos compuestos, se dan en proporciones definidas, es decir, que hace falta un número determinado de moléculas de cada uno de los cuerpos elementales, y que una molécula más o una menos cambia completamente la naturaleza del cuerpo compuesto (véase *La génesis*, Cap. X, § 7 y siguientes); la cristalización se produce con ángulos de una apertura constante; en astronomía, los movimientos y las fuerzas siguen progresiones de un rigor matemático, y la mecánica celeste es tan exacta como la mecánica terrestre; lo mismo sucede con la reflexión de los rayos luminosos, calóricos y sonoros; también, mediante cálculos positivos se establecen las probabilidades de vida y de muerte en las aseguradoras.

Es cierto, pues, que los números están en la naturaleza y que leyes numéricas rigen la mayoría de los fenómenos de orden físico. ¿Sucede lo mismo con los fenómenos de orden moral y metafísico? Sería presuntuoso afirmar eso sin datos más seguros que aquellos con los que contamos. Esta cuestión, además, plantea otras que tienen su importancia, y sobre las cuales nos parece útil presentar algunas observaciones desde un punto de vista general.

Desde el momento en que una ley numérica rige los nacimientos y las muertes de los individuos, ¿no podría suceder

lo mismo, aunque en una escala más amplia, en el caso de las individualidades colectivas, tales como las razas, los pueblos, las ciudades, etc.? Las etapas de su marcha ascendente, de su decadencia y de su fin, las revoluciones que señalan las etapas del progreso de la humanidad, ¿no estarían sujetas a una periodicidad determinada? En cuanto a las unidades numéricas para la medición de los períodos de la humanidad, si no son los días, ni los años, ni los siglos, podrían basarse en las generaciones, como algunos hechos lo darían a entender.

No se trata de un sistema, y mucho menos de una teoría; es una simple hipótesis, una idea basada en una probabilidad, y que algún día podrá servir de punto de partida para ideas más positivas.

Con todo —nos preguntarán—, si los acontecimientos que deciden el destino de la humanidad, de una nación, de una tribu, tienen plazos regulados por una ley numérica, se trata de la consagración de la fatalidad y, en ese caso, ¿qué pasa con el libre albedrío del hombre? El espiritismo, ¿estaría equivocado cuando afirma que nada es fatal, y que el hombre es dueño absoluto de sus acciones y de su destino?

Para responder a esa objeción hay que considerar el tema desde un punto de vista más elevado. Digamos, para comenzar, que el espiritismo nunca ha negado la fatalidad de ciertas cosas, sino que, por el contrario, siempre la ha reconocido; pero afirma que esa fatalidad no obstaculiza el libre albedrío, lo cual es fácil de demostrar.

Todas las leyes que rigen el conjunto de los fenómenos de la naturaleza tienen consecuencias necesariamente fatales, es decir, inevitables, y esa fatalidad es indispensable para la conservación de la armonía universal. El hombre, que sufre esas consecuencias, se encuentra, por lo tanto, en determinados

aspectos, sometido a la fatalidad en todo lo que no dependa de su iniciativa. Así, por ejemplo, debe morir fatalmente; esa es la ley común a la que no puede sustraerse y, en virtud de esa ley, puede morir a cualquier edad, cuando le llegue la hora. Pero si adelanta voluntariamente su muerte mediante el suicidio o los excesos, obra en virtud de su libre albedrío, porque nadie puede obligarlo a que haga eso. Debe comer para vivir: eso es fatalidad; pero si come más de lo necesario, practica un acto de libertad.

En su celda, el prisionero es libre de moverse a voluntad, en el espacio que se le ha asignado; pero las paredes que no puede atravesar son para él la fatalidad que restringe su libertad. La disciplina es una fatalidad para el soldado, pues lo obliga a realizar actos independientes de su voluntad, pero él no deja de ser libre en sus acciones personales, de las cuales es responsable. Lo mismo le ocurre al hombre en su relación con la naturaleza; la naturaleza tiene sus leyes fatales, que le oponen una barrera, pero más allá de la cual puede moverse a voluntad.

¿Por qué Dios no le ha dado al hombre una libertad absoluta? Porque Dios es como un padre previsor, que limita la libertad de sus hijos al nivel de su razón y del uso que puedan hacer de ella. Si los hombres se valen tan mal de la libertad que se les ha otorgado, si no saben gobernarse a sí mismos, ¿qué sucedería si las leyes de la naturaleza estuvieran sujetas a su arbitrio y no les impusieran un freno saludable?

Así pues, el hombre puede ser libre en sus acciones, a pesar de la fatalidad que preside al conjunto; es libre en cierta medida, dentro del límite necesario para que conserve la responsabilidad de sus actos. Si, en virtud de esa libertad, perturba la armonía a través del mal que hace, si interrumpe la marcha providencial de las cosas, será el primero en sufrir por eso, y

como las leyes de la naturaleza son más fuertes que él, acabará siendo arrastrado por la corriente; entonces sentirá la necesidad de volver al bien, y todo recuperará el equilibrio. De ese modo, el regreso al bien es también un acto libre, aunque *provocado* –no impuesto– por la fatalidad.

El impulso que dan las leyes de la naturaleza, así como los límites que presentan, son siempre buenos, porque la naturaleza es la obra de la sabiduría divina. Resistirse a esas leyes es un acto de libertad, pero esa resistencia siempre provoca el mal. Dado que el hombre es libre de observar o de infringir esas leyes, en lo que respecta a su persona, es, por lo tanto, libre de hacer el bien o el mal. Si pudiera ser fatalmente conducido a hacer el mal, y dado que esa fatalidad solo puede proceder de un poder superior a él, Dios sería el primero en infringir sus propias leyes.

¿Quién no ha pensado varias veces: “Si yo no hubiera obrado de ese modo en esa circunstancia, no me encontraría en esta situación; si tuviera que volver a empezar, obraría de otro modo”? ¿No reconoce así que era libre de hacer o de no hacer, y que sería libre de hacerlo mejor en otra ocasión, si se le presentara la oportunidad? Ahora bien, Dios, que es más sabio que el hombre, previendo los errores que este podría llegar a cometer, así como el mal uso que podría hacer de su libertad, le ha otorgado *indefinidamente* la posibilidad de volver a empezar mediante la sucesión de sus existencias corporales, y podrá hacer eso hasta que, instruido por la experiencia, ya no siga el camino equivocado.

Por consiguiente, el hombre puede, conforme a su voluntad, apresurar o retardar el término de sus pruebas, y en eso consiste la libertad. Agradecemos a Dios que no nos haya cerrado para siempre el camino de la felicidad, decidiendo

nuestro destino definitivo después de una existencia efímera, notoriamente insuficiente para llegar a la cumbre de la escala del progreso, y que nos haya dado, mediante la fatalidad de la reencarnación, los medios para que avancemos incesantemente, renovando las pruebas en las que fracasamos.

La fatalidad es absoluta respecto de las leyes que rigen la materia, porque la materia es ciega; pero no existe para el Espíritu, que es llamado a reaccionar sobre la materia en virtud de su libertad. Si las doctrinas materialistas fueran verdaderas, serían la más formal consagración de la fatalidad; porque si el hombre fuera tan solo materia, no tendría la menor iniciativa. Ahora bien, si le concedéis alguna iniciativa, sea cual fuere, es libre; y si es libre, tiene en sí algo más que materia. Dado que el materialismo es la negación del principio espiritual, por eso mismo es la negación de la libertad. Y —¡extraña contradicción!— los materialistas, los mismos que proclaman el dogma de la fatalidad, son los primeros en invocar la libertad y valerse de ella, así como en reivindicarla, ante quienes la oprimen, como un derecho en su más absoluta plenitud; y hacen eso sin sospechar que reclaman un privilegio del Espíritu, y no de la materia.

Aquí se presenta otra cuestión. La fatalidad y la libertad son dos principios que parecen excluirse. La libertad de la acción individual, ¿es compatible con la fatalidad de las leyes que rigen el conjunto? Y esa acción, ¿no perturba la armonía? Algunos ejemplos tomados de los fenómenos más vulgares de orden material darán la solución de ese problema evidente.

Hemos dicho que las probabilidades del azar se equilibran con una regularidad sorprendente. En efecto, en el juego de la ruleta es sabido que, a pesar de la irregularidad con que sale cada color, resulta la misma cantidad de cada uno de ellos al cabo de cierto número de rodadas; es decir, en cien rodadas,

saldrán cincuenta rojos y cincuenta negros; en mil, quinientos de uno y quinientos del otro, con una diferencia de pocas unidades. Lo mismo ocurre con los números pares e impares, y con todas las probabilidades llamadas dobles. Si en vez de dos colores hubiera tres, resultaría un tercio de cada uno; si fueran cuatro, un cuarto, etc. Muchas veces el mismo color sale en series de dos, tres, cuatro, cinco, seis veces seguidas; en cierto número de rodadas, habrá tantas series de dos rojas como de dos negras, tantas de tres rojas como de tres negras, y así sucesivamente; pero las rodadas de dos serán la mitad menos numerosas que las de uno; las de tres, un tercio de las de uno; las de cuatro, un cuarto, etc.

En el caso de los dados, puesto que el dado tiene seis caras, si se lo tira sesenta veces, resultarán diez veces un punto, diez veces dos puntos, diez veces tres puntos, y así con el resto.

En la antigua lotería de Francia, había noventa números colocados en una ruleta; se sorteaban cinco por vez. En los registros de varios años se constató que cada número había salido en la proporción de un nonagésimo, y cada decena en la proporción de un noveno.

La proporción es tanto más exacta cuanto más considerable es el número de rodadas. En diez o veinte, por ejemplo, puede ser muy desigual, pero el equilibrio se establece a medida que aumenta el número de rodadas, y eso ocurre con una regularidad matemática. Dado que se trata de un hecho constante, es evidente que una ley numérica preside esa distribución cuando es abandonada a sí misma y nada la fuerza o la obstaculiza. Lo que se denomina azar está, pues, sometido a una ley matemática, o mejor dicho: no hay azar. La irregularidad caprichosa que se manifiesta en cada rodada, o en un pequeño número de estas, no impide que la ley siga

su curso, de modo que podemos decir que en esa distribución hay una verdadera fatalidad; pero esa fatalidad, que preside al conjunto, es nula o, por lo menos, inapreciable, para cada rodada aislada.

Nos hemos extendido un poco en el ejemplo de los juegos, porque es uno de los más sorprendentes y fáciles de verificar, debido a que es posible multiplicar los hechos a voluntad y en poco tiempo. Y como la ley surge del conjunto de los hechos, esa multiplicidad es la que permitió reconocerla, sin lo cual es probable que aún se la ignorara.

La misma ley ha podido ser observada con precisión en las probabilidades de mortalidad. La muerte, que parece llegar indistintamente y a ciegas, no deja de seguir en conjunto un camino regular y constante según la edad. Se sabe perfectamente que, sobre mil individuos de todas las edades, en un año morirán tantos de un año a diez años, tantos de diez a veinte, tantos de veinte a treinta, y así sucesivamente; o que después de un período de diez años, la cantidad de sobrevivientes será de tantos de un año a diez años, tantos de diez a veinte, etc. Causas accidentales de mortalidad pueden momentáneamente perturbar ese orden, como en el juego la salida de una larga serie del mismo color rompe el equilibrio. Pero si en vez de un período de diez años y un número de mil individuos se extiende la observación a cincuenta años y cien mil individuos, veremos que el equilibrio se restablece.

De acuerdo con esto, podemos suponer que todas las eventualidades que parecen ser un efecto del acaso, tanto en la vida individual como en la vida de los pueblos y de la humanidad, son regidas por leyes numéricas, y que para conocerlas hace falta abarcar de un vistazo un conjunto bastante considerable de hechos, y un espacio de tiempo suficiente.

Por la misma razón, no sería para nada imposible que el conjunto de los hechos de orden moral y metafísico también estuviera subordinado a una ley numérica, cuyos elementos y bases nos resultan totalmente desconocidos hasta ahora. En todo caso, por lo que precede, se ve que esa ley o —si se prefiere— esa fatalidad del conjunto, en modo alguno anularía el libre albedrío. Eso es lo que nos habíamos propuesto demostrar. Dado que el libre albedrío solo se ejerce sobre pormenores aislados, no obstaculizaría el cumplimiento de la ley general, del mismo modo que la irregularidad de la salida de cada número en la ruleta no obstaculiza la distribución proporcional de esos mismos números sobre una determinada cantidad de rodadas. El hombre ejerce el libre albedrío en su reducido ámbito de acción individual; ese reducido ámbito puede estar confuso, sin que eso le impida gravitar en el conjunto según la ley común, así como los pequeños remolinos, causados en las aguas de un río por los peces que se agitan, no impiden que el conjunto de las aguas siga el curso forzado que le imprime la ley de gravedad.

Dado que el hombre posee libre albedrío, la fatalidad no tiene nada que ver con sus acciones individuales. En cuanto a los acontecimientos de la vida privada, que a veces parecen alcanzarlo fatalmente, estos tienen dos causas muy distintas: algunos son la consecuencia directa de su conducta en la existencia presente; muchas personas son desdichadas y están enfermas o discapacitadas por su propia culpa, y muchos accidentes son el resultado de la imprudencia; de modo que el hombre no puede quejarse más que de sí mismo y no de la fatalidad o, como se dice, de su mala suerte. Otros acontecimientos tienen su causa en hechos completamente independientes de la vida presente, y por eso mismo parecen

señalados por una especie de fatalidad. No obstante, incluso en este caso, el espiritismo nos demuestra que esa fatalidad es tan solo aparente, y que determinadas situaciones penosas de la vida encuentran su razón de ser en la pluralidad de las existencias. El Espíritu las ha elegido voluntariamente en la erraticidad, antes de la encarnación, como pruebas para su adelanto. Son, por lo tanto, producto del libre albedrío, y no de la fatalidad. Si algunas veces son impuestas como expiación por una voluntad superior, aun así se debe a las malas acciones voluntariamente cometidas por el hombre en una existencia precedente, y no como consecuencia de una ley fatal, puesto que él habría podido evitarlas si hubiera actuado de otro modo.

La fatalidad es el freno impuesto al hombre, por parte de una voluntad superior a la suya y más sabia que él, en todo lo que no quedó librado a su iniciativa. Pero nunca es un obstáculo para el ejercicio de su libre albedrío en lo que concierne a sus acciones personales. No puede imponerle ni el mal ni el bien. Justificar cualquier acción mala con la fatalidad o, como se dice a menudo, con el destino, sería renunciar al juicio que Dios ha otorgado al hombre para que pese los pros y los contras, la oportunidad o la falta de oportunidad, las ventajas o los inconvenientes de cada cosa. Si un hombre se encuentra destinado a sufrir un acontecimiento, este se realizará incluso contra su voluntad, y siempre será para su bien; pero las circunstancias de la realización dependerán del empleo que él haga de su libre albedrío, y muchas veces podrá convertir en un perjuicio aquello que debería ser un bien para él, en caso de que obre con imprevisión y se deje llevar por sus pasiones. El hombre se equivoca más aún si adopta su deseo o los des-

víos de su imaginación como su destino. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo V, §§ 1 a 11.)

Estas son las reflexiones que nos han sugerido los tres o cuatro pequeños cálculos de concordancia de fechas que se nos habían presentado, y acerca de los cuales se solicitó nuestra opinión. Eran necesarias para demostrar que, en dicha materia, a partir de algunos hechos idénticos, no se puede concluir una aplicación general. Nosotros los hemos aprovechado para resolver, mediante nuevos argumentos, el grave problema de la fatalidad y el libre albedrío.

La generación espontánea y *La génesis*

En nuestra obra *La génesis* hemos desarrollado la teoría de la generación espontánea, presentándola como una hipótesis probable. Algunos partidarios absolutos de esa teoría se han sorprendido de que no la afirmáramos como un principio. Les respondemos que, si bien esa cuestión ha quedado resuelta para algunos, no lo está para todos, y la prueba de eso radica en que la ciencia aún sigue dividida al respecto. Por otra parte, dicha cuestión pertenece al dominio científico, al cual el espiritismo puede recurrir, pero respecto del cual no le corresponde resolver nada de manera definitiva, en lo que esencialmente no es de su incumbencia.

Del hecho de que el espiritismo incorpore las ideas progresistas no se sigue que se convierta en un defensor fanático de todos los conceptos nuevos, por más seductores que se muestren a primera vista, pues corre el riesgo de que más tarde sea

desmentido por la experiencia y quede en ridículo por haber auspiciado una obra inviable. Si no se pronuncia claramente sobre determinados asuntos controvertidos, no lo hace —como se podría suponer— en atención a ambas partes, sino por prudencia y para no avanzar ligeramente en un terreno que no ha sido bastante explorado. Por ese motivo, al principio sólo acepta las ideas nuevas —incluso las que le parecen correctas— a beneficio de inventario, y lo hace de manera definitiva solamente cuando esas ideas han alcanzado el estado de verdades reconocidas.

La cuestión de la generación espontánea forma parte de esas ideas. Personalmente, para nosotros es una convicción, y si la hubiéramos tratado en una obra común, la habríamos resuelto por la afirmativa; pero en una obra constitutiva de la doctrina espírita las opiniones individuales no pueden convertirse en ley. Dado que la doctrina no se basa en probabilidades, no podíamos zanjar una cuestión de esa importancia, recién planteada, y que todavía es objeto de controversia entre los especialistas. Afirmarla sin restricciones habría significado comprometer prematuramente a la doctrina, cosa que nunca hacemos, ni siquiera para que prevalezcan nuestras preferencias.

Lo que hasta ahora ha dado fuerza al espiritismo, y ha hecho de él una ciencia positiva y del futuro, es que nunca avanzó a la ligera; no se constituyó sobre ningún sistema preconcebido; no estableció ningún principio absoluto a partir de una opinión personal —ni de un hombre ni de un Espíritu—, sino solamente después de que ese principio recibiera la consagración de la experiencia y de una demostración rigurosa que resolviera todas las dificultades de la cuestión.

De manera que, cuando formulamos un principio, lo hacemos porque nos hemos asegurado con anticipación de que fue aprobado por la mayoría de los hombres y de los Espíri-

tus. Por eso no hemos sufrido decepciones. Asimismo, esa es la razón por la cual ninguna de las bases que constituyen la doctrina, desde hace casi doce años, ha sufrido un desmentido oficial. Los principios de *El libro de los Espíritus* fueron sucesivamente desarrollados y completados, pero ninguno de ellos ha caído en desuso, y nuestros últimos escritos no contradicen en ningún punto a los primeros, a pesar del tiempo transcurrido y de las nuevas observaciones que se han realizado.

Por cierto, no habría sucedido lo mismo si hubiéramos cedido a las sugerencias de los que constantemente nos insistían para que avanzáramos más deprisa, y si hubiéramos abrazado todas las teorías que brotaban a diestra y siniestra. Por otra parte, si hubiéramos escuchado a los que nos pedían que avanzáramos más lentamente, aún estaríamos observando las mesas giratorias. Vamos adelante cuando sentimos que es el momento propicio y cuando observamos que las mentes están maduras para aceptar una idea nueva; nos detenemos cuando notamos que el terreno no es bastante sólido para poner un pie en él. Con nuestra aparente lentitud y nuestra circunspección demasiado meticulosa para el gusto de ciertas personas, hemos recorrido más camino que si nos hubiéramos puesto a correr, porque evitamos tropezarnos. Dado que no hay motivo alguno para lamentarse por el rumbo que hemos seguido hasta ahora, no nos desviaremos.

Dicho esto, completaremos con algunas observaciones lo que hemos escrito en *La génesis* acerca de la generación espontánea. Dado que la *Revista* es un terreno de estudio y de elaboración de los principios espíritas, y que en ella presentamos con franqueza nuestra opinión personal, no nos preocupa comprometer la responsabilidad de la doctrina, porque la doctrina adoptará esa opinión si es correcta, y la rechazará si es falsa.

En la actualidad, está científicamente demostrado que la vida orgánica no existió desde siempre en la Tierra, sino que tuvo un comienzo. La geología nos permite seguir su desarrollo gradual. Así pues, los primeros seres del reino vegetal y del reino animal que aparecieron han tenido que formarse sin procreación, así como pertenecer a las clases inferiores, como lo demuestran las observaciones geológicas. A medida que los elementos dispersos se reunieron, las primeras combinaciones formaron cuerpos exclusivamente inorgánicos, es decir, las piedras, el agua y los minerales de todo tipo. Cuando esos mismos elementos fueron modificados por la acción del fluido vital —que no es el principio inteligente—, formaron cuerpos dotados de vitalidad, de una organización constante y regular, cada uno en su especie. Ahora bien, así como la cristalización de la materia bruta solo tiene lugar cuando alguna causa accidental no se opone al ordenamiento simétrico de las moléculas, los cuerpos organizados se forman toda vez que las circunstancias favorables de temperatura, humedad, reposo o movimiento, y una especie de fermentación, permiten que las moléculas de la materia, vivificadas por el fluido vital, se reúnan. Eso es lo que se observa en todos los gérmenes en los que la vitalidad puede mantenerse latente durante años y siglos, y manifestarse en un momento determinado, cuando las circunstancias son propicias.

Los seres no procreados forman, pues, el primer escalón de los seres orgánicos, y probablemente algún día serán considerados en la clasificación científica. En cuanto a las especies que se propagan mediante procreación, una opinión —que no es nueva, pero que en la actualidad se generaliza al amparo de la ciencia— sostiene que los primeros tipos de cada especie son el producto de una modificación de la especie inmediata in-

ferior. De ese modo se estableció una cadena ininterrumpida, desde el musgo y el líquen hasta el roble, y desde el zoófito, la lombriz y el ácaro hasta el hombre. No cabe duda de que entre la lombriz y el hombre, si se consideran tan solo esos dos puntos extremos, hay una diferencia que parece abismal; pero cuando se incluyen los eslabones intermedios se descubre una filiación sin solución de continuidad.

Los partidarios de esta teoría, que —reiteramos— tiende a prevalecer, y que apoyamos sin reservas, están lejos de ser espiritualistas, y mucho menos espíritas. Dado que solo consideran la materia, no toman en cuenta el principio espiritual o inteligente. Así pues, esta cuestión no prejuzga en absoluto la filiación de ese principio de la animalidad en la humanidad; se trata de una tesis de la que no nos ocuparemos en este momento, pero que ya se debate en algunas escuelas filosóficas no materialistas. Solo se trata, pues, de la envoltura carnal, que es independiente del Espíritu, como la casa lo es respecto de quien habita en ella. Por lo tanto, el cuerpo del hombre puede ser perfectamente una modificación del cuerpo del mono, sin que de ahí se siga que el Espíritu del hombre sea el mismo que el del mono (*La génesis*, Cap. XI, § 15).

El asunto que se relaciona con la formación de esa envoltura no es menos importante, en primer lugar porque resuelve un grave problema científico, a la vez que destruye prejuicios desde hace mucho tiempo arraigados por la ignorancia, y después porque los que la estudian de manera exclusiva se enfrentarán con dificultades insuperables cuando pretendan comprender todos los efectos, de igual modo que si quisieran explicar los efectos de la telegrafía sin recurrir a la electricidad. Solo encontrarán la solución de esas dificultades en la acción del principio espiritual, cuya existencia deberán admitir a fin

de cuentas, para salir del estancamiento en que se hallarán inmersos, so pena de que su teoría quede incompleta.

Dejemos, pues, que el materialismo estudie las propiedades de la materia; dicho estudio es indispensable, y se realizará: el espiritualismo no tendrá más que completar el trabajo en aquello que le concierne. Aceptemos sus descubrimientos, y no nos inquietemos por sus conclusiones absolutas, porque una vez demostrada su insuficiencia para resolverlo todo, las necesidades de una lógica rigurosa conducirán forzosamente a la espiritualidad; y dado que la espiritualidad general es de por sí incapaz de resolver los innumerables problemas de la vida presente y de la vida futura, la única clave posible se encontrará en los principios más positivos del espiritismo. Ya vemos que muchísimos hombres llegan por sus propios medios a las consecuencias del espiritismo, sin conocerlo, algunos comenzando por la reencarnación, y otros por el periespíritu. Hacen como Pascal, que descubrió los elementos de la geometría sin estudio previo y sin imaginarse que la obra que él creía haber descubierto ya había sido elaborada. Llegará el día en que los *pensadores serios*, tras estudiar esta doctrina con la atención que requiere, se sorprenderán al encontrar en ella lo que buscaban, y entonces proclamarán ya realizado un trabajo cuya existencia no sospechaban.

Así es como todo se encadena en el mundo. De la materia bruta surgieron los seres orgánicos, cada vez más perfeccionados; del materialismo surgirán, por la fuerza de las circunstancias y mediante la deducción lógica, el espiritualismo general y, después, el espiritismo, que no es otra cosa que el espiritismo determinado con precisión, apoyado en los hechos.

Lo que ocurrió en el origen del mundo respecto de la formación de los primeros seres orgánicos, ¿tiene lugar en la actualidad, a través de lo que se denomina generación espon-

tánea? Esa es la cuestión. Por nuestra parte, no dudamos en pronunciarnos en sentido afirmativo.

Los partidarios y los adversarios de esa teoría se oponen recíprocamente experiencias cuyos resultados han sido contrarios; pero estos últimos se olvidan de que el fenómeno sólo puede producirse en condiciones necesarias de temperatura y aireación; en caso de que pretendan obtenerlo fuera de esas condiciones, fracasarán necesariamente.

Sabemos, por ejemplo, que para la eclosión artificial de los huevos hace falta una temperatura regular determinada, así como tomar algunos recaudos especiales. Quien negara tal eclosión, por no haberla obtenido con algunos grados más o algunos menos y sin los cuidados necesarios, se hallaría en la misma situación que el que no obtiene la generación espontánea en un medio inadecuado. Nos parece, pues, que si esa generación se produjo forzosamente en las primeras edades del globo, no hay ninguna razón para que no se produzca en la actualidad, toda vez que las condiciones sean las mismas, como no la habría para que no se formaran calcáreos, óxidos, ácidos y sales, como en el primer período.

En la actualidad se reconoce que los filamentos del moho constituyen una vegetación que nace sobre la materia orgánica que ha alcanzado cierto estado de fermentación. El moho parece ser el primero o uno de los primeros tipos de vegetación espontánea, y esa vegetación primitiva, que se prolonga revisitando formas diversas conforme a los medios y las circunstancias, produce los líquenes, los musgos, etc. ¿Queremos un ejemplo más directo? ¿Qué son el cabello, la barba y los pelos del cuerpo de los animales, sino una vegetación espontánea?

La materia orgánica animalizada, es decir, la que contiene cierta proporción de nitrógeno, da origen a gusanos que tie-

nen todos los caracteres de una generación espontánea. Cuando el hombre o cualquier animal están vivos, la actividad de la circulación de la sangre y el funcionamiento incesante de los órganos mantienen una temperatura y un movimiento molecular que impiden que los elementos constitutivos de esa generación se formen y se reúnan. Cuando el animal está muerto, la interrupción de la circulación y del movimiento, así como el descenso de la temperatura hasta cierto límite, causan la fermentación pútrida y, por consiguiente, la formación de nuevos compuestos químicos. Entonces se observa que los tejidos son invadidos súbitamente por miríadas de gusanos que se alimentan de ellos, sin duda para apresurar la descomposición. ¿Cómo se habrían procreado esos gusanos, puesto que anteriormente ahí no había rastros de ellos?

Esto se objetará, sin duda, diciendo que han sido los huevos depositados por las moscas en la carne muerta. Pero eso no probaría nada, porque los huevos de las moscas son depositados en la superficie, y no en el interior de los tejidos, y porque la carne, puesta al abrigo de las moscas, al cabo de cierto tiempo no está menos pútrida y llena de gusanos; muchas veces, incluso, se los observa invadiendo los cuerpos antes de la muerte, cuando hay un comienzo parcial de descomposición pútrida, especialmente en las llagas gangrenosas.

Algunas especies de gusanos se forman durante la vida, incluso en un estado de salud aparente, sobre todo en los individuos linfáticos, cuya sangre es pobre y no tiene la superabundancia de vida que se observa en otros. Son las lombrices o gusanos intestinales; las tenias o lombrices solitarias, que a veces llegan a medir sesenta metros de largo y se reproducen por fragmentos, como los pólipos y ciertas plantas; los *dracunculus*, propios de la raza negra y de ciertos climas, de

treinta a treinta y cinco centímetros de largo, delgados como un hilo, y que salen a través de la piel, por las pústulas; las ascárides, los tricocéfalos, etc. A menudo forman masas tan considerables que obstruyen el canal digestivo, suben al estómago e incluso a la boca; atraviesan los tejidos, se alojan en las cavidades o alrededor de las vísceras, se apelotonan como nidos de oruga, y causan graves desórdenes en el organismo. Su formación también podría deberse a una generación espontánea, cuyo origen sería un estado patológico especial, la alteración de los tejidos, el debilitamiento de los principios vitales, y secreciones mórbidas. Lo mismo podría suceder con los gusanos del queso, con los ácaros de la sarna, y con una infinidad de animálculos que pueden originarse en el aire, en el agua y en los cuerpos orgánicos.

Es cierto que se podría suponer que los gérmenes de los gusanos intestinales son introducidos en el organismo con el aire que se respira y con los alimentos, y que en él eclosionan; pero en ese caso surge otra dificultad, pues preguntaríamos por qué la misma causa no produce el mismo efecto en todos; por qué no todos tienen la lombriz solitaria, ni siquiera gusanos, aunque la alimentación y la respiración producen idénticos efectos fisiológicos en todos. Además, esta explicación no sería aplicable a los gusanos de la descomposición pútrida que aparecen después de la muerte, ni a los del queso y tantos otros. Hasta que surja una prueba en contrario¹⁶, somos inducidos a considerar que, al menos en parte, son un producto de la generación espontánea, al igual que los zoófitos y ciertos pólipos.

Las diferencias de sexo que se reconocieron o que se creyó reconocer en algunos gusanos intestinales, especialmente

16. Véanse los experimentos realizados por Louis Pasteur y otros. (N. del T.)

en el tricocéfalo, no sería una objeción concluyente, atento a que estos no dejan de pertenecer al orden de los animales inferiores y, por eso mismo, primitivos. Ahora bien, como las diferencias de sexo debieron tener un comienzo, nada se opondría a que esos gusanos nacieran espontáneamente macho o hembra.

Por otra parte, solo se trata de hipótesis, pero que parecen venir en apoyo del principio de la generación espontánea. ¿Hasta dónde se extiende su aplicación? No sabríamos decirlo. Lo que podemos afirmar es que debe hallarse circunscripta a los vegetales y a los animales de organización más simple, y no nos parece dudoso que seamos testigos de una creación incesante.

El partido espírita

Los espíritas consideraban que eran integrantes de una escuela filosófica, pero nunca se les había ocurrido que podían conformar un *partido*. Ahora bien, resulta que un buen día *Le Moniteur* [*El Monitor*] les dio esa noticia, que los sorprendió un poco. ¿Quién les atribuyó esa calificación? ¿Fue uno de esos folicularios inconsecuentes, que arrojan epítetos al azar sin comprender su alcance? No; fue un informe oficial, presentado en el primer cuerpo del Estado, en el Senado. Así pues, no es probable que en un documento de esa naturaleza dicha palabra se haya pronunciado alocadamente. Sin duda no la dictó la benevolencia, pero fue pronunciada y ha tenido éxito, porque los periódicos no la dejaron pasar; a tal punto

que algunos creyeron que ahí encontrarían otro motivo de queja contra el espiritismo, y nada les pareció más urgente que desplegar en sus columnas este título: *El partido espírita*.

Así pues, esa pobre y diminuta escuela, tan ridiculizada, tan despreciada, a cuyos adeptos se pretendía caritativamente enviar en masa al manicomio de Charenton; esa escuela, acerca de la cual decían que bastaba con soplar para que desapareciera; que decenas de veces fue declarada muerta y sepultada para siempre; esa escuela, acerca de la cual no existe el más fino escritor hostil que no se haya vanagloriado de haberle dado el golpe de gracia, aunque aceptando con estupefacción que ella invadía el mundo y todas las clases sociales; esa escuela, a la cual pretendieron a toda costa convertir en una religión, honrándola con templos, con sacerdotes, grandes y pequeños, que ella nunca tuvo; esa escuela, de repente, se ha transformado en un partido. Con esa calificación, el señor Genteur, relator del Senado, no le asignó su verdadero carácter, pero la enaltecó; le dio una categoría, un lugar, y la puso de relieve; porque la idea de *partido* implica la de un cierto poder, de una opinión bastante importante, activa y difundida, para cumplir una función, y con la cual es preciso contar.

El espiritismo, tanto por su naturaleza como por sus principios, es esencialmente pacífico. Es una idea que se infiltra sin hacer ruido, y si encuentra numerosos adherentes es porque agrada. Nunca ha hecho declaraciones ni anuncios, ni puestas en escena de ningún tipo. Fuerte debido a las leyes naturales en que se apoya, crece sin esfuerzos ni conmociones, y no enfrenta a nadie ni violenta conciencia alguna; dice en qué consiste, y espera que vayan hacia él. Todo el ruido que se ha hecho en torno al espiritismo es obra de sus adversarios. Atacado, debió defenderse, pero siempre lo ha hecho con cal-

ma, con moderación y sólo mediante el razonamiento. Nunca se apartó de la dignidad propia de toda causa consciente de su fuerza moral; nunca se valió de represalias, como tampoco devolvió injuria por injuria, ni malos procederes por malos procederes. Se convendrá en que ese no es el carácter ordinario de los partidos, rebeldes por naturaleza, que fomentan la agitación, y para los cuales todo medio es bueno con tal de alcanzar sus fines. No obstante, puesto que se le ha dado ese nombre, lo acepta, seguro de que no lo deshonrará con exceso alguno, pues repudiaría a cualquiera que se amparase en su nombre para generar la menor perturbación.

Así pues, el espiritismo proseguía su camino sin ocasionar ninguna manifestación pública, mientras aprovechaba la publicidad que le hacían sus adversarios. Cuanto más burlona, mordaz y virulenta era la crítica, más excitaba la curiosidad de los que no lo conocían y que, para saber a qué atenerse respecto de esa supuesta nueva excentricidad, simplemente iban a la fuente para informarse, es decir, a las obras específicas. Lo estudiaban y les resultaba completamente diferente de lo que habían oído acerca de él. Es un hecho notorio que las declamaciones furibundas, los anatemas y las persecuciones, han ayudado poderosamente a la propagación del espiritismo, porque en vez de apartar de él a las personas, han hecho que estas lo examinen, aunque no fuese más que por el atractivo del fruto prohibido. Las masas tienen su lógica: consideran que, si una cosa no significara nada, entonces no se hablaría de ella, y miden su importancia precisamente por el nivel de violencia de los ataques de que es objeto, así como por el terror que genera en sus adversarios.

Instruidos por la experiencia, algunos órganos de publicidad se abstendrían de hablar del espiritismo, ni bien ni mal,

e incluso evitaban pronunciar su nombre, por miedo a que tuviera alguna repercusión; se limitaban a lanzar de vez en cuando algunos ataques de ocasión, y lo hacían como a hurtadillas, cuando alguna circunstancia lo ponía forzosamente en evidencia. Otros solo prefirieron guardar silencio, porque la idea espírita había penetrado en sus filas y, con ella, si no lo hizo la convicción, al menos quedó la duda.

Así pues, por lo general, la prensa guardaba silencio respecto del espiritismo, hasta que una circunstancia —que no habría podido ser un efecto del acaso— la obligó a hablar de él. ¿Y quiénes han provocado el incidente? Siempre son los adversarios de la idea, quienes esta vez también se equivocaron al producir un efecto absolutamente contrario al que esperaban. Para dar más repercusión a su ataque, lo dirigieron torpemente, no desde el terreno de un panfleto sin carácter oficial, y cuya cantidad de lectores es limitada, sino a través de peticiones en la tribuna misma del Senado, en el que la idea es objeto de discusión, y del que ha salido la expresión *partido espírita*. Ahora bien, gracias a los periódicos de todos los colores, que se han visto obligados a informar acerca del debate, la existencia de ese partido se reveló inmediatamente en toda Europa y fuera de ella.

Es cierto que un miembro de la ilustre Asamblea dijo que sólo los *bobos* eran espíritas, a lo que el Presidente respondió que los bobos también podían formar un partido. Nadie ignora que actualmente los espíritas se cuentan por millones, y que destacadas personalidades simpatizan con sus creencias. Así pues, resulta sorprendente que un epíteto tan poco cortés y tan generalizado haya salido de ese recinto con dirección a una parte significativa de la población, sin que el autor reflexionara acerca de su alcance.

Por otra parte, los propios periódicos se han encargado de desmentir tal calificación, no por benevolencia, ciertamente, pero ¡qué importa! El periódico *La Liberté*, entre otros, que aparentemente no quiere que las personas sean *libres* de ser espíritas, como son libres de ser judías, protestantes, sansimonianas o librepensadoras, ha publicado, en su número del 13 de junio, un artículo con la firma *Liévin*, del cual transcribimos una parte:

“El señor Genteur, Comisario del Gobierno, reveló ante el Senado la existencia de un partido que *no conocíamos*, y que parece contribuir, como los otros y en la medida de sus fuerzas, a socavar las instituciones del Imperio. Su influencia ya se había hecho sentir el año pasado, cuando el partido *espírita* —ese es el nombre que le ha dado el señor Genteur—, sin duda gracias a la sutileza de los medios de que dispone, logró que el Senado remitiera al gobierno la famosa petición de Saint-Etienne, en la cual se denunciaban —como se recordará—, no las tendencias materialistas de la Escuela de Medicina, sino las tendencias filosóficas de la biblioteca de esa comuna. Hasta ahora, nosotros habíamos atribuido al partido de la intolerancia el mérito de dicho triunfo, y lo considerábamos un consuelo para él después de su último fracaso; pero al parecer nos habíamos equivocado, porque la petición de Saint-Etienne no era más que una maniobra de ese partido *espírita*, cuyo poder oculto, a lo que parece, pretende ejercerse más especialmente en detrimento de las bibliotecas.

”El lunes, el Senado tenía a la vista una nueva petición, en la que el *partido espírita*, alzando la cabeza una vez más, denunciaba las tendencias de la biblioteca de Oullins (Ródano). Pero en esta oportunidad, la honorable Asamblea, advertida por las revelaciones del señor Genteur, y con un dictamen unánime,

logró frustrar los planes de los espíritas. Solamente el señor Nisard se dejó atrapar por aquella artimaña, y de buena fe tendió la mano a esos pérfidos enemigos. Les brindó el apoyo de un informe en el que se señalaban los peligros de los libros nocivos. Afortunadamente, la equivocación del honorable Senador no fue compartida, y los espíritas, desenmascarados y confundidos, fueron despedidos como se lo merecían”.

Otro periódico, la *Revue Politique Hebdomadaire* [*Revisa Política Hebdomadaria*], del 13 de junio, comienza de este modo un artículo sobre el mismo tema:

“Todavía no conocíamos todos nuestros peligros. ¿No bastaba, pues, con los partido legitimista, orleanista, republicano, socialista, comunista y rojo, sin contar con el partido liberal, que los resume a todos, si creemos en lo que dice *Le Constitutionnel* [*El Constitucional*]? ¿Tenía que ser durante el Segundo Imperio, cuya pretensión es disolver todos los partidos, que un nuevo partido debiera nacer, *crecer y amenazar a la sociedad francesa*: el partido espírita? ¡Sí, el partido espírita! El señor Genteur, consejero de Estado, fue quien lo descubrió y lo denunció en pleno Senado”.

Difícilmente se comprenderá que un partido que sólo estuviera compuesto por *bobos* podría lograr que el Estado corra serios peligros. Tenerle miedo significaría dar a entender que se teme a los bobos. Al arrojar ese grito de alarma sobre la faz del mundo, se demuestra que el partido espírita tiene algún valor. Como no han podido sofocarlo mediante el ridículo, intentan presentarlo como un peligro para la tranquilidad pública. Ahora bien, ¿cuál será el resultado inevitable de esta nueva táctica? Un análisis tanto más serio y profundo habrá de exaltar aún más el peligro; todos querrán conocer las doctrinas de ese partido, sus principios, su consigna, su filiación. Si bien el ridí-

culo lanzado sobre el espiritismo, en su condición de creencia, ha despertado la curiosidad, esta se despertará mucho más a partir del momento en que se lo presente como un partido temible. Todos estarán interesados en saber lo que pretende, adónde conduce; y eso es todo lo que él pide. Dado que actúa abiertamente, sin ninguna instrucción *secreta* por fuera de lo que se publica para uso de todo el mundo, el espiritismo no le tiene miedo a ninguna investigación. Por el contrario, está muy *seguro* de que habrá de triunfar cuando se lo conozca, y de que todo aquel que lo examine con imparcialidad descubrirá en su código moral una poderosa garantía de orden y de seguridad. Un partido —puesto que hay un partido— que inscribe en su bandera: *Fuera de la caridad no hay salvación*, indica sus tendencias con suficiente claridad para que nadie alegue motivos para temerle. Por otra parte, la autoridad, cuya vigilancia es conocida, no ignora los principios de una doctrina que no se esconde. Dicha autoridad no carece de personas que le informen acerca de lo que se dice y se hace en las reuniones espíritas, y bien podría llamar al orden a los que se apartaran de él.

Es sorprendente ver hombres que profesan el liberalismo, que reclaman la libertad con bombos y platillos, que quieren ejercerla de manera absoluta en sus ideas, en sus escritos y en sus reuniones, que estigmatizan todos los actos de intolerancia, pero que pretenden prohibirle esa misma libertad al espiritismo.

¡Ved a cuántas inconsecuencias conduce esa ceguera! El debate ocurrido en el Senado tuvo origen en dos peticiones: una del año pasado, contra la biblioteca de Saint-Etienne; y la otra, de este año, contra la biblioteca de Oullins. Ambas peticiones habían sido firmadas por algunos habitantes de dichas ciudades, quienes se quejaban de que en esas bibliotecas

se habían introducido algunas obras entre las cuales figuraban *las obras espíritas*.

¡Así es! El autor del artículo del periódico *La Libertad*, quien sin duda examinó la cuestión un tanto a la ligera, supuso que la queja provenía del partido espírita, y concluyó que este había recibido como un mazazo el dictamen emitido contra la petición de Oullins. ¡Tal es, pues, ese partido tan peligroso, pero abatido con facilidad, que presenta una petición para que sean excluidas *sus propias obras!* En ese caso, sería realmente el partido de los bobos. Por otra parte, el extraño malentendido no tiene nada de sorprendente, toda vez que el autor declara, al comienzo del artículo, *que no conocía ese partido*, lo cual no le impide declararlo capaz de socavar las instituciones del Imperio.

Lejos de preocuparse por tales incidentes, los espíritas deben alegrarse. Esa manifestación hostil no podía producirse en circunstancias más favorables, y de ese modo la doctrina recibirá sin duda un nuevo y saludable impulso, como ha sucedido a partir de todas las protestas de que ha sido objeto. Cuanta más repercusión tengan esos ataques, más provechosos serán para ella. Llegará el día en que se transformarán en aprobaciones abiertas.

El periódico *Le Siècle* [*El Siglo*], del 18 de junio, también publicó su artículo sobre el partido espírita. Todos notarán en él una moderación que contrasta con los otros dos que hemos mencionado. Lo reproducimos en tu totalidad:

“¿Quién ha dicho que no hay nada nuevo bajo el sol? Al escéptico que hablaba de ese modo no se le ocurrió que algún día la imaginación de un consejero de Estado descubriría en pleno Senado el *partido espírita*. Nosotros ya contábamos algunos partidos en Francia, y Dios sabe si los ministros oradores

no se equivocan al enumerar los peligros que esta división de las inteligencias puede generar! Existen los partidos legitimista, orleanista, republicano, socialista, comunista, clerical, etc., etc.

”Al señor Genteur la lista no le pareció bastante extensa. Acaba de denunciar ante la vigilancia de los honorables padres de la política, con sede en el palacio de Luxemburgo, la existencia del *partido espírita*. Frente esa revelación inesperada, un escalofrío recorrió la Asamblea. Los defensores de las dos morales, con el señor Nisard a la cabeza, se estremecieron.

”¿Acaso el Imperio Francés, a pesar del celo de esos innumerables funcionarios, se encuentra amenazado por un nuevo partido? De ser así, es para que se pierda la esperanza en el orden público. ¿Cómo es posible que este enemigo, invisible hasta ahora incluso para el señor Genteur, haya podido eludir todas las miradas? Se trata de un misterio que el señor consejero de Estado, si lo resuelve, tendrá la bondad de ayudarnos a comprender. Personas oficialmente informadas afirman que el *partido espírita* escondía el ejército de sus representantes, los Espíritus golpeadores, detrás de los libros de las bibliotecas de Saint-Etienne y de Oullins.

”¡Aquí estamos, pues, de regreso a los buenos tiempos de los cuentos para dormir, de las mesas giratorias y de los veladores indiscretos!

”Pese a que el espiritismo y su primer apóstol, el señor Delage –el más amable de los predicadores– todavía no hayan convencido a muchas personas, llegarán a conformar un partido. Eso es, al menos, lo que se dice en el Senado, y no seremos nosotros quienes se atreverán a sospechar de la exactitud de lo que se afirma en un lugar tan honorable.

”La influencia oculta del partido recientemente mencionado se hizo sentir hasta en la última discusión del Senado, donde el señor Désiré Nisard, primero en su nombre, se ha manifestado a favor de los reaccionarios. Tal papel le correspondía por derecho al hombre que ha sido, desde que egresó de la Escuela Normal, uno de los más activos agentes de las ideas retrógradas.

”Después de esto, ¿podemos asombrarnos al escuchar que el honorable Senador invoca la arbitrariedad para justificar las medidas restrictivas tomadas a propósito de la elección de los libros de la biblioteca de Oullins? ‘Esos establecimientos populares –dijo el señor Nisard– están fundados por asociaciones, de modo que se encuentran bajo el alcance del Artículo 291.º del Código Penal y, por consiguiente, a discreción del Ministro del Interior. Él ha usado, usa y usará esta dictadura’.

”Dejamos al *partido espírita* y a su Cristóbal Colón, el señor Genteur, consejero de Estado, el cuidado de interrogar a los Espíritus reveladores, a fin de que ellos nos digan qué es lo que el Senado espera obtener impidiendo a los ciudadanos que organicen libremente las bibliotecas populares, tal como se practica en Inglaterra”.

”ANATOLE DE LA FORGE”

EL ESPIRITISMO EN TODAS PARTES

El periódico *El Siglo* – “París sonámbula”

Desde hace algún tiempo, *Le Siècle* [*El Siglo*] publica, con el título de *Toda París*, una serie de folletines muy interesan-

tes, escritos por diversos autores. Ya presentó *París artista*, *París gastronómica*, *París litigante*, etc. En el folletín de los días 24 y 25 de abril de 1868, publicó *París sonámbula*, por el señor Eugène Bonnemère, el autor de *La novela del porvenir*. Se trata de una exposición, a la vez científica y auténtica, de las diferentes variedades de sonambulismo, en la cual incidentalmente hace intervenir al espiritismo, con su propio nombre, aunque tomando todas las precauciones oratorias determinadas por las exigencias del periódico, cuya responsabilidad este no quería comprometer. Eso explica determinadas reticencias. Dado que la falta de espacio no nos permite transcribir tantos párrafos como quisiéramos, nos limitamos a los siguientes:

“No cabe duda de que la forma más elevada del sonambulismo es el espiritismo, que aspira a alcanzar el estado de ciencia. Ya posee una rica literatura, y los libros del señor Allan Kardec, en especial, son una autoridad en la materia.”

“El espiritismo es la correspondencia de las almas. Según los adeptos de esa creencia, un ser invisible se comunica con otro ser, denominado médium, que goza de una organización particular, la cual lo torna apto para recibir el pensamiento de los que han vivido, pensamiento que puede escribir, ya sea porque la mano recibe un impulso mecánico inconsciente, o bien por una transmisión directa a la inteligencia de los médiums.”

“No, la muerte no existe. Es el instante de reposo después de la jornada transcurrida y de la tarea finalizada. Le sucede el despertar para una nueva obra, más útil e importante que la que se acaba de realizar.”

“Partimos llevando con nosotros el recuerdo de los conocimientos adquiridos en la Tierra. El mundo al que iremos nos impartirá los suyos, y nosotros los reuniremos a todos en un haz, para formar con ellos el progreso.”

“La humanidad avanza mediante la sucesión de las generaciones, dando pasos hacia la luz, porque esas generaciones llegan animadas por almas, siempre nativamente puras después de que regresaron a Dios, y quedan impregnadas de los progresos que han experimentado.”

“A consecuencia de las conquistas definitivamente realizadas, la propia Tierra en la que habitamos merecerá ascender en la escala de los mundos. Ocurrirá un nuevo cataclismo; algunas esencias vegetales, algunas especies animales, inferiores o perjudiciales, desaparecerán, como otras lo hicieron en el pasado, para dar lugar a creaciones más perfectas, y en su momento nos convertiremos en un mundo en el que seres ya experimentados acudirán en busca de un mayor desarrollo. De nosotros depende apresurar, mediante nuestro esfuerzo, el advenimiento de ese período más dichoso. Nuestros muertos queridos vienen a ayudarnos en esa difícil tarea.”

“Como se ve, esas creencias, serias o no, no dejan de tener cierta grandeza. El materialismo y el ateísmo, a los que el sentimiento humano rechaza con todas sus fuerzas, no son más que una *inevitable reacción* contra las ideas –difícilmente admisibles para la razón– acerca de Dios, de la naturaleza y el destino de las almas. *El espiritismo, al esclarecer esa cuestión, vuelve a encender en los corazones la fe que estaba a punto de extinguirse.*”

Teatro: “Cornelio” y “El gallo de Mycille”.

Este invierno se estrenó con mucho éxito, en el teatro de las Fantasías Parisienses, una encantadora opereta titulada *El*

elixir de Cornelio, en la que la reencarnación es el nudo de la historia.

Esta es la reseña que se publicó en *Le Siècle* [*El Siglo*], en su número del 11 de febrero de 1868:

“Cornelio es un alquimista que se ocupa especialmente de la transmigración de las almas. Todo lo que le cuentan al respecto, él lo escucha con avidez, como si el acontecimiento hubiera ocurrido realmente. Ahora bien, Cornelio tiene una hija que no esperó su autorización para conseguirse un pretendiente. No esperó, porque el padre se niega a darle su consentimiento. Entonces ella piensa: ¿cómo hacer para vencer esa resistencia? Tiene una idea: el pretendiente le cuenta a Cornelio que esa hija, antes de ser su hija, mucho tiempo atrás, había sido un mercenario alemán, mujeriego y vagabundo. En esa misma época, él, el pretendiente, había sido una joven encantadora, que resultó engañada por el mercenario. Ahora los papeles se han invertido, y él solicita que se le devuelva su antiguo honor. ‘¡Ah! ¡Quién lo hubiera dicho!’—le responde el viejo doctor Cornelio, convencido—. Y así es como se realiza un casamiento más ante el público, que tantas veces se encarga de sustituir al señor Alcalde.

”La música es alegre como el tema que la inspiró. Destacamos más particularmente la serenata, las coplas de Cornelio, el dúo burlesco y el final, escritos simple y fácilmente”.

Como podemos ver, en el fondo de la obra no solo encontramos el principio de la reencarnación, sino también el cambio de sexo.

Los temas dramáticos se agotan, y muchas veces los autores se ven en dificultades para apartarse de los caminos trillados. La idea de la reencarnación habrá de proporcionarles

abundantes situaciones nuevas para todos los géneros; una vez abierto el camino, es probable que todos los teatros muy pronto cuenten con una pieza sobre la reencarnación.

El Teatro Francés estrenó, a fines de mayo, una pieza en la que el alma representa el papel principal. Se trata de *El gallo de Mycille*, de los señores Trianon y Eugène Nyon, y cuyo tema central es el siguiente:

Mycille es un joven zapatero de la antigua Atenas. Frente a su tienda, en una encantadora casa de mármol, vive un magistrado: el arconte Eucrates. El pobre zapatero envidia las riquezas de Eucrates, quisiera tener a su mujer —la bella Cloe—, sus manjares, sus numerosos esclavos. Por su parte, el opulento arconte, envejecido precozmente, tullido por la gota, envidia el aspecto de Mycille, así como su salud y el amor desinteresado que le profesa Doris, una bonita esclava. Mycille tiene un gallo, que la joven Doris le obsequió, y que con su canto matinal despierta al arconte. Este ordena a sus esclavos que golpeen al zapatero en caso de que no haga callar al gallo. Por su parte, el zapatero intenta golpear a su gallo, pero en ese momento el animal se transforma en un hombre: es el filósofo Pitágoras, cuya alma habita en el cuerpo del gallo, de acuerdo con su doctrina de la transmigración. Pitágoras había adoptado momentáneamente la forma humana para señalarle a Mycille la estupidez que significaba envidiar la posición de Eucrates. Pero como no puede persuadirlo, le dice: “Voy a hacer que te esclarezcas mediante tu propia experiencia. Recoge esa pluma que has hecho caer de mi cuerpo de gallo, y ve a colocarla en la cerradura de la puerta de Eucrates; la puerta se abrirá de inmediato; tu alma pasará al cuerpo del arconte y, por su parte, el alma del arconte pasará a tu cuerpo. No obstante, antes de que hagas nada, te aconsejo que lo pienses

detenidamente. Dicho esto, Pitágoras desapareció. Mycille reflexiona, pero la sed de oro prevalece, hasta que, urgido por diversos incidentes, toma la decisión y se produce la metamorfosis. El zapatero se ha convertido en el rico arconte, pero enfermo y gotoso, y el arconte se ha convertido en el zapatero. Esa transformación conduce a un sinfín de divertidas complicaciones, como resultado de las cuales cada uno, disconforme con su nueva situación, recupera la que tenía antes.

Como vemos, esta obra es una nueva edición de la fábula *El zapatero y el millonario*, ya utilizada de tantas formas. Con todo, lo que la caracteriza es que, en vez de ser el zapatero en persona, en cuerpo y alma, el que ocupa el lugar del millonario, son las dos almas las que intercambian sus cuerpos. La idea es nueva, original, y los autores la han utilizado de manera muy espiritual. Sin embargo, no se inspiraron para nada en las ideas espíritas, como se había dicho, sino que la extrajeron de un diálogo de Luciano: *El sueño o el gallo*. Mencionamos esto apenas para señalar el error de los que confunden el principio de la reencarnación con la transmigración de las almas o metempsicosis.

La obra de Cornelio, en cambio, se corresponde muy bien con el concepto espírita, aun cuando la supuesta reencarnación de los jóvenes no sea más que una invención de ambos para alcanzar sus fines; mientras que esta otra obra se aparta por completo de aquella idea. En primer lugar, el espiritismo nunca admitió que el alma humana pueda retrogradar hacia la animalidad, pues eso implicaría la negación de la ley del progreso; en segundo lugar, el alma solo deja el cuerpo en el momento de la muerte y, después de haber pasado un tiempo determinado en la erraticidad, cuando vuelve a comenzar una nueva existencia, lo hace atravesando las etapas ordinarias de la vida: el nacimiento, la infancia, etc., y no como efecto de

una metamorfosis o sustitución inmediata, que solo vemos en los cuentos de hadas, los cuales no son el evangelio del espiritismo, a pesar de lo que digan los críticos, que al respecto no saben demasiado.

Con todo, aunque esta idea sea falsa respecto de su aplicación, no deja de apoyarse en el principio de la individualidad y la independencia del alma. Se trata de un alma que se distingue del cuerpo y que puede volver a vivir con otra envoltura puesta en acción: una idea con la cual siempre es útil familiarizar a la opinión pública. La impresión que resulta de ahí no se pierde para el futuro, y es más saludable que la que dejan las obras en las que se pone en escena el desenfreno de las pasiones.

Alejandro Dumas: “El conde de Montecristo”.

“Escuchadme, Valentina. ¿Nunca sentisteis por alguien una de esas simpatías irresistibles, que hacen que, al ver a una persona por primera vez, creáis conocerla desde hace mucho tiempo, y que os preguntéis dónde y cuándo la visteis; y que, si bien no podéis acordaros del lugar ni de la época, llegáis a creer que fue en un mundo anterior al nuestro, y que esa simpatía no es más que un recuerdo que se despierta?” (*El conde de Montecristo*, 3.^a parte, Cap. XVIII: “El huerto”).

“¿Nunca osasteis elevaros en un batir de alas hacia las esferas superiores que Dios ha poblado de seres invisibles y excepcionales? ¿No admitís, señor, que esas esferas existen, y que los seres excepcionales e invisibles se mezclan con nosotros? ¿Por qué no? ¿Acaso veis el aire que respiráis, y sin el cual no podríais

vivir? Entonces, nosotros no vemos esos seres de los que os hablo. Así es; los veis cuando Dios permite que se materialicen...” (*El conde de Montecristo*, 3.^a parte, Cap. IX: “Ideología”).

“Pues yo, señor (Villefort), os digo que no es así como suponéis. Esta noche he tenido un sueño terrible, porque me veía a mí misma durmiendo como si mi alma planeara sobre mi cuerpo; mis ojos, que me esforzaba por abrir, se cerraban a pesar mío; y sin embargo... con mis ojos cerrados, he visto, en el mismo lugar donde estáis, que entraba silenciosamente una forma blanca.” (*El conde de Montecristo*, 4.^a parte, Cap. XIII: “La señora Mairan”).

“Una hora antes de expirar, él me dijo: ‘Padre mío, la fe de ningún hombre puede ser más viva que la mía, porque yo he visto y he oído hablar a un alma separada de su cuerpo.’” (*François Picaut*, continuación de *El conde de Montecristo*.)

Ante estas ideas solo hay que hacer una muy pequeña crítica: la calificación de *excepcionales* asignada a los seres invisibles que nos rodean. Esos seres no tienen nada de excepcional, toda vez que son las almas de los hombres, y que todos los hombres, sin excepción, deben pasar por ese estado. Fuera de eso, ¿no se diría que tales ideas han sido extraídas textualmente de la doctrina espírita?

BIBLIOGRAFÍA

EL ALMA, *demonstración de su realidad, deducida del estudio de los efectos del cloroformo y del curare sobre el organismo animal*, por el señor RAMÓN DE LA SAGRA, miembro co-

rrespondiente del Instituto de Francia (Academia de Ciencias Morales y Políticas), de la Academia Real de Ciencias de los Países Bajos, etc.¹⁷

Hemos dicho, en un artículo anterior (“La generación espontánea y *La génesis*”), que las investigaciones de la ciencia, incluso con miras a un estudio exclusivamente material, conducirán hacia el espiritualismo, debido a la imposibilidad de explicar determinados efectos tan solo con el auxilio de las leyes de la materia. Por otra parte, hemos repetido varias veces que, en la catalepsia, la letargia, la anestesia¹⁸ con cloroformo u otras sustancias, el sonambulismo natural, el éxtasis y algunos estados patológicos, el alma se revela mediante una acción independiente del organismo, y ofrece, por su aislamiento, la prueba patente de su existencia. No nos referimos al magnetismo, ni al sonambulismo artificial, ni a la doble vista, ni a las manifestaciones espíritas, que la ciencia oficial todavía no ha reconocido, sino a fenómenos respecto de los cuales esta se halla en condiciones de experimentar a diario.

La ciencia buscó el alma con el escalpelo y el microscopio en el cerebro y en los ganglios nerviosos, pero no la encontró. El análisis de esas sustancias no le ha dado otra cosa más que oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, a partir de lo cual concluyó que el alma no era independiente de la materia. Si no la encuentra, la razón es muy simple: se ha formado acerca del alma una idea fija preconcebida; la imagina dotada de las

17. Un volumen, in-12; precio: 2 francos, 50 centavos; por correo: 2 francos, 75 centavos. Germer-Baillière, librería: 17, calle de l'École-de-Médecine.

18. *Anestesia*: suspensión de la sensibilidad; del griego, *a*: privativo, y *aisthanomai*: sentir.

propiedades de la materia tangible; con esa forma la busca y, naturalmente, no podría reconocerla, aun cuando la tuviera ante los ojos. A partir de que ciertos órganos son el instrumento para la manifestación del pensamiento, y de que, al destruir esos órganos, se detiene tal manifestación, la ciencia llega a la consecuencia muy poco filosófica de que son los órganos los que piensan, de igual modo que si una persona, al cortar el hilo telegráfico e interrumpir la transmisión de un despacho, pretendiera haber destruido a la persona que lo envió.

El aparato telegráfico nos ofrece, por comparación, una imagen exacta del funcionamiento del alma en el organismo. Supongamos que un individuo recibe un despacho y que, ignorando su procedencia, realiza las siguientes investigaciones. Sigue el hilo transmisor hasta su punto de partida; mientras hace esto, busca al remitente a lo largo del hilo, pero no lo encuentra; el hilo lo conduce a París, a la oficina del telégrafo, al aparato. Entonces piensa: “El despacho salió de aquí, no cabe duda; es un hecho materialmente demostrado”. Examina el aparato, lo desarma para buscar en él al remitente, y como no encuentra otra cosa más que madera, cobre, una rueda, etc., concluye: “Dado que el despacho salió de aquí, y que aquí no encuentro a nadie, este mecanismo es el que ha concebido el despacho, lo cual también queda demostrado materialmente”. Entonces, otro individuo, ubicándose junto al aparato, comienza a repetir el despacho, palabra por palabra, y le dice: “¿Cómo es posible que un hombre inteligente como vos suponga que este mecanismo, compuesto de materia inerte, destructible, haya podido concebir la idea del despacho que habéis recibido, así como conocer el hecho que ese despacho os enseñó? Si la materia tuviera la facultad de pensar, ¿por qué razón el hierro, la piedra, la madera, no habrían de tener

ideas? Si esa facultad depende del orden y la disposición de las partes, ¿por qué razón el hombre no construiría autómatas pensantes? ¿Acaso se os ha pasado por la mente creer que esas muñecas que dicen *papá*, *mamá*, tienen conciencia de lo que hacen? Por el contrario, ¿no habéis admirado la inteligencia del autor de ese mecanismo ingenioso?”

En el asunto que aquí nos ocupa, el nuevo remitente es el alma, que concibe el pensamiento; el aparato es el cerebro, donde el pensamiento se concentra y es formulado; la electricidad es el fluido directamente impregnado con el pensamiento, y encargado de transmitirlo, como el aire transmite el sonido; los hilos metálicos son los cordones nerviosos destinados a la transmisión del fluido; el primer individuo es el científico en busca del alma, que sigue los cordones nerviosos hasta llegar al cerebro, pero como no la encuentra en él, concluye que el cerebro es el que piensa; no escucha la voz que le grita: “¿Te obstinas en buscarme adentro, pero yo estoy afuera; mira alrededor y me verás; los nervios, el cerebro y los fluidos, piensan tanto como el hilo metálico, el aparato telegráfico y la electricidad; son apenas los instrumentos para la manifestación del pensamiento, ingeniosamente combinados por el inventor de la máquina humana!”.

En todas las épocas, fenómenos espontáneos bastante frecuentes, como la catalepsia, la letargia, el sonambulismo natural y el éxtasis, han mostrado al alma actuando fuera del organismo; pero la ciencia los ha desdeñado desde ese punto de vista. Ahora bien, resulta que un nuevo descubrimiento: la anestesia con cloroformo –de una indiscutible utilidad en las operaciones quirúrgicas, y cuyos efectos, por eso mismo, ha sido necesario estudiar– se presenta como un nuevo fenómeno que la ciencia observa a diario y que, por decirlo de algún

modo, pone al desnudo el alma del paciente. Se trata de esa voz que grita: “¡Mira afuera, y no adentro, y me verás!”. Pero hay personas que tienen ojos y no ven, oídos y no escuchan.

Entre los numerosos hechos de ese género, el que sigue tuvo lugar durante una práctica del doctor Velpeau:

“Una señora, que no había manifestado señal alguna de dolor mientras yo la liberaba de un voluminoso tumor, se despertó sonriendo y me dijo: ‘Sé que ha terminado; permítame volver totalmente y se lo explicaré... No sentí absolutamente nada —agregó de inmediato—, pero así es como supe que ya estaba operada. Mientras dormía, fui a visitar a una señora de mi conocimiento, para que conversáramos acerca de un niño pobre que teníamos que entregar en adopción. Entonces, esta señora me dijo: *Tú crees que en este momento estás en mi casa, ¿verdad? Pero no es así, querida amiga. Te equivocas por completo, porque estás en tu casa, en tu cama, donde ahora mismo te hacen una operación.* Lejos de alarmarme por su lenguaje, le respondí ingenuamente: *¡Ah! Si es así, te pido que me permitas extender un poco más mi visita, a fin de que todo haya terminada cuando vuelva a casa.* Y así fue como, al abrir los ojos, incluso antes de estar completamente despierta, pude anunciarle que ya estaba operada’ ”.

La cloroformización ofrece miles de ejemplos tan concluyentes como este.

Al comunicar este hecho y otros análogos a la Academia de Ciencias, el 4 de marzo de 1850, el doctor Valpeau exclamó: “¡Qué fuente tan fecunda para la psicología y para la fisiología son estas acciones, que llegan a separar el espíritu de la materia, o la inteligencia del cuerpo!”

Así pues, el doctor Valpeau ha visto que el alma funciona fuera del organismo; ha podido comprobar la existencia del alma a través de su independencia; ha escuchado la voz que le decía: “Estoy afuera y no adentro”. ¿Por qué, entonces, se declaró materialista? Respondió después, cuando ya estaba en el mundo de los Espíritus: “Ha sido el orgullo del científico, que no quería retractarse”. Sin embargo, no tuvo miedo de reconsiderar algunas opiniones científicas equivocadas que había profesado públicamente. En su *Tratado de medicina quirúrgica*, publicado en 1839, Tomo I, página 32, dice: “Evitar el dolor en las cirugías es una quimera que en la actualidad no se puede realizar. Instrumento cortante y dolor, en medicina quirúrgica, son dos palabras que no se presentan una sin la otra en la mente de los enfermos, y cuya asociación hay que admitir necesariamente”. El cloroformo lo desmintió luego en ese punto, así como en la cuestión del alma. ¿Por qué, entonces, aceptó aquel y rechazó esta? ¡Misterio de las debilidades humanas!

Así, en sus lecciones, el doctor Velpeau había dicho a sus alumnos: “Señores, os dicen que no encontraréis el alma en la punta de vuestro escalpelo, y tienen razón, porque no está ahí, y en vano ahí la buscaréis, como yo mismo lo he hecho; pero estudiad las manifestaciones inteligentes en los fenómenos de la anestesia, y obtendréis la prueba irrefutable de su existencia; es ahí donde yo la encontré, y donde todo observador de buena fe la encontrará. En presencia de semejantes hechos, ya no es posible negarla, dado que se puede comprobar su acción independiente del organismo, así como es posible aislarla, por decirlo de algún modo, a voluntad”. Al hablar en esos términos, el doctor no habría hecho otra cosa más que completar el pensamiento que anteriormente había expuesto

ante la Academia de Ciencias. Con ese lenguaje, y apoyado en la autoridad de su nombre, habría causado una revolución en el arte médico. Se trata de una gloria que ha preferido rechazar, y por lo cual hoy se lamenta amargamente; pero otros habrán de heredarlo.

Tal es la tesis que acaba de desarrollar con un talento notable el doctor Ramón de la Sagra, en la obra que constituye el objeto de este artículo. En ella, el autor describe, con método y claridad, desde el punto de vista de la ciencia pura, que le resulta familiar, todas las etapas de la anestesia con cloroformo, con éter, con curare¹⁹ y otros agentes, según sus propias observaciones y las de los más acreditados autores, tales como Velpeau, Gerdy, Bouisson, Flourens, Simonin, etc. La parte técnica y científica ocupa un espacio importante, pero eso era necesario para una demostración rigurosa. Además, contiene numerosos hechos, de los que hemos extraído el que referimos más arriba. También hemos tomado de ahí las siguientes conclusiones:

“Dado que los fenómenos anestésicos han comprobado perfectamente el hecho de que el éter apaga la vida de los nervios conductores de las impresiones de los sentidos, aunque dejando libres las facultades intelectuales, también resulta indiscutible que esas facultades no dependen esencialmente de los órganos nerviosos. Ahora bien, como los órganos de los sentidos, que proporcionan las impresiones, solo actúan a través de los nervios, queda claro que, cuando estos se encuentran paralizados, todo el organismo de la vida animal, de la vida de relación, queda aniquilado para esas facultades

19. El curare es una sustancia eminentemente tóxica, que los salvajes del Orinoco extraen de ciertas plantas, y con la cual impregnan la punta de sus flechas, para causar heridas mortales.

intelectuales, que a pesar de eso funcionan. Es forzoso reconocer, pues, que la existencia de esas facultades, o más bien, su realidad, no depende esencialmente del organismo, y que, por consiguiente, proceden de un principio distinto de él, independiente de él, que puede funcionar sin él y fuera de él.

”De este modo, la realidad del alma queda rigurosamente demostrada, indiscutiblemente establecida, sin que ninguna observación fisiológica pueda dañarla. De esa conclusión podemos ver que surgen rayos de luz que iluminan lejanos horizontes, que sin embargo no abordaremos aquí, porque ese género de estudios se aparta del programa que nos hemos trazado.

”El punto de vista psicológico desde el cual acabamos de presentar los efectos de las sustancias anestésicas sobre el organismo animal, así como las consecuencias que de ahí dedujimos a favor de la realidad de la existencia del alma, deben sugerir la esperanza de que un método semejante, aplicado al estudio de otros fenómenos análogos de la vida, podría conducir al mismo resultado.

”Ninguna deducción sería más justa, porque los efectos fisiológicos y psicológicos que se muestran durante la embriaguez alcohólica, el delirio patológico, el sueño natural y el magnético, el éxtasis, e incluso la locura, presentan la mayor semejanza, en muchos puntos, con los efectos de las sustancias anestésicas que acabamos de estudiar en esta obra. Semejante concordancia de diversos fenómenos, que proceden de causas diferentes, a favor de una conclusión idéntica, no debe sorprendernos. No es más que la consecuencia de lo que hemos demostrado: *la realidad de la existencia de una esencia distinta de la materia* en el organismo humano, a la cual se atribuyen las funciones intelectuales que la materia sola nunca podría cumplir.

”Este sería el lugar para examinar otra cuestión, para hacer una incursión en el dominio del magnetismo animal, que afirma la permanencia de las facultades sensoriales fuera de los sentidos, es decir, de la visión, la audición, el gusto, el olfato, durante la parálisis completa de los órganos que, en el estado normal, proporcionan esas impresiones. Pero esta doctrina, cuya verdad no pretendemos cuestionar ni sostener, no es admitida por la ciencia fisiológica, lo cual es suficiente para que la eliminemos de nuestras investigaciones actuales”.

Este último párrafo demuestra que el autor ha hecho, respecto de la demostración del alma, lo que el señor Flammarion hizo respecto de la de Dios; es decir, ha tenido que ubicarse en el terreno de la ciencia experimental, y ha querido extraer solamente de los hechos oficialmente reconocidos la prueba de su tesis. Nos promete otra obra, que no podrá menos que ser de gran interés, en la cual se estudiarán, desde el mismo punto de vista, los diversos fenómenos que apenas menciona en esta, pues se ha limitado a los de la anestesia con cloroformo.

Por cierto, esa prueba no es necesaria para reforzar la convicción de los espíritas, como tampoco de los espiritualistas; no obstante, dado que la existencia del alma —después de la de Dios— es la base fundamental del espiritismo, debemos considerar eminentemente útil para la doctrina toda obra que tienda a demostrar sus principios fundamentales. Ahora bien, demostrar la acción del alma, independientemente del organismo, es un punto de partida que, al igual que la pluralidad de las existencias y el periespíritu, poco a poco y por deducción lógica, conduce a todas las consecuencias del espiritismo.

En efecto, el ejemplo mencionado más arriba es ante todo del espiritismo, cosa que el doctor Velpeau no se imaginaba

cuando lo publicó, y si nosotros hubiéramos podido citarlos en su totalidad, se habría visto que los fenómenos anestésicos demuestran, no solamente la realidad del alma, sino la del espiritismo.

Así pues, todo contribuye, como ha sido anunciado, para allanar el camino de la nueva doctrina, a la que se llegará por múltiples accesos, los cuales convergen en un centro común, y una infinidad de personas le brindan su ayuda, algunas conscientemente, otras sin proponérselo.

El libro del doctor Ramón de la Sagra es una de esas obras cuya publicación nos complace celebrar, porque, aun cuando en ellas no se mencione al espiritismo, podemos considerarlas, al igual que *Dios en la naturaleza*, del señor Flammarion, y *La pluralidad de las existencias*, del señor Pezzani, como monografías acerca de los principios fundamentales de la doctrina, a los cuales ellos agregan la autoridad de su ciencia.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 8

Agosto de 1868

El materialismo y el derecho

El materialismo, que se hace notar como no lo había hecho en ninguna otra época, presentándose como regulador supremo de los destinos morales de la humanidad, ha causado el efecto de atemorizar a las masas con las consecuencias inevitables de sus doctrinas para el orden social. Por eso mismo, ha provocado una enérgica reacción a favor de las ideas espiritualistas, la cual debe demostrarle que está lejos de contar con una adhesión tan generalizada como supone, y que se ilusiona extrañamente si espera imponer algún día sus leyes en el mundo.

Es indudable que las creencias espiritualistas de los tiempos pasados son insuficientes para el siglo actual: ya no se encuentran al nivel intelectual de nuestra generación; se contradicen en muchos puntos con los datos concluyentes de la ciencia; dejan en el alma un vacío incompatible con la necesidad de lo positivo que predomina en la sociedad moderna; además, cometen el inmenso error de imponerse mediante

la fe ciega, así como de proscribir el libre examen. A eso se debe, sin ninguna duda, el desarrollo de la incredulidad en la mayoría. Es evidente que si los hombres, desde la infancia, hubieran sido nutridos tan solo con ideas susceptibles de ser más tarde confirmadas por la razón, no habría incrédulos. Cuántas personas, a las que el espiritismo condujo hacia la creencia, nos han dicho: '¡Si siempre nos hubieran presentado a Dios, al alma y a la vida futura, de una manera racional, nunca habríamos dudado!

Del hecho de que un principio sea mal aplicado, ¿se sigue que haya que descartarlo? Eso sucede con las cosas espirituales tanto como con la legislación y con todas las instituciones sociales: es necesario adaptarlas a los tiempos, so pena de que sucumban. No obstante, en vez de presentar algo mejor que el viejo espiritualismo clásico, el materialismo prefirió suprimirlo por completo, con lo cual se eximía de la obligación de buscar otro; además, eso parecía más fácil para aquellos a quienes les incomoda la idea de Dios y del porvenir. ¿Qué pensaríamos de un médico que, al considerar que el régimen de un convaleciente no es bastante sustancioso para su temperamento, le proscribiera no comer nada en absoluto?

Lo que resulta sorprendente es encontrar, en la mayoría de los materialistas de la escuela moderna, el espíritu de intolerancia llevado hasta sus últimos límites, justamente en ellos, que reivindican sin cesar el derecho de libertad de conciencia. Hasta sus propios correligionarios políticos no les caen en gracia tan pronto como se declaran espiritualistas; son testigos de ello el señor Jules Favre, a propósito de su discurso en la Academia (*Le Figaro*, del 8 de mayo de 1868); el señor Camille Flammarion, escandalosamente ridiculizado y denigrado en otro periódico —cuyo nombre olvidamos—, porque se

atrevió a demostrar la existencia de Dios mediante la ciencia. Según el autor de esa diatriba, solo se puede ser científico con la condición de no creer en Dios; y hasta Chateaubriand no es para él más que un pobre y delirante escritor. Si hombres de tan incuestionable mérito son tratados con tan poca consideración, los espíritas no deben quejarse de que se burlen un poco de ellos a causa de sus creencias.

En este momento, de parte de un determinado partido, se produce una fuerte reacción contra las ideas espiritualistas en general, entre las cuales naturalmente se halla el espiritismo. Lo que ese partido busca no es un Dios mejor y más justo, sino el Dios-materia, menos incómodo, porque no hay que rendirle cuentas. Nadie le cuestiona a ese partido el derecho de expresar sus opiniones, de discutir las opiniones contrarias, pero lo que no se le puede conceder es la pretensión, por lo menos singular en hombres que se presentan como apóstoles de la libertad, de impedir que los otros crean a su manera y discutan las doctrinas que no comparten. Intolerancia por intolerancia, ninguna vale más que la otra.

Una de las mejores protestas que hemos leído contra las tendencias materialistas ha sido publicada en el periódico *Le Droit* [*El Derecho*], con el título: *El materialismo y el derecho*. En él se trata esta cuestión con notable profundidad y una lógica impecable, desde el doble punto de vista del orden social y de la jurisprudencia. Dado que la causa del espiritualismo es también la del espiritismo, celebramos toda enérgica defensa del primero, aun cuando no se mencione al segundo. Por eso pensamos que los lectores de la *Revista* verán con agrado la reproducción de ese artículo:

(Extraído del periódico *Le Droit*, del 14 de mayo de 1868.)

“La presente generación atraviesa una crisis intelectual respecto de la cual no hay que preocuparse demasiado, pero sería una imprudencia dejar que su desenlace quede librado al azar. Desde que la humanidad piensa, se cree en el alma: principio inmaterial, independiente de los órganos de que se vale; incluso se la considera inmortal. Se cree en una Providencia, creadora y señora de los seres y de las cosas, en el bien, en lo justo, en la libertad del albedrío humano, en una vida futura que, para valer más que el mundo en el que nos encontramos, sólo necesita —como dice el poeta— existir. Modernos doctores, que comienzan a tornarse bulliciosos, han cambiado todo eso. El hombre es rebajado por ellos a la dignidad de la bestia, y la bestia es reducida a un agregado material. La materia y las propiedades de la materia, tales serían los únicos objetos posibles de la ciencia humana; el pensamiento no sería más que un producto del órgano que es su sede; y el hombre, cuando las moléculas orgánicas que constituyen su persona se disgregan y regresan a los elementos, perecería por completo.

”Si las doctrinas materialistas debieran tener alguna vez su momento de gloria, los filósofos jurisconsultos —hay que decirlo en honor a ellos— serían los primeros vencidos. ¿Qué tendrían que hacer sus reglas y sus leyes en un mundo en el cual la ley de la materia fuese toda la ley? En caso de que el hombre fuera nada más que materia, las acciones humanas apenas serían hechos automáticos. Pero, entonces, ¿dónde estaría la libertad? Y si la libertad no existiera, ¿dónde estaría la ley moral? ¿A título de qué alguna autoridad pretendería dominar la expansión fatal de una fuerza completamente física, y necesariamente legítima, toda vez que sería fatal? El materialismo arruina la ley moral y, con la ley moral, el derecho, el orden civil en su totalidad, es decir, las condiciones de

existencia de la humanidad. Tales consecuencias inmediatas, inevitables, merecen sin duda que se piense en ellas. Veamos, pues, cómo se reproduce esta vieja doctrina materialista, que hasta el presente sólo se ha visto surgir en los peores días.

”Casi siempre ha habido materialistas, teóricos o prácticos, ya sea por un desvío del sentido común, o para justificar estilos de vida lamentables. La primera razón de ser del materialismo radica en la incapacidad de la inteligencia humana. Cicerón ha dicho, en términos muy duros, que no hay estupidez que no haya encontrado algún filósofo que la defienda: *Nihil tam absurde dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum*. Su segunda razón de ser está en las malas inclinaciones del corazón humano. El materialismo práctico, que se reduce a unas pocas máximas vergonzosas, siempre surgió en las épocas de descomposición moral o social, como las de la Regencia o el Directorio. La mayoría de las veces, cuando hubo objetivos más elevados, el materialismo filosófico ha sido una reacción contra las exigencias desmedidas de las doctrinas ultra espiritualistas o religiosas. No obstante, en la actualidad, se produce con un carácter nuevo: se autodenomina *científico*. La historia natural sería toda la ciencia del hombre; no existiría nada más allá de lo que constituye su objeto y, como no tiene por objeto el espíritu, el espíritu no existe.

”Para quien se ponga a pensar en este asunto, el materialismo es, en efecto, un peligro, no de la ciencia verdadera, sino de la ciencia incompleta y presuntuosa; es una planta dañina que crece en su suelo. ¿De dónde proceden las tendencias materialistas, más o menos acusadas, de tantos científicos? ¿De su constante ocupación en estudiar y manipular la materia? Un poco, tal vez. Pero sobre todo proceden de sus hábitos mentales, de la práctica exclusiva de su método experimental. El

método científico puede resumirse en estos términos: no recabar otra cosa más que hechos; inducir con mucha prudencia la ley que rige esos hechos; eliminar absolutamente toda investigación relacionada con las causas. Después de esto, no nos asombrará ver que inteligencias limitadas, débiles en cierto punto, deformadas —como nos sucede a todos a partir de un trabajo intelectual o físico muy continuo—, desconozcan la existencia de los hechos morales, a los cuales no es adecuado aplicar su instrumento lógico, y, mediante una transición imperceptible, pasen de la ignorancia metódica a la negación.

”No obstante, si bien ese método exclusivamente experimental puede estar en falta, lo está más aún en el estudio del hombre: un ser doble, espíritu y materia, cuyo organismo no puede ser más que el producto y el instrumento de la fuerza oculta, pero esencialmente una, que lo anima. ¡Solo se pretende ver en el organismo humano un agregado material! ¿Por qué se escinde al hombre y se considera en él, metódicamente, un único principio, puesto que hay dos? ¿Acaso es posible jactarse de explicar con este método todos los fenómenos de la vida? El materialismo fisiológico, que es promotor del materialismo filosófico, pero que no conduce a él necesariamente, se ve impotente a cada paso. La vida, digan lo que digan, es un movimiento: el movimiento del alma que informa al cuerpo; y el alma es, de ese modo, el resorte que mueve y transporta, mediante una acción desconocida e inconsciente, los elementos de los cuerpos vivos. Al reducir sistemáticamente el estudio del hombre físico a las condiciones del estudio de los cuerpos inorgánicos; al observar en las fuerzas vivas de cada parte del organismo solamente propiedades de la materia; al localizar esas fuerzas en cada una de esas partes; al considerar que la vida no es más que una manifestación física, un resultado, cuando

ella es tal vez un principio; al descartar la unidad del principio de vida como una hipótesis, cuando puede ser una realidad; al proceder de ese modo, en fin, sin duda se arriba al materialismo fisiológico, para luego deslizarse rápidamente hacia el materialismo filosófico. Pero se llegó a esa conclusión a partir de una enumeración y un examen incompleto de los hechos; se creyó avanzar apenas apoyado en la observación, y se ha descartado el hecho capital que domina y determina todos los hechos particulares.

”El materialismo de la nueva escuela no es, pues, un resultado demostrado mediante el estudio, sino una opinión preconcebida. El fisiólogo no admite al espíritu, pero ¿qué tiene eso de sorprendente? El espíritu es una causa, y el fisiólogo se ha dedicado al estudio con un método que le prohíbe precisamente la investigación de las causas. No pretendemos someter la causa del espiritualismo a una cuestión polémica de fisiología, respecto de la cual podrían impugnarnos con toda razón. El sentido íntimo me revela la existencia del alma con una autoridad muy diferente. Si alguna vez el materialismo fisiológico fuera verdadero, tanto como hoy es cuestionable, nuestras convicciones espiritualistas no por eso se mantendrían menos íntegras. Fortalecido por el testimonio del sentido íntimo, confirmado por la aprobación de mil generaciones que han pasado por la Tierra, repetiríamos el viejo adagio: “La verdad no destruye a la verdad”, y esperaríamos el momento en que se produjera la conciliación. Con todo, ¿de cuánto peso nos sentimos aliviados al ver que, para negar el alma y presentar esta declaración como un resultado de la ciencia, el científico, según su propia confesión, ha partido metódicamente de la idea de que el alma no existe!

”Hemos leído muchos libros de fisiología, por lo general bastante mal escritos, y lo que nos llamó la atención es el vicio constante de los razonamientos que el fisiólogo organicista elabora cuando se aparta de su tema para hacerse el filósofo. Vemos que constantemente toma un efecto como una causa, una facultad como una sustancia, un atributo como un ser, y confunde las existencias y las fuerzas, etc., para luego razonar en consecuencia. Parecería un desafío. A veces atraviesa distancias increíbles, sin la menor idea del camino que ha tomado. ¿Cuál es la mente clara y precisa que ha podido comprender alguna vez, por ejemplo, el pensamiento tan conocido de Cabanis y de Broussais, según el cual ‘el cerebro produce, *segrega*, el pensamiento’? Otras veces, el hombre positivo, el hombre de ciencia, el hombre de la observación y de los hechos, nos dirá seriamente que el cerebro ‘almacena ideas’. Dentro de poco las dibujará. ¿Es una metáfora o un galimatías?

”Nunca se le pedirá a la ciencia natural que tome partido a favor o en contra del alma humana; pero ¿por qué opta por negar lo que no constituye el objeto de sus investigaciones? ¿Con qué derecho se atreve a jurar que no hay nada más allá de sí misma, después de haber convertido en ley la prohibición de observar en ese sentido? ¿Por qué no guarda un poco de esa reserva que a todos nos viene tan bien, sobre todo a los que tienen la pretensión de no avanzar si no están seguros? ¿A título de qué el anatomista asumirá la responsabilidad de declarar que el alma no existe porque no la encontró con su escalpelo? ¿Comenzó al menos por demostrar rigurosamente, científicamente, con experiencias y con hechos, según el método que pregona, que su escalpelo puede llegar a todas partes, incluso a un principio inmaterial?

”Sea cual fuere la respuesta a estas preguntas, el materialismo, que se declara científico, sin que por eso valga más, se muestra ante todo el mundo y nos hace ver lo que sería el derecho materialista. ¡Qué desgracia! El estado social materialista nos ofrecería un tristísimo y vergonzoso espectáculo. En primer lugar, no cabe duda de que, si el hombre solamente existe por su organismo, esa masa material y automática, que a partir de ese momento será todo el hombre, provisto de un encéfalo para segregar ideas, no tendrá ninguna responsabilidad respecto de los movimientos que realice²⁰. No hará falta que al encéfalo de otra masa material se le ocurra segregar ideas de justicia o de injusticia, porque esas ideas de justicia o de injusticia sólo son aplicables a una fuerza libre, que existe de por sí y es capaz de querer y de abstenerse. No se puede razonar con una corriente o una avalancha.

”En este caso, por consiguiente, la libertad, es decir, la voluntad de actuar o de no actuar, no existirá, como tampoco existirá el derecho. En ese estado, todas las fuerzas tendrán un pleno y absoluto poder de expansión. Todo será legítimo, lícito, todo estará permitido; digamos, incluso, que todo será ordenado. Porque está claro que toda acción que no resulta de una voluntad libre, es decir, que no se produce como una acción moralmente obligatoria o prohibida, es una acción obligada, que bien puede toparse con una acción contraria del mismo carácter, pero que, como todos los hechos físicos, cae bajo el imperio ineluctable de las leyes naturales.

”Basta con exponer tales ideas para hacerles justicia. Se trata del sistema de Spinoza, que muy resueltamente estableció el principio del derecho de la fuerza. Los fuertes —dice Spino-

20. Como el hígado no es responsable de la bilis que segrega.

za— están hechos para someter a los débiles, al igual que los peces para nadar y para que los más grandes se coman a los más pequeños. En el sistema materialista, lo que se denominaría derecho no podría tener un principio diferente. Pero ¿cuál es el hombre con buen sentido que se atrevería a reconocer un sistema semejante, que es suficiente para refutar al propio materialismo, dado que resulta necesariamente de él? Aun así, ¿acaso se pretende que ese principio de la fuerza se encuentre de hecho limitado por sí mismo? No ganaremos nada, o muy poco, al desmentir dicho principio de una manera tan flagrante. Admitamos, si se quiere, que la sustancia pensante (continuamos hablando el lenguaje de los materialistas) se coordine en los individuos para regular la expansión de esa fuerza. ¿A qué se llegará? A lo sumo, a un conjunto de reglas cuya base será el interés y, además, como no hay otras leyes más que las leyes de la materia, esa legislación no tendrá ningún carácter obligatorio; cualquiera podrá infringirla si su materia pensante se lo aconseja y si su fuerza se lo permite. Así pues, en esta singular doctrina, ni siquiera habría un estado social construido a partir de la lamentable sociedad de Hobbes.

”Hasta ahora solo nos hemos referido a las condiciones primordiales de un estado social. No obstante, en cualquier sociedad civil se consagra la propiedad individual; contratamos, vendemos, alquilamos, nos asociamos, etc. El casamiento funda la familia; ahí nace un orden completamente nuevo de relaciones. Mediante la educación en el hogar y la educación pública se perpetúan las tradiciones. Así se forma un espíritu nacional y se desarrolla la civilización. Nuestra sociedad materialista, ¿tendrá un derecho civil? Es imposible saberlo; porque el derecho civil, en conjunto, tiene como principio la justicia, y la justicia no puede ser más que una palabra, o una

contradicción, en una doctrina que solo conoce la materia y las propiedades de la materia. Se llega así, inevitablemente, a concluir (a menos que no se razone) que el estado civil de la sociedad materialista es el estado de bestialidad.

”No exageramos al aducir que el materialismo es destructivo, no de una moral determinada, sino de toda moral; no de un determinado estado civil, sino de todo estado civil, de toda sociedad. Con él es preciso retroceder más allá de las regiones de la barbarie, más allá del *salvajismo*. ¿Habrá que proscribirlo por eso? Dios no lo permita. Aun cuando se haya reconocido su carácter, no solicitaríamos que se prohibiera su enseñanza; si fuera necesario, lo defenderíamos de cualquier opresión por la fuerza, siempre y cuando el profesor solo se refiera a él a título personal. La libertad nos es tan preciada (lo saben los lectores de este periódico); lleva consigo tantos beneficios; tenemos tanta confianza en la sensatez pública, que no nos preocuparía en absoluto ver que las cátedras y las tribunas estuvieran abiertas a todas las ideas.

”Con todo, esta cuestión ya no se presentaría en los mismos términos en caso de que el profesor enseñara el materialismo en una cátedra del Estado, sostenida por el erario. Con razón o sin ella, el Estado enseña. ¿Puede enseñar doctrinas cuyas consecuencias más inmediatas sean destructivas para el Estado? ¿Quedará a criterio de cada profesor hacer que el Estado asuma todas las doctrinas que a aquél se le ocurran? El tema no es simple. Los profesores del Estado son funcionarios públicos; su enseñanza no puede ser y no es más que una enseñanza oficial. El Estado es el garante de lo que ellos enseñan; *por eso responde ante la juventud y las familias*. Si con las imponentes palabras de independencia del profesorado se rechazara el control del Estado, se lo estaría oprimiendo con

la más hipócrita de las opresiones, porque se le atribuirían doctrinas que él desaprueba.

”No cabe duda de que la autoridad superior debe a sus profesores —a menudo encanecidos por el estudio— cuidados, consideraciones y una gran confianza, como los que profesa a sus generales, a sus administradores y a sus magistrados. Pero no les debe el sacrificio del mandato que siempre presume de ejercer sobre el país. El profesor no es independiente del Estado, tanto como no lo es un general que pretendiera asumir el comando de una insurrección.”

H. THIERCELIN

El periódico *La Solidaridad*

El periódico *La Solidarité*, al que nos hemos referido en la *Revista* de junio de 1868, continúa ocupándose del espiritismo con la seriedad y el elevado nivel de discusión que caracteriza a esa publicación eminentemente filosófica.

Con el título *Investigaciones psicológicas a propósito del espiritismo*, el número del 1.º de julio contiene un artículo del que extraemos los siguientes pasajes:

“Hay muy pocos periódicos que puedan considerarse independientes. Me refiero a una verdadera independencia: la que les permite tratar un tema sin que los preocupen los partidos, la Iglesia, la escuela, la facultad, la academia; mejor aún: sin que los preocupe el público, los propios lectores y suscriptores, y cuyo interés radique solamente en investigar

la verdad y proclamarla. *La Solidaridad* cuenta con la extraña ventaja de enfrentar incluso la pérdida de suscriptores —pues solo vive de sacrificios—, y de ocupar un lugar muy elevado en las regiones del pensamiento, como para temerle a los ataques del ridículo.

”Al ocuparnos del espiritismo, sabíamos que no complaceríamos a nadie, ni a los creyentes, ni a los incrédulos; a nadie, salvo tal vez a las personas que no han tomado partido sobre el asunto. Ellas saben que no saben. Se trata de los sabios, y son poco numerosos”.

A continuación, el autor describe el fenómeno material de las mesas giratorias, que explica mediante la electricidad humana, para luego declarar que en dicho fenómeno no observa nada que acuse una intervención extraña. Eso es lo que nosotros hemos dicho desde el comienzo. Y prosigue: “Mientras solo haya que explicar el fenómeno automático de los objetos, no se necesita ir más allá de lo que se encuentra en el ámbito de las ciencias físicas. Pero la dificultad aumenta cuando se accede a los fenómenos de naturaleza intelectual.” La mesa, después de haberse complacido en danzar, pronto se dispuso a responder preguntas. A partir de ese momento, ¿cómo se podía dudar de que en ella actuaba una inteligencia? La creencia imprecisa en los Espíritus había generado el movimiento de los objetos materiales, porque es evidente que, sin ese *a priori*, nunca se hubiera pensado en hacer que las mesas giren. Esa creencia, confirmada por las apariencias, debía inducir a que se diera un paso más. Con el Espíritu como causa del movimiento de las mesas, debía surgir la idea de interrogarlo.

”*Las primeras manifestaciones inteligentes* —escribe el señor Allan Kardec— *tuvieron lugar por medio de mesas que se levantaban y daban con una de sus patas un número determinado de*

golpes. De ese modo respondían sí o no, según lo convenido, a una pregunta formulada. Hasta aquí nada resultaba convincente, por cierto, para los escépticos, pues se podía creer en un efecto del acaso. Se obtuvieron a continuación respuestas más desarrolladas por medio de las letras del alfabeto: el objeto móvil daba una cantidad de golpes que correspondía al número de orden de cada letra. Se llegaba así a formar palabras y frases que respondían a las preguntas que se habían formulado. La precisión de las respuestas y su correlación con cada pregunta causaron asombro. El ser misterioso que contestaba de ese modo, interrogado acerca de su naturaleza, declaró que era un Espíritu o genio, se asignó un nombre y proporcionó diversas informaciones sobre sí mismo.

”Ese medio de correspondencia era lento e incómodo —como observa con mucho acierto el señor Allan Kardec—. No se tardó demasiado en reemplazarlo por una cesta, y luego por una tablilla. En la actualidad, esos medios por lo general han sido abandonados, y los creyentes se ocupan de lo que escribe maquinalmente la mano del médium al dictado del Espíritu.

”Resulta difícil saber cuál es la parte que corresponde al médium en lo que su pluma produce con mayor o menor inspiración; tampoco es sencillo determinar el grado de automatismo de una cesta o de una tablilla cuando esos objetos se encuentran en contacto con manos vivientes. No obstante, si bien la correspondencia a través de la mesa es lenta y poco cómoda, permite verificar la pasividad del instrumento. Para nosotros, la relación intelectual por medio de la mesa se halla tan bien establecida como la de la correspondencia telegráfica. El hecho es real. Sólo se trata de saber si el corresponsal de ultratumba existe. ¿Existe un Espíritu, un ser invisible con el cual se mantiene correspondencia, o los operadores son víctimas de una ilusión y no están en contacto más que consigo mismos? Esa es la cuestión.

”Por nuestra parte, hemos atribuido a la electricidad emitida por la máquina humana los movimientos mecánicos de las mesas; no tenemos que buscar en otra parte más que en el alma humana el agente que imprime a esos movimientos un carácter inteligente. Si se concibe a la electricidad como un fluido elástico, de extrema sutileza, que se interpone entre las moléculas de los cuerpos y los rodea como si fuera una atmósfera, es posible comprender muy bien que el alma, gracias a esa envoltura, haga sentir su acción en todas las partes del cuerpo, sin que ocupe en él un lugar determinado, y que la unidad del *yo* esté al mismo tiempo en todas partes adonde pueda llegar su atmósfera. La acción por contacto supera entonces la periferia del cuerpo, y las vibraciones etéreas o fluídicas, comunicándose de una atmósfera a otra, pueden producir efectos a distancia entre los seres que se mantienen en relación. Ahí se encuentra un mundo entero para estudiar. Las fuerzas ejercen su influencia unas sobre otras y se transforman según las leyes dinámicas que conocemos, pero sus efectos varían con el ritmo de los movimientos moleculares y en función de que esos movimientos se ejerzan por vibración, ondulación u oscilación. No obstante, sea como fuere respecto de esas teorías que están lejos de haber alcanzado la positividad necesaria para ocupar un lugar en la ciencia, nada se opone a que consideremos que el *yo* humano extiende hacia la mesa la acción de su espontaneidad, para servirse de ella como un apéndice de su sistema nervioso, a fin de manifestar movimientos voluntarios.

”Lo que muy a menudo engaña en esta especie de correspondencia telegráfica es que el *yo* de cada uno de los asistentes ya no puede reconocerse en la resultante de la colectividad. La representación subjetiva que se forma en la mente del mé-

dium, con el apoyo de esta especie de fotografía, puede no parecerse a ninguno de los asistentes, aun cuando no cabe duda de que la mayoría le ha proporcionado algún elemento. No obstante, es extraño, si se observa con cuidado, que no se encuentre más particularmente la imagen de uno de los operadores, que ha sido el instrumento pasivo de la fuerza colectiva. No es un Espíritu ultramundano el que habla en la sala, sino la mente del médium, pero la mente del médium revestida tal vez con la mente de tal o cual asistente, que lo domina, a menudo sin que ninguno de los dos lo sepa, y exaltada por fuerzas que le llegan, como diversas corrientes electromagnéticas, del apoyo que brindan los asistentes.²¹

”En muchas ocasiones hemos visto que la personalidad del médium se ponía en evidencia en las faltas de ortografía, en errores históricos o geográficos, que cometía habitualmente y que no podían atribuirse a un *Espíritu* realmente distinto de su propia persona.

”Uno de los hechos más comunes en los fenómenos de esta naturaleza es la revelación de secretos que, según el interrogador, nadie conoce; pero este se olvida de que esos secretos son conocidos por él mismo, y que el médium puede leer en su pensamiento. Para que eso ocurra hace falta cierta relación mental; pero esa relación se establece mediante una derivación de la corriente nerviosa que envuelve a cada individuo, más o menos como se podría desviar la corriente eléctrica de una línea telegráfica, interceptándola y sustituyéndola con un nuevo hilo conductor. Esa facultad es mucho menos extraña

21. Véase, en respuesta a varias afirmaciones contenidas en este artículo, *El libro de los médiums*, Capítulo IV: “Sistemas”; la “Introducción” de *El libro de los Espíritus*; y ¿Qué es el espiritismo?, Capítulo I: “Breve conferencia espírita”.

de lo que se supone. La comunicación del pensamiento es un hecho admitido por todas las personas que se han ocupado del magnetismo, y es fácil que cada uno se convenza de la incidencia y de la realidad de ese fenómeno.

”Nos hemos visto obligados a detenernos en estas explicaciones muy imperfectas. No bastan —lo sabemos— para refutar la creencia en los Espíritus ante las personas que consideran que tienen pruebas significativas de su intervención.

”No podemos oponerles pruebas de la misma naturaleza. La creencia en individualidades espirituales no solo no tiene nada de irracional, sino que nosotros la consideramos absolutamente natural. Nuestra convicción profunda —se sabe— es que el *yo* humano conserva su identidad después de la muerte y que, después de su separación del organismo terrestre, recupera sus adquisiciones anteriores. Nos parece totalmente probable que la persona humana se halle revestida con un organismo de naturaleza etérea, de modo que el *periespíritu* de esos señores no nos desagrade. ¿Qué es, pues, lo que nos separa? Nada que sea fundamental. Nada, salvo la insuficiencia de sus pruebas. No creemos que las relaciones espíritas entre los muertos y los vivos puedan ser demostradas con los movimientos de las mesas, las correspondencias y los dictados. Creemos que los fenómenos físicos se explican físicamente, y que los fenómenos psíquicos son *causados* por las fuerzas inherentes al alma de los operadores. Nos referimos a lo que hemos visto y estudiado con mucho cuidado. No conocemos nada, hasta ahora, entre las inspiraciones de los médiums, que no haya podido ser producido por un cerebro vivo, sin la intervención de una fuerza celestial, y la mayor parte de sus producciones están por debajo del nivel intelectual del medio en que vivimos.

”En un próximo artículo examinaremos las doctrinas filosóficas y religiosas del *espiritismo*, en especial aquellas cuya síntesis el señor Allan Kardec ha presentado en su último libro, titulado *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*”.

No cabe duda de que en este artículo habría muchas cosas para responder. Sin embargo, no lo refutaremos, porque eso sería repetir lo que varias veces hemos escrito sobre el mismo asunto. Nos complace reconocer, junto con el autor, que la distancia que todavía lo separa de nosotros es insignificante; no es más que el hecho material de las relaciones directas entre el mundo visible y el mundo invisible. Con todo, esa insignificancia resulta muy importante por sus consecuencias.

Por otra parte, vale señalar que, si bien él no admite esas relaciones, tampoco las niega de manera absoluta; ni repugna a su razón el hecho de que se conciba esa posibilidad. En efecto, tal posibilidad se desprende muy naturalmente de lo que él admite. Lo que le falta —dice— son las pruebas del hecho de las comunicaciones. Ahora bien, esas pruebas le llegarán tarde o temprano; las encontrará, ya sea con la observación atenta de las circunstancias que acompañan ciertas comunicaciones mediúmnicas, o bien en la innumerable variedad de las manifestaciones espontáneas, que ya se producían antes del espiritismo, y que aún se producen en personas que no lo conocen o no creen en él, y en las cuales, por consiguiente, no se podría admitir la influencia de una idea preconcebida. Sería preciso ignorar los elementos principales del espiritismo para creer que el hecho de las manifestaciones solamente se produce entre los adeptos.

Mientras tanto, y aun cuando su convicción se detuviera en ese punto, sería deseable que todos los materialistas llega-

ran hasta allí. Debemos, pues, alegrarnos de contarlos entre los hombres valiosos que al menos simpatizan con la idea general, y de ver que un periódico, recomendable por su carácter serio y su independencia, combate con nosotros la incredulidad absoluta en materia de espiritualidad, así como los abusos cometidos con el principio espiritual. Avanzamos hacia el mismo objetivo por caminos diferentes, pero que convergen hacia un punto común y se aproximan cada vez más por las ideas; algunas disidencias en cuestiones de detalle no deben impedir que nos tendamos la mano.

En estos tiempos de efervescencia y de aspiración a un estado de cosas mejor, cada uno pone su ladrillo en la edificación de un mundo nuevo; cada uno hace su parte, con los medios que le son propios. El espiritismo pone su contingente, que aún no está completo; pero como no es exclusivo, no rechaza ningún auxilio; acepta el bien que pueda servir a la gran causa de la humanidad, venga de donde viniere, incluso de sus adversarios.

Como hemos dicho al comienzo, no nos ocuparemos de refutar la teoría expuesta en *La Solidaridad* acerca de la causa de las manifestaciones inteligentes; apenas diremos unas pocas palabras al respecto.

Como vemos, esa teoría no es más que uno de los primeros sistemas surgidos en el origen del espiritismo, cuando la experiencia aún no había resuelto la cuestión. Ahora bien, es notorio que dicha opinión actualmente se halla reducida a algunas pocas individualidades. Si hubiera estado en lo cierto, ¿por qué no habría prevalecido? ¿Cómo puede ser que millones de espíritas, que desde hace quince años experimentan en el mundo entero y en todas las lenguas, que se reclutan mayormente entre la clase ilustrada, que cuentan en sus filas con hombres de

saber y de un valor intelectual indiscutible, tales como médicos, ingenieros, magistrados, etc., hayan comprobado la realidad de las manifestaciones siendo que tales manifestaciones no existen? ¿Acaso se puede admitir razonablemente que todos se han engañado, y que entre ellos no se haya encontrado hombres con suficiente sentido común y perspicacia para reconocer la verdadera causa? Como hemos dicho, esa teoría no es nueva, y no pasó desapercibida entre los espíritas; por el contrario, la han meditada y estudiado con seriedad, y precisamente porque observaron que los hechos la desmentían, y porque era impotente para dar cuenta de todos ellos, ha sido abandonada.

Es un grave error considerar que los espíritas estudiaron las manifestaciones con la idea preconcebida de que en ellas intervenían los Espíritus; aun cuando eso pudo ocurrir algunas veces, la verdad es que la gran mayoría solo adoptó esa creencia después de haber pasado por la duda o la incredulidad.

También es un error considerar que, sin el *a priori* de la creencia en los Espíritus, nunca se habrían ocupado de hacer que las mesas giren. El fenómeno de las mesas giratorias y parlantes ya era conocido en los tiempos de Tertuliano; y en la China, desde tiempos inmemoriales. En Tartaria y en Siberia conocían las *mesas voladoras*²². En algunas provincias de España se valen de cedazos que mantienen suspendidos de las puntas de tijeras. Los que interrogan, ¿creen que los que responden son Espíritus? No, de ningún modo. Preguntadles de qué se trata, y no sabrán responderos; es la mesa, es el cedazo, que están dotados de una fuerza desconocida; interrogan a esos movimientos como si fueran los de una varilla de zahorí, sin ir más allá del hecho material.

22. Véase la *Revista Espírita* de octubre de 1859, página 279.

Los fenómenos espíritas modernos no comenzaron con las mesas, sino con golpes *espontáneos*, dados en las paredes y en los muebles; esos ruidos asombraron, sorprendieron; en la manera como sonaban había algo extraño, un carácter intencional, una persistencia que parecía llamar la atención hacia un punto determinado, como cuando alguien hace ruido para alertar sobre algo. Los primeros movimientos de mesas u otros objetos también fueron espontáneos, como lo son hasta hoy en el caso de algunos individuos que no tienen ningún conocimiento del espiritismo. Ocurre con estos fenómenos lo mismo que con la mayoría de los fenómenos naturales, que se producen a diario pero pasan desapercibidos, o cuya causa es ignorada, hasta el momento en que observadores serios y más ilustrados les prestan atención, los estudian y los investigan.

Así, de dos teorías contrarias, surgidas en la misma época, una crece con el tiempo como resultado de la experiencia, y se generaliza, mientras que la otra se extingue. ¿A favor de cuál está la presunción de verdad y de supervivencia? No presentamos esto como una prueba, sino como un hecho que merece ser tomado en cuenta.

El señor Fauverty se apoya en el hecho de que en las comunicaciones mediúmnicas no encontró nada que exceda el alcance del cerebro humano. Esa es también una vieja objeción, cien veces refutada por la propia doctrina espírita. ¿Acaso el espiritismo ha dicho alguna vez que los Espíritus fueran seres aparte de la humanidad? Por el contrario, viene a *destruir el prejuicio* que los convierte en seres excepcionales, en ángeles o en demonios, en intermediarios entre el hombre y la divinidad, como si fueran una especie de semidioses.

El espiritismo se basa en el principio según el cual los Espíritus no son otra cosa más que los hombres despojados de

su envoltura material; y afirma que el mundo visible se derrama incesantemente sobre el mundo invisible a través de la muerte, a la vez que este lo hace sobre el mundo carnal a través de los nacimientos.

Dado que los Espíritus pertenecen a la humanidad, ¿por qué algunas personas querrían que ellos tuvieran un lenguaje sobrehumano? Sabemos que algunos Espíritus no saben más —y a veces saben mucho menos— que algunos hombres, dado que se instruyen con estos últimos. Los que eran incapaces de producir obras de arte cuando estaban vivos, tampoco las harán como Espíritus. El Espíritu de un hotentote no hablará como un académico, y el Espíritu de un académico, que no deja de ser un ser humano, no hablará como un dios.

Así pues, no se debe buscar la prueba del origen espiritual de las comunicaciones en la excentricidad de sus ideas y pensamientos, o en la superioridad excepcional de su estilo, sino en las circunstancias que demuestran que en un sinnúmero de casos no es posible que el pensamiento proceda de un encarnado, aunque sea de lo más trivial.

De esos hechos surge la prueba de la existencia del mundo invisible, en medio del cual vivimos, y por eso los Espíritus del nivel más bajo lo demuestran tanto como los más elevados. Ahora bien, la existencia del mundo invisible entre nosotros, como parte integrante de la humanidad terrestre, vertedero de las almas desencarnadas y fuente de las almas encarnadas, es un hecho capital, inmenso; es una revolución total en las creencias; es la clave del pasado y del porvenir del hombre, clave que las filosofías han buscado en vano, como los científicos han buscado en vano la clave de los misterios astronómicos antes de que se conociera la ley de la gravitación. Si seguimos la serie de consecuencias forzosas que tienen

origen en ese único hecho, es decir, en la existencia del mundo invisible alrededor nuestro, llegaremos a una transformación completa e inevitable en las ideas, así como a la destrucción de los prejuicios y de los abusos que resultan de ellos y, por consiguiente, a una modificación de las relaciones sociales.

Hacia esa meta conduce el espiritismo. Su doctrina es el desarrollo, la deducción de las consecuencias del hecho principal, cuya existencia acaba de revelarnos. Esas consecuencias son innumerables, porque poco a poco abarcan todas las ramas del orden social, tanto en lo físico como en lo moral. Eso es lo que comprendieron aquellos que se han tomado el trabajo de estudiarlo seriamente, y eso es lo que se comprenderá mucho mejor más adelante, aunque no será el caso de quienes, como solo han visto la superficie, suponen que el espiritismo se encuentra totalmente en una mesa que gira o en preguntas infantiles acerca de la identidad de los Espíritus.

Para un mayor desarrollo acerca de algunos de los temas tratados en este artículo, remitimos al capítulo primero de *La génesis*: “Caracteres de la revelación espírita”.²³

El partido espírita

Uno de nuestros corresponsales en Sens nos ha enviado las siguientes observaciones acerca de la calificación de *partido*

23. También publicado en separata. Precio: 15 centavos, por correo: 20 centavos.

que se asignó al espiritismo, y a propósito de nuestro artículo del mes de julio acerca de ese mismo asunto:

“En un artículo del último número de la *Revista*, titulado: *El partido espírita*, decís que, dado que se le ha asignado ese nombre al espiritismo, este lo acepta. Pero —yo pregunto— ¿debe aceptarlo? Tal vez esto merezca un serio examen.

”La totalidad de las religiones, al igual que el espiritismo, ¿no enseñan acaso que todos los hombres son hermanos, que son hijos de un Padre común, que es Dios? Ahora bien, ¿debería haber partidos entre los hijos de Dios? ¿No es eso una ofensa al Creador? Porque lo propio de los partidos es armar a los hombres unos contra otros; y ¿puede la imaginación concebir mayor crimen que el de armar a los hijos de Dios unos contra otros?

”Tales son, señor, las reflexiones que estimé necesario someter a vuestra consideración. Tal vez sería oportuno someterlas también a la de los benevolentes Espíritus que guían los trabajos del espiritismo, a fin de que conozcamos su opinión. Esa cuestión tal vez sea más grave de lo que parece a simple vista. Por mi parte, me disgustaría pertenecer a un partido. Creo que el espiritismo debe considerar que los partidos son una ofensa a Dios”.

Estamos totalmente de acuerdo con nuestro honorable corresponsal, cuya intención no podemos más que alabar. Sin embargo, creemos que en este caso sus escrúpulos son un poco exagerados, sin duda porque no examinó suficientemente la cuestión.

La palabra *partido* implica, según su etimología, la idea de división, de escisión y, por consiguiente, de lucha, agresión, violencia, intolerancia, odio, animosidad, venganza, todo lo

cual es contrario al espíritu de la doctrina espírita. Dado que el espiritismo no posee ninguno de esos caracteres, puesto que los repudia a todos, incluso por sus propias tendencias, no es un partido en la acepción vulgar de la palabra, y nuestro corresponsal tiene muchísima razón al rechazar tal calificación desde ese punto de vista.

Pero la palabra *partido* se relaciona también con la idea de una fuerza, física o moral, bastante intensa para inclinar la balanza, bastante preponderante para que sea necesario tomarla en cuenta. Aplicar esa palabra al espiritismo, poco o nada conocido, significaba otorgarle un acta de notoriedad respecto de su existencia, darle un lugar entre las opiniones, demostrar su importancia y, por consiguiente, lograr que se lo analizara, porque eso es justamente lo que no deja de solicitar. Desde ese punto de vista, el espiritismo no debía repudiar la calificación de *partido*, máxime cuando, a la vez que expresaba sus reservas sobre el sentido de dicha palabra, que otros le aplicaron desde arriba, con ella desmentía oficialmente a los que pretendían que el espiritismo es un mito sin consistencia, y que se vanagloriaban de haberlo sepultado docenas de veces. Hemos podido determinar el alcance de esa palabra por el torpe ardor con que algunos órganos de prensa se apoderaron de ella para transformarla en un espantajo.

Por estas consideraciones, y en ese sentido, hemos dicho que el espiritismo acepta el título de partido —ya que se lo han otorgado—, pues representa un crecimiento de su parte ante la opinión pública. Pero no tuvimos la intención de hacer que pierda su cualidad esencial: la de doctrina filosófica moralizadora, que constituye su gloria y su fuerza. Lejos de nosotros está, pues, la idea de transformar en *partidarios* a los adeptos de una doctrina de paz, tolerancia, caridad y fraterni-

dad. La palabra *partido*, además, no siempre implica la idea de lucha, de sentimientos hostiles. ¿Acaso no se dice: el partido de la paz, el partido de las personas honestas? El espiritismo ya ha demostrado, y demostrará siempre, que pertenece a esa categoría.

Por lo demás, haga lo que haga, el espiritismo no puede dejar de ser un partido. En efecto, ¿qué es un partido, dejando de lado la idea de lucha? Se trata de una opinión compartida solamente por una *parte* de la población. Pero esa calificación no se aplica más que a las opiniones que cuentan con un número de adherentes bastante considerable para llamar la atención y cumplir una función. Ahora bien, dado que la opinión espírita todavía no es la de todo el mundo, constituye necesariamente un partido respecto de las opiniones contrarias que la combaten, hasta que las haya unido a todas. En virtud de sus principios, el espiritismo no es agresivo; no se impone; no subyuga; no pide otra cosa más que la libertad de pensar a su manera. No obstante, desde el momento en que es atacado y que se lo trata como a un paria, debe defenderse y reivindicar para él lo que es de derecho común; debe hacerlo; ese es su deber, so pena de que se lo acuse de renegar de su propia causa, que es la causa de todos sus hermanos en creencia, a los que no podría abandonar sin cobardía. Así pues, el espiritismo está obligado a luchar, por mayor aversión que experimente. No es enemigo de nadie, es cierto; pero tiene enemigos que intentan destruirlo. Por su firmeza, su perseverancia y su valor, logrará vencerlos. Sus armas son muy distintas a las de sus adversarios, lo cual también es cierto; pero no por eso deja de ser, para ellos y a pesar de ellos, un partido, pues tales adversarios no le habrían otorgado ese título si no lo hubieran considerado bastante fuerte para contrarrestarlos.

Estos son los motivos por los cuales hemos considerado que el espiritismo podía aceptar la calificación de partido —calificación que le han dado sus antagonistas, sin que la hubiera tomado por sí mismo—, porque significaba recoger el guante que se le había arrojado. Pensamos que podía hacerlo sin repudiar sus principios.

Persecuciones

A fines de 1864 se predicó una persecución contra el espiritismo en varias ciudades del Mediodía francés, lo cual produjo algunas consecuencias. Presentamos aquí un resumen de uno de esos sermones, que nos fue remitido en esa época con todas las indicaciones necesarias para verificar su autenticidad. Los lectores podrán apreciar nuestra reserva en el hecho de que no hemos citado los lugares ni las personas involucradas:

“¡Huid, cristianos! ¡Huid de esos hombres perdidos y de esas mujeres malvadas, que se entregan a prácticas que la Iglesia condena! No mantengáis relación alguna con esos locos y esas locas; abandonadlos en un aislamiento absoluto. Evitad a esos seres peligrosos. No los soportéis a vuestro lado, y expulsadlos del lugar santo, cuyo acceso les está prohibido a causa de su indignidad.

”Ved a esos hombres *perdidos* y a esas mujeres *malvadas*, que se ocultan en las sombras y se reúnen en secreto para esparcir sus despreciables doctrinas; perseguidlos conmigo hasta sus *guaridas*. ¿Acaso no son conspiradores de baja estofa que se sumergen en las tinieblas para organizar en ellas sus infa-

mes conspiraciones? Así es, con la ayuda de Satán, conspiran intensamente contra nuestra santa madre la Iglesia, que Jesús ha fundado para reinar en la Tierra. ¿Qué hacen, además, esos hombres impíos y esas mujeres desvergonzadas? *Blasfeman contra Dios*; niegan las sublimes verdades que durante siglos han inspirado el más profundo respeto a sus ancestros; se adornan con una falsa caridad, de la que sólo conocen el nombre, y se valen de ella como un manto para ocultar su *ambición*. *Se introducen como lobos voraces en vuestros hogares, para seducir a vuestras hijas y a vuestras esposas, e intentan perderos a todos irremediamente*; pero vosotros los echaréis de vuestra presencia como a seres malignos.

”¿Habéis comprendido, cristianos, quiénes son aquellos que os señalo para vuestra reprobación? ¿Son los *espíritas*! ¿Y por qué no habría de nombrarlos? ¿Ya es hora de que los rechazemos y maldigamos sus doctrinas infernales!”

Los sermones de este tipo se encontraban a la orden del día en aquella época. Si hemos exhumado ese documento de nuestros archivos, después de cuatro años, ha sido para responder a la calificación de *partido peligroso*, que en estos últimos tiempos algunos órganos de prensa le han asignado a los espíritas. En la referida circunstancia, ¿de qué lado tuvieron lugar la agresión, la provocación; en una palabra, el partidismo? ¿Acaso era posible llevar más lejos la incitación al odio entre los ciudadanos, a la división de las familias? Tales sermones, ¿no recuerdan los de la época desastrosa en que esas mismas regiones eran ensangrentadas por las guerras de religión, en que el padre se armaba contra el hijo y el hijo contra el padre? Nosotros no los juzgamos desde el punto de vista de la caridad evangélica, sino desde el de la prudencia. ¿Es político excitar de ese modo las pasiones fanáticas en una región don-

de el pasado aún se halla tan vivo, y donde la autoridad suele verse en dificultades para prevenir los conflictos? ¿Es prudente volver a pasarse por ese lugar con la antorcha de la discordia? ¿Acaso pretendían repetir la cruzada contra los albigenses y la guerra de las Cevenas? Si sermones semejantes hubieran sido predicados contra los protestantes, las represalias sangrientas habrían sido inevitables. En la actualidad atacan al espiritismo porque, como este aún carece de existencia legal, consideran que se le puede hacer cualquier cosa.

Ahora bien, ¿cuál ha sido desde siempre la actitud de los espíritas ante los ataques de que fueron objeto? Ha sido la calma, la moderación. ¿Acaso no se debería bendecir una doctrina cuya fuerza es bastante grande para ponerle un freno a las pasiones turbulentas y vengativas? Observad, con todo, que en ninguna parte los espíritas forman una corporación; no se congregan en regimientos que obedecen a una voz de mando; no existe entre ellos ninguna afiliación, ni visible ni secreta; apenas experimentan individualmente la influencia de una idea filosófica, y esa idea, libremente aceptada por la razón, y no impuesta, basta para modificar sus tendencias, porque ellos son conscientes de que están en lo cierto. Ven que esa idea crece sin cesar, que se infiltra en todas partes y gana terreno cada día; tienen fe en su futuro, porque es conforme a los principios de la eterna justicia, porque responde a las necesidades sociales y se identifica con el progreso, cuya marcha es irresistible. Por eso se mantienen calmos ante los ataques que esa idea sufre; suponen que darían muestras de desconfianza respecto de su fuerza si la sostuvieran con la violencia y con medios materiales. Se ríen de esos ataques, pues estos no conducen sino a propagarla más rápidamente, afirmando su importancia.

Con todo, los ataques no se dirigen tan solo a la idea. Aunque la cruzada contra los espíritas ya no sea predicada abiertamente, como lo era hace algunos años, sus adversarios no se han vuelto más benevolentes ni más tolerantes. Llegado el caso, los individuos que adhieren a esa idea son perseguidos de manera solapada, no solo en su libertad de conciencia, que es un derecho sagrado, sino incluso en sus intereses materiales. A falta de razones, los adversarios del espiritismo confían en destruirlo mediante la calumnia y la presión. No cabe duda de que se engañan, pero mientras tanto dejan algunas víctimas. Ahora bien, es evidente que la lucha no ha terminado, de modo que los adeptos deben armarse de resolución para avanzar con firmeza por el camino trazado.

No solo por el presente, sino sobre todo con miras al futuro, consideramos que es nuestro deber reproducir la siguiente instrucción, sobre la cual pedimos a los adeptos que se detengan atentamente y con seriedad. Además, constituye un desmentido respecto de los que pretenden mostrar al espiritismo como un partido peligroso para el orden social. Quiera Dios que todos los partidos se rijan solamente por inspiraciones como esta, pues de ese modo la paz no tardaría en reinar en la Tierra.

(París, 10 de diciembre de 1864. Médium: Sr. Delanne.)

Hijos míos, esas persecuciones, como tantas otras, llegarán a su fin, y no pueden ser perjudiciales para la causa del espiritismo. Los Espíritus buenos velan por la ejecución de las órdenes que imparte el Señor: no tenéis nada que temer. Con todo, se trata de una advertencia para que os mantengáis atentos y obréis con prudencia. Es una tempestad que estalla,

como muchas otras que habréis de presenciar, conforme os lo hemos anunciado; porque no debéis pensar que vuestros enemigos se darán fácilmente por vencidos. No, ellos lucharán tenazmente, hasta que se convenzan de su impotencia. Así pues, dejad que arrojen su veneno, sin que os preocupe lo que digan, porque sabéis bien que nada pueden contra la doctrina que habrá de triunfar a pesar de todo. Ellos también lo saben, y es eso lo que los exaspera y redobla su furia.

Es de esperar que, en la lucha, ellos dejen algunas víctimas, pero esa es la prueba mediante la cual el Señor reconocerá el valor y la perseverancia de sus verdaderos servidores. ¿Qué mérito tendríais en caso de que triunfais sin esfuerzo? Como valientes soldados, los heridos serán los más recompensados. ¡Cuánta gloria espera a los que salgan de la contienda mutilados y cubiertos de honrosas cicatrices! Si un pueblo enemigo invadiera vuestro país, ¿no sacrificaríais vuestros bienes, vuestra vida, para obtener su independencia? ¿Por qué, entonces, os lamentaríais por esos rasguños que sufrís en una lucha cuyo resultado inevitable conocéis, y en la cual estáis seguros de la victoria? Agradeced a Dios, pues, por haberos colocado a la vanguardia, para que seáis los primeros en recoger las palmas gloriosas que serán el premio a vuestra devoción por la santa causa. Agradeced a vuestros perseguidores, que os brindan la oportunidad de demostrar vuestro valor y de adquirir más mérito. No vayáis al encuentro de la persecución, ni la provoquéis; pero si ella se presenta, aceptadla como una de las pruebas de la vida, porque eso es: una de las pruebas más provechosas para vuestro adelanto, conforme a la manera como la soportéis. Respecto de esa prueba, como con las demás, mediante vuestra conducta podéis hacer que sea fecunda o estéril para vosotros.

¡La vergüenza será para los que hayan retrocedido, para los que en la Tierra hayan preferido el descanso en vez de cumplir con lo que estaba preparado para ellos, porque el Señor hará la cuenta de sus sacrificios! Entonces les dirá: ¿Qué pedís, vosotros, que no habéis perdido nada ni nada sacrificasteis; que no habéis renunciado a una sola noche de vuestro sueño, ni a una migaja de vuestra mesa, ni dejado una parte de vuestra ropa en el campo de batalla? ¿Qué habéis hecho durante ese tiempo, mientras vuestros hermanos iban al encuentro del peligro? Os hicisteis a un lado, para dejar que pase la tempestad, y aparecisteis después de la amenaza. En cambio, vuestros hermanos se abrieron camino resueltamente.

¡Pensad en los mártires cristianos! Ellos no contaban – como sí contáis vosotros– con las comunicaciones incesantes del mundo invisible para reanimar su fe, y sin embargo no retrocedían ante el sacrificio, ni de sus vidas, ni de sus bienes. Por otra parte, han pasado los tiempos de esas pruebas crueles; los sacrificios sangrientos, las torturas, las hogueras, ya no se repetirán. Vuestras pruebas son más morales que materiales, de modo que resultarán menos penosas, pero no por eso serán meno meritorias, porque todo se corresponde con su época. En la actualidad, domina el espíritu. Por eso el espíritu sufre más que el cuerpo. El predominio de las pruebas espirituales sobre las pruebas materiales es un indicio del adelanto del espíritu. Además, sabéis que muchos de los que sufrieron por el cristianismo acuden a contribuir para el coronamiento de la obra, y son los que sostienen la lucha con más valor: de ese modo agregan una palma a las que ya habían conquistado.

Lo que os digo, amigos míos, no es que entréis en la refriega alocadamente y a ciegas. ¡No! Os digo, por el contrario, que debéis obrar con prudencia y circunspección, en interés

de la doctrina, que habrá de soportar un celo irreflexivo. Con todo, si hiciera falta un sacrificio, hacedlo sin murmurar, y considerad que una pérdida temporaria no es nada al lado de la compensación que habréis de recibir.

No os preocupéis por el futuro de la doctrina. Entre los que hoy la combaten, más de uno será su defensor mañana. Los adversarios se inquietan; en un momento dado pretenderán reunirse para asestar un duro golpe y derribar el edificio en construcción; pero sus esfuerzos serán en vano, y la división surgirá entre sus filas. Se aproximan los tiempos en que los acontecimientos favorecerán la eclosión de lo que habéis sembrado. Considerad la obra en la que trabajáis, sin que os preocupe lo que puedan decir o hacer. Vuestros enemigos hacen todo lo posible para empujaros más allá de los límites de la moderación, a fin de que podáis dar un pretexto a sus agresiones. Sus insultos no tienen otra finalidad, pero vuestra indiferencia y vuestra longanimidad los confunden. Ante la violencia, continuad, pues, oponiendo la ternura y la caridad; haced el bien a los que os quieren mal, a fin de que, más tarde, sea posible distinguir lo verdadero de lo falso. Tenéis un arma poderosa: el razonamiento. Servíos de él, pero no lo manchéis nunca con la injuria, que es el argumento supremo de los que no disponen de buenas razones. Esforzaos, por último, mediante la dignidad de vuestra conducta, para que se respete en vosotros el nombre de espíritas.

SAN LUIS

ESPIRITISMO RETROSPECTIVO

La mediumnidad en el vaso de agua, en 1706 (en casa del duque de Orleans)

Podemos abarcar, con el título general de *espiritismo retrospectivo*, las ideas, las doctrinas, las creencias, así como todos los hechos espíritas anteriores al *espiritismo moderno*, es decir, hasta alrededor del año 1850, época en la que comenzaron las observaciones y los estudios acerca de esta clase de fenómenos. Apenas en 1857 tales observaciones fueron coordinadas en un cuerpo de doctrina metódico y filosófico. Esta división nos parece útil para la historia del espiritismo.

El siguiente hecho ha sido referido en las *Memorias del duque de Saint-Simon*:²⁴

“También recuerdo algo que (el duque de Orleans) me contó en el salón de Marly, con motivo de su viaje a Italia, cuya singularidad —después de cerciorarme de lo ocurrido— me propongo no omitir. El Duque sentía curiosidad por toda clase de artes y ciencias y, con la mente muy abierta, toda su vida tuvo esa debilidad, tan común en la corte de los hijos de Enrique II, y que, entre otros males, Catalina de Médicis había traído de Italia. Tanto como pudo, el Duque había hecho el intento de ver al diablo —aunque sin éxito, conforme me lo confesó muchas veces—, así como ver cosas extraordinarias y conocer el futuro. Ahora bien, en casa de mademoiselle de Séry vivía una niña de ocho a nueve años, que había nacido allí y nunca había salido de ese lugar. Dicha niña tenía la ignorancia y la simplicidad propias de su edad y de la educación

24. Véase la *Revista Espírita* de junio de 1868, páginas 161 a 167.

que había recibido. Por otra parte, entre otros bribones de curiosidades ocultas, de esos que el señor duque de Orleans había visto muchos en su vida, le presentaron a uno que pretendía contar con la facultad de hacer que se viera, en un vaso lleno de agua, todo lo que los consultantes quisieran saber. De tal modo, ese sujeto pidió que le presentaran a alguien joven e inocente para que mirara en el vaso, y todos consideraron que aquella niña era la más adecuada. Entonces, se entretuvieron en saber lo que ocurría en ese mismo momento en lugares distantes, mientras la niña describía todo lo que veía en el vaso lleno de agua. Aquel sujeto susurraba unas palabras sobre el vaso, y de inmediato la niña veía en él satisfactoriamente.

”Los engaños, de que tantas veces había sido víctima, indujeron al señor duque de Orleans a pensar en alguna demostración que pudiera tranquilizarlo. Ordenó a uno de sus servidores, al oído, que fuera de inmediato a casa de madame de Nancre y se fijara quiénes eran los presentes, qué estaban haciendo, en qué sala se hallaban reunidos y cuál era su mobiliario, así como todo lo que allí sucedía, y que sin perder un instante ni hablar con nadie volviera para contárselo todo al Duque, también al oído. El servidor ejecutó la orden rápidamente, sin que nadie lo supiera y mientras la niña permanecía en la sala. Una vez al tanto de la información, el señor duque de Orleans pidió a la niña que mirara en el vaso y le dijera quiénes estaban y qué ocurría en casa de madame de Nancre, quien en ese momento se hallaba junto al Duque. De inmediato la niña le contó, palabra por palabra, todo lo que en esa casa había visto el enviado del señor duque de Orleans. La descripción de los rostros, el aspecto y los vestidos de las personas que se hallaban en la sala, el lugar que ocupaban, las que estaban jugando en dos mesas diferentes, las que mi-

raban el juego o conversaban, sentadas o de pie, así como la disposición de los muebles; en una palabra, le describió toda la escena. De inmediato, el señor duque de Orleans pidió a madame de Nancre que fuera a su casa para verificar dicha información; a su regreso, Madame relató que había encontrado todo tal como la niña lo había descripto, y según lo que el criado había contado al oído del señor duque de Orleans.

”El Duque no me hablaba demasiado de esas cosas, porque yo me tomaba la libertad de avergonzarlo. Respecto de su relato, opté por *reprenderlo* y decirle que me parecía que yo podría disuadirlo de dar crédito a esos prodigios y divertirse con ellos, especialmente en una época en la que el señor Duque debía de tener su mente ocupada con tantas cosas importantes. ‘Eso no es todo —me dijo—, porque solo os mencioné esto para llegar a lo demás.’ E inmediatamente me contó que, entusiasmado por la exactitud de lo que la niña había visto en la casa de madame de Nancre, había querido ver algo más importante: quiso saber lo que ocurriría en el futuro, cuando el Rey muriera, aunque sin consultar la fecha, pues eso no se podía ver en el vaso. Entonces le hizo esa pregunta a la niña, que nunca había oído hablar de Versalles, ni visto a ningún otro miembro de la corte más que al propio Duque. Ella miró, y le explicó detenidamente todo lo que veía. Describió con exactitud la habitación que el Rey ocupaba en Versalles, y el mobiliario que, en efecto, se encontró allí en oportunidad de su muerte. Describió perfectamente al Rey en su lecho, y dijo que, de pie junto a él, o andando por la habitación, había un niño con la orden del Rey, bajo los cuidados de madame de Ventadour, a quién la niña reconoció, porque dijo haberla visto en casa de mademoiselle de Sery. También le describió a madame de Maintenon, el singular aspecto de Fayon, la señora duquesa de Orleans, la señora princesa de

Conti, y se asombró de ver allí al propio duque de Orleans; en una palabra, le dio a conocer a todos los príncipes, señores, criados y criadas que veía en ese lugar. Cuando concluyó, el señor duque de Orleans, sorprendido porque la niña no le había mencionado a monseñor el duque de Borgoña, ni a monseñor el duque de Berry, le preguntó si no veía otros personajes, de tales o cuales características. Ella insistió en que no, y volvió a describir a los que veía. Esas ausencias eran algo que el señor duque de Orleans no podía comprender, y de lo que se sorprendió mucho conmigo, buscando en vano cuál sería la razón. El acontecimiento posterior lo explicó todo. En ese momento estábamos en el año 1706. Los cuatro ausentes estaban rebosantes de vida y de salud, pero los cuatro morirían antes que el Rey. Lo mismo ocurrió con el señor Príncipe, el señor Duque y el señor príncipe de Conti, a quienes la niña no vio, mientras que sí vio a los hijos de estos dos últimos, al señor de Maine y a los suyos, y al señor conde de Toulouse. Pero hasta que no se produjo el acontecimiento, todo eso quedó en la oscuridad. Finalizada la consulta, el señor duque de Orleans quiso saber lo que ocurriría con él mismo. Pero esta vez no se utilizó el vaso de agua. El sujeto que estaba allí le ofreció mostrarle al señor Duque su propia imagen, como si estuviera pintada en la pared de la sala, toda vez que él no tuviera miedo de verse a sí mismo. Así, al cabo de un cuarto de hora, durante la cual el sujeto hizo algunas payasadas en frente de todos, la figura del señor duque de Orleans, vestido como estaba entonces y en tamaño natural, se apareció de repente en la pared, a modo de una pintura, con una corona en la cabeza. No era la corona de Francia, ni la de España, ni la de Inglaterra, ni la corona imperial; el señor duque de Orleans, que la contempló con los ojos bien abiertos, no pudo reconocerla, pues nunca había visto una semejante: tenía

solamente cuatro círculos y no llevaba nada en la parte superior. Esa corona le cubría la cabeza.

”A partir de esta nueva oscuridad, y de la anterior, aproveché la ocasión para mostrarle al señor Duque, una vez más, cuán vanas eran esas curiosidades, esos justos engaños del diablo, engaños que Dios permite para castigar esas curiosidades, que Él prohíbe, así como la nada y las tinieblas que de ahí resultan en vez de la luz y la satisfacción que se pretende obtener con ellas. En ese momento, el señor Duque se hallaba muy lejos de convertirse en Regente del reino, y no se imaginaba que podría llegar a serlo. Tal vez fuera eso lo que aquella extraña corona le anunciaba. Todo esto había ocurrido en París, en casa de su amante, en presencia de su más estrecha intimidad, la víspera del día en que me lo refirió, y a mí me pareció tan extraordinario, que le doy un lugar en estos escritos, no para aprobarlo, sino para que quede registrado.”

La veracidad del duque de Saint-Simon es tanto menos sospechosa cuanto que él se oponía a ese tipo de ideas, de modo que no podemos dudar de que haya registrado fielmente el relato del duque de Orleans. En cuanto al hecho en sí, no es probable que el Duque lo hubiera inventado a su antojo. Por otra parte, los fenómenos que se producen actualmente demuestran que ese hecho es posible; y lo que en esa época era considerado como algo maravilloso, ahora es muy natural. Por cierto, el hecho tampoco se puede atribuir a la imaginación de la niña, quien además no conocía al sujeto, de modo que no podía ser su cómplice. No cabe duda de que las palabras pronunciadas sobre el vaso de agua no tenían otro objetivo más que darle al fenómeno una apariencia misteriosa y cabalística, conforme a las creencias de la época; aunque es muy probable que tales palabras ejercieran una acción magné-

tica inconsciente, y eso con tanta mayor razón cuanto que ese sujeto parecía dotado de una enérgica voluntad. En cuanto al hecho del cuadro que él hizo aparecer en la pared, hasta el presente no le podemos dar ninguna explicación.

Por otra parte, la magnetización previa del agua no parece ser indispensable. Uno de nuestros corresponsales en España nos refería, hace algunos días, el siguiente hecho, ocurrido en presencia de él hace unos quince años, en una época y en una región en las que el espiritismo era desconocido, y cuando él mismo llevaba su incredulidad hasta el límite. En su familia habían oído hablar de la facultad que algunas personas tenían de ver en una jarra llena de agua, a lo cual no le dieron más importancia que la que daban a las creencias populares. No obstante, quisieron experimentar por curiosidad. Una jovencita, tras algunos instantes de concentración, logró ver a uno de sus parientes, del que hizo un retrato exacto; lo vio en lo alto de una montaña, a unas leguas de allí, donde nadie podía suponer que estuviera, y luego lo vio descendiendo un barranco, volver a subir, y hacer varias idas y vueltas. Cuando el individuo regresó y le dijeron de dónde venía y lo que había hecho, se quedó muy sorprendido, porque no había comunicado a nadie sus propósitos, que en efecto había realizado. En este caso, la imaginación también se halla completamente libre de sospecha, porque el pensamiento de ninguno de los asistentes habría podido actuar sobre el espíritu de la jovencita.

Dado que la influencia de la imaginación es la gran objeción que se le opone a este género de fenómenos, como a todos los de la mediumnidad en general, nunca estará de más reunir con mucho cuidado los casos en que se demuestra que esa influencia no puede tener lugar. El hecho que sigue es un ejemplo no menos concluyente.

Otro de nuestros suscriptores en Palermo, Sicilia, estuvo últimamente en París. En ausencia de este, la hija, que nunca había viajado a París, recibió el número de la *Revista* en el que se trata el tema de la mediumnidad en el vaso de agua, de modo que ella se propuso experimentar con la intención de ver a su padre en el vaso. No lo vio, pero sí vio varias calles de París, las cuales, por la descripción que hizo de ellas al escribirle a su padre, este pudo reconocer fácilmente como las calles de la Paix, Castiglione y Rivoli. Ahora bien, esas calles eran precisamente aquellas por las que él había transitado el mismo día en que se realizó la experiencia. De esta manera, aquella joven dama no ve a su padre, a quien conoce y desea ver, y en el que ha concentrado su pensamiento; en cambio, puede ver el camino que él ha recorrido, y que ella no conocía. ¿Cuál es el motivo de este extraño fenómeno? Los Espíritus nos han dicho que las cosas ocurrieron de ese modo para ofrecer una prueba irrefutable de que la imaginación no tuvo nada que ver con eso.

Ahora completaremos, mediante las siguientes reflexiones, lo que hemos dicho sobre el mismo tema en el número de junio.

Es evidente que, con o sin agua, tanto el vaso como la jarra representan en ese fenómeno el papel de agentes *hipnóticos*; la concentración de la vista y del pensamiento en un punto provocan un mayor o menor desprendimiento del alma y, por consiguiente, el desarrollo de la visión psíquica. (Véase la *Revista Espírita* de enero de 1860, página 6: “Detalles sobre el hipnotismo”.)

Ese género de mediumnidad puede dar lugar a modos especiales de manifestación, a percepciones nuevas; es un medio más de comprobar la existencia y la independencia del alma

y, por eso mismo, un tema de estudio muy interesante. Sin embargo, como hemos dicho, sería un error pensar que ese medio es mejor que otro para saber todo lo que se desea, porque hay cosas que deben mantenerse ocultas para nosotros, o que solo pueden ser reveladas en un momento determinado. Cuando haya llegado la hora de conocerlas, seremos informados mediante uno de los mil recursos de que disponen los Espíritus, seamos espíritas o no. Pero el vaso de agua no es un medio más eficaz que cualquier otro. Si bien los Espíritus se han valido de él para dar indicaciones favorables a la salud, de ahí no se sigue que resulte un procedimiento infalible para curar todas las enfermedades, incluso las que no deben ser curadas. Cuando los Espíritus pueden realizar una cura, dan sus consejos por cualquier vía mediúmnica y con cualquier médium apto para ese género de comunicación. La eficacia radica en la prescripción, y no en la manera como se la transmite.

El vaso de agua tampoco es una garantía contra la intromisión de los Espíritus malos. La experiencia ya nos demostró que los Espíritus malintencionados se valen de ese medio tanto como de cualquier otro para confundir y abusarse de la credulidad. ¿Cómo podríamos oponerles un obstáculo más poderoso? Lo hemos dicho muchas veces, y nunca lo repetiremos demasiado: *Ningún género de mediumnidad está a salvo de los Espíritus malos, y no existe ningún procedimiento material que los aleje.* Lo mejor, lo único que nos preserva de ellos, está en nosotros mismo; los apartamos mediante nuestra propia purificación, así como nos preservamos de los insectos nocivos mediante la higiene del cuerpo.

La reencarnación en Japón

San Francisco Javier y el bonzo japonés

El siguiente relato ha sido extraído de la historia de san Francisco Javier, escrita por el padre Bouhours. Se trata de una discusión teológica entre un bonzo japonés, llamado Tucarondono, y san Francisco Javier, quien en esa época era misionero en el Japón.

“—No sé si me conoces o, mejor dicho, si me reconoces —le dijo Tucarondono a san Francisco Javier.

”—No recuerdo haberte visto nunca —le respondió el Santo.

”Entonces, el bonzo se echó a reír y se dirigió a sus colegas, que habían llegado con él:

”—Veo —les dijo— que no me costaría vencer a un hombre que ha tratado conmigo más de cien veces, pero finge no haberme visto nunca.

”Luego, mirando a Javier con una sonrisa de desprecio, prosiguió:

”—¿No te ha quedado nada de las mercaderías que me vendiste en el puerto de Frénasona?

”—En verdad —le respondió Javier, con una expresión siempre serena y humilde—, nunca en mi vida he sido mercader, y nunca estuve en Frénasona.

”—¡Ah! ¡Qué olvido y qué tontería! —replicó el bonzo, perplejo y a risotadas—. ¿Cómo es posible que te hayas olvidado de eso?

”—Ayúdame a buscar en mis recuerdos —le dijo amablemente el Santo—, pues tú eres más inteligente y tienes más memoria que yo.

—Lo haré —dijo el bonzo, muy orgulloso del elogio que Javier le había dirigido—. Hoy se cumplen mil quinientos años, precisamente, de que tú y yo, que éramos mercaderes, comerciábamos en Frénasona. Entonces te compré cien piezas de seda, a muy buen precio. ¿Te acuerdas ahora?

”El Santo, que analizaba hacia dónde se dirigía el bonzo con la conversación, le preguntó, honestamente, qué edad tenía.

—Tengo cincuenta y dos años —le respondió Tucaron-dono.

—¿Cómo es posible —le replicó Javier— que hayas sido mercader quince siglos atrás, si hace tan solo medio siglo que estás en el mundo? Además, ¿cómo es posible que tú y yo comerciáramos en aquella época, en Frénasona, si la mayoría de vosotros enseñáis que el Japón no era más que un desierto hace mil quinientos años?

—Escúchame —le dijo el bonzo—; tú escucharás los oráculos y convendrás en que, respecto de las cosas del pasado, nosotros tenemos más conocimiento que vosotros respecto de las cosas del presente.

”Debes saber, pues, que el mundo nunca tuvo comienzo, y que las almas en realidad no mueren. *El alma se desprende del cuerpo donde se hallaba encerrada; busca otro cuerpo, nuevo y vigoroso, en el que renace, ya con el sexo más noble, ya con el sexo imperfecto*, según las diversas constelaciones del cielo y los diferentes aspectos de la luna. Esos cambios de nacimiento hacen que también cambie nuestra fortuna. Ahora bien, la recompensa de los que han vivido santamente consiste en mantener fresco el recuerdo de las vidas que han vivido en los siglos pasados, así como en representarse a sí mismos por completo, tal como han sido desde la eternidad, con la forma

de príncipe, de mercader, de hombre de letras, de guerrero, y otros personajes. En cambio, aquellos que, como tú, saben tan poco de sus propios negocios, e ignoran lo que han sido y lo que han hecho en el transcurso de una infinidad de siglos, demuestran que sus crímenes los han vuelto dignos de la muerte tantas veces, que han perdido el recuerdo de las vidas que han vivido.”

Observación: No podemos suponer que Francisco Javier haya inventado esta historia, que no lo favorecería, como tampoco podemos sospechar de la buena fe de su historiador, el padre Bouhours. Por otra parte, no es menos cierto que se trataba de una trampa que el bonzo había tendido al misionero, pues sabemos que el recuerdo de las existencias anteriores es un caso excepcional, y que, en todos esos casos, nunca contiene detalles tan precisos. Pero lo que resulta de este hecho es que la doctrina de la reencarnación existía en el Japón en esa época, en condiciones idénticas –salvo la intervención de las constelaciones y de la luna– a las que los Espíritus enseñan en la actualidad. Otra similitud no menos notable se observa en la idea de que la precisión del recuerdo significa una señal de superioridad. Los Espíritus nos explican, en efecto, que en los mundos superiores a la Tierra, en los cuales el cuerpo es menos material y el desprendimiento del alma es un estado normal, el recuerdo del pasado constituye una facultad común a todos; en esos mundos, todos recuerdan sus existencias anteriores, como nosotros recordamos los primeros años de nuestra infancia. Es evidente que los japoneses no han alcanzado ese grado de desmaterialización, que no existe en la Tierra, pero esta historia demuestra que poseen la intuición de ello.

Carta del señor Monico

Al periódico *La Mabouna*, de Guelma (Argelia)

El periódico *La Mabouna*, del 26 de junio de 1868, publicó la siguiente carta, que reproducimos con mucho gusto, a la vez que dirigimos a su autor nuestras más sinceras felicitaciones:

“Señor Director:

”Acabo de leer un artículo en *L'Indépendant* [*El Independiente*], de Constantina, publicado el 20 del corriente, en el cual se menciona el papel poco delicado que, según ese periódico, habría representado un tal señor Home (en Inglaterra). El artículo comienza con estas líneas: ‘Los espíritas, sucesores de los brujos de la Edad Media, ya no se limitan a indicar a los *imbéciles*, sus adeptos, el lugar donde pueden encontrar tesoros ocultos, pues se las arreglan para descubrirlos en beneficio propio’. Sigue la valoración, etc.

”Permitidme, señor Redactor, que me sirva de vuestro honorable periódico para protestar enérgicamente contra el autor de esas líneas, tan poco literarias y tan hirientes para los adeptos de esas ideas nuevas, ideas que por cierto son muy desconocidas, toda vez que se las aprecia tan erróneamente.

”El espiritismo sustituye a los brujos, de la misma manera que la astronomía sustituyó a los astrólogos. ¿Acaso esto significa que la astronomía —esa ciencia actualmente tan difundida, que ha esclarecido a los hombres y les ha permitido conocer las inmensidades siderales, que las religiones primitivas habían amoldado a sus creencias y para que sirvan a sus intereses— abrazó todas las elucubraciones fantásticas y groseras de los astrólogos de antaño?

”Vos no pensáis tal cosa.

”Del mismo modo, el espiritismo, tan denostado por los que no lo conocen, viene a destruir los errores de los brujos y a revelar una ciencia nueva para la humanidad. Viene a explicar esos fenómenos hasta ahora incomprendidos, que la ignorancia popular atribuía a lo *milagroso*.

”Lejos de abrazar las supersticiones de otra época —que los brujos, los magos, etc., toda esa multitud de parias rebeldes a la civilización, empleaban para explotar la ignorancia y especular con los vicios—, yo digo que el espiritismo viene a destruirlas y, al mismo tiempo, a poner al servicio del hombre una fuerza inmensa, muy superior a todas las que presentan las filosofías antiguas y modernas.

”Esa fuerza es *el conocimiento del pasado y del porvenir* que está reservado para el hombre, pues responde estas preguntas: ¿de dónde vengo? ¿adónde voy?

”El espiritismo viene a resolver esa duda terrible que pesaba en la conciencia humana; y lo hace no solo teóricamente y con abstracciones, sino materialmente, es decir, *con pruebas a las que accedemos con los sentidos*, y más allá de cualquier aforismo o sentencia teológica.

”Las antiguas opiniones, surgidas a menudo de la ignorancia y de la fantasía, desaparecen poco a poco, para dar lugar a convicciones nuevas, basadas en la observación, y cuya realidad es de las más manifiestas. Las huellas de los viejos prejuicios se borran, y el hombre, más reflexivo, al estudiar con mayor atención esos fenómenos considerados *sobrenaturales*, ha encontrado en ellos el *producto de una voluntad que se manifiesta fuera de él*.

”Por medio de esa manifestación, el universo se presenta ante el espírita como un mecanismo conducido por una cantidad infinita de inteligencias, un inmenso gobierno en el que cada ser inteligente ejerce la acción que le corresponde, bajo la mirada de Dios, ya sea en el estado de hombre, o bien en el estado de alma o Espíritu. La muerte no es para él un espantajo que estremece, como tampoco es la nada; se trata apenas del punto extremo de una etapa del ser y el comienzo de otra; es decir que, muy sencillamente, la muerte es una transformación.

”Me detengo, pues no pretendo dictar un curso de espiritismo y, mucho menos, convencer a mi adversario. Pero no puedo permitir que se ofenda a una doctrina que proclama como principio *la libertad de conciencia y las máximas del más puro cristianismo*, sin protestar con toda mi alma.

”Los enemigos del espiritismo son los que no lo han estudiado, ni en su aspecto filosófico ni en su parte experimental; y esa es la razón por la cual el primero que llega, sin tomarse el trabajo de esclarecerse, se arroga el derecho, *a priori*, de considerarlo un absurdo.

”Con todo, lamentablemente para el hombre, siempre ha ocurrido lo mismo cada vez que surgió una idea nueva. Ahí está la historia para demostrarlo.

”Dado que el espiritismo se halla de acuerdo con las ciencias de nuestra época (véase *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*), los representantes más autorizados de esa doctrina, y todos los escritos surgidos de su seno, declararon que estaba dispuesta a aceptar *todas las ideas* basadas en las verdades científicas, así como a rechazar todas las que *contengan errores*; en una palabra, que el espiritismo se propone marchar a la vanguardia del progreso humano.

”Los adeptos de esta doctrina, en vez de ocultarse en las sombras y reunirse en las catacumbas, proceden de otro modo. Emiten sus ideas y se ejercitan en la práctica de sus principios a plena luz y públicamente. En Francia, la opinión espírita está representada por cinco revistas o periódicos; en Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia, por quince semanarios; en Estados Unidos de América, ese país de libertad y de progreso de todo tipo, por numerosos periódicos y revistas, y los adeptos del espiritismo en ese país ya se cuentan por millones, a quienes, involuntariamente y sin reflexionar, el autor del artículo de *El Independiente* trata de *imbéciles*.

”Nuestra época, que se encuentra tan distante de los hechos de intolerancia religiosa, que se ríe de las disputas teológicas y de la ira del Vaticano, debería inspirar mejor el respeto a las opiniones contrarias.

”Tened a bien aceptar, etc.”

JULES MONICO

El mismo periódico, el 17 de julio, presenta otro artículo del señor Monico, quien anuncia la publicación de una serie de respuesta a algunos ataques de los antagonistas del espiritismo. Ahí también leemos el anuncio de un folleto del mismo autor, titulado: *La libertad de conciencia*, en prensa, y que debe aparecer la primera quincena de agosto. Precio: 1 franco.

BIBLIOGRAFÍA

Le Spiritisme à Lyon [*El espiritismo en Lyon*], periódico bimestral que aparece en Lyon desde el 15 de febrero, sigue con perseverancia y éxito el curso de su publicación. Como hemos dicho hace tiempo, y como en él mismo se señala, no se trata de un periódico con pretensiones literarias; su objetivo, más modesto, consiste en popularizar a un precio módico las saludables ideas de la doctrina. Está escrito sin la menor especulación, porque el excedente de las ganancias materiales se destina a la caja de socorros. Se trata, pues, de una obra de devoción realizada por quienes han emprendido esa enorme tarea. Por las buenas intenciones con que ha sido concebida su redacción, así como por el loable objetivo que se propone, se ha ganado la simpatía y el estímulo de los espíritas sinceros. Hemos leído con gran satisfacción, en la portada de los últimos números, un aviso en el cual se informa que el señor Senador y Prefecto del Ródano ha autorizado su venta en la vía pública. Hacemos votos para que prospere, pues beneficia a la doctrina y a los desdichados. La falta de espacio nos obliga a dejar para el próximo número las reflexiones a que nos han inducido algunos de sus artículos, entre los cuales destacamos uno (del 15 de julio), sabiamente escrito, acerca del juicio contra el señor Home.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 9

Septiembre de 1868

Aumento o disminución del volumen de la Tierra

a propósito de *La génesis*

Nuestro corresponsal en Sens, de quien hemos publicado en el número anterior su observación acerca del *partido espírita*, en su carta había adjuntado otra acerca del aumento del volumen de la Tierra, y cuya publicación nos vimos obligados a postergar debido a la abundancia de material.

“Una vez más, señor, os ruego que me permitáis plantearos una reflexión que me surgió al leer vuestra última obra: *La génesis*. En la página 161 dice: ‘En la época en que el globo terrestre era una masa incandescente, no contenía ni un átomo más ni uno menos que en la actualidad’. Sin embargo, los Espíritus han dicho que no hay dos leyes diferentes para la formación de los cuerpos principales y de los cuerpos secundarios; y después he leído en alguna parte que las plantas le aportan a la tierra más de lo que reciben de ella. No sé si eso se confirmó y está científicamente demostrado, pero según este

dato y otros más, sin mencionar a los aerolitos, que en la actualidad son un hecho incuestionable, ¿no podría suceder que un día se descubra que nuestro globo adquiere más volumen, lo cual sería contrario a la otra afirmación?”

Es muy cierto que las plantas le aportan al suelo más de lo que extraen de él; pero el globo no está compuesto tan solo de la parte sólida, pues la atmósfera también lo integra. Ahora bien, está demostrado que las plantas se nutren tanto, e incluso más, de los fluidos aeriformes extraídos de la atmósfera, como de los elementos sólidos que absorben con las raíces. Dada la cantidad de plantas que vivieron en la Tierra desde su origen, sin mencionar a los animales, hace mucho que los fluidos atmosféricos se habrían agotado si no se alimentaran de una fuente permanente. Esa fuente se encuentra en la descomposición de las materias sólidas, orgánicas e inorgánicas, que vuelcan a la atmósfera el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el carbono y el resto de los gases que habían extraído de ella. Así pues, existe un intercambio constante, una transformación permanente, que se realizan en la superficie del globo. En esto sucede exactamente lo mismo que con el agua, que se eleva como vapor y cae como lluvia, y cuya cantidad es siempre la misma. Dado que el incremento de la cantidad de vegetales y de animales se produce con el auxilio de los elementos constitutivos del globo, sus restos, por más considerables que sean, no agregan un solo átomo a la masa. Si por esa causa la parte sólida del globo aumentara de manera permanente, sería a expensas de la atmósfera, que disminuiría otro tanto, y acabaría por ser inadecuada para la vida.

En el origen de la Tierra, las primeras capas geológicas se formaron a partir de materias sólidas momentáneamente volatilizadas a causa de la elevada temperatura, y que más

tarde se precipitaron, condensadas por el enfriamiento. No cabe duda de que elevaron un poco la superficie del suelo, que de lo contrario se habría detenido en la capa granítica, pero no agregaron nada a la masa total, pues solo se trató de un desplazamiento de materia. Cuando la atmósfera, depurada de los elementos extraños que mantenía en suspensión, se encontró en su estado normal, las cosas siguieron el curso regular que mantienen desde entonces. En la actualidad, la más mínima modificación en la constitución de la atmósfera causaría forzosamente la destrucción de los seres vivos. Pero entonces, probablemente, se formarían nuevas especies, con otras condiciones de vitalidad.

Considerada desde ese punto de vista, la *masa* del globo, es decir, la suma de las moléculas que componen el conjunto de sus partes sólidas, líquidas y gaseosas, es indiscutiblemente la misma desde su origen. Si experimentara una dilatación o una condensación, su *volumen* aumentaría o disminuiría, sin que la *masa* sufriera ninguna alteración. Por lo tanto, si la Tierra aumentara su masa con el agregado de nuevas moléculas, sería por efecto de una causa exterior, toda vez que no podría tomar de sí misma los elementos necesarios para su incremento.

Algunas personas consideran que la caída de aerolitos puede ser una de las causas del aumento del volumen de la Tierra; otras, sin ocuparse de los recursos ni de los medios, se basan en el principio según el cual, dado que los animales y las plantas nacen, crecen y mueren, los cuerpos planetarios también deben hallarse sujetos a esa misma ley.

En primer lugar, el origen de los aerolitos todavía es problemático; incluso durante mucho tiempo se creyó que podían formarse en las regiones superiores de la atmósfera te-

rrestre, debido a la condensación de las materias gasificadas provenientes de la propia Tierra. No obstante, en el supuesto de que su origen esté fuera de nuestro globo, y que procedan de restos de algunos planetas destruidos, o que se formen espontáneamente por la condensación de la materia cósmica interplanetaria, en cuyo caso podríamos considerarlos *planetas enanos*, su caída accidental no produciría un incremento sensible de nuestro globo, y menos aún regular.

Por otra parte, la equiparación que se pretende establecer entre las plantas y los planetas carece de exactitud, porque se convertiría a estos últimos en seres orgánicos, lo cual no es admisible.

Según otra opinión, el tamaño del globo puede aumentar debido al flujo de materia cósmica interplanetaria que recoge a lo largo de su recorrido en el espacio, y cuyas moléculas se depositan incesantemente en su superficie. Esta doctrina no es para nada irracional, porque en ese caso el incremento tendría lugar por adjunción y superposición, como sucede con todos los cuerpos inorgánicos. No obstante, además de que podríamos preguntarnos dónde se detendría ese incremento, dicha opinión es demasiado hipotética para que se la admita como principio. No es más que un sistema combatido por sistemas contrarios, porque según otros, la Tierra no adquiere, sino que consume, y eso ocurre debido a su movimiento, es decir, que deja en el espacio una parte de sus moléculas, de modo tal que, en vez de aumentar, disminuye. Entre estas dos teorías, la ciencia positiva todavía no se ha pronunciado, y es probable que no pueda hacerlo tan pronto, por falta de medios materiales de observación. Así pues, en esto nos vemos limitados a formular razonamientos basados en las leyes

conocidas, lo que por el momento puede brindar probabilidades, pero no certezas.

Esta es, en respuesta a la pregunta que se nos ha formulado, la opinión motivada del eminente Espíritu que dictó los sabios *estudios de uranografía* publicados en el capítulo VI de *La génesis*.

(Sociedad de París, julio de 1868 - Médium: Sr. Desliens.)

“Los mundos se agotan con el tiempo, y tienden a disolverse para servir como elementos de formación de otros universos. Devuelven poco a poco al fluido cósmico universal del espacio lo que habían extraído de él para formarse. Además, todos los cuerpos se desgastan por la fricción; el movimiento rápido e incesante del globo a través del fluido cósmico produce el efecto de disminuir constantemente su masa, aunque en una cantidad imperceptible en un tiempo determinado.²⁵

”Según mi opinión, la existencia de los mundos puede dividirse en tres períodos. *Primer período*: de condensación de la materia, durante la cual el volumen del globo disminuye considerablemente, pero la masa sigue siendo la misma; es el período de la infancia.- *Segundo período*: de contracción, solidificación de la corteza, eclosión de los gérmenes, desarrollo de la vida hasta la aparición del tipo más perfectible. En ese momento, el globo se encuentra en toda su plenitud: es la edad viril; pierde sus elementos constitutivos, pero muy poco.

25. En su movimiento de traslación alrededor del Sol, la velocidad de la Tierra es de 400 leguas por minuto. Dado que la Tierra tiene 9000 leguas de circunferencia en el ecuador, en el movimiento de rotación sobre su eje, cada punto del ecuador recorre, por consiguiente, 9000 leguas en veinticuatro horas, o 6,3 leguas por minuto.

A medida que sus habitantes progresan *espiritualmente*, pasa al período de disminución *material*; pierde sus elementos, no solo debido a la fricción, sino también por la desintegración de las moléculas, como una piedra dura que, corroída por el tiempo, se convierte en polvo. En su doble movimiento de rotación y de traslación, deja en el espacio porciones fluidicas de su sustancia, hasta el momento en que su disolución sea completa.

”Pero entonces, como la fuerza de atracción es proporcional a la masa —no he dicho *volumen*—, al disminuir la masa, sus condiciones de equilibrio en el espacio se modifican; dominado por globos más poderosos, frente a los cuales no puede ser un contrapeso, se producen desvíos en sus movimientos, en su posición respecto del Sol; sufre nuevas influencias, y de ahí surgen cambios en las condiciones de existencia de sus habitantes, a la espera de que desaparezca del escenario del mundo.

”Así pues, nacimiento, vida y muerte; infancia, virilidad y decrepitud; tales son las tres fases por las cuales pasa toda aglomeración de materia orgánica o inorgánica. Solo el espíritu, que no es material, es indestructible.”

GALILEO

¿Qué ocurre con los habitantes de un mundo destruido? Hacen lo mismo que los habitantes de una casa en demolición: van a establecerse en otra parte, en mejores condiciones. Para ellos, los globos no son otra cosa más que estaciones temporarias; pero cuando un globo alcanzó el período de disolución, es probable que desde mucho tiempo antes haya dejado de estar habitado, porque entonces ya no puede ofrecer los elementos necesarios para el mantenimiento de la vida.

Todo es un problema insoluble en la naturaleza, en caso de que se prescindiera del elemento espiritual. Todo se explica, por el contrario, clara y lógicamente, cuando se toma en cuenta ese elemento.

Cabe destacar que, según el orden de ideas expresado en la comunicación precedente, el fin de un mundo coincidiría con la mayor suma de progreso alcanzado por sus habitantes, y compatible con la naturaleza de ese mundo, en vez de constituir la señal de una reprobación que condenaría a la mayoría de ellos a la perdición eterna.

El alma de la Tierra

El tema anterior nos conduce naturalmente al del alma de la Tierra, varias veces debatido e interpretado con diversidad.

El alma de la Tierra representa un papel principal en la teoría de la formación de nuestro globo basada en la incrustación de cuatro planetas; teoría cuya imposibilidad material hemos demostrado a partir de las observaciones geológicas y de los datos de la ciencia experimental (véase *La génesis*, capítulo VII, § 4 y siguientes). En lo concerniente al alma, también nos apoyaremos en los hechos.

Este tema implica otro: la Tierra, ¿es un ser vivo? Sabemos que algunos filósofos, más sistemáticos que prácticos, consideran que la Tierra y todos los planetas son seres animados, y se apoyan en el principio según el cual todo vive en la naturaleza, desde el mineral hasta el hombre. En primer lugar, creemos que existe una diferencia capital entre el movimiento

molecular de atracción y repulsión, de agregación y desagregación del mineral, por un lado, y el principio vital de la planta, por otro; en ellos hay efectos diferentes, que acusan causas diferentes o, por lo menos, una profunda modificación en la causa primera, en caso de que esta sea única (véase *La génesis*, capítulo X, §§ 16 a 19).

Pero si admitiéramos por un instante que la fuente del principio de la vida se encuentra en el movimiento molecular; nadie podría negar que ese principio es aún más rudimentario en el mineral que en la planta. Ahora bien, de ahí a un alma cuyo atributo esencial es la inteligencia, la distancia es grande. A nadie se le ocurrió —creemos nosotros— conceder a una piedra o a un trozo de hierro la facultad de pensar, de querer y de comprender. Aun cuando se hicieran todas las concesiones posibles a este sistema, es decir, si compartiéramos el punto de vista de los que confunden el principio vital con el alma propiamente dicha, el alma del mineral solamente se hallaría en él en estado de germen latente, dado que no se revela en él mediante ninguna manifestación.

Un hecho no menos evidente que el que acabamos de mencionar consiste en que el desarrollo orgánico se corresponde siempre con el desarrollo del principio inteligente; el organismo se completa a medida que las facultades del alma se multiplican. La escala orgánica sigue constantemente la progresión de la inteligencia, en todos los seres, desde el pólipo hasta el hombre. No podría ser de otro modo, pues el alma necesita un instrumento adecuado a la importancia de las funciones que debe cumplir. ¿De qué le serviría a la ostra tener la inteligencia del mono, si no contara con los órganos necesarios para su manifestación? Por consiguiente, si la Tierra fuera un ser animado, si fuera un cuerpo del que se vale

un alma especial, esa alma debería ser aún más *rudimentaria* que la del pólipo, dado que la Tierra ni siquiera tiene la vitalidad de la planta; mientras que, a juzgar por el papel que se atribuye a esa alma, sobre todo en la teoría de la incrustación, se la convierte en un ser dotado de razón y del más completo libre albedrío; en una palabra, se la convierte en un Espíritu superior, lo cual no es racional, ni conforme a la ley general, porque nunca un Espíritu habría estado más aprisionado ni peor provisto. Así pues, la idea del alma de la Tierra, entendida en ese sentido, tanto como aquella otra que hace de la Tierra un animal, debe ser clasificada entre las concepciones sistemáticas y quiméricas.

Por otra parte, hasta el más ínfimo animal dispone de libertad de movimientos; se dirige adonde quiere y anda cuando le place; mientras que los astros, esos seres supuestamente vivos y animados por inteligencias superiores, estarían sujetos a realizar movimientos perpetuamente automáticos, sin que nunca pudieran apartarse de su órbita; en verdad, estarían mucho menos favorecidos que el más insignificante pulgón. Si realmente, de acuerdo con la teoría de la incrustación, las almas de los cuatro planetas que formaron la Tierra hubieran tenido la libertad de reunir sus envolturas, habrían tenido también la de ir adonde quisieran, cambiando a voluntad las leyes de la mecánica celeste. ¿Por qué ya no tienen esa libertad?

Hay ideas que se refutan a sí mismas, y sistemas que desaparecen a partir del momento en que se estudian seriamente sus consecuencias. El espiritismo sería ridiculizado por sus adversarios, con toda razón, si se convirtiera en el editor responsable de utopías que no resisten el menor análisis. Si el ridículo no lo mató, es porque solo mata lo que es ridículo.

Por alma de la Tierra podemos entender, más racionalmente, la colectividad de los Espíritus encargados de elaborar y dirigir sus elementos constitutivos, lo cual ya supone cierto grado de adelanto y de desarrollo intelectual; o mejor aún, es el Espíritu al cual se le confía la elevada dirección de los destinos morales y del progreso de sus habitantes, misión que solo se le puede asignar a un ser eminentemente superior en conocimientos y en sabiduría. En ese caso, a decir verdad, no se trata del alma de la Tierra, porque ese Espíritu no está encarnado en ella, ni subordinado a su estado material; es un jefe encargado de su dirección, como un general encargado de la conducción de un ejército. El Espíritu responsable de una misión tan importante, como lo es el gobierno de un mundo, no podría ser caprichoso, pues Dios sería muy imprevisor si confiara la ejecución de sus decretos soberanos a seres capaces de hacerlos fracasar por su mala voluntad. Ahora bien, según la doctrina de la incrustación, la mala voluntad del alma de la Luna habría sido la causa de que la Tierra quedara incompleta.

Numerosas comunicaciones, impartidas en varios lugares, han confirmado esta manera de resolver la cuestión del alma de la Tierra. Citaremos apenas una, que en pocas palabras las resume a todas:

Sociedad espírita de Burdeos, abril de 1862:

La Tierra no tiene un alma que le pertenezca particularmente, porque no es un ser organizado como los que están dotados de vida; en ella hay millones de almas, que son los Espíritus encargados de su equilibrio, su armonía, su vegetación, su calor, su luz, sus estaciones, y de la encarnación de los animales, la cual supervisan, así como la de los hombres. Esto

no quiere decir que tales Espíritus sean la causa de esos fenómenos: los presiden, como los funcionarios de un gobierno presiden cada uno de los mecanismos de la administración.

La Tierra ha progresado en la medida de su formación; progresa siempre, sin detenerse jamás, hasta el momento en que haya alcanzado el máximo de su perfección. Todo lo que en ella es vida y materia, progresa al mismo tiempo, porque, a medida que se realiza el progreso, los Espíritus encargados de velar por ella y sus productos también progresan, mediante el trabajo que les incumbe, o ceden su lugar a Espíritus más adelantados. En este momento, la Tierra está llegando a una transición del mal al bien, de lo mediocre a lo bello.

Dios, creador, es el alma del universo, de todos los mundos que gravitan en lo infinito, y los Espíritus que en cada mundo están encargados de ejecutar sus leyes, son los agentes de su voluntad, bajo la dirección de un delegado superior. Ese delegado pertenece necesariamente al orden de los Espíritus más elevados, porque sería una afrenta contra la sabiduría divina suponer que esta pudiera cederle a la fantasía de una criatura imperfecta el cuidado de velar por el cumplimiento del destino de millones de sus propias criaturas.

Pregunta: Los Espíritus encargados de dirigir y elaborar los elementos constitutivos de nuestro globo, ¿pueden encarnarse?

Respuesta: Sin duda, porque en el estado de encarnación, dado que ejercen una acción más directa sobre la materia, pueden hacer lo que como Espíritus les resultaría imposible; así como hay determinadas funciones que por su naturaleza incumben más especialmente al estado espiritual. En cada estado se les encomiendan misiones particulares.

¿Acaso los habitantes de la Tierra no trabajan para su mejoramiento material? Considerad, pues, que todos los Espíritus encarnados han recibido el encargo de hacerla progresar, a la vez que ellos mismos progresan. Esa colectividad de inteligencias, encarnadas y desencarnadas, incluido el delegado superior, constituye, a decir verdad, el alma de la Tierra, de la que cada uno de vosotros forma parte. Encarnados y desencarnados son las abejas que trabajan en la edificación de la colmena, bajo la dirección del Espíritu jefe. Él es la cabeza; los otros son los brazos.

Pregunta: Ese Espíritu jefe, ¿también puede encarnarse?

Respuesta: Sin ninguna duda, si recibe la misión de hacerlo, y eso ocurre cuando su presencia entre los hombres se considera necesaria para el progreso.

Uno de vuestros guías espirituales.

Acerca de la protección de los Espíritus de los santos patronos

Uno de nuestros suscriptores nos ha enviado hace poco tiempo la siguiente pregunta:

“Más allá de todo prejuicio sectario y de cualquier idea mística, la calificación de *santo* denota cierta superioridad espiritual, porque para merecer ese título es preciso haberse distinguido por la realización de alguna obra meritoria. Si consideramos esto desde el punto de vista espírita, los Espíri-

tus de los santos, bajo cuya invocación nos colocan al nacer, ¿no se convierten en nuestros protectores naturales? Y cuando celebramos una fiesta patronal, el Espíritu que llevó el nombre del santo, ¿no se siente atraído por simpatía y se asocia a la celebración, al menos con el pensamiento, si es que no lo hace con su presencia?”

En este tema hay que considerar dos puntos, y es necesario analizarlos por separado.

Los espíritas saben mejor que nadie que el pensamiento atrae el pensamiento, y que la simpatía de los Espíritus —sean o no beatificados— depende de nuestros sentimientos hacia ellos. Ahora bien, ¿qué es lo que determina, por lo general, la elección del nombre de un recién nacido? ¿Es acaso una veneración particular por el santo que lo llevaba? ¿Es porque se admiran sus virtudes? ¿Es la confianza en sus méritos? ¿Es el propósito de que sirva de modelo al que acaba de nacer? Preguntad a la mayoría de quienes los escogen si saben quién fue el santo, qué hizo, cuándo vivió, por qué se destacó, y si conocían alguna de sus obras. Con excepción de algunos cuya historia es popular, casi todos los santos son totalmente desconocidos y, de no ser por el santoral, el público ni siquiera sabría que existieron. Así pues, no hay nada que pueda atraer el pensamiento sobre uno de ellos antes que sobre otro. Admitimos que, para algunas personas, el título de santo basta, y que se puede tomar un nombre de confianza, toda vez que se lo encuentre en la lista de los bienaventurados elaborada por la Iglesia, sin que haga falta saber más, pues es una cuestión de fe.

Pero entonces, para esas mismas personas, ¿cuáles son los motivos determinantes? Hay dos que prevalecen casi siempre. El primero suele ser el deseo de complacer a algún pariente o amigo, cuyo amor propio se pretende halagar poniendo su

nombre al recién nacido, sobre todo si se espera recibir algo de él, porque si fuera un pobre diablo, sin solidez económica, no le harían ese honor. En este caso se pretende mucho más la protección del hombre que la del santo.

El segundo motivo es aún más mundano. Lo que se busca casi siempre en el nombre es la forma graciosa, una consonancia agradable. Sobre todo, en determinado sector social quieren nombres importantes, que tengan un aire distinguido. Hay otros que son rechazados implacablemente, porque no halagan al oído ni a la vanidad, aunque pertenezcan a los santos o a las santas más dignos de veneración. Por último, el nombre suele ser una cuestión de moda, como los cortes de pelo.

Convengamos en que esos santos personajes en general deben verse muy poco afectados por los motivos de la preferencia que se les concede; en realidad no tienen ninguna razón especial para que les interesen, más que otras, aquellas personas que llevan sus nombres, y para las cuales son como esos parientes lejanos a los que solo se recuerda cuando se espera una herencia.

Los espíritas, que comprenden el principio de las relaciones afectuosas entre el mundo corporal y el mundo espiritual, procederían de otro modo en esas circunstancias. Al nacer un niño, los padres elegirían, entre los Espíritus, beatificados o no, antiguos o modernos, amigos, parientes o ajenos a la familia, uno de aquellos que, según su conocimiento y sin lugar a discusión, hayan demostrado su superioridad con su vida ejemplar, con las obras meritorias que realizaron, con la práctica de las virtudes que el Cristo recomendó: la caridad, la humildad, la abnegación, la devoción desinteresada por la causa de la humanidad; en una palabra, con todo cuanto saben que es una causa de adelanto en el mundo de los Espí-

ritus. Lo invocarían solemnemente con ese fervor, rogándole que se una al ángel de la guarda del niño para protegerlo en la vida que ha de transitar, y guiarlo con sus consejos y sus buenas inspiraciones; entonces, en señal de alianza, darían a ese niño el nombre del Espíritu. El Espíritu vería en esa elección una demostración de afecto, y aceptaría con todo gusto una misión que sería un testimonio de estima y de confianza.

Después, a medida que el niño creciera, le enseñarían la historia de su protector; le narrarían sus buenas acciones. Entonces sabría por qué lleva ese nombre, y ese nombre le recordaría incesantemente un bello modelo a seguir. De ese modo, en la fiesta de cumpleaños, el protector invisible no dejaría de participar, porque tendría un lugar en el corazón de los asistentes.

La silla de los antepasados

Nos han referido que en el hogar de un escritor y poeta muy renombrado existe una costumbre que le resultaría extraña a toda persona que no fuera espírita. En la mesa familiar hay siempre una silla vacía; está cerrada con un candado, y nadie se sienta en ella: es el lugar de los antepasados, de los abuelos y de los amigos que han dejado este mundo; está allí como un respetuoso testimonio de afecto, como un piadoso recuerdo; es una invocación de la presencia de todos ellos, para decirles que siguen viviendo en el alma de quienes los sobrevivieron.

La persona que nos ha mencionado el hecho, obtenido en buenas fuentes, agregó: “Los espíritas rechazan, con razón,

las cuestiones de mero formalismo. Pero si existe alguna que puedan adoptar sin derogar sus principios, no cabe duda de que esta es una de ellas”.

Por cierto, una costumbre como la de ese escritor nunca saldría del cerebro de un materialista, pues no solo refleja un pensamiento espiritualista, sino eminentemente espírita, y no nos sorprende para nada de parte de un hombre que, sin enarbolar abiertamente la bandera del espiritismo, en reiteradas oportunidades afirmó su creencia en las verdades fundamentales que resultan de esta doctrina.

En esa costumbre hay algo conmovedor, patriarcal, que impone respeto. En efecto, ¿quién se atrevería a ridiculizarla? No se trata de una de esas fórmulas estériles, que no le dicen nada al alma; es la expresión de un sentimiento que sale del corazón, la muestra sensible del lazo que une a los presentes con los ausentes. Esa silla, aparentemente vacía, pero ocupada por el pensamiento, representa una profesión de fe; y más aún, es toda una enseñanza, tanto para los grandes como para los pequeños. Para los niños, es una lección elocuente, aunque silenciosa, que no puede dejar de causar saludables impresiones. Los niños que sean educados con esa costumbre nunca serán incrédulos, porque, más tarde, la razón llegará para confirmar las creencias con que han sido acunados. La idea de que alrededor suyo están presentes sus abuelos y otras personas venerables será para ellos un freno más poderoso que el miedo al diablo.

Círculo de Moral Espírita en Toulouse

Nos complace anunciar que una sociedad acaba de ser oficialmente autorizada en Toulouse, con el nombre de *Círculo de Moral Espírita*. Felicítamos a sus fundadores por la elección de ese nombre, pues muestra con claridad el objetivo que se han propuesto, al mismo tiempo que resume perfectamente el carácter esencial de la doctrina. Si bien es cierto que *nobleza obliga*, no es menos cierto que *nombre obliga*, salvo que se falte a la verdad en su estandarte; y nosotros estamos convencidos de que los miembros de esa agrupación sabrán hacerle justicia. Incluso con la severidad de su reglamento, del que hemos tomado conocimiento, demuestran su firme intención de obrar como verdaderos espíritas.

Antaño hubo en París una sociedad de *moral cristiana*, muy floreciente durante mucho tiempo. ¿Por qué no podría haber *sociedades de moral espírita*? Esa sería la mejor manera de imponer silencio a los burlones y acallar los prejuicios que cultivan contra el espiritismo las personas que no lo conocen. La condición de miembro de una sociedad que se ocupa de la moral teórica y práctica es un título digno de estima y confianza, incluso para los incrédulos, porque equivale al de miembro de una sociedad de personas honestas, y todo espírita sincero debe tener el honor de formar parte de ella. ¿Acaso los bromistas se atreverán a decir que se trata de una sociedades de tontos, de locos o de imbéciles?

La palabra *círculo*, adoptada por la sociedad de Toulouse, señala que no se limita a realizar sesiones ordinarias, sino que además es un lugar de reunión al que sus miembros pueden concurrir para conversar sobre el objeto específico de sus estudios.

Las memorias de un marido

por el señor Fernand Duplessis

Los vestigios del espiritismo, que se encuentran en todas partes, son como las inscripciones y las medallas antiguas, que demuestran a través de los siglos la actividad del espíritu humano. No cabe duda de que las creencias populares contienen las huellas o, mejor dicho, los gérmenes de las ideas espíritas, que se hallan presentes en todas las épocas y en todos los pueblos, aunque mezcladas con las leyendas supersticiosas, como el oro de las minas con la ganga. No solo hay que buscarlas en esas creencias, sino también en la expresión de los sentimientos íntimos, porque ahí se las encuentra en estado de pureza. Si pudiéramos sondear todos los archivos del pensamiento, nos sorprenderíamos al ver hasta qué punto están arraigadas en el corazón humano, desde una vaga intuición hasta los principios claramente formulados. Ahora bien, ¿quién las ha hecho surgir antes de que apareciera el espiritismo? ¿Se podría decir que se deben a la influencia de alguna camarilla? No; surgieron espontáneamente, porque están en la naturaleza; pero a menudo fueron sofocadas o desnaturalizadas por el fanatismo y la ignorancia. Actualmente, el espiritismo alcanzó el estado de filosofía, de modo que viene a arrancar esas plantas parásitas y a conformar un cuerpo de doctrina con aquello que apenas era una vaga aspiración.

Uno de nuestros corresponsales en Joinville-sur-Marne, el señor Petit-Jean, a quien ya debemos numerosos documentos

sobre este tema, nos remite uno de los más interesantes, que nos complace agregar a los que ya hemos publicado.

“Joinville, 16 de julio de 1868.

”¡Más ideas espíritas! Estas tienen tanta más importancia cuanto que, como muchas otras, no son el producto de la imaginación ni un recurso explotado por los novelistas. Constituyen la exposición de una creencia compartida por la familia de un convencional, y expresadas en las circunstancias más graves de la vida, cuando no se piensa en bromear con las palabras.

”Las extraje de una obra literaria, cuyo título es: *Las memorias de un marido*, que no son otra cosa más que el relato minucioso de la vida del señor Fernand Duplessis. Esas memorias fueron editadas en 1849, por Eugène Sue, a quien el señor Fernand Duplessis se las había enviado con el encargo de que las publicara, según sus propias palabras, a título de expiación para el propio autor y de enseñanza para los demás. Os envío el análisis de los pasajes que tienen más relación con nuestra creencia.

”La señora Raymond, al igual que su hijo, son presos políticos, y reciben la visita de su amigo el señor Fernand Duplessis. Esa visita da lugar a una conversación, luego de la cual la señora Raymond dice a su hijo (pág. 121):

”‘Veamos, hijo mío –replicó la señora Raymond con un tono de afectuoso reproche–, ¿acaso ha sido ayer que dimos los primeros pasos de esta carrera en la que debemos agradecer a Dios un día sin angustias? ¿Será que avanzamos, será que hemos alcanzado el objetivo que nos propusimos, sin dolor, sin peligros, y a menudo sin martirio? ¿Acaso no hemos dicho cien veces que nuestra vida no es nuestra, sino de esa santa

causa de la libertad, por la cual tu padre murió en el cadalso? ¿Será que desde que tienes la edad de la razón no nos hemos acostumbrado a la idea de que un día yo podría tener que cerrar tus ojos, como tú los míos? ¿Acaso existe algo por lo cual haya que entristecerse de antemano? Nunca me ves abatida ni desconsolada, porque vivo siempre con el recuerdo querido y sagrado de tu padre, cuya frente sanguinolenta he besado, para luego enterrarlo con mis propias manos. ¿Acaso no tenemos la fe de nuestros padres los galos, que creían en el renacimiento indefinido de nuestros cuerpos y de nuestras almas, que sucesivamente van a poblar la inmensidad de los mundos? ¿Qué significa para nosotros la muerte? Es el comienzo de otra vida, nada más. Estamos del lado de acá del telón, y luego pasamos al otro, donde inmensas perspectivas aguardan a nuestra mirada. En cuanto a mí, no sé si es porque soy hija de Eva –agregó la señora Raymond, esbozando una sonrisa–, pero el fenómeno de la muerte nunca me ha inspirado otra cosa más que una excesiva curiosidad’.

”Página 208: ‘La idea de la muerte provocaba, sobre todo en Jean, una vivísima curiosidad. Espiritualista por esencia, compartía con su madre, su tío y Charpentier, la viril creencia que fue la de nuestros padres los galos. Según el admirable dogma druídico, dado que el hombre es inmortal, alma y cuerpo, espíritu y materia, debía renacer y vivir incesantemente, de mundo en mundo, elevándose con cada nueva migración hacia una perfección infinita como la del Creador.

”’Solo esa valerosa creencia explicaba, para mí, el magnífico desprendimiento con el cual Jean y su madre afrontaban esos terribles problemas, que arrojan tanta confusión y tanto espanto sobre las almas débiles, habituadas a ver en la muerte la nada o el fin de la *vida física*, mientras que la muerte es ape-

nas el instante de un renacimiento completo, que otra vida espera con sus misteriosas novedades.

” Pero ¡ah! No se me permitía compartir esa creencia. Yo veía, con doloroso pavor, que se aproximaba el día fatal en que Jean sería juzgado por la Corte de los Pares. Llegado ese día, la señora Raymond me pidió que la acompañara a la temible audiencia. En vano quise disuadirla de ese deseo, por mi temor a que Jean fuera condenado a muerte. Yo no me atrevía a manifestarle mi preocupación, pero ella adivinó mi pensamiento. —Mi querido señor Duplessis —me dijo—, el padre de mi hijo murió en el cadalso en nombre de la libertad; piadosamente lo enterré con mis propias manos... Si mi hijo también debe morir por la misma causa, sabré cumplir mi deber con mano firme... ¿Creéis que Jean pueda ser condenado a muerte...? Yo creo que sólo podrán condenarlo a la inmortalidad (textual). Dadme el brazo, señor Duplessis... Dominad vuestra emoción, y vayamos a la Cámara de los Pares.

” Jean fue condenado a muerte y debía ser ejecutado al día siguiente. Fui a verlo en la prisión, y apenas esperaba contar con la fuerza para resistir ese último y fúnebre encuentro. Cuando entré, vi que él, vigilado por un guardia, se higienizaba con tanto cuidado como si estuviera en su casa. Se acercó a mí y me tendió la mano; luego, mirándome de frente, me dijo con ansiedad: —¡Dios mío! Mi buen Fernand, ¡qué pálido estás...! ¿Qué tienes? —¡¿Qué tengo?! —exclamé, bañado en lágrimas y abrazándolo— ¡¿Tú me lo preguntas?! —¡Pobre Fernand! —me respondió, conmovido por mi emoción— ¡Cálmate...! ¡Ten valor...! —¡¿Y eres tú el que me da valor en este momento supremo?! —le dije—. ¿Acaso eres como tu madre, que está dotada de una fuerza sobrehumana?

”—¡;Sobrehumana...?! No. Tú nos honras demasiado —respondió él, sonriendo—. Sucede que mi madre y yo sabemos qué es la muerte... de modo que no nos asusta... *Nuestra alma cambia de cuerpo, como nuestro cuerpo cambia de traje; vamos a volver a vivir en otro lugar, para esperar a los que amamos o para reunirnos con ellos...* Gracias a esta creencia, amigo mío, y a la curiosidad de ver mundos nuevos y misteriosos; en fin, gracias a la conciencia de que la realización de nuestras ideas está cerca, y a la certeza de que deajo detrás de mí el recuerdo de un hombre honesto —tú podrás decirlo—, mi partida de este mundo no tiene nada de pavoroso, sino todo lo contrario’.

”Jean Raymond no fue ejecutado; su pena se le conmutó por prisión perpetua, y fue transferido a la ciudadela de Doullens.”

BIBLIOGRAFÍA

El regimiento fantástico

por Víctor Dazur²⁶

Hemos extraído los siguientes pasajes de la reseña que *Le Siècle* [*El Siglo*] hizo acerca de esta obra en su folletín del 22 de junio de 1868:

26. Un gran volumen, in-12; precio: 3 francos, 50 centavos; por correo: 4 francos. Esta obra fue impresa en Lyon y no lleva el nombre del editor; apenas dice que se la consigue en todas las librerías de París. Nosotros la adquirimos en la Librería Internacional, boulevard Montmartre, 15.

“Consiste en una especie de novela filosófica, en la que la mayoría de los temas que actualmente apasionan a las almas son tratados de forma original y dramática: el espiritualismo y el materialismo, la inmortalidad del alma y la nada, el libre albedrío y la fatalidad, la responsabilidad y el comportamiento irresponsable, las penas eternas y la expiación, la guerra, la paz universal, los ejércitos permanentes, etc.

”Dichos temas no son discutidos con suficiente método ni con profundidad, pero sí con bastante erudición y evidente buena fe, casi siempre con alegría, muchas veces con ingenio, y a veces con elocuencia.

”En suma, la obra pertenece a un hombre liberal, amigo del progreso, de la perfectibilidad y del espiritualismo; amigo de la paz, aunque evidentemente es militar.

”Por otra parte, el autor habla de sí mismo en estos términos:

”‘El autor, que en este libro tomó el nombre de François Pamphile, tenía el insigne honor de ser cabo en el ejército francés cuando tuvo el extraño sueño que constituye el fundamento de la obra que vais a leer, en caso de que no tengáis nada mejor que hacer. Tiempo después, nuestro militar escribió su sueño, y a continuación se entretuvo en embellecerlo, toda vez que dispuso de tiempo’.

”*El regimiento fantástico*, de Víctor Dazur es, pues, un sueño, como *París en América*, del señor Laboulaye, pero se trata de un sueño que os transporta a un mundo completamente imaginario.

”El cabo François Pamphile regresa a su cuartel después de haber compartido con algunos camaradas las diversiones de una fiesta pública en París. Satisfecho con el barullo, la

música, los espectáculos al aire libre, las luces y los fuegos artificiales; con el estómago lleno y la conciencia tranquila, sin haberse peleado con nadie ni golpeado con su sable a ningún *civil*, se quedó profundamente dormido. Al cabo de un tiempo que no puede calcular, siente que su lecho comienza a elevarse como si fuera la barquilla que pende de un globo.

”Abre los ojos y se descubre en el espacio; un panorama móvil se extiende debajo de él; ve que París desaparece, después el campo, y por último la Tierra. Le parece que está haciendo uno de esos viajes aerostáticos de nuestro colaborador Flammarion, del cual se declara un asiduo lector, y a quien elogia con entusiasmo por su bello libro espiritualista cuyo título es *La pluralidad de los mundos habitados*.

”De repente le falta el aire; se sofoca; pero ingresa en otra atmósfera; retoma la respiración; percibe otro planeta, y gracias a sus estudios astronómicos reconoce que se trata de *Marte*. Se siente atraído hacia ese globo, que crece rápidamente ante sus ojos. Tiembla de solo pensar que, si cae según las leyes de la gravedad, quedará estrellado en el suelo. Le aguarda un impacto terrible. ¡Pero no! Aparece tendido sobre un grueso césped, a los pies de árboles maravillosos, llenos de pájaros no menos maravillosos.

”Siente que está en un mundo nuevo, y que pasó del rango de cabo al de primer hombre. Llama a una Eva. Le responde la canción del *Rey Dagoberto*.

”El asombro del buen cabo se redobra cuando ve que el cantante es un grandulón vestido con el uniforme de sargento mayor de la infantería de línea francesa.

”—¿Quién sois? —le pregunta el sargento, que parece tan sorprendido como él.

”—Mayor —le responde François Pamphile—, yo soy cabo; vengo del planeta Tierra, del que he salido involuntariamente esta noche; y os ruego que tengáis a bien decirme el nombre del planeta donde he caído.

”—Este planeta es Sorai-Kanor, ¡por Dios!

”—¿Sorai-Kanor...? Yo suponía que era el planeta Marte. Parece que me equivoqué.

”—No os equivocasteis. Este planeta, que los terrícolas llaman *Marte*, ha recibido de nuestros astrónomos el nombre de Sorai-Kanor.

”El cabo se asombra de que el sargento sepa el nombre que los habitantes de la Tierra dan a su planeta. Pero el sargento le explica que vivió en la Tierra y que salió de ella después de su muerte terrestre, y que en esa época había sido rey de Francia.

”Ante esta respuesta inesperada, el cabo se descubre, es decir, se quita el gorro de algodón que cubre su cabeza.

”El rey sargento mayor le pide que no le rinda tantos honores, porque ya no es un simple suboficial, y le cuenta que en la Tierra se llamaba Francisco I. Actualmente, en Marte, pertenece al *regimiento fantástico*: un regimiento compuesto por la mayoría de los soberanos que reinaron en el globo terrestre. El coronel es Alejandro el Grande; el teniente coronel es Julio César (que no reinó, a decir verdad), y el mayor es Pericles (que reinó menos aún). El regimiento cuenta con tres batallones; y cada batallón, con ocho compañías. El comandante del primer batallón es Sesostris, y el ayudante mayor es Atila; el comandante del segundo batallón es Carlomagno, y el ayudante mayor es Carlos V; el comandante del tercer batallón es Aníbal, y el ayudante mayor es Mitrídates.

”Cada compañía está compuesta de soberanos de una misma nación. La compañía francesa es la primera del segundo batallón, y su capitán es Luis XIV; esto demuestra, entre paréntesis, que el favor impera en Marte como en la Tierra; porque Francisco I, que apenas es sargento mayor, seguramente fue un capitán más importante que Luis XIV, y además tenía la ventaja de la antigüedad.

”Las cantineras del regimiento fantástico son Semíramis, Cleopatra, Elizabeth y Catalina II. Así como todos los oficiales y soldados del regimiento son ex soberanos u hombres que ejercieron la soberanía, todas las cantineras y sirvientas de cantina son ex soberanas. Los músicos son ex compositores: Beethoven, Mozart, Gluck, Puccini, Haydn, Bellini. El regimiento adoptó el uniforme francés después del reinado de Napoleón I, cuyas campañas entusiasmaron a Alejandro el Grande. Desde entonces, el regimiento siguió todas las variaciones de nuestro uniforme militar, lo que no es poco decir. Asimismo, desde el reinado de Napoleón I, la lengua francesa fue adoptada como lengua reglamentaria del regimiento, si bien brilló con todo su esplendor tan solo durante el Imperio. Por otra parte, el vencedor de Austerlitz no forma parte de los militares del regimiento fantástico. No está en Marte; tal vez esté en un mundo superior, o tal vez en uno inferior: Francisco I lo ignora.

”Otros soberanos nunca figuraron en el regimiento fantástico; otros se retiraron después de muchos siglos de servicio, e incluso después de miles de siglos. El regimiento nunca cambia de guarnición, y nunca interviene en guerras. Es una especie de regimiento penitenciario en el que los soberanos, hombres y mujeres, son incorporados tan solo para expiar los crímenes que cometieron durante sus reinados.

”¡Enhorabuena! Pero los músicos Beethoven, Mozart y otros, ¿qué errores han cometido para que se los retenga en ese regimiento expiatorio? El autor se olvida de explicarlo.

”El castigo habitual de los militares y de las cantineras del regimiento es el suplicio de Tántalo. Los guerreros que en la Tierra gozaron con la sangre y las matanzas, han conservado sus belicosos instintos, que el toque del clarín despierta incesantemente, y que los ejercicios y los simulacros de combate sobreexcitan, sin que nunca les resulte posible satisfacerlos. Esto se debe a que el poder divino, que en la Tierra permite la guerra, en Marte la prohíbe.

”Los voluptuosos y las voluptuosas sufren un suplicio semejante. Todos ellos, hombres y mujeres, conservan la belleza de que gozaban en el esplendor de su vida, pero se encuentran sometidos a una causa fisiológica que los condena a una castidad absoluta.

”Otro castigo, que los aqueja más aún, es el suplicio de los recuerdos. Una memoria extraordinariamente lúcida les recuerda lo que han hecho durante la vida terrenal. Una ocupación continua es lo único que logra distraerlos. Pero la disciplina es rigurosa: a cada instante son condenados a permanecer en el cuerpo de guardia, en la prisión o en la *sala de los recuerdos*. En el cuerpo de guardia o en la prisión al menos les permiten algunas distracciones, pero en la sala de los recuerdos no les permiten ninguna. En ella se encuentran aislados en medio de los instrumentos de suplicio y de tortura utilizados durante sus reinados; y en las paredes están pintados al fresco los padecimientos y los crímenes que los reyes ordenaron.

”Cuando Luis XI es encerrado en la sala de los recuerdos, lo introducen en una jaula de hierro, que se usaba durante su reinado y que está ubicada frente al cadalso de Nemours, del

cual gotea sangre sobre la cabeza de sus hijos. A Felipe el Hermoso lo ponen sobre una hoguera, desde la cual puede ver el suplicio de los Templarios. Fernando el Católico es amarrado a un potro, con la cabeza orientada hacia un auto de fe.

”Nuestro cabo escucha a Nerón, que se lamenta en estos términos ante su camarada Calígula:

” ‘—Las tres cuartas partes del tiempo soy castigado en el cuerpo de guardia. Si me quejo por alguna pena, me la aumentan. Cuando no estoy en el cuerpo de guardia, me ponen en el pelotón de castigo, y cuando no estoy ahí, me ponen en la fajina del cuartel. Por último, soy agobiado con vejámenes de todo tipo, sin mencionar mis otros padecimientos. Y esto es así desde hace siglos. ¿Cuándo acabará?’

”—Pero ese vuestro regimiento fantástico es un infierno —le dice el buen Pamphile a Francisco I.

”—No —le responde este—, porque las penas aquí no son eternas. *El Gran Desconocido*, que es la justicia suprema, no emite condenas eternas, toda vez que *faltas finitas, por más terribles que sean, no podrían merecer penas infinitas*. Nuestro planeta y algunos otros no son infiernos, sino purgatorios donde los hombres, en una o varias existencias sucesivas, *pagan las deudas morales que contrajeron en una existencia anterior*.

”Así, mientras conversa, ora con el sargento mayor Francisco I, ora con el simple infante Carlos V, o con su colega el cabo Carlos VII, el cabo Pamphile recibe enseñanzas y revelaciones acerca de lo que resulta de máximo interés para la humanidad. Por último, en una audiencia que le concede el coronel Alejandro el Grande, en el círculo de oficiales, el antiguo conquistador le expone su proyecto de un congreso internacional universal, y le encarga que lo presente en la Tie-

rra, a fin de que en nuestro globo se establezca para siempre la paz, la concordia y la fraternidad.

”—Mi Coronel —exclama Pamphile, entusiasmado—, vuestro proyecto es tan lógico, me parece tan indispensable, y la idea es tan natural, que creo que tan pronto como sea conocido en la Tierra, en ella todo el mundo dirá: ¿cómo es que no pensamos antes en realizar un congreso internacional?

”Más allá de la esperanza del buen cabo, dudamos de que los distintos gobiernos de nuestro planeta se apresuren a aceptar el proyecto de Alejandro. No obstante, el congreso de la paz, que se reunirá en Berna en septiembre próximo, no puede dejar de tomarlo en cuenta. Nosotros se lo recomendamos especialmente al relator encargado de estudiar cuál podría ser la constitución de los *Estados Unidos de Europa*”.

E. D. DE BIÉVILLE

Si bien el señor Víctor Dazur —cuyo nombre ha de ser un pseudónimo— se inspiró en la *Pluralidad de los mundos habitados*, del señor Flammarion, de quien se declara un asiduo lector, también obtuvo abundante material de las obras espíritas. Salvo el escenario del que se valió, su teoría filosófica de las penas futuras, la pluralidad de las existencias, el estado de los Espíritus desprendidos del cuerpo, la responsabilidad moral, etc., ha sido extraída de la doctrina del espiritismo, de la que no solo reproduce las ideas, sino a menudo también la forma.

Los siguientes pasajes no dejan lugar a dudas al respecto.

“Estás soñando, amigo mío —pensé yo—. ¡Estás soñando! Todos esos soberanos de la Tierra, que comienzan una nueva existencia en el planeta Marte; ese genio de cuerpo diáfano y alas azules; todo eso huele a espiritismo... No obstante, cuan-

do estás despierto, no crees en esas invenciones. Después, me dirigí a Francisco I y le dije:

” ‘—Mayor, acude a mi mente una idea singular; esa idea me hace suponer que todo lo que veo y escucho desde que llegué aquí no es más que el efecto de un sueño. Dadme vuestra opinión, por favor. ¿Pensáis, como yo, que estoy soñando?

” ’—¡No! No sueñas —me respondió Francisco I, con un aire tan indignado como si yo le hubiera hecho una pregunta muy estúpida—. ¡No; no sueñas! Si lo hicieras, desfilarán ante tu espíritu un sinfín de quimeras sin pies ni cabeza. Los acontecimientos de que serías testigo no mantendrían entre ellos ningún vínculo razonable.

” ’—Pero eso no es todo, Mayor. Lo que todavía me hace suponer que estoy soñado es que quise tocarme y no sentí mi cuerpo... Me toco ahora mismo, y tampoco me encuentro. No obstante, siento que estoy vivo, y veo mis brazos y mis piernas. No hace falta decir que esos brazos y esas piernas, dado que me resultan intangibles, son tan solo apariencias fantásticas. Es cierto que podría explicar esas apariencias, pero con tal fin me haría falta admitir —a mí, que no creo en el espiritismo— cierta teoría espírita que, verdadera o falsa, en todo caso se ve bastante ingeniosa.

” Esa teoría afirma que el cuerpo tiene un Espíritu que está rodeado de un *periespíritu*, es decir, de una envoltura semimaterial, que puede tomar la forma del cuerpo y hacerse visible en determinados casos. Una vez admitida la existencia del periespíritu, esa misma teoría afirma también que un individuo a veces puede ser visto al mismo tiempo en dos lugares diferentes, incluso muy alejados uno de otro; el cuerpo queda dormido en un lugar, y la apariencia de ese cuerpo, es decir, el periespíritu, actúa en otra parte.

”Si esa afirmación fuera verdadera, en mí se estaría llevando a la práctica la teoría que acabo de mencionar. En este momento mi cuerpo estaría dormido en París, mientras que nosotros vemos mi periespíritu como si fuera mi cuerpo. Pero yo no creería en algo tan extraordinaria salvo que fuera demostrado.

”También implicaría adoptar el espiritismo el hecho de admitir como auténtica la existencia de este conjunto de soberanos reunidos aquí, conforme ellos afirman, para expiar los crímenes que cometieron cuando estaban en la Tierra.

”—Si lo prefieres —me dijo Francisco I—, no creas en lo que estás viendo. Imagina por un momento que, en vez de estar en este planeta, te encontraras en el dominio ideal de la razón, y dime si crees que los hombres que hacen el mal, sea cual fuere el lugar que ocupen en la sociedad, podrían librarse del purgatorio después de la muerte terrenal.

”—Mayor, no sabría qué responderos.

”—Pero yo sé lo que piensas. Piensas que el purgatorio existe, no importa dónde, pero solamente para las personas que ocupan los lugares más elevados de la escala social. Y piensas de ese modo porque crees que las faltas de las personas bien posicionadas en el mundo son mucho más aparentes que las de los simples particulares. Con todo, habrás de modificar de inmediato esta opinión si comprendes que, para el Ser Supremo, no hay faltas ocultas. En efecto, el Gran Desconocido ve contantemente, en la Tierra, simples particulares, que hacen relativamente tanto mal en su pequeño ámbito de acción, como el que han hecho en sus Estados algunos tiranos señalados por la historia. Los simples particulares de quienes hablo, en vez de ejercer su tiranía en un reino, la ejercen en su familia y en su entorno, haciendo sufrir sin piedad a la mujer, a los

hijos y a sus subordinados. Esos pequeños tiranos solo tienen una preocupación: gozar la vida y evadir el código penal del país en el que habitan. Ahora bien, yo te pregunto, ¿crees que esas personas malvadas, que a veces parecen virtuosas ante quienes no conocen su vida; crees, te pregunto, que esos seres malvados son trasladados de inmediato a un lugar de delicias?

—No, no lo creo.

—¿Acaso no admites que, dado que han hecho el mal, contrajeron una deuda moral?

—Sí, Mayor, lo admito.

—¿Entonces! No debería sorprenderte que algunos planetas sean auténticos purgatorios donde los hombres, *en una o varias existencias, pagan las deudas que han contraído en una existencia anterior.*

—Pero, Mayor, los padecimientos que todo hombre experimenta en el transcurso de su vida, ¿no son suficientes para que pague el mal que ha hecho desde la edad de la razón hasta la muerte?

—Eso podría ser válido apenas para un número muy reducido de individuos, porque la mayoría de las veces el mal que un hombre hace repercute en varios de sus semejantes, lo cual multiplica de tal modo la suma del mal personal y hace que la deuda sea a menudo tan grande, que ese hombre no podría pagarla por completo en el transcurso de su breve existencia. Ahora bien, *cuando no ha podido pagar las deudas en una vida, es forzoso que las pague en otra;* porque, en el caso de las deudas criminales, el Gran Desconocido ha dispuesto las cosas de tal modo que no sea posible cometer una estafa.

—Si reconoces esto, admitirás que no hay modo de que monstruos como Nerón, Calígula, Heliogábalo, Borgia y tan-

tos otros, cuyos crímenes son innumerables, hayan pagado semejantes deudas con el poco mal que sufrieron en vida. Ahora bien, una de dos: tras la muerte esos hombres se hundieron en la nada, o comenzaron una nueva existencia; si admitimos lo primero, de ahí resulta naturalmente que han cometido una enorme estafa. Convendrás en que la idea de una estafa como esa revela al espíritu, mientras que si admitimos que cada uno de ellos comenzó una nueva existencia, el espíritu se siente satisfecho al pensar que *esas nuevas vidas no pueden ser más que existencias de expiación o, mejor dicho, de purificación.*²⁷

”—Mayor, ¿no es más fácil reconocer la condena eterna para los monstruos de los que habláis?

”—Estoy de acuerdo en que es más fácil, pero no es más lógico. La lógica, que debe ser el alma de la justicia, rechaza la condena eterna, porque *faltas finitas no podrían merecer penas infinitas.*”

A esto le sigue una de las disertaciones más sorprendentes y lógicas que hayamos leído en contra del Infierno y de las penas eternas, sobre la justicia de la proporcionalidad de las penas y la doctrina del trabajo; pero su extensión no nos permite reproducirla.

27. Si el efecto de la injusticia o del mal que un hombre comete respecto de otro hombre se detiene en ese individuo, la necesidad de reparación será individual; pero si, por el contrario, ese mal perjudica progresivamente a cientos de individuos, la deuda se habrá centuplicado, porque tendrá que realizar cien reparaciones. Cuantas más víctimas haya causado, directa o indirectamente, mayor será la cantidad de individuos que le pedirán cuentas de su conducta. Así pues, dado que la responsabilidad y el número de reparaciones aumentan conforme al alcance de la autoridad que poseamos, seremos responsables ante individuos a los que nunca conocimos, pero que no por eso dejaron de sufrir las consecuencias de nuestros actos.

“—Mayor —dice el cabo Pamphile—, os haré notar que la negación del Infierno eterno, así como la proporcionalidad de las penas, son el fondo mismo de la doctrina de los espíritas. Ahora bien, ya os he dicho que no creo en el espiritismo.

”—Entonces... Puedes creer en el Infierno eterno, si eso te agrada.”

Entre los soberanos que el cabo Pamphile encuentra en el planeta Marte, algunos vivieron en los tiempos del Diluvio; también hay reyes de Asiria, de la época de la Torre de Babel, y Faraones de la época en que los hebreos cruzaron el Mar Rojo, etc. Cada uno de ellos ofrece acerca de esos acontecimientos explicaciones que, si bien en su mayoría no cuentan con pruebas materiales, al menos tienen el mérito de la lógica.

En resumen, el argumento escogido por el autor para emitir sus ideas es apropiado, y también lo es incluso su negación del espiritismo, que en definitiva conduce a una afirmación indirecta. Como *El Siglo*, diremos que, más allá de la forma aparentemente frívola, todos los temas son tratados en este libro con bastante erudición y evidente buena fe, casi siempre con alegría, muchas veces con ingenio, y a veces con elocuencia. Agregaremos que, como no conocemos al autor, si este número llega a sus manos, deseamos que encuentre en él la expresión de nuestras sinceras felicitaciones, porque ha escrito un libro interesante y muy útil.

Conferencias sobre el alma

por el señor Alexandre Chaseray²⁸

Las obras modernas en las que el principio de la pluralidad de las existencias se afirma incidentalmente son muy numerosas. Pero esta que nos ocupa nos parece una de esas en las que dicho principio es tratado del modo más completo. El autor se esfuerza, además, en demostrar que esa idea crece y que las almas esclarecidas la aceptan cada día más.

En los fragmentos que transcribimos a continuación, las notas también pertenecen al autor.

“La transmigración de las almas —dice el señor Chaseray— es una de las ideas filosóficas más antiguas y a la vez más modernas. La metempsicosis constituye el fondo de las religiones de la India, religiones muy anteriores al judaísmo, y es probable que Pitágoras haya obtenido esa creencia de los brahmanes, si es verdad que estuvo en la India. Pero más probable aún es que la haya traído de Egipto, donde vivió mucho tiempo. La civilización reinaba en las márgenes del Nilo varios miles de años antes del nacimiento de Moisés y, según Heródoto, los sacerdotes egipcios fueron los primeros en anunciar que el alma es inmortal y que pasa sucesivamente por todas las especies animales antes de entrar en un cuerpo humano.

”Los griegos, por su parte, nunca abandonaron por completo la idea de la metempsicosis. Los que no admitían en su totalidad la doctrina de Pitágoras, creían vagamente, con Pla-

28. Un volumen pequeño, in-12. Precio: 1 franco, 50 centavos; por correo: 1 franco, 75 centavos. En Germer-Baillièrre, 17, calle de la Escuela de Medicina.

tón, que el alma inmortal había existido en otro lugar antes de manifestarse con la forma humana, o creían en el río Leteo y en el renacimiento del hombre en la humanidad. Entre los primeros cristianos, muchos neófitos suponían que recordaban la parte buena de sus antiguos dogmas; y los maniqueos, por ejemplo, habían conservado los dos principios del bien y del mal, y el de la migración de las almas. Por esa razón, al ver que los heresiarcas se multiplicaban, los Padres y los Concilios tuvieron que hacer tanto para conducir a las almas hacia una fe uniforme. Definitivamente victoriosa, la Iglesia apostólica desterró de su imperio la metempsicosis, a la que substituyó con el dogma del juicio irrevocable y de la división de los humanos en elegidos y condenados. El purgatorio fue introducido más tarde, para corregir una decisión demasiado inflexible.

”Así como no me pareció un gran progreso el espiritualismo de santo Tomás, del cual no se observa ningún rastro en los libros santos; tampoco me parece acertada ni con arreglo a la antigua doctrina del pecado original —que establece una solidaridad tan estrecha entre todas las generaciones de hombres—, la afirmación dogmática según la cual la existencia de cada uno de nosotros no tiene raíces en el pasado y desemboca en un paraíso o en un infierno eternos. En mi opinión, esa es una herejía filosófica, contra la cual el espíritu moderno reacciona con fuerza.

”En todas partes regresamos a la transmigración de las almas. Pero en la actualidad suele pensarse en una metempsicosis más amplia que aquella cuya creencia se atribuía a los antiguos. El espíritu de inducción, que ha traspuesto los límites de la Tierra para reconocer que los soles y los planetas son mundos habitables, ya no restringe los destinos del hombre al

globo terrestre. En lugar de ver que el alma recorre sin cesar el círculo de las plantas, de los animales y de la especie humana, o que renace constantemente en la humanidad, ahora pensamos que se eleva hacia los mundos infinitos.²⁹

”Me resulta dificultoso elegir entre las numerosas citas que demuestran que la fe en una serie de existencias, algunas anteriores y otras posteriores a la vida presente, crece y se impone cada día más a las almas esclarecidas.

”Comencemos por Jean Reynaud. Este filósofo insiste en el vínculo natural que existe entre las ideas de la preexistencia y de la vida futura.

”Si examináramos –dice él– a todos los hombres que pasaron por la Tierra, desde que en ella surgió la era de las religiones cultas, veríamos que la gran mayoría vivió con la conciencia más o menos lúcida de una existencia que se pro-

29. Era tan natural aprovechar la gloriosa oportunidad que los descubrimientos astronómicos brindaban al alma, que no puedo creer que la metempsicosis de Pitágoras haya sido realmente lo que el vulgo pensaba respecto de ella. Porque Pitágoras conocía el verdadero sistema del mundo. El doble movimiento de rotación y de traslación de la Tierra; la inmovilidad relativa del Sol; la importancia de las estrellas fijas, cada una de las cuales es un sol y el centro de un grupo de planetas, muy probablemente habitados; el recorrido de ida y vuelta de los cometas: nada de todo eso era ignorado por Pitágoras. Este filósofo, instruido por los sabios sacerdotes egipcios, que solo revelaban sus secretos a un grupo reducido de iniciados, consideró que su deber era, a ejemplo de ellos, mantener en secreto esa parte de su ciencia. Uno de sus discípulos, menos escrupuloso, la divulgó. Pero como no había pruebas, y las verdades se hallaban perdidas en medio de errores y delirios místicos, la revelación pasó desapercibida. No basta con emitir una idea correcta: es preciso saber qué debe hacerse para que sea aceptada. Por esta razón, Copérnico y Galileo, los divulgadores del verdadero sistema cosmológico, son considerados sus inventores, aun cuando las primeras nociones se pierden en la noche de los tiempos.

longa por caminos invisibles más allá de los dos límites de esta vida. En efecto, en esto hay una especie de simetría tan lógica, que debe de haber seducido a las imaginaciones a primera vista: el pasado y el futuro se equilibran, y el presente no es más que el pivote entre lo que ya no es y lo que todavía no ha sido. El platonismo ha intensificado esa luz que Pitágoras había encendido previamente, y se valió de ella para iluminar las almas más bellas que han honrado los tiempos antiguos'.³⁰

”Este juicio de Jean Reynaud se halla plenamente confirmado por la siguiente nota de Lagrange, el elegante traductor del poema de Lucrecio:

”‘De todos los filósofos que vivieron antes del cristianismo, ninguno afirmó la inmortalidad del alma sin establecer su preexistencia. El primero de esos dogmas era considerado la consecuencia natural del otro. Se creía que el alma debía seguir existiendo siempre, porque siempre había existido. Estaban persuadidos de que, por el contrario, si aceptaban que el alma había sido generada junto con el cuerpo, ya no tenían derecho a negar que debería morir con él. *Nuestra alma* –dice Platón– *existía en otro lugar antes de que estuviera en esta forma de hombre. Por eso no dudo de que sea inmortal*’.

”’El viejo druidismo –prosigue el autor de *Tierra y Cielo*– le habla a mi corazón. Este mismo suelo en el que hoy habitamos albergó antes de nosotros a un pueblo de héroes, habituados a considerarse en relación con el universo desde larga data, antes de su encarnación actual, de tal modo que fundaban la esperanza de su inmortalidad en la convicción de su preexistencia’.

”Uno de nuestros mejores historiadores también hace grandes elogios a la principal enseñanza de los druidas. Henri

30. Véase la obra *Tierra y Cielo* [*Terre et Ciel*].

Martin opina que nuestros padres, los galos, representaban en el mundo antiguo ‘la más firme y clara noción de la inmortalidad que jamás haya existido’.³¹

”Por su parte, dice Eugène Sue acerca de la fe druídica:

”Según esta sublime creencia, el hombre inmortal, espíritu y materia, procedente de abajo y yendo hacia lo alto, transitaba por esta Tierra y se quedaba aquí de paso, como se había quedado y debía quedarse en esas otras esferas que brillan, incontables, en medio de los abismos del espacio.³²

”Ya en el siglo dieciocho decía Cyrano de Bergerac, a imitación de los sacerdotes galos:

” ‘Morimos más de una vez y, como no somos otra cosa más que partes de este universo, cambiamos de forma para retomar la vida en otro lugar; lo cual no es un mal, pues se trata de un camino para perfeccionar nuestro ser y alcanzar una cantidad infinita de conocimientos’.

”Varios de nuestros contemporáneos, sin que parezcan inspirarse en los druidas, anuncian también que el destino del alma es viajar de mundo en mundo.

31. Véase: *Historia de Francia*, 4.^a edición, tomo I.

32. (Folletín de *La Presse*, del 19 de octubre de 1854.) No todos los autores antiguos han hecho caso omiso del lado bueno de la religión de los druidas, conforme se observa en estos versos de Lucano:

Vobis auctoribus, umbrae
 Non tacitas Erebi sedes, Ditisque profundi
 Pallida regna petunt: *regit idem spiritus artus*
Orbe alio: longae (canitis si cognita) vitae
 Mors media est.

“Según vosotros –los druidas–, las sombras no descienden a las silenciosas regiones del Érebo, a los pálidos reinos del dios del abismo. *El mismo espíritu anima un nuevo cuerpo en otra esfera*. La muerte (si vuestros himnos contienen la verdad) es el medio de una larga vida.”

”Leemos, por ejemplo, en la *Profesión de fe del siglo diecinueve*, de Eugène Pelletan:

” ‘Por la irresistible lógica de la idea, considero que puedo afirmar que la vida mortal contará con el espacio infinito como lugar de peregrinación... El hombre irá, pues, siempre de sol en sol, subiendo siempre, como en la escala de Jacob, la jerarquía de la existencia, y pasando siempre, según su mérito y su progreso, del hombre al ángel, del ángel al arcángel’.

”Y en la *Renovación religiosa*, el señor Patrice Larroque, ex rector de la Academia, afirma:

” ‘Podemos conjeturar que la mayor parte de los otros globos que se mueven en el espacio abrigan, como la Tierra, seres organizados y animados, y que esos globos serán los teatros sucesivos de nuestras vidas futuras’.

”Lammenais también expresa la idea del renacimiento de una manera absolutamente precisa, aunque más restringida:

” ‘Una vez que el individuo –dice– ha realizado el progreso que puede alcanzar con la forma orgánica actual, devuelve a la masa elemental ese organismo gastado, y se reviste con otro más perfecto’.³³

”Señalemos, también, el siguiente pasaje del discurso pronunciado por el señor Guérout, de *La opinión nacional*, en la tumba del padre Enfantin:

” ‘Nadie fue más religioso que Enfantin; nadie vivió tanto como él en presencia de la vida eterna, de la cual esta vida, que se nos escapa a cada instante, no es más que una de sus innumerables etapas’.

33. Véase: *La sociedad primitiva y sus leyes*, libro III.

”Uno de nuestros más célebres novelistas sugiere que cree en el pasaje de los seres inferiores a las especies superiores y, concretamente, de los animales a la humanidad:

”Explique quienquiera –dice George Sand– esas afinidades entre el hombre y ciertos seres secundarios de la creación. Esas afinidades son tan reales como las antipatías y los terrores insuperables que nos inspiran ciertos animales inofensivos... Es probable que todos los tipos, cada uno surgido especialmente de cada raza de animales, se encuentren en el hombre. Los fisonomistas han observado semejanzas físicas. ¿Quién puede negar las semejanzas morales? ¿Acaso no hay entre nosotros, zorros, lobos, leones, águilas, abejorros y moscas? La grosería humana suele ser ruin y feroz como el apetito de los puercos...’

”George Sand se muestra más explícito, respecto de la migración de las almas, en las siguientes líneas de esa misma obra:³⁴

”Si bien no podemos aspirar a la beatitud de los Espíritus puros del país de las quimeras; si siempre debemos vislumbrar, más allá de esta vida, un trabajo, una obligación, probaciones y una organización limitada en sus facultades en comparación con lo infinito, por lo menos se nos permite con la razón, y se nos manda con el corazón, disponer de una serie de existencias progresivas, como consecuencia de nuestros buenos deseos... Podemos considerar esta Tierra como un lugar de paso, y contar con un despertar más suave en la cuna que nos espera en otra parte. De mundo en mundo, despojándonos de la animalidad que aquí abajo combate nuestro espiritualismo, podemos tornarnos aptos para vestirnos con un cuerpo más puro, más adecuado a las necesidades del alma, menos

34. Véase: *Historia de mi vida*.

combatido y menos entorpecido por las enfermedades de la vida humana, conforme la padecemos aquí’.

”Citemos a otro novelista: Balzac. Los novelistas de este nivel, al igual que los poetas excepcionales, en sus escritos saben abordar los temas más elevados y dejan marcas profundas de una forma ligera y agradable. Así, en *Los miserables*, Víctor Hugo deja caer de su pluma esta sutil interrogación: ‘¿De dónde venimos? ¿Acaso es cierto que no hemos hecho nada antes de nacer?’ Pensando en eso, y sin la intención de afirmar una tesis filosófica, el autor de *La comedia humana* se refiere a las existencias sucesivas. Así, no puedo dejar de cazar al vuelo dicha idea en varias de sus novelas.

”Estas son, por ejemplo, algunas líneas de *El lirio del valle*:

” ‘El hombre está compuesto de materia y espíritu. La animalidad concluye en él, y en él comienza el ángel. De ahí esa lucha que todos experimentamos entre un destino futuro, que presentimos, y los recuerdos de nuestros instintos exteriores, de los cuales no nos hemos librado por completo: un amor carnal y un amor divino’.

”Y encuentro en *Serafita*, esa novela mística en la que Balzac expone con un interés y un encanto tan poderosos la doctrina religiosa del sueco Swedenborg:

” ‘Las cualidades adquiridas, que se desarrollan lentamente en nosotros, son lazos invisibles que relacionan uno con otro nuestros *existires*’.

”Por último, en *Los comediantes sin saberlo*, la sibila —la señora Fontaine— le pregunta a Gazonal:

” ‘—¿Cuál flor os gusta?

” ‘—La rosa.

” ‘—¿Cuál color os agrada?

”’—El azul.

”’—¿Cuál animal preferís?

”’—El caballo. ¿A qué vienen estas preguntas?

”‘—El hombre se relaciona con todas las formas a través de sus estados anteriores —dijo ella, sentenciosa—. De ahí vienen sus instintos, y sus instintos dominan su destino’.

”Michelet demuestra su simpatía por las mismas ideas, cuando define al perro como un *candidato a la humanidad*, y cuando dice, hablando de las aves:

”‘¿Qué son las aves? Almas esbozadas, almas que aún se especializan en esas funciones de la existencia, candidatas a la vida más general e inmensamente armoniosa a la que ha llegado el alma humana’.³⁵

”Pierre Leroux no cree que el hombre haya pasado por las formas inferiores de los animales y las plantas. Según él, los individuos se perpetúan en el seno de su especie, y el hombre renace indefinidamente en la humanidad. La solidaridad entre todos los miembros de la familia humana es evidente: *el bien que un hombre hace a sus semejantes resulta en su propio beneficio, dado que con la muerte sólo se separa de ellos para volver a reunirse muy pronto*. Al sostener la perpetuidad del ser en su propia especie, Pierre Leroux se aparta de los autores que acabo de citar, y no encuentra muchos que lo aprueben.³⁶ Con

35. Véase: *El pájaro*.

36. Goethe parecía compartir este punto de vista cuando exclamaba en una de sus cartas a la encantadora *madame* de Stein: “¿Por qué el destino nos ha unido tan estrechamente? ¡Ah! En tiempos idos, ¡tú fuiste mi hermana o mi esposa! Conociste hasta el más pequeño detalle de mi carácter, y sentiste la vibración más pura de mis fibras; supiste leerme con apenas mirarme, ¡a mí, a quien la mirada humana difícilmente penetra!” (*Revue Germanique*, diciembre de 1865).

todo, no deja de ser un ardiente defensor de la idea general y de extrema importancia que relaciona la vida actual con una serie de existencias.

”Después de haber dicho que un niño recién nacido no es una *tabula rasa*, como afirmaba la escuela de Locke; y que constituye una afrenta contra la Divinidad suponer que esta extrae a las nuevas criaturas de la nada, así como que azarosamente embellece con sus dones o hiere con su cólera, Pierre Leroux concluye con estas palabras:

”Así pues, es absolutamente necesario admitir, ya sea el sistema indeterminado de la metempsicosis, o bien el sistema determinado del renacimiento en la humanidad, que yo sostengo’.³⁷

”Por mi parte, estoy lejos de rechazar de manera absoluta el sistema del renacimiento en la humanidad; pero la humanidad ha tenido un comienzo, posterior incluso al de la mayoría de las especies animales y vegetales que cubren nuestro globo. Asimismo, la humanidad tendrá un fin; y dado que el alma no perece, es preciso que el ser permanente, el *yo*, hunda sus raíces en un lugar distinto de la humanidad, y que encuentre su desarrollo futuro en otra parte que no sea la humanidad, en una forma transitoria.”

Las numerosas citas que hace el autor —citas que están lejos de ser completas— demuestran cuán general es la idea de la pluralidad de las existencias, y que esa idea muy pronto habrá pasado al estado de verdad adquirida. En otros puntos, se aparta por

Victor Meunier tampoco está lejos de creer en el renacimiento del hombre en la Tierra: “La suerte de los que vendrán después de nosotros —dice él— no me resulta indiferente, ni mucho menos. Sobre todo porque no se me ha demostrado que no habremos de sucedernos a nosotros mismos”. (*La ciencia y los científicos en 1865*, 2.º semestre.)

37. Véase: *Acerca de la humanidad*.

completo de la doctrina espírita, y estamos lejos de compartir su opinión sobre todos los temas que trata en su libro, especialmente en lo que concierne a la Divinidad, a la cual atribuye un papel secundario, así como a la naturaleza íntima del alma, cuya espiritualidad cuestiona. Su sistema es una especie de panteísmo que se codea con el espiritismo, y parece ser un término medio para algunas personas que no aceptan el ateísmo ni el nihilismo, como tampoco el espiritualismo dogmático. Por más incompleto que se presente, no deja de ser un notable progreso respecto de las ideas materialistas, de las cuales está mucho más alejado que de las nuestras. Salvo algunos puntos muy discutibles, la obra contiene opiniones muy profundas y correctas, a las que el espiritismo no puede más que asociarse.

INSTRUCCIÓN DE LOS ESPÍRITUS

¿Qué han hecho de mí?

Hemos extraído la siguiente comunicación del periódico espírita *La Salvación* [*Le Salut*], que se publica en Nueva Orleans (número del 1.º de junio de 1868):

—Hijos, ya os había escrito: “Cuando vuestra buena unión me llame, acudiré a vosotros”. Vuestra buena unión me ha llamado, de modo que aquí estoy.

Ahora estáis aquí como mis apóstoles de otrora. Haced como los buenos y no hagáis como los malos. ¡Que nadie reniegue; que nadie traicione! Id a sentaros a la misma mesa que reunía a los amigos de mi fe y de mi corazón. ¡Que nadie sea ni Pedro ni Judas!

¡Oh! Mis buenos hijos, ¡mirad alrededor vuestro, y veréis! Mi cruz, el instrumento glorioso de mi vil suplicio, domina entre los edificios de la tiranía... Y yo, yo solo había venido a predicar la libertad y la dicha. Con mi cruz, ¡han ahogado los cuerpos en la sangre, y las conciencias en la mentira! Con mi cruz, han dicho a los hombres: “¡Obedeced a vuestros señores; inclinaos ante los opresores!”. Y yo os decía: “Todos vosotros sois hijos de un mismo padre, sin otra distinción más que la de vuestros méritos, como resultante de vuestra libertad”.

Yo había dicho a los poderosos: “¡Rebajaos!” Y a los humildes: “¡Levantaos!”. Pero exaltaron a los grandes y humillaron a los pequeños.

¿Qué han hecho de mí, de mi memoria, de mi recuerdo, de mi apostolado? ¡Una espada! ¡Sí, y todavía hay algunos que se han convertido en agentes de esa infamia...! ¡Oh! ¡Si se pudiera sufrir en la morada celestial, yo sufriría...! ¡Y vosotros debéis sufrir... y debéis estar dispuestos a todo para la redención que yo comencé, aun cuando no sea más que para enarbolar sobre la misma montaña la misma señal de reunión...! Todos la verán y la comprenderán, y dejarán todo para defenderla, para bendecirla y amarla.

¡Hijos, id hacia el cielo con la fe, y toda la humanidad os seguirá sin miedo y con amor! De inmediato sabréis, en la práctica, lo que es el mundo, en caso de que la teoría no os lo haya enseñado.

¡Todo cuanto os ha sido dicho para la práctica del verdadero cristianismo no es más que la sombra de la verdad! ¡El triunfo que os espera se encuentra más allá de los triunfos humanos y de los de vuestros pensamientos, tanto como las estrellas del cielo se encuentran más allá de los errores de la Tierra!

¡Oh! ¿Cuándo verán ellos, como vio Tomás? ¿Cuando hayan tocado...! ¿Vosotros veréis! ¿Veréis! Las pasiones obstruirán vuestro camino, pero después os auxiliarán, porque serán las pasiones buenas después de las malas.

Pensad en mí, cuando vayáis a partir mi pan y a beber mi vino, diciéndoos que enarbolaréis para la eternidad la bandera de los mundos... ¡Oh! Sí, de los mundos, porque esa bandera reunirá el pasado, el presente y el futuro con Dios.

JESÚS

El periódico publica esta comunicación sin brindar información acerca de las circunstancias en que fue recibida. No obstante, parece que ha sido en alguna fiesta conmemorativa de la Última Cena, o en un ágape fraternal entre los adeptos. Sea como fuere, ella contiene, tanto en la forma como en el fondo de las ideas, así como en la simplicidad unida a la nobleza del estilo, una señal de identidad que no se podría ignorar. Demuestra, de parte de los asistentes, aptitudes tales que los hacen merecedores de ese favor, y no podemos más que felicitarlos. Podemos ver que las instrucciones impartidas en América respecto de la caridad y la fraternidad están a la altura de las que se reciben en Europa. Se trata del eslabón que unirá a los habitantes de ambos mundos.

Liga Internacional de la Paz

Nos solicitan que pongamos en conocimiento de los lectores de la *Revista Espírita* que las adhesiones y suscripciones a la

Liga Internacional de la Paz son recibidas por los señores Dolfus, Mieg y Cía., tesoreros de la Liga, en la calle Saint-Fiacre n.º 9, y en la secretaria de la calle Roquepine, n.º 18, donde también se pueden obtener todas las informaciones y dirigir todas las comunicaciones. Al mismo tiempo, hemos recibido un opúsculo que contiene el resumen de la primera Asamblea General, los discursos de los oradores y diversos documentos útiles para dar a conocer los fines de esa asociación. Se consigue en la librería Guillaumin, calle Richelieu, n.º 14. Precio: 1 franco.

Compartimos con mucho gusto la invitación que nos han hecho, tanto más cuanto que todos los espíritas, por sus principios, son amigos de la paz y simpatizan con todas las instituciones o proyectos cuyo objetivo es hacer que desaparezca el flagelo de la guerra. La doctrina espírita, que conduce a la fraternidad universal, al erradicar los antagonismos de razas, pueblos y cultos, es de por sí un poderoso elemento para la paz general.

En prensa

Para que aparezca a fines de septiembre

El espiritismo en la Biblia, ensayo acerca de las ideas psicológicas en los antiguos hebreos, por HENRI STECKI, de San Petersburgo. Opúsculo de 150 a 200 páginas; con el formato de *¿Qué es el espiritismo?*

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 10

Octubre de 1868

Meditaciones

por C. TSCHOKKE

(Artículo enviado desde San Petersburgo)

Entre los libros devocionales, cuyos autores, compenetrados de las verdaderas ideas cristianas, tratan los temas religiosos y abstractos con un fervor esclarecido y libre de prejuicios y fanatismo, hay uno que en Alemania goza de gran estima, merecida en todo sentido. Me refiero al que lleva por título *Horas de piedad (Stundender Andacht)*, de C. Tschokke, un distinguido escritor suizo, autor de muchas obras literarias, escritas en lengua alemana y muy populares en Alemania. Este libro lleva, desde 1815, más de cuarenta ediciones. Los supuestos *ortodoxos*, incluso protestantes, por lo general consideran que dicho libro es demasiado liberal en cuanto a sus ideas en materia de religión, y que el autor no se apoya bastante en los dogmas y en las decisiones de los Concilios; pero

los creyentes esclarecidos, los que buscan el consuelo de la religión y desean adquirir las luces necesarias para comprender sus verdades, después de haberlo leído y meditado, harán plena justicia a las luces y a la conmovedora piedad de su autor.

Presentamos aquí la traducción de dos meditaciones contenidas en ese libro notable, porque contienen ideas absolutamente espíritas, expuestas con precisión hace más de cincuenta años. En ambas se encuentra una definición muy exacta y admirablemente elaborada del cuerpo *espiritual* o *periespíritu*, ideas muy sanas y lúcidas acerca de la *resurrección* y la pluralidad de las existencias, a través de las cuales ya se proyecta la gran luz de la sublime doctrina de la *reencarnación*: piedra angular del espiritismo moderno.

W. Foelkner

MEDITACIÓN 141

El nacimiento y la muerte

El nacimiento y la muerte se hallan inmersos en tinieblas impenetrables. Nadie sabe de dónde vino, ni cuándo Dios lo llamó; nadie sabe adónde irá, ni cuándo Dios lo llamará. ¿Quién podría decirme si ya no he existido antes de tomar mi cuerpo actual? ¿Qué es este cuerpo, que pertenece tan poco a mi *yo*, y que durante una existencia de cincuenta años habré cambiado varias veces, como si fuera un traje? Ya no tengo la misma carne ni la misma sangre que tenía cuando era un niño de pecho, o en los años de mi juventud o en la edad madura. Las partes de mi cuerpo que me pertenecieron durante la infancia, hace tiempo que se han disuelto y evaporado. Solo el Espíritu sigue siendo

el mismo durante las variaciones que experimenta su envoltura terrenal. ¿Por qué necesitaría yo, para mi existencia, el cuerpo que tenía cuando era un niño? Si he existido antes de ese cuerpo, ¿dónde estaba yo? Y cuando me libere de mi traje actual, ¿dónde estaré? Nadie me responde. He venido aquí como por milagro, y como por milagro desapareceré. El nacimiento y la muerte le recuerdan al hombre esta verdad tantas veces olvidada por él, que se encuentra bajo el poder de Dios.

Pero esa verdad es al mismo tiempo un consuelo. El poder de Dios es el poder de la sabiduría, el encanto del amor. Si el comienzo y el fin de mi vida se hallan inmersos en tinieblas, tengo que pensar que eso debe ser una bendición para mí, como todo lo que viene de Dios es una bendición y una gracia. Cuando todo alrededor mío proclama su sabiduría suprema y su bondad infinita, ¿puedo creer que las tinieblas que rodean la cuna y el féretro sean las únicas excepciones? ¿Es posible que yo ya haya existido otra vez, incluso varias veces? ¿Quién conoce los misterios de la naturaleza de los Espíritus?³⁸ Mi presencia en la Tierra, ¿no sería tal vez una débil imagen de la existencia eterna? ¿Ya no veo aquí mi pasaje de la eternidad a la eternidad, como en un espejo opaco?

¿Me atrevería a sumergirme en extraños presentimientos? ¿Sería esta vida realmente una imagen en miniatura de la existencia eterna? ¿Qué sería si ya hubiera tenido varias existencias, si cada una de mis existencias fuera una hora de vigilia de la infancia de mi Espíritu, y si cada cambio de su envoltura, de sus relaciones o de lo que se llama muerte, fuera un adormecimiento para un despertar con nuevas fuerzas? Es verdad que

38. Recordemos que estas líneas fueron escritas cincuenta años antes de las revelaciones de los Espíritus recopiladas por el espiritismo. (Nota del Traductor al francés.)

me resulta imposible saber cuántas veces y cómo existí, antes de que Dios me llamara a la existencia actual; pero ¿acaso el niño de pecho sabe más que yo de sus primeras horas? ¿Acaso no ha perdido tanto que no se acuerda de sus primeras sonrisas y de sus primeras lágrimas? Cuando tenga más edad, no cabe duda de que ya no se acordará de nada, pero sabrá lo que ha sido en sus primeros años; sabrá que sonrió, lloró, prestó atención, durmió, soñó, al igual que los demás. Si eso es posible en este mundo, ¿por qué no sería posible que un día, después de un viaje más elevado de mi Espíritu inmortal, este pudiera recordar y analizar el camino recorrido, las diversas circunstancias en que se encontró durante el viaje, así como los mundos en los que habitó? ¿En qué nivel de edad me encuentro actualmente? Aún me parezco al niño que, una hora después, olvidó los acontecimientos de la hora precedente, y que no se halla en condiciones de guardar el recuerdo de un sueño que, habiéndolo quitado de la vida exterior durante el dormir, lo separó de la vigilia precedente. No obstante, me parezco al niño que al menos ya sabe reconocer a sus padres. Él olvida los placeres y los disgustos del momento que transcurrió; pero, con cada despertar, reconoce nuevamente esos rostros queridos. Eso sucede conmigo: también reconozco a mi Padre, a mi Dios, en el Todo Eterno. Yo lo habría buscado con la mirada, lo habría llamado, incluso si nadie me hubiera hablado de Él; porque el recuerdo del Padre celestial, según decimos, es innato en cada hombre. Todos los pueblos guardan ese recuerdo, hasta los más salvajes, cuyas islas solitarias, bañadas por el océano, nunca fueron abordadas por viajeros civilizados. Decimos *innata*, pero tal vez deberíamos decir *heredada*: transportada desde una vida anterior, así como el niño pequeño conduce desde un sueño anterior a uno posterior el recuerdo de su madre.

¡Pero yo me sumerjo en los sueños! ¿Quién está en condiciones de aprobarlos o rechazarlos? Se parecen a los primeros recuerdos, tan vagos y débiles, que un niño tiene respecto de algo que según él tuvo lugar en sus pasados momentos de vigilia. Nuestras más audaces suposiciones, incluso cuando las consideramos verdaderas, no son más que el reflejo fugitivo y confuso de sentimientos que datan de un pasado olvidado. Por lo demás, ya no me culpo por eso. Aunque las considere quiméricas, pertenecen a mi Espíritu, porque, si consideramos nuestra vida terrenal como una hora de un niño de pecho, ¡cuán vasta e inconmensurable es la perspectiva de la eternidad que se despliega ante mí! ¿Cómo será, pues, la juventud más adelantada, la plena madurez de mi Espíritu inmortal, cuando, muchas veces todavía, yo haya velado, dormido y remontado un mayor número de grados en la escala espiritual?

El día de la muerte terrenal se convertirá entonces en mi nuevo día de nacimiento a una vida más elevada y perfecta; será el comienzo de un sueño al que le seguirá un despertar refrescante. La gracia divina me sonreirá con un amor mayor que el cariño con que una madre terrenal le sonrío a su hijo que despierta de un sueño, en el momento en que abre los ojos.

MEDITACIÓN 143

La transfiguración después de la muerte

Si tengo derecho a vivir en los dos mundos, si pertenezco no solo a la vida terrenal, sino también a la vida espiritual, pienso que se me perdonará si a veces me ocupo de lo que me espera en esta última, hacia la cual un vago entusiasmo me atrae ince-

santemente... Me dedico con todo gusto a recordar a los que he amado y que la muerte me quitó, mucho más que a los que en este mundo me llenan de alegría con su presencia, porque los primeros no han dejado de existir, aunque estén privados de un cuerpo material. La destrucción del cuerpo no implica la del Espíritu. ¡Os sigo amando, mis amigos ausentes, mis queridos difuntos! ¿Acaso puedo tener miedo de que ya no me améis? No, por cierto. Ningún mortal tiene el poder de separar a los Espíritus unidos por Dios, así como no lo tiene ninguna sepultura.

Si bien la suerte que me espera en otro mundo se encuentra oculta, creo que me es dado meditar algunas veces sobre este asunto, y hacer el intento de adivinar, a partir de lo que veo aquí, lo que podrá sucederme allá. Aunque en la Tierra se nos impida ver, debemos mantener en nosotros la fe que todo lo vivifica. Jesucristo se refirió muchas veces, con elevadas alegorías, al estado del alma después de la muerte del cuerpo, y a sus discípulos también les gustaba hablar sobre ese tema con sus oyentes, así como con los que dudaban de que la resurrección de los muertos sea posible.

La doctrina de la resurrección de los cuerpos ha sido una de las más antiguas de la religión judía. Los fariseos la enseñaban, pero de una manera grosera y material, pues sostenían que todos los cuerpos enterrados en las tumbas deberían necesariamente convertirse, algún día, en la envoltura y el instrumento de los Espíritus que los habían animado durante la vida terrestre; y esa opinión era refutada por otro partido religioso judío: el de los saduceos. Cierta día, instado a pronunciarse entre esas dos opiniones, Cristo demostró que los dos partidos religiosos judíos, a fuerza de aberraciones, habían llegado a conclusiones opuestas pero igualmente equivocadas; porque la inmortalidad del alma, es decir, la continuación de

su existencia en el otro mundo, o la resurrección de los muertos, podía tener lugar y se realizaría, de modo infalible, sin que fuera necesaria una resurrección groseramente material de los cuerpos, provistos de las exigencias y los sentidos terrestres necesarios para su conservación y su reproducción. Los saduceos reconocieron la verdad de sus palabras, y le dijeron: “¡Maestro, respondiste muy bien!” (Lucas XX, 27 a 39).

Lo que sólo con escasa frecuencia Jesús discutía en detalle y públicamente, se volvía tema de sus íntimas conversaciones con los discípulos. Estos tenían las mismas ideas que él sobre el estado del alma después de la muerte y sobre la doctrina judía respecto de la resurrección. “Insensatos —dice el apóstol Pablo—, ¿no veis que lo que sembráis no retoma la vida, si no muere *antes*? Y cuando sembráis, no sembráis el cuerpo de la planta que ha de nacer, sino tan solo la semilla, como la del trigo o cualquier otra. El cuerpo, como una semilla, ahora es puesto en la tierra lleno de corrupción, y resucitará incorruptible. Es puesto en la tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo *espiritual*. *Así como hay un cuerpo animal, hay también un cuerpo espiritual*. La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, y la corrupción no poseerá esa herencia incorruptible” (I Corintios XV, 37-50).

El cuerpo humano, compuesto de elementos terrestres, volverá a la tierra y formará parte de los elementos que componen los cuerpos de las plantas, de los animales y de los hombres. Ese cuerpo es incapaz de poseer una vida eterna; dado que es corruptible, no puede heredar la incorruptibilidad. Un *cuerpo espiritual* nacerá de la muerte, es decir, el *yo espiritual* se elevará como *transfigurado* más allá de las partes del cuerpo heridas por la muerte, en un estado de mayor libertad y provisto de una *envoltura espiritual*.

Esta doctrina del Evangelio, tal como salió de las revelaciones de Jesús y de sus discípulos, se corresponde admirablemente con lo que ahora sabemos acerca de la naturaleza del hombre. Es incuestionable que el Espíritu o alma, además de su cuerpo terrenal, en realidad se halla revestido de un cuerpo espiritual, el cual, como la flor que se reproduce a partir de una semilla podrida, se libera mediante la muerte del cuerpo material.

Se dice a menudo, como una alegoría, que el dormir es el hermano de la muerte; y en realidad lo es. En el dormir se produce la retirada del Espíritu o alma, *el abandono provisorio de las partes exteriores y más groseras del cuerpo*. Lo mismo ocurre en el momento de la muerte. Durante el dormir, en esas partes de nuestro cuerpo que nuestra personalidad más elevada abandonó durante un tiempo, no reside otra cosa más que la vida vegetal. El hombre se mantiene en un estado de insensibilidad, pero la sangre circula por sus venas, la respiración continúa; todas las funciones de la vida vegetal se hallan en plena actividad, a semejanza de las de la vida inconsciente de las plantas. Esa retirada pasajera, por parte del elemento espiritual del hombre, parece necesaria cada tanto para el elemento material, porque este último acaba por destruirse, para decirlo de algún modo, a sí mismo, debido a un uso demasiado prolongado, y se debilita al servicio del Espíritu. La vida vegetal, abandonada a sí misma, descansa de la actividad del Espíritu, y entonces puede continuar su trabajo sin obstáculos para su restauración, conforme a las leyes de su naturaleza. Por eso, después de un sueño que tuvo lugar en estado de salud, sentimos que nuestro cuerpo está descansado, y nuestro Espíritu se alegra por eso. No obstante, después de la muerte, la vida vegetal también abandona los elementos materiales del cuerpo, que le debían su conexión, y entonces estos se disgregan.

En algunos casos, el cuerpo que ha sido abandonado por el Espíritu o alma nos parece con vida, incluso cuando la *muer-te verdadera ya se ha consumado*, es decir, cuando el *elemento espiritual* ya lo dejó. El cadáver abandonado por su Espíritu conserva el pulso y la respiración, y se dice que “todavía vive”. Por otra parte, a veces puede suceder que, dado que la fuerza vital abandonó por completo algunas partes del cuerpo, estas se hallan realmente muertas, mientras que el Espíritu y el cuerpo se mantienen unidos en las otras partes del cuerpo donde aún reside la fuerza vital.

El dormir —uno de los mayores secretos de la existencia humana— merece nuestras observaciones más constantes y atentas; pero la dificultad que presentan esas observaciones se torna tanto mayor cuanto que, para realizarlas, el Espíritu observador se ve forzado a someterse a las leyes de la naturaleza material y a dejar que esta actúe, para que le otorgue la facultad de prestarse más fácilmente a su empleo y a sus experiencias. El dormir es el alimento de la fuerza vital. El Espíritu no tiene nada que ver con eso, porque el dormir es también completamente independiente del Espíritu, como la digestión, la transformación de los alimentos en sangre, el crecimiento del cabello, o la separación de los líquidos que no le sirven al cuerpo. En el estado de vigilia se produce un consumo de la fuerza vital, su expansión fuera del cuerpo y su acción exterior; en el dormir se produce una asimilación, una atracción de esa misma fuerza desde afuera. Por eso no solo observamos el dormir en los hombres y en los animales, sino también en las plantas que, al acercarse la noche, cierran la corola de sus flores o dejan colgando sus hojas después de haberlas plegado.

Así pues, ¿en qué estado se encuentra nuestro elemento espiritual cuando se retira de nuestros sentidos exteriores? Ya

no es apto para recibir las impresiones de afuera, mediante el uso de los ojos, los oídos, el gusto, el olfato y el tacto. Pero ¿se podría decir que en esos momentos nuestro *nous* es aniquilado? Si así fuera, nuestro cuerpo recibiría todas las mañanas *otro* Espíritu, otra *alma*, en reemplazo de la que habría sido destruida. Cuando el Espíritu se retira de sus sentidos, continúa viviendo y actuando, aunque sólo pueda manifestarse de modo imperfecto, pues ha renunciado por algún tiempo a los instrumentos de los cuales se sirve habitualmente.

Los sueños son otras tantas pruebas de que la actividad del Espíritu continúa.

El hombre despierto recuerda que ha soñado, pero esos recuerdos por lo general se tornan vagos u oscuros debido a las fuertes impresiones que por intermedio de los sentidos se precipitan súbitamente sobre el Espíritu al despertar. Además, si en ese momento ignora las visiones de las que se había ocupado durante el dormir, de todos modos conserva, en ocasión de un despertar súbito, la conciencia de que su atención se apartó de algo que lo había preocupado hasta entonces dentro de sí mismo.

El dormir siempre contiene visiones, deseos y sentimientos, pero que se forman de una manera independiente de los objetos exteriores, porque los sentidos exteriores del hombre se mantienen inactivos. Por eso raramente dejan una impresión viva y duradera en la memoria. El Espíritu debía estar ocupado aun cuando después del dormir no hayamos podido acordarnos de los resultados de su actividad. No obstante, ¿cuál es el hombre que se halla en condiciones de recordar esa infinidad de rápidas visiones que se presentan ante su Espíritu, incluso en estado de vigilia, en tal o cual hora del día? ¿Tiene por eso derecho a suponer que su Espíritu no ha teni-

do visiones, justo en el momento en que, ante todo, se hallaba muy activo y reflexionando?

Durante el dormir, el Espíritu conserva el sentimiento de su existencia tanto como en el estado de vigilia. Incluso sabe distinguirse perfectamente a sí mismo entre los objetos de sus visiones. Cada vez que nos acordamos de un sueño, nos parece que nuestro propio yo, con un sentimiento muy imperfecto de su individualidad, flotaba entre las imágenes de su propia fantasía. Podemos olvidar los elementos accesorios de los sueños, que apenas causaron en nosotros una débil impresión, y ante los cuales nuestro Espíritu no reaccionó con intensidad mediante sus deseos y sus sentimientos. Por consiguiente, también podríamos olvidar que entonces teníamos el sentimiento de nuestra existencia, ¡pero esa no es una razón para suponer que ese sentimiento haya quedado suspendido un solo instante siquiera, por el hecho de que ya no lo recordemos!

Hay hombres que, preocupados por profundas reflexiones, no saben, incluso en el estado la vigilia, lo que sucede alrededor suyo. Dado que sus Espíritus se han retirado de las partes exteriores del cuerpo y de los órganos de los sentidos, se concentran y no se ocupan más que de sí mismos, y exteriormente parece que sueñan o duermen con los ojos abiertos. Pero ¿quién podría negar que ellos hayan guardado plenamente el sentimiento de su existencia durante esos momentos de profunda meditación, aun cuando no veían con los ojos ni escuchaban con los oídos? Otra prueba de la *continuación incesante del sentimiento de nuestra existencia y de nuestra identidad* radica en el poder que el hombre tiene de despertarse a sí mismo en un horario fijado de antemano.

Por consiguiente, no se puede decir que un hombre dormido más o menos profundamente haya perdido el conocimiento

de sí mismo, cuando, por el contrario, lleva en sí el sentimiento de su existencia, aunque no pueda manifestárnoslo. Ese es precisamente el caso de los desmayos, en los que el elemento espiritual del hombre se encierra en sí mismo por efecto de una perturbación pasajera y parcial de su vida vegetativa, dado que el Espíritu se aparta de todo lo que está muerto, y sólo gracias a la fuerza vital se mantiene unido a lo que de por sí no es más que materia inerte. El hombre desmayado no presenta ninguna señal exterior de existencia, pero no está privado de ella, como tampoco lo está mientras duerme. Muchas personas desmayadas, así como las durmientes, suelen conservar el recuerdo de algunas de las visiones que tuvieron durante ese estado, que tanto se asemeja al de la muerte, mientras que otras las olvidaron. Hay desmayos durante los cuales todo el cuerpo queda pálido, frío, privado de respiración y de movimiento, y se parece en todo a un cadáver, mientras que el Espíritu, que todavía se mantiene en comunicación con algunos de los sentidos, comprende todo lo que ocurre alrededor suyo, sin que pueda, como en los casos de catalepsia, dar ninguna señal exterior de vida y de conocimiento. ¡Cuántas personas han sido enterradas vivas por esta razón, en pleno conocimiento de todo cuanto los parientes o los amigos, engañados por una apariencia fatal, disponían para su entierro!³⁹

39. El célebre fisiólogo alemán, doctor Buchner, publicó en 1859, en el número 349 de *Disdasalia* —el periódico científico que aparecía en Darmstadt—, un artículo sobre el uso del cloroformo, al final del cual pone estas importantísimas palabras en boca del autor de *Fuerza y materia*: “El descubrimiento del cloroformo y de sus efectos extraordinarios no sólo es muy significativo para la ciencia médica, sino también para dos de nuestras principales ciencias: la *fisiología* y —no se asombren tanto por esto— la *filosofía*”. Eso induce al doctor materialista a decir que, incluso en el aspecto psicológico, el uso de cloroformo es importante, puesto

En el hombre hay otro estado muy notable, que nos brinda la prueba de la actividad ininterrumpida del Espíritu, y demuestra que el conocimiento de sí mismo nunca se pierde, incluso cuando, inmediatamente después, ya no conserve el recuerdo. Se trata del estado de sonambulismo. El hombre se duerme; y en ese estado, de sueño ordinario, no escucha, no ve ni siente nada. Pero de repente parece que se despierta, no de su sueño, sino *en sí mismo*. Escucha, pero no con los oídos; ve, pero no con los ojos; siente, pero no con la epidermis. Camina, habla, hace muchas cosas y cumple varias funciones, ante el asombro general de los asistentes, con la mayor circunspección y de un modo más perfecto que en el estado de vigilia. En ese estado recuerda, muy claramente, los acontecimientos que presenció durante la vigilia, e incluso los que había olvidado mientras estaba despierto y en posesión de todos sus sentidos. Tras haber permanecido en ese estado durante algún tiempo, el sonámbulo se sumerge de nuevo en el sueño ordinario, y cuando se despierta no recuerda absolutamente nada de lo que

que los pacientes, que al ser operados se hallaban en un estado de semiturdimiento provocado por el efecto del cloroformo, varias veces declararon, al despertar, que durante la cirugía no habían sentido dolor, como tampoco sentimientos de angustia o miedo, pero que siempre habían escuchado perfectamente todo lo que ocurría y se decía alrededor suyo, aunque no se hallaban en condiciones de hacer el menor movimiento, ni de mover uno solo de sus miembros.

Este hecho, ¿no viene a demostrar de manera positiva la posibilidad de la existencia del Espíritu fuera de la materia, que muere tan pronto como el Espíritu que la vivificaba la abandona definitivamente?

El magnetismo, ¿no ofrece también pruebas, por decirlo de algún modo, palpables, de la existencia del alma independiente de la materia? ¿Y cómo es tratado por los científicos y las academias? En vez de prestarle toda la atención y de aplicarse a estudiarlo seriamente, se limitan a negarlo, lo que ciertamente es más cómodo, pero no honra a nuestras comunidades científicas. (Nota del Traductor al francés.)

ocurrió. Ha olvidado todo lo que dijo e hizo, y a menudo se resiste a creer lo que los espectadores dicen de él. Con todo, ¿se podría negar que su Espíritu conserva el conocimiento de sí mismo, así como su admirable actividad durante el sueño sonambólico? ¿Quién se atrevería? El sonámbulo, sumergido una vez más en el sueño que *constituye su despertar interior*, se acuerda perfectamente, en ese estado incomprensible para sí mismo, de todo lo que hizo y pensó en un estado semejante anterior, y cuyo recuerdo había perdido completamente durante el estado de vigilia de sus sentidos exteriores.

¿Cómo se explica ese fenómeno? ¿Cómo es posible que un hombre dormido no solo pueda ver y oír con sus sentidos exteriores inactivos, sino también hacerlo de modo más positivo y perfecto que en el estado de vigilia? Nosotros sabemos que el cuerpo no es más que el envase o la envoltura exterior del alma, y que sin el alma el cuerpo no puede experimentar nada, pues el ojo de un cadáver ve tanto como el ojo de una estatua. Así pues, el alma, y únicamente el alma, es la que siente, ve y oye lo que ocurre fuera de ella. El ojo, el oído, etc., no son sino instrumentos y disposiciones favorables de la envoltura exterior, para que transmitan al alma las impresiones exteriores. Pero hay circunstancias en las que esa envoltura densa se encuentra dañada o deteriorada, de modo que el alma, por decirlo de algún modo, la atraviesa y continúa su acción, sin que para eso necesite sus sentidos exteriores. Entonces el alma reacciona con un incremento de vigor, pero de forma completamente diferente que en el estado ordinario o de vigilia, contra lo que no ha muerto en el hombre.

Así pues, el alma es el ser que siente, y no el cuerpo. El alma constituye el verdadero cuerpo del Espíritu, y el cuerpo material no es sino su armazón exterior, *su cobertura, su envol-*

tura. La experiencia e innumerables ejemplos nos demuestran de modo suficiente que el Espíritu nunca pierde su actividad y la conciencia del *yo*, aun cuando no pueda recordar al detalle cada momento particular de su existencia. Si sabemos que el Espíritu, cuando se encuentra absorto en sus profundas reflexiones, pierde de vista su propio cuerpo y todo lo que lo rodea, y que en algunas enfermedades puede verse totalmente imposibilitado de obrar sobre las partes exteriores de su cuerpo, e incluso prescindir de él por completo algunas veces (como en el estado de sonambulismo) para la ejecución de sus designios, entonces debemos comprender claramente que el Espíritu inmortal, que ha dejado su envoltura material y perecedera, conserva después de la muerte terrenal la conciencia y el sentimiento de su existencia, aun cuando su estado no le permita manifestarlo a los vivos por medio del cadáver, dado que este ya no le pertenece. Al mismo tiempo, comprendemos a qué se refiere el apóstol Pablo cuando habla del *cuerpo espiritual*; qué debemos entender por cuerpo impercedero, que debe renacer del cuerpo perecedero (I Corintios, XV, 4); de qué modo la debilidad se abate y es sembrada en la tumba, y cómo la fuerza se eleva hacia el cielo, madura para una vida mejor (I Corintios XV, 43). Esa es la verdadera resurrección de la muerte, la resurrección espiritual. Lo que en nosotros es polvo debe volver a ser polvo y cenizas; pero el Espíritu, vestido con un cuerpo transfigurado, lleva en adelante la imagen del cielo, así como hasta ahora había llevado la imagen de la tierra (I Corintios XV, 49). El cuerpo terrestre que se pudre en la tumba ya no siente nada, pero tampoco ha sentido nunca por sí mismo. Era el cuerpo espiritual, el alma, la que percibía y sentía todo. Así continuará haciéndolo, libre de su envase roto, pero de una manera infinitamente más delicada y rápi-

da. Dado que el Espíritu tiene conciencia de sí mismo en su envoltura espiritual, podrá entonces, de igual modo e infinitamente mejor aún, admirar la gloria de Dios en sus creaciones, y poseer al mismo tiempo la facultad de ver y de amar a sus seres queridos. Pero ya no experimentará necesidades materiales y sensuales; ya no derramará lágrimas. Se tornará la imagen del cielo, que es su verdadera patria.

Qué sentiré en el momento en que me llares a ti, ¡mi Creador y mi Padre! Qué sentiré en el momento de mi transfiguración, cuando, rodeado de mis bienamados que llorarán alrededor mío, *he de ver que a mí se aproximan mis bienamados que me precedieron*, para que yo los bendiga a todos con idéntico amor. Qué sentiré cuando, santificado por Jesucristo, participando de su reino, me presente ante ti, ¡oh Dios mío! adorándote con el más vivo reconocimiento, con la más profunda veneración y con una admiración sin límites. ¡Que mi Espíritu inmortal se encuentre *entonces bastante maduro* para gozar de esa felicidad suprema! *Amén.*

La doctrina de Lao-Tse

Filósofo chino

Debemos la siguiente noticia a la gentileza y a la ilustrada dedicación de uno de nuestros corresponsales en Saigón (Cochinchina):

En el siglo sexto antes de nuestra era, es decir, casi al mismo tiempo que Pitágoras, y dos siglos antes de Sócrates y Pla-

tón, en la provincia de Hunan, en China, vivió Lao-Tse, uno de los más grandes filósofos que han existido. Procedente de la más baja extracción, Lao-Tse no pudo instruirse sino a través de la reflexión y de numerosos viajes. Cuando llegó a la edad de cincuenta años aproximadamente, ya sea porque sus disposiciones filosóficas, desarrolladas mediante el estudio, por fin dieron fruto, o bien porque inconscientemente combinó ese fruto con una revelación particular, Lao-Tse escribió su libro *La razón suprema y la virtud*, obra que a pesar de su antigüedad los historiadores chinos de todas las sectas consideran auténtica, y con tanta más autoridad cuanto que, por cierto, no fue incluida en la quema de libros ordenada por el emperador Loang-Ti, doscientos años antes de la era cristiana.

En primer lugar y para mayor claridad, refirámonos a lo que Lao-Tse designaba con la palabra *tas*. Era una denominación que aplicaba al ser primero, y como se consideraba incapaz de llamarlo por su nombre eterno e inmutable, lo calificaba con sus principales atributos: *tas*, *razón suprema*. A primera vista parece que el término chino... (aquí nuestro corresponsal lo reproduce con los caracteres chinos, que nuestro impresor no puede reproducir), cuya pronunciación figurada es *tas*, tiene alguna analogía, desde el punto de vista fonético, con el *Theos* de los griegos o el *Deus* de los latinos, del que deriva nuestro vocablo *Dios* [*Dieu*]. Sin embargo, nadie cree que la lengua china y la lengua griega hayan tenido alguna vez puntos en común. Por otra parte, la anterioridad reconocida de la nación y la civilización chinas basta para demostrar que tal expresión es un modismo chino.⁴⁰

40. Es casi innecesario decir que el sentido del vocablo chino *tas* no tiene ninguna relación con el del francés *tas*, pues la semejanza apenas radica en la pronunciación figurada.

El *tas*, o la razón suprema universal de Lao-Tse, tiene dos naturalezas o modos de ser: el modo espiritual o inmaterial, y el modo corporal o material. La naturaleza espiritual es la naturaleza perfecta; de ella emanó el hombre, y a ella debe retornar, desprendiéndose de los lazos materiales del cuerpo. El aniquilamiento de todas las pasiones materiales, el alejamiento respecto de los placeres mundanos, son medios eficaces para tornarse digno de regresar a ella. Pero escuchemos hablar a Lao-Tse. Me serviré de la traducción de Pauthier, sinólogo tan erudito como concienzudo. Sus trabajos sobre el filósofo chino y su doctrina son tanto más notables y exentos de sospecha cuanto que, muerto hace mucho tiempo, ignoraba hasta el nombre de la doctrina espírita.

En la vigésima primera sección de *La razón suprema*, Lao-Tse establece una verdadera cosmogonía:

“Las formas materiales del gran poder creador no son sino las emanaciones del *tas*; el *tas* produjo los seres materiales existentes. (Antes) solo había una confusión completa, un caos indefinible. ¡Era un caos! Una confusión inaccesible al pensamiento humano.

”En medio de ese caos había un principio sutil, vivificante; ese principio sutil, vivificante, era la suprema verdad.

”En medio de ese caos había seres, pero seres en germen; seres imperceptibles, indefinidos.

”En medio de ese caos había un principio de fe. Desde la antigüedad hasta nuestros días, su nombre no ha desaparecido. Él examina con cuidado lo bueno de todos los seres. Pero nosotros, ¿cómo conocemos las virtudes de la multitud? Mediante ese *tas*, esa razón suprema.

”Los seres con formas corporales han sido formados a partir de la materia primera, confusa.

”Antes de la existencia del cielo y de la tierra, no había más que un silencio inmenso, un vacío inconmensurable y sin formas perceptibles.

”Solo él existía, infinito, inmutable. Circulaba en el espacio, sin experimentar ninguna alteración.

”Se lo puede considerar la madre del universo; ignoro su nombre, pero lo designo por sus atributos, y lo llamo *Grande, Elevado*.

”Siendo (reconocido) grande, elevado, lo llamo: extendido a lo lejos.

”Siendo (reconocido) extendido a lo lejos, lo llamo: alejado, infinito.

”Siendo (reconocido) alejado, infinito, lo llamo: lo que es opuesto a mí.

”El hombre tiene su ley en la tierra;

”La tierra tiene su ley en el cielo;

”El cielo tiene su ley en el *Tás* o la razón suprema universal;

”La razón suprema tiene su ley en sí misma.”

En otra parte, dice Lao-Tse:

”Es necesario esforzarse para llegar al último grado de la incorporeidad, a fin de conservar la mayor inmutabilidad posible.

”Todos los seres aparecen en la vida y realizan sus destinos; contemplamos sus renovaciones sucesivas. Esos seres materiales se muestran incesantemente con nuevas formas exteriores. Cada uno de ellos retorna a su origen.

”Retornar al origen significa alcanzar la tranquilidad;

”Alcanzar la tranquilidad significa cumplir el mandato;

”Cumplir el mandato significa volverse eterno;

”Saber que uno se vuelve eterno (o inmortal) significa estar iluminado;

”No saber que uno se vuelve inmortal significa estar sometido al error y a toda suerte de calamidades.

”Si uno sabe que se vuelve inmortal, contiene y abraza a todos los seres;

”Abrazando a todos los seres en un afecto común, se es justo, equitativo para con todos los seres;

”Siendo justo y equitativo para con todos los seres, se poseen los atributos del soberano;

”Poseyendo los atributos del soberano, se tiene la naturaleza divina;

”Teniendo la naturaleza divina, se llega a estar identificado con el *tas*;

”Estando identificado con la razón suprema universal, se subsiste eternamente. Dado que el cuerpo mismo se halla sometido a la muerte, no hay que temer ningún aniquilamiento”.

Veamos ahora cuál es la moral del filósofo chino.

“El hombre santo no tiene un corazón inexorable; hace que su corazón sea conforme al corazón de todos los hombres.

”Al hombre virtuoso debemos tratarlo como a un hombre virtuoso; al hombre vicioso también debemos tratarlo como a un hombre virtuoso: tal es la sabiduría y la virtud.

”Al hombre sincero y fiel debemos tratarlo como a un hombre sincero y fiel; al hombre que no es sincero ni fiel también debemos tratarlo como a un hombre virtuoso: tal es la sabiduría y la sinceridad.”

Estas máximas se corresponden con lo que nosotros denominamos *indulgencia* y *caridad*. Al demostrarnos que el progreso es una ley de la naturaleza, el espiritismo precisa mejor esa idea, pues afirma que es necesario tratar al hombre vicioso como a quien *un día podrá y deberá*, como consecuencia de sus existencias sucesivas, volverse virtuoso, para lo cual debemos proporcionarle todos los medios, en vez de relegarlo entre los parias de la condena eterna, y pensando que nosotros mismos tal vez hemos sido peores que él.

Toda la doctrina de Lao-Tse respira la misma mansedumbre, el mismo amor hacia los hombres, junto con una extraordinaria elevación de sentimientos. Su sabiduría se revela sobre todo en el siguiente pasaje, en el cual reproduce el célebre axioma de la sabiduría antigua: *Conócete a ti mismo*, sin que haya tenido conocimiento de la fórmula de Tales:

“Aquel que conoce a los hombres es instruido;

”Aquel que se conoce a sí mismo está verdaderamente iluminado.

”Aquel que subyuga a los hombres es poderoso;

”Aquel que se domina a sí mismo es verdaderamente fuerte.

”Aquel que realiza obras difíciles y meritorias deja un recuerdo duradero en la memoria de los hombres.

”Aquel que no disipa su vida es imperecedero;

”Aquel que muere y no es olvidado, tiene una vida eterna”.

Es cierto —conforme señala el eminente Traductor— que no encontraríamos en Grecia, antes de Aristóteles, una serie de sorites con proposiciones tan lógicamente encadenadas. En cuanto a los principios mismos, constituyen sin duda una doctrina, y si es cierto que esta no contiene nada que sea incompatible con lo que la razón admite, ¿por qué no sería tan

buenas como tantas otras que apenas resisten la discusión? “La verdadera religión —se ha dicho—, necesaria para la salvación, debió haber comenzado con el género humano.” Ahora bien, dado que es esencialmente *una*, como la verdad, como Dios, la religión primitiva ya era el cristianismo, así como el cristianismo, después del Evangelio, es la religión primitiva considerablemente desarrollada.

¿Acaso en esta serie de enseñanzas no vemos descriptos los mismos principios que sirven de base para el espiritismo, salvo un único punto, que consiste en la leve tendencia panteísta de la no distinción o, más bien, de la identificación de la criatura santificada con el Creador? Esa tendencia, si bien es viciosa, puede deberse a la influencia del medio en que vivía el filósofo Lao-Tse, o tal vez a una serie demasiado larga introducida en esa notable cadena de argumentos, o, por último, a la imperfecta interpretación que nosotros hacemos de su propio pensamiento.

Por lo tanto, como ha quedado demostrado, si durante siglos Lao-Tse ha sido incluido entre esas potentes voces de sabiduría y de razón que las leyes providenciales y naturales de las sociedades humanas hacen surgir en determinadas épocas, para protestar enérgicamente contra un estado de disolución social y para conducir a los espíritus hacia los destinos eternos del género humano; si su doctrina puede ser la base de la verdadera religión, la cual —como hemos visto—, dado que es necesaria para la salvación, debe haber existido en todos los tiempos; y puesto que los principios filosóficos del espiritismo no son en esencia sino los de Lao-Tse, ¿no podemos considerar que la verdad de la doctrina espírita se encuentra demostrada, moralmente, fuera de las enseñanzas del Cristo?

OBSERVACIÓN: Como vemos, los chinos no son en absoluto tan bárbaros como generalmente se piensa. Desde hace mucho tiempo, son nuestros ancestros en civilización, y algunos de ellos darían cien vueltas a más de uno de nuestros contemporáneos en materia de filosofía. ¿Cómo es posible, entonces, que un pueblo que ha contado con sabios como Lao-Tse, Confucio y otros, siga teniendo costumbres que armonizan tan poco con tan hermosas doctrinas? Otro tanto se podría decir de Sócrates, Platón, Solón, etc., en relación con los griegos; o del Cristo, cuyos preceptos están lejos de ser practicados por todos los cristianos.

Los trabajos de esos hombres, que de vez en cuando aparecen entre los pueblos como meteoros de la inteligencia, nunca son estériles. Se trata de semillas que se mantienen durante largos años en estado latente, y que solo benefician a unas pocas individualidades, porque las masas son incapaces de asimilarlas. Los pueblos se modifican lentamente, hasta el momento en que una conmoción violenta los saca de su letargo.

Cabe señalar que la mayoría de los filósofos se han ocupado poco de llevar a la práctica sus propias ideas. Entregados por completo al trabajo de concepción y elaboración, no tienen la oportunidad, y a veces ni siquiera la aptitud necesaria, para ejecutar lo que han concebido. Esa tarea incumbe a otros, que se persuaden de ello, y a menudo esos mismos trabajos, hábilmente puestos en acción, al cabo de muchos siglos sirven para movilizar a los pueblos y esclarecerlos.

Pocos chinos, salvo algunos letrados, sin duda, conocen a Lao-Tse. En la actualidad, China está abierta a las naciones occidentales, de modo que no sería imposible que estas naciones contribuyeran a divulgar los trabajos de ese filósofo en

su propio país. ¿Y quién sabe si los puntos de contacto que existen entre su doctrina y el espiritismo no serán algún día un vínculo para la alianza fraternal de las creencias? De lo que no cabe la menor duda es de que, cuando todas las religiones reconozcan que adoran al mismo Dios con distintos nombres, que le asignan los mismos atributos de bondad y justicia soberanas, y que apenas difieren en la forma de adorarlo, entonces los antagonismos religiosos desaparecerán. A ese resultado debe conducir el espiritismo.

Exequias de la señora de Victor Hugo

La señora de Victor Hugo, fallecida en Bruselas, fue trasladada a Francia el 30 de agosto último, para su inhumación en Villequiers (Sena Inferior), junto a su hija y su yerno. El señor Victor Hugo la acompañó hasta la frontera. Ante la tumba, el señor Paul Meurice pronunció las siguientes palabras:

“Yo solo quisiera decirle adiós en nombre de todos nosotros.

”Vosotros —quienes la acompañáis ¡por última vez!—, sabéis lo que ella era, *lo que es* esta alma tan bella y delicada, este adorable espíritu, este gran corazón.

”¡Ah! ¡Este gran corazón, sobre todo! ¡Cuánto le gustaba amar! ¡Cuánto le gustaba ser amada! ¡Cuánto sabía sufrir con los que amaba!

”Era la esposa del hombre más grande que hay y, con el corazón, llegaba hasta ese genio. Casi lo igualaba, a fuerza de comprenderlo.

”¡Tiene que dejarnos! ¡Y tenemos que dejarla!

”*Ya ha vuelto a amar.* Se reencontró con sus dos hijos, aquí y allá (señalando la tumba de su hija y el cielo).

”Victor Hugo me dijo en la frontera, ayer a la noche: ‘*Decidle a mi hija que, mientras espero, le envío a su madre*’. Eso dijo, y *creo que se ha entendido*.

”Ahora, pues ¡adiós! ¡Adiós a los presentes, adiós a los ausentes! ¡Adiós a nuestra amiga! ¡Adiós a nuestra hermana!

”¡Adiós, pero hasta pronto!”

El señor Paul Foucher, hermano de la señora de Victor Hugo, en una carta que escribió en el periódico *France* para referirse a la ceremonia, concluye con estas palabras: “Nos hemos separado, consternados, pero tranquilos y persuadidos más que nunca de que la desaparición de un ser implica un encuentro marcado con él a una hora indefinida”.

En esta ocasión, juzgamos necesario recordar la carta del señor Victor Hugo al señor Lamartine, con motivo de la muerte de la esposa de este, con fecha 23 de mayo de 1863, y que la mayoría de los periódicos de la época reprodujo:

“Estimado Lamartine:

”Una gran desdicha os afecta, y necesito poner mi corazón junto al vuestro. Yo veneraba a la mujer que amasteis. Vuestro elevado espíritu ve más allá del horizonte, y percibís claramente la vida futura.

”A vos no necesito deciros que esperéis. Sois de los que saben y esperan.

”Ella será siempre vuestra compañera, invisible, pero presente. Habéis perdido la mujer, pero no el alma. Querido amigo, vivamos en los muertos.

”*Tuus.*”

VICTOR HUGO

Las palabras pronunciadas por el señor Victor Hugo, así como lo que ha escrito en numerosas circunstancias, demuestran que él cree, no solamente en esa vaga inmortalidad —en la que con muy pocas excepciones todo el género humano cree—, sino en esa inmortalidad claramente definida, que tiene un objetivo, satisface a la razón y disipa la incertidumbre respecto de la suerte que nos aguarda. Él cree en esa inmortalidad que representa a las almas o Espíritus de los que han dejado la Tierra como seres concretos, individuales, que pueblan el espacio y viven en medio de nosotros con el recuerdo de lo que han hecho aquí, que se benefician con el progreso intelectual y moral realizado, que conservan sus afectos, como testigos invisibles de nuestras acciones y de nuestros sentimientos, y que comulgan mediante el pensamientos con aquellos a los que aman. En una palabra, él cree en esa inmortalidad consoladora que llena el vacío dejado por los ausentes, y con la cual se perpetúa la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal. Ahora bien, en todo eso está el espiritismo. ¿Qué es lo que este agrega? La prueba material de aquello que, hasta que él llegó, no era sino una teoría seductora. Mientras algunas personas accedieron a esta creencia mediante la intuición y el razonamiento, el espiritismo partió de los hechos y de la observación.

Sabemos como consecuencia de cuán dolorosa catástrofe el señor Victor Hugo perdió a su hija y a su yerno, el señor Charles Vacquerie, el 4 de septiembre de 1843. Ellos se dirigían, en un barco de vela, de Villequiers a Caudebec, en compañía del tío del señor Vacquerie, ex marinero, y de un niño de diez años. Un vendaval hizo que la embarcación zozobrara, y los cuatro perecieron.

¡Qué podría ser más significativo y hallarse más profundamente impregnado de una idea tan precisa de la inmortalidad, que estas palabras: *Decidle a mi hija que, mientras espero, le envío a su madre!* ¡Qué calma, qué serenidad, qué confianza en el porvenir! Diríase que su hija apenas había salido de viaje, y que le manda decir: “Te envío a tu madre, mientras espero para reunirme con vosotras”. ¡Cuánto consuelo, cuánta fuerza y esperanza encontramos en esta manera de comprender la inmortalidad! Ya no se trata de un alma perdida en el infinito, respecto de la cual la certeza misma de su supervivencia no brinda esperanza alguna de reencontrarla. Al dejar para siempre la Tierra y a los que amó, ya sea que experimente las delicias de la beatitud contemplativa o los tormentos eternos del infierno, la separación será eterna. Comprendemos cuán amargos son los pesares con una creencia semejante. En cambio, para ese padre, su hija siempre está presente; ¡ella escucha las palabras que él le envía, y recibirá a su madre cuando esta salga de su exilio terrestre!

Toda persona que haya llegado a eso... es espírita; porque si se propuso reflexionar seriamente, no ha podido escapar de las consecuencias lógicas del espiritismo. Los que rechazan esa calificación, lo hacen porque, como sólo conocen el espiritismo a través de las imágenes ridículas que les presenta la crítica burlona, se han formado una idea falsa acerca de él. Por el

contrario, si se tomaran el trabajo de estudiarlo, analizarlo y contemplar su alcance, se sentirían dichosos de encontrar en las ideas que constituyen su felicidad una sanción capaz de afirmar su fe. Ya no dirían apenas: “Creo porque me parece justo”, sino: “Creo porque comprendo”.

Hagamos un paralelo entre los sentimientos que animaron al señor Victor Hugo en esta circunstancia, así como en todas aquellas en que su corazón ha recibido heridas semejantes, y la definición de *inmortalidad* que se presentaba en el periódico *Le Figaro*, el 3 de abril de 1868, bajo el epígrafe: *Diccionario de Le Figaro*:

INMORTALIDAD: *cuento de enfermeros, para tranquilizar a sus pacientes.*

Efecto moralizador de la reencarnación

Le Figaro del 5 de abril de 1868, el mismo periódico que dos días antes publicaba esta definición de la inmortalidad: *cuento de enfermeros, para tranquilizar a sus pacientes*, junto con la carta transcrita en el artículo precedente, contiene este artículo:

“El compositor E... cree firmemente en la migración de las almas. De buen grado cuenta que en siglos anteriores fue un esclavo griego, y después un célebre actor y compositor italiano, aunque envidioso y dedicado a impedir que sus colegas prosperaran...”

”—*Ahora soy castigado por eso* —agrega él, con filosofía—. *¡Ha llegado el momento de sacrificarme por otros y ver que mis caminos se cierran!*

”Esta manera de consolarse es tan buena como cualquier otra”.

Una idea como esta es puro espiritismo, porque no solo contiene el principio de la pluralidad de las existencias, sino también el de la expiación del pasado en las existencias sucesivas, mediante la pena del Talión, según la máxima: “Se es castigado por donde se pecó”. Dicho compositor explica de ese modo sus tribulaciones, y halla consuelo en la idea de que tiene tan solo lo que se merece. La consecuencia de ese modo de pensar es que, para no merecerlo nuevamente, redunde en su propio interés tratar de ser mejor; ¿no es eso más beneficioso que volarse los sesos, hacia lo cual sería conducido lógicamente por la idea de la nada?

Dicha creencia es, pues, una poderosa causa de moralización, y por completo natural; es notable por su actualidad, ante el hecho material de las miserias que debemos soportar y que, como no se les encuentra una explicación, se atribuyen a la fatalidad o a la injusticia de Dios. Es comprensible para todo el mundo, para el niño y para el hombre más analfabeto, porque no es abstracta ni metafísica. No hay persona que no comprenda que se puede haber vivido antes y que, si ya se ha vivido, es posible volver a vivir otra vez. Dado que el cuerpo no puede volver a vivir, esa creencia es la sanción más evidente de la existencia del alma, de su individualidad y su inmortalidad.

Así pues, los esfuerzos de quienes se ocupan seriamente del mejoramiento de las masas deben tender a popularizarla. Para ellos es una poderosa palanca, con la cual harán mucho

más que a través de la idea de los diablos y del Infierno, de la que hoy se ríen.

Es una creencia actual, que surge en todas partes, y su lógica hace que se la acepte fácilmente, de modo que con toda naturalidad les abre a los espíritas una puerta para que divulguen la doctrina. Que estos se concentren, pues, en esa idea, de la que nadie se ríe, y que es aceptada por los más serios pensadores, y entonces atraerán más prosélitos por ese camino que por el de las manifestaciones materiales. Como actualmente es la cuerda sensible, hay que tocarla; y cuando haya vibrado, el resto llegará de por sí. A aquellos a quienes los espanta la simple palabra *espiritismo*, no les habléis de él; habladles de la pluralidad de las existencias, de los numerosos escritores que preconizan esa idea; habladles también, y sobre todo a los que sufren —como lo hace Victor Hugo—, de la presencia alrededor nuestro de los seres queridos que hemos perdido; ellos os comprenderán y, más tarde, se sorprenderán al descubrir que eran espíritas sin haberse dado cuenta de ello.

Una profesión de fe materialista

Le Figaro, del 3 de abril de 1868, contiene la siguiente carta, acerca de los debates que en ese tiempo tuvieron lugar en el Senado, con motivo de algunas clases dictadas en la Escuela de Medicina.

“París, 2 de abril de 1868.

”Señor Redactor:

”Un error que me afecta se ha deslizado en la última exposición del doctor Flavius. Yo no asistí el año pasado a la clase inaugural del señor Sée, de modo que no he tenido derecho alguno a intervenir en ese asunto. Por otra parte, se trata de un error de forma y no de fondo. Con todo, a cada uno según sus obras. Hay que reemplazar mi nombre por el de mi amigo Jaclard, quien no cree más que yo en el alma inmortal. A decir verdad, en todo el Senado apenas veo que el señor Sainte-Beuve se atrevió, llegado el caso, a confiarnos los cuidados de sus molares o la dirección de su tubo digestivo.

”Dado que tengo el uso de la palabra, permitidme decir algo más. Es necesario terminar con una broma que comienza a tornarse irritante, más allá de que parezca un retroceso. La Escuela de Medicina —dice el doctor Flavius—, más fuerte en partos que en filosofía, no es atea ni materialista: es positivista.

”Pero, en verdad, ¿qué es el positivismo, sino una rama de esa gran escuela materialista que va desde Aristóteles y Epicuro hasta Bacon, Diderot, Virechow, Moleschoff y Büchner, sin contar a los contemporáneos y compatriotas que no nombro —y por una buena razón.

”La filosofía de A. Comte ha sido de utilidad y tuvo su época de gloria cuando el cousinismo⁴¹ reinaba a solas. Actualmente, la bandera del materialismo ha sido levantada en Alemania por nombres ilustres; y en Francia, por personas jóvenes, entre las que tengo el orgullo y la pretensión de contarme, de modo que es bueno que el positivismo ocupe el modesto lugar que le corresponde. Es bueno, sobre todo,

41. Véase: Victor Cousin, filósofo espiritualista francés (1792-1867). (N. del T.)

que no afecte durante mucho más tiempo al materialismo, su maestro y antepasado, con un desprecio o con reticencias que son, cuanto menos, inoportunas.

”Recibid, señor Redactor, la certeza de mi distinguida consideración.”

A. REGNARD

Ex interno de los Hospitales.

Como vemos, el materialismo también tiene sus fanáticos. Hace apenas algunos años, no se habría atrevido a exhibirse con tanta audacia, pero en la actualidad desafía abiertamente al espiritualismo, y considera que el positivismo ya no es bastante radical. Cuenta con sus propias manifestaciones públicas, y lo enseñan públicamente a la juventud; y también ejerce lo que reprocha a los demás: la intolerancia, que llega hasta la intimidación. ¡Imaginémonos la situación social de un pueblo imbuido de semejantes doctrinas!

No obstante, estos excesos tienen su utilidad, su razón de ser: asustan a la sociedad, pero el bien siempre resulta del mal. Hace falta un exceso de mal para que se haga sentir la necesidad del bien, pues de lo contrario el hombre no saldría de su inercia; se quedaría impasible ante un mal que se perpetuaría al amparo de su poca importancia, mientras que un gran mal le llama la atención y hace que busque los medios para subsanarlo. Sin los grandes desastres que ocurrieron al comienzo de los ferrocarriles y que causaron tanto temor, y apenas con pequeños accidentes aislados, que pasan casi desapercibidos, se habrían descuidado las medidas de seguridad. En lo moral es como en lo físico: cuanto más excesivos son los abusos, más cerca está su fin.

La causa principal del desarrollo de la incredulidad se encuentra, como hemos dicho varias veces, en la insuficiencia de las creencias religiosas, en general, para satisfacer a la razón, así como en su principio de inmovilidad, que les prohíbe la menor concesión respecto de sus dogmas, incluso ante la evidencia. Si en vez de quedarse atrás, esas creencias hubieran seguido el movimiento progresivo del espíritu humano, manteniéndose siempre al nivel de la ciencia, es cierto que diferirían un poco respecto de lo que eran al principio —como el adulto difiere del niño recién nacido—, pero la fe, en vez de extinguirse, habría crecido con la razón, porque es una necesidad para la humanidad, y no le habrían abierto la puerta a la incredulidad, que ha llegado para socavar lo que quedó de ellas. Esas creencias cosechan lo que han sembrado.

El materialismo es una consecuencia de la época de transición en la que nos encontramos; no es un progreso, ni mucho menos, sino un instrumento de progreso. Desaparecerá cuando quede demostrada su insuficiencia para preservar el orden social, así como para satisfacer a los espíritus serios, que buscan el porqué de cada cosa. Para eso, había que verlo en acción. La humanidad, que necesita creer en el porvenir, nunca se contentará con el vacío que el materialismo deja detrás de sí, y buscará algo mejor para combatirlo.

Profesión de fe semiespírita

En apoyo de las reflexiones contenidas en el artículo precedente, reproducimos con satisfacción la siguiente carta,

publicada en *La Petit Presse* [*La Pequeña Prensa*], el 20 de septiembre de 1868.

“Les Charmettes, septiembre de 1868.

”Mi querido Barlatier:

”Conocéis esta romanza:

”*Cuando se es vasco y buen cristiano...*

”Aunque no sea vasco, soy buen cristiano, y el cura de mi pueblo, que ayer comía mi sopa de repollo, me ha permitido que os cuente nuestra conversación.

”—Entonces —me preguntó—, ¿vais a retomar la lectura del *Rey Enrique*⁴²?

”—Con tanto más gusto —le respondí— cuanto que yo *he vivido en esa época*.

”Mi digno cura se estremeció.

”Entonces le confié mi convicción de que los seres humanos ya hemos vivido y de que viviremos otras veces. Se produjo una nueva exclamación por parte de ese buen hombre. Hasta que por fin me dio la razón acerca de que las creencias cristianas no excluyen esa opinión, y me dejó seguir adelante.

”Ahora bien, querido amigo, creedme que no quise divertirme con el candor de mi cura, y que esta convicción de la que hablo se halla fuertemente arraigada en mí. Yo he vivido en la época de la Liga, durante los reinados de Enrique III y Enrique IV. Cuando era niño, mis abuelas me hablaban de Enrique IV, y lo describían como un hombre que yo no reconocía en absoluto: un monarca de pelo gris, metido en un cuello plisado, devoto en exceso y que nunca había oído ha-

42. Véase: *Historia del rey Enrique el Grande*, de Hardouin de Péréfixe. (N. del T.)

blar de la bella Gabriela. Era el Enrique IV del padre Péréfixe. Pero el verdadero Enrique IV es el que yo conocí: batallador, amable, frívolo y un poco olvidadizo. Es aquel de quien ya os he hablado y de quien seguiré haciéndolo.

”No os riáis. Cuando llegué a París por primera vez, me reconocí por todas partes en los barrios antiguos, y tengo un vago recuerdo de haberme encontrado en la calle de la Ferronnerie, el día en que el pueblo perdió a su Buen Rey, a aquel que había querido que cada francés tuviera una gallina en la olla los domingos. ¿Qué hacía yo en esa época? Poca cosa, sin duda era un cadete de Provenza o de Gascuña. Pero si hubiera estado en las guardias de mi héroe, eso no me sorprendería.

”Pronto, pues, se publicará mi primer folletín sobre la *Segunda juventud del rey Enrique*; y creedme...

”Todo vuestro.”

PONSON DU TERRAIL

Cuando el señor Ponson du Terrail ponía en ridículo al espiritismo, no sospechaba, y tal vez aún hoy no lo haga, que una de las bases fundamentales de esta doctrina es precisamente la creencia de la cual hace una profesión de fe tan explícita. Es evidente que la idea de la pluralidad de las existencias y de la reencarnación gana espacio en la literatura, y no nos extrañaría que Méry, quien recordaba tan bien lo que había sido, no haya despertado en más de uno de sus colegas recuerdos retrospectivos, y que no sea entre ellos el primer iniciador del espiritismo, porque ellos lo leen, mientras que no leen los libros espíritas. Ahí encuentran una idea racional, fecunda, y la aceptan.

La Petit Presse publica, en este momento, con el título *El señor Médard*, una novela cuyo contenido es espírita. Trata acerca de la revelación de un crimen mediante la aparición de la víctima en condiciones muy naturales.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Influencia de los planetas en las perturbaciones del globo terrestre

Hemos extraído lo que sigue de una carta que nos remitió, desde Santa Fe de Bogotá (Nueva Granada), uno de nuestros corresponsales, el doctor Ignacio Pereira, médico cirujano, miembro fundador del Instituto Homeopático de los Estados Unidos de Colombia:

“Desde hace tres años, debido al cambio de las estaciones en nuestros territorios, el verano se ha vuelto muy largo, por lo que en algunas plantas han aparecido enfermedades completamente desconocidas en nuestro país; las papas fueron atacadas por gangrena seca y, a partir de las observaciones microscópicas que pude realizar en plantas alcanzadas por esta enfermedad, reconocí que es producida por un parásito vegetal llamado *perisporium solani*. Los últimos tres años nuestro globo ha sido víctima de desastres de todo tipo: inundaciones, epidemias, epizootias, hambruna, huracanes, maremotos, temblores de tierra, han devastado uno tras otro diversas regiones.

”Al tomar en cuenta que, cuando un cometa se aproxima a la Tierra, las estaciones se tornan irregulares, pensé que esos

astros también podrían generar una acción sobre los seres orgánicos, ocasionar perturbaciones climáticas, que son la causa de algunas enfermedades, e influir tal vez en el estado físico del globo mediante la producción de diversos fenómenos.

”El Espíritu de mi hermano –a quien interrogué al respecto– se limitó a responderme que esa acción no es ejercida por un cometa, sino por el planeta Júpiter, que cada cuarenta años se encuentra en el período de máxima proximidad respecto de la Tierra, y me recomendó que no prosiga este estudio a solas.

”Preocupado por esa respuesta, he estudiado las crónicas de cuarenta años atrás, y descubrí que en esa época, en nuestros territorios, las estaciones fueron irregulares, al igual que en la actualidad: el trigo sufrió una enfermedad conocida con el nombre de *añublo*; también hubo pestes en los hombres y en los animales, y temblores de tierra que causaron grandes desastres.

”Esta cuestión me parece importante. Por eso, si consideráis oportuno someterla a los Espíritus instructores de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, os agradecería mucho que me dieras a conocer su opinión”.

Respuesta

(París, 18 de septiembre de 1868)

“En la naturaleza no hay un solo fenómeno, por poco importante que sea, que no se halle regulado por el ejercicio de las leyes universales que rigen la creación. Lo mismo ocurre en los grandes cataclismos, y si males de todo tipo asolan la Tierra en ciertas épocas, no solo es porque es necesario que así sea, debido a sus consecuencias morales, sino también porque

la influencia de unos cuerpos celestes sobre otros, las reacciones compuestas de todos los agentes naturales, deben conducir fatalmente a ese resultado.

”Dado que todo se halla sometido a una serie de leyes, que son eternas como el que las ha creado, pues no sería posible que nos remontáramos a su origen, no existe un solo fenómeno que no se encuentre sometido a una ley de periodicidad o de serie, que provoque en él su retorno en épocas determinadas, en las mismas condiciones, o bien siguiendo, como intensidad, una ley de progresión geométrica creciente o decreciente, pero continua. Ningún cataclismo puede surgir espontáneamente, o, si sus efectos parecen tales, las causas que lo provocan son puestas en acción desde un tiempo más o menos prolongado. Por lo tanto, solo son espontáneos en apariencia, pues no existe uno solo que no esté preparado desde hace mucho tiempo, y que no obedezca a una ley constante.

”Así pues, comparto plenamente la opinión expresada por el Espíritu Jenaro Pereira, respecto de la periodicidad de las irregularidades de las estaciones; pero en cuanto a su causa, es más compleja de lo que él supone.

“Cada cuerpo celeste, más allá de las leyes simples que presiden la división de los días y las noches, de las estaciones, etc., sufre revoluciones que demandan miles de siglos para su completo cumplimiento, pero que, del mismo modo que las revoluciones de menor repercusión, pasan por todos los períodos, desde el nacimiento hasta el apogeo del efecto, después del cual hay un decrecimiento hasta el último límite, y a continuación empieza otra vez a recorrer las mismas fases.

”El hombre sólo abarca las fases de duración relativamente corta, cuya periodicidad puede constatar; no obstante, hay algunas que incluyen a muchas generaciones de seres, y hasta su-

cesiones de razas, cuyos efectos tienen para él, por consiguiente, las apariencias de lo novedoso y lo espontáneo, mientras que si su mirada pudiese englobar algunos miles de siglos hacia atrás vería, entre esos mismos efectos y sus causas, una correlación que ni siquiera sospecha. Esos períodos, que confunden la imaginación de los humanos por su duración relativa, no son sin embargo más que instantes en la duración eterna.

“Recordad lo que ha dicho Galileo en sus estudios uranográficos, que tuvisteis la feliz idea de incluir en vuestra obra *La génesis*, acerca del tiempo, el espacio y la sucesión indefinida de los mundos, y comprenderéis que la vida de una o de varias generaciones, en relación con el conjunto, es como una gota de agua en el océano. No os asombréis, pues, de que no podáis captar la armonía de las leyes generales que rigen el universo; hagáis lo que hagáis, no podréis ver más que un pequeño ángulo del cuadro, razón por la cual tantas cosas os parecen anomalías.

”En un mismo sistema planetario, todos los cuerpos que dependen de él reaccionan unos sobre otros; todas las influencias físicas son solidarias entre sí, y no hay un solo efecto, de esos que denomináis grandes perturbaciones, que no sea consecuencia del conjunto de las influencias de todo ese sistema. Júpiter tiene revoluciones periódicas, como el resto de los planetas, y esas revoluciones no dejan de ejercer una influencia en las modificaciones de las condiciones físicas terrestres. Pero sería un error considerar que son la causa única o preponderante de esas modificaciones. Intervienen en parte, como las de todos los planetas del sistema, como los propios movimientos terrestres intervienen para contribuir a modificar las condiciones de los circundantes. Voy más lejos, pues afirmo que los sistemas reaccionan unos sobre otros en razón de la

proximidad o el alejamiento que resulta de sus movimientos de traslación a través de las miríadas de sistemas que componen nuestra nebulosa. Voy más lejos aún, pues manifiesto que nuestra nebulosa, que es como un archipiélago en la inmensidad, dado que tiene también su propio movimiento de traslación a través de miríadas de nebulosas, sufre la influencia de aquellas a las que se aproxima. De ese modo, las nebulosas reaccionan sobre las nebulosas, los sistemas reaccionan sobre los sistemas, como los planetas reaccionan sobre los planetas, como los elementos de cada planeta reaccionan unos sobre otros, y así sucesivamente hasta llegar al átomo. De ahí derivan, en cada mundo, las revoluciones locales tanto como las generales, que sólo parecen perturbaciones porque la brevedad de la vida apenas permite que se vean sus efectos parciales.

”La materia orgánica no podría escapar a esas influencias; las perturbaciones que esta sufre pueden, por lo tanto, alterar el estado físico de los seres vivos, y determinar algunas de esas enfermedades que afectan de modo general a las plantas, los animales y los hombres. Como todos los flagelos, esas enfermedades son un estímulo para la inteligencia humana, el cual la impulsa por necesidad a que busque los medios para combatirlos, así como a que descubra las leyes de la naturaleza.

”No obstante, la materia orgánica reacciona, por su parte, sobre el Espíritu; y éste, debido a su contacto y su íntima vinculación con los elementos materiales, sufre también influencias que modifican sus disposiciones—sin que por eso le quiten su libre albedrío—, que sobreexcitan o retardan su actividad y, por eso mismo, contribuyen a su desarrollo. Esa efervescencia, que en ocasiones se manifiesta en toda una población, entre los hombres de una misma raza, no es algo fortuito ni el resultado de una arbitrariedad; su causa reside en las leyes de

la naturaleza. Esa efervescencia, al principio inconsciente, que no es más que un deseo vago, una aspiración indefinida hacia algo mejor, una necesidad de cambio, da lugar a una agitación sorda, más tarde a hechos que conducen a las revoluciones sociales, las cuales, creedlo, tienen también su periodicidad, así como ocurre con las revoluciones físicas, puesto que todo está concatenado. Si la visión espiritual no estuviera circunscripta por el velo material, veríais esas corrientes fluídicas que, semejantes a miles de hilos conductores, unen las cosas del mundo espiritual con las del mundo material.

”Cuando se os dice que la humanidad ha llegado a un período de transformación, y que la Tierra debe elevarse en la jerarquía de los mundos, no veáis en esas palabras nada místico, sino, por el contrario, el cumplimiento de una de las más importantes leyes fatales del universo, contra las cuales se quiebra la mala voluntad humana.

”Diré, en particular, al señor Ignacio Pereira: estamos lejos de comprometeros a renunciar a estudios que forman parte de vuestro futuro bagaje intelectual; pero comprenderéis sin duda que esos conocimientos, como todos los otros, deben ser fruto de vuestros trabajos y no de nuestras revelaciones. Podemos deciros que estáis equivocado, e incluso indicaros el camino correcto, pero compete a vos la iniciativa de levantar los velos en que aún están envueltas las manifestaciones naturales que hasta aquí han escapado a vuestras investigaciones, así como descubrir las leyes mediante la observación de los hechos. Observad, analizad, clasificad, comparad, y deducid a partir de la correlación de los hechos, pero no os apresuréis a extraer conclusiones absolutas.

”Terminaré diciéndoos: en todas vuestras investigaciones, tomad el ejemplo de las leyes naturales, que son solidarias

entre sí; y esa solidaridad de acciones es la que produce la imponente armonía de sus efectos. Hombres, sed solidarios, y avanzaréis armoniosamente hacia el conocimiento de la dicha y de la verdad.”

F. ARAGO

“Permitidme agregar algunas palabras, como complemento de la comunicación que os acaba de impartir el eminente Espíritu de Arago.

”Así es, no cabe duda de que la humanidad se transforma, como ya se transformó en otras épocas, y cada transformación está señalada por una crisis que es, para el género humano, lo que son para los individuos las crisis de crecimiento; crisis que a menudo son penosas, dolorosas, que arrastran consigo a las generaciones y a las instituciones, pero a las que siempre sigue una fase de progreso material y moral.

”La humanidad terrestre, llegada a uno de esos períodos de crecimiento, hace casi un siglo que se encuentra en pleno trabajo de transformación. A eso se debe que por todas partes haya agitaciones, como si estuviera presa de una especie de fiebre y como si la impulsara una fuerza invisible, hasta que recupere el equilibrio sobre nuevas bases. Quien la analice, entonces, la encontrará muy cambiada en sus costumbres, en su carácter, en sus leyes, en sus creencias; en una palabra, en todos sus estamentos sociales.

”Algo que os parecerá extraño, pero que no deja de ser una rigurosa verdad, es que el mundo de los Espíritus que os rodea sufre el contragolpe de todas las conmociones que agitan al mundo de los encarnados; e incluso digo que aquel participa activamente en ellas. Esto nada tiene de sorpren-

dente para quien sabe que los Espíritus componen un todo con la humanidad; que de ella salen y a ella deben volver. Por consiguiente, es natural que se interesen por los movimientos que se producen entre los hombres. Tened la certeza de que, cuando se lleva a cabo una revolución social en la Tierra, dicha revolución afecta también al mundo invisible; todas las pasiones, buenas y malas, son allí tan sobreexcitadas como entre vosotros; una intraducible efervescencia reina entre los Espíritus que aún forman parte de vuestro mundo y que esperan el momento de regresar a él.

”A la agitación de los encarnados y de los desencarnados se suman en ocasiones, e incluso la mayoría de las veces, ya que en la naturaleza todo se complementa, las perturbaciones de los elementos físicos. Entonces, durante algún tiempo, se produce una verdadera confusión general, pero que pasa como un huracán, después del cual el cielo se despeja, y la humanidad, reconstituida sobre nuevas bases e imbuida de nuevas ideas, transita una nueva etapa de progreso.

”En el período que comienza, el espiritismo florecerá y dará frutos. Por lo tanto, vosotros trabajáis más para el futuro que para el presente. Pero era necesario que esos trabajos fuesen elaborados previamente, porque preparan los caminos de la regeneración a través de la unificación y la racionalidad de las creencias. Felices los que los aprovechan desde ahora, pues serán para ellos de gran utilidad y se evitarán muchas penas.”

DOCTOR BARRY

VARIEDADES

Un bello ejemplo de caridad evangélica

Un acto de caridad realizado por el señor Ginet, obrero de la construcción de Saint-Julien-sous-Montmelas, es referido en el periódico *L'Écho de Fourvière* [*El Eco de Fourvière*]:

El 1.º de enero, al caer la noche, en la plaza de Saint-Julien, se hallaba en cuclillas una mendiga profesional, cubierta de llagas infectas, vestida con trapos sucios y llena de bichos. Era tan malvada que todos le tenían miedo, y ante el bien que le hacían respondía tan solo con golpes e insultos. Víctima de una repentina debilidad, habría muerto en la calle si no fuera por la caridad de nuestro obrero, quien, venciendo la repugnancia, la tomó en brazos y la llevó a su casa.

Ese pobre hombre tiene apenas una habitación muy reducida para él, su mujer enferma y sus tres pequeños hijos; no tiene otro recurso más que su módico salario. Con todo, recostó a la vieja mendiga sobre un poco de paja que le dio un vecino, y la cuidó toda la noche, procurando que entrara en calor.

Al despuntar el día, la anciana, cada vez más débil, le dijo: “Llevo dinero conmigo; os lo doy para que me lo cuidéis”. Y agregó: “El señor cura...” Entonces, expiró. Sin ocuparse del dinero, el obrero salió corriendo en busca del cura, pero era demasiado tarde. Luego fue a avisar a los parientes, que viven en una parroquia vecina y se encuentran en una posición acomodada. Cuando estos llegaron, la primera pregunta que hicieron fue esta: “Mi hermana llevaba dinero consigo, ¿dónde está?” El obrero respondió: “Ella me lo dijo, pero no

me preocupe por eso”. Entonces buscaron y, en efecto, encontraron más de cuatrocientos francos en uno de sus bolsillos.

Para finalizar su obra, el caritativo trabajador, con el auxilio de una vecina, enterró a la pobre muerta. Algunas personas le habían recomendado que durante la noche guardara el féretro en un cobertizo cercano. “No —dijo él—; esta mujer no es un perro, sino una cristiana.” Y la veló toda la noche en su casa, con la lámpara encendida.

A las personas que le expresaban su admiración y le sugerían que pidiera una recompensa, les respondía: “¡Oh! No fue el interés lo que me llevó a obrar de ese modo. Que me den lo que quieran, pero no les pediré nada. En la posición en que me encuentro, podría llegar a verme en la misma situación, y en ese caso yo sería muy dichosos de que se apiadaran de mí”.

—¿Qué tiene que ver esto con el espiritismo? —preguntaría un incrédulo.

—Sucede que la caridad evangélica, tal como la recomendó el Cristo, es una ley del espiritismo, razón por la cual todo acto realmente caritativo es un acto espírita, y la acción de ese hombre constituye la aplicación de la ley de caridad, en lo más puro y sublime que esa ley contiene, porque él ha hecho el bien, no solo sin esperar una recompensa, ni pensar siquiera en sus propias necesidades, sino casi con la certeza de que se le pagaría con ingratitud, y satisfecho con poder decir que, en un caso semejante, habría deseado que hicieran lo mismo para con él.

—Ese hombre, ¿es espírita?

—No lo sabemos, pero no es probable. En todo caso, si no fuera espírita con esa denominación, lo sería por su espíritu.

—Si no es espírita, entonces el espiritismo no lo indujo a realizar dicha acción.

—Por cierto que no.

—Entonces, ¿por qué el espiritismo reclama el mérito para sí?

—El espiritismo no reivindica como propia la acción de ese hombre, pero se honra de profesar los principios que lo indujeron a practicarla, sin que nunca haya pretendido poseer el privilegio de inspirar los buenos sentimientos. Honra el bien dondequiera que se encuentre; y cuando sus propios adversarios lo practican, los presenta como ejemplo a sus adeptos.

Es lamentable que los periódicos, en general, estén menos dispuestos a reproducir las buenas acciones que los crímenes y los escándalos. Si ocurre un hecho que pone en evidencia la perversidad humana, podemos estar seguros de que será reiterado con todos los detalles, a fin de atraer la curiosidad de los lectores. El ejemplo es contagioso; entonces, ¿no es preferible presentarle a las masas el ejemplo del bien y no el del mal? Se trata de un importante asunto de moralidad pública, que trataremos más tarde, con todos los desarrollos que conlleva.

Un castillo encantado

La relación del siguiente hecho nos ha sido remitida por uno de nuestros corresponsales en San Petersburgo.

Un viejo General húngaro, muy conocido por su valentía, recibió una herencia importante, solicitó el retiro y escribió

a su administrador para que le comprara una propiedad que estaba en venta.

El administrador respondió inmediatamente, aconsejándole al General que no comprara dicha propiedad, dado que estaba encantada por los Espíritus.

El valeroso anciano insistió, afirmando que esa era una razón más para comprarla, y le ordenó que lo hiciera de inmediato.

Una vez adquirida la propiedad, el nuevo dueño se puso en camino para instalarse en ella. Llegó a las once de la noche a la casa de su administrador, no lejos del castillo, al que quiso dirigirse de inmediato.

—Por favor —le dijo el antiguo servidor—, esperad hasta mañana y hacedme el honor de pasar la noche en mi casa.

—No —le dijo el amo—; quiero pasar la noche en mi castillo. El administrador se vio obligado a acompañarlo con varios campesinos, portando antorchas. Pero ninguno de ellos quiso permanecer en ese lugar, de modo que dejaron solo a su nuevo señor.

Este llevaba consigo un viejo soldado, que nunca lo había dejado, y también un enorme perro, que había estrangulado a un hombre al primer intento.

El viejo General se instaló en la biblioteca del castillo, mandó encender velas, puso un par de pistolas sobre la mesa, tomó un libro y se recostó en un canapé, a la espera de los visitantes, pues estaba seguro de que si realmente los había en el castillo, no estaban muertos, sino muy vivos. También por eso tenía las pistolas y había hecho que su perro se acostara debajo del canapé. En cuanto al viejo soldado, ya roncaba en una habitación contigua a la biblioteca.

Pasó poco tiempo; el General creyó oír un ruido en el salón, escuchó atentamente, y el ruido se repitió. Con la certeza de que había alguien, tomó una vela y una pistola y entró en el salón. No vio a nadie. Buscó en todas partes, incluso detrás de las cortinas, pero no encontró nada, absolutamente nada. Volvió a la biblioteca y retomó la lectura, pero apenas había leído unas líneas cuando el ruido se hizo oír con mucha más fuerza que la primera vez. Tomó nuevamente la vela y la pistola, se dirigió al salón y vio que habían abierto el cajón de una cómoda. Esta vez, convencido de que se trataba de ladrones, y como no había visto a nadie, llamó a su perro y le dijo: ¡busca! El perro se puso a temblar por completo y volvió a esconderse debajo del canapé. El propio General comenzó a temblar, volvió a la biblioteca y se acostó en el canapé, pero no pudo pegar un ojo en toda la noche. Al contarnos lo ocurrido, el General nos dijo: “En toda mi vida sólo tuve miedo dos veces: hace dieciocho años, cuando en el campo de batalla una bomba explotó en mis pies; y la segunda, cuando vi que el miedo se apoderaba de mi perro”.

Por nuestra parte, nos abstendremos de realizar comentario alguno acerca del hecho aquí referido, que es muy auténtico, y nos conformaremos con preguntar a los adversarios del espiritismo de qué modo se vio afectado el sistema nervioso de ese perro.

Preguntaremos, por otra parte, cómo es posible que la sobreexcitación nerviosa de un médium, por más intensa que sea, pueda producir la escritura directa, es decir, forzar un lápiz para que escriba por sí mismo.

Otra pregunta: creemos que el fluido nervioso retenido y concentrado en un recipiente podría igualar e incluso superar la fuerza del vapor. Pero en caso de que dicho fluido estuviera

libre, ¿no podría levantar y mover muebles pesados, como ha ocurrido tantas veces?

CH. PÉREYRA

BIBLIOGRAFÍA

Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia, acerca del porvenir del alma. El interés que han despertado estas cartas, publicadas en la *Revista*, sugirió a los señores Lacroix & Cia., de la Librería Internacional, en el boulevard Montmartre, n.º 15, la feliz idea de publicarlas en separata. La divulgación de esas cartas no podrá más que causar un efecto sumamente útil en las personas ajenas al espiritismo. Opúsculo grande, in-8. Precio: 50 centavos.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 11

Noviembre de 1868

Epidemia en la Isla Mauricio

En la *Revista* de julio de 1867 (pág. 208) describimos la terrible enfermedad que asola a la Isla Mauricio (antigua isla de Francia) desde hace dos años. El último correo nos trajo cartas de dos de nuestros hermanos en creencia de ese país. En una de ellas se encuentra el siguiente párrafo:

“Disculpádmeme por haber permanecido tanto tiempo sin daros noticias. Sin duda no me faltaba el deseo, sino la posibilidad. Dado que mi tiempo se halla dividido en dos partes —una para el trabajo que me permite vivir; y otra para la enfermedad que nos está matando—, me quedan muy pocos momentos para emplearlos conforme a mis gustos. No obstante, me encuentro un poco más tranquilo. Hace un mes que no padezco la fiebre, si bien es verdad que ella parece ceder un poco en esta época. Pero, desgraciadamente, eso implica retroceder para saltar mejor, pues no cabe duda de que con los próximos calores habrá de recuperar su vigor inicial. Además, convencido de la certeza de esta perspectiva, vivo el día a día,

apartándome cuanto sea posible de las vanidades humanas, a fin de facilitar mi pasaje hacia el mundo de los Espíritus donde, francamente, en modo alguno me desagradaría encontrarme; en buenas condiciones, desde luego”.

Un incrédulo decía cierta vez, acerca de una persona que expresaba un pensamiento análogo respecto de la muerte: “¡Hay que ser espírita para tener semejantes ideas!” Sin proponérselo, hacía el más bello elogio del espiritismo. ¿Acaso no es un gran beneficio la calma con que esta doctrina hace que se considere el término fatal de la vida, al que tantas personas ven aproximarse con pavor? ¡Cuántas angustias, cuántos tormentos se ahorran los que encaran la muerte como una transformación de su ser, una transición momentánea, sin interrupción de la vida espiritual! Aguardan la partida con serenidad, porque saben a dónde van y lo que serán; y lo que aumenta su tranquilidad es la certeza, no sólo de reencontrar a aquellos a los que aman, sino de no quedar separados de los que permanecerán aquí cuando se vayan; de verlos y ayudarlos más fácilmente y mejor que cuando estaban vivos. No extrañan las alegrías de este mundo, porque saben que han de tener otras más importantes, más suaves, sin mezcla de tribulaciones. Lo que causa el temor a la muerte es lo desconocido; ahora bien, para los espíritas, la muerte ya no tiene misterios.

La segunda carta contiene lo siguiente:

“Con un sentimiento de profunda gratitud os agradezco los sólidos principios que habéis inculcado en mi espíritu y que, de por sí, me han dado la fuerza y el valor para aceptar con calma y resignación las rudas pruebas que vengo sufriendo desde hace un año, debido a la terrible epidemia que diezma nuestra población. ¡Ya partieron sesenta mil almas!

”Como os imaginaréis, la mayoría de los miembros que forman en Port-Louis nuestro pequeño grupo, que comenzaba a funcionar tan bien, ha tenido que sufrir, como yo, ese desastre general. En una comunicación espontánea, del 25 de julio de 1866, se nos anunció que nos veríamos obligados a suspender nuestras actividades; tres meses después, tuvimos que hacerlo, debido a la enfermedad de muchos de nosotros, y a la muerte de nuestros familiares y amigos. Hasta el momento, no hemos podido recomenzar, a pesar de que todos nuestros médiums y los principales miembros de nuestro grupo siguen vivos. Varias veces intentamos reunirnos nuevamente, pero sin éxito. Por eso cada uno de nosotros se vio obligado a tomar conocimiento aisladamente de vuestra carta del 26 de octubre de 1867, dirigida a la señora de G..., en la cual se encuentra la comunicación del doctor Demeure, que nos imparte importantes y muy justas enseñanzas acerca de todo lo que nos sucede. Hemos podido apreciar la exactitud de esas enseñanzas en lo que a cada uno le concierne; porque cabe señalar que la enfermedad adoptó formas tan variadas, que los médicos nunca se pusieron de acuerdo: cada uno ha seguido un método particular.

”No obstante, el joven doctor Labonté parece ser quien mejor definió la enfermedad. Creo que está en lo cierto desde el punto de vista material, puesto que ha pasado por todos los sufrimientos por él narrados.⁴³ Desde nuestro punto de vista

43. El Dr. Labonté describió la epidemia de la isla San Mauricio en un opúsculo que hemos leído con interés, y en el que se muestra como un observador serio y prudente. Es un hombre dedicado a su arte y, tanto como se puede apreciar desde lejos, por analogía, nos parece que ha caracterizado correctamente esa singular enfermedad, desde el punto de vista fisiológico. Lamentablemente, en lo que concierne a la terapéutica, dicho mal desafía todas las previsiones de la ciencia. En un caso excep-

espiritualista, podríamos ver en eso una aplicación del prefacio de *El Evangelio según el espiritismo*, porque el período nefasto que atravesamos ha sido señalado, al comienzo, por una extraordinaria lluvia de estrellas fugaces, caída en Mauricio la noche del 13 al 14 de noviembre de 1866. Si bien ese fenómeno resulta conocido, porque es muy frecuente durante septiembre y noviembre en determinadas épocas periódicas, no deja de ser extraordinario que, esta vez, las estrellas fugaces fueron tan numerosas que impresionaron e hicieron estremecer a quienes las han observado. Ese imponente espectáculo quedará grabado en nuestra memoria, porque precisamente después de dicho acontecimiento la enfermedad adoptó un carácter desolador. A partir de ese momento se tornó general y mortal, lo cual ahora nos autoriza a pensar que, como nos dice el doctor Demeure, hemos llegado al período de la transformación de los habitantes de la Tierra, mediante su adelanto moral.

”A propósito de los calmantes que nos recomienda el doctor Demeure, os referisteis a la castaña de Indias, cuyo uso sería más beneficioso que la quinina, pues esta afecta los órganos cerebrales. Aquí no conocemos esa planta; pero tras la lectura de vuestra carta, en la que se hace mención de esa, el nombre de otra planta vino a mi mente por intuición: el *Croton tiglium*, vulgarmente llamado en Mauricio *Piñón de*

cional como ese, el fracaso no abriría un juicio desfavorable respecto del saber del médico. El espiritismo le presenta a la ciencia médica horizontes completamente nuevos, al demostrar el papel preponderante del elemento espiritual en la salud y en una gran cantidad de afecciones, en las que la medicina fracasa, porque se obstina en buscar su causa solamente en la materia tangible. El conocimiento de la acción del periespíritu en el organismo agregará una nueva rama a la patología, y modificará profundamente el tipo de tratamiento de ciertas enfermedades, cuya verdadera causa ya no será un problema. (N. de Allan Kardec.)

Indias. La utilicé como sudorífico, con mucho éxito; las hojas solamente, porque la semilla es un veneno violento. Os ruego que tengáis la bondad de preguntar al doctor Demeure qué piensa él respecto de esa planta, y si aprueba el uso que hice de ella como calmante, pues comparto plenamente su opinión sobre el carácter de esta extraña enfermedad, que me parece una variante del *ramannenzaa*, o fiebre de Madagascar, salvo por las manifestaciones exteriores”.

Si se pudiera dudar un solo instante de la divulgación universal de la doctrina espírita, esa duda desaparecería al observar a las personas a las que esa doctrina hace felices, los consuelos que brinda, la fuerza y el valor que infunde en los momentos más penosos de la vida, porque es propio de la naturaleza del hombre ir en busca de lo que puede asegurar su felicidad y su tranquilidad. Ese es el más poderoso elemento de propagación del espiritismo, y nadie lo eliminará, salvo que ofrezca más que él. Para nosotros, es una gran satisfacción ver los beneficios que esparce. Cada afligido al que consuela, cada valor abatido al que reconforta, cada progreso moral que se realiza, nos pagan con creces nuestras penas y fatigas; se trata, además, de una satisfacción que nadie puede quitarnos.

Estas cartas, una vez leídas en la Sociedad de París, dieron lugar a las siguientes comunicaciones, que tratan acerca de la cuestión desde el doble punto de vista local y general, material y moral:

(Sociedad de París, 16 de octubre de 1868.)

En todos los tiempos, los grandes cataclismos fisiológicos fueron precedidos por señales manifiestas de la cólera de los dioses. Fenómenos particulares se anticipaban a la irrupción

del mal, como una advertencia con miras a prepararse para el peligro. Esas manifestaciones ocurrieron, en efecto, no como un presagio sobrenatural, sino como síntomas de la inminencia de la perturbación.

Con cuánta razón se os ha dicho, en las crisis aparentemente más anormales que diezman una tras otra las diferentes regiones del globo, que nada se halla librado al acaso. Esas crisis son consecuencia de la influencia recíproca de los mundos y de los elementos (octubre de 1868, pág. 313); están preparadas hace mucho tiempo, y su causa es, por consiguiente, absolutamente normal.

La salud es el resultado del equilibrio de las fuerzas naturales; si una enfermedad epidémica hace estragos en alguna parte, no puede ser sino la consecuencia de una ruptura de ese equilibrio; a eso se debe el estado particular de la atmósfera y los fenómenos singulares que se pueden observar en ella.

Los meteoros conocidos con el nombre de estrellas fugaces están compuestos por elementos materiales, como todo lo que es percibido por los sentidos; solo aparecen debido a la fosforescencia de esos elementos en combustión, y cuya naturaleza especial a veces desarrolla en el aire respirable influencias deletéreas y morbíficas. Las estrellas fugaces eran, respecto de Mauricio, no el presagio, sino la causa secundaria del flagelo. ¿Por qué su acción se ejerció en particular sobre esa región? En primer lugar, porque, como lo dijo muy bien vuestro corresponsal, esa acción es uno de los medios destinados a regenerar la humanidad y la Tierra propiamente dicha, provocando la partida de encarnados y la modificación de los elementos materiales; y también porque, dado que en Mauricio no existen las causas que determinan ese tipo de epidemia en Madagascar, en Senegal y en todas partes donde hacen es-

tragos la fiebre palúdica y la fiebre amarilla, la violencia y la persistencia del mal debían determinar la investigación seria de su fuente, y llamar la atención sobre la parte que podrían tomar en él las influencias de orden *psicológico*.

Los que sobrevivieron, en contacto forzoso con los enfermos y los moribundos, fueron testigos de escenas acerca de las cuales no repararon al principio, pero que recordarán cuando vuelva la calma, y que sólo la ciencia espírita puede explicar. Los casos de apariciones, de comunicaciones con los muertos, de previsiones seguidas de su realización, han sido muy comunes en ese lugar. Una vez superado el desastre, el recuerdo de todos esos hechos surgirá y dará lugar a reflexiones que poco a poco harán que nuestras creencias sean aceptadas.

¡Mauricio habrá de renacer! El año nuevo verá extinguirse el flagelo del que esa isla ha sido víctima, no por efecto de los remedios, sino porque la causa habrá producido su efecto; otros climas sufrirán a su vez la opresión de un mal de la misma naturaleza o de cualquier otra, que provocará los mismos desastres y conducirá a los mismos resultados.

Una epidemia universal habría sembrado el terror en la humanidad entera, y detenido por mucho tiempo el avance de todo progreso; una epidemia limitada, atacando sucesivamente, con múltiples formas, cada centro civilizado, producirá los mismos efectos saludables y regeneradores, pero dejará intactos los medios de acción de que la ciencia dispone. Los que mueren son víctimas de la impotencia; pero los que ven la muerte en su puerta buscan nuevos medios de combatirla. El peligro estimula la inventiva; y cuando todos los medios materiales se hayan agotado, cada uno se verá obligado a rogar la salvación a los medios espirituales.

No cabe duda de que es aterrador pensar en peligros de esa naturaleza, pero dado que son necesarios y que solo redundarán en dichas consecuencias, es preferible, en vez de esperarlos temblando, prepararse para enfrentarlos sin miedo, sean cuales fueren los resultados. Para el materialista, será la muerte espantosa y, por consiguiente, la nada. Para el espiritualista, y en particular para el espírita, ¡qué importa lo que sucederá! Si logra escapar del peligro, la prueba siempre lo hallará inquebrantable; si muere, lo que conoce acerca de la otra vida le permitirá encarar el pasaje sin palidecer.

Así pues, preparaos para todo, y cualesquiera que sean la hora y la naturaleza del peligro, compenetraos de esta verdad: la muerte no es más que una palabra vana, y no existe padecimiento alguno al que las fuerzas humanas no puedan dominar. Aquellos para quienes el mal resulte insoportable, serán los únicos que lo habrán recibido con una sonrisa en los labios y la despreocupación en el corazón, es decir, que se consideraron fuertes en su incredulidad.

CLÉLIE DUPLANTIER

(Sociedad de París, 23 de octubre de 1868.)

El *crotón tiglium* sin duda puede emplearse con éxito, sobre todo en dosis homeopáticas, para calmar los calambres y restablecer la circulación normal del fluido nervioso; también se puede usar de manera local, friccionando la piel con una infusión suave, pero no sería prudente generalizar su uso. No se trata de un medicamento aplicable a todas las enfermedades, ni en todas las etapas de la enfermedad. En caso de que

fuera de uso público, sólo debería ser aplicado por indicación de personas que puedan comprobar su utilidad y evaluar sus efectos; de lo contrario, quien ya hubiese experimentado su acción saludable, podría, en un caso determinado, ser completamente insensible a él, o incluso experimentar sus inconvenientes. No se trata de uno de esos medicamentos neutros, que no causan mal alguno cuando no producen el bien. Sólo debe emplearse en casos especiales y con la orientación de personas que tengan conocimientos suficientes para dirigir su acción.

Por otra parte, espero que no sea necesario probar su eficacia, y que una época más tranquila se prepare para los desdichados habitantes de Mauricio. Aún no se han liberado, ni mucho menos; pero, salvo excepciones, en general los ataques no son mortales, a menos que incidentes de otra naturaleza les asignen un carácter particularmente grave. La enfermedad en sí llega a su fin. La isla ingresa en un periodo de convalecencia; puede haber algunas pequeñas recidivas, pero tengo motivos para creer que a partir de ahora la epidemia disminuirá hasta la completa extinción de los síntomas que la caracterizan.

Con todo, ¿cuál será su influencia en los habitantes de Mauricio que hayan sobrevivido al desastre? ¿Qué consecuencias extraerán de las manifestaciones de todo tipo, de las que fueron testigos involuntarios? Las apariciones, de las que muchos fueron objeto, ¿producirán el efecto que de ellas tenemos derecho a esperar? Las decisiones tomadas por imperio del miedo, del remordimiento y los reproches de una conciencia perturbada, ¿no quedarán reducidas a la nada cuando renazca la tranquilidad?

Sería deseable que el recuerdo de esas escenas lúgubres se grabara de modo indeleble en sus almas, y los obligara a mo-

dificar su conducta, reformando sus creencias; porque ellos deben estar muy persuadidos de que el equilibrio solamente se restablecerá de manera completa cuando los Espíritus se encuentren suficientemente despojado de su iniquidad, a fin de que la atmósfera sea purificada de los miasmas deletéreos que provocaron el surgimiento y el desarrollo de ese mal.

Cada día que pasa ingresamos un poco más en el período transitorio, que debe llevar a la transformación orgánica de la Tierra y a la regeneración de sus habitantes. Los flagelos son los instrumentos de los que se vale el gran cirujano del universo para extirpar del mundo, destinado a marchar hacia adelante, los elementos gangrenados que en él provocarían desórdenes incompatibles con su nuevo estado. Cada órgano, o mejor dicho cada región, se verán afectados uno tras otro por flagelos de diversas naturalezas. Aquí, la epidemia con todas sus formas; en otras partes, la guerra, el hambre. Cada uno debe, pues, prepararse para soportar la prueba en las mejores condiciones posibles, mejorándose e instruyéndose, a fin de que no sea sorprendido de improviso. Algunas regiones ya fueron probadas, pero sus habitantes estarían completamente equivocados si, confiados en la era de calma que habrá de suceder a la tempestad, volvieran a caer en sus antiguos errores. Se trata de un pequeño respiro, que se les concede para que ingresen en un camino mejor. Si no lo aprovechan, el instrumento de muerte los probará hasta que se arrepientan. Bienaventurados aquellos a quienes la prueba les llegó en primer lugar, porque de ese modo, para que se instruyan, no sólo contarán con los males que han sufrido, sino también con el espectáculo de aquellos males con los que sus hermanos en humanidad serán heridos a su vez. Esperamos que ese ejemplo les resulte saludable, y que ingresen sin dudar en el

camino nuevo, que les permitirá marchar de acuerdo con el progreso.

Sería deseable que los habitantes de Mauricio no sean los últimos en aprovechar la severa lección que han recibido.

DOCTOR DEMEURE

EL ESPIRITISMO EN TODAS PARTES

La amistad después de la muerte

por la señora Rowe

Nada es más instructivo y al mismo tiempo más concluyente a favor del espiritismo, que ver que las ideas en las que se apoya son profesadas por personas ajenas a la doctrina, e incluso antes de que esta aparezca. Uno de nuestros corresponsales de Amberes, que ya nos ha remitido valiosos documentos al respecto, nos envía el siguiente fragmento de una obra inglesa, cuya traducción, hecha a partir de la quinta edición, fue publicada en Ámsterdam, en 1753. Nunca, tal vez, los principios del espiritismo han sido formulados con tanta precisión. Se titula:

La amistad después de la muerte - contiene cartas de los muertos a los vivos; por la señora Rowe.

Página 7.- Los Espíritus bienaventurados conservan su interés en la felicidad de los mortales, y *visitan con frecuencia a sus amigos*. Incluso podrían aparecerse ante ellos, en caso

de que las leyes del mundo material no se los impidieran. El esplendor de sus *vehículos*⁴⁴, así como el dominio que ejercen sobre las potencias que gobiernan las cosas materiales y sobre los órganos de la visión, podrían fácilmente servirles para hacerse visibles. A menudo nos parece una especie de milagro el hecho de que no nos percibáis, porque no estamos alejados de vosotros respecto del lugar que ocupamos, sino apenas por la diferencia de estado en que nos encontramos.

Página 12, *carta III: de un hijo único, muerto a los dos años, a su madre.*- A partir del momento en que mi alma se liberó de su incómoda prisión, descubrí que yo era un ser activo y racional. Asombrado de ver que llorabas ante ese pequeño cuerpo, apenas capaz de respirar, que yo acababa de hacer a un lado, y respecto del cual me sentía encantado de deshacerme, me pareció que estabas enojada por mi dichosa liberación. Descubrí una proporción tan justa, tanta agilidad, y una luz tan brillante en el nuevo vehículo que acompañaba a mi Espíritu, que no podía dejar de sorprenderme ante el hecho de que te afligiera la feliz transformación que yo había experimentado. Entonces yo conocía tan poco la diferencia entre los cuerpos materiales y los inmateriales, que me consideraba tan visible para ti como tú lo eras para mí.

Página 37, *carta VIII.*- Los genios celestiales que cuidan de ti no han descuidado nada durante tu sueño, a fin de arrancar de tu corazón ese impío propósito. Algunas veces te condujeron a lugares cubiertos por una sombra lúgubre; y ahí escuchaste los lamentos amargos de los Espíritus desdichados. Otras veces, las recompensas de la constancia y de la resigna-

44. Más adelante se verá que con la palabra *vehículo* el autor se refiere al cuerpo fluídico.

ción desplegaron ante tus ojos la gloria que te espera, en caso de que, fiel a tu deber, te vincules pacientemente con la virtud.

Página 50, *carta X*.- Mi querida Leonora, ¿cómo pudiste tenerme miedo? Cuando yo era mortal, es decir, capaz de locura y de error, nunca te hice mal; mucho menos te lo haría en el estado de perfección y de felicidad en que me encuentro. No queda la menor mancha de vicio ni de maldad en los Espíritus virtuosos; desde que abandonaron su prisión terrenal, todo en ellos es amable y benéfico; el interés que mantienen por la felicidad de los mortales es infinitamente más tierno y más puro que antes.

El miedo que a menudo se siente en el mundo respecto de nosotros nos parecería increíble si no nos acordáramos de nuestras locuras y nuestros prejuicios; pero no hacemos otra cosa más que bromear con vuestros ridículos temores. ¿Acaso no tendríais más razón de temeros a vosotros mismos y de huir unos de otros, en vez de temernos a nosotros, que no tenemos el poder ni la voluntad de inquietaros? Mientras ignoráis a vuestros benefactores, trabajamos para desviar mil peligros que os amenazan, así como para adelantar vuestros intereses con el ardor más generoso. Si vuestros órganos estuvieran perfeccionados, y si vuestras percepciones hubieran alcanzado el elevado nivel de delicadeza al que llegarán un día, entonces sabríais que los Espíritus etéreos, adornados con la flor de una belleza divina y una vida inmortal, no han sido hechos para causar en vosotros el terror, sino el amor y los placeres. Quisiera curaros de vuestras injustas prevenciones, reconciliándoos con la sociedad de los Espíritus, a fin de que estéis en mejores condiciones para que os advirtamos acerca de los peligros y los riesgos que amenazan vuestra juventud.

Página 54, *carta XI*.- Tu recuperación sorprende a los propios ángeles, quienes, si bien ignoran los diversos límites que el soberano dispensador puso a la vida humana, a menudo no dejan de hacer justas conjeturas sobre el curso de las causas secundarias, así como sobre el período de la vida de los humanos.

Página 68, *carta XIV*.- Desde que dejé el mundo, muchas veces he tenido la dicha de ocupar el lugar de tu ángel de la guarda. Testigo invisible de las lágrimas que mi muerte te ha hecho derramar, finalmente él me permitió aliviar tus dolores, enseñándote que soy feliz.

Página 73, *carta XVI*.- Dado que los seres inmateriales pueden mezclarse entre las personas sin que estas los perciban, la noche pasada sentí la curiosidad de descubrir tus pensamientos acerca de lo que te había ocurrido la noche anterior. Con ese fin, me encontraba en medio de la reunión en la que participabas. Ahí escuché que hacías bromas con algunos de tus amigos familiares a propósito del poder de la prevención y de la fuerza de tu imaginación. Con todo, milord, no eres tan visionario y tan extravagante como dices. No hay nada más real que lo que has visto y oído, y debes creer en tus sentidos; de lo contrario, haces que degeneren en vicio tu desconfianza y tu modestia. Mi querido hermano, apenas te quedan algunas semanas de vida; tus días están contados. Se me ha dado permiso –lo que ocurre rara vez– para darte algún aviso acerca de tu destino, que se aproxima. Tu vida –yo lo sé– no se vio mancillada con ninguna acción baja o injusta; sin embargo, aparecen en tus costumbres algunas liviandades que requieren de tu parte una pronta y sincera reforma. Faltas, que al principio parecen una bagatela, degeneran en crímenes enormes.

Epístola dedicatoria, página 27.- La Tierra en la que habitáis sería una morada deliciosa si todos los hombres, llenos de estima mediante la virtud, practicaran fielmente las santas máximas. Considerad, pues, nuestra extrema felicidad, dado que, al mismo tiempo que aprovechamos todas las ventajas de una virtud generosa y perfecta, sentimos placeres tan superiores a los que vosotros disfrutáis, como el Cielo lo es respecto de la Tierra, la eternidad respecto del tiempo, y lo infinito respecto de lo finito. Los mundanos son incapaces de disfrutar esas delicias. ¿Qué clase de placer encontraría en nuestras augustas reuniones un voluptuoso? En ellas, el vino y la carne están prohibidos, y el envidioso se secaría de dolor al contemplar nuestra felicidad; el avaro no encontraría riquezas; el jugador ocioso se aburriría mortalmente por no saber cómo matar el tiempo. ¿De qué manera un alma interesada hallaría placer en la amistad tierna y sincera que se puede considerar una de las principales ventajas que poseemos en el Cielo? Es la verdadera morada de la amistad.

El traductor dice, en su prefacio, página 7:

“Espero que la lectura de su libro pueda conducir hacia la religión cristiana a determinada clase de personas, cuyo número no es demasiado grande en este reino, y que, sin tomar en cuenta los principios de la religión natural y revelada, tratan la inmortalidad del alma como una pura quimera. Nuestra autora se dedica principalmente a fundar la certeza de esa inmortalidad”.

Página 9.- “Ella no escribía propiamente para los filósofos incrédulos, sino –como hemos dicho– para determinada clase de personas, muy numerosas en la alta sociedad, las cuales, ocupadas por completo con las diversiones frívolas del siglo, habían descubierto *el arte funesto de olvidar la inmortalidad*

del alma, de aturdirse sobre las verdades de la fe, y de alejar de su mente ideas tan consoladoras. Así pues, para cumplir tal propósito, le bastó con inventar esa especie de cuentos y apólogos repletos de fuertes trazos, etc.”

Observación: Parece que el traductor no cree en la comunicación de los Espíritus, pues piensa que los relatos de la señora Rowe son cuentos o apólogos inventados por la autora para respaldar su tesis. No obstante, el libro le pareció tan útil, que lo considera capaz de conducir a los incrédulos hacia la fe en la inmortalidad del alma. Con todo, en eso hay una singular contradicción, dado que, para demostrar que algo existe, hace falta mostrar la realidad y no una ficción. Ahora bien, precisamente el abuso de las ficciones es lo que ha destruido la fe de los incrédulos. El simple buen sentido indica que no es mediante una novela sobre la inmortalidad, por más ingeniosa que sea, como se demostrará la inmortalidad. Si en nuestros días las manifestaciones de los Espíritus combaten la incredulidad con tanto éxito, es porque son una realidad.

De acuerdo con la plena concordancia de forma y de fondo que existe entre las ideas desarrolladas en el libro de la señora Rowe y la actual enseñanza de los Espíritus, no podemos dudar de que lo que ella escribió sea el producto de comunicaciones reales.

¿Cómo es posible que un libro tan particular, susceptible de despertar la curiosidad en el más alto grado, bastante difundido, ya que había llegado a la quinta edición y estaba traducido, haya causado tan poca sensación, y que una idea tan consoladora, tan racional y fecunda en resultados, haya quedado en estado de letra muerta, mientras que en nuestros días bastó con algunos años para que diera la vuelta al mundo? Podríamos decir lo mismo de un sinfín de invenciones y descubrimientos valiosos,

que caen en el olvido a poco de su aparición, pero que florecen algunos siglos después, cuando se hace sentir su necesidad. Se trata de la confirmación de ese principio según el cual las mejores ideas son abortadas cuando llegan prematuramente, antes de que las mentes se hallen maduras para aceptarlas.

Hemos dicho reiteradamente que si el espiritismo hubiera llegado un siglo antes no habría tenido ningún éxito; y aquí está la demostración evidente, porque este libro contiene sin duda el más puro y profundo espiritismo. Para que se lo pudiera comprender y valorar, hicieron falta las crisis morales que el espíritu humano sufre desde hace un siglo, y que le enseñaron a cuestionar sus creencias; pero también fue preciso que el nihilismo, en sus diversas formas, como transición entre la fe ciega y la fe razonada, demostrara su impotencia para satisfacer las necesidades sociales y las legítimas aspiraciones de la humanidad. La rápida propagación del espiritismo en nuestra época demuestra que este llegó en el momento oportuno.

Si aún hoy vemos personas que tienen ante los ojos todas las pruebas —materiales y morales— de la realidad de los hechos espíritas, y a pesar de eso se niegan a la evidencia y al razonamiento, con mayor razón habríamos de encontrar muchas más hace un siglo. Sucede que su espíritu aún no es apto para asimilar ese orden de ideas. Ven, oyen, pero no comprenden, lo cual no revela falta de inteligencia, sino la ausencia de una aptitud especial. Son como las personas que, pese a ser muy inteligentes, carecen de sentido musical para comprender y sentir las bellezas de la música. Esto es lo que debe entenderse cuando decimos que no les ha llegado el momento.



La cabaña del tío Tom

por la señora Beecher Stowe

Leemos lo que sigue en el segundo volumen de esta obra, que obtuvo el éxito popular en ambos mundos:

Página 10.- Mi padre era un aristócrata. Creo que *en alguna existencia anterior* debió haber pertenecido a las clases más altas de la sociedad, y que en la actual había llevado consigo todo el orgullo de su antigua casta; porque ese orgullo era inherente a él; estaba en la médula de sus huesos, a pesar de que pertenecía a una familia pobre y plebeya.

Página 128. - Evidentemente, las palabras que él había cantado esa noche atravesaron su espíritu; eran palabras de súplica, dirigidas a la infinita misericordia. Sus labios se movían débilmente, y con escasos intervalos se escapaba una palabra.- Su espíritu delira -dijo el médico-. -No, él vuelve en sí -dijo Saint Clare con energía-.

Ese esfuerzo lo agotó. La palidez de la muerte se extendió en su rostro, pero con ella surgió una admirable expresión de paz, como si algún Espíritu misericordioso lo hubiera abrigado con sus alas. Parecía un niño dormido por el cansancio.

Se mantuvo así unos instantes; una mano todopoderosa descansaba sobre él. No obstante, en el momento en que el Espíritu iba a emprender su vuelo, abrió los ojos, iluminado de repente por un brillo de alegría, como si hubiera reconocido a un ser amado, y entonces murmuró: “¡Madre...!”; Su alma se había elevado!

Página 200.- ¡Oh! ¡Hasta qué punto el alma perversa se atreve a ingresar en este mundo tenebroso del sueño, cuyos

límites inciertos se asemejan tanto a las escenas aterradoras y misteriosas de la retribución!

Observación: En el primer fragmento es imposible expresar con mayor claridad la idea de la reencarnación, del origen de nuestras inclinaciones y de la expiación que se sufre en las existencias posteriores, ya que en él se afirma que el que ha sido rico y poderoso puede llegar a renacer en la pobreza. Es notable que esta obra se haya publicada en Estados Unidos, donde el principio de la pluralidad de existencias terrestres ha sido rechazado hace mucho tiempo. La obra apareció hacia 1850, en la época de las primeras manifestaciones espíritas, cuando la doctrina de la reencarnación aún no había sido proclamada en Europa. Así pues, la señora Beecher Stowe la había extraído de su propia intuición. Ella encuentra en esa doctrina la única razón plausible de las aptitudes y las tendencias innatas.

El segundo fragmento citado es un retrato del alma que entrevé el mundo de los Espíritus en el momento de su liberación.

El pecado original según el judaísmo

Puede resultar interesante, para quienes lo ignoran, conocer la doctrina de los judíos acerca del pecado original. Hemos tomado la siguiente explicación del periódico israelita *La familia de Jacob*, que se publica en Aviñón bajo la dirección del gran rabino Benjamín Massé; en el número de julio de 1868.

“El dogma del pecado original está lejos de formar parte de los principios del judaísmo. La leyenda profunda que relata el Talmud (Nidá XXXI, 2), según la cual los ángeles toman juramento al alma humana –en el momento en que esta va a encarnarse en un cuerpo terrestre– para que se mantenga pura durante su estadía en este planeta, a fin de que retorne pura ante el Creador, es una poética afirmación de nuestra inocencia nativa y de nuestra independencia moral respecto de la falta de nuestros primeros padres. Esa afirmación, contenida en nuestros libros tradicionales, se halla en consonancia con el verdadero espíritu del judaísmo.

”Para definir el dogma del pecado original, nos bastará con decir que se toma al pie de la letra el relato del *Génesis*, cuyo carácter legendario se desconoce, y que, partiendo de ese punto de vista erróneo, se aceptan ciegamente todas las consecuencias que resultan de él, sin tomar en cuenta su incompatibilidad con la naturaleza humana y con los atributos necesarios y eternos que la razón confiere a la naturaleza divina.

”Esclavos de la letra, algunos afirman que la primera mujer fue seducida por la serpiente, de modo que comió de un fruto prohibido por Dios, e hizo que su esposo lo comiera, y que, por ese acto de abierta rebeldía contra la voluntad divina, el primer hombre y la primera mujer incurrieron en la maldición del Cielo, no sólo para ellos, sino para sus hijos, para su raza, para la humanidad entera, la humanidad cómplice, sea cual fuere la distancia en el tiempo que la separe de los culpables, cómplice de su crimen, del cual es, por consiguiente, responsable en todos sus miembros presentes y por venir.

”Según esa doctrina, la caída y la condena de nuestros primeros padres han sido una caída y una condena para su posteridad. De ahí resultan los innumerables males del género

humano, que no habrían tenido fin de no ser por la mediación de un Redentor tan incomprensible como el crimen y la condena que lo invocan. Así como el pecado de uno solo fue cometido por todos, la expiación de uno solo será la expiación de todos. La humanidad, perdida por uno solo, será salvada por uno solo. La redención es la consecuencia inevitable del pecado original.

”Se comprende el hecho de que no discutamos esas premisas y sus consecuencias, que para nosotros no son aceptables, tanto desde el punto de vista dogmático como desde el moral.

”Nuestra razón y nuestra conciencia nunca se adaptarán a una doctrina que suprime la personalidad humana y la justicia divina, y que, para explicar sus pretensiones, nos hace vivir a todos juntos tanto en el alma como en el cuerpo del primer hombre, enseñándonos que, por más numerosos que seamos en la sucesión de los siglos, formamos parte de Adán en espíritu y en materia, que tomamos parte en su crimen, y que debemos tener nuestra parte en su condena.

”El sentimiento profundo de nuestra libertad moral se resiste a esa asimilación fatal, que nos quitaría la iniciativa, que nos encadenaría —a pesar de nosotros mismos— a un pecado distante, misterioso, del que no tenemos conciencia, y que nos haría padecer un castigo ineficaz, dado que, desde nuestro punto de vista, no sería merecido.

”La idea indefectible y universal que tenemos de la justicia del Creador, se resiste aún más enérgicamente a creer que los seres libres, creados sucesivamente por Dios en la continuación de los siglos, sean partícipes de la falta de uno solo.

”Si Adán y Eva pecaron, solamente a ellos les cabe la responsabilidad de su error, su proscripción, su expiación, su re-

dención por medio de su esfuerzo personal para reconquistar su nobleza. Pero nosotros, que vinimos después de ellos, que al igual que ellos fuimos objeto de un acto idéntico por parte del poder creador, y que en ese sentido debemos valer lo mismo que nuestro primer padre a los ojos de nuestro Creador, nacemos con nuestra pureza y nuestra inocencia, de la que somos los únicos dueños, los únicos depositarios, y cuya pérdida o conservación no dependen absolutamente más que de nuestra voluntad, de las determinaciones de nuestro libre albedrío.

”Tal es, sobre este punto, la doctrina del judaísmo, que no podría admitir nada que no estuviera conforme a nuestra conciencia esclarecida por la razón.”

B. M.

El pasatiempo de un espírita en el desierto

Reproducimos, sin comentarios, los siguientes pasajes de una carta que en el mes de marzo último nos escribió uno de nuestros corresponsales, capitán del ejército en África.

”El espiritismo se difunde por el norte de África, y llegará hasta el centro si los franceses se dirigen hacia allí. Ya ingresa en Laghouat, en los márgenes del Sahara, a 33 grados de latitud. He prestado vuestros libros; algunos de mis camaradas los han leído; hemos discutido al respecto, y la fuerza y la razón quedaron del lado de la doctrina.

”Hace algunos años me dedico al estudio de la anatomía, la fisiología y la psicología comparadas. La misma corriente

de ideas me ha llevado al estudio de los animales. Mediante la observación, he podido darme cuenta de que todos los órganos y los sistemas se simplifican al descender por las razas y las especies inferiores. ¡Cuán bella es la naturaleza para estudiarla! ¡Se siente la presencia del espíritu en todas partes! A veces sigo durante largas horas los hábitos y los movimientos de la vida de los insectos y los reptiles de estas regiones; observo sus luchas, sus esfuerzos, sus artimañas para asegurarse la existencia; contemplo la batalla de las especies. El Sahara, en cuyos márgenes estamos acampando hace más de un año, si bien tan desierto para mis camaradas, a mí me parece muy poblado; donde ellos encuentran el exilio, ¡yo encuentro la libertad! Porque sé que Dios está en todas partes, y que cada uno lleva la felicidad en sí mismo. Ya sea que me encuentre en el polo o en el ecuador, mis amigos del espacio me seguirán, y sé que los queridos invisibles pueden poblar las más tristes soledades. No es que yo desdeñe la sociedad de mis semejantes, ni que sea indiferente a los afectos que conservo en Francia, ¡oh no! Me muero por volver a ver y abrazar a mi familia y a todos los que quiero, pero es solamente para dar testimonio de que se puede ser feliz en cualquier punto del globo en que uno se encuentre, cuando se toma a Dios por guía. Para el espírita nunca hay aislamiento, pues él se sabe y se siente constantemente rodeado de seres bondadosos, con los cuales se mantiene en comunión de pensamientos.

”Vuestra última obra, *La génesis*, que acabo de leer, y en varios capítulos en los que me detuve particularmente, nos revela los misterios de la creación y da un golpe terrible a los prejuicios. Esa lectura me ha hecho un bien inmenso y me abrió nuevos horizontes. Yo ya comprendía nuestro origen, y veía en mi cuerpo material el último eslabón de la animalidad

en la Tierra; sabía que el espíritu, durante su gestación corporal, toma una parte activa en la construcción de su nido, y adapta su envoltura a sus nuevas necesidades. Esta teoría del origen del hombre podrá parecer a los orgullosos un atentado a la grandeza y a la dignidad humana, pero será aceptada en el futuro, debido a su simplicidad y a su amplitud sorprendente.

”En efecto, la geología nos permite leer en el gran libro de la naturaleza. Gracias a ella, vemos que las especies de la actualidad tendrían por abuelos a las especies cuyos restos se encuentran en las capas terrestres; ya no se puede negar que hay una progresión continua en el desarrollo de las formas orgánicas, cuando vemos que los tipos más simples aparecen primero. Esos tipos han sido modificados por los instintos de los propios animales, provistos de órganos adecuados a sus nuevas necesidades y a su desarrollo. Por otra parte, la naturaleza cambia los tipos cuando la necesidad se hace sentir; la vida multiplica gradualmente sus órganos y los especializa. Las especies provienen unas de otras, sin que sea necesaria una intervención milagrosa. Adán no salió armado con todas las piezas de las manos del Creador. No cabe duda de que un chimpancé lo dio a luz.

”Las especies no son absolutamente independientes unas de otras; se relacionan mediante una filiación secreta, e incluso se las puede considerar solidarias hasta la humanidad. Como vos lo decís tan sabiamente, desde el zoófito hasta el hombre hay una cadena en la que todos los eslabones tienen un punto de contacto con el eslabón precedente. Y así como el espíritu sube y no puede permanecer estacionario, así también el instinto del animal progresa, y cada encarnación hace que suba un nivel en la escala de los seres. Las fases de esa metamorfosis se cuentan de a miles de eslabones, y las formas

rudimentarias, de las cuales algunas muestras se encuentran en los terrenos silurianos, nos dicen por dónde pasó la animalidad.

”Ya no debe haber un velo entre la naturaleza y el hombre, y nada debe permanecer oculto. La Tierra es nuestro dominio: nos compete estudiar sus leyes; la ignorancia y la pereza han creado los misterios. ¡Cuánto más grande nos resulta Dios en la armonía y la unidad de sus leyes!

”Compadezco sinceramente a las personas que se aburren, porque demuestran que no piensan en nadie, y que su espíritu está vacío como el estómago del individuo que tiene hambre.”

Un fenómeno de lingüística

“El *Quarterly Journal of Psychological Medicine* [Revista trimestral de medicina psicológica] publica un relato muy curioso acerca de una niña que sustituyó la lengua hablada en su entorno por una serie de nombres y verbos, formando un idioma del que se sirve y no se la puede desacostumbrar.

”La niña tiene actualmente casi cinco años. No habló hasta los tres años, y solo sabía pronunciar las palabras *papá* y *mamá*. Cerca de los cuatro años, su lengua se destrabó de repente, y hoy habla con toda la facilidad y la elocuencia propias de su edad. No obstante, de todo lo que dice, solamente las palabras *papá* y *mamá*, que aprendió al principio, fueron tomadas de la lengua inglesa. El resto surgió de su pequeño cerebro y de sus pequeños labios, y no mantiene relación al-

guna con esa corrupción de palabras de que se valen los niños que juegan habitualmente con ella.

”En su diccionario, *Gaan* significa *God* (Dios); *migno-migno*, *water* (agua); *odo*, *to send for* o *take away* (enviar o retirar), según la ubique en la frase; *gar*, *horse* (caballo).

”Un día —dice el Dr. Hun— comenzó a llover. Pidieron a la niña que entrara a la casa y le prohibieron salir antes de que la lluvia cesara. Ella se ubicó junto a la ventana, y dijo:

”—*Gaan odo migno-migo, feu odo* (Dios, retira la lluvia, trae el fuego del sol).

”La palabra *feu*, aplicada en el mismo sentido que en la lengua a la que pertenezco, me impactó. Supe que la niña nunca había oído hablar francés, cosa muy singular, y que sería interesante constatar bien, porque la niña había tomado varias palabras de la lengua francesa, tales como *tout*, *moi* y la negación *ne pas*.

”La niña tiene un hermano, dieciocho meses mayor que ella. La niña le enseñó su lengua, sin valerse de ninguna de las palabras que él utiliza.

”Sus padres están muy angustiados por ese pequeño fenómeno. Muchas veces intentaron enseñarle inglés, darle el nombre inglés de las cosas que la niña designa de otro modo en su idioma, pero ella se negó terminantemente. Intentaron alejarla de los niños de su edad, y ponerla en comunicación con personas adultas que hablaban inglés y no conocían nada de su pequeña jerigonza. Era de esperar que una niña que se mostraba tan ávida de comunicar sus pensamientos como de inventar una nueva lengua, intentara aprender el inglés cuando estuviera con personas que solamente hablaban esa lengua. Pero no dio resultado.

”Cuando se encuentra con personas que no suele ver, de inmediato se pone a enseñarles su lengua; y al menos por ahora, los padres renunciaron a desacostumbrarla.”

Este hecho fue discutido en la *Sociedad Espírita de París*, y un Espíritu lo explicó en la siguiente comunicación:

(Sociedad de París, 9 de octubre de 1868.

Médium: Sr. Nivard.)

El fenómeno de la niña inglesa, que habla una lengua desconocida por quienes la rodean y que se resiste a utilizar la de ellos, es el hecho más extraordinario que se haya producido en siglos.

Hechos sorprendentes han ocurrido en todos los tiempos, en todas las épocas, y han dejado perplejos a los hombres, si bien los había similares o parecidos. Es cierto que eso no los explicaba, pero se los veía con menos sorpresa. Este del que se trata, tal vez sea único en su género. La explicación que se puede dar no es más fácil ni más difícil que las otras, pero su singularidad es impactante: eso es lo esencial.

Usé la palabra *impactante*; y me refiero, no a la causa, sino a la razón del fenómeno. Impacta por lo asombroso, y por eso se produjo. Actualmente, el progreso ha dado varios pasos, de modo que no bastará con hablar del hecho como se habla de la lluvia o del buen tiempo; se quiere descubrir su causa. Los médicos no tienen nada que ver con eso; la fisiología es ajena a esa singularidad; si la niña fuera muda, o apenas pudiera articular con dificultad algunas palabras, que no serían comprendidas a causa de la insuficiencia de sus órganos vocales, los científicos dirían que eso se debe a las malas disposiciones fisiológicas y que, al hacer que desaparezcan esas malas dispo-

siciones, la niña quedaría en libertad para hacer uso de la palabra. Pero este no es el caso. Por el contrario, la niña es locuaz, charlatana; habla con facilidad, llama a las cosas a su manera, las expresa como le conviene, y va más allá: enseña su lengua a sus compañeros, cuando está probado que no les puede enseñar su lengua materna y que tampoco quiere prestarse a eso.

La psicología es, pues, la única ciencia en la que debe buscarse la explicación de este hecho. La razón, el fin específico, acabo de señalarlo: era necesario impactar a los espíritus y estimularlos para que investiguen. En cuanto a la causa, haré el intento de daros su explicación.

El Espíritu encarnado en el cuerpo de esa niña ha conocido la lengua o, mejor dicho, las lenguas que habla, pues realiza una combinación. No obstante, esa combinación se lleva a cabo deliberadamente y constituye una lengua, cuyas diversas expresiones son tomadas de las que ese Espíritu conoció en otras encarnaciones. En su última existencia, había tenido la idea de crear una lengua universal, a fin de que los hombres de todas las naciones pudieran entenderse y de ese modo aumentar la facilidad de las relaciones y el progreso humano. Con ese fin, había comenzado a componer dicha lengua, constituida por fragmentos de otras que conocía y que más le gustaban. No conocía la lengua inglesa; había oído hablar a ingleses, pero esa lengua le parecía desagradable y la detestaba. Ya en la erraticidad, el objetivo que se había propuesto en vida continuó ahí; se puso a trabajar y compuso un vocabulario propio. Encarnó entre los ingleses, con el desprecio que sentía por su lengua, y con la firme determinación de no hablarla. Ha tomado posesión de un cuerpo, cuyo organismo flexible le permite cumplir su propósito. Los lazos que lo atan a ese cuerpo son bastante elásticos para mantenerlo en un estado de desprendimiento

parcial, que le permite recordar con bastante claridad su pasado, y lo sostiene en su decisión. Por otro lado, recibe la ayuda de su guía espiritual, que vela para que el fenómeno tenga lugar con regularidad y perseverancia, a fin de que llame la atención de los hombres. Además, el Espíritu encarnado daba su consentimiento para la producción del hecho. Al mismo tiempo que manifiesta su desagrado por la lengua inglesa, cumple la misión de estimular las investigaciones psicológicas.

L. NIVARD, PADRE.

Observación: Si bien esta explicación no se puede demostrar, al menos cuenta para sí con la racionalidad y la probabilidad. Un inglés, que no admite el principio de la pluralidad de las existencias y que no tenía conocimiento de esta comunicación, llevado por la lógica irresistible, dijo, refiriéndose a este hecho, que solo se podría explicar mediante la reencarnación, si fuera cierto que se puede volver a vivir en la Tierra.

Así pues, se trata de un fenómeno que por su propia extrañeza llama la atención y genera la idea de la reencarnación como la única razón plausible que se le puede dar. Antes de que este principio estuviera en la agenda, ese hecho simplemente habría parecido extraño, y no cabe duda de que en tiempos aún más remotos esa niña habría sido vista como embrujada. Incluso no podríamos jurar que en la actualidad esa no sea la opinión de algunas personas. Merece destacarse que ese hecho se produce precisamente en un país que aún es refractario a la idea de la reencarnación, pero hacia la cual será conducido por la fuerza de los acontecimientos.

Música del espacio

Extraído de la carta de un joven a uno de sus amigos, guardia de París:

“Mulhouse, 27 de marzo de 1868.

”Hace aproximadamente cinco años —yo apenas tenía dieciocho e ignoraba hasta el nombre del espiritismo— fui testigo y objeto de un fenómeno extraño, del cual me di cuenta hace solo algunos meses, después de haber leído *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*. Ese fenómeno consistía en una música invisible, que se escuchaba en el ambiente de la sala y acompañaba mi violín, de que tomaba lecciones en esa época. No era una sucesión de sonidos, como los que yo producía con mi instrumento, sino acordes perfectos, cuya armonía era impactante. Se diría que era un arpa tocada con delicadeza y sentimiento. Algunas veces llegamos a ser una docena personas reunidas, y todos sin excepción la escuchábamos. Pero si alguien asistía para escuchar por pura curiosidad, todo cesaba y, cuando el curioso se retiraba, el efecto se reproducía inmediatamente. Recuerdo que el recogimiento contribuía mucho a la intensidad de los sonidos. Lo que el fenómeno tenía de singular es que solamente ocurría entre las cinco de la tarde y las ocho de la noche. No obstante, un domingo, un organillero pasó delante de la casa, alrededor de la una de la tarde, tocando una aria que me llamó la atención; de inmediato, la música invisible se escuchó en la sala, acompañando esa aria.

”En esos momentos yo experimentaba una agitación nerviosa que me fatigaba sensiblemente y hasta me hacía sufrir; era una especie de inquietud; y al mismo tiempo todo mi cuerpo irradiaba un calor que se podía sentir a unos diez centímetros.

”Después de haber leído *El libro de los médiums*, hice el intento de escribir; una fuerza casi irresistible llevaba mi mano de izquierda a derecha con un movimiento febril, acompañado por una gran agitación nerviosa; pero aún no había trazado más que caracteres ininteligibles.”

Cuando tomamos conocimiento de esta carta, escribimos al joven, pidiéndole algunas explicaciones complementarias. Esta es la respuesta a las preguntas que le habíamos formulado, y que permitirán deducir fácilmente lo solicitado.

1.º - El hecho tuvo lugar en Mulhouse, no en mi cuarto, sino en la sala donde yo practicaba la mayoría de las veces, ubicada en una casa vecina, y en compañía de dos amigos, uno de los cuales tocaba la flauta; y el otro, el violín. Este último era quien me daba lecciones. El hecho no se producía en ninguna otra parte.

2.º - Era necesario que yo tocara; y si a veces me detenía demasiado tiempo, se escuchaban varios sonidos y a veces varios acordes, como para invitarme a que continuara. No obstante, el día que esa música se produjo acompañando al organillero, yo no estaba tocando.

3.º - Esa música tenía un carácter bastante acentuado para que pudiera notarse; yo nunca tuve la idea de tocarla.

4.º - Parecía venir de un punto bien determinado, pero que se desplazaba constantemente por la sala; se mantenía fija unos instantes, de modo que se podía señalar con el dedo el lugar de donde provenía. Sin embargo, cuando en ese punto se intentaba descubrir el secreto, de inmediato la música cambiaba de lugar y se fijaba en otro, o se hacía oír en diferentes sectores.

5.º - Ese efecto duró cerca de tres meses, a partir de febrero de 1862. Así se detuvo:

Un día estábamos reunidos mi patrón, otro empleado y yo. Hablábamos de todo un poco, hasta que mi patrón, sin preámbulos, me preguntó si creía en los fantasmas. Le respondí que no. Pero continuó interrogándome, y entonces decidí contarle lo que sucedía. Él me escuchaba con mucha admiración. Cuando terminé, me tocó el hombro y dijo: “Hablaré de tu caso”. Le contó eso a un médico, que según dicen sabe mucho de Física, y que le explicó el hecho diciendo que yo era un *sensitivo*, un *magnetizado*. En el intento de comprender la cuestión, mi patrón se reunió conmigo en la sala y me pidió que tocara. Accedí, y la música invisible se escuchó durante algunos segundos, con mucha claridad para mí, aunque vagamente para el patrón y los asistentes. Entonces el patrón rogó de todas las formas posibles, pero no pudimos obtener nada más.

El domingo siguiente volví a la sala; aquella en la que la música se había hecho oír acompañando al organillero, sin que yo tocara. Esa fue la última vez; desde entonces no se produjo nada semejante.

Observación: Antes de atribuir un hecho a la intervención de los Espíritus es necesario estudiar cuidadosamente todas las circunstancias. El que se trata aquí reúne todos los caracteres de una manifestación. Es probable que haya sido producido por algún Espíritu que simpatizaba con el joven, a fin de acercarlo a las ideas espíritas y llamar la atención de otras personas hacia este tipo de fenómenos. Pero entonces —se nos preguntará—, ¿por qué ese efecto no se produjo de una manera más rotunda? ¿Por qué, sobre todo, cesó bruscamente? Los Espíritus no están obligados a dar cuenta de todos los motivos que los inducen a actuar. Pero debemos suponer

que lo sucedido les pareció suficiente para causar la impresión que deseaban. Por otra parte, la cesación del fenómeno en el preciso momento en que se pretendía continuarlo debía dar como resultado demostrar que la voluntad del joven no tenía nada que ver con eso, y que no había engaño. Dado que todas las personas que se hallaban presentes oían esa música, queda descartado cualquier efecto de la ilusión o la imaginación, así como la idea de una historia inventada para distraerse. Además, en ese momento el joven no tenía ninguna noción de espiritismo, por lo que no se puede suponer que sufriera la influencia de ideas preconcebidas; sólo después de varios años él pudo explicarse el fenómeno. Muchas personas se encuentran en la misma situación. El espiritismo les recuerda casos que habían perdido de vista y que atribuían a la alucinación, pero que a partir de ahora pueden comprender. Los fenómenos espontáneos son los que podemos denominar *espiritismo experimental natural*.

El espiritualismo y el ideal
en el arte y la poesía de los griegos

por Chassang⁴⁵

Nuestro número de agosto contiene la reproducción de un notable artículo, extraído del periódico *Le Droit* [*El Derecho*] acerca de las funestas consecuencias del materialismo, desde el punto de vista de la legislación y del orden social. Por

45. 1 vol. in-12, 3 fr. 50 c. Didier y Cie. 35, Quai des Augustins.

su parte, el *Patrie* [*Patria*], del 30 de julio de 1868, publicaba la reseña de una obra sobre la influencia del espiritualismo en las artes. Esos dos artículos son el corolario y el complemento uno del otro: en el primero se exponen los peligros del materialismo para la sociedad, y en el segundo se demuestra la necesidad del espiritualismo, sin el cual las artes y la poesía se ven privadas de su elemento vital.

En efecto, lo sublime del arte y de la poesía radica en hablarle al alma, en elevar el pensamiento más allá de la materia que nos oprime, y de la que constantemente aspiramos a liberarnos. No obstante, para hacer que vibren las cuerdas del alma, es preciso tener un alma que vibre al unísono. ¿De qué modo aquel que sólo cree en la materia podría inspirarse y ser intérprete de ideas y sentimientos que están fuera de la materia? Su ideal no levanta los pies de la tierra, y es frío, porque no habla al corazón ni a la inteligencia, sino tan solo a los sentidos materiales. El bello ideal no está en el mundo material, de modo que hace falta buscarlo en el mundo espiritual, que es el mundo de la luz para los ciegos. La incapacidad de alcanzarlo ha creado la escuela realista, que no se aparta de este mundo, porque en él encuentra todo su horizonte. Como lo verdaderamente bello está fuera del alcance de algunos artistas, ellos declaran que lo bello es feo. La fábula del zorro sin cola sigue siendo cierta.

La época en que la fe religiosa era ardiente y sincera es también aquella en la que el arte religioso produjo las más bellas obras; el artista se identificaba con su tema, porque lo veía con los ojos del alma y lo comprendía; representaba su propio pensamiento; pero a medida que la fe lo abandonaba, el genio inspirador se iba con ella. Así pues, no debe sorprendernos

que el arte religioso se encuentre hoy en plena decadencia; no es talento lo que falta, sino sentimiento.

Lo mismo sucede con el ideal en todas las cosas. Las obras de arte cautivan solamente cuando hacen pensar. Podemos admirar el talento plástico del artista, pero este no puede generar en otros un pensamiento que no existe en él; pinta un mundo que no ve, no siente ni comprende: así, a veces incurre en lo grotesco; se nota que apunta al efecto, y que se las ingenia para hacer algo nuevo torturando la forma: eso es todo.

Otro tanto se puede decir de la música moderna; hace mucho ruido, exige del intérprete una gran agilidad de los dedos y de la garganta, una auténtica dislocación; esa música hace vibrar las fibras del oído, pero no las del corazón. Esta tendencia del arte hacia la materialidad ha pervertido el gusto del público, cuya delicadeza del sentido moral se encuentra embotada.⁴⁶

La obra del señor Chassang es la aplicación de esas ideas al arte en general, y al arte griego en particular. Con mucho gusto reproducimos aquí lo que dice acerca de ella el autor de la reseña del *Patrie*, porque es una demostración más de la enérgica reacción que se produce a favor de las ideas espiritualistas, y porque, como hemos dicho, toda defensa del espiritualismo *racional* allana el camino del espiritismo, que es su desarrollo, combatiendo a sus más tenaces adversarios: el materialismo y el fanatismo.

El señor Chassang es el autor de la historia de *Apolonio de Tiana*, cuya reseña hicimos en la *Revista* de octubre de 1862, página 289.

46. Véase la *Revista* de diciembre de 1860, pág. 366; y de enero de 1861, pág. 4: *El arte pagano, el arte cristiano y el arte espírita*.

“Este libro, de un carácter muy especial, no ha sido escrito con motivo de los recientes debates sobre el materialismo, y no cabe duda de que, independientemente de la voluntad del autor, las circunstancias le han dado cierta actualidad. Al escribirlo, el señor Chassang no pretendía hacer una obra de metafísico, sino de simple literato. No obstante, como los grandes temas de la metafísica se hallan eternamente en el orden del día, y como toda obra literaria verdaderamente digna de ese nombre supone siempre algún principio filosófico, este libro, de una inspiración espiritualista muy decidida, se corresponde con las preocupaciones del momento.

”El señor Chassang deja para otros la refutación del materialismo desde el punto de vista filosófico puro. Su tesis es completamente estética. Lo que él pretende demostrar es que la literatura y el arte no están menos interesados que la vida moral en el triunfo de las doctrinas espiritualistas. *Así como el materialismo despoetiza la vida y se entrega al cruel placer de desencantar al hombre, privándolo de toda esperanza, de todo consuelo en medio de los males que lo acosan, del igual modo elimina despiadadamente de la literatura y del arte lo que denomina las ilusiones y las mentiras, y, con el pretexto de la verdad, proclamando el *realismo*, introduce como ley para los artistas y escritores el hecho de no expresar otra cosa más que lo que existe.*

”Las doctrinas espiritualistas, por el contrario, abren en todos los sentidos la vida a las nobles aspiraciones: relacionan al hombre con el futuro y la inmortalidad; dicen al poeta y al artista que hay un bello ideal, respecto del cual las más bellas creaciones humanas no son más que pálidos reflejos, y sobre el cual siempre debe fijar la mira todo el que pretenda encantar a sus contemporáneos y vivir para la posteridad.

”En la introducción, después de haber desarrollado estos datos desde el punto de vista general, el señor Chassang busca la demostración en la más bella de las literaturas y en la mayor de las artes que hayan despertado la admiración de los hombres: en la literatura y en el arte de los antiguos griegos. Para una demostración semejante, un orden riguroso y didáctico sirve más para huir que para buscar; así, después de la introducción, que expone los principios, siguen capítulos que no están estrechamente unidos ni metódicamente vinculados, sino estudios aislados que, en conjunto, se relacionan con el mismo tema, se inspiran en el mismo sentimiento y convergen hacia el mismo objetivo. De ese modo, el libro tiene, al mismo tiempo, unidad en el conjunto y variedad en las partes.

”En primer lugar es un tratado sobre lo que el autor denomina de forma apropiada *espiritualismo popular* en los Antiguos, es decir, las creencias de los Griegos y los Romanos acerca del destino de las almas después de la muerte. Señala que, si bien en esas creencias hay errores evidentes, tales errores se apoyan en la esperanza de otra vida. ¿Acaso el culto de los muertos no contiene, en efecto, implícitamente una profesión de fe espiritualista? La última victoria del materialismo consistiría en suprimirlo, y sus adeptos deberían lógicamente llegar a eso; de otro modo, ¿qué sentido tendría colocar una lápida en la tumba? ¿Qué sentido tendría, sobre todo, rodear la tumba con respeto, si dentro de ella no hay nada? Así se expresa el señor Chassang.”

OCTAVE SACHOT

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

La regeneración de los pueblos de Oriente

Hemos recibido desde Siria una carta muy interesante acerca del estado moral de los pueblos de Oriente, así como de los medios de cooperar en su regeneración. El carácter especial de esta carta no nos permite publicarla en nuestra *Revista*; diremos apenas que nuestro digno corresponsal, iniciado en el conocimiento de los pueblos de Europa, aborda el tema como un profundo filósofo, como un hombre despojado de todo prejuicio sectario, que conoce el terreno y no ignora las dificultades que presenta semejante cuestión.

Él ve en el espiritismo, al que ha estudiado seriamente, un poderoso instrumento para combatir los prejuicios que se oponen a la emancipación moral e intelectual de sus compatriotas, debido incluso a las ideas que constituyen el fondo de sus creencias y a las cuales sería preciso darles una orientación más racional. Con el propósito de contribuir a esa tarea, o al menos para sentar las primeras bases, concibió un proyecto que ha tenido la amabilidad de enviarnos, pidiéndonos que solicitáramos la opinión de los Espíritus buenos.

La comunicación que hemos recibido al respecto es instructiva para todos, sobre todo en las circunstancias actuales, razón por la cual consideramos que era necesario publicarla. Contiene una sabia apreciación de los hechos, así como consejos que otros podrán aprovechar llegado el caso, y que, si se los especializa, también encuentran su aplicación en la manera más provechosa de divulgar el espiritismo.

(París, 18 de septiembre de 1868.)

No solo es Oriente, sino también Europa; el mundo entero es agitado por una sorda fermentación, que la mínima causa puede transformar en una conflagración universal, cuando llegue el momento. Como dice con razón el señor X..., sobre las ruinas se edificarán las cosas nuevas, y antes de que la gran renovación sea un hecho consumado, los trabajos humanos y la intervención de los elementos deben terminar de erradicar del suelo del pensamiento los errores del pasado. Todo contribuye a esa obra inmensa; la hora de la acción se aproxima rápidamente, y es necesario que estimulemos a todas las inteligencias a fin de que se preparen para la lucha. La humanidad deja los pañales para vestirse con el traje viril; se sacude el yugo secular. El momento no podría ser más propicio. Pero no debemos ocultar que la tarea es ruda, y que más de un obrero será destruido por la máquina que él haya puesto en movimiento, por no haber sabido descubrir el freno capaz de dominar el ímpetu de la humanidad tan bruscamente emancipada.

Tener la razón, la verdad para sí, trabajar con miras al bien general, sacrificar el bienestar particular a favor del interés de todos, es bueno, pero no es suficiente. No se puede conceder de repente todas las libertades a un esclavo forjado por los siglos para un yugo severo. Sólo gradualmente, y evaluando la extensión de los márgenes con los progresos inteligentes y, sobretodo, morales de la humanidad, la regeneración podrá realizarse. La tempestad que disipa los miasmas deletéreos con que una región está infectada constituye un cataclismo benéfico; pero la que rompe todos los diques y, sin respetar límite alguno, derriba todo a su paso, es deplorable y no tiene ninguna consecuencia útil. Aumenta las dificultades, en vez de ayudar a que desaparezcan.

Así pues, todos los que desean contribuir útilmente al trabajo regenerador deben, ante todo, preocuparse por la naturaleza de los elementos sobre los cuales pueden obrar, y combinar sus acciones en función del carácter, las costumbres y las creencias de aquellos a los que pretenden transformar. Así, en Oriente, para alcanzar el objetivo que los espíritus de élite persiguen en América y en Europa occidental, es necesario seguir una marcha idéntica en cuanto al conjunto, pero esencialmente diferente en los detalles, es decir que, mediante la siembra de la instrucción, el desarrollo de la moralidad, el combate a los abusos consagrados por el tiempo, se llegará a un mismo resultado, en cualquier parte donde se actúe, pero la elección de los medios, sobre todo, deberá ser determinada por el genio particular de los destinatarios.

El espíritu de reforma sopla en toda Asia; ha dejado restos sangrientos en Siria, en Persia y en todas las regiones cercanas; la idea nueva germinó ahí, regada con la sangre de los mártires. Es necesario aprovechar el impulso dado a las inteligencias, pero evitar que se vuelva a caer en los errores que han provocado esas persecuciones. *No se instruye al hombre chocando de frente contra sus prejuicios, sino rodeándolos, modificando los elementos de su espíritu de una manera graduada de tal modo que él llegue de por sí a renunciar a los errores por los cuales anteriormente habría sacrificado su vida.* No hay que decirle: “Esto es malo; aquello es bueno”, sino conducirlo, mediante la enseñanza literaria y el ejemplo, a que aprecie cada cosa en su verdadero aspecto. No se imponen ideas nuevas a un pueblo. Para que él las acepte sin una perturbación lamentable, es necesario habituarlo poco a poco, haciendo que reconozca sus ventajas, y sólo establecerlas como principios cuando se está seguro de que ellas cuentan de por sí con una considerable mayoría.

Hay mucho que hacer en Oriente, pero la acción exclusiva del hombre sería impotente para realizar una transformación radical. Los acontecimientos que presenciamos contribuirán por una parte a esa transformación. Acostumbrarán a los Orientales a un nuevo género de existencia; minarán desde sus bases los prejuicios que presiden la legislación de la familia. Tan solo después de eso la enseñanza llegará para darles el golpe de gracia.

Aplaudimos con todas nuestras fuerzas la obra del señor X..., así como el ingenio con que ha sido concebida. Le prometemos, además, nuestra asistencia, y le aconsejamos que recurra a nosotros cada vez que enfrente dificultades embarazosas. Que se apresure a poner manos a la obra. ¡Los acontecimientos van de prisa, y su trabajo apenas estará terminado cuando llegue el momento propicio! Que no pierda tiempo y cuente con nuestro apoyo, que se le ha concedido como a todos los que persiguen con desinterés la realización de los designios providenciales.

CLÉLIE DUPLANTIER

La mejor propaganda

(Sociedad de París, 23 de octubre de 1868.

Médium: Sr. Nivard.)

Que esta noche falten médiums no significa que haya escasez de Espíritus. Por el contrario, estos son muy numerosos. Algunos son los que habitualmente acuden a instruirnos o a

instruirse; otros, en gran cantidad, son recién llegados para vosotros. Es cierto que vinieron sin carta de presentación, pero con el consentimiento y la invitación de los Espíritus habituales. Muchos de esos Espíritus están felices de poder asistir a la sesión, y sobre todo porque ven aquí a varios espíritas a los que aman y dirigen, y que han tenido la idea de visitarlos.

Hay muchos espíritas en el mundo, pero su grado de instrucción respecto de la doctrina está lejos de ser suficiente para que se los clasifique como espíritas esclarecidos. Tienen luces, sin duda, pero por lo general les falta la práctica; o si practican, necesitan ser asistidos, a fin de que en los esfuerzos que realizan pongan más convicción y menos entusiasmo. Cuando hablo de la práctica del espiritismo, me refiero a la parte que concierne a la propaganda. Ahora bien, para ejercer con eficacia esa parte, que es más difícil de lo que se supone, hace falta estar bien compenetrado de la filosofía del espiritismo, y también de su parte moral. La parte moral es fácil de conocer, y para eso requiere poco esfuerzo; en cambio, es la más difícil de llevar a la práctica, porque solo el ejemplo puede hacer que se la comprenda bien. Vosotros haréis que la virtud se comprenda mejor si dais el ejemplo que si la definís. Ser virtuoso es hacer que la virtud sea comprendida y amada. No hay nada que discutir con el que hace lo mismo que exhorta a que los otros hagan. Así pues, para la parte moral del espiritismo, no hay ninguna dificultad en la teoría, y mucha en la práctica.

La parte filosófica presenta más dificultades para que se la comprenda y, por consiguiente, requiere más esfuerzo. Los adeptos que pretenden ser militantes deben trabajar para conocerla bien, pues es el arma con la que combatirán con más éxito. Conviene que no se extasíen con los fenómenos materiales, y

que los expliquen sin desarrollarlos tanto. Deben reservar ese desarrollo para el análisis de los hechos de orden inteligente, aunque sin decir demasiado, porque no hay que agotar el entendimiento de las personas que son principiantes en materia de espiritismo. Explicaciones concisas, ejemplos bien escogidos, adaptándose bien al tema que se discute, eso es todo lo que hace falta. No obstante, repito, para ser conciso no se requiere saber menos; para dar ejemplos o explicaciones adecuados al tema es necesario conocer a fondo la filosofía del espiritismo. Esta filosofía está resumida en *El libro de los Espíritus*; y su lado práctico, en *El libro de los médiums*. Si llegáis a conocer bien la sustancia de esas dos obras, que son obra de los Espíritus, sin duda tendréis la dicha de acercar a muchos de vuestros hermanos a esa creencia tan consoladora, y muchos de los que creen serán ubicados en su verdadero terreno: el del amor y la caridad.

Así pues, amigos míos, aquellos de vosotros que deseéis compartir vuestras creencias con vuestros hermanos —y todos debéis desearlo—, aquellos que deseéis invitarlos al banquete de consuelo que el espiritismo ofrece a todos sus hijos, debéis predicar el espiritismo moralmente, practicando su moral; e intelectualmente, esparciendo alrededor vuestro las luces que habéis obtenido u obtendréis en las comunicaciones de los Espíritus.

Todo eso es fácil; basta con quererlo. ¡Bien! Mis queridos amigos, en nombre de vuestra felicidad, de vuestra tranquilidad, en nombre de la unión y de la caridad, os exhorto a que lo queráis.

Un Espiritu

El verdadero recogimiento

(Sociedad de París, 16 de octubre de 1868.

Médium: Sr. Bertrand.)

Si pudierais ver el recogimiento de los Espíritus de todas las categorías, que asisten a vuestras sesiones, durante la lectura de vuestras plegarias, no sólo quedarías impactados, sino también avergonzados, al descubrir que vuestro recogimiento, que califico apenas como silencio, está muy lejos de aproximarse al de los Espíritus, buen número de los cuales es inferior a vosotros. Lo que vosotros llamáis recogerse, durante la lectura de vuestras bellas plegarias, consiste en observar un silencio que nadie perturba. No obstante, si bien vuestros labios no se mueven, y vuestro cuerpo se mantiene inmóvil, vuestro Espíritu divaga y hace a un lado las sublimes palabras que deberíais pronunciar desde lo más profundo de vuestro corazón, asimilándolas con el pensamiento.

Vuestra materia guarda silencio; eso es cierto, pues decir lo contrario sería injuriaros; pero vuestro Espíritu charlatán no lo hace, y en ese momento perturba, con vuestros pensamientos diversos, el recogimiento de los Espíritus que os rodean. ¡Ah! Si los vierais prosternados ante el Eterno, pidiendo la realización de cada una de las palabras que leéis, vuestra alma se conmoviera y, lamentando su poca atención previa, se replegaría y pediría a Dios, de todo corazón, la realización de esas mismas palabras que apenas pronunciaba con los labios. Pediríais a los Espíritus que os tornarais *dóciles a sus consejos*. Y yo, el Espíritu que os habla, después de la lectura de vuestras plegarias y de las palabras que acabo de pronunciar, podría señalar a más de uno que de todos modos saldrá de aquí muy

poco dócil a los consejos que acabo de daros, y con sentimientos muy poco caritativos para con su prójimo.

No cabe duda de que soy un poco duro; aunque solo creo serlo respecto de quienes se lo merecen, cuyos pensamientos más secretos no pueden ocultarse a los Espíritus. No me dirijo, pues, a los que vienen aquí pensando solamente en las lecciones que han venido a buscar y en los sentimientos que deben traer. Con todo, los que oran desde el fondo del alma, orarán también, después de la lectura de mi comunicación, por aquellos que llegan y se van de aquí sin haberorado.

Sea como fuere, pido a los que tengan la amabilidad de escucharme atentamente que continúen poniendo en práctica las enseñanzas y los consejos de los Espíritus; a eso los invito para su propio bien, pues no saben todo lo que perderían en caso de que no lo hagan.

DE COURSON

BIBLIOGRAFÍA

El espiritismo en la Biblia

Ensayo sobre la psicología de los antiguos hebreos,
por Henri Stecki⁴⁷

Sabemos que la Biblia contiene un sinnúmero de pasajes relacionados con los principios del espiritismo. Pero ¿cómo

47. Un pequeño volumen, in-12; precio: 1 fr.; por correo: 1 fr. 25 c. Lacroix y Cie., Librería Internacional, 15, boulevard Montmartre, París; y en las oficinas de la *Revista Espírita*.

encontrarlos en ese laberinto? Habría que leer ese libro atentamente, para lo cual pocas personas tienen tiempo y paciencia. Algunas de ellas, incluso, sobre todo como consecuencia del lenguaje la mayoría de las veces figurado, sólo descubren la idea espírita de manera clara después de que han reflexionado.

El autor de este libro ha realizado un estudio profundo de la Biblia, y solamente el conocimiento del espiritismo le brindó la clave de cuestiones que antes le parecían inexplicables o ininteligibles. De ese modo, ha podido informarse con certeza respecto de las ideas psicológicas de los antiguos hebreos, punto sobre el cual los comentaristas no se ponían de acuerdo. Así pues, debemos agradecerle por haber puesto a la luz esos pasajes mediante un resumen sucinto, librando al lector de una investigación prolongada y fastidiosa. A las citas les agrega comentarios que son necesarios para la comprensión del texto, y que revelan en él al espírita esclarecido, pero no al fanático de sus ideas, que ve espiritismo en todas partes.

El nombre del autor indica que no es francés; él dice en el prefacio que es polaco, y explica las circunstancias que lo condujeron al espiritismo, así como el apoyo moral que encontró en esta doctrina. Si bien es extranjero, escribe en francés con absoluta pureza, como lo hacen la mayoría de los pueblos del norte, principalmente los polacos y los rusos. Su libro está escrito con claridad, lo que constituye un gran mérito en cuestiones filosóficas, porque nada es menos adecuado, para la divulgación de las ideas que un autor desea propagar, que esos libros cuya lectura fatiga al punto de causar dolor de cabeza, y cuyas proposiciones forman una serie de enigmas indescifrables para el común de los lectores.

En resumen, el señor Stecki ha escrito un libro útil, y todos los espíritas se lo agradecerán.

Por nuestra parte, también le agradecemos la afectuosa dedicatoria que tuvo la amabilidad de colocar en el encabezamiento de su obra.

El espiritismo en Lyon

Este periódico, que aparece desde el 15 de febrero, y acerca del cual nos hemos referido varias veces, prosigue su camino con éxito, gracias al celo y la dedicación de sus directores. Su obra es tanto más meritoria cuanto que, principiantes en lo relativo al manejo de un periódico, han tenido que luchar contra las dificultades propias de la inexperiencia. No obstante, forjando se hace el herrero. Así pues, hemos seguido con vivo interés el avance considerable de este periódico, tanto en la forma como en el fondo. Lo felicitamos por el espíritu de tolerancia y de moderación que ha convertido en ley, pues se trata de una de las cualidades sin las cuales no podría llamarse verdaderamente espírita, y una consecuencia de la máxima que adopta como divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Así pues, formulamos nuestros mejores deseos de prosperidad para este periódico. El último número, del 15 de octubre, contiene varios artículos muy interesantes, sobre los cuales llamamos la atención de nuestros lectores.

Acerca de los destinos del alma

Con consideraciones proféticas para reconocer el tiempo presente y las señales de la proximidad de los últimos días; nueva

edición precedida de un llamamiento a los católicos de buena fe y al futuro Concilio. Por A. D'Orient.⁴⁸

En esta obra, de importancia capital, el autor se apoya en la pluralidad de las existencias como la teoría más racional, en el progreso indefinido del alma mediante el trabajo que realiza en las existencias sucesivas, en la responsabilidad de cada uno conforme a sus obras, en la no eternidad absoluta de las penas, en el cuerpo fluídico, etc. En una palabra, se apoya en los principios que constituyen la base del espiritismo. No obstante, ha sido publicada en 1845, lo cual es una nueva prueba del movimiento que ya se llevaba a cabo en ese sentido, incluso antes de la aparición de la doctrina espírita, que llegó para sancionar a través de los hechos y coordinar esas ideas dispersas. El autor se había jactado de sumar al clero, respetando los dogmas católicos, aunque interpretándolos de manera más lógica. Su esperanza se vio frustrada, porque incluyeron su libro en el índice. Nos limitamos a anunciarlo, y nos reservamos para dedicarle un artículo especial cuando tengamos tiempo de estudiarlo a fondo.

Mientras tanto, citaremos el siguiente párrafo de la introducción, que establece el objetivo que el autor se propone:

“Resurrección de los cuerpos, presciencia de Dios, vidas sucesivas o purgatorio de las almas, tales son las tres cuestiones en las que todo lo referente a los destinos de nuestras almas se relaciona, y que nos proponemos presentar con nuevos informes, para meditación de los católicos y de todos los hombres a los que les agrada reflexionar acerca de sí mismos. Lo que tenemos para decir no afecta a las verdades esenciales, que a

48. Un gran volumen, in-8. Precio: 7 fr. 50. Didier & Cia. 35, Quai des Augustins, y Ad. Lainé, 19 rue des Saints-Pères.

todo el género humano le importa conocer y creer con absoluta certeza: esas verdades, que pertenecen al dominio de la fe, son tan completas y seguras como es necesario que lo sean, y no tenemos la pretensión de agregar a ellas nada de nuestra parte. Apenas queremos proponer humanamente, acerca de esas materias, teorías humanas, que es posible ignorar o en las que se puede no creer, sin perjuicio para su alma. Todos nuestros esfuerzos no tienen otro objetivo más que iluminar con el faro de la ciencia los hechos oscuros, donde las luces de la revelación faltan, y que la fe no ha definido por completo”.

Aviso

A los señores suscriptores que no deseen recibir con atraso la *Revista*, les rogamos que renueven su abono antes del 31 de diciembre.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año XI

Número 12

Diciembre de 1868

El espiritismo, ¿es una religión?⁴⁹

Discurso de apertura de la sesión anual
conmemorativa del Día de los Muertos.
Sociedad de París - 1.º de noviembre de 1868.

“Porque donde están dos o
tres congregados en mi nombre,
ahí estoy yo en medio de ellos.” (Mateo, 18:20)

Queridos hermanos y queridas hermanas espíritas:

Estamos reunidos, en este día consagrado por la costumbre a la conmemoración de los Muertos, con el propósito de ofrecer a nuestros hermanos que han dejado la Tierra una muestra

49. La primera parte de este discurso ha sido extraída de una publicación anterior acerca de la *Comunión de pensamientos*, que es necesario recordar debido a su vinculación con la idea principal. (N. de Allan Kardec.) El autor se refiere a un artículo publicado en la *Revista Espírita* de diciembre de 1864. (N. del T.)

especial de simpatía; para dar continuidad a las relaciones de afecto y fraternidad que mantuvimos con ellos en esta vida, así como para rogar que descendan sobre ellos las bondades del Todopoderoso. Pero ¿por qué nos reunimos? ¿No podríamos realizar cada uno en particular lo que nos hemos propuesto hacer en común? ¿Qué utilidad puede haber en el hecho de reunirnos de este modo, en un día determinado?

Jesús nos da la respuesta mediante las palabras que hemos citado al comienzo. La utilidad radica en el resultado producido por la comunión de pensamientos que se establece entre las personas reunidas con un mismo fin.

Sin embargo, ¿comprendemos adecuadamente el alcance de la expresión *comunión de pensamientos*? Por cierto, hasta ahora pocas personas se han formado una idea completa al respecto. El espiritismo, que nos enseña tantas cosas a través de las leyes que revela, viene también a explicarnos la causa, los efectos y el poder de esta situación del espíritu.

Comunión de pensamientos quiere decir pensamiento en común, unidad de intención, de voluntad, de deseo, de aspiración. Nadie puede ignorar que el pensamiento es una fuerza; pero ¿se trata de una fuerza meramente moral, abstracta? No; de lo contrario no podríamos explicar ciertos efectos del pensamiento y, mucho menos, de la comunión de pensamientos. Para comprenderlo necesitamos conocer las propiedades y la acción de los elementos que constituyen nuestra esencia espiritual, y eso nos lo enseña el espiritismo.

El pensamiento es el atributo característico del ser espiritual; es el que distingue al espíritu de la materia. Si le faltara el pensamiento, el espíritu no sería tal. La voluntad no es un atributo especial del espíritu: es el pensamiento devenido en un cierto grado de energía; es el pensamiento convertido en

fuerza motriz. Mediante la voluntad, el espíritu imprime a las extremidades y al cuerpo movimientos en un determinado sentido. Ahora bien, si la voluntad tiene el poder de actuar sobre los órganos materiales, ¡cuánto mayor ha de ser su poder sobre los elementos fluídicos que nos rodean! El pensamiento actúa sobre los fluidos ambientes como el sonido sobre el aire; esos fluidos son portadores del pensamiento al igual que el aire lo es del sonido. Así pues, podemos decir, en verdad, que en esos fluidos hay ondas y rayos de pensamiento que se entrecruzan sin confundirse, del mismo modo que en el aire hay ondas y rayos sonoros.

Una asamblea es un foco que irradia pensamientos diversos; es similar a una orquesta o un coro de pensamientos, donde cada uno emite su propia nota. De ahí resulta una multiplicidad de corrientes y de emanaciones fluídicas, cuya impresión es recibida por el sentido espiritual, igual que la impresión de los sonidos de un coro de voces es captada por el sentido del oído.

Existen ondas sonoras armoniosas o disonantes, como también pensamientos armoniosos o disonantes. Si el conjunto es armonioso, la impresión es agradable; de lo contrario, es penosa. Ahora bien, para que esto suceda no hay necesidad de que el pensamiento sea formulado en palabras. La irradiación fluídica no existe menos porque no haya sido puesta de manifiesto. Si las irradiaciones son benévolas, la concurrencia experimenta un auténtico bienestar y se siente cómoda; mientras que la interposición de pensamientos malignos produce el efecto de una corriente de aire frío en un medio templado.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que experimentamos en una reunión simpática, donde reina una especie de atmósfera moral salubre y podemos respirar a gusto. De allí salimos reconfortados, porque quedamos impregnados de

emanaciones fluídicas saludables. Así se explican, también, la ansiedad, el malestar indefinible que nos produce un medio antipático, en el cual los pensamientos malévolos provocan, por así decirlo, corrientes fluídicas nocivas.

La comunión de pensamientos genera, pues, una suerte de efecto físico que repercute sobre lo moral. Sólo el espiritismo podía hacernos comprender esto. El hombre lo siente instintivamente, porque procura las reuniones donde sabe que habrá de encontrar dicha comunión. En las reuniones homogéneas y simpáticas adquiere nuevas fuerzas morales; podríamos decir que allí recupera los fluidos que pierde a diario debido a la irradiación del pensamiento, del mismo modo que se recupera del desgaste del cuerpo material mediante la alimentación.

A los efectos generados por la comunión de pensamientos que hemos mencionado, se suma otro, que es su consecuencia natural y que importa no perder de vista: el poder que el pensamiento o la voluntad adquiere mediante el conjunto de los pensamientos o las voluntades reunidos. Dado que la voluntad es una fuerza activa, dicha fuerza se multiplica por el número de voluntades idénticas, así como la fuerza muscular se multiplica por la cantidad de brazos.

Una vez sentado este punto, podemos comprender por qué en las relaciones que se establecen entre los hombres y los Espíritus, en una reunión donde reina una absoluta comunión de pensamientos, existe una fuerza de atracción o de repulsión que no siempre posee un individuo aislado. Si las reuniones muy numerosas son hasta hoy menos favorables, esto se debe a que resulta dificultoso obtener la máxima homogeneidad de pensamientos, lo cual es propio de la naturaleza humana en este mundo. Cuanto más numerosas son las reuniones, más se mezclan en ellas elementos heterogéneos que paralizan la

acción de los elementos buenos, y que actúan como granos de arena en un engranaje. No sucede lo mismo en los mundos más adelantados, y este estado de cosas cambiará en la Tierra a medida que los hombres se tornen mejores.

Para los espíritas la comunión de pensamientos tiene un resultado más especial aún. Hemos visto el efecto de esa comunión entre los hombres; el espiritismo nos prueba que ella no es menos importante entre los hombres y los Espíritus. En efecto, si el pensamiento colectivo adquiere fuerza mediante el número de pensamientos o voluntades reunidos, un conjunto de pensamientos idénticos, cuyo objetivo sea el bien, tendrá más poder para neutralizar la acción de los Espíritus malos; por eso vemos que la táctica de estos últimos consiste en promover la división y el aislamiento. A solas, un hombre puede sucumbir, mientras que si su voluntad es secundada por otras voluntades habrá de resistir, conforme al axioma *La unión hace la fuerza*, verdadero tanto en el aspecto moral como en el físico.

Por otra parte, si la acción de los Espíritus malévolos puede ser neutralizada por un pensamiento en común, es evidente que la de los Espíritus buenos será potenciada. Su influencia saludable no encontrará obstáculos. Sus emanaciones fluídicas no hallarán resistencia en corrientes opuestas, y se esparcirán entre todos los concurrentes, precisamente porque cada uno las habrá atraído con el pensamiento, no en provecho propio sino para beneficio de todos, conforme a la ley de la caridad. Esas emanaciones descenderán sobre ellos cual lenguas de fuego, para recurrir a una admirable imagen del Evangelio⁵⁰.

50. Cf.: *Hechos de los Apóstoles* 2:3. (N. del T.)

Así, mediante la comunión de pensamientos, los hombres se prestan asistencia recíprocamente, al mismo tiempo que asisten a los Espíritus y por éstos son asistidos. Las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible ya no tienen carácter individual sino colectivo; por eso mismo resultan más poderosas tanto para provecho de las masas como de los individuos. En pocas palabras, la comunión de pensamientos establece la solidaridad, que es la base de la fraternidad. Nadie trabaja sólo para sí, sino para todos, y de ese modo cada cual encuentra allí su parte. Esto es lo que el egoísmo no entiende.

Gracias al espiritismo, pues, comprendemos el poder y los efectos del pensamiento colectivo; obtenemos una explicación más satisfactoria acerca del sentimiento de bienestar que nos embarga en un medio homogéneo y simpático; y sabemos también que lo mismo sucede con los Espíritus, pues estos reciben los efluvios de los pensamientos benévolos que se elevan hacia ellos como una nube fragante. A ese concierto armonioso se debe que los dichosos experimenten una alegría todavía mayor, y que los que sufren sientan un gran alivio.

Cualquiera sea el culto al que pertenezcan, las reuniones religiosas están fundadas en la comunión de pensamientos. Es precisamente allí donde dicha comunión debe y puede ejercer todo su poder, porque su objetivo es liberar al pensamiento de las garras de la materia. Lamentablemente, la mayoría de los hombres se ha apartado de ese principio a medida que la religión se convirtió en una cuestión de forma. Por consiguiente, como cada cual pretendió que su deber sólo consistía en el cumplimiento de las formalidades, se consideró liberado de responsabilidades para con Dios y los hombres, cuando en realidad no hacía más que aplicar una fórmula. De ahí también resultó que *cada uno concurre, a los lugares donde se hacen*

las reuniones religiosas, con un pensamiento personal, por su propia cuenta y, muchas veces, sin ningún sentimiento de confraternidad para con los demás presentes; se encuentra aislado en medio de la multitud, y no piensa en el Cielo más que para sí mismo.

Por cierto, no era éste el modo como Jesús entendía la cuestión cuando dijo: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. “Congregados en mi nombre” quiere decir *reunidos con un pensamiento en común*; pero no podemos estar reunidos en nombre de Jesús sin comprender los principios de su doctrina. Ahora bien, ¿cuál es el principio fundamental de la doctrina de Jesús? La caridad en los pensamientos, en las palabras y en las acciones. Los egoístas y los orgullosos faltan a la verdad cuando afirman que se reúnen en nombre de Jesús, pues Jesús no los reconoce como sus discípulos.

Afectadas por estos abusos y desvíos, algunas personas no admiten la utilidad de las asambleas religiosas y, en consecuencia, de los edificios destinados a ellas. En su radicalismo, piensan que mejor sería construir hospicios en vez de templos, puesto que el templo de Dios está en todas partes y Él puede ser adorado dondequiera que sea, así como que cada uno puede orar en su propia casa, a toda hora, mientras que los pobres, los minusválidos y enfermos, no tienen dónde refugiarse.

No obstante, por el hecho de que se cometan abusos y que haya quienes se desvíen del camino recto, ¿debemos inferir que ese camino no existe y que todo aquello de lo cual se abusa es malo? Hablar en estos términos significaría ignorar el origen y los beneficios de la comunión de pensamientos, que debe ser la esencia de las asambleas religiosas, así como ignorar las causas que dan lugar a su existencia. Podemos aceptar que los materialistas profesen ideas de ese tipo, pues en todas

las cosas ellos hacen abstracción de la vida espiritual; pero que esto ocurriera entre los espiritualistas y, más aún, entre los espíritas, sería absurdo. *El aislamiento religioso, al igual que el aislamiento social, conduce al egoísmo.* Es posible que ciertos hombres se consideren a sí mismos suficientemente fuertes y dotados por el corazón, para que ni su fe ni su caridad tengan necesidad de mantenerse vivas al calor de un foco común, pero esto no sucede entre las masas, que requieren un estímulo sin el cual podrían dejarse vencer por la indiferencia. Por otra parte, ¿qué hombre puede considerarse tan esclarecido para prescindir de las enseñanzas relacionadas con sus intereses futuros, y en tal grado perfecto para no necesitar consejos en su vida presente? ¿Acaso es capaz de instruirse por sí mismo? No; a la mayoría le hace falta enseñanzas directas, tanto en materia de religión y de moral como de ciencia. Indiscutiblemente, esta enseñanza puede ser suministrada en todas partes, ya bajo la bóveda del cielo como bajo la de un templo; pero ¿por qué causa los hombres no habrán de contar con lugares especiales para las cuestiones del Cielo, del mismo modo que los tienen para los negocios de la Tierra? ¿Por qué no habrán de tener asambleas religiosas, así como tienen reuniones políticas, científicas o empresariales? He aquí una bolsa donde siempre se gana sin que nadie pierda. Esto no impide la creación de fundaciones a favor de los desgraciados; y decimos más: *cuanto mejor comprendan los hombres lo relativo a sus intereses del Cielo, menos personas habrá en los hospicios.*

Si las asambleas religiosas –hablamos en general, sin hacer alusión a ningún culto en particular– se alejan con frecuencia de su finalidad originaria y principal, que consiste en la comunión fraterna del pensamiento; si la enseñanza que es impartida en ellas no siempre acompaña el movimiento progresivo

de la humanidad, es porque los hombres no progresan todos a la vez. Lo que no han podido hacer en un período, lo harán en otro. A medida que se esclarecen, descubren las deficiencias que existen en sus instituciones y las remedian; comprenden que lo que fue bueno en una época, de acuerdo al grado de civilización alcanzado, resulta insuficiente en un estado de mayor adelanto, y restablecen el nivel. Sabemos que el espiritismo es el gran impulsor del progreso en todas las cosas, y que señala una era de renovación. Por lo tanto, sepamos esperar y no pidamos a una época más de lo que puede darnos. Como sucede con las plantas, es preciso que las ideas maduren para que podamos cosechar sus frutos. Sepamos, además, hacer las concesiones necesarias en las épocas de transición, porque nada en la naturaleza se opera de manera brusca ni de inmediato.

Hemos dicho que el verdadero objetivo de las asambleas religiosas debe ser la *comunidad de pensamientos*. En efecto, la palabra *religión* significa *lazo*. Una religión, en su acepción amplia y verdadera, constituye un lazo que *religa* a los hombres en una comunidad de sentimientos, principios y creencias. En consecuencia, este término se aplicó a esos mismos principios codificados y formulados en dogmas o artículos de fe. En este sentido se usa la expresión *religión política*; sin embargo, incluso en esta acepción, la palabra *religión* no es sinónimo de *opinión*, pues implica una idea particular: la de *fe a conciencia*; por eso se dice también *fe política*. Ahora bien, los hombres pueden involucrarse en una congregación por interés, sin tener fe en ella; y la prueba está en que se desvinculan sin miramientos cuando descubren que su interés está en otra parte; mientras que quien la ha abrazado por convicción, es inquebrantable y persiste a costa de grandes sacrificios, pues en la renuncia a los intereses personales se encuentra la pie-

dra de toque de la fe sincera. Con todo, si bien es cierto que quien desiste de una opinión movido por el interés comete un acto de cobardía vergonzoso, por el contrario merece respeto cuando lo hace como fruto del reconocimiento del error en que se encontraba; en ese caso, se trata de un acto de desapego y de lógica. Existe más coraje y grandeza en quien reconoce abiertamente que se equivocó, que en quien persiste por amor propio en aquello que sabe que es falso, para no tener que desmentirse a sí mismo, lo cual demuestra más terquedad que firmeza, más orgullo que juicio, más debilidad que fuerza. Además, es un acto de hipocresía, porque se pretende aparentar lo que no se es; incluso se trata de una mala acción, pues significa fomentar el error con el propio ejemplo.

El lazo establecido por una religión, cualquiera sea su objetivo, es pues un lazo esencialmente moral, que religa los corazones, que identifica los pensamientos y las aspiraciones, y no solamente el hecho de cumplir con los compromisos materiales, que se rompen a voluntad, o con las fórmulas que hablan más a los ojos que al espíritu. El efecto de ese lazo moral consiste en establecer, entre quienes han sido reunidos por él como consecuencia de la comunidad de proyectos y de sentimientos, *la fraternidad y la solidaridad*, la indulgencia y la benevolencia mutuas. En ese sentido, también hablamos de la religión de la amistad y de la religión de la familia.

Si esto es así, se nos hará la siguiente pregunta: El espiritismo, ¿es una religión? En efecto, señores; sin lugar a duda lo es. En el sentido filosófico el espiritismo es una religión, y nos vanagloriamos por ello, porque es la doctrina que funda los lazos de la fraternidad y de la comunión de pensamientos, no ya sobre una simple convención, sino sobre bases más sólidas: las propias leyes de la naturaleza.

¿Por qué, entonces, declaramos que el espiritismo no es una religión? Por la sencilla razón de que no disponemos de una palabra que pueda expresar dos conceptos diferentes, y porque para la opinión general la palabra *religión* no puede separarse de la palabra *culto*, que despierta exclusivamente una idea de forma que el espiritismo no tiene. Si el espiritismo dijese que es una religión, el público sólo vería en él una nueva edición, una variante si se quiere, de los principios absolutos en materia de fe, una casta sacerdotal con su cortejo de jerarquías, de ceremonias y privilegios; no lo distinguiría de las ideas de misticismo y de los abusos contra los cuales la opinión pública se levantó tantas veces.

Como el espiritismo no reúne ninguno de los caracteres propios de una religión, en la acepción usual del término, no podía ni debía engalanarse con un título por cuyo valor sería inevitablemente menospreciado. Esta es la razón por la cual decimos, simplemente, que es una doctrina filosófica y moral.

Las reuniones espíritas pueden, pues, ser llevadas a cabo religiosamente, es decir, con el recogimiento y el respeto que implica la naturaleza seria de los asuntos que allí se tratan. Incluso, llegado el caso, en dichas reuniones podemos hacer plegarias, que en lugar de ser pronunciadas en forma particular lo sean en común, sin que por ello se las considere *asambleas religiosas*. No creamos que se trate de un juego de palabras; la diferencia es absolutamente clara, y la aparente confusión sólo se debe a la falta de un vocablo para cada idea.

¿Cuál es, por consiguiente, el lazo que debe existir entre los espíritas? Ellos no se encuentran unidos entre sí mediante ningún contrato material, ni tampoco por una práctica obligatoria. ¿Cuál es el sentimiento en el cual deben fusionarse todos los pensamientos? Es un sentimiento por completo mo-

ral, espiritual y humanitario: el sentimiento de caridad para con todos. Dicho de otro modo, el sentimiento de amor al prójimo que comprende a los vivos y los muertos, pues sabemos que los muertos siempre forman parte de la humanidad.

La caridad es el alma del espiritismo: ella resume los deberes del hombre para consigo mismo y para con sus semejantes. Por eso podemos decir que sin caridad no hay verdadero espírita.

Pero *caridad* también es una de esas palabras con sentido múltiple, cuyo completo alcance es necesario que comprendamos bien. Si los Espíritus no dejan de predicarla y definirla, es porque probablemente reconocen que aún es necesario hacerlo.

El campo de la caridad es muy vasto: comprende dos grandes divisiones, las cuales, a falta de términos específicos, pueden designarse con las expresiones *caridad benéfica* y *caridad benevolente*. La primera puede entenderse con facilidad, pues es naturalmente proporcional a los recursos materiales de que cada uno dispone. En cambio, la segunda se encuentra al alcance de todos, desde el más pobre hasta el más rico. Si bien la beneficencia tiene límites precisos, en el caso de la benevolencia sólo se requiere la voluntad.

¿Qué hace falta, entonces, para practicar la caridad benevolente? Amar al prójimo como a sí mismo. Ahora bien, si amáramos a nuestro prójimo tanto como a nosotros mismos, lo amaríamos mucho; haríamos a los otros lo que quisiésemos que ellos nos hagan; no desearíamos ni haríamos mal a nadie, porque no nos agradaría que se procediera de ese modo para con nosotros.

Amar al prójimo significa, por lo tanto, abjurar de todo sentimiento de odio, de animosidad, de rencor, de envidia,

de celos, de venganza; en una palabra, de todo deseo y todo pensamiento perjudiciales; significa perdonar a nuestros enemigos y devolver bien por mal; ser indulgentes para con las imperfecciones de nuestros semejantes, y no buscar la paja en el ojo del vecino cuando no vemos la viga en el nuestro; significa disimular o disculpar las faltas ajenas, en vez de complacernos en ponerlas de relieve por espíritu de denigración; significa, también, no hacernos valer a expensas de los demás; no abrumar a nadie bajo el peso de nuestra superioridad; no despreciar a nadie por orgullo. Esa es la auténtica caridad benevolente, la caridad práctica sin la cual el término *caridad* es una palabra vana; es por igual la caridad del verdadero espírita y la del verdadero cristiano; sin ella, todo aquel que dice *fuera de la caridad no hay salvación* pronuncia su propia condena, tanto en este mundo como en el otro.

¡Cuánto tenemos para decir acerca de este tema! ¡Cuán bellas instrucciones nos ofrecen sin cesar los Espíritus! Sin temor a extenderme demasiado y abusar de vuestra paciencia, señores, fácil sería demostrarles que, incluso desde el punto de vista del interés personal, egoísta si se quiere —pues no todos los hombres están suficientemente maduros para practicar una abnegación absoluta y hacer el bien sólo por amor al bien—, sería fácil demostrarles, decía, que tenemos mucho que ganar si procedemos de este modo, y todo que perder si hacemos lo contrario, incluso en nuestras relaciones sociales. Luego, el bien atrae al bien y la protección de los Espíritus buenos; el mal atrae al mal y abre la puerta a la malevolencia de los malos. Tarde o temprano, el orgulloso será castigado por la humillación, el ambicioso por decepciones, el egoísta por la ruina de sus aspiraciones, el hipócrita por la vergüenza de haber sido desenmascarado. Quien abandona a los Espíritus

buenos es abandonado por ellos y, de caída en caída, acabará en el fondo del abismo; en cambio, los Espíritus buenos levantan y sostienen a quien, en sus peores pruebas, no cesa de confiar en la Providencia y jamás se desvía del camino recto; en fin, a aquél cuyos más secretos sentimientos no encubren ningún oculto pensamiento de vanidad o de interés personal. Así pues, por un lado, la ganancia está asegurada; por otro, la pérdida es inevitable. Cada uno, en virtud de su libre albedrío, puede escoger la suerte que desea correr, pero sólo podrá culparse a sí mismo por las consecuencias de su elección.

Crear en un Dios todopoderoso, soberanamente justo y bueno; creer en el alma y en su inmortalidad; en la preexistencia del alma como única justificación del presente; en la pluralidad de las existencias como medio de expiación, de reparación y de progreso intelectual y moral; creer en la perfectibilidad de los seres, aún de los más imperfectos; en la felicidad que va en aumento de acuerdo con la perfección; en la justa remuneración del bien y del mal, conforme al principio que dice *a cada uno según sus obras*; creer en una justicia imparcial, sin excepciones, favores ni privilegios para con ninguna criatura; en una expiación limitada, que sólo se padece mientras dura la imperfección; en el libre albedrío del hombre, que siempre le permite elegir entre el bien y el mal; creer en la continuidad de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible; en la solidaridad que religa a todos los seres, pasados, presentes y futuros, encarnados y desencarnados; considerar que la vida terrestre es transitoria y que constituye una de las fases de la vida del Espíritu, que es eterna; aceptar con coraje las pruebas, con miras a un porvenir más dichoso que el presente; practicar la caridad en pensamientos, palabras y acciones, en la más amplia acepción del término; esforzarse

cada día para ser mejor que en la víspera, de modo de extirpar las imperfecciones del alma; someter todas nuestras creencias al control del libre examen y de la razón, y no aceptar nada mediante la fe ciega; respetar todas las creencias sinceras, por más irracionales que nos parezcan, y no violentar la conciencia de nadie; ver, por último, en los descubrimientos de la ciencia, la revelación de las leyes de la naturaleza, que son las leyes de Dios. Ese es el *Credo, la religión del espiritismo*; religión que puede conciliarse con todos los cultos, es decir, con los diversos modos de adorar a Dios. Ese es el lazo que debe unir a los espíritas en una santa comunión de pensamientos, mientras aguardamos que reúna a todos los hombres bajo el estandarte de la fraternidad universal.

Con la fraternidad, hija de la caridad, los hombres habrán de vivir en paz, y se evitarán los innumerables males que nacen de la discordia, que es a su vez hija del orgullo, del egoísmo, de la ambición, la envidia, los celos y las demás imperfecciones de la humanidad.

El espiritismo ofrece a los hombres todo lo necesario para su felicidad en este mundo, porque les enseña a contentarse con lo que tienen. Así pues, sean los espíritas los primeros en aprovechar los beneficios que él brinda, e inauguren entre sí el reino de la armonía que habrá de resplandecer entre las generaciones futuras.

Los Espíritus que nos rodean aquí son innumerables, y han sido atraídos por el objetivo que nos hemos propuesto al reunirnos, a fin de transmitir a nuestros pensamientos la fuerza que nace de la unión. Ofrezcamos a nuestros seres queridos un buen recuerdo y el testimonio de nuestro afecto, así como el estímulo y el consuelo a los que se encuentran necesitados. Procedamos de modo tal que cada uno recoja su parte de los

sentimientos de caridad benevolente que nos animan, y que esta reunión dé los frutos que todos tienen derecho a esperar.

ALLAN KARDEC

A continuación de este discurso, se procedió a leer una comunicación espontánea, dictada por el Espíritu del señor H. Dozon, el 1.º de noviembre de 1865, acerca de la solemnidad de Todos los Santos, y que se lee todos los años en la sesión conmemorativa:

Todos los Santos

La festividad de Todos los Santos, mis buenos amigos, es una festividad que, a la mayoría de los que no poseen la verdadera fe, los entristece y les hace derramar lágrimas en vez de alegrarlos. Observad cómo lloran, tanto en la humilde choza como en el palacio, cuando las campanas fúnebres recuerdan el nombre del esposo o de la esposa, de un padre, de una madre, de un hijo o una hija. Parece que todo ha terminado para ellos, y que ya no hay nada más que esperar aquí en la Tierra. Sin embargo, ¡oran! ¿Qué es, entonces, esa plegaria? Es un pensamiento dirigido al ser amado, pero sin esperanza. Las lágrimas ahogan la plegaria. ¿Por qué? ¡Ah! Porque dudan; no tienen esa fe viva que infunde esperanza y os sostiene en las grandes luchas. No han comprendido que la vida en la Tierra no es más que un viaje, una separación momentánea. En una palabra, los que les enseñaron a orar tampoco tenían la fe verdadera, la fe que se apoya en la razón.

Pero ha llegado la hora en que estas bellas palabras del Cristo serán por fin comprendidas: “Mi Padre debe ser ado-

rado, no solamente en los templos, sino en todas partes, en Espíritu y en verdad”. Llegará el tiempo en que esas palabras se realizarán. ¡Bellas y sublimes palabras! Así es, Dios mío, no sois adorado solamente en los templos, sino en la montaña y en todas partes. Así es, aquel que ha mojado sus labios en la copa bendita del espiritismo, ora, no solamente este día, sino todos los días. El viajero ora en el camino; el obrero ora en el trabajo. Aquel que puede disponer de su tiempo, lo emplea para aliviar a sus hermanos que sufren.

Hermanos míos, ¡alegraos, porque en muy poco tiempo veréis grandes cosas! Cuando yo estaba en la Tierra, conocí la doctrina grandiosa y bella, pero me hallaba muy lejos de comprenderla en toda su magnitud y en su verdadero objetivo. Asimismo, os diré: redoblad vuestro fervor; consolad a los que sufren, porque hay seres que han sido tan afligidos durante su vida, que necesitan ser sostenidos y amparados en la lucha. Sabéis cuán agradable es para Dios la caridad: practicadla, pues, en todas sus formas; practicadla en nombre de los Espíritus cuya memoria celebráis este día, ¡y ellos os bendecirán!

H. DOZON

Después de las plegarias de costumbre (véase la *Revista Espírita* de noviembre de 1865), treinta y dos comunicaciones se obtuvieron a través de los dieciocho médiums presentes. Debido a la imposibilidad de publicarlas en su totalidad, la Sociedad eligió las tres que siguen para que fueran anexadas al discurso precedente, cuya impresión solicitó. Las otras integrarán las compilaciones especiales, que serán publicadas ulteriormente.

I

Un gran Espíritu, La Rochefoucauld, dijo en una de sus obras que era preciso estremecerse ante la vida y ante la muerte. Sin duda, si es preciso estremecerse, ha de ser por llevar una existencia incierta, perturbada, perdida por completo; por haber realizado un trabajo estéril, inútil para uno mismo y para los demás; por haber sido un amigo falso, un mal hermano, un consejero pernicioso; por ser un mal hijo, un padre irreflexivo, un ciudadano injusto, que desconoce sus deberes, su país, las leyes que os rigen, la sociedad y la solidaridad.

¡Cuántos amigos he visto, con sus mentes brillantes, inteligentes, instruidos, que a menudo se perdían ante el objetivo profundo de la vida! Elaboraban hipótesis más o menos absurdas: aquí, la negación; allá, la fe ardiente; más allá, se volvían neófitos de tal o cual sistema de gobierno, de filosofía, y con demasiada frecuencia arrojaban sus bellas inteligencias —¡qué desgracia!— a un pozo del que sólo podían salir maltrechas y heridas para siempre.

La vida, a pesar de sus asperezas, sus decepciones e incertidumbres, ¡es bella! ¡Así es! Salís de un embrión, de una nada, y obtenéis los besos, los cuidados, el amor, la dedicación, el trabajo; ¡y eso no sería otra cosa más que la vida! Entonces, ¿cómo puede ser que, para vosotros, que sois seres débiles, sin fuerza ni lenguaje, generaciones enteras hayan creado los campos incesantemente explorados de la riqueza humana? Riqueza de saber, de filosofía, de mecánica, de ciencias diversas. Millares de valientes ciudadanos han consumido sus cuerpos y empleado sus vigiliass para crear los mil elementos diversos de vuestra civilización. Desde las primeras letras hasta una sabia definición, se encuentra todo lo que puede guiar y formar

al espíritu. Actualmente es posible ver, porque todo es luz. La sombra de las edades oscuras desapareció para siempre, y el adulto de dieciséis años puede contemplar y admirar un amanecer y analizarlo, pesar el aire y, con ayuda de la química, la física, la mecánica y la astronomía, crearse mil goces divinos. Con la pintura, reproduce un paisaje; con la música, escribe alguna de esas armonías que Dios difunde profusamente en las armonías infinitas.

Con la vida el hombre puede amar, dar, difundir mucho; a veces puede ser sol e iluminar su interior, su familia, el entorno, ser útil, cumplir su misión. ¡Oh! sí, la vida es bella, estimulante, llena de fuego y de expansión, llena de fraternidad y de esos resplandores que dejan en segundo plano nuestras insignificantes miserias.

¡Oh! todos vosotros, mis queridos discípulos de la calle de Richelieu; vosotros, mis fieles del n.º 14; todos vosotros, que tantas veces habéis interrogado a la existencia, pidiéndole su última palabra; vosotros, que bajáis la cabeza, inseguros ante la hora final, ante esa palabra: *muerte*, que para vosotros significa vacío, separación, disgregación; vosotros, escuchad lo que vengo a deciros: levantad la cabeza y esperad; basta de debilidad, basta de miedo; porque si vuestros estudios concienzudos y las religiones de nuestros padres no os han dejado más que el disgusto de la vida, la incertidumbre y la incredulidad, sucede que, estéril en todo, la ciencia humana mal guiada sólo llegó a la nada. A todos vosotros, que amáis a la humanidad y resumís la esperanza futura con el estudio de las ciencias sociales, con su aplicación seria, yo os digo: esperad, creed y buscad. Como yo, dejasteis pasar la verdad; la descuidamos, pero ella llamaba a nuestra puerta, que obstinadamente le habíamos cerrado. A partir de ahora, amaréis

la vida, amaréis la muerte, esa gran consoladora; porque queréis, mediante una vida ejemplar, evitar el hecho de volver a comenzar; queréis esperar en el umbral de la erraticidad a los que amáis, no sólo a vuestra familia, sino a la generación entera que habéis guiado, para darles la bienvenida y desearles la emigración hacia mundos superiores.

Veis que estoy vivo; todos nosotros vivimos. La reencarnación, que tanto nos ha hecho reír, es el problema resuelto que tanto buscábamos. Ese problema está ahí, en vuestras manos, lleno de atractivos, de promesas ardientes. Vuestros padres, vuestras esposas, vuestros hijos, la multitud de amigos, quieren responderos. Esos seres queridos, desaparecidos para vuestra vista, están juntos; hablarán a vuestro espíritu, a vuestra razón; os brindarán verdades, y la fe es una ley bienamada. Con todo, interrogadlos con perseverancia.

¡Ah! La muerte nos asustaba, y ¡temblábamos! Sin embargo, aquí me tenéis, yo, Guillaumin, un incrédulo, un inseguro, reconducido a la verdad. ¡Miles y miles de Espíritus se agolpan, aguardan vuestra decisión; les agrada el recuerdo y la peregrinación a los cementerios! Es un hito ese respeto a los muertos; pero esos muertos están vivos. En vez de urnas funerarias y epitafios más o menos sinceros, ellos os piden un intercambio de ideas, de consejos, un amable trato espiritual, esa comunidad de ideas que genera valor, perseverancia, voluntad, actos de dedicación, así como ese reconfortante y consolador pensamiento de que la vida se sumerge en la muerte y que, de ahora en adelante, a pesar de La Rochefoucauld y otros grandes genios, ya no nos estremecemos ante la vida, ni ante la muerte.

Dios es la exuberancia, es la vida en todo y siempre. A nosotros cabe comprender su sabiduría en las diversas etapas con las que Él purifica a la humanidad.

GUILLAUMIN (Médium: Sr. Leymarie)

II

Elegir mal mi momento siempre ha sido una de mis continuas torpezas, y acudir este día, en medio de esta numerosa reunión de Espíritus y de encarnados, es realmente un acto de audacia, del que solo mi timidez puede ser capaz. Pero veo en vosotros tanta bondad, dulzura y amenidad; siento tan bien que en cada uno de vosotros puedo encontrar un corazón amigo, compasivo; y dado que la indulgencia es la menor de las cualidades que animan vuestros corazones, a pesar de mi audacia, no me perturbo y conservo la presencia de espíritu, que a menudo me falta en circunstancias menos imponentes.

Con todo, vosotros os preguntaréis, ¿qué viene a hacer, con su verborragia insinuante, este desconocido que, en el lugar de un instructor, se apropia de un médium útil? En cuanto al presente, tenéis razón. De modo que me apresuro a daros a conocer mi designio, para no adueñarme durante mucho tiempo del lugar que usurpo.

En un pasaje del discurso pronunciado hoy por vuestro Presidente, una reflexión vibró en mi oído, como sólo una verdad puede vibrar, y, confundido entre la multitud de Espíritus atentos, de repente me he quedado descubierto. Otra vez fui severamente juzgado por un sinfín de Espíritus que, basados en sus recuerdos y en la reputación de una apreciación de

otros tiempos, súbitamente reconocieron en mí al misántropo salvaje, al oso de la civilización, al austero crítico de las instituciones en desacuerdo con su propio juicio. ¡Vaya! ¡Cuánto hace sufrir un error, y cuánto tiempo dura el mal hecho a las masas por la tonta presunción de un orgulloso de la humildad, de un loco del sentimiento!

Sí, tenéis razón: el aislamiento en materia religiosa y social no puede generar otra cosa más que el egoísmo, y, sin que muy a menudo se dé cuenta de él, el hombre se convierte en misántropo y deja que su egoísmo lo domine. El recogimiento, producido por efecto del silencio grandioso de la naturaleza que le habla al alma, es útil, pero esa utilidad sólo puede dar fruto cuando el ser, que escucha a la naturaleza que habla a su alma, refiere a los hombres la verdad de su moral. No obstante, si aquel que, ante la creación, siente que su alma se remonta hacia las regiones de una era pura y virtuosa, sólo se vale de sus sensaciones, al despertar en medio de las instituciones de su época, para censurar los abusos que su naturaleza sensitiva exagera porque ella sufre por eso, si él no encuentra, para corregir los errores de los humanos, más que hiel y resentimiento, sin mostrarles amablemente el verdadero camino, tal como lo ha descubierto en la propia naturaleza, ¡oh! entonces, ¡pobre de él, si apenas se vale de su inteligencia para azotar, en vez de sanar las heridas de la sociedad!

Sí, tenéis razón: vivir a solas en medio de la naturaleza es ser egoísta y bandido, porque el hombre ha sido creado para la sociabilidad; y eso es tan cierto que yo, el salvaje, el misántropo, el feroz eremita, vengo a aplaudir ese pasaje del discurso aquí pronunciado: el aislamiento social y religioso conduce al egoísmo.

Unid, pues, vuestros esfuerzos y vuestros pensamientos. Sobre todo, amad. Sed buenos, tiernos, humanos; dad a la amistad el sentimiento de la fraternidad; predicad, con el ejemplo de vuestros actos, los saludables efectos de vuestras creencias filosóficas; sed espíritas de hecho, y no solamente de nombre. Y dentro de poco, los locos de mi género, los utopistas del bien, ya no tendrán necesidad de gemir sobre las deficiencias de una legislación bajo la cual deben vivir, porque el espiritismo, comprendido y sobre todo practicado, reformará todo en beneficio de los hombres.

J. J. ROUSSEAU (Médium: Sr. Morin)

III

El perfume que exhalan los buenos sentimientos es una plegaria constante que se eleva hacia Dios, y las buenas acciones son acciones de gracias al Eterno.

Señora VÍCTOR HUGO

La devoción por reconocimiento es un impulso del corazón; la devoción por amor es un impulso del alma.

Señora DAUBAN

El reconocimiento es un beneficio que recompensa a quien se lo merece. La gratitud es un acto del corazón, que

brinda a la vez el goce del bien a aquel a quien se debe estar agradecido, y a aquel que lo está.

VÉZY

La ingratitud es castigada como una mala acción por el abandono de que es objeto, así como la gratitud es recompensada por la alegría que infunde.

LECLERC

El deber de la mujer consiste en brindar al hombre el consuelo y el valor que su vida de vicisitudes y penosos trabajos necesita. La mujer debe ser su sostén, su guía, la antorcha que ilumina su camino para que no fracase. Si ella no cumple su misión, es castigada; pero si, a pesar de su dedicación, el hombre rechaza los impulsos de su corazón, ella recibe una doble recompensa, por haber perseverado en el cumplimiento de sus deberes.

DELPHINE DE GIRARDIN

La duda es el veneno lento con que el alma impregna la materia, de la cual recibe su primer castigo. La duda es el suicidio del alma, que conduce infaliblemente a la muerte del cuerpo. — Que un alma se suicide es difícil de comprender. Pero ¿acaso no es morir el vivir en la oscuridad mientras se siente la luz alrededor? Así pues, alejad de vuestro Espíritu el velo que os oculta los esplendores de la vida, y observad esos

soles brillantes que os brindan el día: ahí está la verdadera luz; ahí está el objetivo que debéis alcanzar mediante la fe.

JOBART

El egoísmo es la parálisis de los buenos sentimientos. El egoísmo es la deformidad del alma, que penetra en la materia y hace que améis todo cuanto a ella se refiere, mientras rechazáis todo lo que se refiere a los demás. El egoísmo es la negación de la sublime sentencia del Cristo, sentencia invertida ignominiosamente: “Haced a los otros lo que no quisierais que os hagan”.

PLÁCIDO

La susceptibilidad: un defecto para uso de todos. Y cada uno —no vayáis a decir lo contrario— lleva consigo un poco de él. Si supierais cuán ridículo es ser susceptible, y cuánta desgracia genera ese defecto, os aseguro que ya no querríais ser alcanzados por él, porque os gusta ser bellos.

GAY

El orgullo es el paraguas social de todos, que cada uno atribuye a su gracioso amor propio. ¡Así es! Hay que tener amor propio y orgullo, pues eso genera la ambición del bien (sin juego de palabras); no obstante, demasiado, daña la mente y corrompe el corazón.

MANGIN

¡La ambición! Acaban de mencionarla. Pero ¿sabéis cuál es la ambición que no impide al alma elevarse hacia los esplendores de lo infinito? La que os impulsa a hacer el bien. Las demás ambiciones os conducen al orgullo y al egoísmo, flagelos de la humanidad.

BONNEFON

Queridos amigos, los Espíritus que acaban de hablaros, no solo estaban felices de manifestar su presencia, sino que les alegra pensar que cada uno de vosotros se esforzará para corregirse y poner en práctica las sabias lecciones que os han impartido, así como las que os transmiten en cada una de vuestras sesiones. Creedlo, los Espíritus son para vosotros lo que vuestros padres han sido o deberían haber sido. Ellos os regañan al tiempo que os aconsejan y os ayudan. Y cuando no los escucháis, os dicen que os abandonan; se rebelan contra vosotros. Después, a pesar de que os hablaron con dureza, regresan para infundiros valor, y se esfuerzan para impulsar constantemente vuestros pensamientos hacia el bien. Sí, los Espíritus os aman como el padre bueno ama a sus hijos; ellos se apiadan de vosotros, cuidan de vuestros días y apartan de vosotros todo el mal que os puede afectar, como la madre rodea al hijo con los cuidados más delicados, con las atenciones que su fragilidad requiere. Dios les asignó una misión; les infundió valor para cumplirla, y ninguno de esos Espíritus buenos, sea cual fuere su grado en la jerarquía espiritual, fallará en su tarea. Ellos comprenden, sienten, ven esos esplendores divinos que habrán de ser su recompensa. Ellos avanzan y quisieran llevaros consigo, e impulsaros hacia adelante, si pudieran. Por eso os regañan y os aconsejan. Por vuestra parte, orad por ellos, para que vuestra indocilidad no les impida

continuar beneficiándoos, y para que Dios continúe infundiéndoles la fuerza para ayudarlos.

SAN LUIS (Médium: Sr. Bertrand)

Constitución transitoria del espiritismo

I

Consideraciones preliminares

El espiritismo ha tenido, como todas las cosas, su período de gestación, y hasta que no estuvo resuelta la totalidad de las cuestiones que le atañen, tanto principales como accesorias, no ofreció más que resultados incompletos. Se podía entrever su objetivo, presentir sus consecuencias, pero solo de un modo impreciso. De la incertidumbre acerca de los puntos que aún no estaban determinados habrían de surgir forzosamente divergencias respecto de la manera de considerarlos. La unificación solo podía ser obra del tiempo, y se llevó a cabo gradualmente, a medida que los principios se dilucidaron. La doctrina formará un conjunto armonioso cuando haya abarcado todas las partes que la integran, y recién entonces se podrá juzgar qué es verdaderamente el espiritismo.

Mientras el espiritismo no era más que una opinión filosófica, entre sus adeptos había solamente una simpatía natural, producida por la comunión de ideas, pero no era posible que existiera un vínculo serio, debido a que faltaba un programa definido con claridad. Esa es, evidentemente, la principal causa

de la débil cohesión y la inestabilidad de los grupos y las sociedades que se formaron. Por eso mismo hemos procurado, sin cesar y con todas nuestras fuerzas, disuadir a los espíritas de que fundasen prematuramente alguna institución especial con apoyo en la doctrina, antes de que esta se asentara sobre bases sólidas. De no ser así, se expondrían a fracasos inevitables cuyo efecto habría sido desastroso, debido a la impresión que producirían en el público y al desánimo en que caerían los adeptos. Esos fracasos tal vez habrían retardado en un siglo el progreso definitivo de la doctrina, a cuya incapacidad se imputaría un revés que, en realidad, no se debería más que a la falta de previsión. Por no saber esperar, a fin de que llegaran en el momento oportuno, tanto los muy apresurados como los impacientes han comprometido en todas las épocas las mejores causas.⁵¹

No debemos pedir a las cosas más de lo que pueden dar, a medida que se encuentran en condiciones de producir; no podemos exigir a un niño lo que se puede esperar de un adulto, ni de un pequeño árbol recién plantado lo que habrá de producir cuando esté en la plenitud de sus fuerzas. El espiritismo, en vías de elaboración, solamente podía dar resultados individuales; los resultados colectivos y generales serán fruto del espiritismo completo, que se desarrollará sucesivamente.

Si bien el espiritismo no ha dicho aún su última palabra sobre todos los puntos, se aproxima a su completud, y no está lejos el momento en que habrá de dársele una base firme y duradera, aunque susceptible de recibir los desarrollos que con-

51. Hemos tratado especialmente la cuestión de las instituciones espíritas en un artículo de la *Revista*, de julio de 1866, página 193, al cual remitimos para más detalles. (Nota de Allan Kardec.) Véase el artículo “Acerca del proyecto de caja general de socorro y otras instituciones para los espíritas”. (N. del T.)

lleven las circunstancias ulteriores, y en que se ofrezca toda la seguridad a los que se pregunten quién tomará las riendas después de nosotros.

No cabe duda de que la doctrina es imperecedera, porque se asienta en las leyes de la naturaleza, y porque responde mejor que cualquier otra a las legítimas aspiraciones de los hombres. Sin embargo, su difusión y su instalación definitiva pueden ser anticipadas o postergadas por las circunstancias, algunas de las cuales están subordinadas a la marcha general de los acontecimientos, mientras que otras son inherentes a la doctrina misma, a su constitución y a su organización; de estas tenemos que ocuparnos especialmente por el momento.

Aunque la cuestión de fondo sea preponderante en todo, y acabe inevitablemente por prevalecer, la cuestión de forma tiene aquí una importancia fundamental; podría incluso llevar una ventaja momentánea y suscitar inconvenientes y retrasos, según la manera en que fuese resuelta.

Por consiguiente, habríamos realizado algo incompleto y dejado enormes obstáculos para el futuro si no hubiésemos previsto las dificultades que pueden surgir. Entonces, con la intención de evitarlas, mediante la ayuda de los Espíritus buenos que nos asisten en nuestros trabajos, hemos elaborado un plan de organización para el cual aprovechamos la experiencia del pasado, a fin de evitar los escollos contra los cuales ha chocado la mayoría de las doctrinas que surgieron en el mundo. Como este plan puede prestarse a todos los desarrollos que reserva el porvenir, le hemos dado a esta constitución la calificación de *transitoria*.⁵²

52. Esta oración, así como muchos otros párrafos del presente trabajo, fue suprimida en la versión modificada que figura en el libro *Obras Póstu-*

El plan que exponemos a continuación fue concebido hace mucho tiempo, porque siempre nos ha preocupado el porvenir del espiritismo. Hemos hecho que se presintiera en diversas ocasiones, en forma vaga, es cierto, aunque suficiente para mostrar que no es esta, en la actualidad, una concepción novedosa, y que mientras elaborábamos la parte teórica de la obra no descuidábamos su aspecto práctico.

Antes de tratar el fondo de la cuestión, nos parece útil recordar algunos pasajes del informe que presentamos en la Sociedad de París, el 5 de mayo de 1865, a propósito de la caja del espiritismo, y que fue publicado en la *Revista* de junio de 1865, página 161. Las consideraciones que contiene se relacionan directamente con nuestro asunto, del cual son las preliminares indispensables.

II

Extracto del informe sobre la caja del espiritismo, realizado para la Sociedad de París, el 5 de mayo de 1865.

Mucho se ha hablado de los réditos que yo obtenía de mis obras. Por cierto, ninguna persona seria cree en mis millones, a pesar de la afirmación de los que decían saber de buena tinta que yo llevaba una vida principesca, que tenía carruajes de cuatro caballos, y que en mi casa sólo se caminaba sobre alfombras de Aubusson (véase la *Revista* de junio de 1862,

mas, publicado por el Sr. P. G. Leymarie en el año 1890. En dicha versión, incluso, el editor retiró la palabra *transitoria*, que consta en el título original. Recomendamos, pues, el estudio del texto original de Allan Kardec, publicado por él en la *Revista Espírita*, y cuya versión castellana ofrecemos aquí. (N. del T.)

página 179)⁵³. Además, y pese a lo que ha dicho el autor de un libelo que conocéis, en el que pretende demostrar por medio de cálculos exagerados que mi presupuesto de ingresos supera la lista civil del más poderoso soberano de Europa, dado que según él solamente en Francia veinte millones de espíritas son mis tributarios (véase la *Revista* de junio de 1863, página 175)⁵⁴, existe un hecho más auténtico que sus cálculos: nunca he pedido nada a nadie, y nunca nadie me ha dado algo para mí en lo personal; en una palabra, *no vivo a expensas de nadie*, puesto que, de las sumas que voluntariamente se me confiaron en bien del espiritismo, ninguna porción fue desviada para mi beneficio.⁵⁵

Mis inmensas riquezas provendrían, pues, de mis obras espíritas. Aunque esas obras hayan alcanzado un éxito inesperado, basta con que se tenga alguna iniciación en el negocio de librería para saber que con libros filosóficos no se amasan millones en cinco o seis años, cuando sobre las ventas no se tiene más que los derechos de autor, que no pasan de unos pocos centavos por ejemplar. No obstante, grande o pequeño, ese beneficio es el fruto de mi trabajo, de modo que nadie tiene derecho a entrometerse en el empleo que hago de él. Aunque se elevara a millones, puesto que la compra de los libros, así como la suscripción a la *Revista*, son facultativas y no son impuestas *en ninguna circunstancia*, ni siquiera para asistir a las sesiones de la Sociedad, eso no concierne a nadie.

53. Allan Kardec remite al artículo “¿Así se escribe la historia! Los millones del Sr. Allan Kardec”. (N. del T.)

54. Allan Kardec remite al artículo “Presupuesto del espiritismo o explotación de la credulidad humana”. (N. del T.)

55. Esas sumas se elevaban en aquella época al total de 14.100 francos, cuyo empleo a favor exclusivo de la doctrina se halla justificado en la rendición de cuentas. (N. de Allan Kardec.)

En lo comercial, me encuentro en la posición del hombre que cosecha el fruto de su trabajo; corro el riesgo de todo escritor, que tanto puede tener éxito como fracasar.⁵⁶

Si bien en ese sentido no tengo que rendir ninguna cuenta, considero conveniente dar algunas explicaciones, en beneficio de la causa a la que me he dedicado.

En primer lugar diré que, como mis obras no son exclusivamente de mi propiedad, me veo obligado a comprárselas a mi editor, pagándolas como un librero, excepto la *Revista*; que la ganancia disminuye considerablemente debido a los ejemplares que no se venden y las distribuciones gratuitas, realizadas en interés de la doctrina a personas que, de lo contrario, se verían obligadas a privarse de ellas. Un cálculo muy fácil prueba que el precio de diez volúmenes perdidos o donados —que no dejo de pagar— basta para absorber la ganancia de cien volúmenes. Digo esto a título de información y como paréntesis. Sin embargo, sumado todo y hecho el balance, queda algo. Suponed la cifra que queráis; ¿qué hago con ella? Eso es lo que más preocupa a ciertas personas.

Quienquiera que haya visto nuestra casa en el pasado y la vea hoy, podrá dar testimonio de que nada ha cambiado en nuestra manera de vivir desde que me ocupo con el espiritismo; es tan sencilla en la actualidad como lo era antiguamente.

56. A los que preguntaron por qué vendíamos nuestros libros, en vez de donarlos, les hemos contestado que los donaríamos si hubiésemos contado con un impresor que los imprimiera por nada, con un vendedor que proveyera el papel gratuitamente, con librerías que no exigieran ninguna rebaja para encargarse de distribuirlos, con una administración de correos que los transportara por filantropía, etc. Mientras tanto, como no tenemos millones para cubrir esos gastos, estamos obligados a poner un precio a nuestros libros. (N. de Allan Kardec.)

Así pues, no cabe duda de que mis ganancias, por más enormes que sean, no alcanzan para proporcionarnos los gozos del lujo. ¿Será, pues, que padezco la manía de atesorar para tener el placer de contemplar mi dinero? No creo que mi carácter y mis costumbres alguna vez hayan hecho que se suponga tal cosa. Entonces, ¿en qué ha sido invertido? Puesto que no saco de él provecho alguno, cuanto más fabulosa es la suma, más embarazosa es la respuesta. Un día se sabrá la cifra exacta, así como el empleo detallado, y los creadores de historias tendrán para sus gastos de imaginación. Hoy, me limito a presentar algunos datos generales para poner un freno a las suposiciones ridículas. Con ese propósito, debo entrar en algunos detalles íntimos —por lo cual os pido perdón—, pero que son necesarios.

En todos los tiempos hemos tenido de qué vivir, muy modestamente, por cierto, pero lo que hubiera sido poco para algunas personas ha sido suficiente para nosotros, gracias a nuestros gustos y a nuestras costumbres de orden y de economía. A nuestro pequeño ingreso se añadían, como suplemento, el producto de las obras que publiqué antes del espiritismo, y el de un modesto empleo que tuve que dejar cuando los trabajos de la doctrina absorbieron todo mi tiempo.

Al sacarme de la oscuridad, el espiritismo me colocó en un nuevo rumbo; en poco tiempo me vi arrastrado por un movimiento que estaba lejos de prever. Cuando concebí la idea de *El libro de los Espíritus*, era mi intención no ponerme en evidencia y permanecer en el anonimato. Con todo, rápidamente desbordado, eso no me fue posible; debí renunciar a mi deseo de retirarme, so pena de abdicar de la obra emprendida, que crecía día a día. Tuve que ceder a su impulso y tomar las riendas. Si mi nombre tiene ahora alguna popularidad, sin duda no soy yo quien la ha buscado, pues es notorio que no se la

debo ni a la propaganda, ni a la camaradería de la prensa, y que nunca he sacado provecho de mi posición y de mis relaciones para lanzarme al mundo, aunque eso me hubiera resultado muy fácil. Con todo, a medida que la obra crecía, un horizonte más amplio se desplegaba delante de mí y prolongaba sus límites. Comprendí entonces la dimensión de mi tarea y la importancia del trabajo que me quedaba por hacer para completarla. Las dificultades y los obstáculos, lejos de atemorizarme, redoblaron mi energía. Vi el objetivo y resolví alcanzarlo con la asistencia de los Espíritus buenos. Sentía que no tenía tiempo que perder, y no lo perdí, ni en visitas inútiles ni en ceremonias estériles. Fue la obra de mi vida. Le dediqué todo mi tiempo, sacrifiqué por ella mi reposo, mi salud, porque el porvenir estaba escrito delante de mí con letras incuestionables.

Sin apartarnos de nuestro estilo de vida, esa posición excepcional nos creó necesidades a las que mis recursos no me permitieron proveer. Sería difícil imaginar la multiplicidad de gastos que esa posición genera y que, a no ser por ella, yo habría evitado.

Pues bien, señores, lo que me proporcionó ese suplemento de recursos fue el producto de mis obras. Lo digo con satisfacción, pues con mi propio trabajo, con el fruto de mis vigiliass proveí, en su mayor parte al menos, a las necesidades materiales de la implantación de la doctrina. Aporté así una amplia contribución a la caja del espiritismo; de modo que aquellos que cooperan para la propagación de las obras no podrán decir que trabajan para mi enriquecimiento, porque el producto de la venta de cada libro, de cada suscripción a la *Revista*, redundaba en provecho de la doctrina y no de un individuo.

Pero proveer al presente no es todo: hace falta también pensar en el futuro y preparar una fundación que, después de

mí, pueda auxiliar a aquel que me sustituya en la gran tarea que tendrá que desempeñar. Esa fundación, acerca de la que debo guardar silencio por ahora, se relaciona con la propiedad que poseo, y en vista de eso aplico una parte de lo que gano para mejorarla. Como estoy lejos de los millones con que me gratificaron, dudo mucho que, pese a mis economías, mis recursos personales me permitan algún día dar a esa fundación el complemento que yo quisiera que tenga durante mi vida. No obstante, puesto que su realización está en los designios de mis guías espirituales, si yo mismo no lo logro, es probable que algún día se haga. Mientras aguardo, elaboro los proyectos.

Lejos de mí, señores, está la idea de envanecerme ni siquiera un poco con lo que acabo de exponer. Era necesaria la perseverancia de ciertas diatribas para que yo me decidiera, aunque contra mis deseos, a romper el silencio acerca de algunos hechos que están relacionados con mi persona. Más adelante, todos aquellos a los que la malevolencia les ha hecho desvirtuar las cosas, serán esclarecidos por medio de documentos auténticos, aunque todavía no ha llegado el momento de dar esas explicaciones. Lo único que ahora me importa es que quedéis informados acerca del destino de los fondos que la Providencia dispuso que pasen por mis manos, sea cual fuere su origen. No me considero más que un depositario, incluso de lo que gano, y con más razón de aquello que se me confía.

Cierta vez alguien me preguntó –sin curiosidad, por cierto, sino por mero interés en el tema– qué haría yo con un millón, si lo tuviese. Le respondí que en el presente el empleo de esa suma sería por completo diferente de lo que hubiera sido al principio. Tiempo atrás, con ella hubiese hecho la propaganda de la doctrina, mediante una amplia publicidad; pero ahora reconozco que eso no habría tenido utilidad, pues nuestros adversarios se han

encargado de costearla. Al no poner a mi disposición grandes recursos para lograr ese objetivo, los Espíritus han querido demostrar que el espiritismo debía su éxito a su propia fuerza.

Ahora que el horizonte se ha ampliado y que, sobre todo, el porvenir se desplegó, las necesidades que se hacen sentir son de un orden muy diferente. Un capital como el que suponéis tendría un empleo de mayor utilidad. Sin entrar en detalles que serían prematuros, diré simplemente que una parte serviría para convertir mi propiedad en un asilo espírita específico para ancianos, cuyos habitantes recibieran los beneficios de nuestra doctrina moral; otra serviría para constituir una renta *inalienable* destinada: 1.º a mantener el establecimiento; 2.º a garantizar una existencia independiente a aquel que me suceda y a aquellos que lo asistan en su misión; 3.º a atender las necesidades corrientes del espiritismo sin tener que recurrir a productos eventuales, como me veo obligado a hacer, dado que la mayor parte de sus recursos depende de mi trabajo, que habrá de tener un término.

Eso es lo que haría; con todo, si no se me concede esa satisfacción, sé que de un modo u otro los Espíritus que dirigen el movimiento proveerán a todas las necesidades en el momento oportuno. Por eso es que no me inquieto en absoluto y me ocupo de lo que para mí es esencial: dedicarme a los trabajos que aún debo finalizar. Una vez hecho eso, partiré cuando a Dios le plazca llamarme.

III

Acerca de los cismas

Una cuestión que se presenta en primer lugar es la de los cismas que podrán aparecer en el seno de la doctrina. ¿Estará el espiritismo preservado de ellos?

Por cierto que no, porque deberá luchar, sobre todo al comienzo, contra las ideas personales, siempre absolutas, tenaces, lentas para suscribir las ideas ajenas, así como contra la ambición de los que se obstinan en vincular sus nombres a toda innovación, de los que crean novedades sólo para poder decir que no piensan ni obran como los demás, o porque su amor propio se vería dañado si ocuparan una posición secundaria; o, por último, que ven con despecho a otro que hace lo que ellos no han hecho y que, además, tiene éxito. Pero, como les hemos dicho cien veces: “¿Quién os corta el paso? ¿Quién os impide trabajar por vuestra cuenta? ¿Quién os prohíbe publicar vuestras obras? Tenéis acceso a la publicidad, como todo el mundo; ofreced algo mejor que lo que hay, pues nadie se opone a eso; sed más apreciados por el público, y este os dará la preferencia”.

Si bien el espiritismo no puede escapar a las debilidades humanas, a las cuales hay que tomar en cuenta siempre, puede no obstante neutralizar sus consecuencias, y eso es lo esencial.

Debemos señalar que los numerosos sistemas divergentes, surgidos en el origen del espiritismo acerca de la manera de explicar los hechos, han desaparecido a medida que la doctrina se completó por medio de la observación y de una teoría racional. Hoy en día, esos primitivos sistemas cuentan apenas con escasos partidarios. Es este un hecho notorio, del cual se puede concluir que las últimas divergencias se disiparán con la elucidación completa de todas las partes de la doctrina. Pero siempre habrá disidentes prejuiciosos e interesados, por un motivo u otro, en constituir una fracción aparte. Contra esa pretensión hay que estar prevenidos.

Para garantizar la unidad en el futuro, es indispensable una condición: que todas las partes del conjunto de la doctri-

na estén establecidas con precisión y claridad, y que ningún aspecto quede sin definir. Por ese motivo hemos procedido de tal modo que nuestros escritos no se presten a ninguna interpretación contradictoria, y siempre nos ocuparemos de que así sea. Cuando se haya dicho resueltamente y sin ambigüedad que dos más dos son cuatro, nadie podrá pretender que se quiso decir que dos y dos hacen cinco. Así pues, podrán constituirse sectas *a la par* de la doctrina, sectas que no adopten sus principios o parte de ellos, pero no dentro de la doctrina, a consecuencia de la interpretación de los textos, como tantas se formaron sobre el sentido de las palabras mismas del Evangelio. Este es un primer punto de capital importancia.

El segundo punto consiste en no salir del ámbito de las ideas prácticas. Si bien es cierto que la utopía de la víspera se convierte muchas veces en la verdad del día siguiente, dejemos que el día siguiente realice la utopía de la víspera, pero no obstaculicemos a la doctrina con principios a los que se consideraría quiméricos y debido a los cuales sería rechazada por los hombres positivos.

El tercer punto, por último, es inherente al carácter esencialmente progresivo de la doctrina. Del hecho de que ella no se ilusione con sueños irrealizables en el presente, no se concluye que deba inmovilizarse en el presente. Apoyada exclusivamente en las leyes de la naturaleza, no puede variar más allá de lo que admiten esas leyes, pero si una nueva ley fuera descubierta, deberá ajustarse a ella. No le corresponde cerrar la puerta a ningún progreso, so pena de dar lugar a su propia ruina. En la medida en que asimile todas las ideas reconocidas como justas, sea cual fuere el orden al que pertenezcan, físicas o metafísicas, jamás será superada, y eso constituye una de las principales garantías de su perpetuidad.

Por lo tanto, si se formara una secta al margen del espiritismo, fundada o no en sus principios, habrá dos posibilidades: esa secta estará con la verdad o no lo estará. En caso de que no lo esté, caerá por sí misma bajo el ascendiente de la razón y del sentido común, como ya han caído tantas otras a lo largo de los siglos. Pero si sus ideas fueran justas, aunque más no sea en lo relativo a un único punto, la doctrina, que sólo busca el bien y la verdad dondequiera que se encuentren, las asimilará, de modo que, en vez de ser absorbida, será ella la que absorba.

Si algunos de sus miembros llegaran a apartarse, se debe a que se creerán capaces de hacer algo mejor; si realmente hicieran algo mejor, la doctrina los imitará; si hicieran mayor suma de bien, la doctrina se esforzará por hacer otro tanto, y más si fuera posible; si hicieran alguna cosa mal, la doctrina dejará que la hagan, segura de que tarde o temprano el bien se sobrepone al mal, y lo verdadero a lo falso. Esta es la única lucha en la que habrá de empeñarse.

Agreguemos que la tolerancia, consecuencia de la caridad, que constituye la base de la moral espírita, impone a la doctrina el deber de respetar todas las creencias. Con la aspiración de ser aceptada libremente, por convicción y no por obligación, proclamando que la libertad de conciencia es un derecho natural imprescriptible, la doctrina afirma: *Si tengo razón, los otros acabarán por pensar como yo; si estoy equivocada, acabaré por pensar como los otros*. En virtud de estos principios, sin arrojar piedras a nadie, la doctrina no dará ningún pretexto para represalias, y dejará a los disidentes toda la responsabilidad de sus palabras y de sus actos.

Así pues, el programa de la doctrina sólo será invariable en relación con los principios que hayan pasado a la condición

de verdades comprobadas. En cuanto a los otros, no los admitirá, como siempre lo ha hecho, más que a título de hipótesis, hasta que sean confirmados. Si le demostraran que está en un error acerca de un punto cualquiera, la doctrina se modificará en ese punto.

La verdad absoluta es eterna y, por eso mismo, invariable. Pero ¿quién puede vanagloriarse de poseerla totalmente? En el estado de imperfección en que se hallan nuestros conocimientos, lo que hoy nos parece falso mañana puede ser reconocido como verdadero, a consecuencia del descubrimiento de nuevas leyes, y eso es así tanto en el orden moral como en el físico. Ante esa eventualidad, la doctrina nunca deberá estar desprevenida. El principio progresivo que ella inscribe en su código será —como lo hemos dicho— la garantía de su perpetuidad, y su unidad se mantendrá precisamente porque ella no se basa en el principio de la inmovilidad. En vez de ser una fuerza, la inmovilidad se convierte en una causa de debilidad y de destrucción para quien no acompaña el movimiento general; quiebra la unidad, porque los que quieren avanzar se separan de los que se obstinan en quedar atrás. No obstante, al acompañar el movimiento progresivo, es preciso hacerlo con prudencia y no entregarse a los devaneos de las utopías y los sistemas; es preciso hacerlo a tiempo, ni con mucha anticipación ni demasiado tarde, y con conocimiento de causa.

Se comprende que una doctrina apoyada en esas bases debe ser realmente fuerte; desafía cualquier rivalidad y neutraliza las pretensiones de sus competidores. Hacia ese punto nuestros esfuerzos tienden a conducir la doctrina espírita.

Por otra parte, la experiencia ya justificó esta previsión. Dado que ha marchado por ese camino desde su origen, la doctrina avanza constantemente, pero sin precipitación: siempre

observa si el terreno donde pisa es consistente, y mide sus pasos con el estado de la opinión. Ha hecho como el navegante, que sólo avanza con la sonda en la mano y consultando los vientos.

IV

El jefe del espiritismo

Pero ¿quién será el encargado de mantener al espiritismo en ese camino? ¿Quién tendrá incluso la fuerza para hacer eso? ¿Quién tendrá el tiempo y la perseverancia para consagrarse al trabajo incesante que esa tarea exige? Si el espiritismo quedara librado a sí mismo, sin guía, ¿no será de temer que se desvíe de su ruta, y que la malevolencia, a la cual estará expuesto durante mucho tiempo aún, se esfuerce por desnaturalizar su espíritu? Esa es, en efecto, una cuestión vital, cuya solución reviste el mayor interés para el porvenir de la doctrina.

La necesidad de una dirección central superior, guardia vigilante de la unidad progresiva y de los intereses generales de la doctrina, es tan evidente que ya causa inquietud el hecho de que aún no se vea surgir en el horizonte a su conductor. Se comprende que, sin una autoridad moral capaz de centralizar los trabajos, los estudios y las observaciones, de darles impulso, estimular la dedicación, defender al débil, sostener los ánimos vacilantes, ayudar con los consejos de la experiencia y fijar la opinión sobre los puntos dudosos, el espiritismo corría el riesgo de ir a la deriva. No solamente esa dirección es necesaria, sino que también debe reunir las condiciones de fuerza y de estabilidad suficientes para enfrentar las tempestades.

Quienes no admiten ninguna autoridad no comprenden los verdaderos intereses de la doctrina. Si bien algunos piensan que se puede prescindir de una dirección, la mayoría —que no

se considera infalible ni deposita una confianza absoluta en sus propias luces— siente la necesidad de un punto de apoyo, de un guía, aunque sólo sea para ayudarla a que camine con mayor confianza y seguridad (véase en la *Revista*, de abril de 1866, página 111, el artículo “El espiritismo independiente”).

Reconocida la necesidad de una dirección, ¿de quién recibirá el jefe las atribuciones para ejercerla? ¿Será aclamado por la universalidad de los adeptos diseminados en el mundo entero? Eso es impracticable. Si él se impone por su propia autoridad, algunos lo aceptarán mientras que otros lo rechazarán, y pueden surgir veinte candidatos, que levantarán su estandarte uno contra otro. Se daría al mismo tiempo el despotismo y la anarquía. Semejante acto es propio de un ambicioso, y nadie es menos conveniente que un ambicioso —y por eso mismo orgulloso— para dirigir una doctrina que se basa en la abnegación, la devoción, el desinterés y la humildad. Ubicado fuera del principio fundamental de la doctrina, ese sujeto no podría hacer otra cosa más que falsear el espíritu que la anima. Eso es lo que ocurriría inevitablemente si de antemano no se adoptasen medidas eficaces para prevenir ese inconveniente.

Admitamos, con todo, que un hombre reuniera todas las cualidades requeridas para el desempeño de su mandato, y que por algún camino accediera a la dirección superior. Los hombres se suceden, pero no son semejantes, de modo tal que después de uno bueno podría venir uno malo. Junto con el individuo puede variar el espíritu de la dirección; sin malos propósitos, es posible que tenga puntos de vista más o menos justos, y si quisiera hacer que prevalezcan sus ideas personales, podría llevar a que la doctrina se desvíe, así como suscitar divisiones, y las mismas dificultades se renovarían con cada cambio. No debemos perder de vista que el espiritismo toda-

vía no está en la plenitud de su fuerza. Desde el punto de vista de la organización, es un niño que recién comienza a caminar. Importa, pues, sobre todo al principio, protegerlo de las dificultades del camino.

Sin embargo, replicarán, ¿no llegará a estar al frente del espiritismo uno de esos mesías que, según lo anunciado, tienen que tomar parte en la obra de regeneración? Es probable; no obstante, como esos mesías no tendrán en la frente una señal para que se los reconozca, dado que sólo se pondrán en evidencia *por sus actos*, y no serán reconocidos como tales por la mayoría sino después de su muerte, de conformidad con lo que hayan hecho durante su vida; y como además no habrá mesías para siempre, es necesario prever todas las eventualidades. Sabemos que la misión de esos mesías será amplia: los habrán en todos los grados de la escala, y en los diversos sectores de la economía social, donde cada uno ejercerá influencia a favor de las nuevas ideas, según la particularidad de su posición. Todos, pues, trabajarán para la implantación de la doctrina, aquí y allá, algunos como jefes de Estado, otros como legisladores, magistrados, científicos, literatos, oradores, industriales, etc.; cada uno demostrará sus aptitudes donde le corresponda, desde el proletario hasta el soberano, *sin que nada, excepto sus obras, los diferencie del común de los hombres*. Si alguno de ellos debe tomar parte en la dirección administrativa del espiritismo, es probable que sea puesto providencialmente en la posición apropiada para que llegue hasta ella por los medios legales que sean adoptados. Circunstancias aparentemente fortuitas lo conducirán hasta ese lugar, sin que haya un designio premeditado de su parte, sin que ni él mismo tenga conciencia de su misión (véase la *Revista Espírita*: “Los mesías del espiritismo”, febrero y marzo de 1868, páginas 45 y 65).

En ese caso, el peor de todos los jefes sería el que se hiciera pasar por el elegido de Dios. Como no es racional que se admita que Dios confíe esas misiones a los ambiciosos o a los orgullosos, las virtudes características de un verdadero mesías deben ser ante todo la simplicidad, la humildad, la modestia, en una palabra, el más absoluto desinterés material y moral. Ahora bien, la sola pretensión de ser un mesías constituiría la negación de esas cualidades esenciales; probaría, en aquel que invocara semejante título, o una vana presunción —en caso de que fuera de buena fe—, o una gran impostura. No faltarán intrigantes —que se dirán espíritas— que intenten elevarse por orgullo, ambición o avaricia; tampoco faltarán los que hagan alarde de pretendidas revelaciones, con el auxilio de las cuales procuren destacarse y fascinar a las imaginaciones excesivamente crédulas. También se debe prever que, bajo falsas apariencias, haya individuos que intenten apoderarse del timón con la idea de hacer que la nave zozobre, desviándola de su ruta. La nave no se hundirá, pero podría sufrir retrasos lamentables que es preciso evitar. Son esos, indiscutiblemente, los mayores escollos de los que el espiritismo debe preservarse. Cuanta mayor estabilidad adquiera, tantas más emboscadas le tenderán sus adversarios.

Por lo tanto, constituye un deber de todos los espíritas sinceros frustrar las maniobras de intriga que se puedan urdir tanto en los pequeños como en los grandes centros. En primer lugar, deberán repudiar del modo más absoluto a todo aquel que por sí mismo se presente como mesías, sea como jefe del espiritismo o como un simple apóstol de la doctrina. Por el fruto se conoce al árbol; esperad, pues, que el árbol dé sus frutos antes de decidir si es bueno, y observad también si

los frutos no están agusanados (véase *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. XXI, § 9: “Caracteres del verdadero profeta”).

Alguien con quien conversábamos sobre este tema propuso el siguiente mecanismo: que los candidatos fueran designados por los propios Espíritus en cada grupo o sociedad espírita. Además de que ese medio no evitaría la totalidad de los inconvenientes, presentaría otros, peculiares a semejante modo de proceder, que la experiencia ya ha demostrado y que sería superfluo recordar aquí. No debemos perder de vista que la misión de los Espíritus consiste en instruirnos para que mejoremos, pero no en que se sobrepongan a la iniciativa de nuestro libre albedrío. Ellos nos sugieren ideas, nos ayudan con sus consejos, principalmente en lo relativo a las cuestiones morales, pero dejan a nuestro juicio el cuidado de realizar las cosas materiales, pues su misión no es ahorrarnos esas tareas. En su mundo tienen atribuciones que no son las de la Tierra; pedirles lo que está fuera de esas atribuciones es exponerse a los engaños de los Espíritus frívolos. Que los hombres se contenten con ser asistidos y protegidos por Espíritus buenos, pero que no descarguen sobre ellos la responsabilidad que incumbe al encarnado.

Ese medio, por otra parte, ocasionaría mayores inconvenientes de lo que se supone, porque resultaría difícil lograr que todos los grupos participen de dicha elección. Sería una complicación en el mecanismo, y todo mecanismo es tanto menos susceptible de descomponerse cuanto más simplificado es.

El problema consiste, pues, en que se constituya una dirección central en condiciones de fuerza y estabilidad que la mantengan a resguardo de las fluctuaciones, que respondan a todas las necesidades de la causa, y que opongan una barrera

insuperable a los ardides de la intriga y de la ambición. Ese es el objetivo del plan del cual vamos a ofrecer un rápido esbozo.

V

Comité Central

Durante el período de elaboración, la dirección del espiritismo ha tenido que ser individual; era necesario que todos los elementos constitutivos de la doctrina, salidos de múltiples focos, en estado de embriones, llegaran a un centro común a fin de que fueran allí examinados y cotejados, y que un único pensamiento presidiese su coordinación, para establecer la unidad en el conjunto y la armonía entre todas las partes. Si no hubiese sido así, la doctrina se habría asemejado a esos edificios híbridos levantados por varios arquitectos, o bien a un mecanismo cuyas piezas no encajaran con precisión unas con otras.

Conforme hemos dicho, por tratarse de una verdad indiscutible, hoy claramente demostrada, la doctrina espírita no habría podido salir completamente de un único centro, de la misma manera que la ciencia astronómica no habría podido hacerlo a partir de un único observatorio. Cualquier centro que hubiese intentado conformarla a partir de sus observaciones exclusivamente, habría hecho algo incompleto, y se habría encontrado con una infinidad de puntos contradictorios. Si mil centros hubieran querido hacer cada uno su doctrina, no habría dos doctrinas semejantes en todos los puntos. Si esas doctrinas hubiesen estado de acuerdo en cuanto al fondo, habrían diferido inevitablemente en cuanto a la forma. Ahora bien, como hay muchas personas que atienden más a la forma que al fondo, habría tantas sectas cuantas formas

diferentes. La unidad sólo podía resultar del conjunto y de la comparación de todos los resultados parciales. Por esta razón era necesaria la concentración de los trabajos (véase *La génesis*, Capítulo I: “Caracteres de la revelación espírita”, § 51 y siguientes).

Pero lo que era ventajoso para una época, más tarde se volvería inconveniente. En la actualidad, el trabajo de elaboración se encuentra concluido en lo relativo a las cuestiones fundamentales, y los principios generales de la ciencia se encuentran establecidos, de modo que la dirección, que debió ser individual al comienzo, debe volverse colectiva. En primer lugar, porque llega un momento en que su peso excede las fuerzas de un solo hombre; en segundo lugar, porque para el mantenimiento de la unidad hay más garantía en una reunión de individuos, en la que cada uno tiene apenas su propia voz y no puede hacer nada sin el concurso de los demás, que en uno solo capaz de abusar de su autoridad y pretender que predominen sus ideas personales.

En vez de un jefe único, la dirección será confiada a un *Comité Central* o *Consejo Superior* permanente –poco importa el nombre–, cuya organización y atribuciones serán definidas de modo tal que no se permitan arbitrariedades. Ese Comité estará compuesto a lo sumo por doce miembros titulares –que deberán a tal efecto reunir ciertas condiciones indispensables– e igual número de consejeros. Según las necesidades, podrá ser secundado por miembros auxiliares activos. Se completará a sí mismo según reglas igualmente determinadas, de modo que evitará todo tipo de favoritismo, a medida que se produzcan vacantes por cumplimiento o por otras causas. Una disposición especial establecerá el modo por el cual serán nombrados los doce primeros.

Cada miembro lo presidirá cuando le corresponda, durante un año, y quien desempeñe esa función será designado por sorteo.

La autoridad del presidente es puramente administrativa. Él dirige las deliberaciones del Comité, vela por la ejecución de los trabajos y por la expedición de los asuntos; no obstante, fuera de las atribuciones que los estatutos constitutivos le confieren, no puede tomar ninguna decisión sin el concurso del Comité. Por lo tanto, no habrá posibilidad de abusos ni alimento para la ambición, como tampoco pretextos para intrigas o celos, ni supremacía ofensiva.

El Comité o Consejo Superior será, pues, la cabeza, el verdadero jefe del espiritismo, jefe colectivo que nada podrá hacer sin el consentimiento de la mayoría, y, en ciertos casos, sin el de un Congreso o Asamblea General. Suficientemente numeroso para ilustrarse mediante la discusión, no lo será tanto para que haya confusión.

Los Congresos estarán conformados por delegados de las sociedades particulares, regularmente constituidas y que cuenten con el patrocinio del Comité por su adhesión y la conformidad de sus principios.

Para la generalidad de los adeptos, la aprobación o la desaprobación, el consentimiento o el rechazo, en una palabra, las decisiones de un cuerpo constituido, dado que representan una opinión colectiva, tendrán forzosamente una autoridad que jamás tendrían si emanasen de un solo individuo, que apenas representa una opinión personal. Muchas veces se rechaza la opinión de una sola persona, porque se considera una humillación el hecho de someterse a ella, pero se acata sin dificultades la de muchos.

Quede debidamente entendido que aquí se trata de una autoridad moral, en lo que respecta a la interpretación y la aplicación de los principios de la doctrina, y no de un poder disciplinario cualquiera. Esa autoridad será, en materia de espiritismo, lo que es la de una academia en materia de ciencia.

Para el público extraño, un cuerpo constituido tiene mayor ascendiente y preponderancia; contra los adversarios, sobre todo, presenta una fuerza de resistencia y dispone de medios de acción con los que un individuo no podría contar, de modo que lucha con ventajas infinitamente mayores. Una individualidad puede ser atacada, aniquilada; no sucede lo mismo con un ser colectivo.

Además, un ser colectivo ofrece garantías de estabilidad que no existen cuando todo depende de una sola cabeza. Si el individuo se encuentra impedido por alguna causa, todo puede quedar trabado. Un ser colectivo, por el contrario, se perpetúa con continuidad. Aunque pierda a uno o a varios de sus miembros, nada peligrá.

La dificultad –alegrán– consistirá en reunir de modo permanente doce personas que estén siempre de acuerdo.

Lo esencial es que estén de acuerdo respecto de los principios fundamentales. Ahora bien, eso será una condición absoluta para que sean admitidas en la dirección, como también para todas las que participen de ella. Sobre las cuestiones de detalles pendientes, poco importa que tengan divergencias, puesto que la opinión de la mayoría es la que prevalece. A aquel cuya manera de ver sea justa, no le faltarán buenas razones para justificarla. Si alguno se retirara, contrariado por no conseguir que sus ideas sean admitidas, no por eso las cosas dejarían de seguir su curso, y no habría motivo para lamentar su salida, pues habría dado prueba de una susceptibilidad

orgullosa, poco espírita, capaz de convertirse en una causa de perturbación.

La causa más común de división entre cointerésados es el conflicto de intereses y la posibilidad de que uno suplante a otro para beneficiarse. Esta causa no tiene ninguna razón de ser desde el momento en que el perjuicio de uno en nada beneficiará a los otros, dado que todos son solidarios y con la desunión solamente pueden perder en vez de ganar. Esta es una cuestión de detalle, prevista en la organización.

Admitamos que entre los miembros del Comité haya un falso hermano, un traidor, al que los enemigos de la causa hayan ganado para sí; ¿qué podrá hacer él, si apenas dispone de su voz en las decisiones? Supongamos que —aunque sea casi imposible— todo el Comité se dirija por un mal camino: ahí estarán los Congresos para llamarlo al orden.

El control de los actos de la administración le corresponderá a los Congresos, que podrán decretar la reprobación o una acusación contra el Comité Central por infracción de su mandato, por apartarse de los principios establecidos o por tomar medidas perjudiciales para la doctrina. Por eso el Comité recurrirá a los Congresos en los casos en que considere que su responsabilidad podría encontrarse gravemente comprometida.

Si bien los Congresos constituyen un freno para el Comité, este toma nuevas fuerzas al contar con la aprobación de los mismos. De ese modo, el jefe colectivo depende, en definitiva, de la opinión general, y no puede apartarse del camino recto sin riesgo para sí mismo.

Cuando el Comité esté organizado, formaremos parte de él en calidad de simple miembro, teniendo nuestra parte de

colaboración, sin reivindicar para nosotros ni supremacía, ni título, ni privilegio alguno.

A las atribuciones generales del Comité serán anexadas, como dependencias locales:

1.º Una *biblioteca*, donde se encuentren reunidas todas las obras que sean de interés para el espiritismo, y que puedan ser consultadas en el local o prestadas a los lectores;

2.º Un *museo*, donde se encuentren reunidas las primeras obras de arte espírita, los trabajos mediúmnicos más notables, los retratos de los adeptos que tengan mucho mérito en la causa por su abnegación, los de los hombres a quienes el espiritismo rinda homenaje —aunque sean ajenos a la doctrina— por su condición de benefactores de la humanidad, grandes genios misioneros del progreso, etc.;⁵⁷

3.º Un *dispensario* destinado a consultas médicas *gratuitas* y al tratamiento de ciertas afecciones, dirigido por un médico diplomado;

4.º Una caja de socorros y de previsión, ajustada a condiciones prácticas;

5.º Un asilo de ancianos;

6.º Una sociedad de adeptos, que celebre sesiones regularmente.

57. El futuro museo ya posee ocho cuadros de gran dimensión, que sólo aguardan un emplazamiento conveniente; son verdaderas obras maestras de arte, especialmente hechas para el espiritismo por un artista de renombre, que las ha donado generosamente para la doctrina. Se trata de la inauguración del arte espírita por parte de un hombre que une la fe sincera al talento de los grandes maestros. Haremos un informe detallado en el momento oportuno. (Nota de Allan Kardec.)

VI

Obras fundamentales de la doctrina

Muchas personas lamentan que las obras fundamentales de la doctrina tengan un precio demasiado elevado para un gran número de lectores, y tienen razón cuando piensan que, si se hubieran hecho ediciones populares a precios bajos, esas obras habrían sido mucho más difundidas, y la doctrina habría ganado con eso.

Por nuestra parte, opinamos exactamente lo mismo; pero las condiciones en que las obras son editadas en la actualidad no permiten que eso sea diferente. Esperamos llegar un día a ese resultado, con la ayuda de una nueva combinación relacionada con el plan general de la organización. Con todo, esa operación sólo puede realizarse en caso de que se la emprenda en una vasta escala; sólo de nuestra parte exigiría, tanto capitales que no tenemos, como cuidados materiales que nuestros trabajos –los cuales reclaman todas nuestras meditaciones– no nos permiten ofrecer. Por eso, la parte comercial propiamente dicha ha sido desatendida o, mejor dicho, sacrificada, para la implantación de la parte doctrinaria. Lo que importaba, ante todo, era que se escribieran las obras y se fundaran las bases de la doctrina.

Cuando la doctrina quede organizada mediante la constitución del Comité Central, nuestras obras pasarán a ser propiedad del espiritismo en la persona de ese mismo Comité, que las administrará y se ocupará de publicarlas por los medios más adecuados para su popularización. El Comité también deberá disponer su traducción a las principales lenguas extranjeras.

Hasta ahora la *Revista* ha sido, y no podía dejar de ser, una obra personal, visto que formaba parte de nuestras obras doctrinarias, contribuyendo a los anales del espiritismo. En

ella los principios nuevos son elaborados y presentados para su estudio. Era necesario, pues, que conservase su carácter individual, a fin de que se fundara la unidad.

Más de una vez se nos ha solicitado que la publicáramos con mayor frecuencia. Aunque ese deseo nos resultara muy halagüeño, no hemos podido satisfacerlo; en primer lugar, porque el tiempo material no nos permitía ese incremento de trabajo, y en segundo lugar porque ella no debía perder su carácter esencial, que no es el de un periódico propiamente dicho.

Actualmente, cuando nuestra obra personal se aproxima a su término, las necesidades ya no son las mismas; la *Revista* se convertirá, como nuestras demás obras, escritas y por escribir, en propiedad colectiva del Comité, que asumirá su dirección para mayor conveniencia del espiritismo, sin que por eso renunciemos a prestarle nuestra colaboración.

Para completar la obra doctrinaria nos falta publicar varios libros, que no constituyen la parte menos difícil ni menos penosa. Si bien contamos con todos los elementos, y el programa de cada uno está elaborado hasta el último capítulo, podríamos dispensarles mayor cuidado y activarlos en caso de que, debido a la institución del Comité Central, nos encontráramos liberados de pormenores que absorben gran parte de nuestro tiempo.

VII

Atribuciones del Comité

Las principales atribuciones del Comité Central serán:

1.º El cuidado de los intereses de la doctrina y de su propagación; el mantenimiento de su unidad mediante la con-

servación de la integridad de los principios reconocidos; el desarrollo de sus consecuencias;

2.º El estudio de los principios nuevos, susceptibles de integrar el cuerpo de la doctrina;

3.º La concentración de los documentos y las informaciones que puedan ser de interés para el espiritismo;

4.º La correspondencia;

5.º El mantenimiento, la consolidación y la extensión de los vínculos de fraternidad entre los adeptos y las sociedades particulares de los diversos países;

6.º La dirección de la *Revista*, que será el periódico oficial del espiritismo, a la que se podrá agregar otra publicación periódica;

7.º El análisis y la apreciación de las obras, los artículos de periódicos y todos los escritos que interesen a la doctrina. La refutación de los ataques, si los hubiera;

8.º La publicación de las obras fundamentales de la doctrina, en las condiciones más favorables para su divulgación. La confección y la publicación de aquellas cuyo plan daremos y que no tendremos tiempo de escribir en vida. El estímulo a las publicaciones que sean beneficiosas para la causa;

9.º La fundación y la conservación de la biblioteca, los archivos y el museo;

10.º La administración de la caja de socorros, el dispensario y el asilo de ancianos;

11.º La administración de los asuntos materiales;

12.º La dirección de las sesiones de la Sociedad;

13.º La enseñanza oral;

14.º Las visitas a las sociedades particulares que se coloquen bajo su patrocinio, así como las instrucciones para las reuniones que realicen;

15.º La convocatoria de los Congresos y las Asambleas Generales.

Esas atribuciones serán distribuidas entre los miembros del Comité, de acuerdo con la especialidad de cada uno, quienes, si fuera preciso, serán asistidos por una cantidad suficiente de miembros auxiliares o de simples empleados.

Por consiguiente, entre los miembros de la Comisión habrá:

Un secretario general para la correspondencia y para las actas de las sesiones del Comité;

Un redactor en jefe para la *Revista* y las demás publicaciones;

Un bibliotecario archivista, encargado además del examen y las reseñas de las obras y los artículos de periódicos;

Un director de la caja de socorros, encargado además de la dirección del dispensario, de las visitas a los enfermos y a los necesitados, y de todo lo que está relacionado con la beneficencia. Será secundado por un Comité de beneficencia, surgido del seno de la sociedad y conformado por personas caritativas de buena voluntad;

Un administrador contable, encargado de los negocios e intereses materiales;

Un director especial para los asuntos concernientes a las publicaciones;

Oradores para la enseñanza oral, encargados además de visitar las sociedades del interior y brindarles instrucciones. Podrán ser elegidos entre los miembros auxiliares y los adeptos

tos de buena voluntad, que recibirán para tal fin un mandato específico.

Sea cual fuere la extensión ulterior de los negocios y del personal administrativo, el Comité siempre estará limitado al mismo número de miembros titulares.

Hasta el presente, hemos tenido que atender casi solos este programa; por eso, algunas de sus partes han sido descuidadas o apenas fueron esbozadas, y las que nos competen más específicamente han tenido que sufrir inevitables retrasos, debido a la necesidad de ocuparnos de tantas cosas, pues el tiempo y las fuerzas tienen límites, y tan solo una de ellas absorbería el tiempo de una persona.

VIII

Procedimientos y recursos

Es lamentable, sin duda, que debamos entrar en consideraciones de orden material para que alcancemos un objetivo absolutamente espiritual. Con todo, es necesario observar que la propia espiritualidad de la obra se relaciona con la cuestión de la humanidad terrenal y su bienestar, y que ya no se trata solamente de la expresión de algunas ideas filosóficas, sino de fundar algo positivo y duradero para el desarrollo y la consolidación de la doctrina, a la cual será preciso hacerle producir los frutos de que es capaz. Imaginar que todavía estamos en los tiempos en que algunos apóstoles podían ponerse en camino con un cayado, sin preocuparse por su hospedaje y su pan cotidiano, sería una ilusión que rápidamente habría de ser destruida por una amarga decepción. Para realizar algo serio es preciso someterse a las necesidades impuestas por las costumbres de la época en que se vive, y esas necesidades son

ahora muy diferentes a las de los tiempos de la vida patriarcal. El propio interés del espiritismo demanda, por consiguiente, que se consideren sus medios de acción, a fin de que no se detenga en el camino. Consideremos esos medios, pues, ya que estamos en un siglo en el que es necesario calcular.

Como se ve, las atribuciones del Comité Central serán bastante numerosas, por lo que requieren una auténtica administración. Puesto que cada uno de sus miembros cumplirá funciones activas y frecuentes, si sólo se convocara a hombres de buena voluntad, los trabajos podrían perjudicarse, pues nadie tendría el derecho de reprochar a los negligentes. Para mantener la regularidad de los trabajos, así como de la atención de los asuntos, se requieren hombres con cuya asiduidad se pueda contar, y cuyas funciones no sean simples actos de complacencia. Cuanto mayor independencia tengan —por sus recursos personales—, tanto menos se sujetarán a ocupaciones asiduas; si no la tuvieran, no podrían dar su tiempo. Por lo tanto, es necesario que reciban una retribución, al igual que el personal administrativo. Así la doctrina ganará en fuerza, en estabilidad, en eficiencia, al mismo tiempo que eso constituirá un medio de prestar servicios a personas que podrían necesitarlos.

Un punto esencial para la economía de toda administración previsoras es que su existencia no dependa de productos que circunstancialmente podrían faltar, sino de recursos seguros, regulares, de manera que su desarrollo, pase lo que pase, no sea obstaculizado. Es preciso, pues, que las personas convocadas a prestar colaboración no sientan ninguna inquietud en relación con su futuro. Ahora bien, la experiencia demuestra que, sean cuales fueren los compromisos contraídos, se deben considerar esencialmente aleatorios los recursos que sólo dependan del

producto de contribuciones, invariablemente voluntarias y de cobranza a menudo difícil. Establecer gastos permanentes y regulares a partir de recursos eventuales sería una falta de previsión que en el futuro se podría lamentar. Las consecuencias son de menor gravedad, sin duda, cuando se trata de fundaciones transitorias, destinadas a durar cuanto puedan; aquí, en cambio, se trata de una cuestión de futuro. El destino de una administración como esta no puede quedar subordinado a las vicisitudes de un negocio comercial; desde su inicio debe ser, si no tan floreciente, al menos tan estable como lo será al cabo de un siglo. Cuanto más sólida sea su base, tanto menos expuesta quedará a los golpes de la intriga.

En ese caso, la más elemental prudencia ordena que los recursos se capitalicen de manera inalienable a medida que se obtengan, para que se constituya una renta perpetua y protegida de cualquier eventualidad. Dado que la administración regula sus gastos según la renta que acredita, su existencia no puede en ningún caso verse comprometida, pues siempre dispondrá de medios para su funcionamiento. Sin perjuicio del desarrollo para el incremento de los recursos y de las necesidades de la causa, al comienzo puede organizarse en una pequeña escala; la cantidad de miembros del Comité podrá ser limitada provisoriamente a cinco o seis, y el personal y los gastos administrativos reducidos al mínimo posible, pero aun así se requiere lo imprescindible.

Personalmente, y aunque seamos parte activa del Comité, no pesaremos de manera alguna en su presupuesto, ni por honorarios ni por gastos de viajes, ni por ninguna otra causa. Si nunca hemos pedido nada a nadie para nosotros, menos aún lo haríamos en esa circunstancia. Nuestro tiempo, nuestra vida, todas nuestras fuerzas físicas e intelectuales pertenecen

a la doctrina. Por lo tanto, declaramos categóricamente que ninguna parte de los recursos de que disponga el Comité habrá de ser desviada para nuestro beneficio.

Por el contrario, le daremos nuestra contribución:

1.º con la cesión del producto de nuestras obras, escritas y por escribir;

2.º con el aporte de valores muebles e inmuebles.

Hacemos votos, pues, para la realización de nuestro plan, en beneficio de la doctrina, y no para que nosotros alcancemos una posición que no necesitamos. Conforme lo hemos manifestado más arriba, hasta ahora hemos consagrado el producto de nuestros trabajos a preparar el camino de esa instalación. Si nuestros recursos personales no nos permiten hacer más, al menos tendremos la satisfacción de haber colocado la primera piedra.

Supongamos, pues, que de alguna manera el Comité Central, en cierto tiempo, esté en condiciones de funcionar, lo que presupone una renta fija de veinticinco mil a treinta mil francos, si al comienzo se restringen sus gastos. Los recursos de toda especie de que disponga, en capitales y productos eventuales, constituirán la *Caja General del Espiritismo*, que será objeto de una contabilidad rigurosa. Una vez cubiertos los gastos obligatorios, el excedente de la renta pasará al fondo común. De conformidad con los recursos de ese fondo, el Comité proveerá a los diversos gastos en provecho del desarrollo de la doctrina, sin que jamás los utilice para su propio beneficio ni como una fuente de especulación para cualquiera de sus miembros. Además, el empleo de los fondos y la contabilidad serán sometidos a la verificación de comisarios especiales, delegados a ese efecto por los Congresos o las Asambleas Generales.

Una de las primeras incumbencias del Comité será ocuparse de las publicaciones en cuanto sea posible, sin esperar a que pueda hacerlo con el auxilio de las rentas. Los fondos destinados a ese fin no serán, en realidad, más que un adelanto, porque volverán mediante la venta de las obras, cuyo producto retornará al fondo común. Se trata de una gestión administrativa.

Para dar a esa institución una existencia legal, a cubierto de toda disputa, para darle además el derecho de adquirir, recibir y poseer, será constituida, *si se juzga necesario*, mediante acto auténtico, con la forma de sociedad comercial anónima, por noventa y nueve años, prorrogable indefinidamente, con todas las estipulaciones necesarias para que nunca pueda apartarse de su objetivo, y para que los fondos no puedan ser desviados de su destino.

Sin entrar acá en detalles que serían superfluos y prematuros, debemos decir, sin embargo, algunas palabras acerca de dos instituciones accesorias del Comité, a fin de que no haya confusión respecto al sentido que les atribuimos; nos referiremos a la caja de socorros y al asilo de ancianos.

El establecimiento de una caja general de socorros es inviable y presentaría serios inconvenientes, conforme ya lo hemos demostrado en un artículo especial (véase la *Revista*, de julio de 1866, página 193)⁵⁸. El Comité no puede, pues, internarse en un camino que pronto se vería obligado a abandonar, ni emprender cosa alguna que no tenga la certeza de poder llevar a cabo. Debe ser positivo y no ilusionarse con quimeras. Ese es el medio de avanzar por largo tiempo y con seguridad. Para eso, debe permanecer en todo dentro de los límites de lo posible.

58. Allan Kardec se refiere al artículo "Acerca del proyecto de caja general de socorro y otras instituciones para los espíritas". (N. del T.)

Esa caja de socorros no puede ni debe ser más que una institución local, de acción circunscrita, y cuya prudente organización podrá servir de modelo a otras del mismo género, que las sociedades particulares podrían crear. Prestarán servicios eficaces gracias a su multiplicidad, y no por la centralización de los medios de acción.

Será financiada: 1.º por la porción destinada a tal fin, extraída de la renta de la caja general del espiritismo; 2º por las donaciones específicas que se le hagan. Capitalizará las sumas que reciba, de manera que constituya una renta propia. Con esa renta prestará los socorros temporarios o vitalicios, y cumplirá las obligaciones de su mandato, que serán estipuladas en el reglamento de su constitución.

El proyecto de un asilo de ancianos, en la acepción completa del término, no podrá concretarse desde el comienzo, debido a los capitales que semejante fundación demandaría, y además porque es preciso dar a la administración el tiempo para que se afiance y funcione con regularidad, antes de pensar en complicar sus atribuciones con proyectos en los que podría fracasar. Abarcar demasiadas cosas, antes de que se esté seguro respecto de los medios para su concreción, sería una imprudencia. Esto se comprenderá fácilmente si se reflexiona acerca de todos los detalles relativos a establecimientos de esa clase. No cabe duda de que es importante tener buenas intenciones, pero ante todo es necesario contar con la posibilidad de realizarlas.

IX

Conclusión

Tales son las bases principales de la organización que nos proponemos dar al espiritismo, si las circunstancias nos lo

permiten. Hemos tenido que desarrollar detenidamente los motivos, a fin de que se conociera su espíritu. Los detalles serán objeto de una reglamentación minuciosa en la cual todos los casos estarán previstos de tal modo que aparten todas las dificultades de ejecución.

Consecuentes con los principios de tolerancia y de respeto que el espiritismo profesa hacia todas las opiniones, no pretendemos imponer esta organización a nadie, ni obligar a quienquiera que sea a someterse a ella. Nuestro objetivo es establecer un primer vínculo entre los espíritas, que lo desean desde hace mucho tiempo y se quejan de su aislamiento. Ahora bien, ese vínculo, sin el cual el espiritismo permanecería en estado de opinión individual, sin cohesión, sólo puede existir con la condición de que se relacione con un centro por medio de una comunión de miras y de principios. Ese centro no es una *individualidad*, sino un foco de actividad colectiva que se desenvuelve a favor del interés general, y donde se borra toda autoridad personal.

Si ese centro no hubiera existido, ¿cuál habría sido el punto de reunión de los espíritas diseminados en diferentes países? Sin que pudieran comunicar sus ideas, sus impresiones, sus observaciones a los otros centros particulares, diseminados ellos mismos, y a menudo sin consistencia, habrían quedado aislados, y la difusión de la doctrina habría sufrido por esa razón. Era necesario, pues, un punto en el cual todo confluyera, y desde el cual todo pudiera irradiarse. El desarrollo de las ideas espíritas, lejos de hacer que ese centro se vuelva inútil, hará que se sienta aún más su necesidad, porque la necesidad de acercarse y formar un haz será tanto más grande cuanto más considerable sea el número de adeptos.

Pero ¿cuál será el alcance del círculo de actividad de ese centro? ¿Está destinado a regir el mundo y a que se convierta en árbitro universal de la verdad? Pretender que así fuese sería comprender mal el espíritu del espiritismo, puesto que, por la misma razón que este proclama los principios del libre examen y de la libertad de conciencia, rechaza la idea de presentarse como una autocracia; si acaso llegara a hacerlo, desde el comienzo ingresaría en un camino funesto.

El espiritismo tiene principios que, por hallarse fundados en las leyes de la naturaleza y no en abstracciones metafísicas, tienden a convertirse —y por cierto llegará el día en que lo hagan— en los principios de la generalidad de los hombres; todos los aceptarán, porque encontrarán en ellos verdades palpables y demostradas, del mismo modo que han aceptado la teoría del movimiento de la Tierra. Con todo, pretender que el espiritismo se organice en todas partes de la misma manera; que los espíritas del mundo entero se sometan a un régimen uniforme, a una misma forma de proceder; que deban esperar que la luz les llegue de un punto fijo, en el cual tendrán que fijar la mirada, sería una utopía tan absurda como la de pretender que todos los pueblos de la Tierra constituyan un día una única nación, gobernada por un único jefe, regida por el mismo código de leyes y sometida a las mismas costumbres. Aunque haya leyes generales que pueden ser comunes a todos los pueblos, esas leyes serán siempre, en cuanto a los detalles de la aplicación y de la forma, apropiadas a las costumbres, a los caracteres, al ambiente de cada uno.

Así habrá de ser con el espiritismo organizado. Los espíritas del mundo entero tendrán principios comunes que los ligarán a la gran familia por el vínculo sagrado de la fraternidad, pero cuya aplicación podrá variar de acuerdo con las

regiones, sin que por eso la unidad fundamental se quiebre, y sin que se formen sectas disidentes que se arrojen piedras y se lancen anatemas unas a otras, lo que sería antiespírita en el más alto grado. Podrán, pues, formarse —e inevitablemente se formarán— centros generales en diferentes países, ligados apenas por la comunión de creencia y por la solidaridad moral, sin subordinación de unos a otros, sin que el de Francia, por ejemplo, alimente la pretensión de imponerse a los espíritas americanos, y viceversa.

La comparación con los observatorios astronómicos, que hemos mencionado más arriba, es perfectamente apropiada. Existen observatorios en diferentes puntos del globo; todos, sea cual fuere la nación a la que pertenezcan, se basan en los principios generales y reconocidos de la astronomía, lo cual no los hace tributarios unos de otros. Cada uno regula sus actividades como entiende; intercambian sus observaciones y cada cual aprovecha para la ciencia los descubrimientos de sus colegas. Lo mismo sucederá con los centros generales del espiritismo; serán los observatorios del mundo invisible, compartirán lo que obtengan de bueno y de aplicable a las costumbres de las regiones donde se establecieron, ya que su objetivo es el bien de la humanidad, y no la satisfacción de ambiciones personales. El espiritismo es una cuestión de fondo; aferrarse a la forma sería una puerilidad indigna de la magnitud de su objeto. Por eso los diversos centros, que se encuentren compenetrados del verdadero espíritu del espiritismo, deberán tenderse fraternalmente las manos, y unirse para combatir a los enemigos que tienen en común: la incredulidad y el fanatismo.

BIBLIOGRAFÍA

El criterio espiritista
Revista quincenal del espiritismo.

Este periódico, que desde hace un año se publicaba en Madrid con el título *El criterio, revista quincenal científica*, acaba de retomar su primer título, que había sido prohibido por el precedente gobierno español. El director lo anuncia con los siguientes términos, en un suplemento del número 17:

“Con la inmensa alegría del triunfo, merecido, no por nuestras débiles fuerzas, sino por la bondad de nuestra causa, hoy nos dirigimos a nuestros constantes protectores, a los amigos que, en la desgracia, nos infundieron valor y nos apoyaron.

”La intolerancia del gobierno anterior nos había prohibido el ejercicio de la más fructífera de las libertades: la del estudio, cuando un día —triste por la decepción, pero feliz porque fue el primero de la lucha— quisimos publicar *El criterio espiritista*. Veamos la respuesta que nos dio el secretario ministerial:

” ‘Gobierno de la provincia; sección prensa. — Después de haber examinado el primer número del periódico del que sois editor y director, he notado que, por su carácter especial, sus tendencias, y la escuela filosófica que pretende desarrollar, debe ser incluido entre los que menciona el segundo párrafo del artículo 52 de la ley vigente para la prensa. Os advierto que no me es posible autorizar dicho número, ni los siguientes, si previamente no son examinados y aprobados por la censura eclesiástica. Dios os guarde, etc.

”Madrid, 17 de julio de 1867.’

”El 10 de agosto siguiente, recibimos el telegrama cuya copia sigue:

”Secretaría eclesiástica de Madrid. – Como consecuencia de la desfavorable censura con que ha sido afectado el primer número de la revista *El criterio espiritista*, que vos dirigís, tengo el deber de manifestaros que no puedo de modo alguno permitir de mi parte la publicación de dicha Revista. Dios os guarde, etc.

”Madrid, 6 de agosto de 1867.’

”Estos documentos no serán para la inmensa gloria de sus autores, cuyos nombres nos abstenemos de dar a la publicidad, por conveniencia. Hoy podemos salir a la luz, y *El criterio científico* es reemplazado por *El criterio espiritista*. La dirección se encuentra instalada en la calle del Arco de Santa María, n.º 25, cuarto 2.º; y hacia allí podrán dirigirse los adeptos que quieran formar parte de la Sociedad Espiritista Española, fundada en 1865, la cual tuvo que suspender sus sesiones por los mismos motivos que habían impedido la publicación del periódico.”

El reglamento de la Sociedad, que tenemos a la vista, ha sido concebido con un espíritu excelente, y no podemos más que aplaudir las disposiciones que contiene. Se pone bajo el patrocinio del Espíritu de Sócrates, y su objetivo es definido claramente en los dos primeros artículos:

“1.º - Se constituye un círculo privado, con la denominación de *Sociedad Espiritista Española*, cuyo objeto es el estudio del espiritismo, principalmente en lo que respecta a la moral y al conocimiento del mundo invisible o de los Espíritus;

”2.º - La Sociedad no podrá, en ningún caso, ocuparse de cuestiones políticas, ni de discusiones o controversias religiosas, que tenderían a imprimirle el carácter de una secta”.

Estas disposiciones son apropiadas para tranquilizar a quienes pudieran atribuir a la Sociedad tendencias perjudiciales. En el momento en que una revolución acaba de romper las cadenas que sujetaban la libertad de pensar, de hablar y de escribir, y en que las masas emancipadas son generalmente tentadas a traspasar los límites de la moderación, ni la Sociedad ni su órgano piensan en aprovechar esa circunstancia para apartarse del objetivo exclusivamente moral y filosófico de la doctrina. En ella no sólo se prohíbe la política, sino también las controversias religiosas, por espíritu de tolerancia y de respeto a la conciencia de cada cual. El Director del periódico se abstiene incluso de estigmatizar, mediante la publicidad, los nombres de los detenidos que han prohibido su periódico, para no entregarlos a la animadversión pública. Sucede que el espiritismo, *bien comprendido*, es en todas partes el mismo: una garantía de orden y de moderación. No vive del escándalo; tiene plena conciencia de su dignidad, y ve las cosas desde muy alto como para rebajarse al nivel de las personalidades que siempre denotan una mente estrecha, y que nunca se alían a la nobleza de corazón.

El primer número de *El criterio espiritista* contiene los siguientes artículos:

Introducción, por Alverico Peron. - *El Día de los Muertos*, comunicación firmada por Sócrates⁵⁹, recibida en la Sociedad

59. En el original de este primer número de *El criterio espiritista* (Madrid, 1.º de noviembre de 1868), disponible en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España, la comunicación aparece firmada por *Lamennais*. (N. del T.)

de Sevilla. - *La facultad medianímica*. - *La Biblia*, comunicación firmada por Sócrates. - *Sesión de magnetismo*. - *Mitades eternas*, comunicación de Sócrates. - *Carta de un espiritista*. - *Carta al señor Alverico Peron*, por el señor Allan Kardec, y comunicación de san Luis sobre la nueva situación del espiritismo en España. - *Revista Espírita* de París.

Exhortamos con insistencia a nuestros hermanos espíritas de España para que sostengan con toda su fuerza ese órgano de su creencia. Por la sabiduría y la prudencia de su redacción, no puede dejar de servir eficazmente a nuestra causa. Será un vínculo que establecerá las relaciones entre los adeptos dispersos en los diferentes puntos de España. El director, señor Alverico Peron, no es un novato en nuestras filas; sus esfuerzos para la propagación de la doctrina datan del año 1858, y recordamos con placer la *Fórmula del espiritismo*, que ha tenido a bien dedicarnos.

Aviso

La *Revista Espírita* comenzará, el 1.º de enero próximo, su décimo segundo año. A los señores suscriptores que no deseen sufrir demoras, les rogamos que renueven su abono antes del 31 de diciembre.

Como de costumbre, el número de enero será remitido a los antiguos suscriptores; los números siguientes lo serán a medida que se realicen las renovaciones.

Nos habíamos propuesto publicar, con el último número de este año, un índice general alfabético de los temas trata-

dos, tanto en la *Revista* como en las restantes obras de nuestra autoría, para facilitar las búsquedas. Pero ese trabajo, mucho más considerable de lo que suponíamos, para que sea completo, no pudo ser concluido a su debido tiempo. Lo publicaremos junto con uno de nuestros próximos números, y será remitido a todos los suscriptores.

También publicaremos próximamente un *Catálogo* de las obras que sean de interés para la doctrina: tanto las que han sido publicadas con vistas al espiritismo, como las que, publicadas fuera del espiritismo y en diversas épocas, son afines a los principios de las nuevas creencias. Será una guía para la formación de bibliotecas espíritas. Cuando resulte oportuno, la indicación de las obras irá seguida de una breve valoración, para dar a conocer su espíritu. Haremos un recordatorio en el número de la *Revista* con el que será publicado.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Volumen XI – Año 1868

Índice general

ENERO

Mirada retrospectiva	7
<i>El espiritismo ante la historia y la Iglesia,</i> por el abad Poussin	14
Los Aissaua	34
Una manifestación antes de la muerte	41
Variedades	
Extraña violación de una sepultura. Estudio psicológico	46
Bibliografía. <i>La génesis, los milagros y las predicciones</i> <i>según el espiritismo</i> , por Allan Kardec	52

FEBRERO

Extracto de los manuscritos de un joven médium bretón, por Bonnemère	57
---	----

Los saludos de Año Nuevo de un espírita de Leipzig....	72
Instrucciones de los Espíritus	
Los mesías del espiritismo	76
Los Espíritus marcados	81
El porvenir del espiritismo	85
Las estrellas caerán del cielo	89
Los muertos saldrán de sus tumbas	90
El juicio final	93
Apreciación de la obra sobre <i>La génesis</i>	96
Bibliografía	
<i>Resumen de la doctrina espírita,</i> por Florent Loth (de Amiens)	98
<i>Caracteres de la revelación espírita,</i> por Allan Kardec	108
Segunda edición de <i>La génesis</i>	108

MARZO

Comentario acerca de los mesías del espiritismo	111
Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia	120
Flageolet, Espiritu misticador	137
Ensayo teórico acerca de las curaciones instantáneas ...	141
Noticias bibliográficas	150
<i>Los pensamientos del zuavo Jacob</i>	150
<i>El espiritismo ante la razón,</i> por Valentín Tournier	156
Tercera edición de <i>La génesis</i>	156
Instrucciones de los Espíritus.	
<i>La regeneración</i>	156

ABRIL

Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia (segunda parte)	161
El fin del mundo en 1911	176
Intolerancia y persecución al espiritismo	191
El espiritismo en Cádiz, en 1853 y 1868	198
Disertaciones espíritas	
<i>Instrucción de las mujeres</i>	205

MAYO

Correspondencia inédita de Lavater con la emperatriz María de Rusia (tercera y última parte)	209
Educación del Más Allá	226
El doctor Philippeau. Impresiones de un médico materialista en el mundo de los Espíritus	230
El espiritismo en todas partes	
La condesa de Montecristo	234
El barón Cloutz	239
Metempsicosis	240
Entierro del señor Marc Michel	242
Un sueño	244
Espíritus golpeadores en Rusia	246
El hambre en Argelia	248
Disertaciones de los Espíritus	
<i>Ayer, hoy y mañana</i>	253

JUNIO

La mediumnidad en un vaso de agua	257
Fotografía del pensamiento	266
Muerte del señor Bizet, cura de Sétif	271
El espiritismo en todas partes	
El periódico <i>La solidaridad</i>	279
Conferencias	285
Noticias bibliográficas	
<i>La religión y la política en la sociedad moderna,</i> por Herrensneider, resumen de Emile Barrault	290

JULIO

La ciencia de la concordancia de los números y la fatalidad	307
La generación espontánea y <i>La génesis</i>	319
El partido espírita	328
El espiritismo en todas partes	
El periódico <i>El Siglo. París sonámbula</i>	337
Teatro. <i>Cornelio. El gallo de Mycille</i>	339
Alejandro Dumas. <i>El conde de Montecristo</i>	343
Bibliografía.	
<i>El alma. Demostración de su realidad deducida</i> <i>de los efectos del cloroformo,</i> por Ramón de la Sagra	344

AGOSTO

El materialismo y el derecho. (Extraído del periódico <i>El Derecho</i>)	355
El periódico <i>La Solidaridad</i>	366
El partido espírita. Explicación	377
Persecuciones. Instrucciones de los Espíritus	381
El espiritismo en todas partes	
La mediumnidad en el vaso de agua, en 1706, en casa del duque de Orleans	388
La reencarnación en Japón. San Francisco Javier y el bonzo japonés	396
Carta del señor Monico al periódico <i>La Mahouna</i> , de Guelma (Argelia)	399
Bibliografía	
<i>El Espiritismo en Lyon</i> , periódico	403

SEPTIEMBRE

Aumento y disminución del volumen de la Tierra, a propósito de <i>La génesis</i>	405
El alma de la Tierra	411
Acerca de la protección del Espíritu de los santos patronos	416
La silla de los antepasados	419
Círculo de Moral Espírita, en Toulouse	421
Las memorias de un marido, por Fernand Duplessis ...	422
El espiritismo en todas partes	
El regimiento fantástico	426
Conferencias sobre el alma, por Alexandre Chaseray	439

Instrucciones de los Espíritus	
¿Qué han hecho de mí?	449
Liga Internacional de la Paz	451
<i>El espiritismo en la Biblia</i> (en prensa)	452

OCTUBRE

Meditaciones, por C. Tschokke	453
La doctrina de Lao Tse, filósofo chino	468
Exequias de la señora de Victor Hugo	476
Efecto moralizador de la reencarnación	480
Una profesión de fe materialista	482
Profesión de fe semiespírita	485
Instrucciones de los Espíritus	
Influencia de los planetas en las perturbaciones del globo terrestre	488
Variedades	
Un bello ejemplo de caridad evangélica	496
Un castillo encantado	498
Bibliografía.	
<i>Cartas de Lavater</i>	501

NOVIEMBRE

Epidemia en la isla Mauricio	503
El espiritismo en todas partes	
<i>La amistad después de la muerte</i>	513
<i>La cabaña del tío Tom</i>	520
El pecado original según el judaísmo	521
El pasatiempo de un espírita en el desierto	524

Un fenómeno de lingüística. Niña inglesa habla una lengua desconocida	527
La música del espacio	532
El espiritismo y el ideal, por Chassang	535
Instrucciones de los Espíritus	
Acerca de la regeneración de los pueblos de Oriente	540
La mejor propaganda	543
El verdadero recogimiento	546
Bibliografía	
<i>El espiritismo en la Biblia</i> , por Stecki	547
<i>El espiritismo en Lyon</i> (periódico)	549
<i>Acerca de los destinos del alma</i> , por d'Orient	549
Aviso a los suscriptores	551

DICIEMBRE

Conmemoración del Día de los Muertos.	
Sesión anual de la Sociedad de París. Discurso del señor Allan Kardec sobre el tema:	
<i>El espiritismo, ¿es una religión?</i>	553
Constitución transitoria del espiritismo	579
Bibliografía	
<i>El criterio espiritista</i> , periódico espírita de Madrid	617
Aviso a los suscriptores	620

